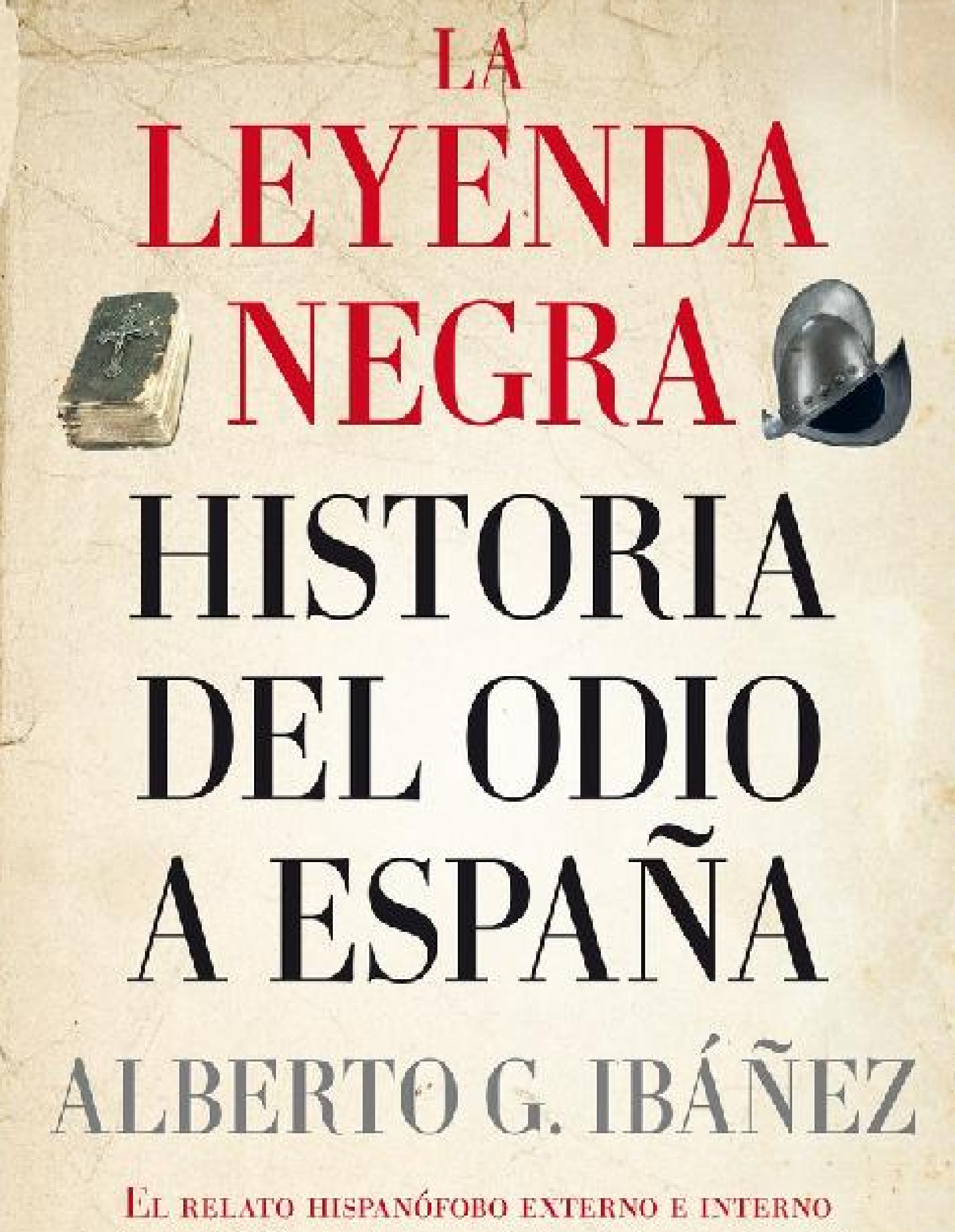


Acceso
Abierto

Alberto G. Ibáñez

La leyenda negra: historia del odio a España

El relato hispanófobo externo e interno



EDITORIAL ALMUZARA • COLECCIÓN HISTORIA

Director editorial: Antonio E. Cuesta López

Edición de Antonio de Egipto y Ángeles López

Ebook de Rebeca Rueda

www.editorialalmuzara.com

pedidos@editorialalmuzara.com – info@editorialalmuzara.com

ISBN: 978-84-17558-29-1

A nuestros antepasados,
injustamente olvidados y vilipendiados.
A nuestros hijos,
para que logren hacer honor a su memoria

The past was neither as good nor as bad
as we suppose: it was just different

Tony Judt

Si alguien pregunta por qué hemos muerto jóvenes decidle que nuestros padres nos mintieron

Rudyard Kipling, *Epitafios*

PRÓLOGO

El libro *La Leyenda Negra, historia del odio hacia España* , de Alberto G. Ibáñez, es tan necesario como oportuno. Necesario porque ilumina las tinieblas del desconocimiento y del desprecio hacia la historia propia. Oportuno por el momento en el que ve la luz, cuando el ataque feroz a la idea de España perpetrada sediciosamente por algunos partidos independentistas ha originado la mayor crisis del Estado desde la reinstauración de la democracia.

Los que deseamos una España en la que todos quepamos debemos rearmarnos intelectualmente y construir un sólido discurso para defender una unidad que a todos nos beneficia. Y como cualquier buen discurso que se precie, debe cimentarse sobre un suelo sólido. Y para ello, lo primero, el conocer y denunciar cómo es posible que nuestra historia sea desconocida y despreciada de manera injusta y falaz, víctima de una leyenda negra creada hace ya siglos para destruir el prestigio español y que aún colea en nuestros días, tanto fuera como dentro de nuestras fronteras.

Aunque el término «leyenda negra» se atribuye a Emilia Pardo Bazán, fue Julián de Juderías el primero que en un magnífico libro de principios del siglo XX —titulado precisamente *La leyenda negra de España* — demostró con detalle su existencia y persistencia a través de los siglos. En 1971, el hispanista californiano Philip Wayne Powell cerraba este círculo con un libro titulado *El árbol del odio* , donde creaba el término «hispanofobia» y demostraba desde Estados Unidos cómo se había urdido la trama contra España y la Hispanidad, que persistía incluso en esos tiempos. Entonces, ¿por qué otro libro sobre la leyenda negra? Alberto G. Ibáñez nos sorprende, tras el éxito de su anterior obra *La conjura silenciada contra España,* con un nuevo libro donde trata de desmontar el relato dominante y todavía vigente antiespañol.

Desde un rigor académico, que no rehúye la provocación ni el combate de las ideas, el autor emprende la tarea de desmontar la mayor campaña de desprestigio que se ha emprendido contra un país. A este respecto, podemos destacar varias aportaciones relevantes que realiza este libro.

Primero hacía falta actualizar y completar los argumentos de Julián de Juderías, así como extender el análisis que hacía Powell en Estados Unidos a otros países. En este sentido, aunque el mismo título del libro puede entenderse como un homenaje indirecto a estos dos grandes estudiosos, el autor no se queda en el mero análisis de las fuentes historiográficas, sino que

analiza esta compleja cuestión asimismo desde la óptica de la ciencia política, la psicología social y las técnicas del *marketing* público; es decir que aplica una metodología interdisciplinar.

En segundo lugar, estudia cómo y por qué la propaganda antiespañola creada por potencias extranjeras se instaló en el imaginario colectivo de los españoles (la hicimos acríticamente nuestra) e influyó de forma determinante en nuestra decadencia, alentando una injustificada baja autoestima en la sociedad, gracias sobre todo al que considera nuestro verdadero vicio nacional: una ingenuidad contumaz. En este sentido, el libro trata de sacarnos de la comodidad intelectual, destacando contradicciones y forzándonos a preguntarnos por qué hemos permitido sin reaccionar y sin comparar con lo que hacían otros en parecido tiempo y lugar, que triunfe un determinado discurso.

En tercer lugar, analiza las razones y los métodos empleados que llevaron a construir la leyenda negra antiespañola y a hacer que ésta haya sido la más intensa, agresiva y duradera de la historia. El autor engloba a sus múltiples creadores e impulsores bajo el término de «hispanófobos». Analiza además el papel jugado por la metodología y por la doble vara de medir (una para los demás y otra diferente para nosotros) que se instaló hasta tiempos muy recientes en los ensayos históricos De forma específica el libro hace el esfuerzo concreto de comparar el Imperio español con los errores y horrores cometidos por otros (especialmente, británicos, franceses y norteamericanos), que eran precisamente los más interesados en que nuestra leyenda negra se agrandara para que nadie hablara de las de los demás.

En cuarto lugar, el libro analiza, como complemento imprescindible para tener una imagen concreta de lo que le ocurre a España, cómo se ha creado y mantenido la leyenda negra interna, la que han creado unos españoles contra otros (desde el separatismo pero no sólo), poniendo en peligro el futuro de nuestra nación: desde que España no ha existido nunca (la leyenda de la España inexistente), hasta consentir lo que el autor denomina un verdadero «harakiri histórico-cultural», único en el mundo. Aquí el autor destaca que el verdadero vicio nacional, antes que la envidia es la ingenuidad, atreviéndose a englobar a todos los españoles que consintieron e impulsaron el autodesprecio a lo español bajo el término «hispanobobos».

Sociólogos y antropólogos deberían devanarse los sesos para tratar de justificar lo mal que muchos españoles habitan en su propia historia. Llama poderosamente la atención comprobar cómo, en los países de nuestro entorno, sus ciudadanos se sienten profundamente orgullosos de su historia,

de su cultura, mientras que un porcentaje significativo de los españoles se avergüenza de la propia. ¿Por qué? ¿Es que hemos sido peores? ¿Hemos perpetrado mayores fechorías que el resto de potencias históricas? En absoluto. De hecho, es probable que lo hayamos hecho mucho mejor desde el punto de vista ético y estético. ¿Por qué, entonces, esta imagen tan negativa que pesa sobre lo hispano? El autor de esta obra arroja luz sobre este misterioso desapego de lo propio, daño colateral —cuando no directo— de la leyenda negra urdida contra nosotros.

Por último, y hablando de presente y de futuro, el libro acaba, como no podía ser de otro modo, examinando cómo subsiste la leyenda negra en la actualidad (donde cabe afirmar que el diablo anda en los detalles), planteando que debemos superarla para poder recuperar la normalidad, esto es, ser un país «normal», como los demás, donde no resulte extravagante que haya gente que ame sanamente a España (hispanófilos y no sólo hispanistas), como existen anglófilos, francófilos, germanófilos…

El autor plantea en este sentido que sólo desde la valoración de nuestro pasado podremos abordar un nuevo proyecto de éxito para el porvenir de nuestro país. Pues si hemos sido grandes, podemos volver a serlo. Más en concreto, el último capítulo aborda la cuestión de cómo hacer autocrítica y paralelamente ganar autoestima colectiva, sustituyendo un pasado inventado lleno de bulos y falsedades por un relato veraz de nuestra historia, que nos lleve a afrontar el presente con eficacia, innovación y rigor, para ganar y vencer los retos cada vez más complejos y exigentes de nuestra época. España tiene una historia de la que sentirnos orgullos y un futuro prometedor si aprendemos las lecciones del pasado. Este libro lo demuestra.

Manuel Pimentel Siles

Escritor, editor, exministro de Trabajo

I.
ESPAÑA: UN MISTERIO SIN RESOLVER

El hombre no es solo Naturaleza, sino Historia
Wilhelm Dilthey

España no sabe quién es y por eso hace caso a los hispanistas
Ian Gibson

1. LA AUTOESTIMA ROBADA: HEMOS SIDO MEJORES DE LO QUE NOS HAN HECHO CREER

Un fantasma recorre el mundo: el fantasma de que España ha sido un desastre. Un verdadero fenómeno paranormal —un misterio por resolver que se basa en datos falsos y sesgados— y para-anormales, ignorantes e ingenuos. Expresiones como «*nunca me he sentido español* », «*soy apátrida* », «*a mí la bandera me la sopla* »... no salen (sólo) de la boca de separatistas vascos o catalanes, sino de significados exponentes mediáticos y de la llamada «cultura» española. Responde a la obsesión de ir de modernos o «guays», y sobre todo de que nadie les pueda colgar la etiqueta de «carcundia». Mientras, paradójicamente los representantes de la cultura catalana y vasca están legitimados para decir alto y claro que se sienten muy amantes de su bandera (aunque sea más artificial y reciente) y de su patria (aunque sea hipotética), sin ser calificados por ello ni de fachas ni de carcas. ¿No es un misterio digno de *Cuarto milenio* que a nadie le extrañe esta doble vara de medir?

Aquí no acaba lo extraño del caso español. Es el único del mundo donde está mal visto que sus nacionales amen sanamente a su país, pero no que lo odien. Prueben a buscar al autor de esta frase: *Lo digo de una vez por todas: amo a España con la misma pasión, exigente y complicada (...); sin distinguir entre sus virtudes y sus defectos, entre lo que prefiero y lo que acepto menos fácilmente (...).* No desesperen. No busquen. Esa frase no existe. No al menos a partir de finales de los setenta del pasado siglo y en un libro dedicado a España por un español. Nadie en su sano juicio osaría comenzar así, incluso hoy en día, un libro de historia y pretender seguidamente ser reconocido en nuestro país como un gran innovador y un gran científico, merecedor de todas las distinciones académicas más honorables, y... llegar a ser leído profusamente por gentes tanto de derechas como de izquierdas, no sólo de su país. Eso lamentablemente no es ya posible. Tal vez el último que gozó de ese raro privilegio fuera don Gregorio Marañón.

Mejor dicho esa frase sí existe y el autor ha merecido todos los reconocimientos posibles, pero el país al que se dedica es otro. La escribió en 1986 un francés, Fernand Braudel, y el país destinatario lógicamente era el suyo: Francia (1993, p.13). Sigue el misterio: ¿por qué esta diferencia de criterio a ambos lados de los Pirineos? ¿Qué tiene esa cadena montañosa que hace que las gentes piensen de manera distinta según se encuentren a un lado u otro? ¿Por qué no podemos sentirnos orgullosos de nuestro país? ¿Por qué el mayor enemigo de un español parece ser siempre otro español antes que un extranjero? Estas cuestiones no son una antigualla propia de nostálgicos de épocas pasadas. El déficit de autoestima nacional tiene costes directos en términos psicológicos y económicos. Afecta a nuestro estado de ánimo individual (no somos islas) y a la competitividad del país: que se lo digan a los alemanes y franceses que pudieron reconstruir su país destrozado tras la Segunda Guerra Mundial en un tiempo récord. Si bien nosotros también conseguimos milagrosamente salir de la penuria y el hambre, eso sí con más tiempo y menos ayuda, aunque no podamos sentirnos orgullosos de ello [1] .

¿Por qué sucede esto?, ¿acaso nos lo merecemos porque hemos sido peores que los demás? Pues no, tal vez haya sucedido por todo lo contrario. A menudo se olvida que tras la guerra convencional, de armas y soldados, existe la guerra de inteligencia, de la que forma parte la guerra psicológica y propagandística: minar la moral del adversario y ensalzar la confianza en la victoria de las tropas propias. Lo que vamos a sostener en este libro tal vez les suene extraño, o tal vez no, pero no responde a ninguna obsesión conspiranoica: ha existido una estrategia exterior singular y mantenida en el tiempo impulsada en primera instancia por los gobiernos franceses y anglosajones para lograr que España dejara de ser la gran potencia que era, y, después, para que no volviera a serlo nunca más (los hispanófobos). Y para ello se utilizaron directa e indirectamente toda clase de medios, legales e ilegales, pacíficos y violentos, públicos y discretos, incluida la utilización de panfletos y propaganda masiva gracias a la imprenta. Por eso, aunque otras naciones e imperios hayan sufrido ataques de propaganda negativa por parte de sus contrincantes, ninguna campaña ha alcanzado el éxito de la leyenda hispanófoba, tanto en su extensión espacial como en su duración en el tiempo, llegando algunos rescoldos hasta nuestros días (en este sentido, por ejemplo, ver S.G. Payne, 2017). Aunque, lo verdaderamente singular (más misterio al carro) es que esta campaña contara con el concurso entusiasta o, al menos complaciente, de numerosos compatriotas aquejados de

una de las enfermedades más terribles de todas: la contumaz ingenuidad (los hispanobobos).

Cuando oímos hablar por todos lados de islamofobia, de homofobia, de antisemitismo, tal vez haya llegado el momento de denunciar públicamente la campaña más agresiva llevada a cabo contra un pueblo en la historia de la humanidad, una terrible enfermedad obsesivo-compulsiva: «la hispanofobia». La campaña exterior (leyenda negra) empieza en el siglo XVI y el proceso de creciente acomplejamiento del «ser español» se inicia primero lentamente a partir del siglo XVIII y luego con ritmo más acelerado a partir de finales del XIX . Los (cada vez menos) que se atrevían a decir que amaban a España se sentían obligados a matizar sus declaraciones, como si tuvieran que justificar y esconder sus sentimientos, con singular excepcionalidad respecto a lo que ocurría en otros países. Por ejemplo, B.F. Feijoo (en 1728) precisaba que el amor a la Patria debía ser «justo, debido, noble, virtuoso» y «no vulgar y pasional» (1986, p. 235). Así llegamos al momento clave de la transición española donde junto al éxito democrático y económico se coló de rondón un fracaso: de pronto hablar de España y de su historia y cultura en términos elogiosos se convirtió en un asunto peligroso que podía afectar a la salud, física y mental de quien osara tamaña afrenta. En palabras del filósofo Fernando Savater, durante la transición: *Ser «catalanista », «andalucista » o «vasquista » podía llevar a excesos, pero era, sobre todo, positivo; ser «españolista » resultó un insulto* [2] .

Hemos ganado muchas libertades, sin duda, pero hemos perdido una de las más importantes: poder hablar sin complejos de nuestro país, y ello con independencia de la ideología de cada cual. No se ha explorado la influencia de este déficit de orgullo nacional en la plaga de la corrupción. Del «todo por la patria» hemos pasado al «todo por la pasta», sin que nadie se escandalice. De hecho, cuando uno/una abre un libro como éste, escrito por un español, lo primero que se preguntará con manos temblorosas es: ¿será el autor progresista o carca?, ¿el enfoque será innovador o trasnochado?, ¿podrán verme con este libro mis amigos y vecinos sin que yo reciba una mirada de reprobación? Tal vez por eso se dé la extraña paradoja (única en el mundo) de que para hablar bien de España (y también mal), con autoridad y sin ser lapidado por ello, deba ser uno extranjero. Antes del «que inventen ellos», había un dicho sin el que no se entiende nuestra historia, que decía: «que piensen ellos… sobre nosotros… aunque piensen bien o mal». Y eso a pesar de que hoy la mayoría de los estudios de cultura hispánica se hagan en España.

Nos proponemos destapar mentiras, denunciar campañas de desinformación, y recuperar hechos escondidos o no suficientemente bien explicados. Valorar ecuánimemente nuestros logros (ocultos) y matizar sensatamente nuestros defectos y fracasos. Es decir, hacer lo que proponía Gregorio Marañón: *Hay una forma de reivindicar que no es cambiar, por arbitraria prestidigitación, el insulto en aplauso, sino tratar de reducir inteligentemente la figura que nos quieren hacer pasar por demoníaca a sus proporciones de hombre (1998, p. 18).* Humildemente, pero armados con multitud de datos y buenas razones, planteamos una (re)visión de la historia de España que mejora notablemente la imagen que tenemos de nuestro país y de nosotros mismos. Para ello, aplicando un enfoque interdisciplinar, contrapondremos a la versión habitual de nuestra historia la narración más veraz que se nos ha tratado de ocultar, en más de una ocasión. La pregunta es: ¿cómo un país que dominó y asombró al mundo llegó a auto-despreciarse? No se trata de negar nuestros errores ni de convertir el plomo (la leyenda negra) en oro (la leyenda áurea) a través de milagros alquímicos o trucos de malabarista. Lo que pretendemos es superar ese estado de ingenuidad que nos ha caracterizado, buscando el sentido común y la veracidad de nuestra historia y de los grandes hombres y mujeres que por aquí han pasado (que como las meigas «*haberlas, haylas* »), poniendo sus logros y errores en el contexto de la época y de lo que hacían en otros países.

Para ello, pedimos al potencial lector que espere pacientemente al final de la lectura para criticar, con la dureza que considere, el conjunto del texto, resistiéndose a la (a su vez «muy española») tentación de juzgar a priori una frase o cita porque quepa situarla en un bando-banda y no por la veracidad del argumento que encierra. Sería una pena que perdiera la ocasión de resolver los misterios que esconde la historia de su país, muchos de los cuales ni imagina. Cuando acabe su lectura puede si lo desea quemarlo, dando sin embargo así la razón a los que nos consideran más inquisitoriales que otros. En compensación, ofrecemos un trabajo de investigación y comparación, serio y concienzudo, así como el coraje (o tal vez locura) necesario para decir lo que otros callan o disfrazan.

El presente libro utiliza como instrumento de comunicación al «ensayo animado», que parte del rigor académico, pero que tiene un protagonista principal: el propio lector que participa activamente, tanto en su vertiente intelectual como emocional. En ocasiones se sentirá provocado, en otras se sentirá cómplice. Puede incluso sanar su autoestima. Es un libro de historia (aunque no sólo), pero de su historia querido/querida lector/lectora. Puede

que algunas personas se transformen, y que acaben siendo algo diferentes a cómo empezaron. No alberguen ningún temor si eso ocurre pues en la aventura peligrosa en que puede convertirse la lectura de este libro, vamos a ir acompañados de la mano de sabios doctores con notable experiencia en este tipo de riesgos, cabalgando a lomos de gigantes [3] . Y hablando de gigantes que son molinos, decía Miguel de Cervantes en su prólogo a Don Quijote: *[te pido] lector carísimo, que perdones o disimules las faltas que en este mi hijo vieres (�) y así, puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calunien por el mal ni te premien por el bien que dijeres della.* Una cosa está garantizada: ya se consideren de izquierdas o de derechas, centralistas o separatistas: cuando cierren este libro su visión de España, y tal vez de sí mismo o de sí misma, no será igual a la que tenían cuando comenzó. ¡Levantemos el velo que cubre nuestra verdadera historia!

2. LA CAMPAÑA QUE IMPIDIÓ QUE NOS SINTIÉRAMOS ORGULLOSOS DE NUESTRA HISTORIA

2.1. La estrategia externa

Todo empieza con una estrategia diseñada, impulsada y mantenida en el tiempo por los aledaños del poder de gobiernos extranjeros, a la que han acompañado determinados «hispanistas» y ociosos «impertinentes». Agentes extranjeros intervinieron activamente para manipular nuestra historia porque España fue durante mucho tiempo —entre dos y tres siglos, del descubrimiento a la pérdida de las Américas— la primera gran potencia global, y por ello el enemigo a batir, y el titular de grandes territorios que eran objeto de deseo por otras potencias europeas, y más tarde también por los Estados Unidos.

España amenazó con convertirse en hegemónica en Europa, en los mares y en el mundo. Fue además el primer imperio global con presencia en los cinco continentes. En tiempos de los Austrias, dominaba sobre el sur de Italia, Holanda, Bélgica, (obviamente sobre la propia España), Portugal y partes considerables de la actual Francia (lo que se olvida pero no se perdona), toda la América Central y Meridional, la mayor parte de los territorios occidentales y meridionales de los actuales Estados Unidos (lo que tampoco se olvida ni se perdona), las islas Filipinas, Madeira, Azores, Cabo Verde, el Congo, Angola, Ceilán, Borneo, Nueva Guinea, Sumatra y las Molucas, además de numerosos establecimientos en otras tierras insulares y continentales de Asia.

Como consecuencia, la mayoría de las naciones con poder suficiente se dedicaron a tratar de arrancarle alguna, sino todas, de sus posesiones y ventajas. Y dos siglos de luchas tampoco se olvidan ni se perdonan, fácilmente (S. Madariaga, 1979, p. 35). No había sitio para tantos en el pedestal. De un carro pueden tirar dos caballos, tres ya se pelean. Todo esto no resulta nada extraño sino la consecuencia lógica de los intereses que mueven la política internacional y de las grandes potencias desde hace siglos. Había que encontrar alternativas al poder superior naval y militar español, y para ello no se dudó en promover el chantaje, el soborno, la compra de agentes infiltrados, las campañas de desinformación, la falsificación de documentos, las actividades ilícitas o alegales, la utilización de delincuentes (corsarios y piratas) para el trabajo sucio… Daremos numerosos datos a lo largo del libro que así lo confirman.

El objetivo (en el siglo XVI) era evitar a toda costa que España dominara el mundo; bien, misión cumplida. Otros lo han dominado en su lugar, y no siempre para bien. Dos guerras mundiales (por cierto en las que España no participó directamente ni contribuyó a su desarrollo) son prueba de ello. Las guerras locales y las estadísticas de hambre y de muerte infantil en el mundo, se añaden a los méritos. No es un saldo para que puedan sacar pecho los que se apresuraron a echar a España del escenario internacional y tomar su puesto. Cuanto menos, errores los hemos cometido todos, y los seguimos cometiendo, pero a cada cual según sus posibilidades y circunstancias.

¿Por qué esta campaña? Responder a esta pregunta exige una misión detectivesca que analice todas las causas, incluidas aquéllas de las que nadie (o casi nadie) habla. Sólo así podremos recuperar nuestra posición en el mundo y una sana autoestima interior, alejada tanto de maldiciones exageradas como de orgullos ciegos. Vayamos paso a paso, analizando cómo se gestionó la enfermedad, el asesinato o el suicidio, asistido tal vez por más de una mano misteriosa… Empecemos por preguntarnos: *Cui prodest?* Esta expresión por cierto se debe a un español —no se enfurezcan algunos de antemano, que ya sabemos que entonces España no era como hoy—, Séneca, quien la empleó en *Medea* : *Cui prodest scelus, is fecit.* Esto es, *aquél a quien aprovecha el crimen es quien lo ha cometido* , lo cual la mayor parte de las veces resulta ser cierto, mucho más cuando se refiere a magnicidios sin resolver o cuestiones de política internacional.

2.2. El harakiri histórico-cultural español: entre ingenuos anda el juego

a) La visión catastrofista como verdadero hecho diferencial

Si a un niño se le llama torpe porque ha cometido una torpeza, y entonces el coro de los acosadores de turno empieza a repetirle ¡torpe!, ¡torpe!, ¡torpe!, una vez y otra, el niño se hace torpe aunque no lo fuera en un principio. Aunque todo resultara una treta del matón de la clase que no sabía cómo hacer para quitárselo de encima porque temía la posible competencia en el liderazgo de este chico que apuntaba maneras. Algo parecido ha ocurrido con nosotros. Nos hemos fiado demasiado de lo que otros decían sobre nosotros: *En el concepto que los españoles formamos hoy de nosotros mismos influye el concepto en que los extranjeros nos tienen, a veces porque nos abate y nos inclina a creer en nuestra enorme inferioridad (...) Nos tachan los extranjeros de ignorantes, y muchos españoles, en vez de probar que no lo son, hacen gala de serlo, se burlan del saber o lo rechazan como ponzoña* [4].

Cabe hablar en este sentido de un verdadero «harakiri histórico-cultural español». Nos hemos instalado en una corriente pesimista que ha tendido a magnificar los errores propios y disculpar o minimizar fácilmente los de los demás. Esto último ha ocurrido demasiadas veces aquí y demasiado poco en otros lares, así nos va a unos y a otros, por ejemplo, en cuestión de autoestima nacional. Mientras, en otros Estados el mecanismo ancestral del chivo expiatorio se ha empleado recurrentemente para echar las culpas de sus males a un tercero (utilizando así la fuerza centrípeta del enemigo externo, real o ficticio), en España la tendencia más frecuente ha sido utilizar idéntico mecanismo para echarse la culpa unos españoles a otros, surgiendo así la fuerza centrífuga del enemigo interno, sea real o ficticio.

Este desprecio a lo propio (o la incapacidad de ver su parte positiva) y la paralela admiración irreflexiva de lo ajeno, como característica de lo español, ya lo denunció Quevedo en su obra *La España defendida,* y continuó a lo largo de los siglos con ilustres representantes (incluidos Castelar y Pío Baroja), llegando hasta nuestros días como un requisito «sine qua non» para poder considerarse moderno o simplemente «guay». Decía Joaquín Bartrina, poeta catalán que escribía también en español, en su poema «Algo» (publicado en 1876 en Barcelona):

Oyendo hablar a un hombre,
fácil es acertar dónde vio la luz del sol:
si os alaba Inglaterra, será inglés,
si os habla mal de Prusia, es un francés,
y si habla mal de España, es español .

Otro de nuestros principales problemas ha sido no contrarrestar nuestros potenciales errores con estudios de historia comparada. Cuando nuestros historiadores analizaban algún aspecto de la leyenda negra solían aceptar sin matices las afirmaciones que venían de fuera (o de quintacolumnistas interesados), renunciando a mirar qué pasaba en parecido tiempo en otros países. Esta falta del «elemento comparado» en el estudio de nuestra historia no es casual sino que obedece a una «trampa metodológica» que preside gran parte de los análisis críticos a partir de finales del siglo XIX . Y sin embargo hoy se admite que la «historia comparativa» que vaya en busca de similitudes es una condición de toda ciencia social que se tenga por tal nombre (F. Braudel, 1993, p. 19).

Una dificultad añadida para conocer la historia real de España y de su pueblo ha sido la ausencia de grandes biografías. Y cuando las ha habido, a diferencia de otros países (por ejemplo Italia), nuestra tradición historiográfica se ha interesado principalmente por reyes, santos y aristócratas. De haber contado con biógrafos y estrategas propagandistas tan eficaces como Vasari (padre de la difusión de la historia del arte de Italia), nuestro siglo XVI estaría en las cotas del desarrollo no solo de la literatura sino también de la cultura, la filosofía y hasta la ciencia. Y personajes como Juan de Herrera, Jerónimo de Ayanz, y tantos otros podrían figurar hoy junto a los «genios» Leonardo y Miguel Ángel (cfr. N. García y J. Carrillo, 2002, pp. 79, 145).

b) La ingenuidad galopante como carácter nacional

Todo lo que acabamos de indicar trasluce un carácter especial que afecta a un gran número de españoles («masa crítica») y especialmente a gran parte de sus intelectuales y representantes de la cultura: la contumaz, insondable y galopante ingenuidad. De esta característica (más que de la envidia) se han aprovechado y se siguen aprovechando nuestros enemigos y adversarios externos e internos. Aunque en ocasiones podamos pecar de fanfarrones, los españoles, puestos a pecar, lo hemos hecho más a menudo de un idealismo ramplón que nos ha llevado a creer en la bondad natural de «todas» las gentes, de sus gobernantes y países. Esta actitud probablemente no sea sino el trasunto del peso (tal vez mal entendido) del pensamiento cristiano entre nosotros, que ha heredado (aunque ellos no lo crean) la izquierda, trasladándolo al movimiento laico del «buenismo» [5] .

Hemos pensado que si tratábamos bien a un país o a una región éste o ésta nos correspondería con idéntica o similar moneda. Que compartir una misma religión o ideología bastaba para conquistar el alma de las gentes y

unir a los pueblos. Que había que devolver bien por mal en todos los casos, o no responder con firmeza ante amenazas o ataques, por temor a romper lazos. Esa ingenuidad ha hecho escuela y se ha colado hasta dentro de las mejores cabezas y estrategas. Una actitud semejante resultaría impensable en el caso de Francia, los Estados Unidos o Gran Bretaña. Ninguno de estos tres países ha dudado en ser firmes frente a los retos, ni en utilizar las mismas armas del enemigo cuando no había otro remedio. Y no les ha ido nada mal, incluso sólo así consiguieron parar el ánimo expansionista del nazismo.

Nos guste o no, en la política internacional lo que predomina es el egoísmo nacional-racional de los distintos países para llevar el agua a su molino. La «razón de Estado» (cfr. Giovanni Botero, *Della ragion di stato,* 1589) se impuso muy pronto, aunque en unos sitios con menos matices que en otros. Como ya demostrara Maquiavelo, en ese ámbito casi todo vale, incluido el engaño y el chantaje llegado el caso. El «ser» y el «deber ser», por mucho que ello rompa nuestros sueños, no coinciden a menudo y haríamos bien en tomar nota para que no nos sigan tomando el pelo o riéndose de nuestra candidez por las esquinas de los conciliábulos internacionales incluso se trata de tomar decisiones aparentemente objetivas de naturaleza científica: ¿por qué el principal-base fue el de Greenwich y no el de la isla de El Hierro? Luego lo veremos.

Basta leer las páginas de los periódicos —e investigar lo mucho que callan u olvidan rápidamente— para confirmar que el mundo no es el lugar idílico y amable que proclaman algunos, ni lo es, ni es fácil que vaya a serlo al menos en un futuro cercano. Lo que no quiere decir que dejemos legítimamente de aspirar y luchar cada día por mejorarlo, pero con realismo y ecuanimidad, aceptando los claroscuros que conforman una realidad ambivalente (cfr. Alberto G. Ibáñez y A. Medina, 2014 III, pp. 101-110). El problema es salirnos del equilibrio y caer en el exceso de uno u otro sentido. Alan Wolfe (2013, p. 200) ha destacado la maldad que se concentra hoy en nuestras sociedades y en la política, la cual, aun sin llegar a desembocar en una guerra, produce como resultados colectivos genocidio, limpieza étnica o terrorismo [6].

No obstante, en España hubo una época (al menos los siglos XVI y XVII) donde predominaba más el ingenio, palabra que se aplicaba a los ingenieros, entre los que siempre destacaron los españoles. El paso del ingenio a la ingenuidad queda reflejado en *El «ingenioso» hidalgo D. Quijote de la Mancha* , donde paradójicamente lo que va a marcar de verdad su carácter es su inge-

nuidad. Desde entonces España y el quijotismo van unidos como actitud: vemos gigantes donde hay molinos y molinos donde hay verdaderos monstruos, nos creemos lo que nos cuentan desde fuera y vivimos en permanente complejo por lo que supuestamente hemos sido o no hemos llegado a ser. Es fácil convencernos para que acabemos pagando la cena y las facturas, aunque los comensales se hayan pasado la velada poniéndonos a caldo o sepamos que lo van a hacer, en cuanto salgamos por la puerta. Basta ver la extensa colección de libros (individuales o colectivos), exposiciones, seminarios, conferencias internacionales, etc., donde se cuestiona a España o a los españoles, su presente o su pasado, y donde figuran uno o más organismos públicos nacionales como impulsores, patrocinadores o simplemente pagadores de la añagaza… En la mayoría de las ocasiones, a cambio de nada, como mucho con la (ingenua) esperanza de caer así más simpáticos.

2.3. Complejos y paradojas: de la primera historia nacional al desprecio a nuestra historia

a) La historia de España de Alfonso X y sus antecedentes

Todas las personas tenidas por sabias en nuestro país se han interesado tradicionalmente por la historia de España. La obra de San Isidoro *De origine Regum Gothorum* puede ser calificada como la primera historia nacional de un pueblo en la Edad Media, aunque todavía estaba escrita en latín. Posteriormente, Rodrigo Jiménez de Rada (1170-1247) con su *De rebus Hispaniae* presenta ya a España como un hecho con singularidad propia, donde el noble más importante de España, hoy algo paradójico, sería el Señor de Vizcaya. Jiménez de Rada fue un arzobispo Tudense, de origen navarro, considerado por Menéndez Pidal como «el hombre que más profundamente sintió a España y con más doctrina enseñó a comprenderla como un conjunto nacional» (R. Menéndez Pidal, «Apéndice», en Alfonso X, 1977, Vol. II, p. 888). Existieron las compilaciones Albeldense (del siglo IX-X), la Najerense (siglo XII) y la Tudense (principios del siglos XIII); las dos últimas abarcando a todos los reinos presentes en España.

En este contexto brilla con luz propia la *Primera Crónica General de «Espanna »,* no como erróneamente se ha dicho en ocasiones *La Crónica* de Castilla, por constituir la primera historia nacional en lengua vernácula de un país europeo. La escribió en 1272-1275 el Rey Sabio por excelencia, Alfonso X. Su primer nombre fue *Estoria de Espanna,* lo que deja claro cuál fue la intención de su autor. Aunque la completara después Sancho IV —continuando la narración a partir del reino de los godos— la Crónica de Alfonso X constituye una narración estructurada que cambia la manera de escribir la historia

que había sido habitual hasta entonces. Por si fuera poco, esta obra la separa el rey sabio de otra no menos voluminosa sobre la historia del mundo, preludio de una historia universal, con el nombre *General Estoria* (edición consultada de 1930), quedando de esta manera clara que la historia de España tenía un recorrido propio y diferenciado de la historia general del mundo conocido.

Y sin embargo varios historiadores, presuntamente españoles, han dedicado intensos y sospechosos esfuerzos a reducirla a mera «crónica». Y ¿qué es la historia sino una crónica de los acontecimientos que se suceden en el tiempo? De hecho, si no fuéramos españoles sin duda diríamos sin complejos que con la crónica nace la historia moderna. Pero de nuevo dejamos que la metodología la diseñen otros para perjudicarnos. ¿Todos? No. Algunos bizarros historiadores resistieron los envites del invasor. Así, Ramón Menéndez Pidal editó y comentó este relevante texto (cfr. «Apéndice» en Alfonso X, 1977, al final del Vol. II) con objeto de combatir el ignorante menosprecio de los que servían (a sueldo o por simple ingenuidad) a la misión de debilitar nuestra autoestima nacional.

Menéndez Pidal destaca no sólo que fuera la primera escrita en lengua vernácula, en este caso la «lengua común y más extendida de los reinos de España», sino que hacía gala de una prosa narrativa elegante y un vocabulario rico limpio de latinismos y extranjerismos: *Los idiomas de Francia e Italia no tenían nada semejante cuando Alfonso X vulgarizó la historia general* (R. Menéndez Pidal, «Apéndice», p. 888). Su éxito popular en efecto, no le impidió que rápidamente se tradujera al gallego, portugués, aragonés y catalán. ¿Cómo pudo ser si no nos sintiéramos ya parte de una misma entidad?

La Crónica de Alfonso X nos muestra igualmente que el nombre de «Espanna» ya era de uso común para todo el territorio peninsular. Alfonso era rey no sólo de Castilla, sino también de Toledo, León, Galicia, Sevilla, Córdoba, Murcia, Jaén y el Algarve. Pero el propio rey tenía conciencia de que el concepto de España incluía otras tierras más allá de sus dominios, (especialmente Aragón, Navarra y Portugal) lo que motivó que la Crónica hiciera referencia a los hechos acaecidos en estos otros reinos, incluyendo el momento en que Alfonso VII de Castilla convierte al rey de Aragón en su vasallo, haciéndose coronar como emperador. El título de rey de España *(Hispaniarum Rex)* se utilizó de forma deliberada por la mayor parte de los reyes y no era una mera fórmula de despacho utilizada ocasionalmente para abreviar, como se ha dicho en ocasiones con evidente (mala) intención.

Alfonso X no se inventó nada sino que se limitó a hacerse eco de narraciones anteriores que circulaban en la época, la mayor parte de origen griego y romano [7]. No se trató por tanto de ningún intento de construir algo de nueva planta para justificar algo inventado. El rey se limitó a ejercer de cronista, como dice bien el nombre del libro. Por cierto, que en el primer capítulo del libro introduce una curiosa referencia a un intento de invadir España por parte de ingleses y flamencos, antes de la llegada de los cartagineses (comandados por el emperador Amilcar), movidos aquéllos por el afán de hacerse con los grandes bienes y riquezas que en la época tenía España, matando a todos los que se pusieron a paso (Alfonso X, 1977, apartado 15 del «Prólogo», p. 15, titulado: «De cuemo los de Flandes e d'Inglaterra destruyeron a Espanna»). Donde las dan, las toman... cabría decir.

En conclusión, algo tendremos en común para llevar tanto tiempo juntos y haber quedado reflejados nuestros acontecimientos principales en las más antiguas crónicas que se conocen en Europa. ¿Por qué en lugar de tratar de sacar rédito a este hecho nos dedicamos a despreciar a nuestra historia común y a sus cronistas?

b) La sorprendente escasez de historias «nacionalistas» españolas

A pesar de contar con esos antecedentes, España constituye hoy una curiosa e ingenua excepción a la estrategia seguida por los países de nuestro entorno. Todas las demás supuestas «grandes naciones» europeas (y americanas) han utilizado la historia para construir un sentimiento de cohesión nacional, no dudando para ello en ensalzar sus (grandes o no) hazañas y en minimizar u ocultar sus (grandes o no) fracasos y errores, sin permitir que ningún agente extraño o extranjero les estropee el cuadro. Nosotros no sólo no hemos sabido utilizar la historia a nuestro favor, sino que en nuestro caso lo hemos hecho para todo lo contrario.

Cuando algún historiador contemporáneo simpatizante —o a sueldo o temeroso, que de todo hay— de movimientos separatistas acusa a España de haber impulsado una «interpretación nacionalista» de su propia historia (para evitarles el ridículo ahorraré dar nombres), apenas puede citar dos ejemplos. En primer lugar, la *Historia general de España* del padre (jesuita) Juan de Mariana (1591), escrita en latín con el título *Historiae de rebus Hispaniae* . Pero sus treinta volúmenes traducidos al español diez años después (1601) sólo debido a su gran éxito, desmienten cualquier intento oficial de utilizarla en su provecho. El segundo supuesto al que se alude con parecida y aviesa intención es la *Historia general de España* (1850-1867) compuesta y dirigida por un (liberal) Modesto Lafuente. Pero de nuevo sus treinta volúme-

nes permiten descartar cualquier populismo o intento oficial de influir en la mentalidad de las gentes.

Ello supone igualmente desconocer, u ocultar de mala fe, que el padre Mariana fue cuestionado internamente por no haber defendido suficientemente las gestas de España y que fue reconocido sólo desde fuera como «amante fino de la verdad y desnudo de toda pasión», en palabras del cardenal Baronio, impulsor de la política antiespañola del papa Clemente VIII, y por tanto nada sospechoso de lisonjero a lo español. En cualquier caso, sólo por erudición, la obra de Mariana supera a cualquier intento semejante de su época y a muchos de los contemporáneos. Su influencia ha sido en efecto grande, pero no por ningún movimiento oficial en destacar su supuesto contenido patriótico, sino debido al prestigio que acumuló [8].

Los únicos libros de historia que pueden considerarse de propaganda «nacionalista» de España fueron (parte de) los que se elaboraron durante el franquismo por los intelectuales de corte falangista. Entre ellos destaca *El imperio de España* (publicado primero anónimamente en 1936, y luego ya con el nombre del autor en 1941) de Antonio Tovar o *La historia del imperio Español y de la hispanidad* del jesuita Feliciano Cereceda (1940). Esta última obra fue pensada como libro de texto para enseñanza secundaria y consideraba a la hispanidad como un movimiento defensor de la verdadera civilización universal basada en la fe católica y en la dignidad del ser humano (pp. 266-269) [9]. Pero ni estas obras fueron las más influyentes en el mundo académico o social, ni siquiera las más leídas. Lo fueron mucho más las de Vicens Vives, José Antonio Maravall, Carande, Menéndez Pidal, Díez del Corral, Truyol Serra, Jover, Ubieto, Reglá, Seco, etc. [10]. Tampoco existió aquí ninguna *Ahnenerbe* dotada de enormes medios humanos y materiales, como la que se creó en Alemania en tiempos del nazismo para estudiar y difundir los orígenes legendarios del pueblo alemán, aunque el antropólogo Julio Martínez Santa-Olalla lo intentara, pero sin lograr contar con los apoyos necesarios ni siquiera de la Falange.

Los intentos de imponer una historia unificada de España en el sistema educativo siempre han fracasado, entre otras cosas porque la escuela pública aquí no ha sido nunca ni la única ni la mayoritaria, hecho diferencial con la construcción nacional por ejemplo de Francia. El que lo intentó tal vez con mejores razones fue Eduardo Callejo, ministro de Instrucción Pública en 1926, pero fracasó irremediablemente. Como fracasó el propio franquismo (al menos en comparación con los objetivos que pretendía), a pesar de

contar con manuales de cierto interés como *La historia de España contada con sencillez* , de José María Pemán, elaborada con esa intención.

Y, sin embargo, de los tiempos en que al menos se hablaba del «libro único» hemos pasado a una panoplia de manuales de historia variadísima, con comentarios y valoraciones en ocasiones más que discutibles [11] . Como ha sostenido el profesor de la Universidad de Maryland, Hernán Sánchez M. de Pinillos: *Las reformas educativas que han sometido la historia de España a un lavado de corrección política (Quid prodest?) están privando a muchos españoles de su propio pasado: el Cid «no existió », la Reconquista es «un mito conservador », los Reyes Católicos «eran protofascistas », y por tanto hay que hacerlos desaparecer como «ficciones ideológicas » de los planes de estudio: sólo son «ficciones ideológicas » y mal ejemplo. Disparates y anacronismos que de los libros de «historia » pasan —de oca a oca y tiro porque me toca— a las aulas y los medios de comunicación e ideologización de, literalmente, masas funcionalmente analfabetas* [12] . Nada mal para un país que protagonizó la mayor hazaña jamás contada, que dominó el mundo no sólo políticamente y sin cuya aportación decisiva ni Europa, ni América, ni África, ni Asia, ni el mundo serían lo que son hoy.

La historia se asimila y digiere o se vomita, pero no se debe ni ocultar, ni ignorar, ni tergiversar, que es lo que ha ocurrido con la de España. Existen pocos estudios que no aparezcan sesgados por ideología, animadversión o necesidad de responder a críticas exageradas, a prejuicios sin prueba. Abunda la visión alejada de la sensatez y del punto medio, ensalzando lo que puede dividirnos (sea cierto o no) y minimizando los logros que nos han mantenido unidos.

La buena noticia es que hemos llegado tan lejos en esta estrategia pesimista y suicida, que cada vez son más las voces que piden abandonar el estado de ingenuidad. Basta dejar de creer en casualidades; atreverse a pensar por uno mismo, y poner en cuestión los paradigmas dominantes. Tal vez entre todos podamos hacer que España vuelva a la vida y a ver la luz, saliendo de un largo túnel lleno de sombras y telarañas pues ningún español se beneficia de estar permanentemente en conflicto con otros españoles, confundidos o en estado de embriaguez enfermiza sobre si somos o no somos… españoles. Para ello resulta esencial recuperar un relato verídico de nuestra historia que nos permita sentirnos orgullosos de nuestro pasado y nuestra identidad.

3. HISTORIA, CULTURA Y LIDERAZGO: LA INFLUENCIA DEL RELATO HISTÓRICO DOMINANTE

3.1 ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

a) Historia y psicología de los pueblos

El ser humano es su naturaleza, su historia y su cultura. La historia de España nos afecta a todos, a nuestros padres, abuelos, tatarabuelos… de forma íntima, personal y colectiva. Explica cómo hemos llegado a ser como somos, y también cómo nos ven los demás. Incide en nuestra autoestima colectiva e incluso en las posibilidades de encontrar trabajo y tener éxito en la vida. Es nuestra carta de presentación. Por eso conocerla y transmitirla correctamente es una gran responsabilidad y también una obligación de todos, y no sólo de los expertos o historiadores profesionales.

Para comprender cómo somos hoy, debemos mirar a nuestro pasado y ver cómo nos hemos venido haciendo, o cómo nos han venido haciendo otros, a lo largo de los tiempos. Encontraremos agradables y no tan agradables sorpresas en este recorrido necesario. Se trata no sólo de comprender el comportamiento humano y conocer cómo acontecen las cosas, sino de analizar cómo se pasa de un acontecimiento a otro (J.G.A. Pocock, 2008, p. 90). Obviamente los españoles compartimos con el resto de seres humanos una misma naturaleza, pero ni nuestra historia, ni las características del país, ni nuestra cultura son exactamente las mismas que las de otros. La historia no es una foto fija sino un proceso de corrección gradual, que se va adaptando y completando según aparecen nuevos datos e interpretaciones (Tomás y Valiente, 1971, pp. 6-7). Una sociedad no permanece fija a lo largo del tiempo, sino que cambia, *e pur si muove.* Con lo que no es lo mismo hablar de un país en una época que en otra, que se lo digan a griegos o egipcios, por ejemplo, quién les ha visto y quién les ve… o a nosotros.

Sin embargo, el que exista más de una óptica sobre los acontecimientos históricos de tal o cual territorio o época, no quiere decir que todas las versiones sean iguales. Unos historiadores pueden tener «la aviesa» intención de destacar lo que nos une y otros «la muy posmoderna y sana» de hacer lo propio con lo que puede destruirnos. Pero la talla intelectual de Ortega, Américo Castro, Claudio Sánchez Albornoz, Menéndez Pidal, Julián Marías, Joseph Pérez, Fernández-Armesto, o incluso de Hugh Thomas o Paul Preston, no parece que nadie la pueda poner en cuestión. No parece que profesaran un sentimentalismo exacerbado o un interés oculto en defender una versión «españolista» de la historia, en algunos casos simplemente… por no tratarse de españoles. No puede decirse lo mismo sin embargo en el otro lado de la balanza. Algunos optamos por caminar a hombros de gigantes, otros prefieren hacer lo propio sobre pigmeos. Allá cada cual.

Tampoco la historia de un pueblo se puede limitar a la mera narración cronológica de acontecimientos fácticos. Cuando Voltaire escribió su *Ensayo sobre las costumbres y el Espíritu de las Naciones* , acabó haciendo un tratado de historia universal. No se puede hablar de un pueblo sin hablar de su espíritu (*Volksgeist* , dicen los alemanes), de lo que le mueve a actuar de una manera y no de otra. Hoy se habla de antropología histórica o «nueva historia» que desciende al estudio de las costumbres y comportamientos del hombre cotidiano [13] . La nueva historia pretende una reconstrucción del pasado en toda su amplitud, para lo cual el investigador debe ser no sólo historiador sino también economista, sociólogo, antropólogo y hasta geógrafo. Hoy se admite que la historia se compone de *un sistema de relaciones muy complejo entre fuerzas materiales y mentales* [14] .

Ello no quita relevancia al papel que han desempeñado determinados personajes significativos, pero supone situar en su justa medida su aportación, para bien o para mal. Como decía Marañón: *La historia suele gustar de que ante la posteridad aparezcan, en el momento de producirse sus grandes acontecimientos, hombres o mujeres con el aire heroico de ser ellos los causantes directos de las efemérides. Mas, en realidad, son estos personajes hijos y no gestadores del suceso, si bien le padecen o le imprimen, a lo sumo, un cierto ritmo y dirección* (G. Marañón, 1998, p. 427). Con esto obviamente no pretendemos cerrar el estudio de la realidad social en toda su complejidad —tarea probablemente siempre en construcción y reconstrucción— pero sí aportar nuevas luces al camino adentrándonos por sendas menos trilladas. Al final del libro podrá comprobar el lector/lectora si hemos tenido éxito.

b) La trampa metodológica o cómo falsear la historia sin que se note demasiado

En unos países más que en otros (en el nuestro normalmente de los que más) una parte de los autores que han pretendido estudiar «objetivamente» la historia han solido partir de un prejuicio ideológico que lo ha contaminado todo. Si en las ciencias naturales es difícil, si bien no imposible, encontrar estudios y estudiosos «de partido» o ideologizados, en el mundo de las ciencias sociales resulta lamentablemente de lo más común. Incluso entre los que presumen de puristas e independientes; éstos, en ocasiones, los que más. Este carácter sectario se ha dado no sólo a nivel ideológico sino académico, rechazando como inválido cualquier contribución que provenga de una especialidad ajena al experto de turno. El estudio de nuestra historia entra en ambos supuestos: se trata de un fenómeno de enorme complejidad que se alarga además a lo largo del tiempo, y se ha instalado en una situa-

ción de bloqueo maniqueo en torno a los polos: izquierdas-derechas/separatistas-españolistas.

A ello se añade la dificultad inherente y que suele pasar desapercibida: la influencia de la «cultura nacional» de los distintos expertos. Para el holandés G. Hofstede cualquier estudio, para poder ser correctamente comprendido, debería comenzar con una declaración por parte de su autor, de qué sistema de creencias, formación y experiencias personales le sirven de punto de partida (G. Hofstede, 1991, p. 146). El pretendido experto de lo social, ya que no puede ser científico en su método (ni siquiera cuando acude a encuestas, tan fácil de adaptar a conclusiones previas) suele ceder a la tentación de tratar de explicar lo intrínsecamente complejo por un solo principio o causa omnicomprensiva, tratando así de parecer más «científico».

Pero por si fueran pocas esas dificultades, en ocasiones subyace un fenómeno que suele pasar desapercibido: la lucha metodológica soterrada y feroz por imponer una aproximación u otra que acaba beneficiando directa o indirectamente a una determinada escuela nacional [15] . Y es que junto al derecho, la historia es la otra disciplina en lo que lo nacional se suele (o al menos lo intenta) imponer. ¿Quién puede presumir de ser más experto en las normas de un país que los juristas nacionales de esa nación? Con la historia pasa algo parecido, bueno…, con la excepción de España, donde son los extranjeros los que presumen de conocer nuestra historia mejor que nosotros mismos. Esto sólo ocurre aquí (en España) y con nuestra historia, no así en otros lares.

Con el fin de superar la terrible ingenuidad que ha presidido el análisis de nuestra historia, al tiempo que tratar de aportar algunas nuevas luces en este libro privilegiaremos dos enfoques: el comparado y el interdisciplinar. Ya hemos hablado suficientemente de la incomprensible carencia de análisis comparados a la hora de estudiar la historia de nuestro país. Deberíamos reivindicar todos: «Nunca más una crítica a un español o a "lo español" sin comprobar, antes de acabar de formularla, además de la veracidad de tal acusación, si idénticos, similares o mayores fenómenos se daban en otros lares en la misma época o incluso posteriores».

En el siglo XXI el enfoque interdisciplinar resulta ineludible en todo caso, pero resulta especialmente procedente cuando se trata de abordar fenómenos complejos o situaciones de bloqueo intelectual [16] . Julio Caro Baroja ya destacó el conflicto que se daba entre los diversos enfoques sociológicos e históricos según se basaran en ciertas formas sociales pretendidamente es-

tables (Simmel); o en determinados acontecimientos históricamente singulares (Weber), en funciones, estructuras u organismos, o simplemente en el estado de ánimo u opinión de varios grupos humanos (J.C. Baroja, 1970, pp. 20-24). Por eso los enfoques macro se oponen (y desprestigian) a los micro, los estructuralistas a los funcionalistas, los idealistas a los costumbristas. Y según el enfoque o la parte de la sociedad que elijamos conseguiremos resultados parciales e incluso contradictorios.

Dentro de la nueva historia más interdisciplinar entra el aspecto psicológico de los pueblos, que aquí centraremos en las creencias dominantes que los españoles han tenido de sí mismos. La psicología de millones de ciudadanos a menudo discurre o ha discurrido hasta tiempos recientes de forma paralela a la vida política, sin que casi nadie se percatara de ella, más allá de los que hacían de su manipulación su negocio. La cuestión es determinar qué fue primero el hecho histórico o la/s creencia/s que lo hizo/hicieron posible. Cabe hablar a este respecto de una psicología social de la historia, que estudiaría la influencia del estado de ánimo, los estereotipos y prejuicios externos, y las creencias colectivas internas en los acontecimientos históricos, lo que abarcaría igualmente el análisis de las formas, maneras y estrategias de manipulación y cambio de esas creencias. De esto va también este libro.

Por último, este libro se enmarca también dentro del método histórico crítico, utilizado por grandes personajes de nuestra historia como Jovellanos. Un revisionismo crítico constante que demanda una historia abierta a descubrir nuevas perspectivas capaces de cuestionar viejos mitos que han pasado (hasta tiempos recientes) por verdades reveladas, por el más terrible de los dioses: el ser humano disfrazado de falso científico. Los mayores peligros para una historia veraz no son los mitos disfrazados de leyendas (éstos no engañan a nadie) sino los que se plantean como verdades irrebatibles, sustentadas sin embargo en datos parciales, exagerados o directamente falsos y tergiversados.

3.2. ¿Por qué fracasan los países? ¡No es «sólo» la economía, estúpido!

a) Las presuntas causas objetivas

Bill Clinton —o más bien su asesor James Carville— durante la campaña electoral que mantuvo con Bush (padre) en 1992, empleó una frase que se haría famosa: *¡Es la economía, estúpido!* Entonces le sirvió para desviar la atención de los éxitos políticos que podía presentar George H. W. Bush, tras haber presenciado la caída del muro y sus efectos, así como la triunfal Pri-

mera Guerra del Golfo, con una popularidad cercana al 90% Clinton ganó las elecciones, de forma sorprendente, y desde entonces todos los intelectuales, sociólogos y gurús electorales han hecho suya esa frase «mágica, ocurrente y recurrente».

Entre ese grupo destacan Daron Acemoglu (economista del MIT de Massachusetts) y James Robinson (politólogo y economista de Harvard) que analizan las causas del fracaso (histórico) de los países, y nada más y nada menos que el origen del poder, la prosperidad y la pobreza ¡en el mundo! [17]. Como plan para un solo libro no está nada mal. Pues bien, después de despreciar otras causas (incluida la dimensión cultural) acaban encontrando la raíz del éxito de un país en una ¿nueva? triada mágica: decisiones políticas acertadas; instituciones políticas y económicas inclusivas o pluralistas, que serían lo contrario de las «extractivas» (el término ocurrente), esto es aquéllas que permitirían concentrar el poder en una élite reducida fijando pocos límites a su ejercicio, y sin incentivos adecuados para que la gente ahorre, invierta e innove; y un grado de centralización política suficiente, es decir que exista una autoridad real que pueda controlar o sancionar, un requisito este último que suelen pasar por alto «hábilmente» los comentaristas «entusiastas» de signo nacionalista [18].

No vamos a negar a estas alturas lo obvio: que decisiones económicas o políticas acertadas pueden determinar la buena o mala marcha de un país. A menudo se citan, en este sentido, los casos de las dos Alemanias tras la Segunda Guerra Mundial o el de las dos Coreas. Igualmente, el hecho de que en 1959 Cuba fuera bastante más rica que España (otra cosa es si el desarrollo era más o menos igualitario) y que a partir de ese momento (siendo los dos países ya dictaduras) la relación de rentas comenzara a ser favorable para España, distancia que no ha hecho sino crecer con el tiempo. ¿Por qué? Pues porque en ese año mientras España aprobaba el Plan de Estabilización, Cuba abrazaba el comunismo; lo que debiera hacer reflexionar a más de uno.

Sin embargo, el problema es que la visión puramente economicista —aunque en este caso se aderece con gotas de diseño institucional— se queda corta para comprender los fenómenos de cambio social. El reducir la complejidad del ser humano a su condición de agente económico se ha demostrado tan parcial y equivocado en el pasado como en el presente: recuérdense la polémica entre el *rational choice y* la *bounded rationalitiy* . Y todo ello teniendo en cuenta que se esté tomando como referencia para medir el fra-

caso o éxito de un país precisamente su adaptación a las reglas de juego que impone un determinado modelo económico (el anglosajón). No es que dicho modelo sea bueno o malo, sino que no es el único posible para medir el éxito. Por ejemplo, un país muy exitoso económicamente puede tener al mismo tiempo su población como líder en consumo de drogas o en consultas al psiquiatra, o presentar un nivel muy bajo de autenticidad en las relaciones personales.

b) ¿Por qué con las mismas reglas unos funcionan mejor que otros?

Simplificar la realidad como si se tratara de una mera consecuencia de decisiones políticas y económicas irreductibles no resuelve toda la cuestión. La pregunta que debemos hacernos es por qué determinadas decisiones se adoptan en unos países y en otros no, y por qué las mismas o parecidas medidas tienen éxito o no según en qué sociedades se apliquen. Porque lo cierto es que hoy por hoy, por ejemplo, el mismo régimen capitalista produce unas sociedades mucho más igualitarias (Austria y Dinamarca) que otras (EE. UU. y España), lo que igualmente podría hacer reflexionar a otros. El fisiólogo Jared Diamond, en su obra *Armas, gérmenes y acero,* trató de dar respuesta al enigma de por qué la evolución de una humanidad, a la que se le supone un origen único, ha dado lugar a respuestas y ritmos de desarrollo tan variados. Para ello no encontró mejor opción que complementar el enfoque histórico con el de la biología, la genética, la biogeografía y la geología evolutiva (J. Diamond, 2004, p. 24). Es decir que propuso un enfoque multicausal. Cierto, lo geográfico y lo cultural no lo explican todo, sobre todo en los términos excesivamente simplificadores en que normalmente se plantean, pero lo económico y lo institucional tampoco.

Todas las causas importan, lo que varía es su incidencia en cada lugar y época. Heidegger hablaba del *Dasein* , del «ser-ahí». Todo ser en potencia se hace existente al quedar arrojado sobre un contexto espacio-temporal concreto. Es el «ahí» lo que da concreción al «Ser». Determinadas medidas tienen éxito simplemente porque se enmarcan en un ámbito de actuación más amplio que las favorece, mientras que si ese contexto hubiera sido diferente las mismas medidas no habrían podido alcanzar el mismo nivel de éxito. No es lo mismo nacer en África que en Europa, ni es igual sacar adelante la agricultura en zonas húmedas o de secano aunque pueda hacerse en ambas. Ni tampoco si uno opera desde una cultura dominante o desde otra marginal. Por tanto, el contexto interno y externo, «importan».

Algunos colores nos faltan para entender el cuadro, al menos la cultura y narración histórica dominantes. No se trata de explicar sólo por qué los

países que triunfan están donde están, sino de analizar igualmente por qué y cómo países que hoy fracasan antes fueron ejemplos de éxito. Antiguos imperios que dominaron el mundo y llegaron a las más altas cotas del saber, de la arquitectura y del arte (por ejemplo, Egipto y Grecia) hoy pasan por ser malos ejemplos a imitar y templos de la corrupción. A nivel familiar sucede un poco lo mismo: nuevos ricos sustituyen a familias de toda la vida venidas a menos. Ni el estado de ánimo ni la cultura de un pueblo son algo inmóvil, eterno o inexpugnable sino que cambian o al menos pueden cambiar. Egipto, incas, aztecas, Grecia, Roma, España…familias de rancio abolengo y venidas a menos, empresas familiares que las crea el abuelo y las hunde el nieto malcriado y malacostumbrado.

La teoría de un proceso cíclico de ascensos y caídas en los imperios y civilizaciones aparece ya en el mundo griego y llega hasta el Renacimiento. La decadencia de una sociedad comienza con una percepción que viene a veces desde fuera, pero se consolida cuando, al menos en parte, sus propios creadores de opinión la sienten como tal. No deja de ser curioso que países que comenzaron siendo cuna de ladrones y pillajes hoy se presenten como ejemplo de buena educación y refinamiento (Inglaterra), otros que eran sinónimo de brutalidad y barbarismo hoy pasen por defensores del medioambiente y pacifismo (Escandinavia), mientras los que fueron creadores de la civilización occidental hoy son presentados como un problema a evitar (Grecia, Roma o incluso la propia España).

Oswald Spengler en su famosa obra *La decadencia de occidente* (publicada «curiosamente» en 1917, año de la revolución comunista en Rusia) decía que el nacimiento de un mundo cultural es siempre un acto místico, cuyos elementos principales permanecen enteramente impenetrables ante nuestros pobres, abstractos, conceptos científicos y filosóficos… y muere cuando el «alma grande» que lo había creado ha realizado las suma total de sus posibilidades. Tal vez llevara razón y todo sea cuestión del destino o de astrología —aunque ha sido profusamente criticado a este respecto, entre otros, por von Mises y K. Popper—, pero también es posible que las cosas sucedan de forma más prosaica… u obedeciendo a estrategias cuidadosamente planificadas. Una cosa parece cierta: la percepción que logre instalarse, para bien o para mal, en la mayoría de la población determinará el futuro de todo el país.

c) La dimensión cultural

Desde hace años diversos filósofos se han preguntado por qué los ciudadanos cumplen las normas en unos países más que en otros. Se trata de una

cuestión importante pues según la contestemos puede variar el papel que otorguemos al derecho en los fenómenos de cambio social e institucional. Emilio Castelar ya cifraba en el «desprecio a las leyes» la razón de la decadencia de España. Y Cánovas añadía que *lo que nos hace falta es el respeto a la ley [...], la base indispensable del orden en todas las naciones civilizadas* (citados por J. Varela Ortega, 2013, p. 51). Más de cien mil normas están vigentes hoy en nuestro país, pero ¿de qué vale aprobar y modificar tantas reglas jurídicas si éstas, en un número importante de casos, no se cumplen? [19]. Resulta por tanto evidente —contrariamente a lo que sostienen Acemoglu y Robinson — que no basta modificar las leyes para que cambien automáticamente las instituciones porque frente o bajo una realidad formal existe una realidad material-cultural [20].

Y, sin embargo, de nuevo la historia nos enseña el camino. El padre Juan de Mariana en su célebre *Historia general de España* identificó el fracaso de la Armada Invencible ante las costas británicas como un síntoma de una crisis más profunda en la que estaba entrando la sociedad española, la cual empezaba a caer en la corrupción, las comodidades, los juegos, lujos y espectáculos a los que lleva el poder y la riqueza. A partir de entonces, comienza la decadencia española aunque tardará todavía algunos años más en concretarse del todo. ¿No llevaba algo de razón el viejo maestro? Del mismo modo, el historiador italiano Amiano Marcelino afirmaba que el Imperio romano entró en decadencia por la indolencia, degradación y hedonismo de los romanos que se habían apartado de las virtudes que habían engrandecido Roma (citado por J. Eslava Galán, 2012, p. 501). Estas virtudes eran: responsabilidad ciudadana (*auctoritas)* , autoestima (*dignitas)* , tenacidad (*firmitas)* , austeridad (*frugalitas)* , laboriosidad (*industria)* , buena educación (*comitas*) y discreción (*prudentia*), Cabe afirmar que algo parecido ha ocurrido con la sociedad española y su pasado glorioso, que lo tuvimos.

Lo cierto es que comportamientos económicos tan básicos como que la gente ahorre, invierta e innove no sólo se deben a las instituciones extractivas. La población española fue netamente ahorradora con instituciones extractivas (franquistas) y pasó a endeudarse con instituciones más inclusivas y democráticas, simplemente porque la moda —impulsada fundamentalmente por las «¿muy inclusivas?» instituciones de Wall Street y la City— cambió. En definitiva, la pregunta que debemos hacernos tal vez no es tanto (en términos negativos) por qué fracasan algunos países sino más bien (con un enfoque más proactivo) cómo un pueblo puede llegar a hacer grandes cosas. Para empezar: remando juntos. A fin de cuentas: *Un pueblo no es*

grande porque desprecie a otros; un pueblo es grande porque es capaz de hacer grandes cosas o porque ayuda a que otros las hagan.

d) La relevancia de la narración histórica dominante

La narración histórica suele estar contaminada por intereses, miedos y discriminaciones, en especial si puede afectar directamente al prestigio o imagen de un país. Según sea la narración que predomine unos u otros podrán sacarle mayor partido político e incluso económico. Por eso rara vez encontramos, aunque pueda parecerlo, una narración totalmente objetiva y desapasionada, en una dirección o en otra, sobre todo cuando se trata de eventos políticos o bélicos, en los que se mezclan intereses económicos y comerciales. Es cierto que la historia la suelen escribir los ganadores, pero también los que tienen acceso a un atril, un púlpito o un medio de comunicación social, más allá de su mayor o menor rigor científico.

Quien es capaz de construir una narración victoriosa o, lo que es lo mismo, quien convence con «su» apariencia de verosimilitud, domina la historia de los pueblos y por tanto del mundo. No es la veracidad objetiva al cien por cien lo más relevante, sino gozar del poder para imponer una determinada visión de la historia propia y de sus vecinos, haciéndola creíble para propios o extraños. En esta tarea lo más peligroso no son los mitos que proceden de leyendas que a nadie engañan, sino los elementos no menos míticos que aparecen bajo «la apariencia encantada» de verdades rigurosas y contrastadas, sin serlo en realidad mucho más que el bálsamo de Fierabrás. El propio Julio Caro Baroja admitía que: *La historia del progreso técnico y humano es el resultado de una serie de conflictos u oposiciones entre determinadas sociedades y concepciones que entran en liza, a rivalizar en un momento dado, y de la cuales una sale vencedora y otra vencida* (1970, p. 18).

¿Quiere decir que la historia es del color del cristal con que se mira? Tampoco es eso, pero lo cierto es que, en el caso español, no contamos con una visión ecuánime, sosegada y sobre todo constructiva de nuestros logros y fracasos. Y en las pocas veces que lo hemos intentado, una mano negra lo ha impedido. Así ocurrió, por ejemplo, en 1757 cuando la Academia de la Historia se comprometió a elaborar una historia de América *en la que expusiera de modo objetivo lo esencial de los procesos de asentamiento, colonización y demás acciones que contribuyeron al crecimiento económico y cultural de las Indias en los siglos XVI , XVII y XVIII . Los compromisos que había adquirido la Academia, y los que contrajo durante toda la segunda mitad del siglo XVIII impidieron sospechosamente que pudiera escribirse esta obra* [21] .

Y sin embargo existen muchos ejemplos de cómo se las gastan otros países en este proceso —entre otros, como luego analizaremos, la tergiversada leyenda de Ricardo Corazón de León—, pero quedémonos con uno que se ha recordado hace poco. En el año 2015 se conmemoró el ducentésimo aniversario de la batalla de Waterloo. Si preguntamos a cualquier escolar, e incluso a muchos intelectuales, quién ganó esa guerra responderían sin muchas dudas que los británicos. Sin embargo, la realidad fue algo más compleja. Las tropas que comandaba Wellington estaban formadas en un pequeña parte por británicos. La mayor proporción la componían holandeses y prusianos que fueron, sobre todo estos últimos, los más decisivos para la victoria final. Pero obviamente la versión que nos ha llegado no fue casual, Wellington la impuso gracias al control que ejercía Gran Bretaña sobre la prensa, no sólo propia, a través de *los impuestos sobre el papel, la restrictiva legislación contra el libelo y el control del servicio postal, el cuerpo más poderoso a la hora de transmitir información. Los británicos leían lo que Wellington y sus superiores querían* [22] .

En resumen, no deben despreciarse la importancia de la cultura y la narración histórica dominante sobre la alta o baja autoestima de un pueblo. Puede ser mucha o poca, pero no cabe ser ignorada salvo que uno sea ciego (intelectualmente), muy ingenuo, o muy mal intencionado, que de todo hay.

3.3. Cómo se cambia la autoestima de un pueblo: creencias y decadencia

a) Percepción versus acción: la propaganda modifica los hechos

El maestro español Antonio Machado nos recuerda: *Qué difícil es / cuando todo baja / no bajar también.* Existen obviamente decisiones políticas y económicas equivocadas, derrotas en el campo de batalla, malos gobernantes… Pero se da un momento previo que nadie cita para evaluar la «permanente crisis» de un país como España: cuando surge la creencia de que ya no somos tan buenos. Decía Gregorio Marañón (1998, p. 22): *Los médicos sabemos el papel fundamental que el sentimiento de inferioridad juega en la creación de una parte importantísima de las neurosis y psicosis, que inutilizan para el progreso a centenares de hombres bien dotados* . Sustitúyase «hombres» por «países» y tendrán la clave de lo que le ha ocurrido a España.

Se tiende a olvidar que las creencias no sólo operan en el mundo religioso sino también en el profano, dado que nos movemos en un contexto de conocimiento limitado y de verdades parciales donde no vemos lo que nos hace ver (luz) ni pensamos en lo que nos hace pensar (espíritu) [23] . Como

señala A.H. Haas (2009, p. 72): *Toda acción humana quedaría impedida o detenida si tuviera que verificarse en primer lugar a partir de conocimientos (ciertos). La fe es un puente tendido sobre los espacios en blanco que la vida concreta nos ofrece como obstáculos. Una fe que incluso nos ayuda cuando nos ponemos en manos de un especialista, una fe en el otro y una fe, o podríamos decir una conciencia plena, en nuestra mejora. Esa fe nos mueve, nos pone en camino hacia la consolidación de un deseo. No hay lógica*

.

Ortega distinguía en su ensayo *Ideas y creencias* : las ideas *«se tienen»* —es decir se acepta su cambio y evolución— mientras en las creencias *«se está»* . Y, por tanto, al considerarlas a éstas fundamento de la vida, uno las toma como permanentes y se resiste a someterlas a crítica. Ese ansia de permanencia connatural a las creencias llevó al filósofo español a otorgarles características bíblicas pues en ellas *vivimos, nos movemos y somos* (J. Ortega y Gasset, 1942, pp. 15, 23). La creencia no se presenta reducida al ámbito religioso ya que *creer en una idea significa creer que es la realidad, por tanto, dejar de verla como mera idea* (Ibíd., p. 53). Ello ocurre incluso en el sacrosanto mundo pretendidamente objetivo del científico, el cual a pesar de su apariencia de seriedad y de cercanía a la esencia de las cosas *está abarrotado de problemas no resueltos* (Ibíd., p. 54). El ser humano no soporta que zonas clave de su vida queden privadas de sentido o de explicación, y para sanar su angustia acude a alguien al que otorga un grado de conocimiento superior al suyo: lo mismo puede ser un sacerdote o chamán que un ideólogo, un líder político, un experto o un historiador.

Pues bien, todo ello tiene su traslación a lo que ocurre en la conformación del imaginario colectivo de un pueblo o de una nación. Cuando diversas creencias (sean ciertas o no) acaban instalándose en un número suficiente de individuos, tienden a hacerse realidad o ser percibidas como tales por el resto.

b) ¿Qué es antes, el hecho histórico o la huella psicológica?

Aunque no seamos conscientes de ello o vivamos como si nuestros actos fueran autónomos, conscientes y libres en cada momento, existen un conjunto de ideas dominantes, pautas de comportamiento que conforman el «espíritu de la época», en el que nacemos, nos movemos y existimos, y ese contexto condiciona y «canaliza» el ejercicio de nuestra libertad y el desarrollo de nuestra personalidad y proyecto de vida. *Todo es interpretación* , recuerda Nietzsche y matiza Umberto Eco (1998). Pongamos unos hechos y veamos cómo afectan a la imagen del país, según cómo se interpreten. ¿Es neutral la narración (incluso la literaria) que se haga de un evento histórico

para el comportamiento social? Ocurre aquí como en ciertas encuestas electorales que tienen un efecto más prescriptivo que predictivo de la realidad.

La psicología nos demuestra que los posibles cambios personales son el efecto de variar previamente las creencias que uno tiene sobre sí mismo y sobre las cosas. Aunque este aserto no funcione en todos los casos y personas, en muchas ocasiones sí lo hace. La creencia es antes que la ciencia, no sólo (aunque también) en sentido cronológico: la alquimia precedió a la química o la astrología a la astronomía. El psicólogo social Philip Zimbardo ha explicado igualmente cómo los cambios colectivos comienzan por cambios individuales influenciados por un contexto determinado, si bien no todos reaccionan de la misma manera frente a una determinada transformación cultural o de usos sociales. En todo proceso de este tipo aparecen: los que incitan, los que les siguen acríticamente, y los que se resisten, a los que no duda en calificar de verdaderos héroes [24] . También cabe destacar a los *true believers* , los creyentes reales que *tend to see what they expect and hope to see* (J. March y J. Olsen, 1975, pág. 153).

Los países son como las personas: si a un niño o adolescente le dices sólo lo bueno que es todo el día y ocultas sus defectos conseguirás elevar su autoestima, a costa probablemente de crear un ser vanidoso, bravucón y algo insoportable. Esto es lo que ha ocurrido con el imaginario colectivo de naciones como Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos y Alemania, aunque aquí algo menos a partir del nazismo. Por el contrario, si lo que se destaca en un niño o adolescente son sólo sus defectos, exagerando incluso éstos, y ocultando sus virtudes (de las que todos tenemos, al menos, algunas) se creará una personalidad acomplejada, apocada e, incluso, con tendencias suicidas. Esto es lo que ha ocurrido con el imaginario colectivo español. Por eso los primeros se lanzaron a guerrear entre ellos para demostrar quién era el número uno de la clase (e.g. las dos guerras mundiales), mientras nosotros nos dedicamos a guerrear entre nosotros, negándonos así el derecho a triunfar en el mundo: guerras civiles y movimientos separatistas.

c) Cómo construir una imagen positiva de un país: el caso de Francia

Francia, tras la Segunda Guerra Mundial. Un país derrotado en apenas un mes por las tropas alemanas; humillado en el armisticio de Compiègne que había sido solicitado por los propios mandos militares franceses; una Francia mayoritariamente colaboracionista con los nazis (entre ellos el propio Mitterrand); una resistencia, muy ensalzada posteriormente, pero en la que en realidad participaron pocos franceses; una Francia «rescatada»

por tropas extranjeras, gracias al desembarco en Normandía; un París liberado por tropas españolas al mando del general Lecrec… Y, sin embargo, un De Gaulle, que había seguido la Segunda Guerra Mundial cómodamente instalado en Londres, logra en pocas semanas redecorar su propia imagen y la de todo un país, cambiando todo el imaginario colectivo que esta situación ciertamente humillante para Francia representaba. ¿Cómo lo hizo? Pues a partir de un célebre (y falso) mensaje radiado a toda la nación y al mundo entero: *París, ultrajada, París, rota, París martirizada, pero París liberada. Liberada por ella misma, liberada por su pueblo con el concurso de los ejércitos de Francia, con el apoyo y contribución de Francia entera. Es decir, de la única Francia, de la verdadera Francia, de la Francia eterna.*

Era una clara manipulación, o siendo amables, una burda exageración. Pero funcionó. Vaya si funcionó. Dijo lo que todos los franceses necesitaban oír. Francia salió de la Segunda Guerra Mundial formando parte de los vencedores, su sociedad recuperó en poco tiempo su auto-estima y borró del todo su oscuro pasado. Es más, pasó a comportarse como «la» potencia con mando en Europa que pilotaba las Comunidades Europeas, hacía frente a los Estados Unidos (sus verdaderos liberadores) en la OTAN y predicaba doctrina y daba ejemplo de liderazgo por el mundo. París volvería a brillar (con la ayuda de los fondos americanos) como una gran ciudad moderna, elegante y majestuosa. Y las empresas francesas pudieron en pocos años ponerse a competir en resultados económicos con las alemanas.

¿Qué lo había hecho posible? Unas creencias que hábilmente se habían inculcado por parte del Gobierno francés a sus ciudadanos. Los que no reaccionaron directamente a esta práctica de manipulación psicológica (porque no todos somos iguales, al menos a nivel mental y emocional), lo hicieron pasivamente, por imitación o contagio de sus compatriotas, siguiendo el adagio de «donde fueres haz lo que vieres». Y estos últimos cambiando sus actos por mimetismo, acabaron a la postre también modificando sus propias creencias, dando así razón a su vez a los conductistas. Todos por tanto contentos: las diversas corrientes psicológicas, los ciudadanos orgullosos de sí mismos y de su país, el Gobierno, y los empresarios que ven cómo su marca y la del país que representan ganan enteros en el mundo. La realidad y la irrealidad enlazadas en el teatro mágico y falso que es a menudo el mundo, como ya alertaba Calderón de la Barca, el cual por cierto no era francés, y por eso tal vez no sea tan conocido como otros.

¿Por qué España tiene que ser diferente?

1 Luego lo veremos con más detalle, pero baste por ahora señalar que la ayuda americana a cambio de bases militares fue tardía y bastante menor que la recibida por el resto de países europeos (a cambio de nada), y que cuando entramos en las Comunidades Europeas, la ayuda sí fue más generosa por parte de nuestros socios (fondos estructurales y de cohesión), lo que nos ayudó a lograr otro segundo milagro económico español, pero sin olvidar que paradójicamente gastábamos de forma paralela una cantidad muy relevante en cooperación internacional.

2 Cfr. «*Ciudadanos o nativos* », prólogo a Alberto G. Ibáñez y Ramón Marcos (coords.), 2014, pp. 19-24, en p 20.

3 En cuanto al apéndice de bibliografía, que puede consultarse al final del libro, contiene la referencia de los libros (casi 300) y archivos consultados (2). Los artículos de revistas especializados y periódicos aparecen reflejadas en el propio texto, normalmente en nota a pie de página.

4 Juan Valera, *Sobre el concepto que hoy se forma de España* , 1868, en José Luis Abellán, 1977, pp. 78, 79.

5 Sin embargo, en los evangelios al lado de frases como «al que te abofetee en la mejilla derecha ofrécele también la otra» (S. Mateo, 5:38,39), existen otras como «no penséis que he venido a traer la paz a la tierra. No he venido a traer la paz sino la espada» (S. Mateo, 10:34-36), o «mirad que yo os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, astutos como las serpientes y mansos como las palomas» (S. Mateo, 10:16). Incluso en el Libro de Job se pregunta: «¿No es un servicio militar la vida del hombre sobre la tierra?».

6 A. Wolfe (2013, p. 251) citando estudios realizados por Daniel Goldhagen (*Peor que la guerra: genocidio, eliminacionismo y la continua agresión contra la humanidad*) destaca que en el siglo XX se han producido más muertes por asesinatos en masa, tipo genocidio, limpieza étnica o terrorismo, incluyendo la hambruna consentida por el poder político (175 millones) que por las dos guerras mundiales (100 millones). Este tipo de violencia sí que ha sido verdaderamente mundial abarcando a África, Latinoamérica, Europa, Asia y mundo árabe. Sólo el conflicto hutus-tutsis ocasionó ochocientas mil muertes (la mayor parte tutsis y hutus moderados) en apenas unos pocos meses, configurándose como el genocidio más «intenso» habido en la historia de la humanidad (A. Wolfe, 2013, p. 254). Por cierto, que en este caso Francia (¿les extraña?) actuó como defensora de los criminales hutus, un hecho por el que no ha sido condenada por la ONU. ¿Qué habría ocurrido si lo hubiera hecho España?

7 Así, apelando en parte a la leyenda (incluido el papel que pudo jugar Hércules), y en parte a hechos tenidos como históricos, relata la llegada de Thubal, quinto hijo del tercer hijo de Noé Japhet, y cómo los primeros pobladores del río Ebro dieron a esas tierras el nombre de Espero o Esperia y a sus pobladores el de íberos (Alfonso X, 1977, Vol. I pp. 6 y 7).

8 Hasta el punto de que la historia de Juan Mariana siguió siendo escrita y completada muerto el autor, hasta prácticamente finales del siglo XIX , coincidiendo con el movimiento intelectual que dio lugar a la crisis de 1898. El original sólo llegaba hasta la muerte de Fernando el Católico. Luego continuó la obra el padre José de Miniana (hasta Felipe III) y más tarde otros autores. La versión que hemos manejado para este libro data de 1852-1853. Fue completada por Eduardo Chao hasta 1848, finalizada la regencia de Espartero y con Narváez en el poder, con una Isabel II que tuvo que ser declarada mayor de edad antes de tiempo.

9 Al lado de su apasionamiento religioso y de una visión laudatoria del Imperio español, cuya misión universal se fundamentaría en la igualdad de todos los seres humanos frente a Dios, incluye algunas afirmaciones incuestionables, como que *Las críticas apasionadas de nuestros enemigos nos han hecho aparecer a nosotros mismos tímidos. Es hora de relatarla como fue; realizada por españoles y escrita también por ellos* (Cereceda, 1940, p. 7)

10 En plenos años sesenta se publicó la *Historia de España: gran historia general de los pueblos hispanos* , dirigida por el historiador y arqueólogo catalán Lluis Pericot García, y editada por el Instituto Gallach de Barcelona. El más delicado de los volúmenes era el último, dedicado a la época contemporánea, que incluía la Segunda República, la Guerra Civil y la época de Franco hasta los años sesenta. Corrió a cargo de Carlos Seco Serrano (1968, pp. 6 y 7, prólogo a la segunda edición), catedrático de la Universidad de Barcelona, el cual recibió críticas de unos (acusándole de estar inspirado por «masones, liberales y rojos») y de los otros (como Southworth, que le acusó de aprovecharse para conseguir buenos puestos), dando muestras así de la ecuanimidad de la obra, sobre todo para los estándares de la época. Se reeditó varias veces.

11 En el año 2000, la Real Academia de la Historia presentó un Informe «anónimo» contra los manuales de historia utilizados en secundaria. Nótese el sorprendente carácter de «anónimo» de un Informe elaborado por expertos en plena democracia y con el Gobierno del Partido Popular en el poder, pues en esa época (y todavía hoy) el historiador que se atreviera a cuestionar el sociologismo imperante y el culto de los particularismos, se

la jugaba. Las críticas no se hicieron esperar. Las más consistentes abundaron en el hecho de que la historia no podía basarse en hechos, sino en procesos, esto es, que no podía ser objetiva y rigurosa, sino subjetiva y variada como reflejo de las distintas voces. Lo contrario llevaría al ¡autoritarismo y al memorismo! Lo cierto es que bajo estas críticas, algo sorprendentes, se perseguía mantener un statu quo que permitía que las voces que se reflejaban en los manuales fueran en realidad las de unos cuantos… y no precisamente siempre los más rigurosos.

12 «Orgullo y prejuicios: España y *Los desheredados* de Henry Kamen» *Revista electrónica eHumanista* . Vol. 9 (2007), pp. 270-295, en p. 292,

13 Cfr. Charles-Olivier Carbonell, «Antropología, etnología e historia: la tercera generación de Francia», en J. Andrés-Gallego, 1993, pp. 91-100.

14 Por ejemplo, en la escuela de *Annales* , marxistas e historiadores «modernos», cfr. Jörn Rüssen, «La historia, entre modernidad y postmodernidad» en J. Andrés-Gallego, 1993, pp. 119-137, en p. 125.

15 Así Jacques Le Goff ha declarado: *parece que la historia nueva es esencialmente una historia francesa* (citado por Ignacio Olábarri Cortázar, «La 'Nueva Historia', una estructura de larga duración» en J. Andrés-Gallego, 1993, pp. 29-82, en p. 35.

16 Un ejemplo de enfoque multidisciplinar aplicado a fenómenos complejos, en este caso a la administración pública, puede verse en: Alberto G. Ibáñez y S. Casamayor, 2003 I, pp. 25-86.

17 Daron Acemoglu y James Robinson, *¿Por qué fracasan los países* ? (2012). Me remito para un estudio más detallado a mi artículo: «¿Por qué fracasan los países? ¡No es sólo la economía, estúpido! (a propósito del libro de Acemoglu & Robinson)», publicado en el nº 55, octubre de 2015, en la *Revista El Cronista del Estado Social y Democrático del Derecho* .

18 El caso de Somalia es un supuesto paradigmático de Estado fracasado. Pues bien según estos autores su fracaso sistémico se debió a que ningún clan podía imponer su voluntad sobre otro, un equilibrio presuntamente equitativo, que acabaría desembocando en puro caos (Acemoglu y Robinson, 2012, pp. 110, 111). Algo que deberían tener en cuenta los que promueven soluciones de tipo confederal para la organización territorial de España, al tiempo que alaban el libro.

19 Encontramos desde el hábito de obediencia de H.L.A Hart (*The Concept of Law*) al *This is simply what I do* de L. *Wittgenstein* (*Investigaciones filosóficas*) pasando por la respuesta más omnicomprensiva de Max Weber de que existen una variada serie de razones que cambiarían de caso a caso y de

sujeto a sujeto. Una cosa es cierta: el cálculo racional de ventaja económica no es el único elemento a considerar a la hora de valorar la eficacia de las normas.

20 Ver Alberto G. Ibáñez (2014 II). «¿Basta reformar las leyes para modificar las instituciones? Realidad formal versus realidad material-cultural», Comunicación realizada en el marco de la *Segunda sesión del seminario permanente sobre reforma del Estado sobre la incidencia de la crisis económica en las instituciones estatales y europeas* (Centro de estudios políticos y constitucionales, Madrid, 30 de enero de 2014), dirigido y coordinado por el profesor Santiago Muñoz Machado.

21 Cfr. G. Anes y Álvarez de Castrillón, siendo Director de la Academia de la Historia, en «Presentación» a R. Menéndez Pidal, 2012, p. XXVI . No nos dice Gonzalo Anes qué extraños compromisos pudieron impedir la realización de la obra que hubiera sido probablemente, sino la más importante, de las más relevantes de dicha Institución.

22 http://www.elmundo.es/la-aventura-de-la-historia/2015/06/17 .

23 En el ámbito de la psicología social existe una amplia literatura sobre la influencia de estereotipos, prejuicios y creencias en la percepción y destino de un individuo y/o colectivo. Últimamente cabe destacar al investigación de la profesora Susan Piske en torno a los conceptos de «competence»(competencia) y «warmth» (amabilidad), cuya combinación, intra e inter grupos, da interesante resultados. Ver: Amy J. C. Cuddy, Susan T. Fiske, Peter Glick, «The BIAS Map: Behaviors From Intergroup Affect and Stereotypes», *Journal of Personality and Social Psychology* (2007), Vol. 92, No. 4, pp. 631-648.

24 Philip Zimbardo, profesor emérito de la Universidad de Stanford, dirigió a principios de los años setenta un experimento conocido como la «prisión de Stanford» donde estudiantes y voluntarios representaron durante algunos días los papeles de prisionero y carcelero, sufriendo transformaciones de carácter impresionante en la mayoría de los casos. Su conclusión fue que personas normales y tomadas por buenos ciudadanos pueden transformarse rápidamente en verdaderos demonios (criminales) cuando se dan determinadas circunstancias concretas: *el poder sutil pero penetrante de una multitud de variables situacionales puede imponerse a la voluntad de resistirse a esa influencia* (P. Zimbardo, 2008, p. 19). Ahora bien, el estudio de Zimbardo también demuestra que no todas las personas reaccionan de la misma manera, que siempre hay una minoría, a los que no duda de calificar como héroes y heroínas, que consiguen resistirse a la influencia del

ambiente (Ibíd. p. 567). Tomen los fenómenos del terrorismo o del separatismo y apliquen el mismo modelo a ver qué ocurre.

PARTE PRIMERA:

LA GUERRA DE PROPAGANDA EXTERIOR: LOS HISPANÓFOBOS

II.
LA FALSIFICACIÓN DE LA HISTORIA ESPAÑOLA: LA LEYENDA NEGRA

Anda por el mundo, vestida con ropajes que se parecen al de la verdad, una leyenda absurda y trágica que procede de reminiscencias de lo pasado y de desdenes de lo presente, en virtud de la cual, querámoslo o no, los españoles tenemos que ser, individual y colectivamente, crueles e intolerantes, amigos de espectáculos bárbaros y enemigos de toda manifestación de cultura y progreso

Julián de Juderías, *La Leyenda Negra*

1. LA PRIMERA GUERRA DE PROPAGANDA: LA OBSESIÓN ANTIESPAÑOLA

1.1. ¿Por qué nosotros? La hispanidad como enemigo a batir

Si una empresa empieza a dominar el mercado internacional es lógico que sus competidores/as empleen todos los medios a su alcance (legales y no tanto) para disminuir sus ventajas competitivas. Una de ellas y no la menor es su prestigio como marca y su buen nombre, por lo que si se pone en cuestión los clientes dejarán de comprar sus productos. De esto tenemos ejemplos todos los días. La política no funciona de modo muy diverso a como lo hace el comercio. España fue una empresa demasiado importante para pasar desapercibida. Durante dos o tres siglos al menos (si tal proceso no llega hasta hoy), se produjo una obsesión antiespañola en Europa, hasta el punto de que la construcción del sentimiento nacional de algunos «grandes» países no se entiende sin su continua rivalidad contra España, a la que convenía a tal fin convertir en el culmen de todos los males (M. Moreno Alonso, 2007).

El siglo XVI fue el del claro dominio español en Europa y en el mundo. España tenía un proyecto interno y externo basado en valores fundamentales e inmateriales —los ideales, la generosidad, el sacrificio, el honor, la nobleza, el valor, la familia— así como en un frágil equilibrio entre razón e irracionalidad: la razón no se rechazaba pero tenía como límite la ortodoxia de la religión católica. Se debe a España el que el mundo se conociera a sí mismo, con el descubrimiento del otro hemisferio y la unión de las dos mitades, como si del hemisferio izquierdo y derecho del cerebro se tratara, que hasta entonces ni se conocían ni se hablaban entre sí. En 1580, con la incorporación de Portugal el rey de España extendía su soberanía a cuatro continentes (América, media Europa, y diversas ciudades, plazas e islas en

África y Asia) conformando el imperio más extenso y plural que había visto la humanidad hasta entonces. Resulta normal, por tanto, que tal poder despertara suspicacias en otras potencias europeas, y que éstas pusieran todo su empeño en disminuir, dividir y limitar la presencia española en el mundo. Lo que no es normal es que muchos a estas alturas todavía no se hayan dado cuenta.

Ese doble rechazo del enorme poder del Imperio español y de su defensa del catolicismo, confluyeron en el nacimiento intelectual de la leyenda negra española, como magistralmente explicara Julián Juderías, hace ya un siglo (en 1914) en un magnífico libro, afortunadamente reeditado (2014), que llevaba precisamente el título: *La leyenda negra. Estudios acerca del concepto de España en el extranjero* . Una pena que se trate de un libro mucho más utilizado y leído que citado por el marchamo de «patriotismo conservador» con el que adjetivara. Una pena también que Juderías, como tantos grandes hombres de este país, muriera antes de tiempo, en su caso a causa de la mal llamada «gripe española». En otro país hubiera recibido todo tipo de parabienes por denunciar públicamente una campaña de desprestigio internacional llevada a cabo durante siglos. Es decir por buscar la verdad histórica.

¿Qué hubiera pasado si la mayor gesta de la historia de la humanidad la hubiera protagonizado «cualquier» otro país? ¡Qué campaña de flores y honores! ¡Qué adulación a esos marineros que despreciaron su vida para adentrarse, sin ningunas referencias previas, en el mar Tenebroso pues así se le conocía! ¡Qué encumbramiento de la visión de esos reyes que apenas reconquistado su país se atrevieron a financiar tamaña aventura! ¡Qué películas se habrían hecho de esos «colonos» y «pioneros» —nótese que en los EE. UU. se llaman así a sí mismos, mucho más *light* que el término «conquistadores» que se reservaba para los españoles—, que siendo muy pocos en número y con escasos medios, se adentraron en la selva agreste y vencieron la resistencia de pueblos muy numerosos, agresivos y con grandes conocimientos! ¿No serían presentados y estudiados Colón y los hermanos Pinzón como prototipo del carácter emprendedor, del riesgo, de la visión, del valor y del coraje?

Y sin embargo esa España fracasó al vencer un modelo alternativo basado en la Europa de la Reforma protestante, el capitalismo (con su binomio ahorro y trabajo) y el complemento ciencia-tecnología. Como consecuencia, lo español y la hispanidad han sido denigrados durante siglos como símbolo de la intolerancia y lo caduco, aunque en realidad no sepamos qué habría pasado en Europa si la Armada Invencible lo hubiera seguido siendo

un par de siglos más y los tercios hubieran logrado invadir Inglaterra. ¿Habría sido el resultado mucho peor? Tal vez hasta nos habríamos ahorrado las dos guerras mundiales —dos monumentos a la sinrazón y la crueldad humanas— donde esa Europa tan razonable, científica y moderna se destrozó a sí misma por supuestas grandes razones que todavía a estas alturas se nos escapan.

Lo curioso es que hoy, cuando aquel modelo vencedor presenta varios excesos y fracasos, más de un intelectual está proponiendo resucitar, sin ser consciente de ello, el modelo español. Y cuando Estados Unidos se levanta contra el Estado Islámico, está haciendo un homenaje póstumo a la política que lideró la antigua España del siglo XVI . Tal vez haya llegado el momento de reconocer algún valor del viejo modelo español, aunque no lo hagan los propios españoles. No. Los héroes modernos, incluso para los niños españoles, no han sido nuestros compatriotas valerosos y extraordinarios, sino los soldados del Séptimo de Caballería norteamericano y los vaqueros que se enfrentaban a fieros «pieles rojas» y corta-cabelleras de mujeres y niños, aunque no haya pruebas de que esta práctica fuera corriente entre los indios «antes» de la llegada del hombre blanco.

La España de los Habsburgo no fue derrotada por las armas convencionales, lo fue porque perdió la batalla propagandística (J. Álvarez Junco, 2013, p. 109). No nos vencían en el campo de batalla, por lo que tuvieron que combatirnos en el terreno de la propaganda. Francia fue derrotada por nosotros en San Quintín e Inglaterra sólo consiguió vencer por primera vez (con la ayuda de la tempestad y de la suerte) en 1588 a la Armada española. Lo que no se cuenta es que la británica, con una flota mucho mayor, fue derrotada al año siguiente cuando trató de dar la contra réplica de invasión a España. Esta guerra, por cierto, acabó con el Tratado de Londres en 1604 favorable a los intereses españoles. Francia continuó perdiendo siempre contra España hasta 1646 cuando consiguió por fin derrotar a los tercios españoles en Rocroi. Y resulta incuestionable que desde que llega Isabel I al trono de Inglaterra, uno de los ejes de la política británica será privar a España de su rango de gran potencia: lo que se logrará primero en el Tratado de Utrecht y luego en el Congreso de Viena. Inglaterra conseguirá destruir nuestro imperio americano, dividir a la Península y controlar el Estrecho. Francia trató pura y simplemente de dominar a España buscando que se convirtiera (al menos parte de ella) en un reino francés o engañándola con diversas tretas y acuerdos-trampa, como su participación en la batalla de Trafalgar.

Y así seguimos a día de hoy… sin enterarnos de cómo funciona el mundo.

1.2. La organización de la trama: origen y agentes

El Reino Unido nace en 1707. Hasta 1542 Gales no se incorpora al reino y ello con notables dificultades. El primer rey que figura como de la Gran Bretaña será Carlos I en 1625, aunque falta todavía bastante para que se le una Escocia. Francia sólo completa su unidad nacional en 1610, y ello de forma bastante tímida y con notorias excepciones, cuando ya reinaba en España Felipe III. Alemania e Italia aparecen fragmentadas hasta 1870. Y Estados Unidos no nace hasta 1787 con el Congreso de Filadelfia. Es más, como ha demostrado Julián Marías (2010, pp. 159-160 los procesos de nacionalización de las grandes potencias europeas (comenzando por Francia y Reino Unido) se llevaron a cabo precisamente para hacer frente a España y su poder en el mundo. Tanto Inglaterra como Francia han visto durante siglos a España como su más claro competidor en el terreno militar, naval, cultural y comercial, o incluso en lograr la hegemonía mundial y de recursos naturales. Es decir, en el siglo XVI , «España funcionaba» y el resto de potencias querían unificarse para ser ellas mismas más fuertes y poder así derrotarla.

Uno de los primeros que alertó de que esa estrategia era real fue Tomás Campanella, nacido en 1568. Este dominico italiano consideraba al Imperio español como un modelo necesario de monarquía universal aliada con el papa. A pesar de ello (¿o tal vez por ello mismo?) fue perseguido ferozmente por la Santa Inquisición. Prueba de que esta persecución tenía más motivaciones políticas que teológicas es que su obra, *La monarquía hispánica* (1601, edición manejada: 1982), fue muy poco leída en España —a la que alagaba y aconsejaba cómo proceder— y mucho, sin embargo, en otros países de Europa, a los que criticaba y consideraba enemigos de España. Ya entonces Campanella consideraba como grandes enemigos de España a Francia (*ningún reino cristiano puede molestar a España más que Francia* , p. 116) e Inglaterra: *Tiene la isla con abundancia de naves y soldados, que apresan cuanto España tiene en el Norte, y corretean hasta el Nuevo Mundo, donde (...) no poco daño le infieren* (1982, p. 189).También incluía a Alemania, pero en este caso por la competencia generada dentro de la propia casa de Austria que entonces compartía reyes con España. Al único país que consideraba aliado natural de España era Italia (*España no tiene pueblo más amigo que el italiano* , p. 160). Sorprende lo poco que ha cambiado la situación geopolítica de nuestro país tras más de cuatrocientos años.

España fue atacada por sus potencias rivales desde que llegó al Nuevo Mundo. Pero si hay una fecha que marca un antes y un después es 1580, fecha en que Portugal, con todos sus territorios y colonias, se incorpora a la Corona española. De hecho, hicieron todo lo posible para que esto no ocurriera porque era más de lo que algunas naciones europeas podían soportar y consentir. Desde esa fecha, Francia e Inglaterra actuarán, a veces de manera conjunta y otras con estrategias autónomas e independientes, de manera constante y planificada contra los intereses españoles en todo el mundo. Baste recordar que en 1584 Inglaterra y en 1595 Francia, se aliarían con las provincias unidas del norte de Flandes (protestante) contra España, a este respecto un país con alma de mujer maltratada que no ha querido dejar de serlo. Y ¿qué es lo peor de una mujer maltratada? Que no reconozca al maltratador como tal, que reiteradamente lo perdone a pesar de sus golpes e insultos, y que incluso guarde en el fondo una extraña admiración, al que puede llamar en ocasiones amor, por su fortaleza y decisión. Mientras los demás aplicaban la *Realpolitik* aquí vivíamos en el reino de babia.

Hay quien menciona algunos precedentes en Italia, donde se comenzó a cuestionar la pureza de la fe en España por la presencia de musulmanes y judíos, y donde ciertamente hubo críticas aceradas contra el comportamiento de los catalanes, que entonces eran mayoría entre los que comenzaron a dominar esas tierras. Pero la leyenda negra estrictamente hablando nace a finales del siglo XVI en Holanda (J. Pérez, 2002, p. 136), aunque rápidamente recibe el apoyo, colaboración e impulso de los aliados de los Países Bajos en su conflicto contra España: Inglaterra y Francia. Por supuesto no se trata de que todos los ciudadanos de esos países les cogieran de repente manía a todos los españoles. Lo que ocurrió es que las élites políticas y económicas de algunos países decidieron que su futuro pasaba por derrotar a España, y en ese afán lograron el concurso de gentes de todo pelaje que no encontraban muchos remilgos a la hora de utilizar según qué armas. Luego otros se sumarán a este embrujo por puro cálculo de interés, es decir cuando debían enfrentarse a España u obtener ventaja de su debilidad. Sintomática a este respecto resulta la actitud de los Estados Unidos, como luego veremos. La receta funcionó y sería repetida luego en otros lugares, pero nunca con tanto éxito y duración como en el caso español.

El caso de Alemania es singular pues la leyenda negra sólo aparece en tierras germánicas, tardía y tímidamente, a finales del siglo XVIII y por la obra de dos autores, Schiller y Goethe con *Don Carlos* y *Egmont* (ambos de 1787). Sin embargo, pronto estos mismos autores y otros (esencialmente los

románticos) redescubrirán la cultura española, fundamentalmente a través de la lectura y relectura del *Quijote* . En este contexto aparecen Herder, Friedrich Schlegel y Schelling. A partir de entonces será difícil meterse con España en Alemania.

Y sin embargo para que triunfe y se mantenga una leyenda negra en el tiempo a través de los siglos, no sólo tiene que elegir una diana que sea suficientemente relevante, sino sobre todo debe contar con una «organización» (Julián Marías, 2010, p. 202), y una estrategia clara y mantenida en el tiempo, sustentada sobre dos pilares: unos extraños personajes extranjeros que comenzaron a hablar mal de España, viniera o no viniera a cuento; y otros colaboradores internos (verdaderos quintacolumnistas) que ingenuamente (o en ocasiones a sueldo) dieron pábulo como españoles a semejantes patrañas.

En el terreno de los creadores intelectuales de la estrategia contra España pueden citarse numerosos personajes (luego veremos otros), pero destacan dos. Del lado inglés Francis Bacon (1561-1626), que no sólo fue el primer gran filósofo inglés sino que era también uno de los asesores de la reina Isabel que más la empujaron para que atacara a España, entre otras cosas, por el temor de que pudiéramos destruir a Inglaterra y a su religión. En 1624 publica una obra titulada *Consideraciones políticas para emprender la guerra contra España* y en 1616 se le nombró lord chancellor, aunque tras haber sido acusado de cohecho debió dejar todos sus cargos públicos. Del lado francés, se ha señalado a Fenelón (1651-1715), quien en su obra *Examen de conciencia para un rey* escribió sobre el derecho y el deber de evitar el engrandecimiento excesivo de España, sobre todo si ésta podía aspirar a la monarquía universal… Todo ello obviamente salvo que fuera la propia Francia la que pretendiera tal predominio. Entonces, *pas de problème* .

Vayamos más concretamente a los instrumentos y armas utilizados.

1.3. Las armas: panfletos y propaganda masiva

La construcción de una imagen (artificial) negativa de España y de lo español constituye la primera guerra ideológica (J. Pérez, 2002, p. 136). Se trata de la primera gran campaña global de mercadotecnia política para atacar a una empresa de éxito que molestaba. El objetivo era crear un relato dominante para convertirnos en perdedores. Todo valía con tal de desembarazarse del dominio español y una campaña de desprestigio venía muy bien a sus intereses. En 1578 aparecieron las dos primeras ediciones holandesas de Las Casas y en 1581 *La apología del príncipe de Orange,* concentrada ésta en denigrar la figura de Felipe II, con todo tipo de acusaciones, y en elevar la ani-

mosidad contra la Inquisición. Se buscaron hábilmente algunos mantras para repetirlos hasta la saciedad, sin llevar a cabo ninguna constatación de la veracidad de las pruebas de las que se presumía disponer. Una doble vara de medir ha presidido la historia: se demonizaban a algunos personajes españoles a los que se elevaba a la categoría de demonios, exagerando defectos, formulando acusaciones de salvajismo —en el caso de Felipe II la de mandar matar a su propio hijo—, ocultando cualquier atisbo de normalidad o de éxito personal, mientras se presentaba una situación idílica falseada de la bondad de los dirigentes del país del acusador y sus aliados.

La campaña contra España tuvo éxito por muchas razones pero una de ellas fue que, precisamente a finales del siglo XV y durante siglo XVI (que es cuando comienza la leyenda negra), surgieron nuevos medios de difusión de la información que pillaron desprevenidos a los gobernantes españoles. La imprenta había sido inventada en 1440 por Gutenberg, pero industrialmente se desarrolló a finales del XV . De forma paralela, hicieron su aparición los cronistas profesionales, antecedentes de los periodistas, por ejemplo, los *fogliottanti* o redactores de los *avvisi* en Roma y Venecia (F. Braudel, 1976, Vol. II, p. 337). Todo ello permitió una propaganda masiva al poder combinarse por primera vez el panfleto propagandístico como arma de guerra con la utilización de la imprenta, trasladándose esta batalla incluso al mundo académico, donde la estrategia para denigrar o menospreciar a España o lo español alcanzó su mayor grado de sofisticación o sutileza. Cuando España quiso reaccionar ya era tarde.

No es algo que nos inventemos aquí. Lo afirma también Harm der Boer, profesor de la Universidad de Basilea, y uno de los pocos hispanistas extranjeros que se ha atrevido a denunciar públicamente que la imagen que se lanzó de Felipe II, el Ejército español y la Inquisición estuvo basada en una pura y simple falsificación [25] . Especialmente significativo fue el empleo de ilustraciones cruentas (falsas) con las que se adornaban los libros sobre España publicados en Holanda, Francia e Inglaterra, donde aparecían niños asados a la parrilla o torturas múltiples ante la presencia del secretario de un tribunal de la Inquisición (famosas son las del belga Théodore de Bry). Lo cierto es que los tribunales de la Inquisición no emplearon técnicas más crueles que los tribunales ordinarios de la época en los mismos países donde se publicaban o alentaban esos panfletos, y que los condenados a la hoguera fueron menos de los que se dicen. Del mismo modo, cuando se tradujeron las obras de Las Casas se las acompañó de numerosas ilustraciones exageradas («una imagen vale más que mil palabras») llegando incluso a

sustituir unas palabras por otras. Así, en lugar del término genérico «cristianos» (para criticar las actuaciones, no sólo por parte de españoles, contra no cristianos) se optaba por el gentilicio «españoles», con toda su intencionalidad perversa.

Esta estrategia iba dirigida a sensibilizar a tres grupos especialmente. Primero a Flandes con el fin de favorecer el levantamiento en armas contra España. Aquí el odio iba dirigido al Ejército español, calificándolo injustamente como extranjero e invasor, lo que suponía desconocer que el propio Carlos I era flamenco, y que su hijo Felipe II era descendiente por tanto de flamenco. De hecho, Carlos I cuando llegó a España no trató precisamente con dulzura a los comuneros castellanos, a pesar de lo cual no se generó una imagen semejante. Junto a los ciudadanos de Flandes el otro gran destinatario de la leyenda negra fueron los descendientes de colonos españoles en América, con un objetivo compartido: facilitar el levantamiento en armas contra España. Poco importa que si miran hacia el pasado observen que algunos de los que ellos mismos acusan sean sus propios antepasados, o que las crueldades hacia los indígenas no pararan con la independencia de España, sino todo lo contrario. Y, por último, los terceros destinarios de esta estrategia fueron (y son) los propios españoles. Tal vez los más insospechados y tal vez por ello donde paradójicamente más caló: «Por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa».

2. LA ESTRATEGIA PARA DIFUNDIR LA LEYENDA

2.1. El papel de los servicios secretos profesionales

Un elemento que favoreció el éxito de la leyenda negra contra España fue la potenciación y profesionalización de los servicios secretos. El espionaje siempre ha existido pero en esa época llegó a su consolidación, primero, y a su apogeo y sofisticación, después. La trampa, la falsificación y los agentes infiltrados a sueldo fueron instrumentos muy comunes en el siglo XVI . A partir de ese momento junto a la guerra formal existiría cada vez más otra guerra, la de los espías, los dobles agentes, y la falsificación (C. Carnicer y J. Marcos, 2005). No otra cosa siguen haciendo hoy la mayor parte de las organizaciones de inteligencia. La particularidad de este periodo es que no existía además ningún sistema judicial internacional capaz de poner límites a una campaña de desprestigio basada en rumores y libelos.

Los reyes españoles dispusieron ciertamente de sus propios servicios, singularmente en tiempos de Felipe II, pero Inglaterra y Francia le ganaron la partida en este terreno. Primero, porque comenzaron antes, y segundo porque, conscientes de lo difícil que era ganar a los españoles en el campo

de batalla, dedicaron mayores recursos a esta vía sutil de hacer la guerra «híbrida». Los españoles, como tantas veces, pecábamos de ingenuidad y de inconstancia, limitándonos, en ocasiones, a inútiles protestas por la constante violación por ingleses y franceses de las normas, escritas o consuetudinarias, que regían en esa época la guerra y las relaciones entre naciones.

Los servicios secretos británicos estuvieron obsesionados desde su origen con España con directores como Francis Walsingham (hasta su muerte en 1590), y probablemente lo han seguido estando hasta en la actualidad. Algunas cosas están documentadas a este respecto. Al menos, desde 1589 Inglaterra dispuso de una amplia red de *Intelligence Service* hasta en el mismo corazón del Mediterráneo (desde Constantinopla a Argel, pasando por Malta o Génova) cuyo principal objetivo era boicotear la política española en la zona (F. Braudel, 1976, Vol. I, p. 827). Ya existía un eficaz servicio de espionaje montado por Robert Harley, conde de Oxford y Mortimer cuando Inglaterra interviene en la guerra de Holanda (1672), en la guerra de Sucesión en España (1705-1715) o cuando consigue que Escocia se integre en el Reino Unido.

No dudaron en reclutar a panfletistas y periodistas sin mucho fuste que luego alcanzaron (¿casualmente?) gran fama como novelistas o intelectuales (¿no recuerda esto el caso de Sabino Arana o de Prat de la Riba?). Entre ellos figuraron Daniel Defoe (1660-1731) —al que el Servicio de Inteligencia británico sacó de la cárcel antes de que se pusiera a escribir *Robinson Crusoe* — y Jonathan Swift (1667-1745) que más tarde sería el autor del famoso libro *Los viajes de Gulliver*. Defoe incluso viajó expresamente a España para dar su versión (y publicarla) de la guerra de Sucesión (*The Ballance of Europe* y *Succesión of Spain Considered*). En la anexión de Escocia, Defoe aparece de nuevo como agente. Sólo aquí, Inglaterra se gastaría más de 20.000 libras en sobornos y compras de votos, regando de promesas a aristócratas territoriales, hasta tal punto de que uno de los ministros ingleses de la época explicó el éxito de las negociaciones señalando sin más que «los compramos» [26] . «Igualico» que el modelo español.

De esta manera el círculo maléfico se fue cerrando sobre la cada vez más acorralada España. El objetivo estaba cumplido. Los malos reían satisfechos y los ingenuos asentían, atontados, con la boca abierta y un hilillo de saliva resbalando por la comisura de sus labios. Y así hasta la fecha.

2.2. Los agentes en la sombra I: intelectuales que no nos conocían

La historia de España ha sido escrita esencialmente desde el siglo XVI , primero por fuentes italianas, y luego a partir del XVIII por franceses e ingleses, y en menor medida por alemanes. Lo más extraño de este fenómeno es que los españoles, incluidos los de más alta alcurnia, les hicieran caso. Es un suceso único en la historia de las grandes naciones. Y eso que no hay nada más difícil que comprender que la complejidad de un país extranjero, más en una época en la que no existía ni televisión, ni radio, ni Internet, y los escasos libros circulaban de tarde en tarde. Muchos de esos estudios además estaban llenos de erratas y sus autores habían estado aquí sólo de paso o (la mayoría) no habían pisado España en su vida. Destacan personajes como Montesquieu, Shakespeare, Alejandro Dumas, Lord Byron, Diderot, Pascal, Voltaire, Víctor Hugo o Benedetto Croce, los cuales tenían sin duda cosas mucho mejores que hacer que dedicarse a tomarla con España o con los españoles. Pascal, caprichosamente consideraba que el error se encontraba sistemáticamente al sur de los Pirineos y la verdad al norte. Y Shakespeare, se apuntó a la sátira antiespañola en el personaje de don Adriano de Armado, dentro de una de sus primeras comedias, *Trabajos de amor perdidos,* escrita entre 1595-1596 para ser representada en la corte.

Los casos de Voltaire, Montesquieu y Dumas, tres de los grandes difamadores antiespañoles, resultan paradigmáticos. Ignorantes de la realidad española, escribían despectivamente sobre ella sin conocerla de primera mano ni haberla visitado nunca. Voltaire se atrevió incluso a mofarse de la victoria de Lepanto considerando que no había servido para nada. Y Montesquieu se dedicó gratuitamente a criticarnos sin molestarse a viajar más acá de los Pirineos para comprobar in situ si sus juicios se correspondían con la realidad ni mantener apenas correspondencia con españoles. Mucho menos sabía de las Indias, y lo que conocía de ellas procedía de fuentes indirectas y por tanto sesgadas. Montesquieu fue también uno de los primeros en atribuir al clima una función determinante en la creación de la cultura nacional y en utilizar, de paso, este criterio para desprestigiar a España. Pero si el clima ha tenido alguna influencia en otros lares, aquí esta posibilidad ha sido siempre una falacia muy matizable, debido precisamente a su gran variedad interna de geografía, de holografía o de mares tan distintos como el océano Atlántico y el mar Mediterráneo.

En cuanto a Alejandro Dumas, cuando afirmaba aquello de que *África empieza en los Pirineos* , ¿lo decía por su gran conocimiento de África o de la península ibérica? (nunca estuvo aquí), ¿o por su gran desconocimiento de su propio país (por ejemplo el sur) o de sus colonias? Resulta paradójico oír

esta frase y pasearse hoy por las calles de París o de Marsella. Pero evidentemente Dumas no se estaba refiriendo a la emigración, ya incipiente, sino a determinadas características que apreciaba (o deseaba apreciar) en el vecino del sur. Y sin embargo... pocos saben que el padre de Dumas había nacido en Haití, que su abuelo había vivido durante años con una esclava negra, y que su padre fue vendido como esclavo por su abuelo para obtener fondos para volver a Francia, aunque luego al parecer arrepentido lo recuperara (¡qué buen padre!). Parece que donde empezara otro continente realmente era en la familia del propio Dumas. Claro que años después algunos impertinentes, de origen catalán, se encargaron de proclamar con idéntica objetividad y precisión científica que «África empezaba en el Ebro» y así fue alegremente recogido y proclamado a los cuatro vientos por alguno de nuestros críticos extranjeros (V.S. Pritchett, 1965, p. 6).

¿Por qué estos grandes escritores se prestaron raudos y veloces a semejante trabajo sucio? ¿Ignorancia hasta en los más grandes o tal vez todo obedeciera a la imagen interesada que se quería transmitir? Lo más paradójico y sorprendente de este proceso es que estos autores antiespañoles fueran seguidos, admirados y encumbrados, sin grandes contracríticas, por numerosos políticos e intelectuales españoles. Algunos porque eran a su vez halagados personalmente y hábilmente para buscar su complicidad (como hizo, por ejemplo, Voltaire con el marqués de Miranda), otros porque se dejaron pasivamente seducir por la moda, otros porque recibieron su precio en oro y otros, simplemente, por puro ejercicio de ingenuidad.

Sin embargo siempre existe alguna excepción, que por ello debe ser más valorada. La mala conciencia de este proceso fraudulento y perverso hizo clamar a Albert Camus en 1944 —uno de los pocos franceses que no participaron en la conjura contra España— que sentía vergüenza por cómo los franceses habían tratado a menudo a España, *ese país fraternal* . Y en efecto hasta cuando los españoles se exiliaban de su país (tras la Guerra Civil), los franceses —en nombre de la libertad, la igualdad y la fraternidad— les mandaban a los gendarmes. Hemos tenido que esperar a que París tuviera una alcaldesa de origen español para que nos invitaran en la primera fila a celebrar la liberación de la capital de Francia, en la que un grupo de españoles se jugaron el tipo porque el resto tenía miedo de los francotiradores alemanes.

2.3. Los agentes en la sombra II: hispanistas y ociosos ignorantes

¿Por qué en España nos ha interesado tanto conocer lo que otros (extranjeros) opinaban de nosotros mientras a ellos les ha importado siempre «un

bledo» lo que nosotros pudiéramos opinar de su país? La literatura escrita sobre España por extranjeros no tiene parangón en ningún otro país. Constituye un verdadero hecho singular (éste sí y no otros). ¿Conocen a algún español que se haya atrevido a ser «britanista» o «francista»? Obviamente no. Nunca hubieran osado tanto. Ni siquiera existe en español semejante «palabro». Ni les hubieran dejado las élites autóctonas, quienes ante tamaño atrevimiento les habrían enseñado amablemente, o no, la puerta de salida. Para contar la historia de Francia o Gran Bretaña ¡se bastan y sobran ellos! [27] . ¿Por qué España ha sido en esto diferente? No será porque nos faltaran cabezas o les sobraran a ellos. No. La verdad (incómoda) hay que buscarla en otro sitio: aquí la historia ha sido un instrumento al servicio (interesado) de la división y el debilitamiento de la conciencia de país. Mientras en las otras potencias, hermanas y sin embargo históricamente competidoras, la historia ha sido un instrumento para la construcción de un sentimiento de orgullo nacional

En su libro *Hispanomanía* (2014) Tom Burns recoge múltiples ejemplos de los llamados «curiosos impertinentes» que, especialmente en el siglo XIX , daban muestra de esa dicotomía al presentar a España como un «país diferente», que no podía ser normal y que no servía para cualquier otra cosa salvo la de ser gran potencia [28] . Tom Burns Marañón no puede ser considerado ni un patriotero español ni un exaltado, ni un esotérico amante de teorías conspiratorias. Es simplemente el hijo de un diplomático británico y de una hija de Gregorio Marañón. Un hombre a caballo entre dos culturas, que pronto se dio cuenta que había algo que no podía ser simple casualidad: la continua obsesión de escritores e intelectuales ingleses (y también franceses) por ocuparse de nuestro país y sus gentes…, la mayor parte de las veces con simple ánimo de caricaturizarnos o minusvalorarnos. Incluso cuando pretendían ensalzarnos lo que alababan de nuestra cultura solía ser lo que menos encajaba con una nación seria, eficaz y responsable, eso que ya se ha convertido en los consabidos «topicazos»: «los muy simpáticos amantes de la fiesta» —que inadvertidamente quiere decir los muy vagos amantes de vivir sin trabajar— o «las gentes llanas y sencillas no pervertidas por la industrialización», que se traducía en que éramos «ignorantes y atrasados».

Rentistas como Brenan o aventureros como Gautier se atrevieron a sentar cátedra y a describir un país que apenas conocían, o que lo hacían muy parcialmente como correspondía al tipo de vida de la que disfrutaban, alejada de la normalidad y de las responsabilidades. Ninguno de ellos fueron

grandes trabajadores, pero con esa «picaresca» que luego nos atribuirían a nosotros se atrevieron, sin pudor alguno, a describir la falta de espíritu trabajador del español. Los extranjeros que venían a España a divertirse y a vivir de las rentas osaban caricaturizar a los españoles como vagos, perezosos y holgazanes…, los mismos que les servían el vino con el que se emborrachaban, cultivaban la comida que degustaban o atendían sus hoteles, trabajando de sol a sol para ellos. Los españoles estaban supuestamente siempre de fiesta, pero los que se aprovechaban realmente de ese ambiente festivo eran los que podían darse el lujo de divertirse a nuestra costa. En realidad, muy freudianamente, lo que estaban haciendo era describirse a sí mismos.

Por eso más que «curiosos impertinentes», resulta más justo denominarles los «ociosos ignorantes». Esos visitantes —impertinentes, impresentables o entusiastas— vinieron con dos actitudes principales, diferentes pero a veces complementarias: la de criticar y exaltar todo lo que no fuera como en su país de origen. Es decir, su opinión dependía de las razones personales que les hubieran llevado a venir aquí. Destacan las personas que llegaban a España huyendo de su propia cultura, atraídas por dos frecuentes «topicazos»: la imagen de un país auténtico/primitivo/relajado donde la aventura todavía era posible —sin que te cueste la vida y sin perder ciertas comodidades, como pasaba si viajabas algo más al sur—, o la más reciente de ser simplemente el país de la juerga permanente. Estaban también los que nos pedían que «no cambiáramos nunca», como si al modernizarnos (y democratizarnos) hubiéramos perdido esas notas de «autenticidad y primitivismo» que nos hacía tan simpáticos. Mejor recomendar a unos y otros que no nos idealicen demasiado y que no nos deseen nada que no lo harían para sus propias familias de origen.

Encontramos igualmente un importante número de testigos desarraigados de su propia nación o con algún desarreglo mental con el que viajaban en su mochila, y que venían (y vienen) a hacer aquí lo que en su país no se atreverían. En este conjunto entraría, como un subgrupo aparte más moderno, el de aquellos alemanes, ingleses o franceses que, bien por turismo o por trabajo, vienen aquí y se dedican a no dejar dormir a sus vecinos españoles, organizando fiestas hasta la seis de la mañana, con la excusa de que aquí la fiesta es algo habitual y casi un derecho (W. Herzog, 2006, pp. 152-153). Obvio es decir que nunca se atreverían a tanto en su país de procedencia al que consideran, tal vez sinceramente, aburrido, pero al que volverán

sin dudarlo a pedir árnica cuando se les acabe el dinero, cambiando así de nuevo «fiesta cutre» por «empleo de calidad».

Lo más curioso es que los libros que contenían estos topicazos y simplicidades adquirieron sorprendentemente y de forma rápida gran fama y difusión, tanto fuera como «dentro» de nuestras fronteras. Lo más paradójico es que osaran sentar cátedra sobre lo que estaba bien y mal en relación con nuestro país, mientras muchos españoles les compraban, entusiastas e ingenuos la mercancía averiada. Incluso cuando era extraño encontrar mujeres que escribieran y que fueran leídas, la compañera de Chopin, George Sand, obtuvo un extraordinario eco con su libro *Goodbye to All That* , dedicado precisamente a describir Mallorca como una tierra atrasada, primitiva y llena de bárbaros. Nadie se preguntó entonces si en realidad ella lo hacía por despecho a una isla que le había robado a Chopin con sus propios encantos (Burns, 2014, p. 67).

Estos extranjeros crearon una imagen *que condenaba a España a ser una reserva de nativos en la periferia de Europa, a caballo entre la indolencia y la militancia, que existía exclusivamente para el gozo lúdico de intrépidos viajeros de países supuestamente civilizados en busca de emociones fuertes (...) Ellos decidieron que España era, es y será «diferente » y los españoles cultos, mediatizados por tanto interés extranjero, dijeron «de acuerdo, adelante* » (T. Burns, 2014, pp. 109, 110). Estas obras y actividades estaban preparando probablemente el nuevo lugar que se había asignado a la antigua gran potencia España, un destino de turismo para los ricos y pobres europeos. Asumiendo nuestro papel (*Spain is different*) como balneario de Europa hemos cumplido en gran parte ese destino, aunque también esto podría estar actualmente en peligro. Ciertamente han existido (y existen) algunas excepciones, como la Albert Camus desde Francia o Brenan desde aquí, pero en los pocos casos en que un francés o un inglés se han atrevido a valorar sinceramente algo de lo español, éste ha sido extrañamente silenciado o despreciado, calificándolo por ejemplo como «fascista» (e.g. Maurice Legendre) por los propios españoles. Kafkiano, ¿no?

2.4. Cómo hacer creíble lo increíble: exageración y doble vara de medir

Desde muy pronto se instaló la exageración y la doble vara de medir en relación con España. Hasta los corsarios y piratas británicos eran presentados tradicionalmente como almas cándidas y respetables ciudadanos comparados, por ejemplo, con el tercer duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo, como si éste no tuviera mujer e hijos, muchos amigos y multitud de personas de varios países que le rondaran para pedirle (y obtener) nu-

merosos favores [29]. Con sus luces y sus sombras el duque de Alba se limitó a hacer su trabajo como gobernador general de «Flandes, Velgia y Brabante» —cargo para el que fue nombrado el 15 de abril de 1567— en un momento de «conjuras y motines» organizados contra España y Felipe II [30]. Ello hizo que éste le mandara con un poder especial para juzgar y ejecutar a los participantes en la conspiración, incluidos los que pertenecían a la mismísima Orden del Toisón de Oro que debían su estatus al propio rey español contra el que habían decidido rebelarse, dando así muestra de su verdadera naturaleza y carácter. En esta situación es fácil imaginar que no fuera recibido con simpatía, pero tampoco había una forma amable de ejecutar su trabajo.

Todavía en el siglo XIX cuando al diplomático Juan Valera (1824-1905) viajaba por Europa le preguntaban sus amigos si en España se cazaban leones. ¿Por qué no se lo preguntaban a otros diplomáticos de otros países europeos? Algunas de estas dudas pueden disiparse si tenemos en cuenta que en el mismo siglo XIX alcanzó gran fama y difusión el libro de Richard Ford: *Manual para viajeros por España y lectores en casa* , publicado en 1845. El título ya lo dice todo, fue la biblia de viaje para muchos extranjeros, sobre todo británicos, que decidieron venir a visitar nuestro país. Richard Ford estuvo apenas tres años en España (1830-1833) y volvió a casa convertido en todo un hispanista. Una de sus famosas afirmaciones fue la de que: *La causa real y permanente de la decadencia de España, de la falta de cultivo y de la tristeza y la miseria, es el MAL GOBIERNO (en mayúsculas en el original) civil y religioso, que puede observase por todas partes, en el campo y en las silenciosas ciudades.* Pues bien, hubo que esperar todo un siglo para que otro inglés (Gerald Brenan), y no un español, pusiera el punto sobre las íes y nos defendiera: *Cuando dice (Ford) que la pobreza y la lamentable situación de los campesinos y de los trabajadores de las ciudades es consecuencia de la corrupción y la ineficacia de los gobiernos, olvida que la miseria de los labradores y los obreros ingleses era aún mucho mayor* (citados por T. Burns, 2014, p. 241)

Otro ejemplo en la misma línea, ya del siglo XX, es el del periodista y escritor británico V.S. Pritchett (1900-1997), el cual estuvo en España en dos periodos, primero en 1925-1935, y luego en 1951-1952. También trabajó en Irlanda, pero sólo escribió un libro sobre «el temperamento de un pueblo». ¿Averiguan los ingenuos de cuál? Obviamente, del español (1965). Con esa habilidad propia de los escritores británicos que quieren pasar por objetivos, mezclaba la ironía con una calculada cesta de halagos envenados y aceradas críticas, permitiéndose lindezas como las siguientes: *Spain is the old*

and necessary enemy of the West... Neither in France nor in Italy can one be so frankly frightened. All the hungers of life are blankly stated there » (pp. v-vi), *Spaniards without 'influence' will not get a seat* (p. 16). Resulta obvio que nada decía ni añadía de lo que ocurría en la muy clasista Inglaterra. Es más, con idéntica y cándida falta de objetividad criticaba la dificultad de España para tolerar a minorías (moros, judíos, protestantes...), sin hablar un ápice de la actitud británica frente a católicos, negros, judíos o irlandeses... Tampoco su precisión histórica era para poder presumir: no fue capaz de encontrar restos romanos o griegos en España salvo un poco en la costa mediterránea, considerando a la Dama de Elche como de origen griego. Según él las mayores aportaciones míticas de España al mundo habían sido Don Quijote (*a deluded Castilian knight*) y Don Juan (*the inexhaustible and ruthless Andalusian lover*), más tópicos para el bolsillo (1965, p. 154). Para completar este cuadro abstracto Pritchett destacaba como característica esencial del español su peculiar adicción a lo repetitivo y monótono, lo que explicaría su afición a la fiesta de los toros. Nada que ver con las excitantes y variadísimas costumbres británicas, como la de tomar invariablemente el té a las cinco o la del variadísimo juego del criquet.

Es decir, los «ociosos ignorantes» eran lo suficientemente listos como para que sus críticas interesadas a España o a la cultura de los españoles no fueran (casi) nunca acompañadas o seguidas de la oportuna auto-critica en relación con su propia cultura de origen o del carácter de otros pueblos, a diferencia de lo que han hecho los españoles metidos en parecidas lides, como F. Díaz-Plaja. He aquí una prueba más de su mala fe o de que todo esto obedecía a una estrategia finamente diseñada y compartida con sus predecesores. Existen obviamente algunas excepciones a este panorama —algunas de las cuales mencionaremos—, pero son eso: excepciones.

3. EL VERDADERO ÉXITO DE LA LEYENDA: NOS LA CREÍMOS

3.1. La distorsión de los estereotipos nacionales

a) La trampa de simplificar la complejidad social

El profesor Harm den Boer ha admitido que los estereotipos nacionales surgieron como un instrumento de la leyenda negra para perjudicar a España. Una estrategia algo infantil, pero que sin embargo logró un sorprendente éxito debido esencialmente a nuestra habitual candidez. «Somos un matiz», cabe afirmar de cada uno de nosotros, y del mismo modo puede afirmarse que sólo algunos matices separan el carácter dominante de un pueblo a otro. Todos los caracteres y actitudes ciertamente se dan en todos los pueblos, variando en su caso el porcentaje de cada tópico y forma de ca-

da cual según la época, o el momento. Incluso existen características que se aplican a todo tiempo y lugar: *Lo que distingue siempre al hombre vulgar del inteligente es su sumisión o rebeldía frente al tópico* (Juan José López Ibor, 1951, p. 87)

Por tanto, no todos los españoles son iguales, ni todos los franceses lo son, ni todos los catalanes o vascos piensan y se comportan de igual manera en todo tiempo y lugar. Otra cosa es que se puedan detectar tendencias dominantes («lo que marca»), pero en ocasiones no tanto por el número que las siguen sino por la mayor capacidad de presión o influencia de un determinado grupo, debido por ejemplo a los personajes con relevancia pública o mediática que lo componen. Se trataría precisamente de hallar el poso común de sucesos dispares; no la media aritmética sino la psicología profunda como si de un símbolo se tratase (J.J. López Ibor,1951, pp. 107-108). A fin de cuentas, *la manera de ser de un pueblo es la misma en psicología que en la política* (S. de Madariaga, 1979, p. 61).

Hay que tener en cuenta que un personaje como Don Quijote, que nunca existió más que en la imaginación de Cervantes, ha gozado y goza de una existencia «real», en el sentido de reconocible por otros, más intensa y extensa que muchos de nuestros personajes históricos, por no hablar del ciudadano de a pie. Rafael Altamira ya alertó de la dificultad de concretar las «notas constantes» de la psicología nacional y sus posibles consecuencias: *¿Qué consecuencia seria cabe deducir, por ejemplo, después de tanto como se ha discurseado sobre el asunto, en lo relativo a nuestra supuesta idolatría del Estado, que nos lleva a esperarlo todo de los poderes públicos, ahogando las funciones y la iniciativa de la sociedad?* (*Psicología del pueblo español,* 1898, en J.L. Abellán, 1977, p. 90)

Julio Caro Baroja, por su parte, harto de ver y leer concepciones generalistas, contradictorias y en más de una ocasión mal intencionadas, se propuso desenmascarar el *mito del carácter nacional* » especialmente en el caso español, por *el constante movimiento pendular* que provocaba yendo de la exaltación de la religiosidad y de la inteligencia de los españoles, al pesimismo integral sobre el ser hispánico, lo que sería en sí mismo esterilizador y paralizador de las fuerzas dinámicas y progresivas que, indudablemente existen y han existido en la España moderna (J.C. Baroja, 1970, pp. 71-112). Veamos este proceso con más detalle.

b) Cómo pasar de héroes a villanos en un suspiro

A los españoles en un principio no nos ponían nada mal. Pronto fueron conocidos los habitantes de estas tierras por su terquedad y tenacidad. No tenía un carácter peyorativo sino que era la consecuencia de que mientras bastaron diez años para que César conquistase las Galias, Roma y Cartago

(con jefes como los escipiones o los aníbales) necesitaron dos siglos para someter a España. Más tarde, otros, como los franceses, liderados por personajes como Napoleón, ni siquiera lo consiguieron del todo, aunque mucho más fácil fue la conquista musulmana.

Un historiador hispano-romano del siglo I d.C, Marcial, nacido cerca de Calatayud (Bílbilis), hablaba igualmente de la superioridad de carácter de los ciudadanos de la península ibérica —poniendo en un mismo saco a celtas, íberos, cordobeses o astures— frente a otros pueblos como los griegos, supercivilizados pero afeminados. También, cuando C. Plinio (autor del siglo I d.C) comparaba a Hispania con la Galia, decía que aquélla vencía a ésta entre otras cosas por su ánimo para el trabajo, *por sus fornidos esclavos, por la resistencia de sus hombres y por su vehemente corazón* (citado por A. García y Bellido, 1982, p. 202).

¡Ay, amigos, pero llegó la leyenda negra! A partir de ese momento se produjo un giro singular en nuestra historia: aunque los estereotipos se aplicaron un poco a todos y por todo, en el caso de los españoles se observaba una especial y consistente saña, más allá de los meros prejuicios o chascarrillos, como un elemento de una estrategia más global de acoso y derribo. No importaba que los tipos que se nos comenzaron a atribuir se dieran en cualquier otro pueblo, en nuestro caso se trataba de resaltar estas características sólo como defectos: pícaros, ingobernables, perezosos, juerguistas... Esta estrategia ha contado en ocasiones con la colaboración, inconsciente la mayor parte de los casos, de nuestros intelectuales. Así, por ejemplo, para Salvador de Madariaga «el español» sería: individualista y egoísta, anticooperativo, más vertical que horizontal, mucho más patriota de su aldea que de su región, y más de su región que de su patria, aunque tendente al mismo tiempo a lo universal (S. Madariaga, 1979, pp. 28, 29 y 30).

¿Por qué no estudiar las razones que han llevado a que *El Lazarillo de Tormes* haya servido para extender la imagen de los españoles como pícaros y *El Avaro* de Molière —donde Harpagon no sólo era un avaro sino también un tirano con sus hijas y un sexista— no haya significado lo mismo con los franceses? ¿Por qué Montesquieu (*El Espíritu de las Leyes* , XIX), tras exponer con sentido común los diversos elementos que gobernaban a los hombres (clima, religión, leyes, máximas de gobierno, ejemplos de cosas pasadas, costumbres y hábitos), determinó «caprichosamente» que en el caso español el clima nos hacía peores que los propios franceses? Ni siquiera los grandes hombres están exentos de grandes miserias, más bien sucede lo contrario.

Y ello a pesar de que incluso a principios del siglo XVIII —España todavía era una potencia naval y no había perdido su imperio, y Francia casi no existía pues no había hecho su revolución— Benito Jerónimo Feijoo (1986, p. 171) se atreviera a manifestar que: *Los españoles son graves, los franceses festivos. Los españoles misteriosos, los franceses abiertos. Los españoles constantes, los franceses ligeros* . A principios del siglo XVII (1625-1649) en una colección de libros sobre los distintos países europeos editados por la Imprenta de Leiden (entonces en Flandes) un mercader holandés describía todavía a los franceses como amigos de las fiestas y la bebida, mientras los soldados españoles eran calificados de austeros, sobrios y amantes de comer solos y con agua [31] .

B.J. Feijoo (1986, pp. 177-179, 198) fue de hecho uno de los pocos intelectuales que trató de contratacar la leyenda antiespañola en el terreno de los prejuicios caracterológicos, recordando que en tiempos de los romanos, para destacar de alguien su estupidez o falta de entendimiento se le decía que tenía «orejas de holandés», mientras los franceses eran los más famosos por su afición al vino, y hasta más de un historiador ha argumentado que fue esta debilidad la que facilitó la invasión de las Galias (tardaron apenas veinte años), que supo aprovechar esa afición, igual que después harían los ingleses y franceses fomentando el uso de aguardiente y ron por los indios americanos (F. Braudel, 1993, p. 57). En el siglo XVI en un Pragmática promulgada en 1553 por el virrey de Sicilia, el español Juan de la Vega, se decía sobre los habitantes de Palermo que en vez de trabajar perdían su tiempo en *corrillos, juegos y otros ejercicios viciosos* (C. Carnicer y J. Marcos, 2005, p. 122). Y en el siglo XVII a los alemanes se les tenía, al menos en Francia, como ingenios tardos, groseros y enemigos de la belleza. Pero es más, los primeros que no respetaban las reglas y que sacaban partido de diversas tretas, incluso violentas, fueron los corsarios ingleses.

Por tanto, hay que reconocer que no hemos sido la única diana de críticas acervas, pero en el caso de otros pueblos «curiosamente» no han permanecido como estigmas indelebles. Así, el calificativo de «bárbaros» aplicado a la gente del norte de Europa no ha impedido que hoy pasen por ser los más civilizados del planeta, o la expresión «cuento chino» como sinónimo de algo fantasioso o falso (aparte de que pudiera resultar contradictorio con su legendario pasado) tampoco ha impedido que China desempeñe el papel que ocupa hoy en el contexto internacional. Mientras si preguntan por ahí todavía en Europa qué se piensa de los españoles, un alto porcentaje de en-

trevistados les dirán que son dados a la fiesta, al ruido y a beber hasta altas horas de la madrugada.

c) ¿Alguien sabe cómo somos los españoles hoy?

En 1966, todavía en pleno franquismo, Fernando Díaz-Plaja —historiador por cierto catalán que hablaba siete idiomas, incluido el propio catalán — publicó una obra con la que vendería un millón de ejemplares: *El español y los siete pecados capitales* (1970). Este autor y su obra serían los impulsores del lema *Spain is different* , luego asumido como divisa del turismo y español. El ser diferentes entonces (años sesenta) era motivo de orgullo, y de hecho F. Díaz-Plaja (en 1966) mencionaba que el clima social era de exaltación de nuestras virtudes mucho más que de nuestros defectos, sosteniéndose en bares y plazas que éramos los mejores, aunque con más verborrea fanfarrona que datos ciertos.

En realidad, España ni es ahora, ni era entonces, «tan» diferente de otros países europeos. El éxito del turismo en España ha sido en gran parte debido a que se puede disfrutar del sol y playa sintiéndose como en casa —a pesar de ser alemán, británico o francés— cosa que no ocurre en otros lugares que comparten sol y playa. Simplemente nos han hecho pensar que somos diferentes y algunos se lo han creído, bien porque les gustaba la etiqueta o bien para aprovecharse de ello. De hecho, curiosamente una proclama que surge durante el franquismo ha sido asumida y extendida por los separatistas para justificar que España, a diferencia del resto de viejas naciones europeas, no es en realidad tal. El propio F. Díaz-Plaja (1970, p.13) reconoce en el prólogo de la obra que: *algunas de las características descritas en las páginas que siguen son comunes a los pueblos llamados latinos; otras a todos los europeos; algunas son, simplemente humanas* [32] .

A pesar de ello, se sigue tratando de identificar los particulares rasgos de los españoles y de cada una de nuestras regiones. Así, para S. de Madariaga, los vascos serían *gente de mar y montaña, pescadores y campesinos; fuertes, sanos y sencillos... serios, leales, intransigentes y estrechos...* Mientras los aragoneses se caracterizarían por ser: *los más primitivos y genuinos representantes del carácter español: espontáneos, francos, inclinados a opiniones extremas, intransigentes, tercos, más ricos en intuición que en intelecto consciente, independientemente fieros e individualistas* . Los catalanes, por su parte, *mediterráneos y exclusivos* y *si los vascos aportan al carácter español más fuerza que gracia, los andaluces le traen más gracia que fuerza* (S. Madariaga, 1979, pp. 26-27).

Un libro más reciente recoge igualmente los tópicos típicos atribuidos a los españoles a través de la recopilación del anecdotario de dieciocho corresponsales extranjeros en España (Werner Herzog, 2006). El hecho de que sea en este caso una selección aleatoria y de varios países distintos en el mismo libro hace que encontremos de todo: desde personas que parecen enamorados de España, hasta otros que siguen mofándose de nuestros pretendidos defectos elevados a categoría general. Algunas notas caen en lo pintoresco, aunque no todas sean negativas, como por ejemplo que sabemos beber mejor que los ingleses u otras gentes del norte. En ocasiones dan en la diana de aquellos aspectos que «tenemos que mejorar» o simplemente ponen en cuestión otros *aprioris* : como que en lugar de que no hay quien nos gobierne, en realidad somos más sumisos y menos protestones que otros. Incluso hay que agradecer especialmente que se diga que España tiene *un clima saludable, un paisaje gloriosamente variado, un vino y una gastronomía sensacionales* y cosas buenas de la vida *mucho más baratas que la mayor parte del fiscalizado mundo occidental* (Edward Owen, «*Picadillo español* . Los británicos al asalto de un país» pp. 13-24). Aunque esto último no sea hoy necesariamente cierto.

Y sin embargo hoy la comunicación es global y hasta la comida (por lo menos «la rápida») lo es en gran medida también. Resulta curioso que sea en esta época donde las diferencias culturales entre las diversas regiones (y entre los diversos países) se han atenuado más, cuando mayor es la tendencia centrífuga, al separatismo y a la exaltación de la diferencia. Tal vez estas contradicciones sean algo del carácter más español que permanece a través de los tiempos, la tendencia a lanzar piedras contra nuestro propio tejado.

En resumen, el carácter español ciertamente no ha sido el mismo en todo tiempo y lugar, ni tampoco la consideración y aprecio que mostramos por nosotros mismos. Hoy como ayer encontramos por todos lados un poco de todo. Existen ciertamente unas pautas de compartimento social (la cultura dominante) más generalizadas que otras, pero no se trata de caricaturizarlas, sino de explicar las razones complejas que las originan, por qué se mantienen, y cómo se pueden cambiar. Con todo, lo que resulta más significativo es que la mayor parte de los estudios sobre el carácter de los españoles tuvieron el objetivo de denigrarnos o caricaturizarnos, tanto si eran de autores extranjeros como (y esto es lo que más sorprende) si los elaboraban los propios españoles. Y todo ello sin datos estadísticos serios que los avalasen, operando en la mayoría de los casos por mera intuición o dando pábulo a chascarrillos. Nada que ver con lo que ocurrió en Estados Unidos a par-

tir de 1940 donde los estudios caracteriológicos adquirieron notable prestigio e interés, pero con dos objetivos distintos: si era sobre los norteamericanos, de forma desapasionada y estadística, servía para orientar políticas específicas a grupos determinados; si era sobre pueblos extranjeros (potenciales adversarios) iban destinados a ser más eficaces a la hora de detectar sus puntos débiles, para poder vencerlos o superarlos [33].

3.2. La implantación de falsas creencias

a) Una decadencia que empezó como creencia y acabó como realidad

El italiano Pedro Mártir llegó a afirmar en 1490 que España era el único país feliz del mundo. Hemos tenido una clara historia de éxito, aunque nos cueste hoy reconocerlo, al menos desde 1492 hasta 1667 (derrota en Bélgica) e incluso hasta 1812, si tomamos la duración efectiva de la mayor parte de su imperio, aunque quedaran algunos restos importantes hasta 1898. En todo caso, más de tres siglos, ningún imperio ha durado tanto.

La leyenda negra logró contrarrestar ese éxito porque implantó una creencia colectiva negativa tanto fuera como dentro de nuestras fronteras, consiguiendo que con el tiempo se hiciera realidad. Es decir, que el clima que permitió que ese proceso de decadencia tuviera lugar se diseñó mucho antes, en oscuros despachos y lujosos palacios. Cabe hablar de un proceso en tres fases: primero se da una «decadencia como imagen» creada por agentes foráneos; en segundo lugar, tiene lugar una decadencia «percibida y asumida» por algunos intelectuales y escritores españoles; y en tercer lugar, se produce la «decadencia practicada» cuando gran parte de la sociedad y las instituciones interiorizan ese discurso. Esto no quiere decir que no se observaran en España, como en cualquier otro país, actitudes decadentes, pero éstas no se convirtieron en mayoritarias y por tanto en un problema colectivo y decisivo hasta que este proceso pasó de la fase uno, a la dos y a la tres.

En el siglo XVII empiezan a detectarse rasgos de decadencia que acaban consolidándose en un movimiento que llega hasta nuestros días, si bien con altibajos. De Felipe V a Carlos III no puede hablarse de decadencia, ni en gran parte de la restauración, ni por supuesto en la transición democrática. España dejó de ser el imperio glorioso que había sido, primero con Felipe III y su pendenciero (in)valido duque de Lerma, y luego con Felipe IV, a pesar de sus buenas intenciones, de la inteligencia que acumulaba la persona del conde duque de Olivares, y de la paz de los Pirineos de 1659 donde un

hábil Luis de Haro conseguiría que Francia renunciara a sus pretensiones sobre Cataluña, Portugal e Italia.

Uno de los pocos ingleses honestos con la España de la época (R.T. Smollet, *The Present State of all Nations,* 1789) afirmaba sin complejos (él podía permitírselo) lo siguiente: *Debe reconocerse que con todos sus defectos, los españoles hasta la batalla de Rocroy, que inició su decadencia, fueron indiscutiblemente la primera nación de Europa. Su constancia inquebrantable, el no ceder ante el peso de la enemistad universal, su firmeza (...), su energía (...)* (citado por J. Juderías, 2014, p. 161). La batalla de Rocroy tuvo lugar el 19 de mayo de 1643. Por cierto, dos curiosidades: los tercios españoles fueron comandados por un portugués, Francisco de Melo, y esta batalla tuvo su origen en la necesidad de defender a Cataluña del avance de las tropas francesas. Dos hechos históricos que hablan por sí mismos de la injusticia de ciertos estereotipos que todavía pesan sobre nosotros.

Y sin embargo aunque sea cierto que España entró en un periodo de decadencia a partir del siglo XVII , siempre ha existido una extraña obsesión malsana por destacar este hecho, como si tener periodos de decadencia fuera patrimonio exclusivo, en régimen de monopolio de nuestro país. Esta obsesión llega incluso hasta la actualidad. Así, si tomamos el periodo que va desde 1948 hasta 1981, hasta cuatro estudiosos británicos publicaron varios artículos con idéntico título «The Decline of Spain», si bien no con exacto enfoque (E.J. Hamilton, J.H. Elliott, H. Kamen, J.I. Israel, los tres últimos en la revista *Past and Present).* ¿Puede encontrarse una obsesión semejante dirigida a otro país? ¿No tiene nada que ver con que la decadencia del Imperio británico, hecho fundamental del siglo XX, tratara de pasar prácticamente desapercibida? La leyenda negra española siempre ha sido utilizada para tapar la de los demás.

Con todo, ciertamente no sólo las creencias infundadas determinaron nuestro fracaso. Hubo errores, enemigos internos y un hecho incuestionable: el Imperio español políticamente murió también de su mismo éxito, por querer abarcar más de lo que las fuerzas y la logística de aquel tiempo podían permitir. Sólo la extensión en Latinoamérica era ya inabordable y las distancias tremendas. El Imperio británico contaría con otros medios, además de no estar sujeto al pillaje y los robos de sus propios corsarios. Pero no por dejar de ser un gran Imperio dejó de ser una gran nación. A esta segunda muerte fue empujada, una vez más, por una propaganda interesada y malintencionada.

b) Los intelectuales (españoles) que alertaron del engaño, y no fueron escuchados

Baltasar Gracián (2007, p. 31, aforismo 9) decía a mediados del siglo XVII : *Ninguna nación se escapa de algún defecto innato, incluso la más culta, defecto que censuran los Estados vecinos como cautela o como consuelo. Corregir, o al menos disimular, estos defectos es un triunfo; con ello se consigue el plausible crédito de único entre los suyos, pues siempre se estima más lo que menos se espera.* Juan Valera señalaba en 1868 en parecido sentido: *Las burlas sobre nuestro atraso e ignorancia, la irritante compasión que muestran los viajeros extranjeros porque no hay en España tanta prosperidad, bienestar material y confort como en otros países, mueven a algunos españoles a celebrar este atraso, esta pobreza y esta ignorancia como prenda y garantía de mayor religiosidad y de mayores virtudes (citado por F.G. de Cortázar, 2003, p. 194).*

Y Azorín, alertó igualmente del engaño en su célebre ponencia «La famosa decadencia», de 1924 (Azorín, 2014, pp. 175-180) [34] : *La idea de decadencia es antigua en España. Españoles y extranjeros han hablado largamente, desde hace tiempo, de la decadencia de España (...) No ha existido la decadencia. Un mundo acaba de ser descubierto. Veinte naciones son creadas. Un solo idioma ahoga a multitud de idiomas indígenas. Se construyeron vastas doras de riego. Se trazan caminos. Se esclarecen bosques y se rompen y cultivan tierras. Montañas altísimas son escaladas, y mares de una anchura Inmensa surcados. Se adoctrina e instruye a las muchedumbres. Las mismas instituciones municipales son esparcidas por millares de villas y ciudades. La industria, el comercio, la navegación, la agricultura, el pastoreo, surgen, en suma, en un nuevo pedazo del planeta y enriquecen a gentes y naciones. ¿Y quién ha realizado tan gigantesca obra? ¿Todas las naciones de Europa juntas? ¿Todas las naciones unidas en un supremo y titánico esfuerzo? ¿Francia, Inglaterra, Italia, Alemania, Austria, Rusia de consumo? No; una nación, una sola nación, sola, sin auxilio de nadie: España.*

Y acaba diciendo: «*No teníamos, en ningún momento, que aprender nada de Europa. No necesitábamos para nada a Europa. Europa éramos nosotros y no los demás pueblos; y por lo menos lo éramos tanto nosotros –y lo seguimos siendo– como las demás naciones. Nuestro ideal era tan elevado y legítimo como el ideal de los demás países europeos*» . Es decir, la hispanidad pudo haber triunfado y no lo hizo. ¿Por qué? Lo importante por ahora es destacar que, al menos, por tres veces intelectuales españoles alertaron de la trampa y el engaño, y por tres veces los españoles negaron el valor de sus palabras, como hiciera San Pedro con Jesús.

3.3. España se merece un juicio histórico justo: ni leyendas negras ni áureas

Han existido ciertamente varios intentos de contraponer a la leyenda negra una leyenda áurea o dorada de España, donde no existirían los errores ni la necesaria autocrítica, como ocurrió en el franquismo. Pero para ser justos, si cabe hablar de una leyenda áurea ésta ha sido en realidad más esporádica y de consumo interno, sin hacer realmente competencia ni en el interior, ni en el exterior, «a la negra» que es la que a la larga ha predominado. Diatribas cromáticas aparte, en los dos capítulos siguientes nos proponemos simplemente hacer justicia con nuestra historia: a España, lo que es de España y a los demás lo que es suyo. No queremos nada más, pero tampoco nada menos. Simplemente una historia sin complejos ni engaños. Para ello pondremos los puntos sobre las íes de las acusaciones infundadas que vienen planeando sobre nuestro pasado. Lo que no es tarea fácil pues antes se pilla a un cojo tonto que a un mentiroso listo y con dinero. Y los propagandistas hispanófobos han tenido mucho dinero y han sido bastante listos o al menos habilidosos en el arte de mentir y manipular.

La leyenda negra surge en Europa, así que empezaremos por analizar sus efectos en el Viejo Continente, aunque menos conocida, no ha sido menos falsa y letal. Luego, en el siguiente capítulo estudiaremos sus consecuencias en el nuevo mundo, donde el estigma ha sido más largo y profundo. Cabe precisar que América fue utilizada como instrumento para debilitar el prestigio de España, pero que donde se urdió la campaña fue en Europa (y luego en los Estados Unidos). Un elemento más para que nuestros hermanos de ultramar reflexionen hasta qué punto han sido utilizados más como personajes secundarios que como protagonistas de una trama que ha acabado por perjudicar… también a ellos. Pero sobre esto volveremos más tarde.

Todo este análisis lo haremos en clave comparada, analizando qué hacían y cómo se comportaban los que nos acusaban. Al final podrá concluirse que España ha aportado a la construcción de América y Europa mucho más de lo que habitualmente se supone, incluidos los aspectos de pensamiento, derechos, ciencia y buen gobierno. Sí, queridos ingenuos, han leído bien. ¿No se lo creen? Tengan al menos el coraje de seguir leyendo.

25 Cfr. conferencia que impartió der Boer en Madrid el 13 de abril de 2015, organizada por la Academia de la Historia, con el título: «La distorsión de la historia: la leyenda negra y la imagen del otro». Algunos de los comentarios que siguen proceden de anotaciones de quien esto escribe, presente en dicha conferencia.

26 W.A. Speck, *Historia de Gran Bretaña* , y P- W. J. Riley, *The Union of England and Scotland* , citados por S. Muñoz Machado, 2014, p. 37, notas 61-64, ver también pp. 31-34.

27 Lo que no quiere decir que todos los hispanistas hayan sido malos. Pero por ejemplo en otros países sería imposible decir que la mejor síntesis de su historia contemporánea la hubiera escrito un extranjero, lo que aquí admitimos sin problemas (R. Carr, 1970).

28 El término «curioso impertinente» procede del título de una novela corta que Cervantes incluyó en la primera parte de *El Quijote* . Cervantes narra la historia de un hombre que insiste tanto en probar la fidelidad de su novia con un amigo, que éste acaba conquistándola. El argumento no tiene mucho que ver con la aplicación de este término a partir del siglo XIX a los extranjeros, fundamentalmente británicos y franceses, que venían a vivir de las rentas y a criticarnos. O tal vez sí. Porque también nosotros hemos insistido y dejado una y otra vez que vengan de fuera a cuestionar todo lo que hacemos hasta que hemos conseguido que (parte de) esas críticas se hayan hecho realidad.

29 En el archivo de la Casa de Alba (ACA) se conservan entre 6.500 y 7.000 cartas recibidas por el III Duque de Alba. Entre ellas encontramos de todo: saludos de cortesía para su esposa y familia, solicitud de favores que le dirigían y agradecimientos de los recibidos, peticiones de intercesión por un familiar o amigo, consejos, reflexiones, y muchas alabanzas. Proceden de todo tipo de personajes, desde simples amigos hasta embajadores extranjeros. Las más numerosas misivas corresponden a: Francés de Álava (81), el duque de Alburquerque (57), Jerónimo de Arceo (51), Juan de Austria (44), Luis de Barrientos (105), conde de Chantoney (43), maestre de Campo Sancho Dávila (114), Juan de Mylio (97), Cristobal de Mondragón (89), Juan Moreno (94), Luis Requesens (56), Guzmán de Silva, (80, embajador de Venecia) y Juan Antonio de Tasis (106).

30 El nombramiento y el poder especial anejo se conservan en el ACA, Leg. 32, nº 14, 1567.

31 Ejemplo citado por Harm den Boer, conferencia impartida el 13/04/2015 en Madrid.

32 Díaz-Plaja dedicó igualmente otros libros a analizar con similar enfoque el carácter de otros pueblos. Ésta es una diferencia no baladí entre la actitud de nuestros intelectuales y la de los extranjeros que se ocupan de España. Los nuestros empiezan por criticar a España antes de atreverse a criticar a otros países. Los extranjeros que se ocupan de España se limitan a criticar el nuestro y nunca o casi nunca el suyo.

33 Ver Claudio Esteva, *Cultura y personalidad* , 1973 y José Antonio Maravall, *Sobre el mito de los caracteres nacionales* , 1963, en J.L. Abellán, 1977, pp. 189-194 y 195-202.

34 Se trata de un pequeño capítulo (el XXXVI) de su libro *Una hora de España* (entre 1560 y 1590), que responde a su discurso íntegro de ingreso leído en la Real Academia Española el 26 de octubre de 1924.

III.
DESMONTANDO LA LEYENDA NEGRA EN EUROPA

Iberian pioneers made unparalleled services for the civilization

Arnold J. Toynbee

Hay un momento superior en la especie humana:
la España desde 1500 a 1700

Hippolyte Taine, filósofo e historiador francés

1. OCCIDENTE NO EXISTIRÍA SIN ESPAÑA

1.1. El (desconocido) constructor de Europa

Los golpes de pecho no nos han permitido ver el bosque de la realidad de nuestras aportaciones. Y eso que poco a poco se alzan voces que se atreven a clamar en el desierto intelectual contra el clima antiespañol reinante, que incluso ha llegado a sostener que España no sería parte de Europa [35]. Vayamos por partes:

Aparte de que Tartessos fuera probablemente la primera civilización occidental, es en España donde se encuentran los primeros restos de pobladores europeos, mostrando así que su situación fue considerada privilegiada desde antes de que la historia comenzara a escribirse: Altamira, Atapuerca, Cueva del Sidrón… Esta última la que más ha aportado a la reconstrucción del código genético del hombre de Neardental en Europa… Y ¿cuándo surge Europa como concepto o unidad política y no como mero continente? Una de las tesis dominantes (que no favorece a España, ¿se extrañan?) defiende que la idea de una cultura europea «occidental» surgió cuando Carlomagno logró que la Iglesia unitaria se impusiera sobre las territoriales, consiguiendo así que aquella se fuera distinguiendo poco a poco de la Europa bizantina, greco-ortodoxa, orientalizada, distinción que se fortalecería con las cruzadas (A. von Martín, pp. 46 y 17). Pero esta tesis franco-germana olvida (¿aposta?) que fueron los países del sur de Europa —Grecia, Italia, España y Portugal— los que crearon el entramado político, moral y filosófico sobre el que luego se construiría Europa y los que permitieron que fuera ésta, y no otras regiones competidoras, la que dominara a otros continentes. Eso pasó, por ejemplo, a través de la Escuela de Traductores de Toledo cuando Europa estaba huérfana de ideas y de cultura.

Se olvida asimismo (¿por qué será?) que «España fue la primera potencia global» y que «su aparición» como tal cambió el mundo que se conocía has-

ta entonces, para siempre. Supuso un formidable cambio de paradigma, el nacimiento de la Edad Moderna y del Derecho de Gentes como una deriva de las aportaciones de la escuela española de derecho natural que se desarrolló en torno a la Universidad de Salamanca. Cabe considerar al Tratado de Tordesillas como la cuna del derecho internacional, con unas negociaciones modélicas, a través de representantes y embajadores de los reyes de Portugal y España, y con un acuerdo que supuso cesión por ambas partes, con la garantía de un árbitro internacional, en este caso el papado. Y ello aunque los Reyes Católicos se equivocaran al ceder una zona más amplia en la que ellos pensaban que sólo había mar. Otra cosa distinta es si luego Portugal cumplió estrictamente la línea asignada o no.

¿Qué habría ocurrido si España no hubiera descubierto el continente americano? Que Europa hubiera quedado en la insignificancia política y económica frente a otras zonas más activas y potentes en su expansión como era China. ¿Y qué habría ocurrido con el cristianismo? Que hubiera pasado a ser una religión regional intrascendente frente al islam o a las religiones orientales. Con el descubrimiento de América España salvó a Europa de una decadencia segura. En 1492 el continente asiático tenía todas las de ganar para alcanzar la hegemonía mundial. Europa era un lugar despreciado, atrasado e ignorado. La India, el islam, China y el resto de Asia oriental la superaban en riquezas, arte e inventiva. Sólo la apertura hacia el Atlántico y la incorporación del continente americano a Occidente pudo parar ese proceso (cfr. F. Fernández-Armesto, 2010, pp. 12, 36). Tampoco se entiende Europa sin el camino de Santiago y lo que esta meta ha significado siempre. En España finalizaba la tierra conocida, y en Finisterre (y luego en Santiago) acababa un camino que sirvió para fundir culturas, creencias, frustraciones y aventuras, así como para favorecer la apertura de mercados y el surgimiento de una burguesía muy pronto enfrentada a nobles y eclesiásticos (F.G. de Cortázar, 2008, p. 38). Al menos desde Alfonso II (760-842).

Pero no sólo esto. No existe casi ninguna ciudad española (y pueblos) que no represente o haya aportado algo importante a Europa o al mundo, aunque sólo fuera por dar a luz a algunos de sus más fervientes héroes o creadores: Salamanca, Córdoba (que entre otras cosas albergó la biblioteca de Al-Hakam II, la más importante de todo Occidente), Granada, Sevilla, León, Santiago, La Coruña, Mallorca, Toledo, Tarragona, Barcelona, Ávila, Madrid, Pamplona, Mérida, Cáceres, Las Palmas, San Sebastián, Zaragoza, Trujillo… (ver F. García de Cortázar, 2008). ¿Cuántos países pueden presu-

mir de tamaño patrimonio histórico y cultural? Y de tenerlo, ¿cuántos se lanzarían a ignorarlo o menospreciarlo? Sólo los ingenuos españoles. ¿Puede entenderse la arquitectura europea sin España? ¿No se encuentran sus catedrales, palacios y edificios entre los mejores ejemplos del románico, del gótico, del barroco, del neoclásico o del modernismo? ¿O no están las universidades, iglesias y demás edificios públicos que dejaron los arquitectos españoles, todavía, entre los mejores de Latinoamérica? Comparen con las que dejaron otras metrópolis en sus colonias. ¿Qué decir de un Juan de Villanueva, autor del primer edificio ignífugo de España (la Academia de la Historia para albergar a su colección de 600.000 volúmenes), o de un Gaudí?

Hasta la Segunda Guerra Mundial habría tenido probablemente un final diferente sin las aportaciones ignoradas de España o los españoles. No nos referimos ahora a la División Azul. Primero, pasó con la batalla de Alhucemas (1925), la primera operación aeronaval de la historia de cierta envergadura en que la armada española aprendió del fracaso franco-británico en Gallipoli (1915). Este éxito español sería estudiado y aprovechado por Eisenhower para diseñar el desembarco de Normandía. Si a este hecho unimos que España dejó de vender wolframio a los alemanes y el papel esencial que tuvo el doble agente español «Garbo» (Juan Pujol) en confundir a los alemanes sobre el lugar de desembarco, no es exagerado decir que mucho debe el triunfo aliado a España. Eso sin hablar del a menudo ignorado protagonismo de los españoles en la liberación de París. Y eso que no participábamos en la guerra.

Por último, la historia de España, de su pensamiento y de sus escritores no puede separarse de su fuerte implicación europea (Díez del Corral, 1974, pp. 123-146). Podríamos haber mirado fácilmente hacia África, con quien tenemos casi frontera, pero no lo hicimos. Otros que no tenían ocasión de elegir por encontrarse geográficamente en el medio del continente, sí lo hicieron mucho y más que nosotros: *Alemania podría afrancesarse o italianizarse pero no europeizarse; Francia será capaz de britanización, pero no de europeización* (Ibíd, p. 123). El europeísmo de otros es de necesidad o de cálculo interesado, especialmente, en el caso británico. El nuestro lo ha sido siempre por elección, por vocación, y por eso vale más. Lo que hicimos, lo hicimos no sólo en nombre e interés de España, sino del cristianismo y de Europa toda. España, aunque les pese a algunos ha sido siempre Europa y no África [36].

Sin embargo, nuestros hermanos europeos nunca han querido que España progrese y se modernice (¿cuántos hispanófilos han existido en esas tie-

rras?). Hay que esperar a finales del siglo xx para que, tras un proceso negociador enormemente duro —sobre todo tratándose de un país que acababa de salir de cuarenta años de dictadura, con una democracia frágil y una economía aún en bancarrota— se nos permitiera formar parte del club de las Comunidades Europeas. Pero eso sí, con los periodos transitorios para nuestros productos y trabajadores más largos que se habían previsto hasta entonces. Y ello gracias a Alemania, no a una Francia que siguió siendo a esas alturas la más dura con nosotros. Cierto que desde entonces hemos venido recibiendo importantes fondos europeos (¿el pago atrasado del Plan Marshall?), hasta que Alemania decidió mirar hacia el este…

1.2. El defensor (ocultado) de la civilización occidental

La prevalencia europea en el contexto mundial no siempre estuvo tan clara como puede parecernos ahora. Pues bien, cuando peligró fue España la que la tuvo que rescatarla en más de una ocasión y lo hizo siempre sin pensar sólo en sí misma o en su imperio, sino en Europa entera, su cultura y su religión. pero también posteriormente en su lucha contra los intentos de invasión de los imperios árabe y turco. España hizo de parapeto primero y encabezó la batalla de Lepanto después. Antes que los Estados Unidos, fue España el primer país en poner sus hombres y sus recursos a la defensa de Europa y de Occidente. No hace falta ser islamófobo para reconocer un hecho histórico: que mientras nadie de Europa nos ayudó cuando los árabes/moros nos conquistaron, nosotros nos jugamos la vida por defender al resto de los europeos cuando el Imperio turco trataba de invadirles. Ésa es la mirada cruel e injusta de nuestra historia. Hubo un tiempo en que cada imperio utilizaba la religión propia para expandirse, o ése era al menos el pretexto. Europa pudo muy bien acabar siendo una colonia turca o árabe, lo que hubiera cambiado radicalmente el contexto de libertades del que hoy disfrutamos, aunque algunos ingenuos e ingenuas no lo vean, no lo quieran ver o les paguen para no verlo… que de todo hay.

Lo que España hacía no era tratar de acabar con el islam, ni conquistar sus países, sino meramente defenderse, tratando de evitar que ellos acabaran con nuestra cultura, conquistaran nuestras ciudades y mandaran sobre nuestras gentes. Contra lo que a veces en ocasiones (ingenuamente) se sostiene, la presencia de la religión musulmana no fue nada pacífica. Hasta tres veces intentaron los moros/árabes la conquista de España, siendo en las dos primeras ocasiones rechazados. Si a la tercera triunfaron fue gracias a la traición interna y abandono de Europa. ¿Por qué se consideró que era más importante lanzar las tropas cristianas a defender enclaves menores

en Oriente Medio que en propio suelo europeo? Jerusalén y «los santos lugares» justifican la diferencia pero no lo explican del todo. Sólo unos cuantos templarios aparecieron por Portugal y norte de España pasa ayudarnos, aunque tímidamente. Aquí no vino nadie a ayudar.

Sin embargo, España defendió a Europa en nuestro suelo —cuando éramos más débiles— ejerciendo de barrera física a la penetración árabe-bereber-almorávide por el sur, y la siguió defendiendo —cuando éramos más fuertes— de la penetración del Imperio turco por el este. Defendió las raíces cristianas y la cultura europea. Por el contrario, ante la crucial victoria de Lepanto sobre el Imperio turco (1571) comenzó una campaña en Europa para minimizar su importancia. Esta campaña fue encabezada por Francia (por no haber sido ella la protagonista de la hazaña), y tuvo a Voltaire (al que algunos ingenuos españoles se empeñan en idolatrar sin matices) a uno de sus más célebres tontos útiles. Compárese la propaganda en este caso con el de la batalla de Waterloo contra Napoleón, donde hábilmente Wellington e Inglaterra consiguieron imponer el pensamiento único, que les convertía a ellos y sólo a ellos en los protagonistas de una victoria crucial para el futuro de Europa, cuando en realidad habían sido los alemanes los que pusieron el mayor peso y sangre de la batalla.

¿Qué habría ocurrido si hubiéramos perdido Lepanto? ¿Cómo sería Europa hoy? Acudamos a las palabras de otro francés, bastante más moderno, sensato y ecuánime que Voltaire: *La victoria cristiana cerró paso a un porvenir que se anunciaba muy próximo y muy sombrío. ¿Quién puede decir a dónde habría conducido la destrucción de la flota de Don Juan? Tal vez al ataque contra Nápoles y Sicilia. Y no está descartada tampoco la posibilidad de que los turcos hubieran intentado reavivar el incendio de Granada o llevar sus llamas a Valencia. Antes de ironizar en torno a Lepanto, siguiendo a Voltaire, sería tal vez razonable sopesar el peso directo de esta jornada. Peso, evidentemente, enorme* (F. Braudel, 1976, Vol. II, p. 605). Es cierto que pasados unos años de dicha derrota el Imperio turco volvería a intentar hacerse con diversas posesiones en el mediterráneo, desde Grecia hasta Italia. Pero también lo es que una vez más los españoles, mandados entonces por Juan Andrea Doria, fueron los que les pusieron freno.

¿Qué hicieron por el contrario otros pueblos? Tomemos el caso de Inglaterra, supuesta salvadora de Europa de las garras de Napoleón. ¿Qué hizo mientras España encabezaba la batalla de Europa para librarse del imperialismo turco? Pues negociar con ellos ventajas comerciales, siguiendo el principio de «el enemigo (turco) de mi enemigo (católicos) es mi amigo». Y todo ello ¿para defender Europa u Occidente? No. Con el solo objetivo de

ensanchar su propio poder económico y político al precio que fuera, sin pararse en cuestiones de principios o de peso geoestratégico europeo. Es así como, a partir del año 1572-1573 Inglaterra vuelve a poner sus ojos en el Mediterráneo, viendo en el enfrentamiento de las potencias cristianas con el Imperio turco una oportunidad. A fin de cuentas los piratas argelinos habían aprendido su oficio de los corsarios ingleses. En los años 1578-1583 se celebraron nuevos acuerdos comerciales para obtener diversos privilegios sobre la base del interés de los turcos en la compra de estaño, necesario para fundir nuevos y más modernos cañones. Veleros venecianos, genoveses y otros fueron saqueados a su vez por barcos ingleses. Por último, en 1581 se creó la *Levant Company,* que en la práctica suponía atribuir el monopolio comercial a unos pocos comerciantes elegidos por la reina, en perjuicio de otros ingleses que operaban hasta entonces por su cuenta en la zona (ver F. Braudel, 1976, Vol I., pp. 818-827). Buen detalle para la supuesta patria del liberalismo.

Ciertamente no es el único caso de esta burda técnica de manipulación histórica, pero el elemento que se mantiene en el tiempo es que el más perjudicado suele ser España. Así, cuando en 1527 las tropas imperiales de Carlos V saquearon Roma, la culpa se le echó a los españoles, olvidando «ingenuamente» que tal «hazaña» había sido realizada por un ejército de mercenarios, la mayoría alemanes, mandados además por un príncipe francés, el condestable de Borbón, responsable incluso de tomar esa iniciativa. Mientras, hicimos frente a los intentos de invadir Europa —los turcos habían ocupado Belgrado y cercado Viena en 1529, con la complicidad de los franceses— y España (conquista-reconquista) por parte de una cultura que nos era ajena, y que con el tiempo ha demostrado dónde nos hubiera llevado de haber tenido éxito. Todavía estamos esperando un simple ¡gracias!

1.3. El (ignorado) siglo XVI que cambió al mundo

a) ¿Qué habría ocurrido si el descubrimiento de 1492 lo hubieran protagonizado otros?

El 21 de julio de 1969, Neil Amstrong, comandante del Apolo XI, pisa por primera vez la luna. Nadie discute la relevancia de este hecho, ni que Amstrong fuera norteamericano, ni que los Estados Unidos protagonizaran esa gesta, a pesar de que los soviéticos les pisaban los talones y que de hecho habían logrado mandar antes una nave no tripulada y el primer hombre al espacio. En plena guerra fría, nadie envió tampoco naves corsarias a sabotear las misiones o a robar las muestras que traían. Ni se intentó cambiar el nombre a la luna. Ni se creó ninguna campaña para decir que en realidad

Amstrong no sabía lo que hacía y que el renombre de la hazaña corresponde a otro que llegó más tarde. Por el contrario, ese hecho determina el comienzo del Imperio norteamericano en el terreno tecnológico y aeroespacial y que la NASA se hiciera famosa y reconocida en el mundo entero. A pesar de ello, nuestras vidas han cambiado poco por ese hecho, ni hay bases estables en la luna, ni hemos vuelto…, al menos hasta ahora.

La llegada a América cambió radicalmente el mundo al producir *la mayor mutación conocida del espacio* (cfr. Pierre Chaunu, *Conquista y explotación de los nuevos mundos)* , pero siempre ha estado rodeada de polémica y de matices para quitar su importancia y la relevancia de nuestro protagonismo. La Edad Moderna es en gran parte una creación española, que comienza precisamente con el descubrimiento de América. No sólo en terreno político o económico, sino hasta en las costumbres culinarias y sociales, pues algunos de los alimentos hoy corrientes en Europa los trajo Colón de sus primeros viajes, como el maíz, la patata o el cacao, sin hablar del tabaco. Las artes, la diplomacia, las estructuras nacionales, el arte de la guerra, el comercio, el sistema de alianzas y hasta la teología… serán influenciadas o trasunto de «lo español» (Julián Marías, 2010, p. 162). No es de extrañar sabiendo que teólogos de la talla de san Alberto Magno y san Tomás de Aquino (así como Meister Eckart o san Vicente Ferrer) formaran parte de la orden de los dominicos (o predicadores) fundada por un español de Burgos, Domingo de Guzmán en 1216.

Existen eventos más relevantes que otros, y la conexión de los dos hemisferios ha sido sin duda uno de los más (sino el más) cruciales de toda la historia de la humanidad. Hasta ese momento, desde hacía 150 millones de años con la fractura de Pangea, el planeta había vivido en culturas escindidas y ecosistemas divergentes. Incluso con las grandes migraciones de África los diversos grupos fueron adaptándose al medio y creando culturas diferentes y enfrentadas. Sólo a partir de 1492 puede hablarse con propiedad desde más de un punto de vista de un solo mundo y una sola especie humana (Fernández-Armesto, 2010, pp. 9-11). Si acaso, sólo cuando el ser humano consiga colonizar otros planetas podrá hablarse de algo semejante a lo que ocurrió en el siglo XVI , en un proceso que protagonizó España.

Sin embargo, ¿casualmente?, se ha propuesto como momento clave para el nacimiento de la modernidad la caída de Constantinopla (un hecho regional) o la invención de la imprenta (un instrumento), ante lo que sólo cabe reaccionar con indignación o con una media sonrisa: ¡otra vez la metodología utilizada para perjudicar a España! Hemos dejado que incluso los

libros de texto que estudian nuestros niños y jóvenes —y no en ningún territorio separatista y rebelde, sino en la misma Comunidad de Madrid— se diga que la Edad Moderna empieza con la caída de Constantinopla (1453) o incluso con la invención de la imprenta (1450). Esto no sólo representa una visión eurocéntrica del mundo sino un evidente contrasentido. ¿Cuál es el acontecimiento que cambia de verdad la historia del mundo, la caída de lo que quedaba del Imperio romano o el descubrimiento de en qué planeta vivimos? Obvio es decir que si el descubrimiento lo hubiera protagonizado algún otro país (imaginemos a Francia o Reino Unido) no habría páginas suficientes para proclamarlo ni historiador en el mundo con el valor suficiente para minusvalorar ese hecho. Pero ¡ah, amigos!, se trataba de España, y entonces surgen los ingenuos y los quintacolumnistas y se pone en libros, incluso pagados y elaborados por españoles, la tesis que beneficia a los otros.

b) ¿Por qué precisamente nosotros (y no otros) descubrimos y dominamos el Nuevo Mundo?

Colón, y los navegantes que lo siguieron, no sólo innovaron en técnicas de navegación, sino también contribuyeron a completar el mapa de vientos del Atlántico, sin los cuales resultaba imposible navegar alejándose más allá de una cierta distancia de las costas conocidas. La razón por la que hasta Colón nadie había llegado a América por mar era porque cuando pasaban los días sin viento en contra se daban la vuelta por miedo a no tener forma de volver (F. Fernández-Armesto, 2010, pp. 194-197). Esto es, el problema no era ir sino poder volver. No es que Colón fuera el primero en intentarlo (los portugueses habían mandado hasta ocho expediciones para explorar el Atlántico), sino que fue el primero que tuvo éxito, y no como fruto del azar o de la improvisación, sino gracias a una adecuada y cuidada preparación. Esto da más valor todavía a su hazaña. Colón no sólo descubrió un nuevo continente —cosa que demostró además fehacientemente en 1498— sino que entre 1492 y 1493 fijó las rutas de navegación de ida y vuelta más prácticas y fácilmente explotables.

Los españoles eran también los mejores cartógrafos de la época. La Casa de Contratación confeccionó el *Padrón Real* , el primer atlas universal de la historia. Cartografiaron toda América y gran parte del litoral de tierras ignotas para la época. Juan de la Cosa en 1500 elaboró el primer mapa geopolítico del mundo. Otros cartógrafos singulares de la época fueron: Martín Fernández de Enciso (*Suma de Geographia,* en 1532) y Baltazar Vellerino de Villalobos (*Luz de navegantes* en 1592). Además, los mejores manuales de na-

vegación del siglo XVI fueron elaborados por Pedro de Medina y Martín Cortés, aunque se aprovecharon de ellos, al menos, por ingleses, holandeses y franceses (J. Vilchis y V. Arias, 1992, p. 23). Es más, gran parte de estos mapas fueron copiados, publicados y editados fundamentalmente por holandeses y flamencos, que se llevaron una vez más la fama. Incluso el famoso «Atlas de Piri Reis», que entregó a Soliman I en 1526, es deudor de las cartas de navegación y mapas elaboradas por el propio Colón. Y el primer Atlas moderno se debió al geógrafo de Felipe II, Abraham Ortelio, impreso en Amberes en 1570 con el título *Theatrum Orbis Terrarum* .

El siglo XVI fue rico en inventos e innovaciones tecnológicas como correspondía a la corte más poderosa de la tierra. España se dispuso a ser mecenas de artistas, científicos e ingenieros, no sólo por estar a la altura de su dignidad sino por pura necesidad. Como ya afirmaba Plinio el Viejo: *El conocimiento va siempre tras las legiones del imperio* . De cualquier imperio, cabría añadir, pero mucho más en aquella época remota donde se tenía que hacer frente a distancias y dificultades logísticas sin igual. Si logró diseñar el mayor imperio de la historia (con territorios en los cinco continentes), y el que más tiempo duró de todos los que han existido, fue porque ese doble objetivo resultó acompañado y fundamentado en conocimientos científicos y tecnológicos de primer nivel, como luego veremos.

Por tanto, nada de esto fue casualidad. De hecho, treinta años después de la llegada de Colón a América (1519-1522), Elcano daba la primera vuelta al mundo con la pequeña nave *Victoria* , una hazaña que empezó el portugués Magallanes al servicio del rey español Carlos I, pero cuya intención era «sólo» llegar a las islas de las especias, no dar la vuelta al mundo (y con ello demostrar fácticamente la redondez del mundo), obra que por tanto hay que atribuir al vasco (y por ello español) Juan Sebastián Elcano. Habría que esperar 58 (hasta 1580) para que los «eficaces» y modernos ingleses mandaran a un corsario (Francis Drake) con cuatro naves a dar la segunda circunnavegación al mundo. Poco importó históricamente, al parecer, que para ello tuvieran que secuestrar a un capitán portugués para que pudiera enseñarles cómo lograrlo. Pero no sólo eso, los españoles llegaron hasta los últimos rincones del globo (Nueva Guinea, Tahití, Filipinas…), hasta el punto de que el nombre de Australia cabe atribuirlo al descubridor Fernández de Quirós, pero no esperen que nos lo reconozcan.

c) ¿Cómo se logró que todo un siglo fuera minusvalorado?

El siglo XVI fue dominado por los españoles no sólo en sentido político, militar o naval sino también en el terreno intelectual, artístico y religioso.

Las novelas de caballerías y de género pastoril marcaron la tendencia, y autores (hoy olvidados) como Antonio de Guevara (*Epístolas familiares, Libro de oro de Marco Aurelio, Reloj de Príncipes* , etc.) conocieron un prodigioso éxito en Francia (J. Pérez, 2002, p. 130). Y es que resulta lógico que el país que dominó el mundo desde los Reyes Católicos, al menos hasta Felipe II, también dominara las letras, la ciencia y la cultura. El propio Felipe II, el rey probablemente más vilipendiado de la historia, no sólo se ocupaba de la guerra, sino que la arquitectura, las ciencias y las letras se beneficiaron de su patrocinio. Hasta la primera competición internacional de ajedrez se debe a su reinado.

Entonces, ¿por qué no figura así en los libros de historia? Porque España perdió la guerra ideológica y los vencedores pusieron *en marcha una de las campañas de denigración más formidables que nunca se hayan lanzado contra una nación* (J. Pérez, 2002, p. 112). Pero una vez más esa campaña internacional habría sido ineficaz sin los palmeros internos, algunos incluso bajo la mejor de las intenciones. Se debe por ejemplo a Américo Castro la idea de que los valores e ideales que representaba la cultura española del siglo XVI eran incompatibles con el racionalismo y la prosperidad material. Otros, como Ramón Carande, no opinaban así, pero a éstos se les oye menos, ¿por qué será?

Otra de las leyendas negras internas (recogidas entre otros por el propio Ortega y Gasset) es que el supuesto atraso cultural e intelectual español se debió a una instrucción emitida por Felipe II en 1559 que prohibía a los españoles estudiar en otros países y a que la Inquisición prohibía la entrada de libros escritos en otros países. Téngase en cuenta que hablamos de la primera potencia cultural, tecnológica y militar de la época, que contaba con el mayor número de universidades per cápita. Sería tanto como decir que Estados Unidos habría entrado en decadencia porque los norteamericanos no iban a estudiar a Europa. Además en la época de Felipe II se mantuvo el Siglo de Oro de las letras españolas y de hecho era a Salamanca y a Alcalá de Henares donde querían ir a estudiar los ciudadanos de otros países. Y si es verdad (al menos en parte) el papel negativo que pudo jugar la Inquisición, también lo es que parecidos órganos censores defensores de la ortodoxia (la que interesaba a cada país) existían por doquier en Europa. Incluso hasta bien entrado el siglo XX donde *El Ulises* de Joyce estuvo prohibido en su patria natal, Irlanda.

Sin embargo, ¿quién destruyó la estatua de Julio II de Miguel Ángel al entrar en Bolonia (1511)? Y ¿quién saqueó la biblioteca de Florencia fundada

por Cosme de Médicis (1527)? ¿Fueron los españoles? Pues no, los franceses. Los españoles rara vez hicieron algo semejante, pero ¿a que no adivinan quién se ha ganado la fama de amantes y protectores del arte? ¿No tienen todavía suficientes datos para percatarse de la trampa? Pues no teman, hay más.

2. EL MITO DEL DÉFICIT DE PENSAMIENTO Y CIENCIA: LA TRAMPA METODOLÓGICA

2.1. Herederos y transmisores de la cultura griega y romana

a) La (olvidada) Escuela de Traductores de Toledo y sus secuelas

¿Se imaginan por un momento si la Escuela de Traductores de Toledo hubiera sido creada en París o en Londres? Nos levantaríamos y acostaríamos todos los días oyendo hablar de sus increíbles aportaciones. Pero ¡ay, amigos!, fue un «invento» español y entonces conviene silenciarlo. Esta escuela realizaba traducciones (al latín y al romance) de textos filosóficos y científicos árabes, algunos de los cuales eran traducciones a su vez de textos griegos que se habían perdido. También elaboró grandes obras compiladoras originales, como libros de astronomía, el primer libro de ajedrez de Europa o la primera gran historia universal —*Grande Estoria*— de Alfonso X cuyo objetivo era enormemente ambicioso, aunque sólo se completase desde la creación del mundo hasta la sexta edad iniciada con el nacimiento de Cristo.

Que los españoles fuimos los verdaderos herederos y transmisores de la cultura griega y romana se demuestra asimismo con la figura de San Isidoro de Sevilla (Cartagena 556-569/Sevilla-636), y especialmente con su obra *Etimologías* donde recoge el pensamiento de 160 autores, cristianos y paganos, constituyendo la mejor compilación del saber de su tiempo. San Isidoro mostraba una erudición superior a la de otros contemporáneos como Casiodoro, el venerable Beda, Alcuino o Rabano Mauro. Su tesis principal —que a partir del verdadero significado de los nombres se puede penetrar en la esencia de la cosa nombrada— es el fundamento del que partirán siglos después tanto Nietzsche como Martin Heidegger, como vía para adentrarse en el pensamiento griego (M. Heidegger, 1984). Junto a *Etimologías,* otras obras (*De natura rerum, Chronicon)* componen un cuerpo de enorme influencia en la Edad Media, con un concepto de ley que nos sorprende incluso hoy por moderna: «constitución del pueblo, sancionada por los mayores de edad de acuerdo con la multitud». Si San Isidoro hubiera nacido en Francia o Alemania, tendríamos a San Isidoro hasta en la sopa, pero fue español o, al menos, así se sentía él.

La filosofía española fue en realidad la continuadora del pensamiento griego y del lema socrático recogido en el frontispicio delfiano: «Conócete a ti mismo…». Conocerse a sí mismo era y es el mejor camino para poder entender el mundo exterior e incluso a los dioses. Ésta era la segunda parte del lema de Delfos: «(…) y conocerás a los dioses». Cuando Europa se desvivía por comprender el mundo exterior, en España nos seguíamos preguntando quiénes éramos nosotros y quién eran Dios o los dioses. Pasado el tiempo el enfoque exterior acabaría siendo puesto en cuestión, si bien en lugar de volver atrás buscando las fuentes españolas (como habría sido lo más justo y procedente) se optó por inventar nuevas etiquetas más modernistas, como el constructivismo epistemológico (nuestros esquemas mentales determinan la realidad exterior que observamos) o la *Selbsbessinnung* de Dilthey, esto es: la comprensión de lo psíquico-espiritual como fundamento del conocimiento filosófico (cfr. J.L. Abellán, 1996, p. 24).

De mirar al interior iba y va también la mística no sólo en el ámbito cristiano, sino también en el árabe y el hebreo. No es casualidad que el sufismo encontrara aquí uno de sus polos de mayor esplendor (por ejemplo, con el murciano Ibn Arabi), o que la cábala naciera en España con obras claves como (siglo XII) *El libro de la cábala* del «toledano» Abraham Haleví ben David, preludio de la *Guía para perplejos* de Maimónides, y del gran *Libro del esplendor* o *Zohar* escrito por Moshe ben León, el cual por cierto pasó parte de su vida en la misma Ávila que Santa Teresa o san Juan de la Cruz. España no sólo ha sido la cuna y la cumbre de la vía más espiritual y profunda de las grandes religiones del libro, sino que fue aquí donde tuvo lugar la más fructífera comunicación entre ellas. De hecho, otra prueba de la doble vara de medir que se nos ha aplicado es la siguiente: ¿cuál fue más famosa, la Biblia redactada en alemán (1534) por Lutero o la primera *Biblia políglota complutense* (1517), que redactó un equipo dirigido por el cardenal Cisneros y que incluía los mejores textos originales en griego, hebreo, latín y arameo? Supongo que no hace falta que les responda.

b) Cómo acabar con la filosofía española a través de la metodología

Si España había sido el instrumento que permitió el renacer cultural de Europa, y dominó la teología y el pensamiento, al menos, hasta finales del siglo XVI , ¿por qué no aparecemos como tal reflejados en los libros de historia de ciencia y filosofía? Una vez más se introduce «casualmente» en el estudio de la historia una trampa metodológica que nos perjudica (interesadamente). Hasta la modernidad, filosofía y pensamiento venían a significar lo mismo. España dominaba el pensamiento sin ninguna duda. Pero ¡ay,

amigos!, a partir de Descartes la filosofía se tecnifica y sistematiza distinguiéndose por un método concreto.

Este «cambio» metodológico, aparentemente formal, sirvió en realidad para dirigir el foco a otros lugares, despreciando a las escuelas españolas que seguían un enfoque menos «academicista» (J.L. Abellán, 1996, pp. 23-24). Por supuesto todo esto era sólo una excusa pues al mundo griego no se le excluyó, ya que como pasado remoto venía bien tenerlo de fuente de legitimación. Y además, no molestaba demasiado pues Grecia no era ya una potencia que pudiera beneficiarse de ello. El enemigo, una vez más era España, a la que convenía desbancar de todos los tronos, no sólo los políticos. A los españoles les expulsó de la historia de la filosofía no nuestras carencias sino la metodología francesa, pues quien puede imponer el método de clasificación tiene el poder para decidir qué autores importan y cuáles no, que ramas del conocimiento o estrategias pueden considerarse relevantes y cuáles no.

El filósofo contemporáneo argentino —por tanto nada sospechoso de filoespañolista— Enrique Dussel, creador de la filosofía de la liberación, ha sostenido que los primeros filósofos modernos fueron Las Casas, Ginés Sepúlveda y Suárez, y no, como habitualmente sostienen las potencias creadoras del discurso imperante, Descartes y Spinoza (Entrevista con Enrique Dussel, *Filosofía Hoy,* nº 33, 2014, pp. 8-12). Asimismo Luis Vives, cuya obra fue publicada en inglés en el Oxford de 1523, fue el primero que se atrevió a tratar la mejor manera de hacer frente al socorro de los pobres, mostrándose contrario ya entonces a la subvención social, polémica en la que participó el sevillano Mateo Alemán (1547-1614), autor de *Guzmán de Alfarache* , y que se llevó la polémica a México donde terminaría muriendo.

Sin embargo, la historia de la filosofía propugnada tradicionalmente por Francia, Inglaterra y Alemania ignora prácticamente el siglo XVI y pasa directa y abruptamente del siglo XV al XVII con Descartes y Newton. Es más, se han ocultado no sólo las aportaciones de filósofos españoles sino también su decisiva influencia sobre otros intelectuales europeos que se llevaron la fama. No puede entenderse la filosofía de Descartes y Spinoza sin la influencia de la obra del jesuita Francisco Suárez. El propio Descartes, que estudió en un colegio jesuita, admitiría que el primer libro de filosofía que leyó fue *Disputaciones metafísicas* de Suárez, y que la lógica la aprendió de otro español: Antonio Rubio. Por su parte, Spinoza procedía de una familia sefardita española y en su obra resulta patente la influencia de las categorías de Suárez.

Del mismo modo, los autores de la escolástica salmantina del XVI (Vitoria, Suárez y Molina) sentaron las bases del liberalismo económico moderno y sirvieron de influencia a autores como Althusio, Grocio, Pufendorf, Locke o, en el ya mencionado, Spinoza, que son los que luego se llevarían la fama como creadores del liberalismo y del individualismo occidental. Hasta Joseph Schumpeter ha reconocido que se debe a los autores de la Escuela de Salamanca la fundación de la economía como disciplina científica bien definida. ¿Por qué no se resalta habitualmente la intensa influencia que han tenido los dominicos y los jesuitas (entre otros Suárez, Molina y Gracián), dos órdenes fundadas por españoles, y su método de conocimiento y modelo de enseñanza en grandes intelectuales de todo el mundo? Todo ello sin hablar de los que han pretendido a lo largo de la historia entrar a formar parte de la «Compañía», entre los que se incluye el propio Heidegger. Ahora, ¿se imaginan que se tratara de una orden fundada por un francés o un alemán? ¡Qué loas nos hemos perdido!

2.2. Los siglos XVII al XX también cuentan

a) Los siglos XVII y XVIII: la época dorada oculta

Existe el mito acendrado de que España habría carecido de Renacimiento o modernidad [37]. El Siglo de Oro español empieza con la publicación de la *Gramática castellana* de Antonio de Nebrija (1492) y termina con la muerte de Calderón de la Barca (1681), a quien cabe considerar claramente como un abanderado de la modernidad (A. Regalado, 1995). Por tanto, abarcaría también parte del siglo XVII . De hecho, aunque Cervantes nace en el XVI su Don Quijote se publica a principios del XVII (1605, la primera parte, y 1615, la segunda). También este siglo y el siguiente ven nacer al movimiento de «los novatores», un grupo de ilustrados que surgió primero en Sevilla con el canónigo erudito Nicolás Antonio y que luego pasó a incluir a un conjunto de eruditos y médicos valencianos. Todos ellos contribuyeron a combatir el atraso científico que empezaba a observarse en nuestro país. Los más célebres fueron: Manuel Martí, Gregorio Mayans y Síscar, y Juan de Cabriada, este último autor de la *Carta filosófica, médico y química* (1687).

Sin embargo, el siglo XVIII se ha tomado en ocasiones por un siglo perdido. ¿Casualidad o convenía considerarlo así porque era precisamente en ese siglo donde se consolidó la conciencia nacional y cambió el concepto de nación? La obra del rey ilustrado por excelencia Carlos III sólo ha sido reconocida de forma reciente, concretamente a partir de la celebración en 1988 de su bicentenario. De 1770 es la marcha real (el himno nacional, único caso de un himno que «no puede tener» letra) y de 1785 la bandera españo-

la. Es también el siglo de Feijoo, de Campomanes, de Cabarrús (que defendió una escuela común y sin distinciones para todos), de Antonio de Capmany, de Gaspar de Jovellanos y de Miguel de la Gándara, autor de *Apuntes sobre el bien y el mal de España* , y contrario a la intromisión de la Santa Sede en los asuntos políticos de España. También se creó la red de Sociedades de Amigos del País que atravesaban la Península desde las Vascongadas hasta Andalucía, desde Castilla hasta Valencia, desde Cataluña hasta Extremadura. De éstas, por cierto fue la primera la «Vascongada» (¿quién lo diría hoy?) formada en 1748 por un grupo de nobles vascos, siempre leales al rey, conocidos como los «caballeritos de Azcoitia» encabezados por el conde de Peñaflorida. La matritense se crearía en 1775.

Los ilustrados españoles no fueron famosos tal vez por tres motivos: uno, porque la Revolución francesa polarizó el objeto de interés; dos, porque la reforma ilustrada a la española fue truncada por la invasión de otro francés, un tal Napoleón (aunque los afrancesados culturales no sean capaces de reconocerlo); y tres, porque no eran utópicos o idealistas sino pragmáticos y realistas. Jean Sarrailh en los años cincuenta del pasado siglo (1954 edición en francés, 1957 aparece en español) escribió un libro sobre *La España Ilustrada de la segunda mitad del siglo xviii* , donde llega a afirmar que: *En el siglo xviii conoció España las mismas aventuras espirituales que las demás naciones europeas, como las había conocido ya en el pasado, como había de conocerlas, una vez más, en época más cercana a la nuestra* (1979, pp. 11 y 12). E incluso un inglés tan refractario a reconocer que el liberalismo nació en España y no en Inglaterra llegó a asumir que: *No hay nada de específicamente español en el abismo que media entre los esquemas de reforma y la práctica de cultivo de fines del siglo xviii (...) la principal característica de la agricultura española es su impresionante diversidad, que alcanza desde los trigales de más mísero rendimiento en Europa hasta las huertas más ricas y mejor regadas* (Raymond Carr, 1970, pp. 9, 19).

En España hubo Ilustración solo que no acabó ni provino de una revolución y por eso llamó menos la atención. Fue una ilustración constructiva y no destructora lo que no nos perdonaron ninguno de nuestros competidores (ver J. Marías, 2010, p. 276). La Ilustración llegó a España, tal vez no con las mismas características que en otros lugares (¿acaso tenía por qué?), pero llegar llegó. Todo consiste en no limitarse a poner la lupa en un solo aspecto. Es una técnica que sobrevive con buena salud en la actualidad: si queremos desprestigiar a un competidor o un gobierno rival, se sacan en la prensa imágenes de acciones crueles o de gente pasando hambre (reales o inventadas) elevándolas a categoría general, mientras se ocultan parecidas

imágenes que podrían encontrarse en la otra parte. Y sin embargo a fuerza de ser honestos hay que reconocer que muchos de los que han intentado modernizar, racionalizar o liberalizar España han sido perseguidos, exiliados, encarcelados, asesinados o muertos «prematuramente», incluso en extrañas circunstancias: Jovellanos, Fray Luis de León, Prim, etc. Cuando hemos tenido grandes políticos o reformadores, o los han matado o lo han intentado (Martínez Campos y Maura también sufrieron atentados pero salieron ilesos). ¿Es que España no quería ser modernizada? ¿O es que alguien no quería que nos modernizáramos?

b) Siglos XIX *y* XX

Cuando uno roba algo a alguien es porque no lo tiene o porque envidia a su poseedor por mejorar lo propio. Con motivo de la entrada de Napoleón en España, el saqueo de cuadros y obras de arte españolas a manos de franceses fue masivo. El mariscal Nicolas Jean de Dieu Soult fue el campeón del pillaje, pero le siguieron otros generales. El propio rey ciudadano Louis-Philippe fue destinatario directo de varias rapiñas y lucrativo beneficiario de su venta. En esta tarea delictiva de apropiarse del arte español y ponerlo a buen recaudo en otros países, no le fueron a la zaga los ingleses, como el barón Taylor y Richard Ford (T. Burns, 2014, pp. 33-40, 45-53). El haber conseguido, a pesar de los muchos robos sufridos, tener la mejor pinacoteca del mundo (El Prado) puede considerarse un verdadero milagro. Otros (e.g. Egipto) que sufrieron semejantes robos de idénticas naciones nos pueden tal vez comprender.

Se ha hablado incluso de un segundo Siglo de Oro de las letras españolas que comenzaría con la generación del 98 y acabaría a finales del siglo XX. Así, al menos, lo consideró Julián Marías en su discurso de aceptación del premio Príncipe de Asturias en 1996. En todo caso, la lista de autores que podemos contemplar en ese periodo es sin duda impresionante: desde Azorín hasta Dámaso Alonso, Alberti o Vicente Alexandre; desde Rubén Darío hasta Delibes; desde García Morente a Asín Palacios; desde García Lorca hasta Cela; desde Jorge Guillén a Gómez de la Serna; desde Madariaga a Laín, desde Juan Ramón Jiménez a Miguel Hernández; desde los Machado a Marañón, Maeztu o Matute; desde Menéndez Pelayo a Menéndez Pidal; desde Unamuno a Zambrano; desde Valle Inclán a Juan Varela o Vargas Llosa (nacionalizado español)… Por no hablar de los más «jóvenes»…

Si hacemos un recuento pausado y moderado salen cerca de cien autores, a uno por año. Estos y otros autores anteriores no sólo fueron y han sido muy buenos, sino que influyeron y siguen influyendo en muchos referentes

extranjeros modernos y contemporáneos, aunque no se diga o se reconozca demasiado. Y Fichte tenía como libro de cabecera la *Numancia* de Cervantes y tomaba a los españoles como ejemplo; y un autor como Baltasar Gracián, de principios de siglo XVII (1601-1658), influyó claramente en La Rochefoucauld, Madame de Sablé, La Bruyère, entre otros escritores franceses, y fue idolatrado por Schopenhauer (quien tradujo personalmente al alemán *El arte de la prudencia*) y Nietzsche. Más en concreto su obra *El criticón* fue considerada por Schopenhauer: *La más bella alegoría que haya sido jamás escrita* y Nietzsche afirmaba que *Europa no ha producido nada tan fino ni más complicado en materia de sutileza moral* (citados por F.G. de Cortázar, 2008, p. 220). Mateo Alemán, Quevedo, Vicente Espinel y Calderón del Barca fueron traducidos al alemán y gozaron de gran influencia en Alemania [38] . En pleno siglo XX, autores de renombre franceses y de otros lugares (e.g. Mircea Eliade, Louis Massignon, Henry Corbin…) admitían sin pudor tener por maestros a intelectuales españoles (e.g. Miguel Asín Palacios, Eugenio D'Ors u Ortega y Gasset), que sin embargo nosotros hemos ignorado o simplemente despreciado. Porque, mis queridos ingenuos: ¿quiénes son hoy más estudiados y conocidos en España, los nuestros o aquéllos de fuera sobre los que influyeron?

2.3. Cómo se creó la imagen del atraso científico

a) La campaña desde fuera: Julio Verne

No es el único que contribuyó a la campaña, pero por su relevancia merece una mención singular. El famoso escritor «francés» Julio Verne escribió en 1865 *De la Tierra a la Luna* , una de las primeras novelas de ciencia ficción. Narra la historia de un proyecto internacional destinado a construir una nave espacial para llegar a la luna. Dicho proyecto contaba con aportaciones económicas de los principales países de la época. Todos contribuyeron con cantidades más o menos relevantes (por supuesto Francia mucho más que otros), incluida nuestra vecina Portugal. Todos… salvo, ¿se lo imaginan los ingenuos amantes de la cultura francesa? Claro, no podía ser otro: *Respecto a España, no pudo reunir más que ciento diez reales. Dio como excusa que tenía que concluir sus ferrocarriles. La verdad es que la ciencia en aquel país no está muy considerada. Se halla aún aquel país algo atrasado. Y, además, ciertos españoles, y no de los menos instruidos, no sabían darse cuenta exacta del peso del proyectil, comparado con el de la Luna, y temían que la sacase de su órbita; que la turbase en sus funciones de satélite y provocase su caída sobre la superficie del globo terráqueo. Por lo que pudiera tronar, lo mejor era abstenerse. Así se hizo, salvo unos cuantos realejos* .

Julio Verne no había visitado nunca España y todos los datos de este párrafo son falsos. Ni tampoco era cierto que España estuviera más atrasada en el terreno científico que otros países, incluida Portugal o la propia Rusia, a las que Verne las hacía figurar en el elenco de notables contribuyentes. Pero a pesar de sus críticas injustas, sus libros han sido profusamente leídos, admirados y comprados en nuestro país. Vale, lo cortés no quita lo valiente. ¿Se imaginan lo contrario?, ¿un escritor español que denigrase públicamente a Francia y que sus libros tuvieran un enorme éxito en ese país? Sigan soñando.

España había inaugurado su primera línea de ferrocarril en Cuba en 1837 y en 1848 había construido su primera línea en la Península, entre Barcelona y Mataró. El desarrollo del ferrocarril que se pone, en ocasiones, como ejemplo de nuestro retraso fue similar al de otras naciones, con una pequeña diferencia: la primera línea ferroviaria no fue en la propia España sino en Cuba, lo que ofrece una muestra del diferente enfoque que se seguía aquí en relación con el de otras potencias colonizadoras. España «realmente» pensaba que los territorios americanos (los muchos o pocos que quedaran) formaban parte de España del mismo modo que cualquier región peninsular, como figuraría igualmente acreditado en la Constitución de Cádiz. Más en concreto, las primeras líneas ferroviarias fueron las siguientes: La Habana-Guines en 1837 (Cuba), Jerez de la Frontera-Puerto de Santa María en 1847 (Andalucía) y Barcelona-Mataró en 1848 (Cataluña). Para que luego hablen de la relevancia de Castilla en el proceso de construcción nacional del siglo XIX .

El panorama resulta todavía más favorable si comparamos con lo que pasaba en otros países. Stendhal cuenta de forma precisa que en 1838 tardó 71 horas y tres cuartos para ir de París a Burdeos; en 1834 el ferrocarril París-mediterráneo no estaba terminado y todavía en 1917 las redes ferroviarias que comunicaban con Italia eran muy pobres, lo que hizo que las tropas francesas tuvieran que cruzar los Alpes a pie. Todavía en 1960 había un solo tren diario entre París y Besançon (ejemplos citados por F. Braudel, 1993, pp. 109-194, 212), Y aunque Francia tuviera la ventaja de disponer de grandes ríos navegables para transportar mercancías, la navegación fluvial fue escasa y peligrosa hasta tiempos bastante recientes. En cuanto a la industria textil francesa, ésta no se desarrolló hasta el siglo XVII , mucho después de que lo hiciera la española. Entonces… ¿por qué esta «especial» animadversión del novelista contra España? ¿No lo sabía Verne? ¡Venga ya!

b) El dogma nacional de una España acientífica

La falta de contribuciones significativas de España a la ciencia occidental llegó a calar como un mantra en autores españoles (como los krausistas) hasta aquéllos que demuestran con su propio ejemplo en primera persona su falsedad, como Santiago Ramón y Cajal. Éste, reaccionando a lo que consideraba los excesos tanto de los pesimistas krausistas como del optimismo patriótico de Menéndez Pelayo, manifestó que había existido en efecto una ciencia y filosofía españolas, pero otra cosa distinta es que hubieran sido importantes (*Los tónicos de la voluntad,* 1945). Y eso que Pedro Laín Entralgo lo incluiría en la «generación de sabios» que surgiría en España en la década de 1880.

Marcelino Menéndez Pelayo fue de hecho el primero que trataría de demostrar en su libro *La ciencia española* , que la falta de aportaciones españolas al desarrollo de la ciencia occidental era un mito interesado. Aunque algunas de sus consideraciones pudieran resultar debatibles, fue principalmente su etiqueta de «católico conservador» la que hizo que «todo» lo que afirmaba fuera tomado bajo sospecha por la intelectualidad que dominó nuestro siglo xx. Habrá que esperar todavía bastantes años para que se produzca un cambio del paradigma acomplejado que empiece a cuestionarse el dogma acientífico hispanófobo [39] . Primero, de forma tímida aparece el libro (1979) de José María López Piñero *Ciencia y técnica en la sociedad española en los siglos XVI y XVII (* continuado por el libro colectivo que él igualmente encabeza *Diccionario histórico de la ciencia moderna en España,* de 1983*)* donde hablar de la historia de la tecnología española deja de ser un tabú o un exabrupto. Una segunda fase tiene lugar, ya con implicación institucional, con motivo de los actos organizados para rememorar los cinco siglos del descubrimiento de América (1992). Pero es en la actualidad, pasados los peores momentos del dogmatismo antiespañol que dominó culturalmente el posfranquismo, cuando estamos asistiendo al surgimiento de un mayor número de estudios que, dirigidos a un público cada vez más amplio, se atreven a cuestionar el presunto páramo científico e intelectual con el que, algunos interesadamente y otros ingenuamente, querían identificar nuestra historia, además sin matices.

Destaca la exposición sobre *Ciencia y Técnica. Entre viejo y nuevo mundo: siglos XV - XVIII* , que se organizó con motivo de la conmemoración del quinto centenario del descubrimiento de América (Jaime Vilchis y Victoria Arias, 1992). En ella «redescubrimos» parte de nuestras aportaciones a la tecnología de la época. Por ejemplo, la creación de una red de comunicaciones regulada técnica y científicamente, la cual permitió asimismo el paso de una

organización gremial a otra de carácter estatal que reuniera todas las artes asociadas a la navegación, en torno a la Casa de Contratación y las Academias de Marina, que luego serían imitadas y aprovechadas por otras naciones, sin pagarnos por ello ningún tipo de regalías [40].

Pero ahí no terminan las innovaciones españolas: la explotación de las riquezas minerales exigió igualmente innovaciones en la metalurgia de la plata y el mercurio, así como en las técnicas de extracción, desagüe y ventilación de las minas. En el área farmacológica el encuentro con la cultura y saber amerindio permitió un mestizaje científico, como muestran las iniciativas de Vasco de Quiroga o Bernardino Álvarez con los «hospitales-pueblo», donde convergían los saberes botánicos y médicos procedentes de ambos lados del Atlántico. Del mismo modo, destaca la red de canales y desagües que logró resolver el problema de algunas inundaciones sistémicas que sufrían ciudades como México. Todos estos inventos e innovaciones están documentados y recogidos en el Archivo General de Indias de Sevilla, que contiene el mayor fondo documental del mundo sobre la historia de un continente y de los océanos Atlánticos y Pacífico.

Los propios Reyes Católicos crearon la original figura del «letrado-ingeniero», responsable de supervisar las grandes obras públicas y Felipe II en 1552 hizo lo propio con el puesto de catedrático del arte de navegar y cosmografía, asociado a la Casa de Contratación de Sevilla, que luego derivaría en el cargo de «cosmógrafo mayor». También el mismo rey fundaría la primera Academia de Ciencias y Matemáticas (1582) en Europa (cuyo primer director fue Juan de Herrera) y uno de los primeros museos de ciencias con sede en Valladolid. Incluso el «terrible» duque de Alba creó en Lovaina la cátedra perpetua de matemáticas. Y, aunque pocos lo destacan, fue en Valencia donde se fundó en 1409 el primer psiquiátrico del mundo, al que seguiría el de Zaragoza poco después así como algunos excelentes hospitales (cfr. J.J. López Ibor, 1951, p. 55, nota 35).

Destacan igualmente las relaciones y encuestas geográficas o, las entonces pioneras, expediciones y comisiones científicas. Como las de carácter botánico a lo largo del siglo XVIII , que permitieron (como destacó Alexander Humboldt) el conocimiento de las plantas de Perú, Nueva Granada y Nueva España —y que costaron al Gobierno español dos millones de francos de la época, para que luego diga Verne lo que dijo—, además de abrir los jardines botánicos en Manila y las islas Canarias. Pero es que además los españoles contribuyeron al estudio de la naturaleza humana y biológica por todo el orbe: Martín Sessé, José Mociño, José Celestino Mutis, Alejan-

dro Malaspina, Vicente Cervantes, además de posteriormente Jorge Juan, Antonio Ulloa o la expedición filantrópica para combatir la viruela en Hispanoamérica y Filipinas de Francisco Javier Balmis y Berenguer en 1803, considerada la primera expedición sanitaria de la historia. De hecho, la medicina (y el estudio de las hierbas medicinales) evolucionó en aquellos años como consecuencia de la necesidad de curar a los soldados que caían heridos en las numerosas batallas. Igualmente, tuvieron lugar innovaciones en la industria textil, como los famosos «batanes» tan útiles para mejorar el enfurtido de lana; o el levantamiento de caminos y rutas cada vez más modernas; o en la fabricación de canales y puertos.

Parecidas contribuciones continuaron también después, si bien de forma menos consistente. Así, por ejemplo, el 1 de febrero de 1792 se inauguró dentro del recinto amurallado del alcázar de Segovia, «el mejor laboratorio de química de Europa». La dirección del Real Laboratorio se encargó al francés Louis Proust que recibió el mejor salario pagado a un científico en la España de la época. De este laboratorio y de su equipo salieron importantes aportaciones como: la «ley de proporciones definidas» —una de las verdades químicas mejor demostradas por vía experimental—, un nuevo método para blanquear la seda o el globo aerostático más grande y potente de la época, hasta el punto de que puede considerarse a España como pionera de la aerostática aplicada al mundo militar. En este ámbito destacaron igualmente Francisco de Luxán (Madrid, 1789-1867) autor de uno de los mejores tratados de mineralogía, el cual como ministro de Fomento impulsaría la creación de la Escuela de Ingenieros Industriales (1840) y algo más tarde la de la Academia Real de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. A finales del siglo XIX , el médico y bacteriólogo Jaume Ferrán i Clua (1851-1929) elaboró la vacuna contra el cólera, que se aplicó con éxito en la epidemia de Valencia a finales del siglo pasado, y descubrió otras vacunas contra el tifus y la tuberculosis.

Tampoco puede desconocerse la importancia que tuvieron dos instituciones. Primero, la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, creada en 1907 (siendo rey Alfonso XIII), que estuvo presidida por Santiago Ramón y Cajal, y que tuvo cuatro institutos principales (creados en 1910): el Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales, el Centro de Estudios Históricos, la Residencia de Estudiantes y la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma. No sólo dio nuevos impulsos a la ciencia española sino que promovió un sistema de intercambio de profesores y becas para estudiantes en el extranjero que permitió revitalizar los contactos in-

ternacionales. Tras la guerra civil fue sustituida por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que ha logrado pervivir hasta la actualidad. Aunque comenzó con escasez de medios, supuso institucionalizar por primera vez la investigación científica, y ha permitido encauzar grandes proyectos y actuaciones: *No había hasta el momento en Europa más que dos precedentes comparables: la Kaiser Wilhelm Gesellschaft en Alemania y el Consiglio Nazionale delle Ricerche en Italia, y de una y otro, dándole fisionomía propia distinta de ambos, incorporó lo más adaptable de sus estructuras* (M. Lora Tamayo, citado en J. Formentín, A.V. Carrascosa y E. Rodriguez, 2015, p. 61).

Cierto, nada es perfecto y todo es mejorable, pero resultaría injusto sostener seriamente que seamos tan malos en este terreno o que no hayamos aportado nada valioso a la ciencia europea.

2.4. España, patria de inventores

a) Los fantásticos siglos XVI *y* XVII

¿Que inventen ellos? El español no es menos genial que otros pueblos, antes al contrario. Han sido muchos los inventores españoles, otra cosa es que se les reconociera históricamente el mérito, o que le sacaran todo el partido económico que hubieran debido. Cuando se dice que en España se patenta poco se olvida que las patentes como tales surgen en la ciudad-Estado de Venecia, y de ahí a través de los Habsburgo llegaron a España donde se desarrollaron con Felipe II. Pero incluso hoy, no es que no patentemos por falta de ideas, sino que no las concretamos mercantilmente por falta de conocimiento o sentido comercial, casi nos da vergüenza cobrar por algo, por una consideración sesgada y algo exagerada de las virtudes del altruismo o la generosidad.

En el año 2002, en el marco de la colección titulada «novatores» dirigida por Antonio Lafuente y Antonio Moreno, apareció una obra de Nicolás García y Jesús Carrillo con el título *Tecnología e imperio* que trataba de recuperar del olvido a cuatro grandes inventores, científicos e innovadores españoles: Turriano, Lastanosa, Herrera y Ayanz [41] . De ellos, probablemente sólo Juan de Herrera (y probablemente únicamente como arquitecto de El Escorial) sea conocido por el gran público o se estudie en las escuelas. Y sin embargo… en otros países los cuatro tendrían estatuas, fundaciones, homenajes y capítulos enteros dedicados en los libros de historia. Estos personajes, fueron protagonistas de un proceso que puede calificarse de verdadera «revolución preindustrial» (N. García y J. Carrillo, 2002, p. 13), donde la tecnología tuvo que hacer frente a nuevos sistemas de riego, a la mejora de

la extracción de minerales, la perfección de telares y herrerías, la optimización de fuentes de energía como la eólica y la hidráulica, la provisión de vías y medios de transporte seguros por tierra y por mar, así como el abastecimiento de agua para consumo y saneamiento de las ciudades, por no hablar del arte de la guerra. Para todo ello fue necesario un desarrollo profundo de las matemáticas, la geografía y la astronomía, disciplinas en las que destacaron los ingenieros e ingenios españoles, o desarrollados bajo el patrocinio de la corte. Son numerosos los ejemplos de invenciones y adelantos que aportaron estos genios. Baste por ahora destacar tres:

— Juanelo Turriano diseñaría un famoso reloj que superaba al planetario de Giovanni Dondi, y un complicado artificio para elevar el agua a Toledo. Sus invenciones fueron recogidas junto a otras en el libro *Los veinte y un libros de los Yngenios y Máquinas de Juanelo,* escrito probablemente por Juan de Lastanosa. Éste fue nombrado por su parte «maquinario mayor de Felipe II» construyendo, entre otras obras, el canal imperial de Aragón y el molino de pesas, patentado para permitir su desarrollo industrial.

— Juan de Herrera, sucesor de Juan Bautista de Toledo —creador de las esclusas que permitían la navegación de barcas por los canales de Aranjuez— fue mucho más que el arquitecto de El Escorial, aunque ello hubiera bastado para darle fama por la fabricación de unas grúas especiales que lo hicieron posible, por ejemplo. Su aportación fue ciertamente muy extensa: puentes, canales, presas, fábrica de moneda (Segovia)… Igualmente destacó como un excelente matemático con su famoso «Discurso sobre la figura cúbica».

— El casi desconocido Jerónimo de Ayanz (el Leonardo español), vivió entre el 1553 y el 1613, fue autor de más de cincuenta patentes distintas que se encuentran en el Archivo General de Simancas y que incluyen: equipos para bucear, submarinos, hornos, balanzas de precisión, sistemas de aire acondicionado y hasta una máquina de vapor que fue probada con éxito (1615). Y ello con más de ochenta años de anticipo sobre la patente del «inglés» Thomas Savery (1698) quien pasa por ser, sin embargo, el que diseñó la primera patente de la misma, siendo en lo fundamental similar a la máquina de Ayanz. ¿Inexplicable o ya nos vamos acostumbrando a más de lo mismo?

b) Los olvidados siglos XVIII*,* XIX *y* XX

¿Quién elabora la teoría de la evolución? ¡El inglés Charles Darwin!, responderían sin dudar. Y sin embargo… el propio Darwin citó más de quince

veces en su diario de abordo en el *Beagle* al militar español Félix de Azara (Barbuñales, Huesca, 1742-1821), quien en un trabajo de más de veinte años antes, había descrito más de doscientas nuevas especies, sugiriendo la existencia de mecanismos de adaptación de los animales al medio y que las especies podían extinguirse, algo inédito para la época. Hay muchos otros, pero de nuevo sólo mencionaremos unos ejemplos:

— Agustín de Betancourt (1758-1824) diseñó la primera máquina a vapor continental y los globos aerostáticos. Fundó la primera Escuela de Ingenieros de Caminos y Canales (1802) y por encargo del zar Alejandro I diseñó y planificó el desarrollo urbanístico y arquitectónico de varias ciudades rusas, en especial San Petersburgo. Su influencia en Europa fue tremenda.

— José Luis Casaseca y Silván, catedrático de Química del Real Conservatorio de Artes de Madrid, fundador del Instituto de Investigaciones Químicas de Cuba y director de la revista *El propagador de conocimientos útiles* , descubre en 1826 el mineral de la «*Thenardita* » ($Na2SO4$). ¿Por qué no se llama entonces la *Casasica* o la *Silvanita* ? Porque al parecer él mismo admitió que se le diera el nombre en honor del francés L.J. Thenard, quien había sido su profesor durante tres años en París. Invito a los lectores a encontrar el caso inverso.

— Uno de los más notables fue el ingeniero de caminos cántabro Leonardo Torres Quevedo (1852-1936). Dirigió el Laboratorio de Mecánica Aplicada (creado en 1901) y fue responsable del diseño del primer dirigible español que mejoraba notablemente a los demás prototipos europeos, hasta el punto de que la empresa francesa Astra le compró la patente. Fue conocido por diseñar y construir el primer teleférico mecánico (su prototipo todavía funciona en las cataratas del Niágara) y la primera máquina calculadora.

— En 1907 el ingeniero español Mónico Sánchez (1880-1961) inventó un aparato de rayos X portátil, de menos de 10 kg, que salvó muchas vidas en la Primera Guerra Mundial, y que fue utilizado en numerosos hospitales tanto en Europa como en los Estados Unidos, donde llegó a trabajar para algunas empresas norteamericanas. Fue también pionero de la telefonía sin hilos. Sin embargo, su laboratorio fue clausurado, como tantas cosas, a causa de la Guerra Civil.

— Ángela Ruiz Robles, una mujer, viuda, con tres hijas, maestra y directora de su propia escuela, en los años cuarenta del pasado siglo inventó «el libro mecánico», verdadero precedente del libro electrónico.

No Bill Gates, no Steve Jobs y no en un garaje, sino una mujer española en su propia casa. Su obsesión por mejorar la enseñanza le llevó a patentar en 1949 un libro que desplegaba los temas y los ampliaba con otros relacionados a través de un sistema de resortes, aire comprimido y hasta círculos eléctricos y luces. Cerrado, no ocupaba más que un estuche escolar. En 1962 patentó otro prototipo más avanzado: un solo libro que se recargaba con carretes donde se incluían las lecciones que debían estudiarse; desde el inglés, la lengua o las matemáticas. Obtuvo varios premios, incluido el Lazo de la Orden de Alfonso X, pero el prototipo (ya elaborado y que se puede ver en el Museo Nacional de Ciencia y Tecnología) no se desarrolló comercialmente porque las empresas editoriales lo vieron como una amenaza para su negocio: ¿les suena la historia?

— El también curiosamente desconocido aragonés Rafael Suñén fue inventor del petróleo sintético a partir del carbón vegetal, que resultaba ser mucho más barato y por el que se interesaron los gobiernos francés y británico. Pero él se negó, empeñado en que se explotara en España. Cuando se inició la Guerra Civil fue arrestado por el Gobierno republicano en Madrid e ingresa en la cárcel Modelo, de donde «desaparecería» como otros tantos de la época.

En conclusión, puede afirmarse que la época de finales del siglo XIX y principios del siglo XX fue especialmente fructífera, estando a la cabeza del mundo en invenciones [42] . ¿Entonces? ¿Por qué no somos famosos como inventores y figuramos en ningún libro de los récords? Pues por varias razones, de las que destacaremos dos. Primero, porque en lugar de ensalzar a los nuestros nos hemos dedicado a pelearnos entre nosotros. de hecho, el estallido de la Guerra Civil acabaría con este periodo estelar. Y en segundo lugar, porque existe una especie de «maldición» histórica, aparentemente casual: en la mayoría de casos, los inventos españoles no consiguieron llevarse la fama, el prestigio y el dinero, porque eran «demasiado importantes para poder ser españoles» y por ello siempre aparecía un tercero de otro país dispuesto a apuntarse el tanto. En este grupo se encontrarían igualmente el sumergible de Isaac Peral (verdadero precedente del submarino de uso militar) y el autogiro del ingeniero español Juan la Cierva (verdadero precedente del helicóptero). ¿Se imaginan que hubieran sido franceses, británicos o norteamericanos estos inventores?

Por último, existirían algunos descubrimientos e inventos de éxito cuya autoría española aparece singularmente desconocida u oculta, donde en-

contramos algunas rarezas curiosas y recientes, como el invento de la fregona, del chupa-chups, o del futbolín, inventado éste por un español para que los niños mutilados de la guerra pudieran seguir jugando al fútbol.

c) ¿Hemos mejorado en la actualidad?

Todavía lamentablemente la ciencia española es una gran desconocida… para los propios españoles. Poco sabemos y decimos de lo que hacen nuestros científicos. España por de pronto es una potencia en astrofísica, contamos con la red de observatorios más importante del mundo, algunos tan desconocidos como el Observatorio Astronómico Hispano-Alemán de Calar Alto, que está situado en la sierra de Los Filabres, norte de Almería (Andalucía, España), y que es operado conjuntamente por el Instituto Max-Planck de Astronomía en Heidelberg, Alemania, y el Instituto de Astrofísica de Andalucía (CSIC).

Son muchos científicos igualmente, los que están triunfando en el mundo, incluso trabajando en España: por ejemplo, Mateo Valero, ha sido el primer europeo galardonado con el premio Seymour Cray en 2015, el más importante en el campo de la supercomputación. En un campo paralelo contamos con la persona con más rapidez de memoria de la historia, siete veces campeón y *recordman* mundial: Ramón Campayo. Ello no se debe sólo a sus facultades extraordinarias sino a un «método», el *speed memory* , que asombra diariamente a miles de personas en el mundo. ¿Los apoyamos de forma suficiente? ¿Se lo reconocemos? ¿Lo hacemos nuestro y presumimos de ello? Al menos parece que se está prestando por fin la atención que merece a una buena gestión pública en todo lo relativo a la ciencia (C. Sanabria y A. Sereno, 2017).

Sin embargo, para ser justos, tampoco a la hora de tratar mal a nuestros mejores científicos e inventores somos tan diferentes de otros. Para muestra un botón: ¿conocen la historia del matemático británico Alan Turing (1912-1954)? Turing fue el padre de la computación y de la informática moderna. Además era un atleta exitoso y contribuyó durante la Segunda Guerra Mundial a descifrar los códigos y algoritmos en que se basaba la célebre máquina nazi Enigma. Hasta el punto de que no es exagerado decir que, al menos, una parte importante de la derrota de los alemanes y del éxito del desembarco de Normandía se debe a Turing. Pues bien, en 1952 fue condenado por ser homosexual y desposeído de todos sus cargos y títulos. Dos años después muere en un aparente suicidio, que ha sido negado por otras fuentes. Sólo en ¡2013! (por cierto, gobernando el conservador Cameron), quedó exonerado post mortem de todos sus cargos por la Reina Isabel II.

¿Cuál es la singularidad «real» en comparación con el caso español? Pues que los británicos no permitieron nunca que esa historia les estropease un buen titular. ¿Ha dejado por ello Gran Bretaña y todos los británicos, durante todo este tiempo, de colgarse todas las medallas de Turing como si fueran propias? ¿Conocen alguna campaña internacional organizada públicamente (incluso por las asociaciones proderechos de los homosexuales) contra el fanático y retrógrado Gobierno británico por tamaña persecución contra un gran científico?

3. EL MITO DEL DÉFICIT DE BUEN GOBIERNO Y DE DESARROLLO ECONÓMICO

3.1. Hemos tenido grandes gobernantes

a) ¿Buen o mal gobierno?

Tanto desde los tiempos del imperio como en la actualidad, un fantasma recorre el mundo: el que clama, entre gemidos y arrastres de cadenas, que «los españoles somos un desastre a la hora de organizarnos y funcionar, sea como gobierno o como empresa». ¿De dónde surge esa idea? Pues (¡cómo no!) de una de las ideas fuerzas de los llamados «curiosos impertinentes», encabezados por Richard Ford. Según ellos, España era (o debía ser) el país del mal gobierno, aunque a veces salvaran (¿para quedar bien o porque temían por su seguridad?) a los propios ciudadanos: *Los españoles son el mejor tipo de gente bajo el peor tipo de gobierno* (Alexander Jardine en 1788, citado por T. Burns, 2014, p. 108). No hubo problema en admitir esa afirmación como una obviedad, que además era aplicable «sólo» a España, sin necesidad de exigir ningunos datos objetivos y comparados que rubricasen dicho aserto. Pero ello suponía olvidar que un día fuimos los mejores de la clase en este tipo de actividad. La dificultad que tenía a finales del siglo XV y principios del XVI gestionar un imperio de la extensión y distancia del español no tuvo parangón. Simplemente no había precedentes de los que tomar nota.

Lo único cierto en términos objetivos es que hasta esa época y durante tres siglos el mayor imperio que conoció la historia había sido y fue el español. La maquinaria imperial fue considerada como «excesivamente» pesada y retardadora de decisiones, por ejemplo por Vivens Vives. Pero en realidad supuso una enorme innovación organizativa para su tiempo: permitió gestionar un imperio de dimensiones colosales, sin los medios de los que otros dispusieron más tarde; y a pesar del poder del rey, éste podía ausentarse (lo hacía a menudo) sin que la eficacia de la maquinaria se resintiera. No era fácil gestionar la posesión de Filipinas, cuando un viaje de ida y vuelta entre Manila y Sevilla ¡duraba cinco años! Pues bien, este problema

lo solventaban los españoles con el famoso «galeón de Manila» que aseguraba al menos un viaje anual con ida y vuelta desde Acapulco en México.

¿Realmente se pudo hacer mejor con los medios de la época?

b) Los cuatro (+ 1) grandes reyes

Hemos tenido sin duda malos reyes pero también buenos, y los malos en comparación con otros foráneos no desmerecen tanto por su carencia de cualidades —que en esto otros los igualaban sino los superaban— como por no saber rodearse de buenos consejeros y dirigentes, un mal en el que sí hemos destacado. Con la excepción de la nulidad clara de Fernando VII (que además era muy mandón), el resto fue pasable (en comparación con sus colegas) o simplemente se dejó seducir por malos validos o consejeros. Por de pronto se debe a España la creación de la monarquía moderna fundamentada en un pacto que obligaba al rey y a los súbitos al cumplimiento de las leyes/libertades, sometidas a la moral cristiana (L. Suárez, 2016, p. 266). Y España cuenta en su haber con cuatro de los mejores reyes-gobernantes (y no sólo guerreros) de todos los tiempos, a la altura de los mejores emperadores romanos o germanos: Isabel I, Fernando II (y V) el católico, Carlos I y Felipe II. Cinco si añadimos al cardenal Cisneros, al que se ha considerado con motivos «el tercer rey» y al que los propios historiadores franceses han reconocido superior en méritos al mismo Richelieu (P.M. Lamet, 2017).

Ellos crearon el Estado moderno y diseñaron una maquinaria enormemente eficaz (para los estándares y medios de la época), capaz de sostener el imperio más extenso que haya existido. Tan bien lo hicieron que duró más de trescientos años, a pesar de que luego les sucedieron reyes bastante menos capaces, también con sus excepciones. De no ser estos cuatro reyes españoles sino ingleses, alemanes o franceses, esta afirmación aparecería niquelada en los libros de historia. Pero ¡ay, amigos!, éramos el enemigo a batir de quienes mandaban en el terreno de la comunicación e información.… Augusto, César, Alejandro, Carlomagno, Napoleón, Richelieu… todos ellos cometieron grandes errores, tenían virtudes y también defectos, pero han logrado pasar a la historia como los mejores dirigentes y grandes líderes de la misma. ¿Por qué razón los nuestros son objeto de permanente controversia (negativa) incluso entre nosotros?

Sin innovaciones en el arte de la guerra, armamentos y navegación, no habría sido pensable que Colón lograra en 33 días cruzar el océano en su primer viaje. Pero también a nivel institucional hubo importantes aportaciones: los virreinatos (tanto en América como en Italia o incluso en la propia España), las corregidurías (antecedentes de los gobernadores, y prefec-

tos), las hermandades armadas (antecedentes de la policía), el uso de la terna para la elección por parte del rey de ciertos cargos —una costumbre castellana, ya en tiempos de los Reyes Católicos (H. Thomas, 2003, p. 93)— o la institución de «la residencia» por la que una vez cesada una autoridad o magistrado se sometía durante treinta días (en los que permanecía en su residencia, de ahí el nombre) a un examen su gestión, pudiendo presentarse quejas o elogios a la misma. Esta institución por cierto se aplicó con frecuencia a las actuaciones de los dirigentes enviados por la Corona al Nuevo Mundo (H. Thomas, 2003, p. 248).

Los Reyes Católicos (Isabel y Fernando) no tenían una capital fija, y a pesar de ello (y en esa época) administraban con gran eficacia sus asuntos. Fernando fue incluso definido en 1513 por Maquiavelo como el *principe nuovo* , señalando a este respecto en el capítulo II de *El Príncipe* que gozaba de la habilidad y virtud que les había faltado a los reyes franceses para conservar lo adquirido. En el capítulo XXI añade: *Ninguna cosa hace tan estimado a un príncipe como las grandes empresas y ser insólitamente ejemplar. En nuestro tiempo, Fernando de Aragón, actual rey de España, a quien puede llamarse príncipe nuevo, pues de rey insignificante se ha convertido en el primer monarca de la cristiandad por fama y por gloria. Sus obras, como puede comprobarlo quien las examine, han sido todas grandes, y algunas extraordinarias* .

Con los Reyes Católicos comienza a diseñarse un aparato burocrático estable y moderno, digno de tal nombre, que tendría dos patas principales: los consejos (por áreas geográficas y por materias) y los secretarios. El Consejo Real y más tarde Consejo de Estado (cuyo primer secretario se convertiría en el más antiguo secretario de Estado) serán los vertebradores y fundamento de la administración llamada polisinoidal (ver J.A. Escudero, 1969 y 1979). A éstos se unieron los Consejos Territoriales: Castilla y Aragón, en un principio, y luego el de las Indias (creado en 1524), Italia o el de Portugal, en virtud de la extensión territorial de la Corona, de los que surgían en algún caso los consejos de cámara. Por su parte, la Casa de Contratación (creada en 1503) inspirada en los consulados del mar de Valencia, Baleares y Barcelona, con sede en Sevilla, puso orden en el negocio y contratación con las Indias y actuaba con gran autonomía (que hoy tanto se valora para distintos menesteres públicos y privados), siendo luego copiada, con matices, por ingleses y holandeses.

Se produjo asimismo una especialización material de los consejos. Además del de Estado y Guerra surgirían los de Hacienda (desde 1593), Cruzada e Inquisición. Especial interés tuvo el consejo de Órdenes (fundado en

1489), preludio de un Tribunal Supremo al conocer en segunda instancia las apelaciones que se interponían contra las sentencias de gobernadores, alcaldes mayores y ordinarios. Al menos durante una primera fase, este sistema funcionó adecuadamente y dio soporte a la administración del imperio con mayor extensión (y distancia entre territorios) hasta entonces conocida, y por tanto el de más difícil gestión.

Los secretarios en un principio eran personales de los reyes o de cámara. Luego pasaron a convertirse en secretarios de Despacho Universal con competencias indiscriminadas primero, y más tarde paulatinamente derivaron en secretarios de Estado o de Despacho con competencias propias y sectoriales. A partir de ese momento las secretarías se irían especializando primero por zonas geográficas (norte, España, Italia), y luego por materias, incluido el llamado a ejercer las funciones de notario mayor del reino, que todavía hoy cumple el ministro de Justicia. Asimismo, durante un tiempo se les añadió la cancillería, encargada de la autorización y legalización de las disposiciones reales, y el oficial Mayor del Estado.

La selección de estos personajes no se dejaba al azar ni al capricho del monarca. De hecho, algunos merecen figurar con letras doradas en la jerarquía de grandes dirigentes públicos españoles: Miguel Pérez de Almazán y Fernando Álvarez de Toledo, con los Reyes Católicos; Francisco de los Cobos, con Carlos I; y Gonzalo Pérez (padre de Antonio Pérez) y Juan Vázquez de Molina (secretario de Estado y Guerra), con Felipe II; entre otros... Ya desde las Partidas se preconizaba la necesidad al menos de «buen entendimiento» para los elegidos y Bermúdez de Pedraza resaltaba la capacidad de trabajo o «industria», inteligencia y virtud de los mismos (J.A. Escuredo, 1969, Vol. II, pp. 389 y 394, 450). Además, sin verdadera vocación era difícil desempeñar esa función pues el sueldo no fue nunca excesivo. La decadencia de España empezó cuando dejó de prestarse la debida atención a la buena selección de los dirigentes que rodeaban a los reyes.

c) Felipe II: el primer rey moderno

Carlos I escribió unas *Instrucciones* en 1543 dirigidas a su hijo Felipe II donde le explicaba cómo debía ejercer la regencia mientras él estuviera fuera de la Península, de quién debía fiarse, cómo debía gastarse el dinero público, de quién debía rodearse, cómo debía comportarse:*Habéis de ser, hijo, en todo muy templado y moderado. Guardaos de ser furioso y con la furia nunca ejecutéis nada.*

Unos consejos con los que ya quisieran contar los presidentes de gobierno actuales. En 1872 el eminente historiador belga Louis-Prosper Gar-

chard alabó estas instrucciones secretas de Carlos I al futuro Felipe II escritas en Palamós entre el 4 y el 6 de mayo de 1543, calificándolas de *monumentos de sabiduría y prudencia* . Su hijo Felipe II siguió el ejemplo y elaboró otras instrucciones para sus secretarios: *No tomaréis de persona alguna dineros, oro ni plata ni joyas ni caballos, ni otra cosa, ni presea alguna (...) tendréis secreto de todo lo que se trate en el Consejo (...) tendréis mucho recato en vuestras escrituras, señaladamente en la cifra, mirando que en ninguna manera pase por otras manos que por las vuestras.*

Lástima que también le dejara junto a buenos consejos y consejeros grandes deudas. En la década de 1550 se incrementó de 500.000 libras a 5 millones. Algo en lo que desgraciadamente Felipe II siguió también el ejemplo-inercia paterno, incrementando deuda y aceptando duras condiciones puestas por financieros y prestamistas de dudosa moralidad (F. Braudel, 1976, Vol. I p. 841, Vol. II, pp. 393-416). Este fue su mayor error, porque además, las deudas eran en gran parte con banqueros holandeses y mercaderes de Amberes, es decir territorios que aspiraban a separarse de España. Un aspecto éste del que transcurridos tantos años no parece tampoco que hayamos aprendido mucho.

Dejando de lado estas sombras, Felipe II fue el rey, sin duda más poderoso de la historia, al menos en extensión de territorios: fue considerado *Hierusalem Rex y* duque de Athena y Neoptaria [43] . Era un infatigable trabajador, innovador, fomentador de las ciencias y el conocimiento, capaz, astuto, austero, metódico, dominador del lenguaje, organizador de un eficaz sistema de archivo, de prodigiosa memoria, paciente, puntilloso, prudente, obsesionado por rodearse siempre de los mejores… En resumen: el paradigma del «rey burócrata» y «hombre de Estado» (J.A. Escudero, 2002, pp. 13 y 14).

Sus defectos eran la contraparte de algunas de sus mejores virtudes: que trabajaba demasiado —sus más cercanos colaboradores le recriminaban que peligraba con ello su salud—; que pretendía conocer todos los detalles de primera mano, lo que le llevaba igualmente a no delegar suficientemente; o que retrasaba las decisiones por pedir siempre más de una opinión. Pero contrariamente a lo que se ha supuesto, no existía indolencia o pereza entre sus colaboradores pues la obsesión del monarca era la *priessa* que imponía a todos los papeles, hasta el punto que de esa época deriva la fórmula «a la mayor brevedad posible» (trasunto de «con la brevedad que hubiera lugar») que todavía hoy se utiliza en gran número de oficinas públicas y privadas (J.A. Escudero, 2020, pp. 51-56).

Esta forma de actuar le hizo granjearse una fama de rey «prudente», en sentido peyorativo como sinónimo de indeciso, pero los hechos destapan la trampa: ¿un rey indeciso que logró extender sus dominios más allá que cualquier otro rey e imponerse sobre todos sus enemigos? Gracias a Geoffrey Parker (1998) podemos afirmar que Felipe II no era ningún improvisador sino que tuvo una estrategia global para su mandato, digna del pensamiento estratégico empresarial del siglo XXI , que pasaba por conservar y administrar bien los reinos heredados de su padre y abuelos «en religión y paz» y por no invadir ni conseguir nuevos territorios, consciente de los medios limitados con que contaba. Otra cosa es que pudiera llevar a cabo su «gran estrategia» con éxito en todos los casos. Incluso su mayor (y tal vez único) fracaso —la derrota de la Armada Invencible— se achaca a todo lo contrario, al haberse precipitado (por una vez) en su decisión sin estar suficientemente preparada la operación [44] . Por una vez fue humano, y su prudencia cedió a la rabia y al deseo de venganza. En este sentido, la planeada invasión de Inglaterra fue algo a lo que se vio forzado por el propio comportamiento indeseable de los ingleses, más que un objetivo de su reinado.

Felipe II fue asimismo el primer rey moderno en términos de organización del gobierno. Una de sus aportaciones modernizadoras fue su decisión de crear una administración desligada de la persona del monarca, en un tiempo en que era difícil sino imposible separar el Estado del rey. Su decisión de fijar la corte en Madrid, una ciudad con situación estratégica y con representación en las Cortes, pero que no era una gran urbe comercial o industrial, avalan esa decisión. Pero además mejoró el sistema de consejos, creando la Junta de Gobierno y potenciando la figura de los secretarios. Creó el Archivo de Simancas, mejoró las comunicaciones, la demografía (con los cuestionarios, las «relaciones», que debían completarse en todos los pueblos y ciudades) y estableció un moderno modelo de inteligencia (espionaje), entre otras cosas. También contó con el servicio de correos más extenso, rápido y seguro de la época. Es verdad que el oficio real de correo tiene orígenes más antiguos (con Alfonso X se regula entre 1252-1259 el oficio de «mandadero» o «trotero») pero con Felipe II llegó a ser internacional. Se otorgó una concesión a la empresa de Francisco Tasis para que lo organizara entre España, Francia, Flandes, Alemania e Italia, y se establecieron las modalidades expreso, mercantil y ordinario (ver C. Carnicer y J. Marcos, 2005, pp. 191-228).

Organizó igualmente un gobierno muy eficaz con diplomáticos y consejeros de la talla de Juan de Zúñiga, Luis de Requesens, Álvaro de la Quadra,

Juan de Idiáquez, Bernardino de Mendoza, Cardenal Granvela, Juan de Austria y Alejandro Farnesio. Desde luego en su época no existía la corrupción en los cargos públicos, pues la situación económica de secretarios y colaboradores era más bien modesta (J.A. Escudero, 2002, pp. 90-94). Hubo por supuesto alguna excepción, como la de Antonio Pérez, pero la regla general era más bien la honestidad y moderación en el manejo de los fondos públicos. Desde 1502 a 1705 el secretario del rey cobró la misma cantidad: cien mil maravedíes, aunque en ocasiones pudiera ser compatible con el de otro puesto si era designado secretario de Estado o de cualquier Consejo (cfr. J.A. Escudero, 1969, Vol. II, pp. 519, 520, 549). Incluso en 1717 se produjo una reducción de salarios de los Secretarios de Despacho de 18.000 ducados a 12.000. Por otra parte, a diferencia del sistema de aforamiento que surgiría como un medio de protección del parlamentario, ostentar el cargo de Secretario no entrañaba ventajas judiciales, al menos en cuanto penas, sino al contrario: los delitos cometidos por ellos llevaban consigo una especial agravante.

Como consecuencia, en esta época el gobierno y su administración eran sustancialmente no sólo eficaces sino honestos. Será posteriormente, con el duque de Lerma, cuando puede afirmarse que los excesos llegaron a la corte para quedarse, excesos de todo tipo, sexuales ciertamente, pero sobre todo con un fenómeno desconocido hasta ese momento en España: la corrupción ejercida de forma sistemática por el poder. Hasta el punto de que con Lerma cabe identificar el primer escándalo de especulación urbanística, con ocasión del (caprichoso) traslado de la corte a Valladolid. Con él y su mimético reflejo consentidor en Felipe III acaba la tradición de reyes austeros que había caracterizado a los Trastamara y a los Austrias. Esta «relajación de costumbres» se trasladó a toda la sociedad, concretándose en un aumento alarmante de los crímenes pasionales, delincuencia y bandas de asaltantes (G. Marañón, 1998, pp. 286-287, 288). Aunque con el conde-duque de Olivares transitoriamente se redirigiera algo la situación.

d) Otros grandes reyes olvidados

Otros reyes fueron igualmente grandes gobernantes. Cabe destacar, por no retrotraernos más al pasado, al rey olvidado por excelencia: Fernando VI. Un rey al que la mayoría de nuestros escolares y ciudadanos no sabrían siquiera colocar en el tiempo. Y sin embargo… durante sus trece años de gobierno (1746-1759) consiguió que España se desarrollase, no participara en guerras, solventara sus deudas y se gobernase bien [45]. ¿Cómo lo hizo? Sabiendo rodearse de buenos ministros: el marqués de la Ensenada y José de

Carvajal y Lancaster. Este palmarés no debe quedar empañado porque el último año de su reinado, muerta su esposa Bárbara de Braganza, entrara en un periodo de depresión y locura, que algunos identifican hoy con el alzheimer.

Tan bueno era el marqués de la Ensenada que trató de modernizar el sistema impositivo (aunque se lo impidiera la nobleza) y fortalecer la Armada para hacer frente a Inglaterra y devolver la seguridad al tráfico marítimo con las Américas. Esto último (tan sencillo y al mismo tiempo tan vital) sí lo consiguió, lo que determinó que el Gobierno británico presionara fuertemente para su destitución. Finalmente lo conseguiría con Carlos III, el cual no obstante continuó con el rearme y con la política de su hermanastro de rodearse de buenos ministros: Floridablanca, Olavide, Conde de Aranda, Campomanes…

¿Cuándo se tuerce todo y entramos en nuestra segunda decadencia? Con Carlos IV y la mala elección de su valido Godoy, para más inri amante de la reina. Son ellos dos los que comienzan a ceder torpemente a las presiones inglesas reduciendo una vez más el mantenimiento de la flota, produciendo así el desabastecimiento de sus arsenales y dejando sin entrenar a los marinos, hasta debilitarla lo suficiente como para que los ingleses pudieran destrozarla sin muchos problemas en Trafalgar junto a «nuestros (supuestos) aliados» franceses. Un nuevo éxito de los servicios secretos británicos. Poco después Napoleón decidiría invadirnos, pagando así nuestra colaboración y sacrificio pues entonces éramos prácticamente sus únicos aliados. Luego vendría el nefasto Fernando VII. En defensa de Carlos IV conviene recordar al menos que probablemente no fue su padre[46].

e) El buen gobierno sudamericano

A pesar de algunos malos reyes y sus validos, la eficacia administrativa se mantuvo al menos en América. Cuando Alexander Humboldt escribe su *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España* poco antes de la independencia, describe un territorio moderno y próspero: la lengua española se hablaba en más de 1900 leguas de largo, existía un eficaz servicio de correos desde Paraguay hasta la costa noroeste de la América septentrional, y eso que los dominios del rey de España eran todavía entonces más vastos que los de Gran Bretaña o Turquía. El territorio se organizaba en nueve grandes gobiernos que se podían mirar como independientes unos a otros, México era una ciudad bella y mucho más próspera que Washington y además a ninguno de los gobernantes de México se les podía acusar en esa época de co-

rrupción o falta de integridad. ¿Es ésta la imagen de un imperio anquilosado, antiguo e ineficaz?

Como ha defendido Julián Marías (2010, p. 178), España hizo un despliegue de eficacia —antes de que se hablara de *performance* en Inglaterra— para lograr hacer todo lo que hizo en América y en Europa, con tan limitados medios humanos, tecnológicos y materiales que todavía hoy resulta difícil de creer. Porque en apenas cincuenta años (1492-1540) los españoles, con efectivos y recursos muy modestos: recorrieron millares de kilómetros; derrotaron dos ejércitos aparentemente, al menos, muy poderosos; controlaron las vías de comunicación y se asentaron firmemente en el territorio, cubriendo unas distancias formidables, a miles de kilómetros de distancia por mar con la metrópoli, y en un terreno nada propicio. Sólo la leyenda negra, y nuestra propia ingenuidad, han evitado que esta hazaña se estudie en las escuelas de negocios.

Los españoles supieron actuar con estrategia aprovechando y fomentando las rivalidades y odios que ya existían entre las distintas tribus y grupos. Y otro elemento de carácter organizativo: las expediciones se autofinanciaban —la Corona sólo financió directamente la primera de Colón— y las tropas actuaban con gran autonomía. Se repartían los gastos de la expedición y luego los beneficios si los hubiera, dejando un quinto para la Corona la cual se quedaba también con la soberanía de lo conquistado (J. Pérez, 2002, pp. 94, 98). La estructura sobre el terreno se componía de dos virreinatos (México y Perú), divididos éstos a su vez en circunscripciones y audiencias (institución administrativa y judicial). A ello se unía una red de capitanías generales, gobernadores, alcaldes mayores y corregidores, teniendo las instituciones locales gran autonomía de decisión. Todo ello era supervisado por el consejo de Indias y la Casa de Contratación en la metrópoli. No sería muy ineficaz esta organización ya que duró más de trescientos años. Esta fórmula de organización se podría estudiar hoy en técnicas de gestión de grandes empresas que pretenden expansionarse en red.

3.2. Aportaciones a la democracia y a la economía: la Escuela de Salamanca

a) Primeros parlamentos y el consentimiento de los ciudadanos

Ya hemos visto que San Isidoro de Sevilla introdujo una definición de ley que incluía el consentimiento de sus destinatarios. Pero hay más: los primeros parlamentos del mundo son el *Althing* de Islandia y las cortes de León (1188). Todo lo primitivos que se quieran pero es ahí cuando comienza

la tendencia a crear cámaras representativas de la población [47] . Con la convocatoria efectuada por Alfonso IX de las cortes de León se produce la primera asamblea de carácter popular tras el Imperio romano en Europa continental. Otras «cortes» empezarán a proliferar por todo el territorio español (llamadas así también, por imitación, en Cataluña que fueron por tanto posteriores a las de León), donde se representaban diversos estamentos (nobleza y clero), pero también a las ciudades, lo que era revolucionario para la época. Ciertamente estaban lejos de ser consideradas totalmente democráticas, pero ¿es que acaso las asambleas inglesas, que fueron posteriores, fueron mucho más democráticas? ¿Lo podían ser en el reino del clasismo por excelencia? De hecho, que en España se tomaba muy en serio el control de sus representantes se demuestra con el célebre caso de Rodrigo de Tordesillas, quien tras incumplir el mandato (entones todavía imperativo) de la ciudad de Segovia en las cortes convocadas por Carlos I en La Coruña (quien buscaba recursos para su imperio europeo), fue apaleado en plena calle y ahorcado a la vuelta.

Existe incluso un hecho previo que muestra el carácter precursor de la monarquía castellano-leonesa en lo que se refiere al control de los reyes por sus súbditos. En la jura de santa Gadea de 1072, el Cid hizo jurar a Alfonso VI en la iglesia y frente al pueblo y la corte que no había mandado asesinar a su hermano Sancho II. Es cierto que siguiendo la inveterada tradición de tirar piedras contra nuestro tejado, un grupo de historiadores se ha apresurado a negar validez histórica al romance que narra la Jura. Hasta el punto de que para algunos el rey Arturo y su mesa redonda serían más reales que Alfonso VI y el Cid. En todo caso, la propia existencia de la historia circuló y fue tomada como cierta durante siglos, lo que habla a las claras de cómo de asumido tenían los habitantes de esta tierra el control de los reyes, sobre todo en casos de decisiones graves.

Con ser todo eso importante, la (ignorada) Escuela de Salamanca (desde Francisco de Vitoria, Domingo de Soto, Luis de Molina a Juan de Mariana) introdujeron los derechos subjetivos (a la vida, la libertad, la propiedad y la igualdad de trato ante la ley), el derecho internacional, la legitimación en el uso de la fuerza, la importancia del gobierno limitado, la lucha contra los gobernantes corruptos (llegando incluso en ciertos casos a justificar el tiranicidio), y el principio de consentimiento de los ciudadanos en caso de cambios de leyes, aumentos de impuestos o alteración de la moneda (sobre Francisco de Vitoria, ver J. M. Beneyto y J. Corti, 2017, sobre Juan de Mariana, ver A. Fernández Álvarez, 2017). Mariana como otros jesuitas, incluido

Suárez, vinieron a contrarrestar las tesis de Maquiavelo (el interés del Estado por encima de cualquier otro principio) con un contenido moral mínimo que ningún gobernante, ni el mismo rey, podía sobrepasar, y si lo hacía podría ser depuesto, lo que se convirtió en una de las razones que se esgrimieron para su expulsión de varios países. Pero no se dice que lo mismo se aplicaba al rey de España, y que dicha obra se elaboró a instancias del preceptor de Felipe III [48].

Otro ejemplo de aportaciones ignoradas es la primera constitución verdaderamente liberal de Europa: la Constitución de Cádiz de 1812. Se trató de un verdadero proceso revolucionario y modernizador de la monarquía, que no tiene nada que envidiar a otros procesos más famosos. Se tiende igualmente a olvidar (o ignorar fuera de nuestras fronteras) que la palabra «liberal» tiene su origen en la lengua española y no en la inglesa. Por una vez los españoles estábamos unidos en un objetivo, dejando reivindicaciones particularistas y territoriales en el armario. Y entonces fuimos capaces de construir un monumento político-jurídico, que sólo puede compararse en influencia, ambición y perfección técnica a la primera constitución norteamericana, al que se puso fin por la intervención francesa de los cien mil hijos de San Luis.

Sin embargo… como era de esperar fue la Revolución francesa (que no era nada liberal) la que ha pasado en el imaginario colectivo como el verdadero nacimiento del liberalismo continental.

b) ¿Una Escuela española de economía?

En 1952, una hispanista británica, Marjorie Grice-Hutchinson (1909-2003), publicó un libro (*La Escuela de Salamanca. Una interpretación de la teoría monetaria española)* donde rescató las aportaciones de los escolásticos españoles a la teoría económica moderna. Ángel Fernández Álvarez ha abundado recientemente en esta idea, planteando la existencia de una verdadera Escuela Española de Economía creada en torno a las universidades de Salamanca, Sevilla, Valencia y Alcalá de Henares, fundamentalmente, durante los siglos XVI y XVII , donde se habrían sentado las bases del funcionamiento del mercado así como los principios del crecimiento económico. De manera más concreta demuestra la influencia específica que tuvo Juan de Mariana sobre John Locke, en Inglaterra, y sobre John Adams, en Estados Unidos.

Es cierto que la influencia de esta escuela en un momento dado dejó de marcar en la política económica española, pero a pesar de ello la decaden-

cia económica de nuestro país nunca ha sido tan generalizada como se ha planteado [49].

3.3. Algunos obstáculos (ignorados) del progreso

No negamos que España en un momento dado perdiera el tren del desarrollo industrial, pero este hecho no debe hacernos olvidar que España (y sobre todo la América española) fue una potencia comercial e industrial, que innovó y trajo nuevos productos al continente (la primera fábrica de tabaco del mundo se creó en Sevilla a finales del siglo XVI). Por ello el constante lamento en torno a la carencia de progreso económico español es en parte real y en parte algo que hay que matizar, sobre todo según con quién se compare. España ni en los peores momentos de su historia ha dejado de figurar entre las quince mayores potencias económicas del mundo. Incluso en pleno franquismo (años sesenta), cuando aquí nos pasábamos tardes y noches entonando letanías sobre la España pobre, gris y cutre, conseguimos ser la novena potencia industrial. Parece como si temiéramos profundizar en las verdaderas razones que se encuentran bajo el menor desarrollo económico del esperado. Y ello tal vez porque, de hacerlo, descubriríamos algunas cosas que pondrían en cuestión los paradigmas sobre los que se sustenta el imaginario colectivo que favorece a unos y perjudica a otros. Por tanto, apriétense los cinturones que vienen curvas peligrosas…

El primer motivo de nuestra decadencia económica ha sido el mismo de siempre: nuestra sempiterna ingenuidad, en este caso relacionada con la doble vara de medir aplicada a nuestros comerciantes, financieros y productos…, y los foráneos. Por de pronto, la doble vara hizo estragos en tiempos de Felipe II cuando los genoveses gozaban de privilegios comerciales injustificados que ni el rey ni los financieros españoles fueron capaces de contrarrestar (J. Pérez, 2002, p. 36). En el siglo XVI España (fundamentalmente Castilla) era uno de los mayores productores de lana de Europa, y de la mejor calidad (la oveja merina). Y sin embargo… exportábamos la mejor lana a Holanda para mantener y desarrollar su industria, a costa de la nuestra (J. Pérez, 2002, pp. 27-32). En aquellos tiempos la industria textil era la base de la innovación tecnológica y del desarrollo de otras industrias conexas. Favorecimos a Holanda porque nuestros gobernantes (Carlos I y Felipe II) temían desairar a los industriales holandeses y a sus acreedores. Comprábamos sus productos elaborados a altos precios, y luego esta generosidad ni siquiera sirvió para que quedaran unidos a la corona de España más tiempo, o que guardaran agradecimiento. Antes al contrario. Lo mismo pasará después con Cataluña: «De aquellas mieles, estas hieles».

Otra causa fue el exceso de deuda. España se endeudó más de lo razonable por los enormes gastos que suponían mantener un imperio (probablemente excesivo) en todo el mundo y las guerras de religión en Europa. En tiempos de Felipe II el total de ingresos era de 10 millones de ducados, y el total de empréstitos de 68 (J. Perez, 2014, p. 251). Claro que ello se debía al menos en parte a la herencia recibida de su padre, ya que los ingenuos españoles (sobre todo castellanos) tuvieron que financiar las aventuras del imperio en Europa y las guerras de religión. Otra parte de la deuda de debía a los altos intereses que cobraba la banca extranjera (fundamentalmente holandesa) y a los robos de los piratas y corsarios. Resulta curioso, mirado desde el presente, que fuera un rey de origen alemán (Carlos I) y unos banqueros holandeses los responsables de que la deuda española alcanzara cotas irresponsables. Tampoco en esto hemos aprendido mucho.

Sin embargo, para ser totalmente justos, no fuimos los únicos en la tendencia a gastar más de lo que ingresábamos. Por ejemplo, Francia en tiempos de Enrique IV estaba en bancarrota: mientras los ingresos eran de diez millones de libras, los gastos alcanzaban los dieciséis y la deuda superaba los doscientos millones (cfr. J.I. de Benavides, 2011, p. 4). Y la expansión militar llevada a cabo por Luis XIV entre los siglos XVII y XVIII llevó de nuevo a Francia a la bancarrota, siendo este hecho una de las causas de la Revolución francesa. Incluso, la hoy modélica Dinamarca (al menos en términos de cuentas saneadas) también estuvo en bancarrota en 1813.

Un tercer elemento al que se ha aludido como causa de nuestro menor desarrollo económico ha sido la baja demografía española, comparada con la de los Estados de nuestro entorno. Pero este análisis olvida (tal vez aposta) el enorme esfuerzo migratorio que supuso la colonización de América. De hecho, durante el siglo XVII y XVIII , la decadencia económica podía predicarse de la Península pero no de sus territorios americanos. Fue otro de los costes indirectos (tal vez inevitables) de haber tenido el imperio más extenso de la historia, de haberlo mantenido también durante más tiempo, y de haberlo dejado en mejor situación económica que la propia Península. A pesar de lo cual, cuando nos fuimos (o nos echaron) ni nos dieron las gracias.

Estos antecedentes tal vez sirvan para explicar la tradicional renuencia del español hacia el capitalismo (incluso desde el ala conservadora), simplemente porque no lo hemos sabido utilizarlo a nuestro favor. Pero hay más.

3.4. Desigualdad fiscal y proteccionismo: ¿quién ha robado más a quién?

Otros dos problemas añadidos que dificultaron el desarrollo económico de España fueron la desigualdad fiscal y el proteccionismo de determinados productos. Dos aspectos más de la ingenuidad y la doble vara de medir, en su vertiente interna.

El proteccionismo, como es sabido, fue impuesto por la burguesía catalana para sus productos y afectó negativamente a la tecnificación y progreso de nuestra industria. Incluso en la pérdida de Cuba (y en el inicio de la enésima sensación de decadencia) influyó (¿casualmente?) la negativa de Cataluña —que ejercía en la práctica el monopolio del comercio con la isla caribeña— a aceptar el libre comercio que era la gran reivindicación de la burguesía isleña. Ello determinó a la postre que ésta se echara en los brazos del vecino del norte: los Estados Unidos, aunque años después éstos se convirtieran en su gran enemigo oficial y los responsables de un bloqueo comercial. A ver si se enteran de una vez que cada vez que un territorio se independiza de España comienza a perder renta y a ser controlado/dominado por una potencia extranjera con mucha menos generosidad y «tragaderas» que España.

La segunda causa de la decadencia de nuestra industria tiene su origen en una deficiente, injusta y desigualitaria política fiscal. Sólo la fiscalidad indirecta gravaba a todas las rentas y, en términos territoriales, la mayor carga siempre ha recaído sobre… Castilla (¡!). Esto se remonta nada más y nada menos que a los siglos XVI y XVIII , cuando no sólo se imponía impuestos a quienes menos recursos tenían a título individual (los más beneficiados eran los frailes, los letrados y los inmigrantes) sino también a nivel territorial, pues los territorios más ricos (Cataluña y Aragón) eran los que menos pagaban al sostenimiento de los gastos de la monarquía y el imperio.

En Castilla se daba además una doble discriminación: una externa, por pagar mucho más que otros territorios que aludían a privilegios y fueros para rechazar hacerse cargo de su parte; y otra interna, pues quienes pagaban en Castilla no eran todos, ya que clero y aristocracia se libraban del impuesto más importante («el servicio») mientras que «las alcabalas» disminuían su importancia, que eran las que debían pagar todos los que hacían transacciones comerciales (J. Pérez, 2002, p. 70). Lo curioso en esa época es que los impuestos indirectos eran los más progresistas porque los pagaban todos mientras los directos no los pagaban los ricos. Por este motivo, una Castilla originariamente rica cada vez se vio más empobrecida. De ello re-

sultó una consecuencia bastante obvia (que los ingenuos-egoístas ni previeron ni les importó): que siendo el soporte principal del Estado, al final la decadencia afectó a todos. Precisamente, los comuneros de Castilla lo que pedían al emperador entre otras cosas es que cada tierra se gobernara con el dinero que «della recibe» y que el rey dejara de esquilmar a Castilla en beneficio de Alemania, Aragón (incluida Cataluña), Nápoles…

Nótese como no hemos mejorado mucho desde entonces. La ceguera nocturna sigue presidiendo nuestros maravillosos pactos fiscales. Unos se enriquecen a corto plazo, otros pagan los platos rotos, y al final el sistema en su totalidad entra en crisis: cupo (infravalorado) vasco y navarro, trato desigual a las Autonomías menos batalladoras y que al final la factura la pague… Madrid. ¿Quién roba y ha robado más a quién? Lo sorprendente y casi milagroso es que con todas esas dificultades y obstáculos que hemos visto ocupemos todavía el lugar que ocupamos económicamente en el mundo.

4. EL MITO DE LA ESPAÑA INTEGRISTA Y RETRÓGRADA

4.1. Las guerras de religión ¿sólo en España?

Las guerras de religión se han producido siempre y en todos los lugares. A veces se han llamado guerras contra la idolatría, contra la herejía, contra la brujería y otras contra el paganismo. Hubo muertes, asesinatos y hogueras en toda Europa. Los vencedores se imponían a los perdedores, desterrando unas creencias e imponiendo otras. ¿Ha sido quizás España más cruel en sus guerras que los demás? Nada de eso. Al contrario, mientras Europa se desangraba en luchas intestinas entre 1714 y 1808, reinaba la paz en España (por no hablar que fuimos de los pocos que no participamos en las dos guerras mundiales). Una paz que sólo fue rota cuando Napoleón decidió invadirnos. ¿Nadie recuerda los excesos de la noche de san Bartolomé en la tolerante Francia? Marc Ferro ha afirmado incluso que *Francia tiene una vocación de guerra civil* (citado por F. Braudel, 1993, p. 37) e Inglaterra estuvo en guerra de forma casi constante durante los siglos XVII y XVIII [50]. Y sin embargo, ¿por qué nadie asocia la guerra civil o la persecución religiosa con Francia o Inglaterra?

Los españoles han sido acusados históricamente de ser los más dogmáticos y entusiastas defensores de la religión católica. Y sin embargo se olvida que España durante el siglo XV y gran parte del XVI —no digamos nada durante toda la invasión árabe— fue un país sospechoso en términos religiosos por (supuestamente) mostrar un exceso de competencia con la influencia semítica y árabe, no creer en la Santísima Trinidad, etc… Para muchos

—en especial en Italia, pero no sólo— el español era el «marrano», un cristiano semitizado. Al propio Erasmo (en 1517) la península ibérica le parecía profundamente semitizada: *Apenas hay cristianos en España* , escribía como razón para rechazar una invitación del cardenal Cisneros. En 1600 esa imagen predominaba todavía en Roma, según comentó el inquisidor Guevara a la vuelta de un viaje a la ciudad eterna. Por supuesto, se trataba en parte de una mistificación interesada pues descendientes de judíos convertidos los había también en otras naciones europeas, pero ciertamente en España la integración había sido importante. En todo caso, no cabe duda de que España decidió tomar partido por la Iglesia católica (sobre todo con Carlos I), lo que nos granjeó los odios de los «nocatólicos», especialmente en la Europa de los protestantes. A ello se añadía que todos los errores que podía cometer la Iglesia eran automáticamente atribuidos a los españoles, con la imaginería tremendista (como pasaría con la obra de Bartolomé de las Casas) de nuevo haciendo de las suyas, siendo ésta parte de la propaganda en la que los protestantes fueron (y siguen siéndolo) desde un principio maestros [51] .

En pleno siglo XIX , mientras los escritores románticos ensalzaban el fanatismo religioso y la moral conservadora de los españoles, en Francia se juzgaba a Flaubert por haber escrito *Madame Bovary* y en Inglaterra se condenaba a trabajos forzosos a Oscar Wilde por ser homosexual. Tampoco fue en España donde se hizo más hincapié en la unificación religiosa, si no en Alemania donde Carlomagno ordenó, como parte de su política europea, que la Iglesia unitaria se impusiera sobre las territoriales. Por no hablar de otros ejemplos más recientes (y crueles) como el exterminio del pueblo armenio —más de 1.200.000 armenios asesinados entre 1915 y 1922— a manos del Imperio otomano en pleno siglo XX, del que al parecer no se puede hablar, ni ha generado ninguna leyenda negra. Este suceso tiene su relevancia, sobre todo para aquellos (ingenuos) que hubieran preferido para España el papel de la Turquía de Occidente, en lugar de la España que somos hoy [52] .

Sólo dentro de este contexto internacional y comparado cabe entender el papel que jugó la defensa del catolicismo y el papel de la Iglesia en España. La intolerancia e imposición españolas eran las mismas que en el resto de Europa. Los ciudadanos de entonces vivían en una dialéctica que no se movía entre libertad o sometimiento, sino entre distintos tipos de sometimiento: al señor feudal-estamental, la nobleza, al rey o a la Iglesia. Cuál vasallaje fuera peor es algo que podemos debatir, pero lo cierto es que la

alianza entre monarquía y religión sirvió para que naciera la modernidad, a su vez con sus luces y sombras. Fue en este sentido Federico II (que alegaba el derecho divino de su reinado) el que ha sido considerado paradójicamente el primer hombre moderno, esto es el que sale de la Edad Media (A. von Martin, 1970, p. 67). ¿Será casualidad que sea una tesis que de nuevo olvida «metodológicamente» la aportación española a la modernidad? Ello supone considerar la religión buena o mala según quién la emplee. La doble vara de medir haciendo estragos.

4.2. El mito de la España islamófoba y antisemita

a) El estigma de la España matamoros

Como hemos dicho, España era criticada a menudo desde el resto de Europa por acoger a un número excesivo de moriscos y judíos y dejarse influenciar por ellos (cfr. Erasmo, Lutero o Guillermo de Orange). A pesar de esa presión (los integristas eran otros), cuando España expulsa a moriscos y judíos, no lo hace por racismo, como tantas veces se denuncia, sino por la necesidad de garantizar la cohesión religiosa de un país con una frágil estructura y en proceso de consolidación tras una prolongada invasión musulmana. A todos se les dio la oportunidad de quedarse si adoptaban el cristianismo, evitando así la expulsión, y de hecho muchos lo hicieron, un dato que suele ocultarse. Tras la conquista de Granada más de 50.000 «moros» se convirtieron [53] . Los españoles de entonces no atacaban las personas o las razas, que respetaban, sino que hacían hincapié en el interés nacional. Si la ciudad musulmana se rendía no se expulsaban a sus habitantes, sino que éstos pasaban a ser mudéjares. No está tampoco claro el número de moriscos expulsados ni las razones del duque de Lerma para hacerlo, pero una cosa está clara: que ni Francia ni Marruecos (los más cercanos) los recibieron bien, sino tan sólo Túnez, con lo que de ser intolerantes tampoco estaríamos solos en la dimensión externa [54] . Incluso León el Africano —al principio se hacía llamar el Granadino, aunque había dejado esa tierra con cinco años—, gran explorador de ese continente, descendía de una familia que salió de Granada. En todo caso tras la guerra de las Alpujarras (1568-1571), un número importante de moriscos se dispersó hacia el norte de Castilla y Galicia, evitando así la expulsión de 1609.

Lo que no cabe duda es que la España cristiana no fue más intolerante de lo que la había sido la España musulmana (J. Pérez, 2014, p. 96). De hecho, contra lo que algunos suponen el integrismo no lo comenzaron los cristianos. En la idealizada Al-Ándalus coexistieron indulgentes sultanes omeyas

con integristas almorávides y almohades que se dedicaban a quemar bibliotecas [55]. Nadie ha sido más cruel en Barcelona que Almanzor en 985 que la quemó por completo. Pusieron sus mezquitas y giraldas, y un rey como Fernando III de Castilla no las destruyó. Tampoco los Reyes Católicos tocaron la Alhambra de Granada. En cambio, los invasores musulmanes demolieron en el siglo XII el monumento fenicio a Hércules y cuando cayó el califato de Córdoba destruyeron Medina Azahara. También desterraron a Averroes por considerar su obra peligrosamente heterodoxa. Y en contra de la visión ingenua que convierte a los moriscos en víctimas y a los españoles en verdugos, no hay que olvidar que está históricamente probada la colaboración entre los moriscos de la costa española y los piratas argelinos (desde su base del centro corsario de Cherchel) que golpeaban continuamente a nuestra flota, y que albergaban intenciones de reconquistar al menos parte de España.

La España reconquistada podía luchar contra el islam (que la había invadido) pero tenía tiempo para la Escuela de Traductores de Toledo, una tierra de las tres culturas, un Arcipreste de Hita o un Francisco de Rojas. Incluso un médico como Averroes nacido en España, por más que tuviera cultura árabe, se convirtió en traductor de Aristóteles gracias a estar donde estaba. Y hasta el ajedrez, que proviene de la cultura árabe, mejoró y se modernizó gracias a su paso por España. Si fuéramos tan dogmáticos y antiárabes no hubiéramos incorporado a nuestra lengua más de 4000 vocablos árabes y aceptado decenas de miles de topónimos de la misma procedencia, al mismo tiempo que conservábamos sus templos y construcciones principales. ¿Alguien se pregunta qué habría ocurrido si los moros hubieran invadido durante setecientos años Francia o Reino Unido? Incluso en el supuesto (tal vez no tan hipotético) de que algún hispanista, por un suponer de origen irlandés, se atreviera a acusar a los españoles de intolerancia tal vez deberíamos recordarle que el *Ulises* de J. Joyce (otro irlandés) estuvo prohibido en los años cincuenta (¡del siglo XX!) en la misma Irlanda bajo un régimen que pasaba por democrático. Casos de intolerancia los tenemos todos, la cuestión es dónde se pretenda poner la lupa.

Tampoco ha sido España quien más ha combatido al islam a lo largo de la historia, sino otras potencias europeas que no se limitaron a defender su territorio sino que invadieron el de ellos. De todos los países de religión musulmana, España sólo ha tenido una presencia significativa en Marruecos, y compartiéndola con Francia. Y sin embargo… en la guerra en Sudán, el 2 de octubre de 1898 (mientras aquí nos lamentábamos de nuestra decadencia)

el Ejército británico en un sólo día ocasionó 11.000 muertos, 16.000 heridos y 4.000 prisioneros en el ejército sudanés, sin contar la auténtica masacre de mujeres, niños y ancianos que acudían a socorrer a los heridos. Y todo ello lo hizo armado de la ametralladora *Maxim,* balas dum-dum para aumentar la gravedad de las heridas y modernos cañones. Como resultado el general Gordon (famoso por reestablecer la esclavitud en ese país) fue encumbrado a héroe mientras la tumba de Mahdi, el mesiánico héroe sudanés, era destruida y olvidada (*La Aventura de la Historia* , nº 197 (2015), pp. 33-39)

b) La expulsión de los judíos: una acusación que debe ser matizada

Una vez más «unos crían la fama, y otros cardan la lana». Lo primero que hay que precisar es que la expulsión no fue exactamente tal, pues sólo se expulsaba a quien no se convertía. Por tanto la expulsión no iba dirigida contra una raza distinta o contra las personas, sino que se trataba de un instrumento para forzar la conversión de esas mismas personas con su misma raza a otra religión, de fortalecer la unidad política del país, para lo que no podían permitirse ni sectas, ni guetos, ni grupos con reglas separadas. Para la visión moderna esta «oferta» hoy podría parecer poco generosa, pero podemos preguntarnos si en pleno siglo XXI no se ocultan otros fenómenos similares que no incluyen (por ejemplo, en el conflicto palestino-israelí) sin embargo ninguna posibilidad de asimilación total a cambio de conversión.

Los judíos no podían considerarse un pueblo perseguido ni sometido en la España de entonces. Antes de 1492 estaban exentos de pagar el diezmo, y los que vivían voluntariamente en guetos (que no eran ni mucho menos todos) tampoco pagaban impuestos municipales. Eran propietarios de tierras, una posibilidad (la de poseer tierras) que les era negada a los judíos en otros países de Europa, incluso hasta siglos después. Elegían sus propios representantes, tenían legislación propia y, al menos, hasta 1476 nombraban también a sus propios jueces para dirimir sus conflictos comerciales. Después de esta fecha siguieron contando con una jurisdicción especial protegida por la Corona. La Inquisición no podía tocarlos salvo en casos de sobornos a cristianos o blasfemia. En los negocios tenían ventaja al poder aplicar unas tasas de interés más altas que las permitidas por la ley para los cristianos. Ocupaban altos cargos en la recaudación de impuestos y en las administraciones reales y señoriales (ver F. Fernández-Armesto, 2010, p. 100).

Por el contrario, mucho antes y mucho después de la famosa expulsión «española» las restricciones a la vida de los judíos eran moneda corriente en toda Europa. Las expulsiones empiezan en 1290 en Inglaterra, siguen en 1306 en Francia, 1421 en Viena, y continúan en otras zonas de Europa central. Todavía en pleno siglo XVIII , existía en la ciudad de Fráncfort un estatuto, que se mantenía vigente desde la Edad Media y que limitaba el número máximo de familias judías a quinientas, las cuales debían vivir además en un gueto amurallado dentro de la ciudad: el *Judengasse* . Estaba limitada su libertad de movimientos (no podían salir del gueto por la noche ni los domingos), vivían hacinados, también tenían limitadas ciertas actividades económicas, entre las que se incluía trabajar la tierra, y hasta 1726 tuvieron que llevar señales identificativas. Nada de esto pasó en España.

Si cabe hablar de antisemitismo su origen surge en su caso en el IV concilio de Letrán (1215) que alertó del peligro del trato económico y matrimonial con los judíos. Estas disposiciones no comenzaron a aplicarse en España hasta un siglo después (sínodo de Zamora), lo que habla de la resistencia en España a ver al judío como un enemigo (J. Pérez, 2014, pp. 96, 77). Quizás por ello la comunidad judía de España llegó a ser la más numerosa de toda Europa en el siglo XIII . Los Reyes Católicos nunca quisieron acabar con los judíos —muchos de los cuales eran amigos suyos— ni pensaron que fueran tantos los que prefirieran dejar el país que cambiar de religión, aunque más de la mitad se quedasen. Sus más estrechos colaboradores eran judíos, e hicieron todo lo posible para convencerles de que se mantuvieran a su lado. A fin de cuentas la alternativa, el cristianismo, no era ajena ni extraña al judaísmo. Por el contrario, había nacido como una secta judía, y compartían como texto sagrado principal el Antiguo Testamento. En todo caso, no fue, como se ha dicho, una estrategia exclusivamente castellana o de la reina Isabel y no de Fernando. Hay que recordar que ya Ramon Llull en el siglo XIII propuso liberar a los judíos de la influencia de los rabinos y «expulsar a los judíos recalcitrantes» (citado por H. Thomas, 2003, p. 98, ver también p. 101).

Las cifras de afectados también han sido manipuladas para engrandecer… nuestra mala fama. Lo cierto es que a estas alturas está claro que los conversos superaron en mucho a los expulsados y que la conversión empezó desde bastante antes, al menos desde la política de Sisebuto (612), la revuelta antijudía de 1391 o la disputa de Tortosa de 1412-1414. Todo ello da una cifra total de conversos, según Isaac Abravanel, de unos 600.000 a finales del siglo XV aunque otras fuentes disminuyen este número a 400.000

(cfr. B. Nétanyahou 1995, p. 1102). En todo caso, el número de judíos era muy importante en la España de entonces (dentro de una población de unos cuatro millones en el Reino de Castilla y ocho millones en el conjunto de España), y los que decidieron irse fueron una minoría (entre 50.000 a 160.000, según los autores), quedándose por tanto la mayoría (al menos un 60%). Esta imagen viene respaldada por estudios colectivos rigurosos y recientes de genética de poblaciones, que demuestra que el 19,8% de la población española actual tiene sangre judía —mientras sólo el 10,6% sería de herencia morisca, del norte de África— lo que resultaría imposible si la expulsión hubiera sido mayoritaria [56]. Otra cosa es del trato que recibieron por parte de los judíos ortodoxos (algunos de ellos nunca vivieron aquí) los que eligieron la conversión. Aquí sí que puede hablarse de pueblo injuriado y menospreciado sin matices.

Los judíos que decidieron convertirse llegaron incluso a ser famosos, alcanzando, una vez convertidos, dignidades como altos funcionarios del Estado, profesores de universidad o incluso pasaron de rabinos a obispos (el rabino Ha-Levi se convirtió en obispo de Burgos, puesto que heredó su hijo ya llamado su hijo, llamado Alfonso de Cartagena), además de poder continuar en la actividad del comercio. De hecho, muchos de los apellidos judíos españolizados-castellanizados de entonces (los Santángel, Coronel o De la Caballería) siguen estando presentes en la élite social y económica de la España de hoy, algunos/as incluso con título nobiliario. Entre los procedentes de familias de conversos se ha incluido nada menos que a Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Cervantes, Fray Luis de León, Fernando de Rojas, Diego de Velázquez, incluso al mismísimo Franco [57]. Nada que ver por tanto con ningún holocausto (como llega a acusar B. Nétanyahou) ni con actitudes «racistas». En definitiva, si España-Sefarad hubiera tratado tan mal a los judíos, ¿cómo es posible que siglos después, en pleno siglo XXI, todavía los sefarditas hayan conservado la lengua española y parte de su cultura?

Los españoles de hoy miran a los sefarditas con orgullo, y los consideran hermanos que comparten la misma lengua; de hecho, les hemos concedido la nacionalidad. Nadie los llevó aquí a campos de concentración para exterminarlos. Y sin embargo, una expulsión como mucho parcial y matizada de hace más de quinientos años pesa todavía sobre nuestras cabezas, mientras otros hechos, mucho más modernos y execrables, claramente identificados, pasan desapercibidos (la expulsión de los protestantes de Francia a finales del siglo XVII) o se toman como exabrupto que ni de lejos representan al sentir ni a la imagen de la nación responsable (Alemania en el siglo XX).

¿Por qué a España la tratan de forma diferente? Tampoco seríamos muy antisemitas cuando muchos banqueros judíos hicieron pingües negocios con españoles desde muy pronto. Un claro ejemplo son los Rothschild y su agente para España Daniel Weisweiller. Meyer Amschel Rothschild (1744-1812) fundó en 1760 el Banco Rothschild —nombre que hace referencia al «escudo rojo con un águila romana» que colgó su padre en la puerta de su primera tienda— en la ciudad de Fráncfort. En 1820 fueron encargados por el Gobierno español de sus pagos en el extranjero. A partir de ese momento se inició una fructífera relación que permitiría a los Rothschild beneficiarse (junto a sus socios españoles) de la financiación de la deuda pública española, del monopolio mundial de mercurio y de las colonias españolas, entre otros negocios (cfr. A. de Otazu, 1987).

En todo caso, errores propios aparte, ¿está en condiciones el Estado de Israel de dar ejemplo? En la guerra de 1948 tendente a ocupar el territorio que consideraba propio, ocasionó el desplazamiento de más de 750.000 árabes, en ocasiones con una violencia ciertamente intensa que produjo muchas muertes, especialmente en Lod, Deir Yassin, Abu Shusha y Dawaymeh (A. Wolfe, 2013, pp. 303-304). Puede alegarse que Israel buscaba con esas acciones consolidar un Estado fuerte y cohesionado en torno a una única religión, pero esto mismo es lo que intentaba la España de hace quinientos años, que salía de un dominio árabe de setecientos años. Los palestinos de hoy, como los judíos de entonces, eran un pueblo sin Estado. Hasta aquí las semejanzas. Dos importantes diferencias (además del número de afectados): España ofreció integración a cambio de conversión, cosa que no ha hecho Israel, y no hubo violencia contra ellos.

Por último, conviene preguntarse una vez más: ¿*Cui prodest* ?, ¿a quién benefició la expulsión de los judíos? No ciertamente a España, que perdió a un potente sector industrial y financiero y ganó un importante enemigo (al menos como grupo de presión), tampoco a los sefarditas. Los que se beneficiaron fueron los banqueros holandeses que se quedaron sin competidores internos a la hora de prestar a los reyes (otro gallo hubiera cantado para España de haber tenido una banca propia), y también los países europeos receptores que se beneficiaron de un conjunto de emprendedores comerciantes, que además llevaban consigo una cultura y una filosofía muy profunda que habían aprendido en España. Es más, el Renacimiento pudo tener lugar gracias en parte a la cultura (española) que los sefardíes expulsados de España repartieron por el mundo pues eran los portavoces finales de un mundo que desaparecía: el de las tres culturas, el que había traducido a los grie-

gos a través de los árabes, el de la cultura judeo-cristiana, el fundamento a fin de cuentas de toda la cultura occidental. No puede ignorarse a este respecto el peso del ambiente que se respiraba en Roma contra los judíos en unos reyes que presumían de ser defensores de la fe católica.

4.3. El proceso inquisitorial a la Inquisición

Los críticos de la Inquisición han sometido a menudo a ésta a un juicio inapelable y sumarísimo utilizando las mismas prácticas y excesos que atribuían a aquélla. No se trata de negar aquí los posibles excesos en que incurrió la Inquisición —Torquemada y el Tribunal de Sangre, por ejemplo—, pero sí de cuestionar que España fuera la pionera o la líder en este tipo de prácticas, incluso comparados con lo que se hacía en otros lares... siglos después. Es más, investigaciones recientes, alejadas del apasionamiento hispanófobo, vienen a demostrar que bien pudiera ser cierto lo contrario (H. Kamen, 2014 y J. Pérez, 2012).

Pues bien ¿quién y por qué crea la Inquisición? En realidad, cuando los Reyes Católicos la establecen en toda España, parecidos tribunales operaban ya en otros países de Europa. Pocos quieren recordar (o son conscientes de) que la Inquisición nace entre los siglos XII y XIII en «la muy loada» Francia, patria de la tolerancia, y no en España. Y ello con el objeto de «eliminar» a las herejías cátaras y albigenses. Cristianos contra cristianos. También desde el secesionismo catalán se ha querido librar a Cataluña de responsabilidad alguna en este artificio considerándolo un invento castellano. Eso supone desconocer que la Inquisición nace en España con una bula de 1478, que permitió los primeros tribunales en Aragón (1479) y Sevilla (1480); o que fue Fernando de Aragón el que más insistió (y no tanto Isabel) en reinstaurar la Inquisición, o dejar de preguntarse por qué Ramón de Penyafort y el resto de catalanes, aragoneses, mallorquines y valencianos contribuyeron activamente a la Inquisición en esos reinos.

Del mismo modo, paradójicamente la tendencia al dogmatismo de la Inquisición, no ya contra judíos, musulmanes y supuestas brujas —tendencia general en toda Europa, y donde en España la Inquisición se limitó a comprobar la sinceridad del converso— sino en la relación de españoles (católicos) contra españoles (no católicos), fue empujada por el hecho de tener un rey extranjero que metió a España en «sus» guerras de religión. Sin los intereses de Carlos I en Alemania y Países bajos, España no habría sentido la misma presión de luchar de manera total contra el protestantismo (J. Pérez, 2002, p. 123). Hubiéramos permanecido probablemente al margen de estos

conflictos internos europeos, como ocurrió en el caso de las dos guerras mundiales, debido fundamentalmente a nuestra situación geográfica.

Otro asunto controvertido fue el número de víctimas que, como ocurrirá en América, tiende a ser ampliado al infinito en manos de nuestros enemigos, llegando a hablarse incluso de millones, o al menos de cientos de miles. La realidad de las cifras de personas ejecutadas por la Inquisición durante su existencia (de 1480 a 1834), contrastada con la documentación disponible por estudios recientes, la sitúan en un máximo de 3.000 (H. Kamen, 2014, p. 253). De hecho tuvo dos épocas: una más intensa (desde su establecimiento hasta la coronación de Carlos V) con unos 2.000 ejecutados, y otra de ahí en adelante (casi tres siglos y medio) con menos virulencia donde sumó otros 1.000 ejecutados más. No decimos que sean pocos, pero lo que queda claro es que sólo la represión de brujas causó más víctimas en Inglaterra y en otros países europeos (sólo en Alemania 25.000) que la Inquisición en toda su historia. Por no hablar de la persecución de católicos en la misma Inglaterra o de protestantes en Francia. Asimismo, en Inglaterra, Alemania, Francia y hasta en la civilizadísima Suiza la pena de muerte fue algo corriente, ejecutada además por medio de diversos tormentos que subsistieron, en ocasiones, hasta bien entrado el siglo XIX . De hecho, de cada cien sentencias de muerte de tribunales ordinarios en Europa entre el siglo XV-XVIII , la Inquisición dictaba una.

Se oye a algún ingenuo recalcitrante exclamar que no puede haber sido objeto de un burdo engaño, que los nuestros «necesariamente» debían ser los más crueles en las técnicas de tortura. Pues siento importunarles, pero se hacen eco de campanas interesadas. Nada que ver la técnica «legal «de la Inquisición que operaba con juicios reglados, formales e individuales, con la manera en que los franceses e italianos acabaron con la herejía cátara o albigense: «Matemos a todos y que Dios distinga a los justos». ¿Y no se debe a Lutero (1525) la frase *matad a cuantos podáis, y si acaso morís matando, moriréis de muerte santa* ? No fueron tampoco manos españolas las que ejecutaron a los intelectuales más notables de la época: Tomás Moro, Vanini, Miguel Servet (por cierto un español condenado a ser quemado vivo junto a sus libros) o Giordano Bruno. Y, aunque se acuse a España de beatería, la época victoriana caracterizada por su puritanismo duró tanto en Gran Bretaña como en los Estados Unidos hasta bien entrado el siglo XX . De hecho, la Inglaterra de antes de la guerra de 1914 era probablemente una de las sociedades más reprimidas y represivas que han existido y produjo multitud de personalidades atormentadas (cfr. T. Burns, 2014, p. 146). ¿Y la condena de John

Fisher (obispo de Rochester)? ¿Y la matanza de 3.000 católicos irlandeses a manos de los soldados de Cromwell? ¿O las horribles matanzas que se hicieron en nombre de la libertad con ocasión de la Revolución francesa?

Entonces, ¿por qué la Inquisición ha quedado «sólo» con el calificativo de «española» y unida en el imaginario colectivo a la intolerancia de nuestro país? ¿Por qué no existe igual o parecido tratamiento para los tribunales y excesos anticátaros o el asesinato masivo de brujas, que no llevan el mismo calificativo asociado a los países que los respaldaron? Sería tanto como recordar a Calígula y Nerón para decir que Italia es un país de pervertidos, locos y depravados. Nada, que no hay manera, que los intolerantes y brutos somos nosotros, y los demás muy santos y civilizados, aunque la realidad y los hechos vayan por otra parte. Lo más triste de todo ello es que muchos de los que así hablan sean españoles.

4.4. ¿Hemos sido más machistas que otros?

Las mujeres han estado discriminadas en España, y han tenido que quedarse al cuidado del hogar. No se trata por tanto de decidir si los españoles son machistas o no (la cultura machista ha sido una consecuencia de la sociedad patriarcal que se extendió hace milenios por el mundo), pero sí de aclarar si lo han sido más que en otros lares. Pocos recuerdan que Beatriz Galindo enseñaba latín a la reina, o que Lucía de Medrano enseñaba clásicos en Salamanca o que Francisca de Lebrija desempeñaba la cátedra de retórica en la Universidad de Alcalá, o que una monja de provincias llamada Teresa, hija de judíos conversos y futura doctora de la Iglesia, fundaba diecinueve conventos (de ellos dos de hombres) y se convertía en la primera (y única) mujer de la historia que creaba ¡una orden de hombres y además en pleno siglo XVI (la de los carmelitas descalzos)! Es muy difícil, por no decir imposible, encontrar ejemplos semejantes en otras naciones, con imagen pretendidamente más moderna.

Sin embargo, el mito del «macho» hispánico, para regocijo de algunos, ha hecho fortuna como «imagen de marca» de los españoles. Todo empieza probablemente con una ópera, *Carmen* , de un compositor, cómo no…, francés: Bizet. Ya saben la historia: la bella y fiera gitana Carmen se enamora de don José, pero luego cede a los encantos del valiente torero Escamillo, por lo que el celoso José mata a Carmen. Se trata curiosamente de la ópera francesa más famosa y más representada de la historia, con lo que la imagen de España que allí aparece ha sido «apreciada» por cientos de miles de personas «influyentes» desde que se estrenó en 1875. Por cierto, un compositor francés que nunca estuvo en España y que la escribió sobre la base de una

novela (que trataba de las costumbres españolas) de otro escritor francés, Mérimmé, que sí estuvo aquí aunque sólo esporádicamente.

Mientras en Francia (e incluso en Aragón y por tanto en Cataluña) las mujeres tenían prohibido reinar, no fue éste el caso de Castilla, que dio excelentes reinas como Isabel I y regentes como María de Molina. Una costumbre que luego asumió toda España, una vez que así lo aceptó Fernando el Católico para su hija Juana. Pero la discriminación francesa hacia la mujer llegó hasta muy tarde. Tanto es así que el carlismo surgió porque Felipe V, primer rey borbón, cambió la tradición española (representada por la moderna e igualitaria para la época Ley de Partidas) y dictó en 1713 la Ley Sálica que incorporaba la tradición machista francesa. En este sentido, paradójicamente el carlismo (al optar por Carlos, el hermano del rey Fernando, en lugar de su hija Isabel) sería contrario a las «tradiciones» españolas más antiguas. Ver para creer. En cuanto a Inglaterra, basta comparar la evolución de la legislación protectora del menor, desde el siglo XVI en ambos países, el lugar de la mujer en la herencia (en España las mujeres nobles heredaban en caso de ausencia de varón; en Inglaterra no) o la presencia de actrices en las compañías teatrales (prohibida en Inglaterra hasta fechas muy tardías).

Resulta igualmente curioso que nadie hable del machismo de los habitantes de países que obligan a las mujeres a perder su apellido cuando se casan, incluso hoy en día, adoptando en su lugar el del marido —seguido en su caso de una «a», como sigue sucediendo en la actualidad en la excomunista Rusia—. Sorprende que todavía hoy las muy feministas mujeres del norte y centro de Europa o los EE. UU. acepten sin rechistar que una vez casadas pierdan su apellido y que sus hijos que tanto esfuerzo ha costado dar a luz lleven en exclusiva los apellidos del padre. Mientras... aquí no sólo lo han conservado siempre (incluso en pleno franquismo) sino que era y es costumbre de muchas personas utilizar más el apellido de la madre que el del padre, sin que nadie se escandalizara por ello, aunque hoy quepa además cambiarlos legalmente de orden sin problemas. Incluso presidentes de gobierno son conocidos por él —Zapatero, en lugar del más común Rodríguez— o personajes célebres del mundo de la filosofía o de la canción utilizan sin más el materno sin que nadie conozca el paterno: e.g. Joaquín Sabina o Fernando Savater que utiliza el de la abuela materna por parte de padre.

Por si a alguien le quedaran todavía algunas dudas, que busque y compare si otros países pueden ofrecer estos datos:

— A principios del siglo XIV la enérgica María de Molina (¿-1321), abuela de Alfonso XI, supo ejercer con rigor y eficacia el gobierno durante la minoría de edad de su nieto en circunstancias nada fáciles. Por no hablar de Egeria, infatigable escritora y viajera del siglo IV (¡!).

— Isabel I fue la reina/gobernante más poderosa de su tiempo y probablemente de todos los tiempos. Originariamente junto al rey del juego del ajedrez no estaba la poderosa «dama» que conocemos actualmente, sino «la aferza», que era una pieza débil y además masculina, lo que hacía del juego algo pesado que ofrecía además un limitado papel a la estrategia. Fue el ejemplo de Isabel I el que llevó a cambiar las reglas, incorporando a una dama con un poder que no conocía más límites que los del tablero (o mundo). Es más, sus hazañas probablemente no han sido superadas por ninguna mujer en la moderna era del feminismo (cfr. H. Thomas, 2003, p. 37) hasta el día de hoy. La primera mujer que dirigió un gobierno de un país importante fue Indira Gandhi en la India en pleno siglo XX . Un negro ha llegado a la Casa Blanca, pero nunca una mujer...

— En su misma época Beatriz de Bobadilla («tan cruel como hermosa») ejerció de gobernadora de La Gomera y desempeñó un relevante papel en los viajes de Colón; Clara del Rey y Manuela Malasaña (en Madrid) y Agustina de Aragón y Ada de Araceli (en Zaragoza) fueron heroínas por excelencia de la guerra de la Independencia; y la esposa del Cid gobernó Valencia y resistió contra los moros. Es más, durante el siglo XIX , el 40 % del tiempo gobernaron mujeres en España (miren, busquen y comparen en otros países).

— En 1787, se creó dentro de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País (que servía de modelo al resto) la Junta de Damas, que tuvo un papel social muy relevante, siendo apoyada esta iniciativa por Jovellanos y Cabarrús, mientras que en los clubs ingleses y asociaciones francesas (por no hablar de la propia masonería) la mujer era excluida, e incluso sigue siendo excluida, en muchos casos, a día de hoy.

— En 1930 (con Alfonso XIII y antes de llegar la República) pasaban de 4.000 las mujeres en universidades españolas. En la Segunda República esta tendencia se consolidó con mujeres batalladoras como Clara Campoamor (en oposición por cierto con otra gran mujer, Victoria Kent), diputada en 1931 (cuando todavía las mujeres sólo podían ser elegidas pero no electoras) y que consiguió el sufragio femenino activo y pasivo en 1933, con la oposición de parte de la izquierda que considera-

ban a la mujer demasiado conservadora para sus intereses de partido. Finlandia había sido el primer país europeo en conseguirlo en 1907 y la muy moderna Suiza la última en... 1971 (¡!).

¿Y después de la Segunda República? Aunque el franquismo ha sido la única época de la historia donde la mujer española ha sufrido, en términos generales, una mayor discriminación que en otros lares —occidentales claro, porque de los orientales ni hablamos—ni siquiera esto es cierto sin matices. Por de pronto en cuanto al voto no lo fue mucho más que los hombres: ambos pudieron votar en los diversos referéndums a partir de 1966, con tal de que fueran mayores de edad, y en cuanto a la representación «activa» en las Cortes, en la cuota correspondiente a las familias, podían votar los cabezas de familia y las mujeres casadas. Es decir, restricción para todos/todas en similares condiciones. Por lo demás, de nuevo, cada vez que se dice algo negativo de España debemos acostumbrarnos a ponerlo en clave comparada, si queremos ser precisos en nuestra valoración. Así, en Francia, hasta la ley de 13 de julio de 1965, pervivía la institución de la autoridad marital, e incluso en plenos años setenta, en caso de disparidad de criterios entre los cónyuges prevalecía la facultad decisoria del marido y existe dentro de la unidad familiar una subordinación evidente de un sexo a otro.

Hasta que llegó el cine a color, bastaba visionar las películas norteamericanas para constatar que reflejaban valores muy semejantes a los que predominaban en la sociedad española. Así, en EE. UU. en 1936 tres cuartas partes de las propias mujeres desaprobaban que la mujer trabajase. Y en los años cincuenta y sesenta la familia tradicional norteamericana seguía imponiendo que la mujer se quedara en casa cuidando de sus hijos, al menos hasta que estos fueran mayores. La sexualidad tenía un alto componente reproductor y de moralidad puritana, que incluía la condena de la masturbación y otras prácticas «indeseables» (M. Harris, 2013, pp. 140-147, 150-153). El *baby boom* hizo que las tres cuartas partes de las mujeres que nacieron en 1927 tuvieran dos o más hijos antes de cumplir los 35. Y esta situación contaba con el apoyo de los sindicatos que veían a «la mujer en casa» como la mejor fórmula para conseguir que los salarios de los hombres subieran. Todavía en 1980 solo el 50% de las mujeres casadas (que vivían con su marido) trabajaban fuera del hogar. Pero incluso cuando la incorporación de la mujer al mundo del trabajo fue más intensa, ello se hizo a costa de recibir un salario medio sensiblemente inferior a los del hombre, discriminación que continúa, aunque amortiguada y variando por sectores, en la actualidad.

Y ¿saben cuándo fue el primer año en que TODOS los «Collegues» de la prestigiosa universidad británica de Cambridge aceptaron sin discriminación a las mujeres? ¡En 1987! Hasta 2017 en Estados Unidos nunca había habido una mujer que apareciera en un billete o en una moneda de ese país en toda su historia. En España hasta la entrada del euro la presencia de mujeres en monedas y billetes había sido constante, no sólo de nuestras reinas (de las dos Isabeles hasta la reina Sofía) sino también de otras figuras señeras como Rosalía de Castro, que fue imagen del último billete de 500 pesetas. ¿Alguna palabra halagadora por ello en periódicos y libros de historia? Nada, que somos muy malos y más machistas que el resto.

35 Así lo habría defendido el eugenesista Grant (*The Passing of the Great Race or the Racial Basis of European History*), que logró tener gran influencia sobre la intelectualidad occidental hasta la Segunda Guerra Mundial. Para él la «raza mediterránea» no formaría parte de Europa. Para una descripción del lento proceso de demonización de los españoles y su monarquía me remito al excelente Prólogo de Ángel Gómez Moreno y Antonio Cortizo al libro de Bernardino de Mendoza sobre los inicios de la Guerra de Flandes (2008).

36 Basta mirar a los estudios recientes de genética de poblaciones (Ángel Gómez Moreno, 2011, pp. 398-400). Casi tres cuartas partes de la población masculina de la península ibérica, Francia, Gran Bretaña e Irlanda, tiene idéntico grupo genético, el R1b, característico de la Europa Occidental. Y las mujeres de España (60%) y Europa comparten la elevada frecuencia del haplogrupo H, característicamente europeo, Por el contrario, no hay corte genético más brusco en todo el globo terráqueo que el del estrecho de Gibraltar, a pesar de la corta distancia que separa la península ibérica de Marruecos.

37 Uno de los propagadores de esta idea que ha tenido más influencia ha sido el suizo Jacob Burckhardt (1818-1897) con su obra *La cultura del Renacimiento en Italia* (de 1860), donde directamente caracterizaba a los españoles de sanguinarios, presuntuosos y vagos. Ver el comentario de Ángel Gomez Moreno, «Burckhardt y la forja de un imaginario: España, la nación sin Renacimiento», *Revista electrónica eHumanista* 29 (2015), pp. 13-31.

38 Sobre la relevante influencia de Calderón en Alemania y Países Bajos, ver Margaret Sleeman, «Henry W. Sullivan, 'Calderón in the German Lands and the Low Countries: His Reception and Influence, 1645-1980' (Book Review)». *Bulletin of Hispanic Studies* , (1986) 63(3), pp. 286-305.

39 Ver sobre la cronología de este proceso José Luis Peset, «Prólogo» en N. García & J. Carrillo, 2002, pp.7-10.

40 En el año 2005, el profesor Juan Manuel Sánchez Ron dirigió una obra colectiva con el sugestivo título *La Ciencia y El Quijote* donde se colmaba una extraña laguna: nunca nadie hasta entonces se había parado a analizar *El Quijote* (a pesar de su éxito) tomando en cuenta las múltiples referencias a avances científicos y tecnológicos de la época que contiene. De esta manera, comprobamos cómo los conocimientos matemáticos eran apreciados, al menos, en la corte de Carlos I, Felipe II y Felipe III, como base del arte de navegar («arte de marear» se decía) y de la náutica en general, siendo la Casa de la Contratación de Sevilla un gran centro de ciencia aplicada a la navegación.

41 La colección incluye otros títulos de enorme interés, con nombres como: Jorge Juan, Mutis, Malaspina, Santponç, Monturiol, Isaac Peral, Cajal, Severo Ochoa, Quiroga, Calderón, Bolívar, Emilio Herrera, Juan de la Cierva, Achúcarro, Marañón, Negrín, Oviedo, Monardes y Hernández. A algunos haremos referencia más adelante, para el resto nos remitimos a los libros de esa colección.

42 Cfr. Alejandro Polanco Masa, *Made in Spain: cuando inventábamos nosotros* (2014)donde se repasan ochenta casos de grandes inventores españoles.

43 El título de rey de Jerusalén acompaña a la monarquía española formalmente desde 1501 con la bula por la que Julio II reconoce a Fernando el Católico como rey de Nápoles. De esta manera se heredaba la reivindicación que ostentaban los reyes de Nápoles sobre los santos lugares desde la bula del papa Clemente en 1342 otorgada a los reyes Roberto y Sancha por la que adquieren derechos de patronato sobre varios santuarios. De todo ello deriva la actual Obra Pía de los Santos Lugares, dependiente del Ministerio de Asuntos Exteriores y en la que participan activamente los franciscanos.

44 Otros aducen por el contrario que Felipe II retrasó más de lo debido esta operación naval contra Inglaterra. Y que fueron precisamente los continuos aplazamientos los que permitieron que se generase una desconfianza infundada entre el rey y el gran almirante Álvaro de Bazán, llamado a comandar en un principio la operación.

45 La dificultad de situar cronológicamente a este rey tal vez se deba a que se desconoce que Fernando el católico fue II de Aragón y V de Castilla. Una vez unificada la monarquía se siguió el orden de la dinastía castellana, cosa que aceptó el gran rey aragonés. Por tanto, el siguiente debió ser Fernando VI. Una pena que con el nefasto Fernando VII se pusiera fin a los grandes reyes que han portado ese nombre y se llevara al olvido a su antecesor.

46 María Luisa de Parma al parecer llegó a admitir a su confesor que ninguno de sus hijos eran de Carlos IV, incluido Fernando VII (J. Eslava Galán, 2012, p 318, nota 109). Ello no afecta, sin embargo, al carácter borbón de la dinastía pues María Luisa era prima de Carlos IV y nieta de Luis XV de Francia. Otro tanto pasó con Alfonso XII (hijo del capitán de ingenieros Enrique Puig Moltó), que aunque no fue hijo del rey consorte sí lo fue de Isabel II, que en este caso era la reina que importaba. Existen más casos, unos más conocidos que otros: como Juana la Beltraneja (que no llegó a reinar) o el hermano de Pedro el Cruel (que sí lo hizo). Fernando IV «el emplazado» (sobrenombre que se debe a que murió misteriosamente tras ser «emplazado» por los hermanos Carvajal, a los que había mandado ejecutar, ante el Tribunal de Dios antes de treinta días) fue hijo de un matrimonio ilegítimo entre Sancho IV de Castilla y María de Molina que hubo de ser legitimado, muerto ya Sancho IV, por el papa Bonifacio VIII para que pudiera reinar sin problemas Fernando, aunque su reinado duró apenas once años (1301-1312), dándole no obstante tiempo a reconquistar Gibraltar (1309).

47 Cabría recordar igualmente las aportaciones de los godos al Gobierno en España, y cómo en tiempos tan tempranos como aquéllos el rey no ejercía un poder absoluto, sino que dependía para muchas decisiones de los concilios, una suerte de primigenio sistema de *cheks and balances* . La importancia del concilio como antecesor del parlamento no ha sido apenas destacada, asistiéndose en su lugar de forma mayormente pasiva a la afirmación un tanto caprichosa de que el parlamentarismo lo inventan los ingleses con el rey Juan. Ni siquiera cuando las primeras cortes de Occidente son las de León. Otro aspecto positivo del régimen visigodo era el peso de que gozaban la ley, la tradición y los juramentos. Cierto que el rey era quien emitía las leyes y ejercía de juez supremo, pero ese poder para ser ejercido en la práctica dependía de pactos con otras élites y una red de jueces más o menos profesionalizados (ver sobre el funcionamiento del sistema legal en esa época: Pablo Poveda Arias, «Relectura de la supuesta crisis

del fin del reino visigodo de Toledo: una aproximación al reinado de Egica a través de sus fuentes legales, AHDE, 2015, tomo LXXXV, pp. 13-46).

48 En todo caso, Juan de Mariana era un hombre de criterio independiente y crítico, como lo demuestra que fuera encarcelado un año y medio por el duque de Lerma, debido a las acusaciones de corrupción contra varios ministros por rebajar el peso de las monedas. Incluso se las tuvo tiesas con la Compañía de Jesús, a la que pertenecía, o con la monárquica Francia por justificar el tiranicidio. Su obra *De rege et regis institutione* fue incluso tenida en Francia como inspiradora de los asesinatos de Enrique III y IV, aunque nunca quedara probado.

49 Cfr. Gonzalo Anes, «Tendencias de la producción agrícola en las tierras de la Corona de Castilla (siglos XVI a XIX)», citado por A. Fernández Álvarez, 2017, p. 18.

50 Se calcula que entre 1689 y 1815 tuvieron lugar sesenta y cinco enfrentamientos armados, es decir que de cada dos años, uno estaba Inglaterra en guerra (cfr. Eugenia Ibarra Rojas, en M.C. Mineiro Scatamacchia y F. Enriquez Solano, 2008 p. 89.

51 Baste pasarse incluso hoy en día por el Rijksmuseum de Ámsterdam y observar el cuadro de Adriaen Pietersz van de Venne *La pesca de almas* de 1614, donde vemos un río que separa protestantes y católicos con barcas que tratan de pescar almas: los primeros bajo un cielo azul y árboles frondosos, pulcros, serenos, virtuosos, con la Biblia y los mandamientos; mientras los segundos bajo una tormenta y pocos árboles sin hojas, aparecen gordos, con cara viciosa, vanidosos, buscando oro y honores.

52 El alma del exterminio fue Talat Pachá, ministro del Interior. El objetivo era erradicar la nación armenia (de religión cristiana) para así crear la gran nación turca e islámica. Ziya Gökalp, el intelectual teórico del Comité de Unión y Progreso, veía una necesaria e intrínseca unión entre esos dos conceptos: turquismo e islamismo. Todo ello se vio reforzado por la derrota turca en la guerra balcánica (1912-1913) frente a Estados cristianos. Hoy contamos con documentos rescatados de los archivos que muestran el decálogo del exterminio, analizados en nuestro país por Antonio Elorza, «Los diez mandamientos del plan de exterminio» en *La Aventura de la Historia* , nº 197 (2015), pp. 16-23. Estos hechos fueron denunciados en un primer momento por los embajadores británico y estadounidense (y los gobiernos de Francia e Italia), e incluso se llegó a celebrar un primer y muy limitado juicio, nada que ver con los juicios de Núremberg. Pero pronto se echó tierra al asunto, una vez que Turquía se convirtió en un preciado alia-

do para las potencias anglosajonas, demostrando así que en política internacional no hay moral, sólo intereses.

53 No es un término ofensivo. La mayoría de los invasores eran bereberes, a los que luego se unieron almorávides y almohades, que tampoco eran árabes (ver J. Pérez, 2014, p. 27). Por ello no resulta equivocado referirse a los invasores bajo el término «moro» o «mauri», como así se conocía en los siglos VIII y XIX a los habitantes del norte de África, en contraposición a los árabes considerados entonces como sarracenos. Esto no niega la influencia árabe en términos cualitativos, pero la matiza.

54 A mediados del siglo XX, tras la Guerra Civil, España era el único Estado occidental que contaba con más de un cementerio musulmán (tanto en el norte como en el sur o en Griñón, provincia de Madrid) donde se enterraba a los fallecidos de religión musulmana, por el rito musulmán y totalmente gratis.

55 Los propios califas tomaron a españolas como esposas y concubinas, lo que determinaría que cambiaran su concepto de la mujer (J. Pérez, 2014, p. 28). El propio Abderramán III era nieto de mujer vasca (Onneca Fortúnez) y casó con otra mujer vasca (Maryam), que fue madre a su vez de otro califa: Alhakén II.

56 Susan M. Adams et al. «The Genetic Legacy of Religious Diversity and Intolerance: Paternal Lineages of Christians, Jews, and Muslims in the Iberian Peninsula». *The American Journal of Human Genetics,* 83 (2008), pp. 725-736 (https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC2668061/)

57 Sir Samuel Hoare, embajador británico en España durante la Segunda Guerra Mundial (y vizconde de Templewood) definió a Franco como *a young officer of Jewish origin* (1946, p. 49).

IV.
DESMONTANDO LA LEYENDA NEGRA EN AMÉRICA

Pocas naciones, o acaso ninguna, han soportado tantas desdichas y padecimientos como los españoles durante el descubrimiento de las Indias

Sir Walter Raleigh

1. ¿FUE ESPAÑA PEOR QUE OTRAS POTENCIAS?

España se ha convertido (por interés de algunos) en el chivo expiatorio de todos los problemas de Sudamérica. Y ¿quién sale beneficiado de esta trama? No los españoles ciertamente, pero tampoco los hispanoamericanos que al errar recurrentemente en el diagnóstico certero de las causas reales de sus problemas, difícilmente pueden encontrar las soluciones adecuadas. Por ello, el análisis que sigue interesa a los habitantes de ambos lados del Atlántico, siempre que no subamos mucho hacia el norte…

Detengámonos un momento en el «pequeño» detalle de los nombres. El término Latinoamérica ha logrado afianzarse por encima de otros más rigurosos históricamente como Iberoamérica o Hispanoamérica. ¿Por qué? Es una exageración llamar a todo un continente «latino» porque unas pocas islas fueran colonias francesas o porque algunos países recibieran algunos emigrantes italianos. También los recibieron de otros muchos países, como de Alemania (Chile), de toda África o más recientemente de Japón (Perú). Si es por emigrantes sería más justo y adecuado llamarla Euroamérica o incluso Afroamérica. Del mismo modo, es una falsedad denominar Norteamérica a los Estados Unidos, como si del Norte no formaran parte Canadá, Puerto Rico o México. Incluso gran parte de Estados Unidos siguió siendo español muchos años después de haberse declarado la independencia.

Sin embargo, una vez aceptado (como quieren los que menosprecian nuestra aportación) que América ha recibido la influencia de más de un país europeo y de sus culturas, respóndanme queridos ingenuos: ¿por qué seguir aceptando sin inmutarse que se siga atribuyendo a España la responsabilidad casi única de sus problemas… incluso de los actuales? El paraíso en la tierra está por inventar. Todos los países y culturas han pasado por periodos de dominación y de sometimiento, unos les han ocasionado injusticias, otros han sufrido las suyas.

Nosotros, los españoles, no hemos sido la excepción. Hemos sufrido invasiones, más intensas y extensas incluso que otros pueblos, y también venían aquí, ¡ay!, por nuestras riquezas, y dejaron esquilmadas nuestras minas y nuestros campos. Sufrimos la invasión romana, la visigoda, la árabe-musulmana y la francesa. Una de ellas durante 700 años, es decir 370 años más que el tiempo que estuvimos en América. Ya puestos ¿por qué no nos quejamos aquí de la tremenda violencia que ejercieron sobre los españoles los romanos y cartagineses (que se lo digan a los de Bergida, Numancia y Sagunto), los franceses de Napoleón o los musulmanes? Estos últimos por cierto sistemáticamente, contrariamente a lo que sostienen algunos ingenuos, llevaban a cabo razias y *aceifas* en aplicación de su doctrina de guerra santa que lo justificaba todo. No hemos buscado excusas en las actividades que terceros han jugado en nuestro pasado para justificar nuestra actual crisis económica y social. ¿Deberíamos haberlo hecho? ¿Resultaría razonable buscar antiguos y supuestos responsables de nuestros problemas actuales?

Pues bien, esto es lo que desgraciadamente sigue pasando en algunas partes de América (y de España) cuando centran en lo que hicieron los españoles como causa principal de sus problemas... actuales. Además del lado freudiano que tiene este fenómeno —la necesidad de matar al padre y todo eso— esa acusación no sólo es una huida de la propia responsabilidad (y por tanto contraproducente) sino que se fundamenta en acusaciones falsas, injustas, parciales o sacadas de contexto, porque incluyen al menos tres errores nada casuales: exageraciones interesadas de lo negativo, ocultaciones sesgadas de lo positivo y ausencia de cualquier estudio comparado que sitúe en el contexto de la época lo que estaba sucediendo, relacionándolo, por ejemplo, con lo que hacían o hicieron otras potencias coloniales, incluso mucho tiempo después de que los españoles hubieran abandonado América.

Por ejemplo, una de las (falsas) ideas que ha sido en gran parte asumida por los propios hispanoamericanos, es que la causa de su déficit de desarrollo económico y de su afición a los golpes de Estado, sería la influencia española que se les habría pegado como un virus, y que otro gallo habría cantado si los hubieran colonizados los ingleses. Hay varios errores de concepto en este aserto: el primero es que si los colonizadores hubieran sido ingleses los que así hablan no existirían, unos porque sus antepasados no habrían pisado tierra americana, otros porque no se habrían mezclado con la población indígena, y otros porque habrían sido eliminados al grito de «in-

dio salvaje, secuestrador de niños y corta-cabelleras» como les pasó a sus parientes del norte. Y los pocos que hubieran sobrevivido estarían hoy confinados en reservas.

Lo cierto es que, en contra de la presunción acrítica que preside este debate, la influencia británica o francesa o alemana o belga, no ha sido mayoritariamente beneficiosa para los terrenos colonizados por ellos. En realidad, sólo ha tenido éxito económico-político (al menos en términos eurocéntricos) cuando ha habido sustitución cuasi-total de poblaciones porque a los invasores les interesaba quedarse a vivir allí. ¿No nos creen? Hagamos un repaso de la situación geopolítica del mundo: ¿cuáles son los países más pobres de la tierra? Níger, Etiopía, Malí, Burkina Faso, Burundi, Somalia... ¿Y cuál es el país más pobre de Latinoamérica? Haití (también lo era antes del terremoto). ¿Y quién ocupa la otra parte «de la misma» isla, originariamente llamada «La Española» bautizada así por el propio Colón? Pues la República Dominicana, uno de los diez países más ricos de Sudamérica. Y ¿cuáles son los países más corruptos del mundo? Según la organización Transparencia Internacional: Senegal, Camboya, Uganda, Camerún, Mozambique, Libia, Zimbabue, Kenia, Yemen, Liberia y Sierra Leona. Pues bien, ¿quiénes fueron sus metrópolis? Aunque a más de uno le cueste reconocerlo, en NINGÚN caso lo fue España [58].

¡Despertad, amigos americanos, del engaño en el que os han instalado los que no quieren vuestro progreso y fortaleza!

2. UNA LEYENDA PARA ENCUBRIR LOS EXCESOS DE OTROS

2.1. Objetivo: desviar la atención

¿Por qué el Reino Unido (Commonwealth) o Francia (La Francophonie) han logrado mantener una relación institucional y económica más fructífera (para la metrópoli) con sus colonias que España? ¿Por qué incluso cuando en 1991 finalmente se decide crear la Organización de Estados Iberoamericanos se abre esta organización a Portugal y sus excolonias, como reconociendo que España es la única metrópoli que no puede tener un canal institucional propio, aunque sea ella la que financie el invento? ¿Se imaginan al Reino Unido compartiendo la Commonwealth con otra potencia europea o a Francia su Francophonie?

Pueden aducirse varias razones para ello. Dos las podrán aceptar nuestros críticos: sus imperios fueron más modernos en el tiempo y duraron menos, lo que impidió que el rencor se enquistara, y España no tuvo una visión tan comercial e interesada de sus colonias, sino más utópica y «espiri-

tual». Otras en cambio, las más decisivas, algunos se resistirán a admitirlas. Por de pronto, la leyenda negra antiespañola tuvo un efecto «narcotizante» y maquillador de los excesos cometidos por otras naciones. Mientras éstas se repartían sin escrúpulos África y Asia o exterminaban los últimos indios de América del Norte, sus puritanas poblaciones mantenían su conciencia tranquila porque si alguien osaba acusarles de crueldad podían fácilmente recurrir a la estratagema de «peor fue lo de los españoles». Y en segundo lugar, y no menos importante, porque los propios españoles nos creímos semejantes patrañas, incorporándolas como parte de nuestro abultado bagaje de «complejos nacionales».

Al menos un francés ha reconocido expresamente esta gran farsa. Dice Pierrre Chaunu: *La leyenda negra antihispánica es su versión americana [...] juega además el saludable papel de absceso de fijación [...] La presunta masacre de indios en el siglo* XVI *cubre la objetiva masacre de la colonización en frontera del siglo* XIX*; la América no ibérica y el norte de Europa se liberan de su crimen sobre la otra América y la otra Europa. Bajo esta forma, la leyenda negra antihispánica constituye con la historia de Davy Crockett y los* western *uno de los elementos de la salud moral colectiva de la América anglosajona* (citado por J. Pérez, 2002, p. 138).

Todas las comparaciones son odiosas, pero algunas (por ausentes hasta la fecha) son necesarias. Veamos cómo queda realmente España en comparación con otras potencias colonizadoras europeas.

2.2. ¿Fueron realmente los españoles más crueles?

Otro fantasma recorre el mundo: que los españoles han sido más crueles que otras potencias europeas. ¿Es esto cierto? Claramente... NO. Algunas preguntas para ingenuos: ¿dónde están las estadísticas y los documentos oficiales de la reducción dramática de la población en el caso de los indios norteamericanos y sus causas?, ¿por qué no es fácil encontrar estadísticas fiables de indios muertos en Norteamérica? Hay un dato cierto. Si nos preguntamos dónde quedan más indios hoy, si en el norte o en el sur de América, la respuesta es clara. En Canadá vivían unos diez millones de indios antes de la llegada de británicos y franceses, cuando acabó su proceso colonizador sólo quedaban medio millón; es decir ¡¡murió el 95%!! ¿Algún reproche? No. La tesis oficial (aquí sí, a diferencia de nuestro caso) es que los indios fallecieron a causa de las enfermedades que (involuntariamente) habían traído los europeos. Se habla poco de los excesos británicos en Australia, Nueva Zelanda y Tasmania. En las dos primeras se extinguió el 90 % de la población autóctona, en Tasmania el 100 %.

En cuanto al comportamiento de una pequeña potencia como Bélgica (hoy sede de las instituciones de la UE) no es mucho más favorable en el llamado Estado Libre del Congo, donde se cortaban brazos como castigos a los campesinos y se arrasaban aldeas enteras. Entre 1885 y 1908 perdieron la vida, según estimaciones, entre 6 y 10 millones de congoleses. El comportamiento de Holanda en sus colonias tampoco es para presumir mucho. Sólo en un día (17 de octubre de 1740) mataron 5.000 chinos en Batavia (nombre entonces de Yakarta), siendo el resto deportado, mientras la guerra de independencia, que duro cuatro años, se cobró la vida de más de 100.000 indonesios. Es más, hoy tenemos un presidente indígena en Perú. En los EE. UU. ha llegado un negro a la Casa Blanca, pero ¿un indio? Nunca. Curioso, siendo los habitantes originales de esa tierra. Quebec reclama la independencia de Canadá para favorecer a los francófonos (¡!) ¿Y a los habitantes originarios de esa tierra? De ellos, nadie habla, no salen en la foto ¿Por qué a nadie le sorprende este dato?

Lo cierto es que la doble vara de medir sigue presidiendo el relato histórico dominante. Los estudios relativos a la colonización española de América y su comparación con la de otras potencias europeas carecen de objetividad, se hacen desde un sesgo ideológico-emocional y aparecen financiadas por dinero proveniente de instituciones francesas o anglosajonas, aunque algunas también sean pagadas, gracias a la legendaria ingenuidad española, con dinero español. Hay un caso revelador en este sentido: antes de la independencia de las trece colonias británicas, Benjamin Franklin —cuyo verdadero nombre por cierto era Richard Saunders— defendía la tesis del «buen salvaje» y sostenía que los indios de «América del Norte» se regían por el juicio y dictamen de los sabios, no utilizaban la fuerza coactiva ni había entre ellos encargados de imponer castigos, rigiéndose según los consejos de ancianos y asambleas públicas en las que de manera pacífica cualquiera podía ponerse de pie y empezar a hablar, escuchándoles el resto en silencio[59].

¿Qué pasó para que una vez que había que conquistar su territorio pasaran a ser considerados peligrosos salvajes y corta cabelleras? A la hora de explicar el fracaso de los ingleses en someter a los indios de las marismas de Virginia con el éxito de Cortés, el capitán John Smith explicaba que ello era debido a que los mexicas eran un pueblo civilizado, mientras que los indígenas del norte eran *meros bárbaros tan brutos como animales* (citado por J.H. Elliott, 2006, p. 107). Curiosamente era más fácil conquistar pueblos civilizados —los cuales por tanto disponían de más armas y conocimientos—

que a «meros animales», utilizando además un armamento muy superior. En realidad los colonos norteamericanos diezmaron, emborracharon y mataron a los indígenas de esas tierras, y lo hicieron provistos de modernos rifles y cañones o directamente contaminándolos (aposta) con varias enfermedades. Indios norteamericanos nómadas que vivían en cabañas fueron presentados como más poderosos y fieros que otros pueblos, capaces de construir ciudades enteras de piedra y practicantes de sacrificios humanos entre su propia gente. Los colonos «británicos», rápidamente transformados en norteamericanos, viajaban en cómodos barcos a destinos ya conocidos y por rutas seguras, y sin embargo... eran presentados como prototipos de aventureros y de coraje. Mientras, nadie hablaba de los verdaderos pioneros: Colón y sus compañeros.

Un ejemplo de la doble vara de medir es que a nadie extrañe que un personaje de la talla de Pedro Menéndez de Avilés (1519-1574) no aparezca en los libros de historia de nuestras escuelas, ni mucho menos de las foráneas aunque fuera cartógrafo, fino estratega militar y genio de la intendencia, y además nada más y nada menos que el fundador de la primera ciudad de los Estados Unidos (San Agustín). Es más, sus víctimas fueron más los franceses, piratas y corsarios que los indios. Mientras, cuando en 1870 se inicia la política del «confinamiento» de los indios norteamericanos en «reservas», pocos se atrevieron a denunciar las características de ese proceso o los grandes (y sangrientos) conflictos que motivó, ni se organizó ninguna campaña internacional de descrédito contra los responsables de esa política de segregación dirigida a la raza originaria del país. ¿Por qué unos han pasado como héroes en multitud de películas y otros como villanos cuando éstos tuvieron que enfrentarse a mayores penurias y dificultades? La lista de grandes personajes no se reduce a Pizarro y Hernán Cortés. Baste mencionar a Gonzalo Fernandez de Quesada, fundador del Nuevo Reino de Granada (la actual Colombia) y su capital Santa Fe de Bogotá en 1538; o a Juan Vázquez de Coronado (1523-1565), pacificador y fundador de Costa Rica, tarea que llevó a cabo sellando alianzas y negociando con los reyes indígenas, a pesar de que era considerada una de las zonas más agrestes y hostiles. Tal vez por ello se hable poco de él.

En realidad, la codicia y crueldad que se achacaba a los españoles siempre ha sido magnificada en comparación con la actuación de otras potencias de la época en sus propias colonias, por no hablar de los Estados que financiaban y auspiciaban los primeros casos de terrorismo marítimo (corsarios y piratas). Los anglosajones aprendieron muy pronto no sólo el arte

de la propaganda sino que la hipocresía era la herramienta más eficaz en el terreno internacional, llegando a ser claros maestros en ambas. ¿Por qué no hay un Hollywood hispano?

2.3. ¿Eran «todos» los indígenas buenos y «todos» los españoles malos?

Cuando dos culturas o dos razas, que han crecido y se han desarrollado de manera autónoma, entran en contacto resulta inevitable que se produzcan conflictos, positivos y negativos. Así ha sido siempre. El hombre «blanco» ha llevado allí donde ha llegado su cultura y su ciencia, pero también ciertos hábitos y costumbres negativos, por no hablar de enfermedades. Que se lo digan a los indios norteamericanos que descubrieron el alcohol. Es lo que G. Pitt-Rivers ha llamado *The Clash of Cultures.* Por tanto, nada nuevo bajo el sol. Los primeros que sufrimos este fenómeno fuimos los propios españoles cuando por la península ibérica pasaron romanos, visigodos y árabes, por no remontarnos a épocas todavía más añejas.

Sin embargo, contra las tesis dominantes, algo ingenuas, conviene recordar que los pobladores prehispánicos no eran todos ejemplos de pacifismo. Desde muy pronto los españoles comprobaron que la violencia no era patrimonio suyo. Colón dejó en el llamado «Fuerte Navidad» (pues se fundó en ese día) a 39 hombres cuando partió para volver a España tras su primer viaje, dado que al haber encallado la Santa María no cabían todos. Cuando retornó, todos habían sido asesinados y el enclave reducido a cenizas. Colón, sin embargo, no tomó represalias aunque algunos de sus hombres clamaban venganza. A pesar de ello pervive el mito de que los indígenas que se encuentran los españoles eran todos bondadosos y que los nuestros todos unos crueles asesinos sin piedad, ¿por qué?

A veces se olvida que los primeros colonizadores/conquistadores de América no fueron los españoles. No, nos referimos a historias un tanto fantasiosas y rocambolescas, como las que refieren un viaje de marineros chinos; de hecho si China hubiera descubierto realmente América la historia del mundo hubiera sido ciertamente otra. Lo que queremos destacar es que dentro del continente americano hubo otras luchas previas entre distintos pueblos, unos echando y/o dominando a otros, que eran a su vez subyugados. Los grandes imperios prehispánicos no fueron siempre almas caritativas, ni mucho menos: los aztecas se proclamaban a sí mismos como emigrantes venidos de otros lugares, e incas y mayas también tenían a cuestas historias sangrientas de sometimiento a otros pueblos. Tampoco se debió a los españoles la extinción de la civilización maya, que había des-

aparecido en el VII d.C., víctima de varias causas, pero entre otras de la «conquista» de un pueblo que no eran los españoles: los teotihuacán (al noroeste de la actual ciudad de México), antecedentes de los mexicas. Como se ve, conquistadores los hubo antes que los españoles, y tal vez incluso más terribles.

En realidad, los españoles encontraron de todo, indígenas buenos e indígenas violentos y caníbales los antropófagos caribes, y de hecho las guerras entre tribus eran moneda bastante corriente, hasta el punto de que algunas de ellas recibieron a los colonizadores españoles como verdaderos libertadores. Así, de no llegar los españoles, los taínos habrían sido aniquilados por los caribes, y aquéllos hubieran hecho lo propio a los siboneys (H. Thomas, 2003, p. 139).

Cuando se acusa a Hernán Cortés de cruel e incluso sanguinario se olvida que con sus cuatrocientos hombres poco podía hacer frente a los miles que le hacían frente. Fue gracias a que los aztecas habían sido conquistadores a su vez de otros pueblos, que Cortés pudo tener como aliados a los estados de Tlaxcala o Michoacán. El Imperio mexica practicaba la «guerra florida» que consistía en plantear batallas periódicas con sus vecinos o súbditos con el objetivo de regresar con muchos cautivos que poder ofrecer en sacrifico a sus dioses. La principal función de los 5.000 sacerdotes aztecas era conseguir que el fin del mundo se produjera lo más tarde posible, lo que sólo se conseguía ofreciéndoles a los dioses *corazones aún palpitantes de seres humanos* (M. Harris, 2005, p. 367). Cada año se enviaban a la muerte a 15.000 personas para saciar a los dioses sedientos de sangre, y en un ritual de sólo cuatro días en el templo Tenochtitlán (en cuyas estanterías se acumulaban hasta 136.000 cabezas) se sacrificaron 20.000 prisioneros de guerra (Ibíd, pp. 369-370). No sólo hacían sacrificios sino que consumían (canibalismo) todo o parte de los cuerpos de los prisioneros de guerra. Todo esto facilitó la labor de los españoles, los cuales supieron aprovecharse de las rencillas, rencores y ánimos de venganza entre distintas tribus y pueblos.

Existe otro detalle que no se ha explorado y que explicaría en parte la violencia ejercida en ocasiones por los españoles: eran muy pocos frente a un enemigo mucho más numeroso. Pizarro derrotó al Imperio inca con un ejército formado por 62 jinetes y 106 soldados a pie, 40 de los cuales eran analfabetos, frente a un ejército de 30.000 incas capitaneado por Atahualpa. En lugar de destacarse como gran estratega y genio militar (como luego se haría por ejemplo con Napoleón, responsable de más de 15 millones de muertos en Europa), ha pasado a la historia como otro ejemplo de crueldad.

Es cierto que murieron muchos incas en la batalla (algunos pisoteados por sus compañeros en una retirada desordenada) y que se ejecutó finalmente a Atahualpa por miedo a que lo liberaran sus tropas (con gran pena de Pizarro), pero no se habla de las guerras civiles previas que habían debilitado el Imperio inca, ni que a pesar de todo siguiera contando con un ejército poderoso, por lo que aquella victoria entra más en el terreno de los milagros. En realidad, no sólo hubo violencia, sino también astucia y alianzas. Tanto Pizarro como después La Gasca buscaron afianzar el dominio pactando con príncipes incas, y varios aceptaron las condiciones (por ejemplo Sayri Túpac).

Tampoco los españoles mataron a Moctezuma, sino que lo hicieron sus propias gentes. Es más, Hernán Cortés y él llegaron a ser grandes amigos y a apreciarse sinceramente. Y en las guerras que se sucedieron a su muerte, crueldades las cometieron todos y no siempre las mayores fueron obra de los españoles. A este respecto, se «ignora» la llamada «Noche Triste» o se «olvida» que recientes excavaciones llevadas a cabo en Tecoaque —que significa literalmente «lugar donde se los comieron» (antigua Zultépec)—, a 50 kilómetros al este de Ciudad de México, han demostrado que entre junio de 1520 y marzo de 1521 los mexicas apresaron una caravana que Cortés había dejado en retaguardia con heridos, enfermos, mujeres (españolas y mulatas) y niños que les acompañaban, junto a trescientos aliados tlaxcaltecas. Todos ellos fueron asesinados y sacrificados a los dioses, junto a los animales europeos que formaban parte de la caravana, siendo exhibidos los cráneos como trofeo ante el templo principal (cfr. *Itinerario de Hernán Cortés* , 2014, pp. 60-61). Nadie osaría hoy en España echar en cara o pedir responsabilidades por tales hechos a los habitantes actuales de México. Lo contrario, no está tan claro.

Sin embargo, la mayor parte de las muertes de indios que se atribuyen a los españoles —que han llegado en ocasiones a calificarse de genocidio— se debieron a las enfermedades que involuntariamente e inevitablemente trajeron de Europa. Por cierto, que no sólo los españoles contagiaron enfermedades, también los indios a los españoles, como ocurrió por ejemplo con la sífilis. Por otra parte, llama la atención que cuando internamente se ha tratado de encontrar responsables de los abusos todos hayan pretendido salir corriendo: sólo al parecer hubo castellanos y extremeños. Pero ¿no participaron activamente vascos y catalanes en la colonización? ¿Y qué decir de la corte flamenca que acompañó a Carlos I? Se ha estudiado poco la nefasta

influencia que ejercieron parte de estos cortesanos, los cuales llegaron ávidos de riquezas del Nuevo Mundo. ¿Por qué será?

2.4. ¿Preparados para más sorpresas?

a) Quién discriminó más y cuándo

¿Es posible encontrar en Norteamérica un caso parecido al inca Garcilaso de la Vega, escritor e historiador, y considerado como el primer mestizo cultural y espiritual de América? ¿O el caso de la famosa tertulia que montó «el peruano» Pedro Olavide —a la que asistía el mismo Jovellanos—, el cual llegaría a ser intendente de Sevilla y superintendente de las poblaciones de Sierra Morena? ¿O el caso de Juan Latino (1518-1596), poeta español y profesor de latín del siglo XVI , hijo de esclavos negros, educado en las artes liberales por el cuarto conde de Cabra, Luis Fernández de Córdoba, y casado con la joven «blanca» Ana Carleval? Busquen, y si lo encuentran, cuéntenlo. Lo cierto es que la mezcla y el mestizaje fueron la regla en las colonias españolas, a diferencia de otras colonias europeas donde la elite de la metrópoli vivía aislada de la población indígena a la que, al menos en un primer momento, ni siquiera mostraban intención alguna de ofrecer acceso a la educación. La segunda diferencia es que en los casos —que también se dieron pues la carne británica no era menos débil— en que los ingleses cohabitaron con indias, e incluso alguna inglesa con un indio, los hijos fruto de esa uniones mestizas desaparecieron de los archivos históricos (J.H. Elliott, 2006, p. 139).

Sorprende igualmente que no se diga nada sobre las discriminaciones y maltratos que sufrieron las poblaciones indígenas en Latinoamérica… después de la independencia; es decir, cuando ya no se podía echar la culpa al «malvado» español, sino a los abuelos y tatarabuelos de sus actuales dirigentes. En este sentido, la premio Nobel Rigoberta Menchú presentó (curiosamente) ante la Audiencia Nacional española en 1999 una querella contra el Gobierno guatemalteco —ante la imposibilidad de hacerlo en Guatemala — para investigar crímenes cometidos por oficiales guatemaltecos contra las mujeres mayas, ¡en pleno siglo XX !. De hecho, la discriminación de los indios en Latinoamérica no fue menor una vez que las colonias se independizaron de España, sino que en ocasiones fue incluso mucho más intensa. Es el caso de Argentina donde los indios llegaron a desaparecer… tras la descolonización. En la llamada campaña del Desierto (1878-1885), cuando hacía más de sesenta años de la independencia de España (por tanto quienes mandaban eran ya una generación nacida en una Argentina independiente), el Ejército argentino cargó contra los pueblos amerindios , princi-

palmente de las etnias mapuche y tehuelche que vivían hasta entonces tranquilamente en la región pampeana y la Patagonia. Según estimaciones de un comité científico que acompañó al ejército argentino, de 15.000 indígenas que habitaban potencialmente la zona, 14.000 murieron o fueron hechos prisioneros. Otras estimaciones elevan tanto el número de pobladores, como de muertos o separados de sus familias. El objetivo, reconocido por el propio Congreso argentino, fue el exterminio de los indios salvajes de la Pampa y la Patagonia. Al final a los supervivientes se les confinó en reservas siguiendo el modelo norteamericano.

Sin embargo, ¿se enseñan estos hechos en las escuelas?, ¿se reconoce públicamente por estudiosos y medios de comunicación? ¿No? ¿Por qué?: Año 1991. Discusión con un camarero argentino (de tez blanca y pelo castaño claro) que trabajaba en un restaurante en Berlín. Tras una primera conversación agradable, comienza a decir que mis antepasados españoles habían sido los responsables de la muerte y tortura de millones de indios. Yo le respondo que mis antepasados no habían salido de España (más en concreto de Aragón) y que probablemente si había algún responsable de la muerte de esos indios eran sus tatarabuelos…, y no los míos. Abandonemos los complejos: si algún descendiente de criollos nos echa en cara otra vez que «los conquistadores» españoles maltrataron a los indios, respondámosles que, de ser ciertas esas acusaciones, la responsabilidad de tales hechos recae sobre las espaldas de «sus» antepasados.

b) ¿Esclavistas o pioneros en mestizaje y en derechos humanos?

¿Quién dijo «todas las naciones del mundo son humanas y comparten los mismos derechos y libertades»? ¿Voltaire? ¿Rousseau? ¿Tocqueville? ¿La Revolución francesa? ¿Tal vez en la norteamericana? ¿Gandhi o Mandela? Pues no, fue un extraño monje español en el siglo XVI : Bartolomé de las Casas en su *Historia de las Indias.* En cuestión de esclavos, no sólo el Imperio británico sino el Imperio otomano, e incluso el portugués, fomentaron más el comercio con seres humanos que los españoles, por no hablar de los propios genoveses en la época de Colón. La esclavitud procedente de África sólo fue prohibida en los Estados Unidos en 1865, mientras que España ofrecía desde 1688 libertad a los esclavos negros que lograran llegar al fuerte Mosé en San Agustín (Florida).

De hecho, el genocidio más cruel, intenso y extenso, no ha tenido lugar en América (no al menos en Latinoamérica), sino probablemente en África, cuya historia daría para muchas leyendas negras todavía pendientes de escribir. Fue en la conferencia de Berlín (1884-1885), donde las potencias euro-

peas se repartieron el continente africano. En dicha reunión la participación de España fue claramente secundaria y marginal, a pesar de ser la más cercana geográficamente a dicho continente. No la dejaron participar, por lo que no se le puede acusar de ninguna limpieza étnica en la zona; no así a los demás. Y sin embargo la fama de crueldad española ha llegado a las campañas en Marruecos de principios del siglo XX . Ciertamente las tropas españolas cometieron excesos y actuaron en ocasiones con torpeza, pero una vez más se pierde la perspectiva si no se pone en relación con lo que hicieron otras potencias europeas en parecido tiempo y lugar [60] . Antes al contrario, si un pueblo como el Polisario sigue existiendo es o ha sido gracias a España, y no a sus vecinos autóctonos.

Volvamos a América. No se ha destacado suficientemente que los españoles desde muy pronto, en pleno siglo XVI , se cuestionaron el título jurídico y moral que legitimaba la conquista. Tenían las bulas alejandrinas de 1493 —llamadas así porque fueron otorgadas por el papa Alejandro VI a los Reyes Católicos— y el Tratado de Tordesillas de 1494. En esa época regía la doctrina aristotélica que sostenía que existían pueblos abocados por naturaleza a la sumisión o servidumbre. Pero nada de esto bastó a Vitoria y sus colegas, para quienes no existían hombres destinados por naturaleza a la esclavitud, pues debían anteponerse los derechos de los hombres al poder del Estado.

Este debate estuvo siempre muy presente y llegó a las más altas instancias del gobierno y los propios monarcas. Puede que el resultado no fuera demasiado práctico ni ambicioso, pero ¿existió siquiera un debate similar en la colonización de Norteamérica por Gran Bretaña? ¿O de otra potencia en otro lugar del mundo, incluso aunque actuaran mucho más tarde? Se puede discutir si esos debates fueron fructíferos o si las normas que se aprobaron consiguieron un grado de aplicación suficiente, pero una cosa está clara: el Imperio español fue el primero (y en muchos aspectos el único) que se juzgó a sí mismo, sus posibles excesos sin complacencia y con lucidez (J. Pérez, 2002, p. 109). ¡Qué tiempos aquéllos en que hacer autocrítica no se veía como muestra de debilidad!

Obviamente se cometieron abusos, pero desde el principio la intención de los Reyes Católicos fue que se tratase a los indios muy bien y amorosamente (cfr. Primera Instrucción de los Reyes a Colón). Y las normas que perfilaban los derechos de los indios fueron constantes a lo largo de todo el periodo de presencia española. Para la época en que estamos hablando, donde la esclavitud era moneda corriente, pueden considerarse hasta ejem-

plares. De hecho, se ha barajado como causa de la destitución de Colón por parte de los reyes, el que aquél no cumpliera sus órdenes respecto a no tratar ni comerciar a los indios como esclavos (H. Thomas, 2003, p. 220). Curiosa o paradójicamente, fue el muy alabado Colón (al que todos quieren tener todavía hoy como nacional de sus tierras, incluidos, cómo no, los catalanes) el que propuso a los Reyes Católicos la venta de esclavos «a 1500 maravedíes la pieza», y es la depreciada, por muchos, Isabel I, la que obliga a tratarles como personas libres y no como siervos (R. Menéndez Pidal, 2012, p. 3). Otro mito que se cae: Colón, como buen genovés quiso desde el primer momento hacer dinero vendiendo a los indios como esclavos, contra la opinión y las órdenes de los Reyes Católicos «españoles».

Abandonemos el pasado y retornemos al presente. España ha sido mucho tiempo el primer inversor europeo en Latinoamérica, sigue siendo uno de los que más aporta en ayuda al desarrollo en la zona (a pesar de China) y continúa financiando a veces casi en solitario experiencias de cooperación, como las Cumbres Iberoamericanas, donde también participan Brasil y Portugal. Todo ello con un PIB muy inferior al de otros Estados. En concreto, casi iguala la contribución de los Estados Unidos a organizaciones de base americana, como La Unión Postal de las Américas, España y Portugal. Y sin embargo… ¿nos aprecian o respetan más por ello? Quien no se respeta a sí mismo difícilmente atrae el respeto de otros. De hecho, si hubiéramos sido tan malos como dicen, nos habría ido probablemente bastante mejor porque los malvados de verdad son aquellos que son capaces de pasar por buenos, y echar la culpa siempre a otro de sus barrabasadas. De esos conocemos todavía hoy unos cuantos, pero la mayoría de nosotros seguimos sin enterarnos.

3. ¿FUE ESPAÑA CAUSA DE LA DECADENCIA DE HISPANOAMÉRICA?

3.1. ¿Cuándo y quién comienza la decadencia de Hispanoamérica?

Cuando todo se pone en términos de un debate polarizado entre «hispanistas» —que al menos supuestamente defenderían la labor de España— e «indigenistas» —que también supuestamente defenderían a unos pueblos indígenas desarmados, pacíficos y violentados—, se olvida la existencia de un *tertium genus* , que se escabulle de este debate, y que según interese puede apoyar (o servirse) de unos u otros. Se trata de todos aquellos descendientes de varias generaciones de españoles o de otros colonizadores europeos y de todos los hijos de parejas mixtas, que dieron lugar a un nuevo tipo de poblador: el mestizo y el criollo. Ellos fueron los responsables del proceso de independencia y de todas las medidas posteriores que se tomaron, con sus

luces y sombras. Fueron sus decisiones y actuaciones las que determinaron la situación de decadencia en que incurrieron, «con posterioridad», los nuevos países. Sí, queridos amigos y amigas, hay que decirlo, porque la decadencia de Hispanoamérica comenzó tras la independencia y no antes.

¿Quién luchaba realmente contra los españoles en el proceso de independencia? ¿Los indios o los criollos? Decía Jovellanos en una carta de 17 de agosto de 1811: *Tengo sobre mi corazón la insurrección de América..., No son los pobres indios los que la promueven: son los españoles criollos, que no pelean por sacudir un yugo..., sino para arrebatar un mando que envidian a la metrópoli* . Tampoco es desconocido que la mayor parte de los héroes de la independencia americana contra España se habían formado en academias militares aquí mismo, junto a los compañeros a los que luego combatieron y mataron. Los indios, en la medida que estaban sometidos, no salieron ganando con la independencia ni en uno ni en otro caso. Sólo en su caso lo hicieron los criollos que hábilmente pasaron a considerarse los «auténticos» dueños del territorio, sin mayor título que sus mayores. Conviene recordar esto para situar la auténtica dimensión de algunas polémicas (y complejos) estériles e injustas, que equivocan el objetivo de su diana.

En 1812 Hispanoamérica era bastante más próspera que Estados Unidos e incluso que la propia España. El virreinato de Nueva España (1535-1821), actuales Estados Unidos Mexicanos, eran la región más rica, culta y avanzada no sólo de América, sino superior a muchas naciones europeas. Y la ciudad de México era más moderna y avanzada que Washington o Filadelfia. Es más, lideraba una forma de economía y civilización global, pues se abrieron rutas que unían China y Japón con Cádiz y Sevilla, con el «duro» mexicano de plata como primera moneda de circulación universal de la historia, y con una imprenta establecida en fecha tan temprana como 1539 que permitió el intercambio y difusión de ideas y cultura.

Alexander von Humboldt (1769-1859), en su libro de viajes *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España,* describió las bondades de la labor española en Latinoamérica, en comparación con la anglosajona del norte, destacando sobre todo México y otras ciudades, su arquitectura y las instituciones académicas y científicas con las que eran dotadas al nivel de sus homólogas europeas. Humboldt se sorprendió de que a cuatrocientas leguas de la ciudad de México en Durango se fabricaran pianos y clavicordios y que ya en el siglo XVI los españoles hubieran introducido molinos de ruedas hidráulicas. A diferencia de lo que ocurría en el vecino del norte, donde la «extractiva» Inglaterra jamás habría permitido que fábricas más modernas que las

suyas se hubieran instalado en América, tanto las fundiciones de Coquimbo, de Lima, de Santa Fe, de Acapulco y otras, y los trabajos de orfebrería podían competir con ganancia con obras similares no sólo españolas sino europeas.

Pero incluso aunque otra fuera la conclusión, tampoco resultaría justo ni sano intelectualmente, que siga atribuyéndose todo lo que ocurrió hace más de cinco siglos a los españoles de hoy, la gran mayoría de los cuales descienden de familias que ni siquiera participaron en la conquista. Sin este necesario y sano ejercicio de autocrítica y de madurez, Hispanoamérica nunca ocupará el papel que por tamaño y potencial le corresponde en el mundo. ¿No nos creen? Veamos seguidamente, cómo la propia leyenda negra española ha perjudicado notablemente a Sudamérica por no llevar a cabo un correcto diagnóstico de las causas verdaderas de sus problemas.

3.2. La decadencia política y económica

Aquí podría traerse a colación ese dicho español de que «unos crían la fama, y otros cardan la lana».

a) La «maldición» de la inestabilidad política

La vida política de Latinoamérica ha estado presidida por una gran inestabilidad con continuos cambios de régimen y golpes militares o revoluciones sociales. Esta inestabilidad se ha unido a una discusión, en ocasiones bastante absurda, sobre las fronteras de Estados construidos deprisa y corriendo tras la independencia. Y es que una de las principales causas de esa inestabilidad fue precisamente la estructura territorial que surgió (caprichosamente) y que no respondió ni a criterios históricos pre-colombinos ni a criterios objetivos, sino a otros bastante más oscuros. De estos, no fue menor el interés de las otras potencias, y singularmente de Estados Unidos, por evitar que surgieran en el sur competidores de talla política y militar suficientes como parar disputar «su» primacía en la zona; no ya la de España que se encontraba en franca retirada.

Las dos fórmulas más lógicas tras la independencia eran: bien crear un único Estado hispanoamericano que hiciera frente a Brasil y a los Estados Unidos, que era el sueño de Simón Bolívar, aunque lo oculten sospechosamente sus seguidores. O bien continuar con la división en virreinatos que España había dejado y que se había consolidado como una organización bastante eficaz y razonable. Pero nada de eso se ocurrió ¿Por qué? A veces se olvida que España no pretendió crear un imperio en las Américas, y que de hecho consideró a los virreinatos americanos como iguales en derechos a los virreinatos internos; incluso Cataluña fue gobernada mucho tiempo

por un virrey. Es decir, un único rey para todos. Por eso se consolidó la expresión «las Españas», no tanto por la Península sino para hacer referencia a que tan España era la europea como la americana. Si acaso los teóricos de la época preferían hablar de monarquía católica (también por su significado universal) o directamente «universal» (T. Campanella, 1982). Tal vez por esto el Imperio español duró bastante más que ninguno otro que haya habido en la historia, aunque tampoco esto haya sido valorado ni por los unos ni por los otros.

b) El atraso económico

Los historiadores Andrés Calderón (mexicano) y Rafael Dobado (español) ya han demostrado la falsedad del mito de un Imperio español explotador de los territorios americanos [61] . ¿Robó España el oro y plata y otras riquezas de Iberoamérica? Técnicamente hablando sí, pero no más que el resto de «colonizadores» europeos hicieron con sus colonias. Pero ¿fue España la única, o incluso principal beneficiaria de ese expolio? Ciertamente no. Los españoles eran a su vez explotados por los banqueros Fugger holandeses quienes, sin mancharse los pantalones ni sus blancas manos, recibían oro y plata para pagar los intereses abusivos que imponían a los reyes españoles. Eran además directamente robados por los corsarios y piratas, financiados y apoyados por el Gobierno inglés.

Todo ello no elimina ciertamente el hecho, pero matiza los responsables e impulsores finales de la acción. Unos sacaron más provecho del oro americano que otros. No tanto por impericia, sino por falta de excedentes, ya que por entonces, como ahora, las finanzas españolas acumulaban constantes déficits e incrementos de deuda. Y es que el coste de descubrir y colonizar América fue altísimo. Sólo hay que recordar lo que suponía en el siglo XVI viajar al otro lado del Atlántico y conquistar una extensión que abarcaba desde lo que hoy es Estados Unidos al cabo de Hornos, sin contar las numerosas islas. Otros obtenían los réditos sin tantos gastos. Esto demuestra que los primeros pícaros de Europa no fueron los españoles, sino los holandeses y los ingleses. Debimos aspirar a ser pícaros de altos vuelos, y en su lugar nos quedamos en Lazarillos de Tormes.

España obró un milagro, pero a un muy alto coste. De hecho, la aventura americana le salió muy cara en más de un sentido. Castilla era la que aportaba el grueso de los impuestos para financiar esta empresa, a la que pronto se le unieron dos más en Europa: por un parte, la de defender la fe católica frente al islam y la Reforma, y por otra la de lograr el imperio europeo para Carlos V y luego mantenerlo frente a todas sus amenazas. Tanto es así que

la revuelta comunera comienza por denunciar que Castilla es tratada como una colonia, pues a fin de cuentas Carlos no dejaba de ser un rey extranjero: *No es razón su Cesárea Majestad gaste las rentas de estos reinos en las de otros señoríos que tiene, pues cada uno de ellos es bastante para sí, y éste no es obligado a ninguno de los otros ni sujeto ni conquistado ni defendido de gentes extrañas* »

Ningún país ha tenido tantos frentes y de tal longitud y magnitud abiertos al mismo y durante tanto tiempo. La revuelta de los colonos contra Gran Bretaña se produjo cuando ésta les subió los impuestos para financiar una aventura imperial que empezaba a ser muy costosa, con la «adquisición» de Canadá a Francia. ¿Qué hubiera ocurrido si hubieran debido gestionar desde Cabo de Hornos hasta California? Por otra parte, Inglaterra como consecuencia de la guerra de Sucesión española, que supuestamente ganó Felipe, obtuvo en el Tratado de Utrecht una posición privilegiada en el comercio con las Américas españolas. Hubo que esperar sesenta años para que el conde de Floridablanca en 1778 propusiera aprobar un nuevo reglamento para el comercio libre de España con las Indias, con el que planteaba entre otras cosas: *promover por medios seguros y eficaces la agricultura, las manufacturas y la navegación nacional* (ASEM, Leg. 23, doc. 20)

¿Entonces por qué fracasaron los Estados del Sur de América en comparación con los del Norte? Se han dado muchas razones, incluidas las de tipo racista (demasiada mezcla de razas), organizativo (demasiados países, algunos muy pequeños) o militar (la guerra de independencia en el sur fue demasiado larga). Todas estas razones son discutibles, y en términos comparados no se sostienen [62] . Por de pronto la guerra más cruel y devastadora de la historia ha sido sin duda la Segunda Guerra Mundial (más de 60 millones de muertos) y a los pocos años Alemania y el resto de los países europeos recuperaron la renta de antaño.

¿Cuál sería el elemento que explicaría que países más prósperos que otros cambiaran de nivel económico una vez independizados? Aparte del hecho de que probablemente el efecto «independencia» estaba sobrevalorado por los líderes de entonces (como por los de hoy), otro aspecto que suele pasar desapercibido es que EE. UU. decidió aplicar a los territorios del sur la misma política que Gran Bretaña y Francia venían dedicándole a España en Europa, contando además con su apoyo. Por esta razón, invadió EE. UU. México entre 1836 y 1848 quitándole la mitad de su territorio (incluida Texas y Nuevo México). Y de ahí, su obsesión contra España, para que ésta dejara hasta las últimas de sus colonias (Puerto Rico y Cuba), actitud que «curiosamente» no se extendió al resto de países europeos que han mantenido

islas y colonias hasta el mismo siglo XXI. Por esto mismo consiguió hacerse con el canal de Panamá durante casi un siglo, después de lograr que este territorio se desgajara de Colombia para que fuera más fácil dominarlo.

Tanto Simón Bolívar como José Martí se percataron pronto del problema que suponía la política expansionista del Gobierno norteamericano. Pero pronto se olvidaron y prefirieron insistir, en su lugar, en echar la culpa de los males a España, que salía además más barato, porque ésta estaba lejos y no podía defenderse de acusaciones sin fundamento. Incluso la sucesión interminable de golpes de Estado no tiene fácil explicación sin intervención extranjera. Habría que esperar a la llegada del comunismo (un nuevo enemigo exterior) para que EE. UU. finalmente aceptara que debía cambiar de política hacia Sudamérica y apoyar a su estabilidad y desarrollo, sino quería tener el enemigo en el patio trasero.

3.3. La supuesta decadencia cultural

Se ha acusado a España de haber acabado injustamente con las culturas precolombinas. Pero este aserto ignora varias cosas: primero, que cuando llegan los españoles las culturas incas y mayas estaban ya en decadencia, e incluso la azteca, aunque esto podría ser más discutible. Segundo, que la España que coloniza América era la misma España romanizada, cuya cultura autóctona había desaparecido por obra de la civilización romana. No sucedió así en el caso de la invasión árabe que curiosamente duró más que la romana (y que la española) y que fue más violenta, lo que demuestra que no convence el que quiere sino el que puede. ¿Y qué había en común entre las culturas precolombinas y pre-romanas? Tal vez la presencia de sacrificios humanos en ambas, lo que legitimaría sobradamente por sí misma la necesidad de un cambio cultural. En realidad, a la cultura precolombina no la venció estrictamente la cultura española, sino la civilización grecoromana que ésta representaba.

En cuanto a la lengua, también en España el latín sustituyó poco a poco a las lenguas locales, porque era un instrumento de cohesión, pero también porque representaba el instrumento de difusión de esa misma cultura dominante; es decir por la lógica de los hechos y no sólo por la fuerza. Lo mismo que hoy nadie en España (con excepción de los vascos) clama por la resurrección de las lenguas vernáculas prelatinas, son también una excepción los que en Hispanoamérica no reconocen la riqueza de la lengua española que les ha servido de instrumento de cohesión en el continente, al mismo tiempo que ha sido la base del éxito formidable de las letras hispanoamericanas en el mundo. Es difícil pensar que un Borges, un Octavio Paz, un Gar-

cía Márquez o un Vargas Llosa habrían existido (en realidad, todos ellos descendientes de algún europeo), y habría sido conocida su obra, si hubiera sido escrita en guaraní o aimara.

Es más, se estudiaron las lenguas indígenas, se elaboraron diccionarios, se estudió la geografía, la fauna, la flora... (cfr. J. Marías, 2010, p. 178). A pesar de la Inquisición, el primer libro que se imprimió en el continente americano (incluyendo el norte) fue una gramática náhuatl. Aunque moleste a algunos, lo cierto es que no hubo imposición generalizada del español. Al revés, se impuso el aprendizaje de las lenguas indias por los misioneros antes que la enseñanza del español a los nativos, en los tribunales y en la administración se utilizaban intérpretes, se editaron diccionarios y gramáticas, y de haber imposición ésta se produjo después de la independencia cuando los nuevos Estados se percataron que necesitaban una lengua común para funcionar con la cohesión debida (cfr. S. Muñoz Machado, 2017). Nada nuevo bajo el sol.

Por el contrario, bastó un solo siglo —el XVI — para que los españoles levantaran cincuenta ciudades en América. En cuatro años (1534-1538) los españoles fundaron Quito, Trujillo, Lima, la primera Buenos Aires, Asunción y Santa Fe de Bogotá; a más de una cada año. Habían pasado apenas cuarenta años desde que habían puesto su primer pie en tierras americanas. Se crearon igualmente muy pronto instituciones políticas y jurídicas como la Audiencia de Santo Domingo, que data de 1511. Destaca igualmente la política de universidades. En 1538 se fundó la Universidad de Santo Domingo, en 1551 la de Lima y en 1555 la de México, cuando ya existían varios colegios en el Nuevo Mundo. Es decir, los españoles tocaron tierra americana por primera vez en 1492 y en apenas cuarenta años ya habían fundado una universidad. Dejaron más de once universidades del primer nivel en Latinoamérica.

¿Saben los ingenuos cuántas dejaron otros por ejemplo en la India o en el Congo? Holanda creó en Indonesia los primeros colegios (abiertos a indígenas) y la primera universidad, bien entrado el siglo XX . Y ¿cuánto tardaron los ingleses en crear una universidad en los Estados Unidos? Los ingleses se asentaron en Norteamérica en 1583 por medio del pirata sir William Raleigh, mandado para esta misión por la reina. La primera universidad, una entidad privada sin ánimo de lucro, tuvo que esperar a 1740, la Universidad de Pensilvania ¡Dos siglos después de la primera española! Incluso con esta diferencia temporal los criterios de admisión no alcanzaban a los indios, a diferencia de las españolas que pronto los admitieron. A Humbol-

dt de hecho no sólo le sorprendió la abundancia de universidades públicas, en comparación con el norte, sino que también reconoció que España había sido el Estado de su época que más gastó en la expansión de la cultura en sus colonias, y donde el trabajador indio en México vivía mejor que el aldeano europeo. Se calcula en más de 600.000 los cuadros pintados por la Escuela Cuzqueña en tres siglos de virreinato.

En conclusión, puede decirse que España fue un Estado más «culturizador y cristianizador» que «colonizador» (ver S. Madariaga, 1979, p. 59).

3.4. Hospitales para todos

La campaña para abrir hospitales empieza en la Península con los Reyes Católicos y sus descendientes: Hospital de san Marcos en León, de Santa Cruz en Toledo, el Real de Granada o de la Latina en Madrid creado por Beatriz Galindo y su marido, entre otros muchos. Pues bien, esta política se extiende como un reflejo a Hispanoamérica. Si es cierto que muchos indios murieron por la importación de enfermedades europeas, también lo es que los españoles hicieron todo lo que estaba en su mano no sólo para reducir los efectos perniciosos de ese proceso sino para combatir las propias epidemias locales que también existían.

Uno de los que puso más empeño en crear una red de hospitales fue el «malvado» Hernán Cortés. Poco después de terminada la conquista de Tenochtitlán (1521), una de sus primeras decisiones fue construir dos hospitales: el de San José (hoy derruido para ampliar la avenida de la Reforma) y el de la Limpísima Concepción, conocido en la actualidad como de Jesús Nazareno. Su misión era combatir tanto las epidemias de origen europeo, en especial la viruela, como las epidemias locales. En esta tarea destacaron médicos como Francisco Hernández, primer autor de la botánica mexicana y médico de Felipe II. Pero la obra constructora hospitalaria de Hernán Cortés no se redujo a la ciudad de México, sino que se levantaron asimismo los hospitales de Puebla y Acapulco (ver Remigio Vela Navarrete, «Cortés, más que un conquistador», *ABC,* 25/04/2015, p. 17).

Más tarde (1547) Vasco de Quiroga emprendería la «increíble» construcción de las «ciudades hospitales» cuyo centro inicial estuvo en Pátzcuaro. Poco después, en 1565, se fundaría en Quito el hospital de San Juan de Dios —con el nombre originariamente de «hospital de la Santa Misericordia de Nuestro Señor»—, a iniciativa del sevillano Hernando de Santillán (1519-1574), primer presidente de la Real Audiencia de Quito. El mismo Hospital atendía por igual a la población de origen español que a la indígena, incluidos los más pobres de la ciudad. Un modelo que envidiarían los habitantes

de otras colonias, incluso bien entrado el siglo XX . Que se lo digan al señor Mandela. Fue también famoso el hospital de Guadalupe (siglo XVI), de extraordinario prestigio en el que se inició el tratamiento de la sífilis (llamada entonces «mal de bubas»), primero con el palo de guayaco y luego con los mercuriales. Todo ello reafirma una de las características de esta empresa: el mestizaje también en cuanto a la investigación y los remedios a emplear para combatir lo mejor posible las enfermedades. Algo de nuevo imposible de encontrar en otros procesos colonizadores, presuntamente más civilizados.

3.5. La sorprendente y moderna regulación laboral

Los españoles mantuvieron la «*mita* »: la contraprestación que exigían los propios incas por el trabajo (J. Pérez, 2002, p. 100). El que resultara un salario barato para la época no quita valor al hecho en sí. Sólo habían pasado diez años desde la llegada de Colón cuando, por la Real Cédula de 20 de diciembre de 1503, se obligaba a los encomenderos a pagar a los indios un «salario justo» por el trabajo. Puede que se cumpliera mucho o poco, pero no puede negarse que constituyó un precedente sorprendente de la regulación laboral que muchos siglos después —pasadas algunas revoluciones comunistas— impondría el salario mínimo interprofesional.

Posteriormente, las leyes y ordenanzas de Burgos de 1512, junto a otras firmadas por Carlos I el 4 de septiembre de 1528 y las «leyes nuevas» de 1542, completaron un verdadero germen de derecho laboral. Incluían normas como: la prohibición del trabajo de mujeres (estrictamente a partir del cuarto mes de embarazo) y niños menores de 14 años; el derecho a una vivienda digna para los trabajadores, que se estimaba en una ratio de 4 chozas para cada 50 indios y una hamaca por persona; un periodo de descanso de tres meses por año, donde los indios podrían trabajar para ellos mismos o si lo hacían para el encomendero sólo previa compensación… Puede que estas normas no se cumplieran siempre, pero también resulta obligado reconocer que existían en ¡¡¡1512!!! Y que iban acompañadas de figuras especialmente dedicadas a velar por su cumplimiento, como el «oidor» de la Audiencia de Lima, Hernando de Santillán, autor a su vez de unas ordenanzas muy famosas en Chile que conseguirían que algunas encomiendas funcionaran como verdaderas empresas[63] .

Y en términos comparativos: ¿qué fue peor la misión y la encomienda españolas o la reserva y plantación norteamericanas? La encomienda, con todos los defectos que se le quiera ver, suponía que los indios recibían un trato similar al de los vasallos de los señores del feudo en la metrópoli o en Eu-

ropa, percibiendo en todo caso un jornal por su trabajo. Y las misiones jesuíticas pueden considerarse un ejemplo de desarrollo económico y comercial inclusivo, en el que aborígenes y europeos intercambiaron técnicas y experiencias, a las que no eran ajenas ni el espíritu comercial de los jesuitas, ni la raíz igualitaria del cristianismo

Ya hubieran querido disponer de estas normas los indios de Norteamérica o los esclavos negros que llegaron con posterioridad. De hacerlo, tal vez incluso se hubiera evitado la guerra de Secesión por la cuestión de la esclavitud, que tuvo lugar en ¡¡¡1861!!! Si nuestro rey Carlos I hubiera sido norteamericano, Lincoln hubiera quedado, en su caso, en un actor muy secundario. Es más, si la Inglaterra de finales del siglo XIX y principios del XX hubiera tenido normas semejantes adaptadas para el trabajo en sus minas, probablemente Marx no hubiera tenido que escribir nunca *El capital* . Tal vez no nos extrañe tanto si recordamos que España fue el primer país en instaurar la jornada laboral máxima de 8 horas al día por un decreto de 3 de abril de 1919. En todo caso, destacar los aspectos positivos del Imperio español, que los tiene y muchos, nos concierne a ambos lados del Atlántico. ¿Por qué limitarnos en su lugar a despreciarlo?

58 Existe un solo aspecto en el que las excolonias españolas quedan peor paradas que otras: el grado de violencia social. De las cincuenta ciudades más violentas del mundo (porcentaje de homicidios por cien mil habitantes) veinticinco son hispanoamericanas (cfr. *Informe 2013 del Consejo ciudadano de México para la seguridad pública y justicia penal*) destacando Honduras (que contiene la ciudad más violenta del mundo), Venezuela, Guatemala, San Salvador y México. Sin embargo, otras veinticinco ciudades pertenecen a Brasil (16), Estados Unidos (4), Sudáfrica (3) y Jamaica (1). Por tanto procedentes de metrópolis portuguesas y británicas. En todo caso, es difícil llegar a conclusiones definitivas en este asunto, porque influyen varios factores (incluida, aunque moleste a algunos, la cultura autóctona) y porque cambia según el enfoque. Por ejemplo, tomando el número de ciudades implicadas el país más violento del mundo sería Brasil y el más violento de África uno de influencia anglosajona (Sudáfrica).

59 Citado por G. Anes, «Benjamin Franklin en la Europa de las luces», en G. Anes y E. Garrigues, 2007, pp. 34-65, pp. 35 y 35.

60 Sin que sirva de excusa, el concepto de la muerte que tenían los autóctonos les hacían librar unos combatientes terribles (aunque ciertamente con menos medios), hasta el punto que tal fue el motivo de la creación de la legión y de las tropas regulares, y su especial canto a la muerte. Dice Lorenzo Silva (2001) en su novela histórica sobre la guerra de África *El nombre de los nuestros* : *Los moros habían nacido para luchar, era su forma de vida y no se consideraban hombres sin un arma. Los moros de las montañas, según le había contado Haddú, llegaban más allá. Para ser un hombre entre ellos, era necesario haber matado a alguien* (p. 28).

61 «Siete mitos acerca de la historia económica del mundo hispano» en *Pintura de los Reinos. Identidades compartidas en el mundo hispano* , ed. Real Academia de la Historia/Academia Mexicana de la Historia, México, 2012, pp. 75-103

62 La excusa «racista» aunque hoy nos sorprenda, fue sostenida por uno de los mayores antropólogos de fines del siglo XIX , Luis Agassiz, catedrático de Harvard. Según él, la mezcla de razas producida en América había ocasionado poblaciones gravemente discapacitadas para desarrollarse y aun para reproducirse (citado por F. Fernández-Armesto, «Revoluciones atlánticas: consecuencias en los ámbitos anglosajón e hispano» en. G. Anes y E. Garrigues, 2007, pp. 181-197, p. 182).

63 Ver Fernando Castillo Opazo, «El impacto de la conquista española en las formas de trabajo indígena durante el siglo XVI en el cono sur» en M.C. Mineiro Scatamacchia y F. Enriquez Solano, 2008, pp. 144-153.

V.

EL IMPERIO CONTRAATACA: ESPAÑA FRENTE A GRAN BRETRAÑA, FRANCIA Y ESTADOS UNIDOS

España tiene en el mundo dos enemigos naturales: Francia e Inglaterra (...) aun siendo ambas adversarias de España, no son necesariamente aliadas

S. de Madariaga, 1979, p. 219

1. UNA MISMA VARA PARA MEDIRLOS A TODOS

Ya hemos visto que nuestros adversarios históricos por excelencia, y creadores de la leyenda negra, fueron Gran Bretaña y Francia, a los que se unió en una segunda fase Estados Unidos. Y que esa leyenda negra fue en gran parte inventada. Pero aunque admitamos que el Imperio español no fue perfecto es cuestión de justicia analizar cómo actuaron otros (si peor o mejor) en parecidas circunstancias. A esta tarea dedicamos las páginas que siguen.

De paso veremos cómo en ocasiones se aliaron contra nosotros, de manera a menudo injusta e incluso irracional. Sirva como aperitivo: Luis XIV trató de imponer la monarquía francesa a la española, llegando para ello con Inglaterra a diversos acuerdos parciales [64] . Destaca el firmado en 1661, por el que Francia entregaba a Carlos II de Inglaterra una pensión anual de 200.000 escudos, y apoyaba de paso la intervención de éste en Portugal. Ya antes había sobornado a lord Clarendon para lograr que el mismo Carlos II se casara con Bárbara de Bargança (aunque finalmente sin éxito). Un Carlos II por cierto que pronto había olvidado el apoyo español durante sus años de exilio en los Países Bajos, al mismo tiempo que las afrentas recibidas de Francia.

2. ¿FUE MEJOR EL IMPERIO BRITÁNICO QUE EL ESPAÑOL?

2.1. Historia de una obsesión contra España

Oliver Cromwell declaró ante el Parlamento británico: *Verdaderamente nuestro gran enemigo es el español. Lo es. Lo es de forma natural* . Una frase como ésta nunca ha salido de un gobernante español, ni siquiera en tiempos de Franco. La enemistad entre Inglaterra (luego Reino Unido) y España tiene un cuádruple componente: comercial, político, religioso y personal. Las pretensiones políticas y comerciales de Inglaterra sobre el Nuevo Mundo y el recelo al poderío naval y económico español llevarían a financiar, apoyar y utilizar una red de piratas-corsarios. El carácter excesivo de Enrique VIII

y el maltrato a su primera esposa (española), con la que se divorció rompiendo para ello con Roma, sembró el conflicto religioso y personal, que luego llegaría a su máximo apogeo con el enfrentamiento directo entre Felipe II e Isabel I, que bien pudieron haber sido, sin embargo, marido y mujer. Desde entonces hasta ahora las relaciones británico-españolas nunca han sido pacíficas del todo, a pesar de la permanente presencia de un grupo bien nutrido de anglófilos en nuestro país. Mucho más numeroso (e ingenuo) que el de los hispanófilos (si tal cosa existe) en Gran Bretaña. La pervivencia de la última colonia (Gibraltar) de un país europeo en otro país europeo es muestra elocuente de ello.

Y, sin embargo, la historia de España y de Europa habría sido otra si Inglaterra hubiera acertado a encontrar en aquélla una aliada firme contra su enemigo natural que había sido siempre Francia. No hay que olvidar que fue Carlomagno el que acabó por las bravas con la religión y las tradiciones sajonas. Esta alianza pudo ser posible sobre todo en 1623, cuando bajo el reinado de Jacobo I, hijo de María Estuardo que había sido ejecutada por su prima Isabel I, estuvo cerca de conseguir el *Spanish match:* el matrimonio de la Infanta María (la hermana de Felipe IV) con el príncipe de Gales. Un matrimonio que fracasó por muchas razones y todas las estratagemas imaginables, a favor y en contra. Una de las dificultades (curiosamente) fue la falta de tolerancia del Gobierno inglés en relación con los católicos, una exigencia española que se mantuvo firme hasta el final. A ello se añadieron intrigas palaciegas y papales de todo tipo (instigadas fundamentalmente por Richelieu) que dieron al traste con la potencial alianza. Inglaterra pagó un gran precio por ello (el que fue Carlos I perdió todas sus batallas contra nosotros) pero España a la larga se ganó un enemigo contumaz y peligroso, mientras Francia supo sacar clara ventaja de ese enfrentamiento. Dos siglos después, a principios del siglo XIX , tal alianza volvió a plantearse; esta vez el enemigo era Napoleón, pero entonces Inglaterra estaba crecida y pensó que ya no necesitaba a España como aliada estable.

Hubo asimismo otros momentos que hubieran podido cambiar nuestra relación. Primero, cuando Felipe II contrajo matrimonio con María Tudor, descendiente de la española Catalina de Aragón y Enrique VIII. Segundo, cuando se pensó en Isabel Clara Eugenia (hija de Felipe II) para hacer valer sus derechos dinásticos en la corona de Inglaterra. Y en tercer lugar, si la Armada Invencible hubiera llegado a las costas británicas, y no lo hubieran impedido las tormentas y los servicios secretos ingleses más que la pericia de sus marinos ingleses, otra Europa habría sido posible y no necesaria-

mente peor[65]. También pudo muy bien la historia acabar de otra manera, pues si España fue derrotada en Trafalgar, Inglaterra sufrió su más humillante derrota militar en Cartagena de Indias. Sorprende a este respecto nuestra ingenuidad de ofrecer plazas y calles con un nombre de derrota (Trafalgar) cosa que obviamente resulta imposible encontrar en ciudades inglesas.

Cualquiera de esos lances del destino habrían podido cambiar la historia de Europa, probablemente para bien pues con una alianza firme entre Reino Unido y España, al menos alguna de las guerras mundiales no habrían tenido lugar. Pero, la política británica se consolidó en contra de lo español, con lo que todos salimos perdiendo. Incluso a principios del siglo XIX cuando vinieron a ayudarnos contra el invasor francés, aprovecharon la ocasión para consolidar su protectorado de facto sobre Portugal y de paso destruir alguna industria española que competía con las suyas, como la Real Fábrica del Buen Retiro cuyas instalaciones fueron voladas con explosivos por orden expresa del general Hill el 31 de octubre de 1812, una vez los franceses ya se habían rendido. ¡Ay, mis queridos ingenuos!

2.2. La leyenda negra británica oculta

a) Busque las diferencias

Puede que este análisis crítico del Imperio británico, por extraño y desconocido, sorprenda o moleste a más de uno —por de pronto a algún británico—, pero debemos aclarar que se basa en datos ciertos y en fuentes británicas. Obviamente podría completarse con algunos otros datos sobre lo que han hecho bien…, en comparación. Pero de esta manera tal vez comprendan, ésa es mi esperanza, lo que hemos debido sufrir los españoles durante siglos.

Se han hecho varios intentos de comparar el Imperio británico y el español, sobre todo en relación con su presencia en América. No obstante, la mayor parte de estos intentos tienen una curiosa característica en común: han sido escritas por ingleses. El más sectario probablemente sea también el primero: en 1770 J. Hector St. John de Crévecoeur describe la América británica como una especie de paraíso en la tierra comparada con la española. Una obra conocida más reciente es la de James Lang (1975), *Conquest and Commerce. Spain and England in the Americas,* donde sostenía la «revolucionaria» idea de que España era un imperio de conquista mientras Inglaterra uno de comercio, con un juicio lógicamente más favorable al segundo. ¿Se sorprenden?

Sin embargo, si la batalla de Lepanto (1571) hubiera sido ganada por una armada comandada por un tal sir Drake (un pirata a fin de cuentas) o un tal sir Nelson..., ¡cuántas loas!, ¡cuántos libros enteros dedicados a tan formidable hazaña frente a proverbial armada turca del gran Imperio otomano de Solimán el Magnífico! ¡Ay, amigos! Pero el éxito fue de don Juan de Austria (1545-1578), hijo de Carlos I y la burguesa alemana Bárbara Blomberg, que nació con el nombre de Jeromín, y era hermanastro del rey Felipe II. Y entonces... esa batalla de repente puede quedar fácilmente minimizada, relativizada en su valor y significado, sobre todo en comparación con otras que encabezaron otros. Busquen, busquen en los libros franceses o ingleses de historia contemporánea.

Ciertamente existen también otros ingleses que se han dedicado a estudiar nuestro imperio (y no sólo el suyo) con aparente objetividad y hasta entusiasmo. Dos ejemplos notables son: John Elliott, *Imperial Spain* (en 1963) y Hugh Thomas, *Rivers of Gold* (2003), titulado en español simplemente *El Imperio español.* H. Thomas (2003, p. 5) reconoce que el Imperio español duró más de trescientos años, muchos de los cuales permaneció incontestado, una duración mayor que el Imperio británico, francés, holandés o ruso. Pero aun dando por supuesta su bondad y desinterés, uno no analiza nunca con la misma pasión (para bien o para mal) ni «objetividad» lo propio que lo ajeno [66] . Resulta irresistible deslizar algunas frases exculpatorias de los errores propios o magnificar los ajenos como de pasada, cuando se tiene el corazón donde se tiene. Sería relativamente fácil hacer un trabajo de exégesis de las obras de los reputados hispanistas, pero no es éste el sitio apropiado para ello [67] . Lo cierto es que no existe el caso opuesto: españoles reconocidos en Inglaterra para darles lecciones sobre su propia historia. ¿Por qué será?

Por ello, para tratar de efectuar una comparación lo más objetiva posible (dentro de la subjetividad reinante), partiremos de dos estudios (críticos) del Imperio británico y del español, realizados, por un británico y un español. Dos autores respetados y sensatos: Niall Ferguson, *El imperio británico. Cómo Gran Bretaña forjó el orden mundial* , (2005) y Manuel Fernández Álvarez, *Sombras y luces en la España imperial* (2004). Los dos tratan de ser objetivos (contraponiendo virtudes y defectos) a la hora de analizar los imperios encabezados por sus respectivas naciones. Uno es claramente positivo en cuanto a los logros políticos y económicos que superan, según su conclusión final, de forma aplastante a los posibles defectos. Mientras el otro, centra las virtudes exclusivamente en los aspectos culturales y artísticos, algu-

nos por cierto a manos de creadores foráneos como El Greco. Los dos reconocen defectos imperiales, pero mientras uno logra compensarlos con los logros, el otro rechaza de antemano siquiera intentarlo. Uno es grandilocuente en el manejo de imágenes y cifras (el Imperio británico sería el más grande de la historia y el que marcaría el orden mundial para siempre), el otro es más bien cauto, humilde y moderado, como si (tal vez) fuera consciente de que si osara levantar la voz de los éxitos españoles sería acusado de reaccionario y patriotero.

Los errores y los horrores del Imperio británico son como para que muchos se queden un rato callados mientras toman el té de las cinco. N. Ferguson (2005, pp. 37-38) reconoce con honestidad más de uno. En primer lugar, el Imperio británico habría nacido sobre el expolio y el saqueo indiscriminado del Imperio español a manos de piratas y delincuentes (precursores también de los mercenarios) alentados y protegidos por el rey inglés de turno, con «un vendaval de latrocinio y violencia marítima» y por una nada sana «envidia» del español. Ello se debía a que los ingleses eran conscientes de que no podían vencer a los españoles en una guerra formal, de acuerdo con las normas establecidas por caballeros, y temían que con los recursos que estaba obteniendo en América, España sería invencible por muchos siglos. La piratería era considerada por el Gobierno inglés como una forma barata de hacer la guerra a España. Robar el oro y la plata que traían los españoles, impedía que estos afianzaran su posición de dominio internacional, que es lo que temían los británicos. Cuando ya no hubo oro y plata que robar, se dedicaron a conquistar otros territorios para conseguir más directamente sus riquezas. Así ha sido hasta bien entrado el siglo XX , donde la obsesión por el oro negro sustituyó a los metales dorados. La obsesión británica por retener Gibraltar no fue sólo para controlar la entrada y salida de barcos en el mar Mediterráneo, sino para cortar la posibilidad de que España se expandiera hacia el sur, lo que suponía una tendencia natural de ésta (S. de Madariaga, 1979, p. 211).

El Imperio británico sería asimismo el precursor del narcotráfico internacional, como atestiguarían las guerras del Opio, a través de las cuales se fomentaba el comercio del más famoso opiáceo frente al Gobierno chino que quería su prohibición: ¡quién te ha visto y quién te ve! De hecho, la toma de Hong Kong en 1841 fue debida a la necesidad de proporcionar a empresas británicas una base segura para su contrabando de opio (N. Ferguson, 2005, p. 208). Del mismo modo, Gran Bretaña fue la nación que lideró durante años el comercio de esclavos; casi un tercio del total pasaba por

barcos o comerciantes británicos. Es cierto que una vez conseguida la posición de predominio que buscaba, aparecieron ciertos resquemores morales en su población. Esto sería suficiente para olvidar, según N. Ferguson, los pecadillos de juventud, y encaramarse como la nación protectora de la libertad, el imperio de la ley y los derechos individuales. Otros, sin embargo, no hemos tenido tanta suerte o habilidad a la hora de cambiar de caballo (o de máscara), ni de contar con tan comprensivos defensores en medio de la carrera y librarnos así del estigma.

b) Principios, objetivos, comportamiento y organización de cada imperio

El imperio era fundamentalmente un instrumento para fomentar la gloria y la riqueza de Gran Bretaña a través del dominio de los mares, la expansión del comercio, la mano de obra barata y una utilización indiscriminada de materias primas y minerales de distinto tipo que los territorios ocupados proporcionaban. Por el contrario, el Imperio español no surgió contra nadie, ni para quitar el protagonismo a ninguna otra ponencia, sino casi por casualidad, por la genialidad de un marinero genovés al que sólo supo escuchar otra también genial reina castellana. Luego se apuntaron muchos otros. Hubo a partes iguales idealismo —para muchos de los colonizadores su libro de cabecera sería el *Amadís de Gaula*— e interés crematístico en la operación, aunque más de lo primero que de lo segundo. Un ejemplo: el primer oro de Colón sirvió para decorar la iglesia Santa Maria Maggiore de Roma.

Es cierto que detrás de «la aventura» por excelencia —después del primer viaje de Colón todas las demás sólo fueron imitaciones menores— se encontraba descubrir una posible nueva ruta a la India, pero ello no quita heroísmo ni carácter altruista al hecho de mandar tres carabelas (unas barquichuelas para los estándares modernos) a lo desconocido (en sentido literal pues no había ni mapas) y casi a una muerte segura. A la postre, el oro de las Américas (el que no nos robaban los ingleses, claro), servía para mantener la maquinaria que permitía sobrevivir al propio imperio, pero no para que los castellanos pagaran menos impuestos (los únicos que lo hacían) o fueran más ricos.

En cuanto a las formas y maneras de actuar y de organizarse, hay que tener en cuenta que el Imperio británico nace, y más bien tímidamente, en 1615 con la adquisición de Jamaica, más de 120 años después de que lo hiciera el español. Es decir, sería tanto como comparar al imperio *soft* actual que dirige los Estados Unidos en pleno siglo XXI , con las propias formas de actuar del británico de los siglos XIX y XVIII . Cuando España plantea su im-

perio «global» a ambos hemisferios del planeta y tiene que ejercer el poder sobre tierras ignotas, extensísimas y lejanas —sin contacto por tierra y con meses a veces de navegación marítima— no había ningún precedente en el que mirarse, nadie de quien poder aprender o imitar. Hubo pues que actuar sobre la marcha y echarle un par de bemoles, actividades ambas en las que los españoles hemos sido insuperables. Todos los demás aprendieron de nuestros errores y copiaron nuestras virtudes, pero el crédito se lo llevaron ellos. Esto no es mérito, es puro sentido común. Teniendo en cuenta el contexto histórico, geográfico y técnico, no lo hicimos tan mal. Por el contrario, resulta todavía a día de hoy un increíble milagro hacer lo que hicimos y cuando lo hicimos.

En cuanto a la economía, ¿qué fue realmente peor, la «misión», la «encomienda» española en América del Sur o la «plantación» y la «reserva» en la América del Norte? En todo caso, es sólo un mito que la colonización británica trajera riqueza a sus colonias mientras que la española dejara países pobre tras de sí. China y la India eran las economías más avanzadas del mundo en el siglo XVI . Sin embargo, tras sufrir años de colonización británica llegaron a principios del siglo XX mucho más pobres (N. Ferguson, 2005, p. 414). Por el contrario, Gran Bretaña progresó económicamente gracias al comercio desigual con sus colonias (siempre favorable a la metrópoli). Perdidas éstas, su hegemonía económica también murió… a pesar de la brillante idea de crear la Commonwealth. Su nombre (poner la riqueza en común) expresa muy bien el origen y sentido que tuvo toda la construcción imperial para el Gobierno británico: todo estaba supeditado a aumentar la riqueza… de Gran Bretaña y de los británicos. Cuando acabó el imperio, la economía de Gran Bretaña cayó en picado. El gigante tenía los pies de barro, y sin el mercado de sus colonias se convirtió poco a poco en una potencia de segundo orden, sólo salvada por la especial relación y apoyo que le prestaba ahora la nueva metrópoli mundial: los Estados Unidos. Sólo un dato: de abarcar el 25% de las exportaciones mundiales en 1950 pasó al 9 por ciento en 1973.

Como afirmaba Montesquieu en *El Espíritu de las leyes* (XX, 1): *Inglaterra supeditó siempre sus intereses políticos a los del comercio. Es el pueblo que mejor ha sabido servirse de tres cosas importantes: la religión, el comercio y la libertad.* Lo que traslucen las palabras de Montesquieu es que Inglaterra supo servirse del comercio, de la religión y de la libertad (o su concepto de ella) para proteger y agrandar sus intereses políticos que se identificaban con su preeminencia económica. De hecho, cuando Japón en la Segunda Guerra Mundial invadió

parte del Imperio británico fueron recibidos, en una primera fase, como salvadores (luego serían incluso peores, suele pasar con los que van de salvadores). Y también por esto Roosevelt, cuando se reunió en alta mar con Churchill, puso como condición para entrar en la Segunda Guerra Mundial que Gran Bretaña renunciara a su imperio.

Los que primero se dieron cuenta de esa estrategia exploradora fueron los propios colonos norteamericanos porque compartían la misma fuente cultural. Por eso plantearon la independencia rápidamente y no dudaron en acudir a las armas. Cuando se alude, como causa de la guerra de la Independencia de las trece colonias a los impuestos que debían pagar sin estar representadas en el parlamento inglés, se olvida que en las Cortes de Cádiz estuvieron representados los territorios de ultramar sin ser considerados nunca como colonias sino como otras provincias de España con iguales derechos y deberes que el resto. La consideración de partes de España (o de las Españas) y no colonias fue de hecho muy temprana. Tal vez por eso el Imperio español duró mucho más tiempo que el británico, aunque a algunos les cueste reconocerlo.

Cuando se valora de forma positiva el modelo «privado» de las compañías de las Indias británicas y holandesas, se olvidan las dificultades económicas que atravesaron en ocasiones (denunciadas incluso por Adam Smith), los malos dirigentes que tuvieron (Hastings) y cómo favorecieron descaradamente a los productos de la metrópoli sobre la posible promoción de una industria local autosuficiente, o cómo se nutrieron de las rentas del contrabando del opio. Y cuando se habla del carácter «científico» de la Royal Geographical Society, se olvida que ésta se fundó en 1830, cuando España se había quedado sin su imperio. Hablando de valores científicos, ¿existe un museo en Madrid que se haya nutrido de expolio de piezas de incalculable valor de nuestras excolonias, como ocurre con el British Museum o el Louvre? A una cosa no nos ganan, a inventar refranes, como ese que dice: «Cría fama y échate a dormir». Aunque a fuerza de ser honestos hay que reconocer que los británicos no han dormido demasiado.

Los privilegios de ciertas clases y estamentos también eran marca de la casa, e incluso muchos siglos después lo siguió siendo, hasta el punto de que Marx escribió *El capital* en Londres y no en Madrid, tal vez porque el trato a los mineros, sobre todo mujeres y niños, era especialmente cruel en las cuencas mineras británicas, normalmente propiedad de alguna familia noble de la zona. En cuanto al comportamiento de los indígenas, se olvida que en Canadá desapareció el 90 % de la población indígena, y que la conquista

a manos de James Cook de Australia, Tasmania y Nueva Zelanda dio lugar a la ocupación de estas tierras por millones de blancos, no precisamente de la mejor calaña (muchos expresidiarios), así como al casi total exterminio de la cultura y población autóctonas.

En Australia pasaron de unos 800.000 aborígenes cuando llega Cook, a unos 30.000 a principios del siglo XX , siendo considerados desde el principio (dos siglos después del descubrimiento de América) como no humanos. En el caso de Tasmania simplemente no quedó ni uno. Por no hablar de la gran hambruna de Bengala ocasionada por decisiones económicas absurdas a manos de los gobernantes ingleses, que en cuatro años (1769-1773) ocasionó la muerte de 10 millones de bengalíes, un tercio de la población (Harari, 2016, pp. 307, 332). Esto no lo decimos sólo nosotros. Franklin Delano Roosvelt sostenía en 1942: *Explotar los recursos de una India, una Birmania, una Java; sacar toda la riqueza de esos países, pero nunca devolverles nada (...). Suciedad. Enfermedad. Una tasa de mortalidad muy elevada (...) Esas personas son tratadas peor que ganado (...) Por cada dólar que los británicos han puesto en Gambia han sacado diez. Es pura y simple explotación* .

Pero todos estos datos son habitualmente ignorados en cualquier libro sobre historia británica. De hecho, oficialmente no se reconoció ninguna derrota naval, a pesar de que sólo el almirante Nelson fue vencido hasta en tres ocasiones por los españoles. Incluso admitiendo errores por ambas partes, los nuestros al menos tuvieron algún efecto positivo. Así, acudamos a un análisis pragmático a manos de una voz nada complaciente: Felipe Fernández-Armesto, un catedrático de Historia, hijo de padre español (y gallego) y madre inglesa, nacido en Londres, y naturalizado británico, profesor antes en el College de Londres y después en la universidad norteamericana de Notre Dame: *No soy ningún fan de los imperios, pero el español tuvo el gran mérito de ser ineficaz. Como súbdito lo hubiera preferido sin duda, porque permitió la supervivencia de las tradiciones de los colonizados y una cierta libertad. Tuvo un gran impacto cultural y religioso, marcado por la introducción del capitalismo. El británico, en cambio, sólo ha dejado el fútbol, el rugby y el cricket* (entrevista en *La Vanguardia. Cultura* el 1 de mayo de 2010).

Lo cierto es que la descolonización británica dejó detrás países sin consolidar, con fronteras débiles y conflictos larvados, que han sido y siguen siendo consecuencia de la mayor parte de las guerras del siglo XX , quitando las dos guerras mundiales donde por cierto siempre estuvo Gran Bretaña presente. Simplemente nunca pensaron en un futuro sin ellos. Y si todavía existiera alguien que apoya las razones por las que la moderna y demo-

crática Gran Bretaña ha mirado con recelo a la atrasada España durante años, conviene recordarles que periódicos como *The Tablet* y *The Daily Mail* apoyaron a Franco durante la Guerra Civil, que Churchill se negó a intervenir en España cuando acabó la Segunda Guerra Mundial, y que el *Dragon Rapid* despegó de Londres.

2.3. La mayor campaña de *marketing* de la historia

¿Por qué existe una leyenda negra antiespañola y no su corolario antibritánico? Puestos a crear leyendas negras, ¿por qué la de nuestro austero Felipe II y no la del excesivo y machista Enrique VIII? Este último incluso ha sido acusado de haber estado detrás de la muerte de Carolina de Aragón, su primera mujer. ¿E Isabel I, responsable de ejecución del segundo conde de Essex, de María Estuardo y de dos guerras genocidas en Irlanda por ser católica (en las décadas 1580 y 1590 la ciudad de Munster y el Ulster fueron asolados y su población católica masacrada)? Nada, pelillos a la mar. El caso de Inglaterra representa la primera y mayor operación de *marketing* (positivo) que haya conocido la historia. Ha habido, y los hay, críticos del Imperio británico, pero estas críticas nunca han pasado de lo anecdótico o singular. ¿Por qué? No ciertamente por falta de motivos suficientes, como ya hemos resaltado: pueblos indígenas diezmados, jefes de tribus engañados, obligados sus supervivientes a vivir aislados en «reservas»; esclavos azotados y obligados a trabajar (y a otras muchas cosas) hasta la extenuación y sin derecho a compensación ni a ninguna otra cosa; drástica reducción de la riqueza de naciones como la India o China, que antes de la ocupación eran las más prósperas de Asia; respuesta brutal frente a revueltas de relativa baja intensidad (cfr. India en 1857, Jamaica en 1831 o 1865, Sudáfrica en 1899); el empleo indiscriminado de la célebre metralleta Maxim en África; negligente reacción frente al hambre de la población «colonizada»; actividad de saqueo, robo y violencia marítima indiscriminada...

Más bien, gracias al hábil manejo del lenguaje y la propaganda. Veamos, los españoles eran «conquistadores», «explotadores», «violentos»; los británicos «colonos», «pioneros», «exploradores», «aventureros». Los pobladores indígenas de las colonias británicas eran salvajes y corta-cabelleras; los de los españoles, civilizados y pacíficos, aunque cuando volvió Colón en su segundo viaje comprobara que no había quedado vivo ni uno solo de los hombres que había dejado en La Española en el fuerte llamado Navidad... Los unos veían reconocidas internacionalmente sus aventuras, mientras los nuestros debían ver cómo eran ignoradas o desprestigiadas sus hazañas, aunque fueran autores de grandes hechos (descubrir el origen de un río, la

existencia de unas cataratas...) no menores a los de los otros..., sólo que realizadas siglos antes y con muchos menos medios. Basta comparar el «prestigio y fama» de Francisco de Orellana, descubridor y explorador en 1542 del río Amazonas (hoy reconocido como el más largo del mundo), y la de David Livingstone que actuó más de cuatro siglos después. ¿A quién se conoce más? ¿Por qué?

En la imagen amable de la «conquista» británica aparece otro elemento hábilmente explotado: su política de enviar familias enteras a ocupar terreno (a las que se prometían tierras y beneficios), lo que facilitaba presentar una cara más desvalida (aunque pudieran estar armados hasta los dientes), que la de un ejército invasor con sus uniformes y demás, aunque también existiera. Y sin embargo, esta política facilitó asimismo la separación radical y la discriminación racial, que fue mucho menor en el Imperio español con el fenómeno del mestizaje. Con todo, esa pretendida cara amable la rompería definitivamente en pleno siglo XX una persona de gran carisma como Gandhi. Ahí empezó probablemente la decadencia del Imperio británico, cuando su «imagen» impoluta y caballeresca fue puesta al pie de los caballos por un hombrecillo vestido de blanco, con el que era difícil ganar la batalla de la opinión pública. El asesinato de Gandhi recuerda demasiado al de Kennedy: incomprensibles los motivos que llevaron a tal acto e imposible de saber los grupos que se encontraban realmente detrás.

Pero ahí no queda la cosa, ¿qué decir de su actuación con otros países europeos? Aquí la maestría en la manipulación alcanza tal vez sus cotas más elevadas. Gran Bretaña ha guerreado y quitado tierras y colonias a prácticamente todas las naciones importantes de Europa, casi siempre con violencia, y a veces con puro robo, engaño y traición. Y sin embargo... su imagen entre las poblaciones y gobiernos de la vieja Europa y la nueva América ha sido prácticamente intachable. Sorprende especialmente el caso de Holanda. Cuando Holanda era una pequeña-gran potencia marítima su principal adversario era Inglaterra: tres guerras se sucedieron entre 1652 y 1674, y si bien al principio la suerte sonrió a los Orange (Guillermo III de Orange llegó a ser rey de Inglaterra), a la postre las guerras con Inglaterra y Francia dejaron reducido su territorio europeo y sus colonias de ultramar. En algunas de estas guerras Holanda incluso buscó desesperadamente el apoyo de España; una muestra del carácter ambivalente y cambiante de la historia. El caso sintomático es el de Nueva Ámsterdam, que Holanda perdió (como el resto de sus posesiones en Estados Unidos) a manos de los ingleses: ¿no

se pregunta nadie en los Países Bajos qué habría pasado si los Estados Unidos hubieran sido una colonia holandesa?

Y así llegamos a la actualidad. Mientras la Commonwealth («riqueza en común») goza de relativa buena salud, en el 2001 tuvo lugar una conferencia internacional de las Naciones Unidas en Durban donde se condenaron los efectos del colonialismo sobre los pueblos africanos y asiáticos, y «otros pueblos indígenas», a efectos del racismo, discriminación racial, xenofobia y otras formas conexas de intolerancia de los cuales seguían siendo víctimas en pleno siglo XXI . Pocos años antes, en 1999, una comisión de países africanos propuso una demanda de indemnización por las vidas humanas perdidas como consecuencia de la trata de esclavos y la extracción de oro, diamantes y otros minerales durante el régimen colonial. Había otros países implicados, pero la nación en la que todos pensaban era Gran Bretaña como gran responsable. Baste considerar que, al menos, un tercio de los esclavos de raza negra fueron consecuencia de agentes o barcos británicos. Sólo desde el puerto de Liverpool salieron en un año (1740) treinta tres barcos dedicados al comercio de esclavos. Y sólo a América entre 1662 y 1807 llegaron cerca de tres millones y medio de esclavos en barcos británicos. Ello implicaba que la cantidad a pagar por los británicos hubiera sido al menos de 150.000 millones de libras esterlinas (N. Ferguson, 2005, pp. 18, 112, 115). Por supuesto la demanda quedó en nada. ¿Les extraña?

2.4. Caballerosidad y eficacia ¿británicas o españolas?

La eficacia, el poderío naval y el respeto a las normas fueron en un principio (aunque hoy a más de uno le sorprenda) patrimonio de los españoles, los cuales poco a poco fueron suplantados y desplazados por los británicos en todos estos cetros. Han logrado imponer una imagen colectiva de caballerosidad, eficacia, honestidad, respeto a los derechos humanos, las reglas de juego y el *fair play* …, a pesar de haber sido expertos en todo lo contrario; nadie diría hoy que son los antecesores de la piratería internacional. Del mismo modo, la caballerosidad y la elegancia pertenecieron en un principio a los españoles. El arte del protocolo lo introduce Carlos I (de España), proveniente del Ducado de Borgoña, y lo continúa Felipe II. Cuando el duque de Feria o el marqués de Cerralbo ejercieron de embajadores de España ante el Reino de Inglaterra en tiempos de Felipe II e Isabel I, o más tarde (1613) el conde de Gondomar en tiempos de Felipe III, no sólo su alta eficacia diplomática era apreciada, sino también su elegancia y las buenas maneras eran admiradas como patrimonio de los españoles, mientras que los ingleses pasaban por rudos y faltos de educación [68] .

En este contexto no es de extrañar que cuando Inglaterra (y luego Gran Bretaña) hizo frente al Imperio español no le importara echar manos de delincuentes (corsarios y piratas) y todo tipo de artimañas. Y ello hasta muy tarde. Mientras tanto, es conocido el caso del almirante Castro Méndez Núñez que en la guerra contra Bolivia, Chile, Ecuador y Perú (a los que apoyaban Reino Unido y los Estados Unidos) en 1864-1866, antes de bombardear el puerto de Valparaíso dio un plazo de cuatro días para que se evacuase la población, lo que permitió igualmente retirarse a los barcos británicos y estadounidenses que se encontraban en el puerto. Hecho que le atribuye la frase: *Más vale honra sin barcos que barcos sin honra* . Todo ello formaba parte de la cultura dominante entonces. Así, según Quevedo un hidalgo o noble español prefería pasar hambre antes que robar o molestar a una mujer. Y Lope de Vega (1935, p. 198) señalaría en el célebre poema «La Dragontea»:

Españoles hidalgos envidiados
por las armas de todas las naciones
temidos, perseguidos y estimados
por vuestros indomables corazones .

Lope narraba la derrota de Francis Drake a manos españolas, poema que curiosamente encontró notables dificultades para poder ser publicado en Madrid, a pesar de ensalzar las virtudes de la Corona y las tropas españolas (¿les sorprende a estas alturas?). Tal vez esas dificultades —que se decía se debían a imprecisiones históricas nunca comprobadas, ¿en un poema?— obedecieron más bien a que algunas naciones no quedaban precisamente bien paradas (¿adivinan cuál?):

Y fuera de que el cielo nos ampara,
sólo el ser españoles nos obliga
a no volver al fiero Inglés la cara,
cuando con más poder nos busque y siga.
(Lope de Vega, 1935, p. 202)

En el prólogo de Francisco de Borja a este poema de Lope, se detalla que la fama de los ingleses en el mar era inmerecida porque cuando la batalla se desarrollaba de igual a igual siempre ganaron los españoles, mientras que cuando vencían los ingleses era siempre debido a las inclemencias del tiempo, a que nos superaban notablemente en número o porque se enfrentaban a barcos desarmados (Lope de Vega, 1935, p. 15). Así, ocurrió con la derrota de la Armada Invencible. Pero tras ella, se produjo un intento de invasión de España por las costas gallegas y Portugal en 1589 (llamada la Contra Ar-

mada o la Invencible inglesa) que acabó con una total derrota de los ingleses comandados por Drake y la firma del Tratado de Londres en 1609 favorable a nuestros intereses. Ese momento de debilidad de Inglaterra pudo haber sido aprovechado, pero de nuevo respetamos los pactos y eso que los «caballeros» ingleses tras su derrota se habían dado a la trampa y la rapiña, haciendo un flaco favor a su fama [69].

También se olvida que Nelson pudo encabezar la flota británica en Trafalgar (1805) sólo debido a la generosidad y caballerosidad españolas, a manos del comandante general de Canarias Antonio Gutiérrez, quien tras derrotar a la flota británica en 1797 en Tenerife y apresar a Nelson, decidió liberarlo y perdonarle la vida a cambio de que no volviera a atacarnos. Tampoco fueron muy consistentes en el respeto al derecho internacional: que se lo digan a las fuerzas navales francesas de Mers-el-Kebir, que padecieron el bombardeo inglés durante la Segunda Guerra Mundial sin que a Francia se le hubiera notificado ninguna declaración de guerra. En la guerra de Sucesión española, Inglaterra tomó Gibraltar y Menorca sin previa declaración de guerra a España. En agosto de 1804 los británicos atacaron igualmente sin declaración de guerra ni aviso a cuatro fragatas españolas que transportaban un millar de hombres cargadas de oro y plata para la maltrecha economía castellana. No podía considerarse botín de guerra y a pesar de ello nunca devolvieron el dinero robado.

Incluso en la Segunda Guerra Mundial los horrores cometidos en los campos de concentración nazis han ocultado otros hechos lamentables que han quedado sin juicio ni condena, como los bombardeos británicos a ciudades que no tenían instalaciones militares (e.g. Dresde) o la muerte de civiles en el desembarco de Normandía (no digamos del bombardeo nuclear en Japón). Por supuesto, tampoco en la guerra de Las Malvinas pudo tratarse ninguna de las violaciones del derecho internacional que se atribuyeron a las tropas británicas y sus *gurkhas* de origen nepalí: ellos habían sido los atacados, y también los vencedores. Compárese sólo con la operación española en la isla del Perejil y la que se armó, y no hubo un solo herido.

En cuanto al ejercicio del arte de la política, el incumplimiento del honor y los valores y virtudes era moneda corriente. El propio Feijoo (1986, p. 129) nos recuerda no sólo el conocido caso de Oliver Cromwell, sino el menos conocido de Robert Dudley (1532-1588), conde de Leicester, amante de la reina Isabel, el cual no dudó en matar a su propia esposa para ofrecerse como nuevo marido a la reina, quien siempre se mostró solícita a sus favores. Pero es más, las bases que utilizaban los piratas como refugio de sus delitos

pasaron (¿casualmente?) con el tiempo y con el consentimiento de la potencia descolonizadora a ser refugio de los que quieren defraudar al fisco, otros piratas modernos de cuello blanco para otros paraísos de ilegalidad. Llaman la atención los casos de las Islas Caimán y las Bahamas, descubiertas por Colón, pero arteramente usurpadas por Drake y los probritánicos huidos de los Estados Unidos tras la independencia.

Nada de todo esto se utilizó para crear ninguna leyenda negra británica. ¿Por qué? ¿Qué habría pasado si su lugar lo hubiera ocupado España en cualquiera de esos casos? No nos quedemos en la mera crítica, es también un reconocimiento a la «habilidad» para hacer las cosas de otra manera, donde los fracasos, errores y horrores no llegan a permanecer en el tiempo ni a sembrar mácula indeleble sobra la imagen y consideración (y autoconsideración) de un país o sociedad [70].

3. ¿UNA «GRAN» FRANCIA FRENTE A UNA ESPAÑA ATRASADA?

3.1. ¿Por qué enfrentamientos en lugar de alianzas?

a) Una historia incomprensible de conflictos y desprecios

Decía Madariaga que resultaba evidente que España era una nación cuyo auge no le convenía a Francia. De hecho, se ha dedicado tradicionalmente a perjudicar a España o a fomentar su división por entender que ello le beneficiaba. ¿Por qué, siendo las dos potencias católicas y teniendo por tanto enemigos comunes? Si bien en el caso inglés es comprensible este empeño en perjudicar y acabar con el oponente tradicional, no lo es tanto en el lado francés. El enemigo tradicional de Francia ha sido más Inglaterra que España. Vivió una parte importante de su historia invadida por Inglaterra y fue ésta la que le robó su imperio americano (una de sus últimas pérdidas fue Quebec en 1763). Su obsesión contra España surge de un complejo inveterado que ha sentido siempre contra Gran Bretaña, lo que le ha llevado a buscarse enemigos aparentemente más fáciles (en nuestro caso aprovechándose de la «leyenda negra») para así elevar su autoestima. De hecho, el francés Eric Zemmour, en su libro *Mélancolie Française* (2010), sostiene la opción de Francia de entrar en confrontación con España (recuérdese que éramos la «otra» potencia católica europea), le llevó a perder la centralidad de Europa así como a renunciar al sueño de Francisco I de construir la gran Francia como la nueva Roma. Ellos se lo perdieron, de haber buscado nuestra alianza, tal vez otro gallo (francés) habría cantado.

Señalaba igualmente B.J. Feijoo que había muchas razones para haber sido más amigos, teniendo por ejemplo en cuenta las estrechas relaciones en-

tre nuestros reyes, por ejemplo (1986, pp. 168-171). Desde los tiempos de Carlos V de Francia (1338-1380) y Enrique II de Castilla (1333-1379) hemos tenido varias ocasiones de comprobar la mayor conveniencia de asistirse y defenderse recíprocamente contra nuestros enemigos comunes, entre los que ha destacado históricamente el inglés, en aquél momento por ejemplo, impulsando las aspiraciones del duque de Lancaster a la corona castellana. Si Francia acertó a imponerse a España fue (como en el caso inglés) por su persistencia y habilidad para incumplir los pactos y las reglas. El rey francés Francisco I fue derrotado por Carlos I en 1525 en Pavía. Fue hecho prisionero, se le llevó a Madrid a las Torres de los Lujanes donde fue encarcelado y firmó el Tratado de Madrid (1526). Cuando fue liberado, incumplió lo firmado y reanudó el combate tomando por sorpresa Milán y Génova. Napoleón engañó a Carlos IV y a su hijo Fernando, les secuestró, y les obligó a abdicar. Los mantuvo secuestrados, no los liberó. Y puso en su lugar a su hermano como rey.

De nuevo, de haber existido una alianza seria, honesta y de igual a igual entre Francia y España, la historia de Europa habría sido otra y probablemente mejor. Pero nada, que tampoco aquí ha habido manera… y las mayores culpas no cabe achacarlas al lado español.

b) Una lista de agravios sin fin

Nuestras relaciones con Francia pueden resumirse en la siguiente paradoja: mientras Francia siempre nos ha mirado con desprecio o ha intentado perjudicarnos o dominarnos (sola o en compañía de Inglaterra), nosotros (sobre todo nuestros intelectuales) hemos reaccionado con admiración y pleitesía ante las supuestas bondades de la cultura y el Gobierno francés, sobre todo por su gran revolución.

La estrategia de venta al por mayor francesa, podría resumirse parafraseando un eslogan que ha hecho famoso una tienda de muebles: «Redecora tu vida…, aunque sólo te compren la mercancía… algunos españoles». Resulta muy difícil encontrar a un intelectual francés que critique a su país y en las contadas ocasiones en que lo hace, será sólo para destacar que (habitualmente) España es todavía mucho peor. Lo más paradójico de esta estrategia es que cada vez que un francés critica aceradamente a algún español, esto encuentra una fácil compra en el país del sur, tan dados a entonar el mea culpa. La lista de agravios franceses es interminable, pero para muestra aquí van algunos botones:

— En el siglo XVI ; tuvo Felipe II que acudir a Roma para solventar un conflicto diplomático que se había producido sobre quién, entre el

embajador francés y el español, debía ostentar la precedencia protocolaria ante el papado. Francia se había aprovechado de la conquista árabe de España y su consiguiente división, para lograr que los reyes de Castilla, Aragón y Navarra le cedieran (con diversas artimañas) su mejor derecho de precedencia que había ejercido hasta entonces, en nombre de todos ellos, el embajador español. Recuperada su unidad, ahora España con mejor motivo planteaba restablecer su precedencia: *España unida antes de su destruición, dividida después por accidente en trece reinos de su conquista, no perdió su derecho* (Luis Cabrera, 1876, Vol. I, pp. 397, 394). Esto no sólo demuestra que Francia ha tratado siempre de aprovecharse de la debilidad de España sino también que nos va mejor juntos que divididos.

— En el siglo XVIII , Masson de Morvilliers escribió en la *Enciclopedia metódica* francesa que Europa no debía nada a España y que ésta era la nación más ignorante de Europa. Entonces el Abad Danina (1785) respondió a dicha afrenta, pero sólo encontró eco, en Alemania que ya entonces se percataba de los efectos perniciosos que el imperialismo cultural francés estaba teniendo en Europa. Lessing escribiría una obra (*Dramaturgia de Hamburgo)* donde trataría de recuperar la herencia de la literatura española y portuguesa, *injustamente despreciadas por no ajustarse a los criterios estéticos franceses* (citado por J. Pérez, 2014, p. 380).

— En el siglo XIX se firma un Tratado de comercio con Francia (1877) que es recibido con alborozo por parte de las Sociedades Económicas del País (ASEM, Leg. 565, doc. 12). Dicho tratado comercial había sido firmado a instancias de la Sociedad Económica Matritense, cuyo director Agustín Pascual por carta de 27 de enero de 1877 se dirigió al ministro de Estado, entonces Manuel Silvela, aportando numerosos datos que probaban que España era tratada por Francia comercialmente peor que cualquier otro país europeo, a los que concedía franquicias y ventajas varias *que a nosotros nos niega* (e.g. Inglaterra, Austria, Bélgica, Holanda, Noruega, Suecia, Alemania y Portugal). Mientras comprábamos a Francia la mitad de nuestras importaciones *ella tiene casi cerradas sus puertas a nuestros productos* (ASEM, leg, 564/núm. 17). Aunque en su contestación de 11 de marzo de 1977 Manuel Silvela matizaba algunos de estos datos (en 1875 España había importado de Francia por valor de 14 millones de francos, mientras había exportado por valor de 94 millones), lo cierto es que durante mucho tiempo nuestros productos sufrieron gravámenes mucho más altos que los procedentes del resto de países

europeos. Incluso un pequeño país como Bélgica se había atrevido a aprobar una ley de aduanas que autorizaba *para recargar y hasta prohibir la entrada de mercaderías de todas clases, procedentes de países en que los productos de la industria belga se hallen excesivamente recargados o prohibidos* . Algo semejante nuestra tradicional ingenuidad nunca nos lo habría permitido, se lamentaba Agustín Pascual.

— Sólo dos años después de firmado dicho tratado (el 27 de diciembre de 1879) el presidente de la Sociedad Valenciana de Agricultura (don Vicente Oliag) escribió al presidente de la Sociedad Económica Matritense solicitando su intervención ante el gobierno de su majestad para que presionase a Francia con el fin de que retirarse un nuevo recargo, que acababa de introducir en su presupuesto anual, de 1,55 francos por hectólitro y grado aplicable a los vinos importados que superasen los 12 grados (ASEM, Leg. 593, doc. 21). Por supuesto, no parecía una simple casualidad que hasta ese momento fuera Francia *sin disputa la nación que en mayor cantidad importa[ba] nuestros caldos* , y que los vinos a los que iba dirigida la medida resultaran ser precisamente los españoles. Francia conseguiría así reducir la importación de vinos españoles, luego vendría la campaña para menospreciar a su calidad.

— En el siglo XX , es famoso el caso de la novena compañía de choque de la II División Blindada del General Lecrerc, apodada precisamente «la Nueve» (en español) porque 146 de sus 160 componentes eran republicanos españoles. Esta compañía tuvo un papel clave en la «reconquista» de Francia y fue la primera que entró en París el 24 de agosto de 1944, aunque luego este hecho fuera silenciado por todos los medios franceses de la época. El que fuera precisamente esta unidad la que liberara París no fue ningún hecho casual, sino que Lecrerc mandó al capitán de la novena compañía, el francés Raymond Dronne (por cierto homosexual), que fueran ellos los que entraran los primeros, pues no se sabía con qué se encontrarían en la ciudad y se temía a los francotiradores alemanes. Puestos a morir que lo hicieran los españoles y un capitán homosexual. Afortunada, ingenua y sorprendentemente, pudieron vencer fácilmente la resistencia de los alemanes, que había quedado concentrada en el hotel Meurice, y tomar así el ayuntamiento. Cuando al día siguiente, De Gaulle hizo su entrada triunfal y cómoda en París admitió ser escoltado por blindados españoles. Después de este hecho, el silencio más absoluto. Hubo de hecho que esperar casi setenta años a

que una alcaldesa de París, de origen español, Anne Hidalgo, organizara un homenaje a estos españoles.

— Pocos de esos esforzados milicianos entonces sabían cómo su amada Francia había tratado a los exiliados españoles que cruzaban la frontera: desde el final de la Guerra Civil (1939), 20.000 españoles habían sido encerrados en el campo de concentración más grande construido en Occidente en Rivesaltes, maltratados por guardianes marroquíes, y la mitad de ellos enviados por sus amigos franceses a campos de exterminio nazi. ¿Se imaginan el caso al revés? ¿Franceses liberando Madrid de tropas franquistas (cosas que algunos ingenuos soñaron) y Negrín mandando al cubo del olvido este hecho y tratando mal a los franceses?

3.2. El ingenuo halago al galo

¿Quién nos defiende de Francia? ¡Ningún español! ¡Voto a Bríos! Siempre Francia ha encontrado en España más defensores compresivos de los que hubiera ocurrido en caso contrario. Errores ajenos aparte, lo más llamativo es que muchos españoles hayan respondido a los desprecios franceses con halagos. ¿Por qué (los intelectuales españoles) idolatran el siglo de las luces francés e ignoran el Siglo de Oro de las letras españolas? Dejando aparte la propaganda y los fans *prêt-à-porter* , ¿de verdad está justificado el desequilibro de consideración del uno y el otro?

España no debe gran cosa a Francia. Cuando Godoy decidió apoyar militarmente a Napoleón (primero en la batalla de San Vicente y luego en la de Trafalgar), a cambio obtuvimos de tan ilustrado emperador la entrega de la colonia española de la Trinidad a Gran Bretaña y el rapto posterior del rey, así como la invasión final de nuestro territorio. Incluso en las contadas veces que vinieron a ayudarnos, mejor que no hubieran venido: e.g. cien mil hijos de san Luis. En otras, simplemente se volvieron sin prestarnos la ayuda, como en la batalla clave de las Navas de Tolosa (1212), donde los caballeros cruzados franceses retornaron a Francia antes de la batalla porque no les habían dejado saquear Calatrava a su capricho. Por no hablar de la batalla de las Alpujarras (1568) donde los franceses se apresuraron a apoyar la rebelión de los moriscos, uniéndose a una tropa plural de turcos y berberiscos. En esta ocasión fueron derrotados, pero con su actuación demostraron a las claras que para ellos todo valía para debilitar a España, aunque ello supusiera aliarse con los enemigos de la misma religión que compartíamos. Lo contrario, sin embargo, habría sido imposible.

Durante el siglo XIX y gran parte del XX si alguien quería pasar por culto, moderno y progresista debía practicar el fácil arte del «halago al galo». Sin matices: todo lo galo sería bueno, y todo lo español malo. No importaba si eso suponía hacerles el juego a unos competidores que nunca habían querido tener un vecino potente en el sur; tampoco importaba que con esa actitud se cayera en importantes contradicciones y datos falseados. El «halago al galo» ha tenido siempre un notable éxito en nuestros liberales primero, y en los socialistas después. Era una manera barata de tomar partido y quedar bien con todos: ¡Ah, París, allí sí que saben vivir bien!, ¡Ah, Francia, allí sí que saben tratar la cultura! ¡Ah, España, nunca les llegaremos a la suela de los zapatos! Olvidando así el pequeño detalle, tal vez anecdótico, quizá baladí, de que Francia no ha logrado en toda su historia el poder territorial y político que ha tenido España. Y que incluso en el terreno cultural habría mucho que hablar.

Y sin embargo existe más de un ejemplo de personajes españoles que, tras haber mostrado su admiración por Francia, han acabado arrepintiéndose. Uno es Manuel Azaña. Viajó a Francia varias veces, la primera (1911) con una beca de la Junta para la Ampliación de Estudios. Eso ya representaba algo: un país que manda a sus jóvenes a estudiar al extranjero no puede estar tan atrasado, al menos para los que se beneficiaban de esas ayudas. Pero como casi siempre, los privilegiados son los que peor tratan a sus (padres y sus) países: la transformación fue total. Escribe a la vuelta de su viaje: *Si Francia es todavía un hogar civilizado, fautor del progreso; si España (como Baroja reconoce) necesita de otros pueblos que la adoctrinen y la guíen, no hay por qué maldecir del genio francés ni de su prestigio entre nosotros, porque el influjo de un país superiormente culto sobre otro que lo es menos, nunca puede ser funesto para los intereses de la cultura misma, que es, en definitiva, lo que nos interesa* (publicado el 11 de septiembre de 1911, en «La Correspondencia de España», *Obras completas* , tomo I, 1966, pp. 81-82).

Veamos ¿genio francés?, ¿un país superiormente culto?... ¿No conocía Azaña a la generación del 98? ¿No vivía él ya con los que iban a ser la generación del 27? ¿Cuáles eran los genios franceses de principios del siglo XX a los que los españoles debían limpiarles los zapatos?... ¿Un país superiormente culto que entraría en la Primera Guerra Mundial, una de las más crueles de la historia, tres años después por razones nunca del todo aclaradas? Tendrían que pasar veintiséis años para que Azaña se diera cuenta de su error. En 1937 escribía Azaña, camino casi al exilio anticipado, *La velada de Benicarló* y en ella por boca de su alter ego Garcés reconocía que Francia

se había comportado injustamente con España y que a ella y a Inglaterra se debían el fracaso de la República y la derrota en la guerra. Es decir, que Azaña se cae del caballo y ve la luz.

Otro hecho curioso es que la adulación a lo francés se ha trasladado históricamente a las dos regiones separatistas por antonomasia, desconociendo (curiosamente) que su mayor enemigo y adversario ha estado siempre en el norte y no en el sur. Que se lo pregunten a los antiguos del Reino de Navarra (ahora tan bilduanos) o a los antepasados catalanes cuando hicieron amago de preferir ser súbditos de Francia, que les pregunten cómo se han portado en cada guerra que con ellos hemos tenido. De hecho, un francés (Aimeric Picaud) al hacer el primer *Itinerario* del peregrino de Santiago, escribiría ya en el siglo XII refiriéndose a los vascos: *Cuando comen parecen cochinos y cuando hablan parecen perros que hablan* (citado por J. Juderías, 2014, p. 229). Nada parecido se le hubiera ocurrido escribir a ninguno de los maquetos a los que alegremente despreciaba entonces Sabino Arana y siguen despreciando hoy sus seguidores.

De la exagerada (e injustificada) pleitesía mostrada sobre todo por (parte de) el liberalismo y la izquierda española ante todo lo francés, se han aprovechado y se siguen aprovechando los franceses hasta la extenuación, hasta para vendernos sus productos, como si comprando el vino, el queso o el champán francés uno pudiera subir en la escala social o parecer más esnob. A Francia nunca le ha interesado bajo ningún concepto que su vecino del sur sea poderoso, o le vayan mejor las cosas que a ellos. A ver si nos enteramos de una vez.

3.3. ¿La gran Revolución francesa frente a la involución española?

a) El mito de la Revolución francesa

El primer francés que se atrevió a poner en cuestión el sacrosanto dogma de la infalibilidad de la Revolución francesa fue Pierre Gaxotte (*La Révolution française*) en 1928. Eric Zemmour en un libro que en Francia se ha convertido en un fenómeno editorial (*Le suicide française*) destaca lo siguiente: *Notre passion immodérée pour la Révolution nous a aveuglés et pervertir* (2014, p. 6). Es decir, que el exceso de grandilocuencia en torno al mito político de la Revolución francesa ha podido acabar perjudicando a la propia Francia. Porque de eso se trata: de un gran mito. Con todas sus exageraciones y simplificaciones, *ad maggiore gloriam* de un pueblo necesitado de autoestima, que ha sabido maximizar sus supuestos éxitos al tiempo que minimizaba sus errores y horrores manifiestos. Existen numerosos argumentos que desvirtúan

el «dogma» de que la revolución fuera un claro éxito y un ejemplo a seguir. En este sentido el libro de S. Zweig (2011) resulta revelador.

Veamos. El proceso revolucionario duró apenas seis años: desde 1789 a 1794, cuando cae y muere Robespierre ajusticiado por los propios revolucionarios en la guillotina. Y eso si pueden considerarse los años del terror como un periodo para estar orgullosos. Curiosa y prácticamente lo mismo que duró otro ensayo revolucionario en nuestro país: la Segunda República (1931-1936). Lo que vino después ya no respondió a los ideales originarios, y a la postre daría lugar al cesarismo napoleónico y al retorno de la monarquía absoluta en la persona de Luis XVIII. La Revolución francesa sí sirvió para enseñar a futuros intentos (otra cosa es que aprendiéramos la elección) que la gente no soporta el desorden y el caos durante mucho tiempo, y que los que hoy te aclaman en las calles al grito de ¡libertad, libertad!, irán mañana a pedir tu cabeza si el sistema no garantiza la tranquilidad, el orden, la paz y las finanzas claras. La ideología es esa logia con una lógica incierta de ida y vuelta. Y como tras la tempestad viene la calma, tras las revoluciones alguien tiene que garantizar el orden, bien dentro de la propia revolución, con lo que esta dejará de ser tal, o bien imponiéndose desde fuera.

Otro aspecto que se minimiza al analizar históricamente el éxito de la revolución son sus costes en vidas humanas, como si las muertes violentas fueran un elemento más o menos asumible en función de quién sea el verdugo. Y es que esta religión laica, como sus hermanas más antiguas, también está llena de silencios y misterios. Una cosa está clara: la Revolución francesa no respetó ningún Estado de derecho (ni siquiera las leyes que ella misma se daba) ni los derechos de las víctimas. La *Instrucción de Lyon,* considerada como el primer documento comunista de la historia, así lo atestigua: *Todo está permitido a quienes actúan en interés de la Revolución (...) ¡La libertad o la muerte!... Vosotros tenéis la elección* (cfr. S. Zweig, 2011, pp. 38-41). Uno de los autores de esa instrucción sería el encargado de llevar a cabo una de las mayores masacres de la revolución sobre el pueblo llano, aunque no sería la única (Carrier, por ejemplo, ahogó a seis mil personas en el Loira): Fouché, el «mitrailleur de Lyon», tras la orden emanada de la Convención de destruir la segunda ciudad de Francia. Ni Franco en plena Guerra Civil se atrevió a tanto.

En 1986, Reynald Secher publicó *La Vendée-Vengé, Le génocide franco-français* , tesis apoyada después por historiadores de la talla de Pierre Chaunu. Se narran los hechos acaecidos en esta región francesa donde un ejército ma-

yoritariamente formado por campesinos (y completado por algunos nobles) se enfrentó al Ejército revolucionario. De una población de 800.000 personas murieron aproximadamente la mitad, con batallas y ejecuciones de enorme crudeza: más de 7.000 personas fueron guillotinadas. El hecho que desencadenó la revuelta fue la leva forzosa de 300.000 hombres para el Ejército francés por la necesidad de mantener sus campañas exteriores (fundamentalmente napoleónicas), a causa de las numerosas bajas y deserciones, un aspecto éste también del que pocos hablan. R. Secher lo califica de genocidio o «populicidio», y otros más moderados, de verdadera guerra civil. Pero esto tampoco se comenta, y sin embargo afecta tanto a Robespierre como a Napoleón. Compárese con lo que pasó en España cuando Cataluña se negó a aportar efectivos al ejército de Felipe IV.

Otro de los equívocos de la gran revolución es que ésta trajo la libertad, la igualdad y la fraternidad. La revolución no fue una historia de fraternidad sino de traiciones y conspiraciones constantes entre sus propios promotores, que acabaron a menudo en destierros (Collot), asesinatos (Marat) o guillotina (Robespierre y Desmoulins). ¿Dónde estaba la libertad, la igualdad y la fraternidad cuando Robespierre asumió todo el poder? Este pequeño-gran hombre, según se mire, había estado detrás de la liquidación de sus oponentes: Mirabeau, Marat, Danton, Desmoulins, Vergniaud, Condorcet. Y ¿dónde queda incluso el famoso laicismo de la revolución? En su famoso discurso del 6 de mayo Robespierre llamó a: *Reconocer la existencia de un ser superior y la inmortalidad como fuerza rectora del Universo (...) Sólo un criminal, despreciable ante sí mismo y repugnante a todos los demás, puede creer que la Naturaleza no puede darnos nada más hermoso que la Nada.*

No era por tanto contrario a la religión, tan sólo quería crear... «la suya»; como han hecho todos los (grandes) forjadores de Estados. La revolución se convirtió (y lo sigue siendo hoy) en una verdadera religión laica que unió a todo un pueblo. Por eso todas las demás religiones molestaban —a las que se trataban como verdaderas herejías a la luz de la única verdad revolucionaria— al fin que importaba: conseguir la unidad de Francia bajo los principios revolucionarios. De hecho, Thomas Carlyle consideraría a la Revolución francesa como el tercer acto de la revolución protestante iniciada por Lutero (la segunda sería el puritanismo).

Por último, se olvida que la revolución es la consecuencia de un clima de corrupción, privilegios e ineficacia que dominaba la corona francesa pero también todo el país. Tuvo su mérito como reacción, no hay que negarlo, pero otra cosa es que lograra curar el cáncer que azotaba a toda una cultura

nacional y que no acabara contaminada por el mismo virus. La revolución no es sólo símbolo de la Francia moderna, sino también de la Francia caduca. Hay una institución sin embargo que jugó sus cartas mejor que en España: la Iglesia. Ésta, como en España, era la única que practicaba los principios de la revolución pues no aplicaba ninguna discriminación de origen a sus miembros (cualquiera podía serlo si valía, subir y adquirir una buena educación) y no existía (por razones obvias) la excusa hereditaria para ocupar cargos o puestos. Por ello, era en esencia, la institución del Estado que estaba mejor preparada para adaptarse a los principios que encarnaba la revolución.

Sin embargo existe un factor que ha pasado desapercibido: la expulsión de los jesuitas de Francia (1762) pocos años antes de que estallara la revolución. La razón formal fue por alentar el tiranicidio... lo mismo que llevaron a la práctica abusivamente los revolucionarios. Cabría por tanto esperar que fueran inmediatamente repuestos en sus dominios al haber inspirado en la sombra parte de las ideas revolucionarias. Pero era una orden española, y eso que se habían fundado en París, en una cueva debajo de la iglesia del *Sacre Coeur* . Las órdenes propias podían adaptarse y someterse al poder principal, pero las españolas serían siempre sospechosas de traición o de herejía.

b) El mito de la involución española

Se ha afirmado que el problema de España es que aquí no tuvo lugar ni la Revolución francesa ni la liberal. En realidad, el problema de España no ha sido la falta de revoluciones sino su exceso. Según el historiador José Luis Comellas en el siglo XIX se pueden contabilizar hasta dos mil revoluciones, ya que se producían intentos de derribar al Gobierno cada diecisiete días. Por de pronto, hay quien ha defendido que la revuelta de las comunidades de Castilla contra el rey Carlos I (percibido como extranjero pues no en vano era conocido como Carlos de Gante), constituyó la primera revolución en clave moderna, aunque esta posición choque contra el «dogma» histórico y metodológico de que no puede hablarse de revolución hasta que se atribuyó tal invento a los franceses y su famoso «14 Juillet» [71] . Se trató en todo caso de la primera guerra civil española, que duró por cierto sólo un año más que la última (1519-1521), y que recuerda mucho a lo acaecido siglos después, cuando de nuevo un rey extranjero (Felipe V) fue llamado a ocupar la corona de España y se enfrentó a diversas revueltas internas en el marco de otra guerra civil... Con una importante diferencia: Castilla no ha seguido recordando, aunque hubiera podido hacerlo con toda justicia, de forma ma-

chacona y alardes victimistas su propio pasado, ni se ha empeñado en solicitar el reconocimiento de lo que («pudo haber sido y no fue») pedían los comuneros: contrarrestar el trato especial que sufrían por pagar más que otros territorios

Otras revoluciones nacionales han sido despreciadas porque: a) eran españolas y b) no se mató a los reyes. Los propios carlistas llamaban revolucionarios a los isabelinos por ser liberales, mientras en Francia no se sabía lo que era tener una reina (mujer) con plenos derechos, tan revolucionarios como eran. Todavía en nuestro siglo XX cabe identificar al menos dos revoluciones (pues de alguna manera así fueron planteadas): la del Frente Popular durante la Segunda República, y la contrarrevolución que representó el franquismo como modelo social y político [72] .

Más allá de cuestiones metodológicas (nada irrelevantes) y contrariamente a lo que se suponen algunos fans irredentos, la Revolución francesa resultó perjudicial para España. Entre otros motivos, porque sirvió para frenar otras iniciativas, más moderadas, que hubieran podido tener un éxito profundo y duradero. Cuando los Floridablanca o los Jovellanos de turno trataban de modernizar España, estalló una Revolución francesa que con sus excesos (y no los nuestros) sembró el miedo en nuestras clases ilustradas y testas coronadas que echaron abruptamente el freno atrás (F. G. de Cortázar, 2003, p. 108). En otras palabras, si la España de esa época no se modernizó fue, al menos en parte, por culpa de los excesos franceses. Y excesos los hubo por doquier, no sólo por el asesinato de la familia real sino por la muerte de revolucionarios a manos de revolucionarios, mucho más numerosos de lo que en ocasiones ingenuamente se cree, y de los propios ciudadanos, como hemos visto.

El triunfo de la revolución se tradujo en una campaña difamatoria que afectó a todas las casas reales y que se tradujo en el asesinato de Gustavo III de Suecia (1792) y Pablo I de Rusia (1801), y el destronamiento de Fernando IV de Nápoles (depuesto en 1799 y en 1806) o el propio Carlos IV en España (1808). En este último caso, con la contraparte de fomentar asimismo la leyenda negra de la reina Mª Luisa de Parma, hasta entonces una reina muy querida, y que pronto pasó a convertirse en una suerte de María Antonieta a la española, como vía fácil (y un tanto machista) de deslegitimar a la propia monarquía y a su marido el rey [73] . Todo esto no disminuye la torpeza propia de Carlos IV y de su sucesor Fernando VII, pero añade un elemento,

que a menudo se ignora, que sólo hizo más difícil su reinado y la posible introducción de reformas.

Pero es más, la Revolución francesa no introdujo nada realmente nuevo, más allá de insistir con denuedo en cortar cabezas por doquier. De hecho, todas las revoluciones europeas, de corte social, desde la francesa hasta la comunista sólo han sido intentos de actualizar y poner en práctica los principios que defiende desde hace dos siglos el cristianismo, aunque la propia Iglesia, más de una vez, los haya ignorado. Para disgusto de los revolucionarios laicos, el cristianismo ha sido la primera revolución de Occidente. John Gray, profesor de pensamiento europeo de la London School of Economics, y uno de los filósofos políticos contemporáneos más relevantes, ha sostenido que todas las utopías occidentales, a pesar de presentarse como ateas o paganas, se han fundamentado siempre en la visión apocalíptica o milenarista procedente de la religión cristiana (*Misa negra: La religión apocalíptica y la muerte de la utopía,* 2008*)*. No es por ello extraño, que los mayores diplomáticos de la Revolución francesa, Talleyrand, Sieyés y Fouché, provinieran de la escuela de la Iglesia, y que los mayores validos de Francia fueran cardenales. De hecho, la historia de Europa se puede leer como una permanente dialéctica entre cristianismo formal (en el sentido de que se conforma con los aspectos formales) y real (que apunta a los aspectos sustanciales del mensaje cristiano).

Para terminar algunas preguntas: ¿qué habría pasado si la revolución ilustrada «tal como sucedió» hubiera tenido lugar en España y no en Francia? ¿Estamos seguros de que habríamos recibido el mismo trato «interno» y «externo»? O por el contrario, ¿habrían quedado en los libros de historia el carácter violento y asesino de los revolucionarios, sus puñaladas traperas, la psicopatía de Robespierre (imagínense que se llamara «un tal Blázquez») y el carácter megalómano del revolucionario-rey-emperador Napoleón (sobre todo si fuera igual de bajo, con poses ridículas acomplejado con las mujeres y dedicado a colocar a su familia de reyes)? ¿Seguro que quieren apostar? Tal vez lo que cabe concluir es que nuestra obsesión por revolucionarnos ha sido parte de nuestra falta de éxito colectivo.

3.4. Napoleón: de villano a héroe por decisión política

Napoleón vino al mundo un 15 de agosto de 1769 en Ajaccio (Córcega). Pocos recuerdan que esa isla había pasado a manos francesas sólo un año antes (1768). Napoleón por tanto nace y crece en un ambiente político que defiende la independencia frente a Francia. ¿Cómo es posible que un independentista corso, que se apuntó al Ejército francés para conocer mejor sus

técnicas y así combatirlo, acabara siendo el forjador de la Francia unida? Es como si alguno de los primeros miembros de ETA fuera hoy el mayor héroe del «nacionalismo español». Posible es, pero raro también. Aunque bien pensado tampoco necesitó variar tanto de ideología, sólo de objetivo, cediendo a la moda del momento: pasó de un movimiento nacionalista a otro…, más grande y que le podría otorgar más gloria y ventajas. ¿Para qué conformarse con ser rey de Córcega si podía ser rey de Francia?

Pero es más, ¿cómo un hombre que empezó y acabó traicionando a su pueblo (corso), a su mujer Josefina (para casarse con la princesa Mª Luisa de Austria), a los españoles (que hasta la invasión habíamos sido sus aliados) y a la propia revolución (hasta el punto de autoproclamarse emperador de Francia en 1804) puede ser considerado un héroe y ser tenido en tan alta estima? Porque cuando se dice que con la invasión francesa se dilucidaba en España la apuesta por la modernidad (francesa) frente al cicaterismo tradicional patrio, se olvida que Napoleón representaba en ese momento a una revolución ya fracasada, encarnando un cesarismo déspota enfermizo y autocrático más cercano a cualquier dictadura bananera del siglo XX que a lo que luego se conoció como democracia. El modelo francés de entonces estaba alejado de cualquier libertad, igualdad (promueve el nepotismo al «colocar» a su familia) o fraternidad (defiende la invasión de los países cercanos mediante la guerra).

Napoleón, autoproclamado cónsul vitalicio antes de ser autocoronado emperador «real» fue uno de los últimos traidores a los principios revolucionarios, aunque ni mucho menos el último. Siendo un déspota (menos ilustrado de lo que interesadamente luego se ha proclamado) uno pensaría que sería un icono del pensamiento conservador español, pero hete aquí que los que más lo halagan son los que se autoproclaman «progresistas». Él mismo llegó a proclamar: *¿Mi despotismo? La dictadura era una necesidad absoluta* » (citado por E. Ludwig, 1958, p 515). Frase que bien pudiera haber dicho un igualmente joven general mucho más moderno [74] . De hecho, Napoleón fue no sólo un dictador sino también un peligroso belicista, causante de millones de muertos en Francia (diez millones en quince años) y en el resto de Europa. Tal vez por eso llegó a ser tan admirado por otro sujeto semejante: Adolfo Hitler.

En cuanto a los que todavía alaban su figura como defensor del mérito y la capacidad en la escala social, tienden a olvidar que nos encontramos tal vez ante el mayor promotor del nepotismo oligárquico de la época moderna

[75] . Lo de convertir a sus hermanos en reyes no tiene desperdicio y de hecho uno de los principales motivos para invadir España fue conseguir un reino para su hermano José. Era por otra parte una persona obsesionada con entrar a formar parte de la nobleza europea, y a tal efecto pretendió crear una nueva línea dinástica que debería haber continuado su hijo Napoleón II, algo por cierto a lo que nunca se atrevió ni siquiera nuestro último dictador patrio [76] .

En resumen, cuando Napoleón llega a España difícilmente podríamos habernos modernizado siguiendo su ejemplo. Ni siquiera necesitaba invadirnos porque España había sido hasta entonces prácticamente su única aliada en Europa. ¿Por qué nos invadió?, ¿para llegar a Portugal, como sostienen algunos ingenuos? No le hacía falta, puesto que en el momento de la invasión ya había acantonado en suelo español hasta 100.000 soldados, precisamente con la excusa de que eran para invadir Portugal (ni Franco le permitió tanto a Hitler y eso que el objetivo era recuperar «nuestra» Gibraltar). Godoy no se daba cuenta de nada, ocupado como estaba en satisfacer a la reina. ¿Entonces? Sólo queda una respuesta plausible. Lo que buscaba Napoleón en realidad era hacerse con el Imperio americano de España bajo la fórmula de una unión latina que encabezase Francia, objetivo que se conseguiría en parte, años después cuando se logró que se denominara Latinoamérica lo que siempre había sido Iberoamérica. El plan, una vez instaurado su hermano José en el trono, era reducir España a una colonia francesa, con la parte al norte del Ebro integrada directamente en Francia, y uniendo al reino minimizado de su hermano un trozo de Portugal. Una obsesión francesa que se ha repetido de tanto en tanto, siguiendo el viejo sueño de Carlomagno, con la complicidad de algunos ingenuos separatistas.

Además, de no habernos invadido Napoleón y haberse generado la resistencia colectiva y patriótica de todo un pueblo contra el invasor… ¿Fernando VII hubiera durado tanto en su trono? No sólo es que los mismos hijos de san Luis lo repusieran en su trono absolutista, sino que si se atrevió a tanto fue precisamente por la legitimidad que le había dado la esperanza de un pueblo que había luchado una dura guerra, hasta el punto de recibirle como «el deseado». Sin ese clima de histeria colectiva probablemente nunca se habría atrevido a tanto y los propios militares (que en su mayor parte eran liberales) lo habrían depuesto.

Sin embargo, a pesar de todo lo que hemos contado, hoy es encumbrado y honrado como un gran héroe francés. Pronto han olvidado los calificati-

vos que le dedicaban cuando se escapó de Elba: monstruo, ogro, tirano, usurpador…, rápidamente tornados servilmente en «Su Majestad el Emperador» cuando entró en París. ¿Cómo y por qué ha podido llevarse a cabo esta transformación, cuando Napoleón era odiado en toda Europa y en toda Francia? Piensen: Francia no existía antes de la Revolución francesa —apenas un 5% de los franceses hablaban francés, la lengua de París—, y cuando se dan cuenta los posrevolucionarios que tienen que construir una nación casi de la nada, se percatan de que requieren, además de la fuerza militar, de nuevos héroes: Napoleón era el que más y mejor se prestaba a desempeñar ese papel. ¿No fue bajo su mandato que Francia había logrado ser casi un imperio y sus dominios llegaron a Moscú e Italia? Pues eso era lo importante, y del resto…, pelillos a la mar. De hecho, se debe a Napoleón algo de lo que casi nadie de sus defensores en España se atrevería a alardear: que su sistema departamental unido al terror revolucionario y a la imposición de un modelo nacional y nacionalista de enseñanza unificado en todo el país liquidó en Francia todos los reinos, fronteras y lenguas y gran parte de las peculiaridades territoriales que precedían la revolución (cfr. F. García de Cortázar, «A la búsqueda de España», Prólogo en VVAA, 2004, p. 14).

Es decir, que logró «forzar» la unidad de Francia. Por eso «se decide» que pase de villano a héroe. Y en esta tarea de redecorar el pasado del pequeño general destacan dos figuras: Stendhal y Víctor Hugo. El primero escribió una temprana biografía de Napoleón (1817-1818) que marcaría esta tendencia al halago («Napoleón fue un gran genio»). No hay que olvidar que Stendhal fue expulsado de Italia por espía, lo que puede dar algunas pistas a los que todavía sean capaces de leer entre líneas. Víctor Hugo, por su parte, en su discurso de ingreso a la Academia Francesa (1841), se manifestó en estos términos melifluos: *Napoleón fue una estrella para su pueblo y acabó convirtiéndose en su sol. No es de extrañar que la gente se dejara deslumbrar por él. A todos aquellos que se enfrentaron con él, quizá no les resultara tan fácil defender su propio castillo frente a ese conquistador irresistible…*

No es descabellado sostener que estos dos recibieran su saquito de monedas de oro a cambio de semejantes panfletos. Pero ¿cómo es posible que hoy se siga alabando a Napoleón… en España? Tal vez por aquello que decía Chesterton, de que cuando las personas dejan de creer en Dios, pueden creer en cualquier cosa, o para ser más precisos: *Pueden convertir a cualquiera en dios* .

3.5. ¿Quiénes fueron mejores? Richelieu/Olivares, Rousseau/Feijoo, Robespierre/Jovellanos

a) ¿Richelieu o el conde-duque de Olivares?

Habrá quien, con razón, esperara que comparáramos a Richelieu con Cisneros (otro «grande» injustamente olvidado de nuestra historia), cardenal contra cardenal. También aquí saldríamos ganando en la comparación, incluso por goleada, ya que tanto sus habilidades de gobernante como la influencia de Cisneros en el devenir del mundo fueron superiores a la de Richelieu (P.M. Lamet, 2017). Pero hemos optado por colocar en el otro punto de balanza a Olivares por el simple motivo de que compartieron época, rivalidad directa y situación.

Cuando llega don Gaspar de Guzmán (1587-1645), descendiente de Guzmán el Bueno, al gobierno de la corte, los gobernantes y sociedad se encontraban en una fase de decadencia iniciada por Felipe III y el duque de Lerma: derroches, corrupción, excesos, violencia... Olivares trató de revertir la situación, pero las continuas guerras con Francia se lo impidieron. A ello se unió que la generación de generales y diplomáticos de prestigio (Spínola, Córdoba, Feria y don Fadrique de Toledo) estaban en sus últimos años, sin sucesores de cierto nivel. Olivares llegaría a proclamar ante el cardenal-infante: *¡Cabezas, señor, cabezas, que esto es lo que no hay! ¡Donde no hay cabezas no hay nada!*

Por tanto, probablemente poco podía hacer más de lo que hizo. Pero no es razón de estas líneas tanto el discutir sus políticas —algunas de las cuales pudieron ser más brillantes—, como valorar sus capacidades y virtudes como gobernante y como hombre, en comparación con su contrincante por excelencia Richelieu (1585-1642). Como muy bien describe Gregorio Marañón en su excelente biografía (1998) —aunque parte de su análisis psicológico pueda ponerse hoy en cuestión— fueron más sus excelentes virtudes que sus grandes defectos, que también los tuvo. Es cierto que bajo su gobierno se produjo el fin del predominio español en el mundo, pero también que hizo todo lo posible para evitarlo. Probablemente nos hubiera ido mejor con su padre (don Enrique de Guzmán), excelente en casi todo, pero teniendo en cuenta la decadencia en que comenzaba a entrar la nobleza española, Olivares era sin duda todavía una excepción.

Se atribuye a Olivares el fracaso del Imperio español y a Richelieu el éxito del nuevo lugar que ocuparía Francia en el mundo. Pero estuvo a punto de no ser así. Tanto en política como en la historia pequeños detalles, grandes traiciones y golpes de suerte pueden cambiar el destino de un país. Y en este caso hubo de todo. España perdió su batalla con Francia, pero no por debilidad de carácter o falta de capacidad de su gobernante. La política de

Richelieu tenía gran contestación en la propia Francia donde algunos personajes relevantes consideraban una insensatez un enfrentamiento directo con España, otra potencia católica: es lo que defendían, por ejemplo, la reina madre, María de Medicis, la reina Juana de Austria y el hermano del rey, Gastón de Orleans. La estrategia de Olivares pasaba por construir un eje Madrid-Viena que reestablecería el poder de los Habsburgo en el mundo, y estuvo a punto de conseguirlo si no hubiera perdido la batalla del Ducado de Mantua. Richelieu, para hacer frente a España no dudó en aliarse con todas las potencias luteranas y protestantes de Europa (Suecia, Dinamarca, Alemania y Holanda). Un cardenal católico se apoyaba en los protestantes para derrotar al gran defensor del catolicismo en Europa y en el mundo, con el consentimiento cómplice del papado. Ver para creer.

Pero volvamos a las características de estos dos grandes personajes, en qué coincidían y en qué se diferenciaban para entender quién era en realidad mejor de los dos:

— Los dos dormían mal por la noche, lo que aprovechaban para trabajar y diseñar sus planes. Los dos creían en revelaciones de monjas sobre los destinos de la guerra aunque, todo hay que decirlo, con más éxito de la pitonisa del francés —la madre Margarita del Santo Sacramento predijo la derrota de los ingleses— que la monja española de Olivares: la priora de san Plácido predijo que la plaza de Maastricht no caería ante el enemigo, razón por la que se dejó sin protección y cayó. Aunque este aspecto de Olivares no esté del todo claro pues él siempre lo negó, con lo que de nuevo resultaría más sensato y cabal, el conde-duque que el cardena l[77].

— Los dos eran amantes de la cultura, pero Olivares llegaría a ser rector de la Universidad de Salamanca.

— Los dos eran muy trabajadores, pero Olivares era más honrado, y trató de llevar la moral a la corte, mientras Richelieu se convirtió en el gobernante amoral por excelencia.

— Los dos recibieron mercedes y dinero de sus reyes, pero Richelieu mayores que Olivares, siendo la corona de Francia menos poderosa entonces. Además, Olivares puso en más de una ocasión dinero de su bolsillo para financiar actuaciones del Estado que consideraba necesarias, con lo que ganaba en generosidad y altruismo.

— Los dos fueron atacados por los nobles de su país, pero el cardenal Richelieu porque quería acabar de una vez con sus privilegios, mientras

el conde-duque, que era uno de ellos, porque no quería darles todavía más y no contaba con ellos en el Gobierno. En ambos casos era cierto que la nobleza estaba en decadencia, pero en España algunos grandes de España fueron responsables de la caída de Olivares y de instar diversas campañas contra él. Con la excepción singular del duque de Alba, el más grande de ellos, y tal vez sea ésta la razón por la que la casa de Alba haya mantenido su posición y dignidad hasta la actualida d[78] .

— Los dos sufrieron intentos de asesinato aunque en el caso de Olivares su pretendido asesino (don Antonio Monfort) acabó en el presidio del Peñón por vida, mientras que los de Richelieu fueron ajusticiados en el cadals o[79] .

— Los dos compartían internamente el objetivo de la unidad religiosa de base católica y el fortalecimiento del poder central de la corona. Olivares tenía que hacer frente a los privilegios territoriales que amenazaban la solvencia financiera del Estado y Richelieu a los privilegios de los nobles (representantes también de poder territorial) y al poder de los hugonotes (protestantes). Mientras Richelieu fue implacable, duro, cruel y utilizó todo tipo de estrategias sin importar quién cayera, Olivares fue más honesto y transparente, presentando sus objetivos en su *Gran memorial* , instrucción que dirigió en 1625 a Felipe IV sobre el mejor gobierno de España. Por ello, uno ganó (y se pasa por alto su lado oscuro) y otro perdió (y siempre se insiste en su fracaso). De hecho, Marañón afirma que para haber tenido éxito, Olivares debería haberse comportado como un Cromwell español, una cosa que un Guzmán no podía hacer (1998, p. 389).

— Los dos tuvieron que hacer frente a revueltas internas. Pero mientras Richelieu instigó cuanto pudo las crisis internas de España, especialmente la rebelión de Cataluña pero también la de Portugal, Olivares no hizo lo propio con los «rocheletes y hugonotes», es decir con los protestantes franceses, aunque él mismo reconoce que de acuerdo con las razones de Estado debería haberlo hecho. Así, en el famoso documento *El Nicandro,* dirigido a Felipe IV, Olivares decide defenderse de todas las acusaciones que, una vez caído en desgracia, se desgranaron en el *Memorial de Mena* contra él, diciendo: *Richelieu, en efecto triunfó, pero fue aliándose con los herejes. Si España hubiera prescindido de proteger a la religión por encima de todo, se hubieran ahorrado millones y quizás malos sucesos; así que a V.M. no le pese de no seguir las máximas detestables de Richelieu, aunque (el no seguir-*

las) le haya costado tanto; que más importa a V.M agradar a Dios que la pérdida ni conquista de reinos (G. Marañón, 1998, Apéndice XXX, p. 595).

No obstante, existiría un posible lunar en la actuación de Olivares. Marañón (1998, pp. 84-85) le acusa directamente de ser el responsable «indiscutible» de que la boda entre Carlos de Inglaterra y la infanta de España no tuviera lugar, debido a su intransigencia religiosa (el inglés estaba profundamente enamorado). Lo que no cuenta Marañón es que esa intransigencia religiosa consistía en poner como condición que se levantaran las restricciones al ejercicio de la fe católica en Inglaterra; es decir lo que hacía era pedir una libertad religiosa que los «liberales» ingleses no aceptaron. Ver para creer. En todo caso, resultaría igualmente ingenuo negar la descarada intervención de Richelieu para frustrar esa boda pues una alianza entre España e Inglaterra habría alterado el tablero europeo.

Se ha achacado igualmente a Olivares la pérdida de Portugal, pero con la oposición de algunos nobles españoles (a los que él llamaba «nacionalistas»), intentó ofrecer a nobles y religiosos portugueses puestos en gobierno y obispados, justamente para integrarlos más en el Gobierno de España, *táctica que siguieron los romanos y todas las grandes monarquías* (G. Marañón, 1998, Apéndice XXX, p. 595). Por el contrario él achacó su pérdida a la ingenuidad de Felipe II al dejar al duque de Braganza en Portugal y no haberlo traído a la corte de Madrid, para tenerlo controlado.

Sin embargo, algo que no se destaca lo suficiente es que a causa del enfrentamiento constante con Francia, que España no buscó, Olivares no pudo llevar a cabo las reformas modernizadoras que contemplaba el *Gran memorial* , incluida una reforma fiscal bastante equitativa, o una primera organización ministerial a través de las juntas. Las urgencias de financiar las guerras constantes dejaron a las reformas en un cajón. Por culpa de Richelieu España perdió una gran oportunidad de haberse modernizado y haber superado parte de sus problemas ancestrales. El éxito de Francia fue el fracaso de España. Por cierto, que Olivares buscó siempre la paz, y hasta el final estuvo abierto a un acuerdo amistoso con Richelieu por quien no llegó a sentir ningún rencor ni enemistad [80] . Tal no era el caso en la otra parte.

b) ¿Rousseau o Feijoo?

Imaginemos a un hombre que no ha ido a la universidad, un autodidacta, un hombre que trata mal a su mujer, a la que fuerza hasta en cinco ocasiones a abandonar los hijos que tienen en común en un hospicio según nacen. Y que luego dedica un libro entero a cómo organizar la educación de los

mismos niños a los que desprecia, llegando a escribir que *la única y más antigua de todas las sociedades es la familia* , que *los hijos deben permanecer unidos al padre el tiempo que necesitan de él para conservarse* o *que en la familia el amor del padre por sus hijos le remuneran de los cuidados que les presta* (1965, pp. 16 y 17). ¿Qué pensarían si incluso hubiera sido capaz de acusar a una inocente criada de un robo que él había cometido? ¿Qué pensaría si esa persona fuese además detestada por Voltaire y Diderot? Sin duda los improperios llegarían hasta nuestros días sobre todo... si esa persona fuese un español del siglo XVIII : ¡detestable!, ¡machista!, ¡bruto!, ¡desalmado!, ¡hipócrita!, ¡analfabeto!, ¡fascista!... ¿Podría haber sido considerado precursor de la sociología (Durkheim), fundador de las ciencias humanas y padre de la etnología (Lévi-Strauss) por sus propios compatriotas? ¡Nunca! ¡Jamás!

¡Ah!, pero cambia un pequeño detalle, era francés (bueno en realidad suizo), y se llamaba Jean Jacques Rousseau (1712-1778). ¡Qué pronto cambia el cuento! ¡Cómo se le perdonan todos sus errores! ¡Ahora todo se ve desde otro prisma! ¡Que se fastidien sus hijos y sus mujeres! ¡Que sus fechorías queden ocultadas bajo toneladas de papel! ¡Arriba la revolución!

Algunas de las tesis de Rousseau eran no sólo equivocadas e ingenuas, sino que resultaban contradictorias con los ideales revolucionarios y de cualquier democracia moderna. Veamos, ¿acertó Rousseau al decir que *el hombre ha nacido libre y es bueno por naturaleza* (J.J. Rousseau, 1969, p. 15)? Sólo gente acomodada que no ha nacido y vivido en plena naturaleza, sin más comodidad que una piel del animal que cazó ayer, puede afirmar semejante cosa. Darwin aclararía años después que lo que rige el estado de la naturaleza es la ley del más fuerte, que el pez grande devora al chico. Por ejemplo, los sentineleses son la tribu (todavía en la actualidad) más aislada del mundo. Se les calcula una edad de unos 60.000 años, pues bien, son muy violentos, practican el canibalismo y desconocen la existencia del fuego. Aunque pertenece a la India no existe ningún contacto con ellos y ya en el siglo XIII Marco Polo los describiría como *una gente cruel y violenta que se come al extranjero que llega a sus tierras* . Este hecho bastaría para probar al menos una cosa: el ser humano no era necesariamente y siempre bueno antes de que la civilización (presuntamente) lo corrompiera.

En realidad, el mito del buen salvaje tuvo poco recorrido y se convirtió pronto más en un arma arrojadiza para destacar la crueldad de los colonizadores..., pero sólo aquellos que resultaban ser ajenos a la nación del que pontificaba. De hecho, la propia Enciclopedia francesa en la voz *Sauvage* destacaba que la mayor parte de los indios que poblaban América eran *fero-*

ces que se alimentan de carne humana , mientras los holandeses y anglosajones describían a los indígenas con los que ellos se encontraban en sus conquistas como *seres diabólicos, ignorantes, estúpidos e incluso perversos* [81] . Por tanto, podemos imaginar quiénes fueron los ingenuos que siguieron las tesis rousseanas.

Y ¿acertó al considerar que en el estado de naturaleza los hombres y mujeres eran felices e iguales? ¿O se trataba de una tesis de alto contenido mítico influida por la nostalgia de la imagen de un paraíso feliz antes de que el ser humano cayera en el pecado social? (C. Iglesias, 2006, pp. 215-236). De nuevo, cualquier análisis de tribus primitivas o de grupos animales nos demuestra que ese planteamiento peca de gran ingenuidad. El ser humano forma sociedades precisamente para huir y protegerse de la crueldad y rigores de la propia naturaleza. En mayo de 2015, investigadores españoles certificaron el primer asesinato en la cueva de Altapuerca de hace 430.000 años, lo que no quiere decir que no hubiera otros antes, sino que es el primero del que se tienen pruebas físicas por los agujeros encontrados en el cráneo.

Pero hay más: Rousseau apoyó la tesis de Montesquieu de que el clima influía en el carácter de los pueblos, siendo una consecuencia de esta afirmación tan «científica» que la libertad no estaba al alcance de todos los pueblos (1969, p. 94). También se oponía a la pervivencia de los cuerpos intermedios entre el Estado y el individuo, con lo que quedarían fuera partidos, regiones, provincias o ayuntamientos… ¿Son tesis que hoy daríamos como verdaderas?

Por tanto, Rousseau se equivocó en varias cosas importantes, pero ¿acertó en algo?, ¿su famosa tesis del «contrato social» tal vez? Este planteamiento ha servido para legitimar tanto la democracia como los fascismos o los totalitarismos. Son numerosos los autores contemporáneos que respaldan esta postura: cfr. J.L. Talmon, L.G. Crocker o S. Cotta, por citar sólo algunos. ¿En qué consistía el famoso pacto o contrato social? Pues en *la enajenación total de cada asociado con todos sus derechos a toda la comunidad* . Su esencia es que: *Cada uno de nosotros pone en común su persona y todo su poder bajo la suprema dirección de la voluntad general, y nosotros recibimos además de cada miembro como parte indivisible del todo* (Rousseau, 1969, p. 27). Una voluntad general por tanto distinta de la mera suma de voluntades individuales. ¿Y quién ejerce la suprema dirección de la voluntad general? El Estado o el soberano, conceptos que se confunden ya que, una vez instituido el Estado, se presume que los ciudadanos consienten el someterse a la voluntad general por el

mero hecho de residir en un determinado territorio: *Habitar el territorio es someterse a la soberanía* (1969, p. 125). Lo más peligroso fue tal vez el encumbramiento de la voluntad general como el nuevo Dios.

Nada de eso importa. Rousseau sigue siendo hoy considerado el autor intelectual del lema «libertad, igualdad y fraternidad» Sus errores se ocultan o se venden como genialidades indiscutidas.

Pero ¿no había nadie en España que dijera cosas más sensatas y sobre todo... las acompañara con mejor ejemplo de virtudes cívicas? Pues sí, muy bueno y, tal vez por ello, bastante olvidado: Benito Jerónimo Feijoo (1676-1764). Un monje que asumió el voto de pobreza que le llevó a renunciar a los derechos del mayorazgo de su familia, hidalga casa de antiguo linaje. Se consideraba *el ciudadano libre de la república literaria* que no era esclavo de Aristóteles ni aliado de sus enemigos, y que con preferencia a toda autoridad privada siempre escuchó lo que le dictaron su experiencia y razón (1986, p. 427). Su obra es variada aunque cabe destacar su *Teatro crítico universal* (1726). A él se debe un concepto «racional y mesurado» del nacionalismo, alejado de estridencias y excesos, donde especificaba que: *El sano amor de la patria debía diferenciarse y separarse de la vulgar pasión nacional (...) El pensar ventajosamente de la región, donde hemos nacido, sobre todas las demás del mundo, es error entre los comunes comunísimo* (Feijoo, 1986, pp. 235 y ss., 242).

Y si el sano amor a la patria resultaba positivo para el mantenimiento de la *res-pública* , el desordenado afecto al particular territorio (o patria particular) era de lo más nocivo y pernicioso porque era un incentivo a guerras civiles y grande estorbo a la recta administración de justicia. Por ello se le consideraba la peste del paisanismo, lo que no le impedía valorar el afecto (no exacerbado) al suelo natalicio, siempre que sea sin perjuicio de tercero (1986, pp. 251-252). Este moderno concepto de nacionalismo y de estado de ánimo (a la patria Feijoo la llega a denominar *deidad imaginaria*) tal vez explique el que España, a partir del siglo XVIII , y a diferencia de otras naciones, no volviera a querer extender sus fronteras ni invadir a otras naciones, más que conservar lo que ya tenía y defenderse de las invasiones y megalomanías ajenas. Y que tampoco participara en las grandes guerras civiles europeas..., aunque esto es ciertamente otra historia.

Recuperó igualmente la idea griega de la virtud en política que Maquiavelo había puesto en cuestión: *En igualdad de talentos, con más seguridad y facilidad logran sus fines los políticos sanos, que van por el camino de la rectitud y la verdad, que los que siguen la senda del artificio y el dolo: que aquella es la política fina y ésta la falsa* (Feijoo, 1986, p. 158). También fue de los primeros en defender la igual-

dad ante la ley, y aunque valoraba la nobleza para ocupar ciertos cargos, siempre que huyera de cualquier vanidad, proponía (*si llegase ese feliz día*) para la *res-pública* que cada uno fuera estimado por sus obras y no por las de sus mayores (1986, p. 291). Fue del mismo modo uno de los primeros modernizadores de la historia de la que convenía descartar según él lo legendario y lo maravilloso: *¿Qué diré de los disparates históricos, que en muchas naciones se veneran, como tradiciones irrefragables? (...) En todas partes, como en Licia, se fingen quimeras* (Feijoo, 1986, p. 120). De hecho, aunque era monje y defensor de la fe, desconfiaba del *primer informe de los sentidos* , y optaba por la experimentación seria antes que por la metafísica. Los tres errores de la experimentación eran: tomar por efecto lo que es causa, y por causa lo que es efecto; tomar por causa alguna cosa que por accidente concurre sin influjo alguno; y entre dos efectos de una misma causa, tomar uno por causa de otro (1986, p. 360).

Cosas semejantes dijeron los ilustrados franceses, pero Feijoo era español y como tal no mereció loas de parecido fuste, sino castigo presto o aplazado. Por ello, en lugar de alabarlo por todo ello, se le ha acusado, incluso en nuestro país, en ocasiones como un «obtuso defensor de la tradición» por sus críticas contra Descartes (para Feijoo *lo que Descartes dijo de bueno, de Bacon lo sacó* , 1986, p. 195), sin comprobar en el mismo acto, que sus mismas tesis eran suscritas por Robert Boyle (1665) e Isaac Newton (1717), sin que ellos sufrieran parecidas críticas en su país de origen

No hay que descartar que estas críticas fueran impulsadas desde el extranjero porque Feijoo era también uno de los que rechazaba con más ahínco nuestra leyenda negra, y de los pocos que se atrevían a denunciar a los cómplices internos de la misma, a los que llamaba los «nacionistas»: aquellos que hablan mal de España por sistema para al mismo tiempo halagar lo ajeno. Obviamente no era tan ingenuo para desconocer que también existían los chauvinistas españoles, pero sabía muy bien que nada eran en comparación con los originales del término. Mucho no hemos cambiado desde entonces. En todo caso, Feijoo fue un gran intelectual y un gran hombre, pero claro, era también español y por tanto no pudo ser considerado el padre de ninguna rama del saber. Una vez más, la metodología, impuesta por algunas naciones, escondía a uno de los nuestros en el baúl de la historia.

c) ¿Robespierre o Jovellanos?

Robespierre asumió todo el poder e impuso un régimen de terror, impulsando asimismo la liquidación de sus principales oponentes: entre otros, Mirabeau, Marat, Danton, Desmoulins, Vergniaud, Condorcet. Otra de sus

hazañas fue, en pleno movimiento laicista, la creación de una religión propia. A pesar de todo ello, ha contado siempre con innumerables admiradores en… España. ¿Con cuántos seguidores cuenta Jovellanos en Francia…, y en España? ¿Está justificada esta diferencia? Veamos.

Jovellanos fue el gran reformador español del siglo XVIII coetáneo de la Revolución francesa. El primero en decir «es la economía, estúpido», mucho antes que el asesor de Clinton. Así, en sus discursos en la Sociedad Económica de Madrid solía unir política, economía, educación y sentido práctico. Fue especialmente un gran reformador de la educación, cuyo objetivo se centraba en facilitar la perfectibilidad del ser humano, de la que éste nacía dotado. Esto era entonces algo revolucionario, y todavía no ha sido superado como lema. Fue asimismo impulsor del estudio de las ciencias naturales, a través de la creación del Instituto Asturiano, en su lección inaugural «Quid verum, quid utile», señalaba: *Españoles, cualesquiera que seáis, ved aquí vuestra vocación, seguidla y buscad la felicidad en el conocimiento de la naturaleza.*

Consideraba que el desarrollo de las facultades estéticas (por ejemplo, a través de la literatura) debía ir unida con el estudio de las ciencias naturales, propugnando una suerte de ser humano completo y no dividido-especializado. Soñaba con un día en que el mundo hablaría un solo idioma, formando una sola familia y un solo pueblo (cfr. *Respuesta a la epístola de Moratín)* . A su vez, era un lector empedernido, leía con fluidez en francés e inglés, además de las lenguas clásicas.

Sin embargo, Jovellanos es injustamente apresado por Godoy, y confinado en Mallorca, primero en un apacible convento y luego en la triste prisión del castillo de Bellver. Cuando sale de prisión (1808) los afrancesados se pelean por conseguir su apoyo. José Bonaparte le ofrece ser ministro, él se resiste y calla, reflexiona, y finalmente toma partido y rechaza la invasión: *España no lidia por los Borbones ni por Fernando; lidia por sus propios derechos, derechos originales, sagrados, imprescriptibles, superiores e independientes de toda familia o dinastía. España lidia por su religión, por su Constitución, por sus leyes, sus costumbres, sus usos; en una palabra: por su libertad, que es la hipoteca de tantos y tan sagrados derechos* (citado por Ángel del Río, en «Introducción» a Jovellanos, 1965, p. CVII)

Una revolución jovellosiana podría haber tenido lugar, pero la Revolución francesa la hizo imposible. Y cuando llegó a España, en la versión napoleónica, llegó ya su versión fracasada. El propio Jovellanos en carta al cónsul inglés Jardine, el 3 de junio de 1794, defiende las reformas frente a la revolución, y que una nación para ilustrarse no necesitaba necesariamente

derramar sangre porque el verdadero progreso implicaba una graduación de sucesos. Lo demás podría ser otra cosa, pero no debería llamarse «progreso». Pero nada, aquí estamos nosotros, halagando a los violentos…, y así nos va. De hecho, todavía hoy, ¿por quién creen que apuestan gran parte de los intelectuales españoles? ¿Por el loco de Robespierre o por el sensato Jovellanos?

4. ESTADOS UNIDOS: ¿ANGLOSAJÓN O HISPANO?

4.1. El (ignorado) origen hispano de los Estados Unidos: ¿y futuro?

La relación de Estados Unidos con España probablemente es la historia jamás contada, una narración oculta y todavía por escribir [82] . La narración vencedora nos dice que Estados Unidos era una colonia británica, pero esto es sólo muy (pero que muy) parcialmente cierto. La primera colonia británica permanente en los Estados Unidos es tan tardía como de 1607 (Jamestown en Virginia), y sólo consistió en establecer plantaciones de tabaco y de arroz que pronto se llenaron de esclavos negros. Antes, en 1583 sir Walter Raleigh había fracasado en un primer intento. Sí, existen también los fracasos británicos aunque curiosamente no se hable mucho de ellos. Hasta los franceses habían sido más eficaces, extendiéndose en 1570 desde San Lorenzo hasta Louisiana, por no hablar de los holandeses a los que los británicos les robaron la cartera.

Quien descubre Florida es el español Ponce de León en 1513 (sólo veintiún años después del primer viaje de Colón) siendo el primer europeo en poner un pie en suelo de Estados Unidos. Después Esteban Gómez (1525) y Lucas Vázquez de Ayllón (1526) reconocieron la costa desde Florida hasta Canadá. Los asentamientos españoles en el sureste norteamericano —San Miguel de Gualdape (1526) y Ajacán (1570)— son geográficamente paralelos y cronológicamente anteriores en más de medio siglo a la fallida colonia inglesa de Roanoke (1585), al establecimiento de Jamestown (1607) y al mítico nacimiento del país norteamericano tras la llegada del Mayflower (1620). Cabeza de Vaca será el primer europeo en adentrarse en el interior y «convivir» entre 1527 y 1536 con los indios norteamericanos. Hernández Soto (1539) y Coronado (1540) exploraron el sur y el centro de los actuales Estados Unidos descubriendo el río Misisipi, las Montañas Rocosas y el Cañón del Colorado. Juan Rodríguez Cabrillo fue el primer europeo en pisar tierras de Alta California en 1542, al que más tarde (1602) se le uniría Sebastián Vizcaíno para completar el mapa de California.

Y quien descubre el Pacífico es Núñez de Balboa y la ciudad más antigua de los Estados Unidos es San Agustín, fundada en 1565 por los españoles, concretamente por Pedro Menéndez de Avilés. Entre 1769 y 1782 el franciscano fray Junípero Serra fundaría un total de veintiuna misiones —muchas de ellas origen de ciudades actuales norteamericanas, como San Diego— enlazando ambas Californias en una operación apoyada por la Corona española, y que se consolidaría con la construcción de presidios como los de Santa Bárbara, Monterrey y San Francisco [83]. En conclusión, en 1783 cuando acaba la guerra de Independencia norteamericana: California, Arizona, Nuevo México, Texas, parte de Luisiana y las dos Floridas eran españolas…, aproximadamente dos tercios del actual Estados Unidos.

Es más, la morfología de Estados Unidos se desarrolla en torno a un conjunto de ciudades diseñadas por españoles de acuerdo con las *Leyes de los Reynos de las Indias* de 1680, en tiempos de Felipe II, que fueron las primeras normas cartográficas y urbanas del nuevo mundo (J.M. Hernández y F. Arques, *Diseñar América,* 2014). La ciudad de Los Ángeles se fundó en una fecha tan tardía como 1781, todavía en manos españolas, y el fundador fue el misionero Juan Crespí, con el nombre «Pueblo de la Reina de los Ángeles». San Juan de Puerto Rico (1521) es la segunda capital más antigua de América y estuvo en manos españolas hasta 1898. Incluso en Nueva Orleans donde los españoles estuvieron sólo cuarenta años (de 1762 a 1803, cuando se vendió Luisiana a los Estados Unidos) lograron imponer su estilo arquitectónico que es por tanto español, y no francés. Todo ello convierte a los arquitectos y los ingenieros españoles en uno de los principales actores del patrimonio nacional estadounidense (J.M. Hernández y F. Arques, *Diseñar América,* 2014, p. 162).

La actuación de intendentes muy notables como José Gálvez, tampoco debe ser desconocida en los terrenos tanto económico como científico, ni las expediciones para medir el meridiano terrestre en las que participaron Jorge Juan y Antonio de Ulloa. Todavía durante el siglo XVIII , las expediciones españolas cartografiaban la costa desde California hasta Alaska. Pues bien, pregunta para ingenuos, ¿quién se llevó el renombre de dibujar los primeros atlas y la cartografía de los Estados Unidos? ¿Los españoles? No, los holandeses y el francés La Pérouse, a pesar de que estos trabajaron sobre los planos españoles, ocultados a la posterioridad hasta doscientos años después de su confección (vid. Grupo de Investigación Paisaje Cultural, en J.M. Hernández y F. Arques, *Diseñar América,* 2014, p. 145).

Como los romanos fueron conocidos en Europa por sus grandes calzadas, los españoles construyeron o abrieron los llamados *caminos reales* que debían unir las capitales de provincia según lo prescrito en las Leyes de Indias [84] . Algunos de ellos son hoy considerados *National Historic Trails* en los Estados Unidos: el camino de Tierra Adentro (completado por Juan de Oñate en 1598) que unía la ciudad de México con la de Santa Fe —2650 km, 650 de ellos dentro del actual Estados Unidos—; el camino de los Tejas (1680) que partía del camino anterior y que se dividía en dos ramales —en total 4150 km—; el camino de Juan Bautista de Anza (criollo de padres vascos que lo abrió de 1774 a 1776) que unía Nogales en Arizona hasta S. Francisco (1900 km); el camino de las misiones de Alta California, que unía las veintiuna misiones franciscanas; el viejo camino español de Santa Fe a Los Ángeles (*Old Spanish Trail)* que sorteaba el Gran Cañón del Colorado (4300 km); y el camino de Santa Fe que unía San Luis y Santa Fe (1936 km).

Pero ¿todos los norteamericanos han sido tan injustos con España? Pues no. Habrá que esperar hasta 1911 para que un norteamericano relevante, el rector de la Universidad de Berkeley, Herbert. E. Bolton, planteara en un informe riguroso que la historia de los dominios españoles (de los Estados del Sudoeste) debía considerarse como parte de la historia de los Estados Unidos, tanto por su duración (casi tres siglos) como por su extensión, que incluía todo lo que hoy forma la zona del Oeste del río Misisipi. Bolton se preguntaba por qué esta presencia era desconocida por los historiadores y el gran público americano que tiende a pensar que quien más presencia tuvo en esa zona y ocasión fueron los franceses.

No es el único. En 1971, el catedrático e hispanista californiano Philip Wayne Powell escribió un libro con una tesis todavía más atrevida: las relaciones de Estados Unidos con el mundo hispano se habrían basado casi en su totalidad en prejuicios y propaganda totalmente falsos dirigidos a construir un «Árbol de Odio» entre ellos (2008, pp. 9, 55, 56). Se trata de una obra muy importante, bien fundada y valiente, máxime teniendo en cuenta que fue escrita desde el otro lado del charco y que por primera vez se utiliza el término «hispanofobia» y se alababa (allí) al Imperio español comparado con los otros. Probablemente, como reza su versión española (1991), nos encontramos ante *la mejor defensa de España y la Hispanidad escrita por un historiador extranjero moderno* . La única en la que un hispanista parte de una autocrítica acerada contra su propia cultura. Donde realiza además un estudio detallado de los programas de enseñanza norteamericanos para demostrar que estaban trufados de menosprecios injustificados hacia España, su im-

perio y su legado. Tal vez precisamente por ello, correría una suerte similar al libro paralelo de Juderías (al que Powell conoce y cita) escrito desde este lado: entre el olvido, las críticas o las citas muy matizadas. ¿Por qué será, mis queridos ingenuos?

4.2. Estados Unidos le debe su independencia a España: Bernardo de Gálvez

a) La crucial (e ignorada) ayuda española: la figura de Bernardo de Gálvez

Un aspecto singularmente oscurecido por la historiografía oficial ha sido la entidad real de la ayuda española que recibieron los colonos que luchaban contra el Gobierno británico. Gran parte de los historiadores americanos (y europeos) han destacado «sólo» la participación francesa ninguneando la española. Para muestra basta un botón: el norteamericano Gordon S. Wood en su conocido libro *La Revolución americana* (2003) no menciona ni una sola vez a Bernardo de Gálvez y sólo tres o cuatro a España, como mero apósito auxiliar de Francia.

Sin embargo algunos datos permiten valorar mejor lo que hicimos: las donaciones españolas en 1777 sumaron 2.489.906 reales, el 5,9% de los ingresos ordinarios del Estado, y los pertrechos y armamentos enviados en el buque *Amphitrite* —que han pasado a la historiografía falsamente como envíos franceses por ser un buque de nombre francés— eran en realidad españoles ya que el mencionado buque había sido fletado por España a tal efecto. La ayuda española no sólo significó un mayor esfuerzo para el Gobierno en términos económicos, no sólo fue más determinante en el terreno militar y de distribución de suministros, es que resultaba mucho más arriesgada para los propios españoles (los franceses no tenían nada que perder), que veían el riesgo de que una posible victoria norteamericana pudiera dar alas a posibles rebeliones en el sur. De hecho entre 1780 y 1782 se produjeron la de Túpac Amaru en los Andes peruanos y la de los comuneros de Nueva Granada.

Ha pasado igualmente desapercibida la influencia del Ejército español en la victoria de los colonos norteamericanos sobre Inglaterra. Sin la intervención de España los EE. UU. no habrían logrado su independencia o lo habrían hecho mucho más tarde y en peores condiciones. Esta deuda moral y económica no sólo nunca fue pagada, sino que pronto se escondió en el baúl del olvido para seguidamente pasar a tratar de echarnos de los territorios que seguíamos dominando en el norte de América, llegando más tarde hasta la innoble actuación para apoyar la rebelión en Cuba y Filipinas. Así nos

ha pagado Estados Unidos nuestros esfuerzos y el riesgo político que asumimos.

En la decisiva influencia española en la guerra de Independencia, merece ser destacada la figura de Bernaldo de Gálvez Gallardo y Madrid (1746-1786), conde de Gálvez y vizconde de Galveston. Gálvez consiguió tener ocupados a los británicos en otras zonas, al tiempo que recuperaba las dos Floridas para la Corona española a partir de la célebre batalla de Pensacola. Allí derrotó a los ingleses con una flota menor, arrojo y elevada estrategia, al grito primero de «el que tenga honor y valor que me siga» y después del «¡yo solo!», pues fue su barco ondeando la bandera de comandante de la flota y habiendo hecho las reglamentarias quince salvas de honor, para que no cupiera duda de quién lo capitaneaba, el que se atrevió a cruzar el fuego enemigo.

Bloqueó asimismo el puerto de Nueva Orleans para evitar que utilizaran el río los británicos y facilitó el aprovisionamiento de las tropas norteamericanas —tanto en víveres y armas, como en medicinas y otros pertrechos—, en contacto directo con Thomas Jefferson y George Washington. Destaca su habilidad a este respecto para conseguir financiación de las familias adineradas de Cuba, cuando los fondos franceses no llegaban. Hasta el punto de que sin esta financiación no se habría ganado la decisiva batalla de Yorktown (1781). Además, Gálvez se apoderó de la isla Nueva Providencia en las Bahamas, abortando el último plan británico de resistencia, con lo que mantuvo el dominio español sobre el Caribe y aceleró el triunfo norteamericano. Se disponía a tomar Jamaica, único reducto inglés de importancia en el Caribe, cuando en mitad de los preparativos le sorprendió el fin de la guerra.

El 8 de mayo de 1783 el Congreso de los EE. UU. agradeció la ayuda del Reino de España y honró a Bernardo de Gálvez con un retrato en las paredes del Capitolio por su destacada participación en la guerra de Independencia. Este retrato no llegó sin embargo a colgarse y a partir de ahí, silencio…, hasta que hace pocos años cuando se recuperó esta idea por la iniciativa personal de Teresa Valcárcel (una española que ostenta asimismo la nacionalidad norteamericana), logrando esta vez, con el apoyo del gobierno español y otras asociaciones, no sólo que se colgase el cuadro, sino que se nombrase a Gálvez (2014), por resolución conjunta del Congreso y Senado norteamericanos, ciudadano honorario de los Estados Unidos, un honor del que sólo disponen siete personas, entre ellas Lafayette, Madre Teresa y Winston Churchill. ¿Cómo puede ser que un personaje de esta talla no haya

recibido el reconocimiento debido en los libros de historia y en todas las escuelas de nuestro país?

b) Las razones de un Estado desleal y desagradecido con España

¿Cómo pudo ser que los EE. UU. olvidaran tan pronto nuestra ayuda tan decisiva y pasaran a atacar nuestros intereses y a aliarse con Inglaterra (su anterior enemigo) frente a nosotros? Algunas pistas pueden ayudarnos a entender este desprecio: las ansias expansionistas de los norteamericanos hacia el oeste y el sur, y la revitalización a estos efectos de la leyenda negra española con el libro *Historia de América* de William Robertson, eficazmente publicado y reeditado en los Estados Unidos. Lo cual también convenía a los franceses, cómodamente instalados en el lugar que «graciosamente» les otorgaba la historia. Una vez conseguida la independencia, su siguiente obsesión fue conseguir más territorio a costa de España. Ello resultaba lógico si recordamos que cuando acaba la guerra de la Independencia, el territorio en manos de los colonos era bastante reducido pues, a parte de lo que todavía quedaba en el norte bajo dominación inglesa, dos tercios de lo que hoy es EE. UU. estaban en 1783 en manos españolas como posesión reconocida por el resto de potencias europeas: Nuevo México, Nuevo León, Nueva Navarra, Nueva Vizcaya, Galicia (gran parte de estas extensiones luego serían conocidas como Texas y Arizona), Nueva Albión (descubierta en un principio por F. Drake en 1578), California, Florida y Luisiana. De hecho, todavía en 1898 decía Teodoro Roosevelt: ***Desearía orientar nuestra política extranjera con el propósito de eliminar finalmente de este continente a todas las potencias europeas. Empezaría con España…***

El tratado de Versalles, que pone fin a la guerra de Independencia de los Estados Unidos, sólo otorgaba a la nueva nación el territorio al norte de Florida (ésta era española), al sur de Canadá y al este del río Misisipi, fijando como frontera norte el paralelo 32. Por ello empieza la obsesión estadounidense con España. Primero, nos necesitó para combatir a Inglaterra, pero pronto se dio cuenta de que España era el enemigo a batir si quería ampliar su territorio, y así será hasta que consiga echarla primero de sus fronteras próximas y luego de las áreas que considera de su influencia: Cuba y Filipinas en 1898. El principal objetivo era adquirir por las buenas (dinero) o las malas (invasión) cuanto más territorio mejor, para, entre otros motivos, poder llegar al Pacífico. No obstante, gran parte de los nuevos territorios a quien se lo consiguió arrebatar sería finalmente a un México ya independiente en una guerra que acabaría con el Tratado de Guadalupe Hi-

dalgo de 1848. ¿Qué habría ocurrido si España hubiera seguido mandando en la zona? Ya nunca lo sabremos.

El segundo y paralelo objetivo era borrar o disfrazar cualquier traza del legado y herencia cultural hispanos de esos territorios. Aunque las muy famosas películas (también en España) de vaqueros *made in Holywood* muestren (¿por casualidad?) otra idea, los primeros que se enfrentaron a los Apaches fueron los españoles. Hay un hecho quizás anecdótico que resulta revelador: en el clásico de John Ford *Fort Apache* , de 1948, en su versión original, la entrevista entre los representantes del Gobierno de los Estados Unidos y Cochise, jefe de la nación apache, tuvo lugar en castellano con un intérprete mexicano, ya que era esa lengua la segunda más común en pleno siglo XIX en la mayor parte de los indios del actual suroeste de Estados Unidos[85].

Resulta asimismo curioso que la mayor parte de estas películas muestren sólo la expansión de los colonos del este al oeste, pero no tanto del norte al sur contra los mexicanos. Esta guerra olvidada frente a los hispanos fue en ocasiones despiadada y brutal aunque no lo suelan recoger así los libros de historia. Por ejemplo, la «famosa» batalla de El Álamo fue engrandecida hasta la exasperación grandilocuente y sonrojante por un Hollywood militante y nacionalista. El fortín en cuestión no pasaba de ser un cuartelucho y en realidad se trató de una guerra de los norteamericanos a favor de la esclavitud, que México acababa de prohibir. Hubo igualmente secuestros de niños para enviarlos al sur y que no crecieran en territorio presuntamente WASP (*White, Anglosaxon and Protestant*). Y se produjeron incautaciones de tierras, expulsiones y apropiaciones para echar a los propietarios de terrenos donde hubiera oro.

Tampoco se reflejan las fracasadas operaciones del sur al norte con los británicos (y futuros canadienses) que lograron frenar finalmente las ansias inagotables de expansión de los norteamericanos. Es decir, la otra historia jamás contada es que Canadá podría no haber existido, siendo devorada, poco a poco, como hicieron con el oeste y con el sur[86]. Y sin embargo…, hoy tan amigos. En realidad, Canadá casi no llega a existir de tanta obsesión de Gran Bretaña por protegerla de las ansias expansionistas estadounidenses, a pesar de que éstos fueron derrotados y detenidos en su avance territorial por la guerra que se produce entre 1812-1814. Y ello aunque intentaron aprovecharse de que Gran Bretaña estuviera distraída con Napoleón en Europa. Sólo que era más fácil controlar una sola rebelión que va-

rias al mismo tiempo, como le tocó hacer a España. A partir de este momento, Canadá deja de tener que preocuparse por los Estados Unidos…, para pasar a preocuparse de los propios británicos que se pegaron al territorio como una lapa. En términos legales, sólo en 1949 el Tribunal Supremo de Canadá se convirtió en la última instancia del país (antes era un comité judicial británico) y no llegó a ser realmente independiente de Gran Bretaña hasta ¡1982! Hasta entonces, Canadá, aunque tenía formalmente una constitución, la única institución que podía modificarla era el Parlamento británico [87]. Para que luego digan que Quebec puede ser un referente para Cataluña.

4.3. Quién ha sido mejor: ¿el primer Imperio global o el último?

a) Cómo acabaron el Imperio español y el norteamericano

Podríamos hablar de quiénes fueron más crueles con los indígenas, o por qué no sobrevivió ninguno en la zona de las trece colonias, y los que viven hoy en reservas proceden todos de la zona dominada por los españoles. También de algunos genocidios olvidados porque los protagonizaron ellos y no nosotros. No sólo las bombas atómicas lanzadas sobre población civil sino su actuación con el pueblo filipino, una vez que nos echaron a nosotros, al que además de engañarle, prometiéndole una presunta ayuda desinteresada, se le masacró, con cerca de millón y medio de víctimas [88]. O el exterminio de la tribu de los osage a principios del siglo XX .

Pero también conviene resaltar algunas diferencias en cuanto a cómo y por qué acabó el Imperio británico del norte, cómo y por qué nacieron los Estados Unidos, y cómo y por qué finalizó el Imperio español del sur. La Revolución norteamericana fue en realidad una guerra civil entre británicos de las colonias y de la metrópoli; no existía el deseo de renegar de sus orígenes y dejar de ser británicos sino de no pagar impuestos y no obedecer al rey; por eso probablemente duró diez años y acabó sin demasiado rencor (en 1773 se produce el célebre motín del té y en 1783 se firma el Tratado de Versalles). La América española contaba con población de características propias y diversas de la de España, aunque distara de ser homogénea: indios, criollos, mestizos y blancos. Por eso terminó con mayores dificultades porque el nudo era también más fuerte (la guerra de Independencia duró del 1808 al 1836 en el sur). Por el contrario, desde que llegaron los británicos hasta que empezaron a ser expulsados pasaron 166 años. Es decir, en apenas siglo y medio, los colonos, hijos y nietos de británicos, echaron a los británicos que no eran colonos. ¡Vaya eficacia!, gran éxito sin duda de su

política…, al menos comparada con la española. Tal vez influyera algo el que la política comercial del Gobierno inglés consistiera en limitar el desarrollo de la colonia en beneficio de la burguesía de la metrópoli, errores que sin embargo no cometieron los españoles, cuyo imperio duró el doble.

b) España: ¿aliada o vasalla?

Estados Unidos por segunda vez entra en guerra contra España, y lo hace de forma intensa aunque ambivalente. 1898: se sublevan Cuba y Filipinas. La excusa que puso Estados Unidos para entrar en la guerra de Cuba fue el hundimiento del barco estadounidense *Maine* . Un hecho que el propio Gobierno norteamericano admitió ser falso noventa años después, alegando no obstante que se debió a la explosión «accidental» de una de las santabárbaras del barco. En realidad, siempre se sospechó que se trató de una explosión provocada por los propios norteamericanos, para entrar en una guerra que ellos mismos habían impulsado. Además, los norteamericanos decidieron «resucitar» la leyenda negra española para lograr más apoyo popular a las revueltas.

Perdidos los últimos conflictos territoriales (Cuba y Filipinas) llegamos a finales del siglo XX con un Estados Unidos convertido en el nuevo imperio moderno. España se convirtió, en su dimensión europea, en un mero objeto de deseo por su peculiar situación geográfica. De ahí que nuestro país siga siendo uno de los pocos territorios europeos con bases americanas, aunque esto forme parte ya del paisaje sin que levante curiosamente muchos resquemores. A cambio de dinero, España cederá trozos de territorio a una potencia extranjera, bajo el eufemismo de «bases de utilización conjunta». Tras Inglaterra, Estados Unidos, su descendiente cultural, busca el mismo objetivo aunque con distinto método: ahora lo compra. Franco, en situación de debilidad aceptó las bases, aunque formalmente continuaran bajo pabellón español. Situación que se mantendrá después con variaciones (ahora con menos bases), a pesar de que seamos parte de la OTAN supuestamente con todos los derechos y los mismos deberes.

Se ve que los norteamericanos se independizaron «política y económicamente» de Gran Bretaña pero no de sus manías, errores y obsesiones. Se trata de un hecho singular español, que junto a Gibraltar (otra anomalía histórica de colonia europea en otro Estado europeo), acojamos bases militares de otro país (Rota y Morón) y no como correspondería en su caso sólo de la OTAN o la UE (si llega a ello). No hay por qué minusvalorar la aportación en materia de empleo y de intercambio de técnicas militares con nuestro ejército, pero ¿cabría esta situación, por ejemplo, en Francia o Reino

Unido? [89] . Alemania sí aceptó acoger bases, pero su situación geográfica (frontera con el Pacto de Varsovia) y política (derrotada en la Segunda Guerra Mundial y bajo protectorado aliado unos años) lo justificaban mejor.

En cualquier caso, ciertamente no todo han sido sombras. La actitud de los Estados Unidos con España ha cambiado en los últimos tiempos. Fuimos aliados en la primera y en la segunda guerras del Golfo, y a cambio la CIA decidió apoyarnos en la lucha contra ETA. Sin embargo, se da la paradoja de que España depende hoy militarmente de Estados Unidos, cuando éste país nos debe su independencia. Tal vez haya llegado el momento de revertir la situación, invertir de verdad en nuestro ejército (que a pesar de todo mantiene muy alto el pabellón), recordarles el pasado en común, y todo lo que nos deben y conseguir que nos traten de igual a igual, y transformar las bases militares «de utilización conjunta» en su caso en bases OTAN. Si queremos ser de verdad un país soberano, claro.

c) ¿Es realmente mejor Estados Unidos que España en la actualidad?

A pesar de todos nuestros defectos, la cosa no está tan clara como a menudo se presenta. Como no existen «norteamericanistas» en nuestro país con certificado de autenticidad, vayamos a las fuentes propias de allí: el reputado antropólogo Marvin Harris en un libro que se ha convertido en «más vendido» (o para los que ya han olvidado el español, en *«best-seller»*), ha mostrado el proceso de decadencia en que ha entrado la «cultura» norteamericana. El título del libro es sintomático, *¿Por qué nada funciona?* (originariamente publicado como *La cultura norteamericana contemporánea*) donde se hace un repaso a servicios públicos y privados, cuya eficacia ha disminuido en los últimos años. Se pregunta incluso por qué resulta hoy tan difícil encontrar camareros, camareras, telefonistas o empleados de banca que sean competentes o por qué han perdido sus habitantes la ética del trabajo, el sentido de la disciplina o la capacidad de ahorrar y aplazar la satisfacción de placeres (M. Harris, 2013, pp. 38, 41). Por una vez, un autor extranjero no dedica sus esfuerzos a criticar nuestro país sino al propio, probablemente no por falta de ganas, sino porque ya no representamos ningún peligro.

¿Y la sociedad americana? ¿Se imagina que la edad penal pudiera empezar en ocasiones con siete años? ¿O que un padre pudiera regalar «legalmente» a su hijo por su vigésimo primer cumpleaños una pistola con la que después poder acabar la vida de varias personas que estaban rezando en una Iglesia metodista? [90] ¿Y que a pesar de todos los casos de asesinatos colectivos en escuelas y universidades nadie fuera capaz de prohibir el co-

mercio libre de armas que causan más de 10.000 muertes al año (diez veces más que ETA en toda su historia)? ¿O que se pueda sacar el carné de conducir de automóviles a los 16 años con extraña facilidad? ¿O que sea normal seguir conduciendo con 90 años mientras se habla por teléfono o se envían SMS , actividades todas ellas permitidas?

¿Y la justicia americana? ¿Seguro que funciona mejor que la española? Pues habría que contestar al menos que no siempre, sobre todo si el acusado/a… es español. De esto sabe mucho la española y madre Mª José Carrascosa, que una vez conseguida la custodia y tutela de su hija por un tribunal español, volvió a Estados Unidos «de buena fe» para tratar de arreglar la situación con su exmarido y los tribunales de ese país. Pues bien, tal gesto fue respondido con su detención: ¡¡¡condenada a catorce años por secuestrar a la misma hija que un tribunal español había concedido la custodia!!! Pasó nueve años en prisión hasta que una jueza acordó su libertad condicional. Anteriormente había sufrido todo tipo de vejaciones, incluidos diversos engaños y estafas por parte de sus abogados. La familia debió hacer frente además a lo costoso que es el sistema judicial en ese país. ¿Se imaginan algo así aquí? En realidad, si analizamos las estadísticas de mortalidad infantil, suicidios, drogodependencia, depresión… comprobaremos que son notablemente inferiores…, en España. Por no hablar de los trasplantes o la calidad del transporte público. Es más, la ley de bienes gananciales de California, la más avanzada de los EE. UU., proviene de la herencia española.

En resumen, ¿le ha salido a cuenta a los Estados Unidos apostar por la cultura anglosajona en lugar de por la hispana? En una cosa ciertamente sí: no existe una campaña organizada para destacar sus errores todos los días, o de existir es menos eficaz, empezó desde hace menos tiempo y sobre todo ellos tienen claro que deben defenderse y cómo hacerlo. El último gran imperio anglosajón hace honor a su pasado dominando los medios de comunicación globales y por tanto la opinión pública mundial. No somos iguales.

64 Y ello, a pesar de ser hijo y marido de españolas, las hijas de Felipe III, Ana Mª de Austria, y de Felipe IV, María Teresa, respectivamente; ambas por cierto ignoradas y despreciadas por sus respectivos maridos. Pero nada, que los franceses eran muy buenos y nosotros muy tontos.

65 Sobre la influencia del servicio de espionaje inglés (admitida por la propia historiografía inglesa) en esta aventura, ver C. Carnicer y J. Marcos, 2005, pp. 352-353.

66 En varias ocasiones utilizaremos, no obstante, el libro de J.H. Elliott, el cual al menos como reputado hispanista matiza los supuestos errores de los españoles y reconoce que algunos de ellos se debieron al hecho de haber sido los pioneros en este tipo de empresas, sin existir por tanto experiencias de cuyos errores poder aprender (J.H. Elliott, 2006, pp. 258-260). Es decir, que el resto tuvo más suerte gracias a nosotros…

67 A título de ejemplo Hugh Thomas, 2003, pp. 46 y 185, disculpa y minimiza hábilmente el fenómeno del comercio de esclavos en el Imperio británico, achacándolo a otros. Claro que ello no quiere decir que los trabajos de estos hispanistas no tengan calidad. Como la tiene la obra de Raymond Carr que recibió en plena dictadura a muchos estudiantes que querían estudiar la historia de España en libertad.

68 Sobre cómo vestían los personajes de la época (incluidos los gobernadores) puede verse J. de Mariana, Vol. II (1952). Sobre la actuación del conde de Gondomar y sus muchos éxitos diplomáticos ver: J.I. Benavides, 2011, pp. 61 y.

69 Del mismo modo se esconden la incursión castellana en 1380 por el Támesis de Fernando Sánchez de Tovar, en tiempos de Juan I de Castilla, y el desembarco de Carlos de Amésquida en Cornualles en 1595, que con cuatrocientos soldados de los tercios hicieron huir de pánico a varios miles de hombres del ejército inglés.

70 Para ser justos, también los británicos nos han hecho algún regalo…, o más bien su casa real: la transmisión de una degeneración cromosómica que producía la hemofilia a partir de la reina Victoria. Lo curioso es que mientras esta alteración nunca se manifestó en los herederos británicos, sí lo hizo en algunos infantes españoles y en los zares rusos; el último fue el *zaveritch* Alexis hijo del zar Nicolás II y una nieta de la reina Victoria. La reina Victoria Eugenia, mujer de Alfonso XIII, la transmitió al primogénito Alfonso (nacido en 1907) y al pequeño Gonzalo (nacido en 1914). Los dos murieron en sendos accidentes de automóvil como consecuencia de la dificultad para coagular la sangre. Aunque es hacer política ficción y a pesar de que Alfonso XIII no supo rodearse siempre de buenos asesores y dirigentes, lo cierto es que el descubrimiento de que su heredero era hemofílico (1910) alteró su carácter, le apartó de su mujer e hizo que ésta se desentendiese del cuidado y educación de sus hijos. Un hecho genético en apa-

riencia banal, cambió, una vez más, la historia de España... para mal. Y aunque pueda tratarse de una mera casualidad, los dos —Nicolás II y Alfonso XIII— que se casaron con nietas de la reina Victoria y que dieron a luz herederos hemofílicos, no sólo no acabaron sus días como reyes sino que se produjo en ambos casos un cambio de régimen.

71 Ver la excelente obra de J.A. Maravall, 1979. Estas cosas pasaban cuando los catalanes se interesaban por la historia de España con ánimo ecuánime, y no simplemente al desabrido servicio de la causa de su desintegración.

72 El término «revolución» se ha aplicado a casi todo, por no hablar de la «revolución cultural» de Mao, que fue de todo menos positiva. Aunque a algunos pueda sorprender, en pleno año 1939 (todavía Hitler no había pisado suelo francés) en París se publicó un libro en cuatro volúmenes: *Histoire de la Révolution Nationale Espagnole* que hacía referencia curiosamente no a la Segunda República, sino al movimiento que acababa de ganar la Guerra Civil, contando con un prefacio de René Benjamin, de la Academia Goncourt, y bajo la dirección de Pedro Sainz Rodriguez, y con la participación de personajes como Manuel Machado o el conde de Foxá.

73 Ver, Antonio Calvo Maturana, «'Con tal de que Godoy y la Reina se diviertan'»: en torno a la virtud de María Luisa de Parma y la legitimidad de Carlos IV», *Historia y Política* , nº 31, enero-junio 2014, pp. 81-112.

74 Aunque a muchos incomode, las semejanzas entre Napoleón y Franco son mucho mayores que sus diferencias: los dos fueron los más jóvenes generales de su época, los dos brillantes estrategas militares, los dos bajitos, los dos tenían gestos de opereta, los dos pusieron fin a un periodo revolucionario, los dos tenían una vocación de crear/restaurar un imperio, los dos practicaban una austeridad cuartelaria, los dos tenían a los ingleses por enemigos, los dos tuvieron sólo un hijo/a, aunque en el caso de Napoleón se dice que también tuvo un hijo «natural» con la dama de honor de Carolina Murat, hermana del emperador, que llegaría a ser el primer conde de León. También los dos legaron obras jurídicas de interés siendo militares. Es ciertamente una broma atribuir unas exitosas leyes de procedimiento administrativo o de la jurisdicción contenciosa a Franco, pero salvando las distancias también lo es atribuir el éxito y contenido del Código Civil al «militar» Napoleón. Este código supuso, por otra parte, consolidar los derechos de la burguesía emergente que había hecho dinero con la revolución y protegerla de las constantes reivindicaciones de las

clases populares y el campesinado. Con el código acaba la revolución popular y se consolida la burguesa.

75 Las semejanzas entre Napoleón y Franco continúan: los dos sobre el papel fomentaron el mérito y la capacidad. En el caso de Franco, el ser número uno de una promoción universitaria o de unas oposiciones a un alto cuerpo de funcionarios significaba una catapulta directa a ser ministro o alto cargo, sin que el propio Franco conociera al candidato personalmente, ni nadie preguntara sobre ideologías (salvo que se hiciera ostentación de ello, claro), familias o rentas. Hasta de las oposiciones (que Franco no creó, pero las mantuvo) se dijo que eran una forma meritocrática e igualitaria de avanzar en la escala social, ¡en plena dictadura de derechas!

76 Ésta es una de las diferencias. Franco no osó crear una dinastía familiar, aunque hubiera podido hacerlo con mayor facilidad, pues su nieta se casó con un candidato directo al trono español, lo que no excluye que ciertamente sí permitiera a alguno de sus hermanos y yernos obtener ventajas de forma irregular. Tampoco trató de invadir otros países. En este ámbito, las semejanzas de Napoleón van hacia otro personaje también del siglo XX y también con un bigote algo ridículo: el «otro» que osó conquistar Rusia y que salió de allá derrotado y cuyo «imperio» llegó a tener unas dimensiones muy parecidas al de Napoleón, que no por casualidad fue un firme admirador de éste. Claro que aquél, con todos sus defectos, no decidió invadirnos, aunque ganas probablemente no le faltaron. Como resumen de estas tres notas: los que alaban a Napoleón alaban, sin saberlo, a Franco.

77 Olivares sostuvo que quien creía en supersticiones era el rey Felipe IV, quien seguía las instrucciones de la famosa monja sor María de Ágreda, y que él en realidad mandó tres ejércitos en defensa de Maastricht, los cuales sólo por pereza de los oficiales no llegaron a tiempo. Es más, Olivares argumentaba que creer en este tipo de revelaciones no era de fiar e iba contra el sentido de como Dios utiliza a su Iglesia, alertando que estas personas *o fueron ilusos del demonio o padecieron error en la fantasía* (cfr. *El Nicandro* , recogido por G. Marañón, 1998, Apéndice XXX, p. 596).

78 No es que no hubiera otros nobles con capacidad todavía para hacer grandes cosas en el Gobierno, como el marqués de Leganés, pero eran minoría y ya no eran capaces de (dirigir y) participar con éxito en las batallas que todavía tenía España.

79 Otro atentado lo sufrieron Olivares y el rey, en Molina de Aragón, el 17 de julio de 1642. Parece que se debió a las intrigas del embajador del empe-

rador alemán. Para que quede constancia de que no siempre fueron ingleses y franceses nuestros únicos enemigos; toda regla tiene su excepción.

80 Cfr. Informe del Consejo de Estado francés de 19 de febrero de 1632, que relata los contactos habidos entre los dos validos a través del príncipe de Eqemberg.

81 Cfr. Henry Marie Brackenrikge, *Indian Atrocities* , 1782, citado por C. Iglesias, 2006, p. 422, nota 56.

82 Aunque nos alegramos que cada vez más se dediquen a intentarlo. Destaca el libro de Felipe Fernández-Armesto, *Nuestra América. Una historia hispana de los Estados Unidos* (2014), donde plantea una tesis semejante a la que aquí sostendremos: que los Estados Unidos tienen un pasado español tanto o más intenso que el inglés, y un futuro probablemente más hispano que anglosajón.

83 Cfr. Carlos Sambricio R. Echegaray, «1763-1776: la ordenación del territorio al norte de la frontera de Nueva España» en J.M. Hernández y F. Arques, *Diseñar América* , 2014, pp. 53-64, p. 60.

84 Ver Luis Laorden «Los ingenieros de la Ilustración y los caminos españoles en el oeste norteamericano» en J.M. Hernández y F. Arques, *Diseñar América* , 2014, pp. 65-75.

85 Cfr. J. Ruiz Sánchez y Andrés Rodríguez Muñoz, «The Spanish Frontier: una lectura de la huella hispana en el suroeste de los Estados Unidos» pp. 109-121, p. 109, en J.M. Hernández y F. Arques, *Diseñar América* , 2014.

86 Daría para otro capítulo narrar la presencia de España en Canadá. Baste señalar que hubo diversas expediciones porque España siempre había reclamado la posesión de toda la costa americana del Pacífico, desde el sur a Alaska. Destaca la creación del asentamiento de Nootka (1789) por Esteban José Martínez, que fue el primero de un país europeo en llegar a la costa oeste del actual Canadá. Como dato curioso la primera dotación del asentamiento la compusieron ochenta soldados de la primera compañía franca de Voluntarios de Cataluña al mando de Pedro de Alberni. Para los que dicen que Cataluña no es España. ¿Pudo darse una Canadá hispana?

87 Esa falta de independencia se mostraba especialmente en los asuntos exteriores. En la Primera Guerra Mundial, de una población de 8 millones, 600.000 personas participaron en la guerra, muriendo más de 60.000, y sin que el Gobierno canadiense pudiera decidir dónde peleaban sus hombres, que lógicamente eran utilizados en las posiciones de vanguardia, las más peligrosas. En la Segunda Guerra Mundial, las cosas funcionaron de forma bastante similar, a pesar de que desde 1931 se había firmado el Esta-

tuto de Westminster que reconocía formalmente la soberanía de Canadá. Incluso hoy que Canadá es un país realmente soberano no puede liberarse fácilmente de su pasado y de la influencia de Gran Bretaña y Estados Unidos en sus decisiones de política exterior. Nada que ver con el proceso descolonizador que ocurrió en Latinoamérica.

88 La fuente es de un norteamericano: James B. Goodno, 1991, pp. 30-33.

89 EE. UU. presionó a los países europeos para que le hicieran el vacío a Franco con el objetivo de que así ellos pudieran aparecer como nuestro único posible aliado y colaborador. Esto reforzó su posición negociadora. Los servicios secretos españoles sabían de esta estrategia, pero poco pudieron hacer, salvo algún que otro pataleo. Como ocurriría antes con la invasión árabe, nuestros hermanos europeos nos dejaron solos para que cayéramos en las redes de un hermano mayor de otro continente. Incluso recuperada la democracia, esta situación se mantuvo al menos hasta 1986 (más de diez años después de la muerte de Franco) cuando España entra en las Comunidades Europeas. Para entonces EE. UU. había conseguido de nosotros todo lo que quería. Al menos en tiempos de Franco, formalmente, las bases servían para defendernos de un posible ataque soviético, pero ¿de qué utilidad nos son hoy? En fecha tan tardía como 2015 (y siendo miembros de pleno derecho de la OTAN), se firmó un nuevo acuerdo por el que la base de Rota pasara a ser de utilización «permanente», un exabrupto al menos para un Estado soberano y moderno que pretende tener peso en el mundo.

90 http://internacional.elpais.com/internacional/2015/06/18/actualidad/1434626604_746562.html

PARTE SEGUNDA:
LA PROPAGANDA INTERNA ANTIESPAÑOLA: LOS HISPANOBOBOS

VI.
LA LEYENDA NEGRA INTERNA: HISPANOFOBIA E HISPANOBOBERÍA

Cada nación tiene en su historia sus páginas negras, pero, en general, se las considera como acontecimientos que pertenecen a un pasado histórico que no tienen por qué empañar definitivamente la imagen de la nación. En Francia, sin ir más lejos, las matanzas del Terror revolucionario y de la Comuna de París han sido tan tremendas como las guerras civiles que ha conocido España; la expulsión de los protestantes durante el reinado de Luis XIV fue posiblemente más horrorosa que la expulsión de los judíos de España, etc. Ningún historiador francés oculta aquellos hechos pero tampoco se le ocurre a nadie concluir que Francia queda definitivamente descalificada por ello. Lo mismo cabría decir de Inglaterra y Alemania y de casi todas las naciones

Joseph Pérez

1. INGENUOS, APROVECHADOS, «GUAYSTAS» Y SEPARATISTAS: ACTORES PARA UN SUICIDIO COLECTIVO

1.1. Los enemigos internos: los más terribles de todos

Todos los sistemas acaban fracasando o entrando en fase de deterioro, no tanto por la presión o ataque de los enemigos o competidores externos cuanto por los elementos internos a esas organizaciones o sociedades (incluso en cada persona o familia). El enemigo interno es siempre el más peligroso para cualquier colectivo o asociación, y por supuesto para un país, porque nunca esperas su ataque o tiendes a no darle la importancia que tiene, con lo que siempre suele pillarnos con las defensas bajas.

Sobran los ejemplos. Tzvetan Todorov (2012) menciona como enemigos «íntimos» de la democracia al mesianismo, el ultraliberalismo y el populismo. Si nos fijamos en la dialéctica derecha-izquierda, la mayor amenaza no proviene de su posible alternativa, sino de la presencia dentro de sus filas de dirigentes incompetentes, aprovechados o simplemente corruptos. Algo semejante ocurre en la economía, donde un aparente éxito interno del propio capitalismo, como se consideró que era el acceso fácil al crédito y la inmediatez del consumo, se ha convertido en causa directa de una de las mayores crisis económicas que se recuerdan. O el enemigo más peligroso de lo público en general y del Estado (social) no serían tanto los que proponen reducir su tamaño (pues éstos enseñan sus cartas) cuanto quienes, bajo la bandera de su defensa, caen en derroche y mala gestión de las políticas pú-

blicas encomendadas (lo que hemos llamado «Estado borracho»). Y si nos fijamos en la propia Iglesia católica, su mayor amenaza no viene de los ateos o de otras confesiones sino de sus propios miembros que incumplen el Evangelio.

Pues bien, de enemigos internos España ha estado siempre sobrada. Por de pronto, hemos sido en demasiadas ocasiones un país de traidores. Baste recordar que el famoso dicho «Roma no paga a traidores» que surge precisamente debido al protagonismo de unos hispanos, en concreto Àudax, Ditalco y Minurus, los lusitanos que traicionaron a Viriato conocido entonces como «protector de Hispania». Y si don Rodrigo perdió la batalla de Guadalete fue por la traición del obispo don Opas, el conde don Julián y los hijos del antiguo rey Witiza. Poco importa que lo hicieran sin imaginar las consecuencias. Lo que es menos conocido, es que los musulmanes aprovecharon igualmente que el rey español estaba ocupado sofocando entonces una rebelión de vascones. Una vez más se muestra que cuando nos peleamos entre nosotros otros sacan partido. Es más, el mayor enemigo de un español es casi siempre otro español, antes que un extranjero, y así se reconoce públicamente incluso con énfasis y orgullo, cosa que no ocurre en ningún otro país. Nuestras mayores amenazas en efecto no provienen en la actualidad de los países con los que competimos económica o políticamente, o con los que mantenemos disputas territoriales, sino de los españoles que no creen en España. Es más, cuando nuestros competidores se atreven a atacarnos (o a expropiar nuestras empresas) es porque previamente se aprovechan de un estado de debilidad interno, que ya es público y notorio.

Quienes no creen en España no son sólo los partidos y grupos nacionalistas que abiertamente proponen la secesión y por tanto la ruptura del proyecto de vida en común. Estos grupos no habrían tenido éxito si no hubieran contado con la complicidad directa o indirecta de muchos otros españoles. Y estos ¡ay!, los encontramos en los grandes partidos supuestamente nacionales, en el profesorado de universidades sufragadas con fondos públicos, en nuestros (supuestos) grandes intelectuales y periodistas (que se mueren por ir de guays), e (incluso) entre los miembros de algunas instituciones del Estado. Lo malo es que este proceso no es nuevo, que (casi) siempre ha sido así. De hecho, lo que vivimos hoy es consecuencia de cómo hemos vivido nuestro ayer.

1.2. Quintacolumnistas de la propaganda antiespañola: políticos e intelectuales

Una de las razones, menos estudiadas, del éxito de la leyenda negra antiespañola se debe a aquellos españoles (verdaderos quintacolumnistas) que abrazaron entusiastas este planteamiento o que incluso sirvieron (inconscientemente o no) para iniciarlo, con el beneplácito o pasividad de los distintos gobiernos y reyes españoles que hicieron poco o nada para contrarrestar esa información. El mayor problema por tanto no fueron tanto los libelos de los sesgados, falsos e interesados creadores de opinión foráneos, sino el hecho de que nuestros propios intelectuales y políticos, incomprensiblemente, hicieron suyo ese discurso sin percatarse de la trama y el engaño que entrañaba, renunciando a ver que incluso cuando eran verdades las acusaciones, eventos similares se daban en otros países, al tiempo que aceptaban como vicios generalizados lo que en su caso eran defectos de determinados grupos o personas.

El espíritu derrotista llevó a ver todo negro sin ser capaces de detectar las virtudes y éxitos que todavía se daban en la sociedad y que podía servir para compensar los pretendidos defectos. De hecho, nuestros mejores intelectuales y literatos han tenido mayor tendencia a ver España como preocupación que como motivo de alabanza (Dolores Franco, 1998). Esta tendencia poco a poco acabó degenerando en verdadera manía u obsesión por denigrar lo propio como deporte nacional, hasta poder hablar de una verdadera enfermedad: la hispanofobia. El virus se fue extendiendo poco a poco a toda la sociedad, aunque los mayores responsables de esta plaga de pesimismo nacional obviamente fueron los que más poder tenían, o los que más sabían o debían saber. Una «malformación (casi) congénita» de nuestro cuerpo intelectual, que aunque obedeciera en ocasiones a otras razones algo más ocultas, en la mayoría se debió simplemente a la terrible ingenuidad que rodea todo lo que se refiere a España, sobre todo cuando lo cuentan españoles. De hecho, una parte importante de nuestros intelectuales se han dedicado a estudiar y alabar lo que venía de fuera despreciando las aportaciones de los nuestros. Pues aunque Francia, Inglaterra y Alemania hayan tenido grandes personajes en la literatura y en la filosofía, resulta desproporcionado el interés halagador patrio. Lo más lamentable es que incluso siendo el interés foráneo escaso en alabar lo de aquí, éste haya sido mayor que el nuestro.

Esta manía metodológica de engrandecer lo ajeno y despreciar lo propio afectó incluso a algunas de las cabezas que pasaban por las más brillantes de la época, lo que sin duda contribuyó al éxito de la estratagema. La decadencia española, al menos la «percibida», empieza probablemente con

Quevedo, al que luego seguirían muchos otros. El psiquiatra J.J. López Ibor detectó un verdadero «complejo de inferioridad» de los españoles, cuyo comienzo atribuía a *La España defendida* de Quevedo. Un complejo mal digerido que nos llevó a una conducta neurótica (López Ibor, 1951, pp. 16, 18). La España del golpe en el pecho, «por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa».

El propio Miguel de Cervantes, aparentemente, cayó en la misma trampa cuando hace decir al morisco Ricote que acaba de venir de Alemania: *Y allí me pareció que se podía vivir con más libertad porque sus habitadores no miran en muchas delicadezas: cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia* (segunda parte de *Don Quijote* , capítulo LV). Pues bien, en 1615 que es cuando aparece esta segunda parte del Quijote, en Alemania la caza de brujas llegaba a su máximo apogeo (entre los años 1550 y 1650), sin olvidar la famosa prédica de Lutero que en 1526 pedía la pena de muerte para brujas y otras mujeres hacedoras de magia negra. Se ve que es mejor mandar matar que expulsar para poder pasar por tolerantes, incluso entre los nuestros...

Este clima acabó calando a nivel sociológico y académico. Por ejemplo, cuando Carlos se convierte en emperador de Alemania, los propios españoles asumieron que el «emperador» era Carlos V y que Carlos I era «simplemente» rey de España. Sin embargo..., si propiamente se podía hablar de «imperio» era gracias a los territorios que aportaba la corona de España, ya que los que correspondían en esa época al Imperio romano germánico resultaban ridículos en comparación. Este equívoco ha durado y dura hasta nuestra época, incluso entre los más reputados historiadores patrios, hasta el punto de que se da la terrible paradoja de que el Imperio español (el mayor de su época y que duró más de tres siglos) ha sido siempre un imperio sin emperador. Un ejemplo éste, de cómo se destruye lo propio a fuerza de tenerlo en menos que lo ajeno. Pero es más, cuando se opta por llamar a este rey español Carlos V —tal vez con la intención de poder pasar así por moderno o europeísta— se induce además a la confusión porque Carlos V de España o no ha existido todavía (el último fue Carlos IV padre de Fernando VII) o si ha existido lo fue el rey carlista Carlos V (hermano de Fernando VII e hijo de Carlos IV) que con este título se paseó por Europa y por España y encabezó la primera guerra carlista, que estuvo incluso cerca de ganar. Mejor por tanto volver a llamarle lo que fue: Carlos I de España, emperador de las Américas.

En este proceso de maltratar nuestra propia historia, el olvido de TODOS nuestros héroes cobra un papel esencial. Podemos comparar el trato recibido por ejemplo por el carlismo con el que se otorgó en la guerra norte-sur de los Estados Unidos al ejército sudista. A pesar de que allí estaban en juego cuestiones tan relevantes como el trato de la esclavitud o la supervivencia del país, ello no ha impedido que se reconozca y se honre a los héroes de los perdedores, incluido el general Robert. E. Lee general del Ejército Confederado del sur, considerado siempre con respeto y como patriota, incluso en las películas realizadas por Hollywood. El carlismo contó aquí con grandes generales como Tomás de Zumalacárregui (a pesar de los fusilamientos de Heredia) o Miguel Gómez, quien llegó hasta Andalucía (conquistó Ronda y Arcos de la Frontera) en la expedición de 1836. Sólo tras la rendición de Maroto en el famoso abrazo de Vergara decidió exiliarse en Francia, donde sobrevivió dando clases de español. Por cierto que, a pesar de la transición, nos sigue faltando un abrazo que cierre definitivamente nuestra última Guerra Civil. Basta mirar a cómo alemanes y franceses se convertían en socios fraternales de la Comunidad del Carbón y el Acero (1951), pocos años después de haberse matado masivamente en la Segunda Guerra Mundial.

1.3. Agentes activos y pasivos: Las Casas y Antonio Pérez

a) El perfil de nuestros quintacolumnistas

Además de algunos intelectuales ingenuos de cierto renombre, la mayor parte de nuestros enemigos internos tenían (y tienen) una característica en común: solían (y suelen) ser personajes de un segundo o tercer nivel, a menudo aquejados por (serios) desequilibrios psicológicos. Esta característica permite plantear la (arriesgada, pero sin duda razonable) tesis de si en realidad su obra fue realizada por encargo de un tercero, previo pago de las correspondientes treinta monedas de plata, o al menos si su fama se debió al apoyo de intereses que se encontraban más allá de los Pirineos. Nunca lo podremos probar del todo, pero indicios abundantes que apuntan en esa dirección daremos en las páginas que siguen.

Algunos de estos quintacolumnistas fueron claramente agentes dedicados a fabricar opinión pública a sueldo de los enemigos/adversarios externos de nuestra nación. Un caso significativo a este respecto es el de José María Blanco Crespo (Sevilla, 1775-Liverpool, 1841), que se hizo famoso «curiosa y precisamente» cuando abandonó España en plena invasión napoleónica y se fue a vivir a Inglaterra cambiando su nombre por el de Joseph Blanco White, retomando así el apellido de su abuelo irlandés. Su fama se engrandece cuando empieza a criticar ardua y gratuitamente a su antiguo país

(España) pasando a respaldar «casualmente» algunas tesis que hasta entonces habían sido claramente minoritarias, como la que consistía en criticar las Cortes de Cádiz —tal como sostenía «interesadamente» Wellington— al considerarlas una asamblea superficial, narcisista y doctrinaria (ver T. Burns, 2014, p. 268). Una vez más, un español se prestaba a respaldar las tesis negativas que sobre su país mantenían interesadamente sus competidores.

Otra característica singular (comparados con casos similares en otros países) es que ninguno de estos personajes pagó con la muerte o con la prisión de por vida su alta traición a España, mientras ciertamente y paradójicamente algunos de los que más defendieron a España conocieron la prisión y persecución (Juan de Mariana, Fray Luis de León...). Por el contrario, algunos de los que más traicionaron a su país fueron recompensados generosamente por ello, y todavía se les honra y se levantan estatuas y crean fundaciones para el estudio de su obra. Así sucedió en su día (aunque a alguno le sorprenda) con Bartolomé de las Casas hace quinientos años, y así ha pasado más recientemente con Sabino Arana —todavía hoy resulta imposible acceder a la parte más racista y xenófoba de su obra— o con Prat de la Riba, cuyo mayor mérito intelectual fue ser doctor en Derecho por la Universidad Central de... Madrid.

¿Cómo personajes de limitados méritos alcanzaron tanto nivel de influencia y reconocimiento (acrítico) dentro y fuera de nuestras fronteras, habiendo personas de mucha mayor talla para merecerla y que sostenían precisamente todo lo contrario? ¿Por qué Las Casas y no el más sensato Francisco de Vitoria (dominico como aquél, pero de más sólida formación y catedrático además de la entonces muy famosa Universidad de Salamanca) o fray Toribio de Benavente (que aprendió la lengua de los indios, no como Las Casas) o fray Tomás de San Martín (también contrario a Las Casas y que creó sesenta escuelas para indios)? ¿Por qué Prat y no D'Ors o Josep Pla? ¿Por qué Sabino Arana y no Unamuno o Pío Baroja? ¿Por qué siempre triunfan los más mediocres? ¿Simple casualidad?

b) El agente pasivo singular: el caso del fraile de las Casas

Si hay un «religioso» español al que gran parte de los ateos y los secesionistas idolatran, éste es sin duda Bartolomé de las Casas. ¿Por qué? Unos porque suponen que se trata de un gran defensor de los derechos de los más débiles; los otros porque saben que su discurso hacía y hace daño a España. Es cierto que Las Casas tiene afirmaciones en materia de derechos humanos que resultan revolucionarias para un hombre de su época, y hay que enor-

gullecerse de él a este respecto y de que fuera apoyado y respaldado por nuestros reyes. Pero también es cierto que acabó cayendo en la exageración, la descalificación gratuita e incluso la mentira y que algunas de sus afirmaciones fueron manipuladas por agentes foráneos interesados en debilitarnos o directamente destruirnos.

Todo ello queda puesto en evidencia en el proceloso y detallado estudio llevado a cabo por R. Menéndez Pidal, donde sitúa en su justo lugar la aportación del padre Bartolomé de las Casas a la historia de la colonización española de las Américas. El título —*El Padre Las Casas: su doble personalidad*— no deja lugar a muchas dudas. A pesar del momento en que fue escrita (1963, en pleno franquismo), del riguroso estudio que pone por los suelos la credibilidad de Las Casas, de que llegó a estas conclusiones por casualidad y no con ninguna predisposición contraria o animadversión especial (estaba estudiando la relación de Carlos I con América), de que fue un republicano convencido, de que impulsó la Institución Libre de Enseñanza y de que siempre firmaba el primero cualquier escrito de protesta contra el régimen franquista por restricción de los derechos de los estudiantes o de petición de retorno de exiliados…, su obra fue recibida como un escándalo, propia de un falangista (¡!), y por tanto, antes de ser leída, condenada al olvido… ¡por los propios españoles! Es como si apareciera un estudio de un reputado doctor que demostrase que el sida no se contagia, y los propios enfermos de sida lo lapidaran por sectario.

Con el rigor propio de un orfebre Menéndez Pidal desenmascara, a través de los propios escritos lascasianos y los de sus biógrafos, la singular personalidad de su autor: delirio paranoico (diagnóstico refrendado por varios psiquiatras) y ego altanero. Pocos saben que Las Casas, que criticaba a todos los que vivían del oro indiano, vivió de él toda su vida sin ningún remordimiento, y más que bien pagado por los distintos reyes españoles. Y pocos recuerdan que fue precisamente Bartolomé de las Casas el que propuso en 1517 a Carlos I la «importación» de negros africanos para que se extenuaran en las minas de oro antillanas (F.G. de Cortázar, 2008, p 110). Al parecer para el famoso monje los indios debían tener derechos, pero los negros no.

Desmenuza asimismo Menéndez Pidal los numerosos errores que contiene la obra de referencia lascasiana: *Brevísima relación de la destrucción de las Indias.* Descubre exageraciones: todos los indios eran buenos y sólo ellos, ignorando incluso los casos de sacrificios humanos o tribus caníbales; todos los españoles eran malos y sólo ellos, al tiempo que se prescindía por ejemplo de la presencia de los flamencos que tuvieron una mala influencia sobre

Carlos I en cuestiones de las colonias, los indios y cómo aprovecharse de las riquezas. Injusticias: *siempre violento en acusar a conquistadores y encomenderos, siempre melifluo en exaltar a los indios* (Menéndez Pidal, 2012, p. xxxv). Inexactitudes: muchos lugares o personas o no existen o se citan de forma incorrecta; las cifras de muertos que Las Casas atribuye a los españoles son imposibles (mucho más con los medios de la época), pues suponían que éstos debían matar a más de mil personas diarias, sin descansar un solo día, ni un solo año; desconoce (probablemente aposta) que la mayor parte de las muertes se debieron a epidemias de enfermedades que (involuntariamente) trajeron los españoles y no a su maltrato o a sus armas…

Y, sin embargo, la obra apologética de Las Casas se ha convertido en el libro español más traducido y citado después de El Quijote. ¿Por qué será, mis queridos ingenuos? ¿Existe un caso parecido en otras culturas con los libros que relatan sus horrores? Menéndez Pidal cita veintiuna ediciones en holandés, ocho en italiano, seis en francés, cuatro en alemán, dos en inglés y dos en latín (2012, p. 364). Todas ellas tienen algo en común: se publicaron en momentos clave para favorecer una imagen terrible y cruel de los españoles (ilustrada al efecto por ejemplo por el dibujante De Brie) el que hiciera más fácil su derrota en el campo militar o en el político, o al menos su debilitamiento, incluso cuando se trataba de que Francia conquistara Cataluña o que los Estados Unidos quisieran apropiarse de las Islas Filipinas. En 1898 fue publicado en Nueva York, con el título: *An Historical and True Account of the Cruel Masacre and Slaughter of 20.000.000 of People in the West Indians by the Spaniards.* Este libro tuvo una influencia decidida en cambiar el sentido del apoyo de la población filipina hacia los americanos. Y la traducción al francés de 1579, repetida en varias ocasiones con títulos similares, por ejemplo en 1620, completaba el título del libro de Las Casas, con el añadido: *Tiranías y crueldades de los Españoles, perpetradas en las Indias occidentales (…) para servir de ejemplo y advertencia a las XVII provincias de los Países Bajos* .

¿Cabe imaginar lo que hubiera sido del monje Las Casas de haber nacido en la Francia de Francisco I o en la Inglaterra de Enrique VIII, o en el propio Imperio inca de Atahualpa? Si alguien hubiera osado denunciar públicamente algunos de los abusos que cometieron esos monarcas o negar sus derechos soberanos sobre parte de sus dominios, ¿cuántos días hubiera continuado sin haber sido ahorcado, sacrificado o recluido en prisión de por vida? Y más recientemente, ¿cabe imaginar qué habría ocurrido si un británico hubiera comenzado a denunciar los excesos cometidos por Gran Bretaña en la India, Australia o en la guerra de las Malvinas? ¿O si un escritor

norteamericano hubiera calificado públicamente al Gobierno de los EE. UU. como el mayor genocida de la historia por haber lanzado, no una sino dos, bombas nucleares sobre población civil en Japón? ¿Los respectivos gobiernos se habrían quedado cruzados de brazos y le habrían otorgado honores y aumentado su salario? Pues bien, los reyes españoles no sólo toleraron a Las Casas sino que le concedieron dignidades y nombramientos e incluso una pensión vitalicia.

Un último dato por si quedara algún escéptico: *La brevísima relación de la destrucción de las Indias* fue publicada, curiosamente, por el propio Las Casas en Sevilla en 1552, sin la licencia oficial que toda impresión necesitaba en esa época (Menéndez Pidal, 2012, pp. xxxv, 100, 102). En una época en que la libertad de expresión y de prensa no estaba garantizada en ninguna ley o tratado, los gobiernos españoles no sólo se quedaron prácticamente pasivos, no viendo los posibles efectos destructivos de una campaña de esa naturaleza, sino que respaldaron jurídicamente varias de sus tesis. Una tendencia ésta que confirma una característica que se mantiene hasta el día de hoy: nuestra terrible ingenuidad frente a nuestras amenazas.

c) El agente (doblemente) activo: el traidor Antonio Pérez

La mejor (y más equilibrada) biografía de tan extraño personaje se debe a un médico español (catedrático de Endocrinología para más señas), fuera de toda sospecha: Gregorio Marañón la publicó por primera vez en 1947. No obstante, Marañón no llegará a respaldar explícitamente la tesis que aquí avanzamos, tal vez porque sus propias relaciones personales con Reino Unido y Francia fueron más que amigables [91] . Más osados acerca de esta posibilidad han sido C. Carnicer y J. Marcos (2005, pp. 110-130, 347) en un libro dedicado expresamente a analizar los espías de la corte de Felipe II, entre los que destacó Antonio Pérez —si bien el jefe del servicio fuera Juan de Idiáquez— como agente doble.

La pregunta que queda por responder es ¿por cuenta de quién hacía Antonio Pérez de espía «antes» de su detención? Que con posterioridad a ésta Pérez trabajó para Francia e Inglaterra queda fuera de toda duda. La tesis que mantendremos aquí es que Antonio Pérez fue espía de Inglaterra, o al menos trabajó a sueldo o interés de su reina Isabel, y de otros gobiernos extranjeros tanto antes como después de su detención. No obstante, las pruebas a este respecto son difíciles de aportar pues, dedicándose como se dedicaba el secretario de Felipe II al espionaje y siendo tan polémico su legado, muchos de los documentos que rodean su historia han sido objeto de manipulación o simplemente creados al efecto. Con todo, nuestra tesis se funda-

menta en numerosos datos que tanto la biografía de Marañón como otros libros certifican. Veamos:

— En esa época las embajadas francesa e inglesa en España eran un hervidero de espías, como consecuencia de los conflictos que manteníamos con los dos países. Cuando Felipe II estuvo en Inglaterra para casarse con María Tudor, Gonzalo Pérez (padre de Antonio) iba con él. Isabel estaba en prisión y los memoriales que escribía se remitían a Gonzalo quien hizo muy buenos oficios para ella, con el fin de aliviar su situación, de lo que ésta le quedó muy reconocida.

— Antonio Pérez tuvo una formación inusual para la época, educándose en universidades no sólo españolas sino también de Flandes (Lovaina) e Italia (Venecia y Padua). Tal vez ello influyó en que desde muy pronto tomara partido por el grupo del príncipe de Éboli que era favorable a que España se retirase de Flandes o ceder a las pretensiones del duque de Orange, en contra de lo que defendía el partido del duque de Alba, grande de España (G. Marañón, 2006, p. 33). ¿Y quién era el príncipe de Éboli? Pues un caballero portugués llamado Ruy Gómez de Silva. ¿Resulta extraño afirmar que un príncipe portugués sostuviera los intereses que le eran gratos a Inglaterra? Incluso muerto el príncipe en 1573, ¿resulta extraño decir que Antonio Pérez tuvo que asumir un papel más activo en la causa, incluyendo tal vez el de «cuidar» de la (todavía joven y viuda) princesa de Éboli? Si ésta fue al mismo tiempo amante del rey no está claro, lo que sí lo está es que de haberlo sido no lo hizo sólo por ser amable sino para servir a otros intereses; en caso contrario: ¿por qué su prisión y confinamiento en su palacio de Pastrana?

— Antonio Pérez, y la princesa de Éboli en menor grado, realizaron varias actividades oscuras, maniobras políticas y financieras, a espaldas del rey de España en lo que se refiere, al menos, a la guerra de Flandes, la sucesión de Portugal y la propia sucesión en la corona de España.

— Inglaterra y Francia apoyaron desde el principio la causa de Flandes; la primera por compartir igual rechazo al catolicismo (anglicanos o protestantes), y las dos porque su objetivo principal era debilitar a España, en el caso de Inglaterra con especial dedicación desde que Isabel tomara la corona, teniendo en cuenta el odio cordial que profesaba a su antiguo cuñado (Felipe II estuvo casado con su hermanastra)[92] .

— Antonio Pérez era hombre de gustos caros para los que no bastaban su sueldo de secretario del Rey y aquellos otros «complementos»

que pudo conseguir de forma más o menos legal (las famosas sinecuras). Buscó con ahínco otros fondos haciendo favores y prestando servicios a distintos nobles y dirigentes españoles o extranjeros: el gran duque de Florencia, los Médicis, Alejandro Farnesio, Margarita de Austria, el Embajador de Alemania, conde de Khevenhüller y un largo etcétera.

— Favoreció igualmente los negocios de ciertos banqueros como Lorenzo Spínola. Y aun así poco antes de escapar de Madrid (1589) sus deudas superaban en más de 600.000 maravedíes a sus ingresos. No es aventurado afirmar que Pérez cayó en la tentación del soborno, tanto activo como pasivo, ¿Por qué iban los ingleses (solos o junto a sus aliados los flamencos) y los franceses a dejar de aprovecharse de tamaña debilidad de un personaje tan cercano al rey de España?

— La declaración de guerra que hizo Enrique IV a España fue redactada por el propio Pérez. Colaboró asimismo en el intento de los hugonotes (protestantes) de invadir Aragón desde el Bearn, en al menos un atentando a Felipe II, en una operación conjunta de Inglaterra y Francia para invadir las costas españolas, así como en varios intentos de sublevar a los moriscos en la Península. No es exagerado decir que detrás de la expulsión final de los moriscos estuvo como agente indirecto Antonio Pérez y que estos movimientos fueron alentados desde (sobre todo) Francia e Inglaterra. De hecho, en 1599 (muerto Felipe II) Enrique IV proyectó de nuevo (con el aliento de Pérez) una invasión de España, promoviendo previamente para ello una sublevación morisca.

— Antonio Pérez trabajó activamente para Isabel de Inglaterra donde estuvo en varias ocasiones, la primera de 1593 a 1595 (la tercera en 1603), y donde entabló una amistad que puede calificarse de íntima con el conde de Essex (*Estoy lleno de amor por vos* le escribió por carta (cfr. G. Marañón, 2006, p. 720), al que alentó o aconsejó llevar a cabo una acción contra España. Estuvo asimismo tras la fracasada expedición de Drake contra las ciudades españolas del Caribe en 1595, así como tras la anglo-holandesa que bajo el mando de Howard, Essex y Nassau saqueó Cádiz en 1596.

— Pérez recibió tanto de Francia como de Inglaterra importantes emolumentos por estas acciones subversivas contra España (aunque nada era suficiente para su ambición y necesidades), lo que hace pensar que también fuera esta costumbre corriente cuando estaba al servicio del rey. Todavía en 1602, Antonio Pérez informaba a Enrique IV sobre lo

que ocurría en España a través de la red de espías que mantenía en Madrid.

— Antonio Pérez impulsó, urdió, tramó y coordinó el asesinato de Escobedo (1578). No está clara la participación que en ello tuvo el rey, al que algunos acusaron de estar detrás o al menos consentir su muerte. Pero incluso suponiendo que Felipe creyera las patrañas que Pérez contaba de Escobedo, ¿no tenía poder suficiente para quitarlo del servicio de don Juan y mandarlo a prisión por vida si era menester? El único que estaba interesado en matarlo era Pérez (y tal vez la princesa de Éboli) porque quería evitar que desvelara su papel de espía y potencial traidor, para lo cual la prisión no bastaba. Aquí nos separamos de Marañón que acusa al rey sin muchas pruebas, más allá de la pura y supuesta lógica política (G. Marañón, 2006, p. 407).

— Aunque se trate de una cuestión anecdótica, también se ha aludido al carácter de judíos conversos de la familia Pérez (G. Marañón, 2006, p. 19), una característica ésta que, correctamente «incentivada» por nuestros adversarios, podría haber motivado algún tipo de rencor oculto con los monarcas españoles.

— En la misma época Inglaterra (y Francia) también luchaba por evitar que Portugal cayera bajo el dominio de Felipe II, para lo cual no dudaba en favorecer otros candidatos. No es baladí el hecho de que el rey español consiguiera serlo también de Portugal en 1580, al año siguiente que Antonio Pérez dejó de ser secretario.

Inglaterra y Francia estaban en efecto muy interesadas en que Felipe II no contara con un sucesor fuerte que continuara el imperio y aun lo expandiera. Es mucho decir que influyeran en que sus hijos le salieran como le salieron, pero es más que probable que intervinieran en impedir que don Juan de Austria (vencedor de Lepanto) se consolidara como un posible aspirante a suceder a su hermano, máxime contando con el serio y decidido apoyo del papa, que le calificaba como «adalid de la Iglesia». Tal vez sea este asunto el único en que Felipe II cayó en la trampa. Aunque no podemos saber si hubiera cambiado de opinión de no haber muerto don Juan en extrañas circunstancias. Aunque esta tesis pueda extrañar debido al carácter ilegítimo de su nacimiento, el propio don Juan tuvo aspiraciones a convertirse en rey de Inglaterra y le fue ofrecido el trono de Albania y de Morea, e incluso pudo ser rey de Túnez. No es muy aventurado sostener que de haber seguido vivo y haber comandado la Armada Invencible, el resultado del intento de invasión hubiera sido probablemente otro, y con ello la historia de

España y de Europa. Pues bien, en cada una de las ocasiones que tuvo, «casualmente» Antonio Pérez maniobró siempre para quitar esa idea a Felipe II, y para alejar así a don Juan del favor del rey al que don Juan siempre fue leal, cosa que Antonio Pérez sabía. Sin duda es en este marco en el que conviene analizar el extraño asesinato de Escobedo, que era secretario de don Juan en el momento de su muerte.

En todo caso, una prueba más de la ingenuidad de los reyes españoles es que con estos antecedentes, Felipe III en 1615 refrendara una sentencia de los inquisidores de Zaragoza en la que se declaraba absuelto a Antonio Pérez de «memoria y fama». Es cierto que este proceso había sido instado por sus herederos que no querían verse perjudicados por los hechos de su padre (de los que no tenían en efecto culpa alguna) y que versaba sobre la declaración de herejía, que probablemente era incierta. Pero siendo la Inquisición en aquellos tiempos la única jurisdicción nacional que pudo juzgar a un Antonio Pérez fugado en Aragón, sorprende la bondad y benevolencia del rey de España y tan terribles inquisidores con un enemigo de la nación, y por tanto de la fe que ésta sostenía con hombres, armas y dineros.

1.4. La aceptación boba de la leyenda negra de Felipe II

Sorprendentemente, ha habido que esperar a principios del siglo XXI para que se «comience» a rehabilitar la figura de Felipe II y no sin curiosas resistencias. Llama la atención a este respecto la ausencia histórica de grandes biografías sobre el personaje hechas en España que trataran de narrar sus hazañas y virtudes. Una excepción a esta laguna es el libro de Luis Cabrera de Córdoba *Felipe Segundo, Rey de España* , la biografía tal vez más completa y extensa que se haya hecho, pero que quizá no por casualidad haya sido mucho tiempo ignorada y acabara incluso perdida su segunda parte, hasta lograr ser reeditada a finales del siglo XIX . Para Cabrera, Felipe II atesoraba todas las virtudes de antiguos reyes y santos, y por ello más que el *Prudente* se le hubiera debido llamar el *Perfecto* (1876, p. XVIII). Tal vez tamaña consideración resultara en exceso lisonjera (o no), pero ¿lo eran menos los británicos que escribieron sobre Enrique VIII o Isabel I?

Pero lo que hace más increíble esta historia es que la persona que se encargó de proclamar a los cuatro mares, desde Inglaterra, una increíble leyenda negra del mejor rey de aquellos tiempos y de muchos por venir, fue precisamente, como hemos visto, un español traidor, su secretario Antonio Pérez. Se trataba del mismo rey (Felipe II) al que había servido con entusiasmo durante años, no sólo él sino también su padre (Gonzalo Pérez), hasta el punto de decir quererlo y hasta amarlo. Un rey que lo había acepta-

do como secretario con veintiocho años (lo fue de 1568 a 1579) a pesar de que Antonio era hijo extramatrimonial de Gonzalo, y ya sabemos cómo se trataban en esa época estos asuntos. Por tanto, si tan malo fue Felipe II, mucha responsabilidad debió tener su mayor difamador. Sorprendentemente los cronistas interesados o a sueldo no pusieron en cuestión la credibilidad de semejante personaje para hablar de su exjefe. No obstante, ciertamente Antonio Pérez no estuvo sólo en la difusión de la leyenda negra sobre Felipe II. Destaca a este respecto la obra de un milanés, que vivió en Londres y Ginebra y que escribió el folletín *La vie de Philippe II, roi d'Espagne* , de escasa calidad literaria, pero que «curiosamente» tuvo un gran éxito, fue publicado en francés en Ámsterdam (1679), y fue tenido en cuenta por sesudos historiadores.

Felipe II no era el ogro ni la persona gris que algunos (¿interesadamente?) se han empeñado en describir. Las cartas a sus hijas muestran a un padre solícito, bondadoso y amante de la naturaleza (J. Pérez, 2014, p. 173). Prestaba atención especial al cuidado y extensión de bosques, estanques, jardines, flores y pájaros, y tenía una afición singular por la arquitectura, las ciencias y las letras (J.A. Escudero, 2002, pp. 120, 121). Y el Escorial no fue sólo un centro de poder militar y político, sino también un centro cultural (su famosa biblioteca) y científico que contaba con diversos gabinetes y cartoteca. Para más inri, las acusaciones en que se basó la leyenda negra de Felipe II son claras exageraciones o aspectos sacados de contexto. Por ejemplo, como ya hemos dicho, el que pudiera estar tras el asesinato de Escobedo no encaja muy bien con la supuesta finalidad que habría perseguido (apartarlo de la esfera de su hermanastro don Juan) para lo que hubiera bastado una orden suya o mandarlo a prisión por traidor.

Por otra parte, cuando el catalán Luis de Requesens, comandante de las tropas españolas en Flandes (1573), recomendó a Felipe II inundar las tierras rompiendo los diques, el rey se negó en redondo pues ello habría afectado a súbditos que estaban bajo su protección, por mucho que los ataques a las tropas españolas fueran graves y notorios (J. Pérez, 2014, p. 181). Si es cierto que sus servicios secretos pudieron estar tras el asesinato de Guillermo de Orange en 1584, también lo es que Felipe II sufrió en carne propia hasta siete atentados para matarle (C. Carnicer y J. Marcos, 2005, pp. 359).

Entonces ¿por qué tantas críticas dirigidas a un gran rey? Dados sus múltiples logros en varios campos y la duración de su gobierno (1556-1598), resultaría lógico pensar que se tendría a Felipe II, sino el mejor, entre los mejores reyes de todos los tiempos. Felipe II fue el mayor emperador del

mundo, por primera vez en la historia de la humanidad un rey mandaba sobre territorios de todos los continentes, incluyendo Nueva Guinea de Oceanía, lo cual teniendo en cuenta los medios de transporte de la época resultaba poco menos que milagroso. Precisamente, por ser el rey con más poder de la historia ha sido un objetivo claro de todas las insidias extranjeras para destruirle por la imagen y reputación, lo que no podían hacer ni en el campo de batalla ni en los despachos.

Y, sin embargo, si Felipe II hubiera sido inglés, francés o romano, se le tendría sin duda alguna como uno de los mejores reyes-emperadores de la historia. Los ingleses o franceses no habrían dudado en ocultar sus posibles defectos (que como todos los tuvo) y ensalzar todas y cada una de sus virtudes reales (que las tuvo y en cantidad) o no... Basta pensar en lo que la historiografía británica dice de Enrique VIII o de Isabel I de Inglaterra, unos reyes muy inferiores en méritos y logros a Felipe. En concreto, la misma Isabel I de Inglaterra que mandó cortar la cabeza a su prima María Estuardo y que dio instrucciones taxativas de ahorcar a todos los españoles que llegaran a la costa a nado tras el hundimiento de varias naves de la Invencible (por la tormenta más que por la pericia de la armada británica) ha pasado a la historia como una gran reina.

¡Ah!, pero fue español y entonces la cosa cambia, el prestigio hay que ganárselo en el campo de batalla del fuego amigo y enemigo, formado por traidoras balas de críticas aceradas e insospechadas. Como españoles incomprensiblemente hemos aceptado que uno de nuestros grandes reyes fuera objeto de una leyenda negra injusta, exagerada y basada en *anécdotas tendenciosas* (G. Marañón, 2006, p. 45). Felipe II no fue tal vez ningún santo, pero no era peor que los reyes de la época en cuestiones morales, y fue mucho mejor que ellos en lo que tocaba al gobierno, así como a impulsar ciencias y arte, como ya hemos visto. Pero en lugar de encumbrarlo lo hemos menospreciado. Somos los únicos en el mundo que preferimos creer las exageraciones foráneas que las propias, las cuales además no lo son tanto como las otras.

2. ¿ES ESPAÑA MENOS NACIÓN QUE OTRAS? LA LEYENDA DE LA ESPAÑA INEXISTENTE

2.1. ¿Cuándo y cómo surgió España?

¿Cuándo nace España? Es un asunto exageradamente controvertido, casi una tarea hercúlea, imposible, extraña e incomprensiblemente espinosa que sólo se da en nuestro país. Algunos españoles sostienen incluso que España no existe, que nunca ha existido. Sin embargo, un dato sencillo: en

vísperas de la Primera Guerra Mundial existían en el mundo tan solo cincuenta y nueve países independientes, pues bien, a veces se olvida que España era, desde hacía siglos, uno de ellos. ¿Entonces? Ha triunfado el discurso «hispanófobo» que trata, arteramente, de aplicar un concepto de Estado unitario a una época en la que no existía tal, ni aquí ni en otros lares.

El historiador contemporáneo (profesional o aficionado), que desprecia el pasado de España, suele fundamentarse en una tesis un tanto estrambótica que consiste en aplicar a la historia antigua de España conceptos propios del siglo XIX y XX . El objetivo es perverso pero simple: llegar a la conclusión de que puesto que no se constata «de forma indubitada» la presencia de un «concepto nacional único», España no habría sido nunca una nación. Bastaría para desvirtuar esta estratagema algo infantil, todo hay que decirlo, haber mirado a lo que pasaba en la misma época en otros países nacientes. De haberlo hecho, podrían comprobar, una vez más, que España no era diferente a lo que ocurría en Francia, Italia, Alemania o Gran Bretaña, y de serlo, claramente era para mostrar signos de unificación más potentes aquí que en nuestros vecinos, aunque sólo fuera por el «determinismo geográfico» de nuestras fronteras naturales. Sobre esto volveremos más adelante.

Otros tienen la fortuna de poder abordar el estudio de su historia nacional (aunque sea bastante más moderna que la nuestra) sin complejos o intereses perversos. En Italia es célebre el voluminoso estudio de la *Historia de Italia* de Indro Montanelli (2003) que comienza su obra con un primer tomo dedicado al periodo 476-1250 (¡!, Vol. 1), cuando es bien sabido que Italia como nación moderna no se constituye sino a finales del siglo XIX . Por cierto, integrando a la históricamente muy poderosa y muy independiente ciudad-Estado de Venecia, que ha permanecido fiel a la «nueva» nación desde entonces…, a diferencia de otros [93]. O ¿qué decir de Alemania? Una federación de principados que en pleno siglo XIX y XX tenía que denominarse Imperio (Segundo y Tercer Reich), incapaz de considerarse todavía una nación.

Resulta curioso igualmente que aunque Francia como nación sea posterior a España —antes de la Revolución francesa sólo un cinco % de los franceses hablaba francés—, se asuma con naturalidad que los franceses provienen de los francos. Es más, en Francia ha podido darse un debate intelectualmente sereno en torno a la fecha determinante para su nacimiento. Mientras unos cifran ésta en la Revolución francesa (tesis de Taine y Tocqueville), Fernand Braudel (1993, p. 17, 18, 310) recuperaba al historiador

Henri Martin para quien la Galia y la Francia nueva formaban parte de la misma «persona moral», precisando en el mismo sentido: *Es todo el espesor del pasado de Francia lo que hay que unir solidariamente desde antes de que los romanos conquistaran la Galia hasta hoy (...) como si prehistoria e historia no constituyeran un único proceso, como si nuestras aldeas no tuvieran sus raíces en nuestro suelo desde el tercer milenio antes de Cristo, como si la Galia no esbozara de antemano el espacio en que se desarrollaría Francia.*

Lamentablemente una reacción semejante es harto difícil de encontrar en nuestro país. No porque existan menos razones o de menor peso que la justifiquen, todo lo contrario, sino por un virus cultural que se ha inoculado en las venas de nuestra historiografía, bajo la (falsa y tensa) coartada de que todo lo que suponga engrandecer a España supone hacerle el juego al nacionalismo franquista [94]. Curiosa y paradójicamente, mientras la idea de España (y no digamos la de Hispania) precede a la idea de Europa, hoy pocos la ponen en cuestión mientras se permiten discutir la primera. En el mismo sentido, nadie se plantea el grado de existencia de naciones que la han sucedido en el tiempo, como Argentina, Perú, Colombia o Venezuela... Al contrario, ello no es óbice para que sus habitantes vivan con profunda y unificada pasión su nación allá de donde van, sean espectáculos deportivos, musicales o eventos políticos. ¿Por qué esta diferente vara de medir?

2.2. Somos una fusión de pueblos...: como todos

España es, como toda gran nación histórica, el resultado histórico de la mezcla, fusión e hibridación de razas y culturas, desde sus orígenes hasta tiempos muy avanzados. ¿No fueron los reyes castellanos descendientes de Alfonso el Magno de Asturias y Sancho el Mayor de Navarra?

Neardentales y cromañones compartieron este territorio antes que muchos otros lugares. España es también en la actualidad el país que conserva uno de los mayores yacimientos de neardentales en Europa (cueva de El Sidrón en Asturias), lo que prueba la importancia de su presencia aquí. Las pinturas de las cuevas de Altamira datan de entre 12.000 y 20.000 años de antigüedad. Si los propietarios de la tierra son sus primeros pobladores entonces deberíamos acudir, como poco, a la que se señala como primera «colonización» de *Homo sapiens* de la península ibérica en torno a unos 40.000 años. Incluso los yacimientos de Atapuerca detectan presencia humana desde en torno a un millón de años, tanto en la base de la sima del Elefante como en el nivel TD4 de Gran Dolina, anteriores a los neandertales, convirtiéndose de esta manera por tanto en los restos humanos más antiguos de Europa.

Desde entonces por aquí han pasado numerosos pueblos: ligures, íberos, celtas, vascones, tartesios, campsos, saefos, cántabros, fenicios, griegos, romanos y más tarde: judíos, vándalos, suevos, asdingos y visigodos, y más tarde aún: bereberes, árabes y almorávides… En esto no es España una excepción pues todos los pueblos modernos descienden de varios troncos, siendo la tan peligrosa «pureza u homogeneidad» étnica o racial más un invento publicitario que una realidad. Por el contrario, aquellos pueblos que pretenden ser refractarios a toda mezcla de razas y etnias deberían preguntarse qué extraña rareza y limitación preside su carácter que les ha llevado a crecer aislados del resto del mundo, salvo que vivieran en una isla y aun así…

Aun cuando los pueblos hispánicos han sido numerosos, cabe hablar de dos colectivos principales: los de origen indoeuropeo-celta en el oeste y de los de origen íbero en el este (A. Moure y J. Santos Yanguas, 2004, pp. 397, 598). Los celtas se concentraron principalmente en la parte noroeste de la Península, pero no sólo. De hecho, la primera ciudad que resistió la dominación romana fue Numancia, una fuerte ciudad celtíbera, en una provincia (hoy) tan alejada del Atlántico como Soria. Por otra parte, según mitos gallegos el caudillo celta Breogán y sus hijos colonizaron Irlanda alrededor del 400-600 antes de Cristo. Por tanto seríamos primos hermanos, aunque España nunca haya explotado este hecho para contrarrestar la influencia británica en Portugal y su intento permanente de debilitar España. Y eso que cabe defender que Lusitania fue la cuna de hispania, al menos en tiempos de los romanos y de los Viriato de turno.

En realidad, la mezcla fue la regla general pues íberos eran igualmente los lusitanos. Por no hablar de Tartessos (y el rey Argantonio) a la que los propios griegos consideraban la primera civilización de Occidente y que se localizaría dentro del triángulo formado por Huelva, Sevilla y Cádiz [95]. Esta última —Cádiz o Gadir-Gades-Gádeira— ha pasado siempre por ser una de las ciudades más antiguas de Occidente. Fue fundada por los tirios y allí se cree estaban las columnas de Hércules. Algo de cierto debe tener este relato cuando el propio Platón situaba en sus cercanías la mítica existencia de la Atlántida.

Por tanto, cuando se critica la «colonización» española en América se olvida que la primera colonizada ha sido España, y no lo ha sido ni una ni dos veces, sino que han sido múltiples las llegadas de nuevos pueblos e imperios que, por la fuerza de los hechos o de las armas, imponían su cultura y su modelo de organización a otros pueblos preexistentes. Por cierto que la

palabra «colonización» no la inventó Colón, sino que viene de «cultivo» por la necesidad permanente que tenía el ser humano de encontrar nuevas tierras para obtener comida. Puede hablarse al menos de cuatro colonizaciones:

— Fenicia: Gadir, Lixus y Utica se fundan en torno al 1100 a.C, y Malaca y Abdera poco después

— Griega: la colonia Rhode (Rosas) se funda entre 800 y 776 a.C y Emperión se fundó en Gerona entre 600 y 575 a.C, presencia que luego se extendió por todo el sudeste

— Púnica: los cartaginenses llegan a la Península en el siglo VI a.C, siendo la isla de Ibiza (Ebusus-Pitiusa) su primer asentamiento, al que seguirían Carthago Nova (226 a.C), entre otros.

— Romana: los romanos desembarcaron en la Península en el 218 a.C. en Ampurias, en el marco de la Segunda Guerra Púnica, al mando de Cneo Cornelio Escipión, aunque tardarán casi dos siglos en finalizar su conquista, encontrando muchas más dificultades que los colonizadores anteriores porque la entidad de los pueblos con presencia en la Península estaba mucho más asentada y existía una mayor conciencia de la necesidad de defender el territorio frente al invasor.

Todo ello sin contar la conquista árabe durante setecientos años, aunque no fuera homogénea. Con estos datos, ¿quién puede seriamente erigir el título de propiedad más antiguo sobre las tierras que conocemos, todavía hoy, con el nombre de España? Por ello, cuando algunos hablan de los vascones como los habitantes originales del País Vasco, y por ende de España, uno debe cuanto menos retener alguna sonrisa sarcástica [96]. Por otra parte, estudios de genética de poblaciones demuestran que la fusión nunca se ha parado. De hecho, fueron los vascones los que repoblaron gran parte de Castilla y Andalucía.

2.3. Un «hecho» que podía ser y dar sentido

España tiene unos orígenes muy antiguos aunque paradójicamente casi nadie se atreva a mencionarlos. *Hispania* (en latín) o *Iberia* (en griego) aparece reflejada como tal entidad autónoma en los libros de geografía más antiguos. El antropólogo Antonio García y Bellido (1982) ha identificado hasta seis fuentes remotas que «se conservan»: Estrabón, geógrafo griego del siglo I a.C que escribió sobre fuentes mucho más antiguas; Avieno, poeta latino del siglo IV que escribe sobre fuentes griegas del siglo IV a.C; Pomponios Mela, autor de *Chorographia,* nacido cerca de Cádiz en el siglo I d.C; C.

Plinio, autor de *Naturalis Historia* , donde se dedican dos libros, de treinta y siete, a Hispania aparte de múltiples referencias menores en el resto; Ptolomeo, del siglo II d.C; y los Itinerarios *Antoninianum* y *Vascula Apollinares* del siglo III y IV [97] . De todas ellas, la descripción probablemente más antigua aparece en el libro III de la *Geographiká* del geógrafo griego Estrabón, escrito aproximadamente entre los años 17 y 18 d.C. Pero él recogía a su vez lo que habían escrito anteriormente sobre España Polibio, Posidonio, Artemidoro y Asclepíades de Mirlea. A Estrabón se debe igualmente la imagen de España como piel de toro (o de buey) extendida.

Incluso como Iberia las referencias son aún más antiguas pues hacia finales del siglo VIII a.C. el poeta siciliano Estesicoro de Himera se referiría con ese nombre a las tierras del bajo Guadalquivir (según García Mercadal, y que recoge J. Álvarez Junco, 2013, p. 8). Por no hablar de otras miradas míticas reflejadas, por ejemplo, por Flavio Josefo, el cual se hizo eco a su vez de más antiguas leyendas del mundo hebraico que señalaban cómo Noé distribuyó el mundo entre sus tres hijos. Según esta leyenda a Jafet, el tercero, le tocó Europa y parte de Asia, quien enviaría a su vez a su hijo Tubal a España [98] . Con éste llegaría Tarsis, también nieto de Noé, si bien según la Biblia sería más bien nieto de Jafet e hijo de Yaván, hermano de Tubal (Génesis: 10,4). Este Tarsis fue famoso porque algunas fuentes le señalaron como el fundador (mítico) del Tartessos que aparece en la Biblia y de donde Salomón traía oro, plata y marfil [99] .

Una cosa resulta clara: el término Hispania no es de raíz latina porque ya existía antes de que Roma hiciera acto de presencia. La tesis más común es atribuir su origen a los fenicios, con el significado «tierra de conejos». Otra explicación nos remite de nuevo a la leyenda y a Gerión, rey de los geriones, considerado a su vez como el primer rey (mítico) de España que vino de tierras extranjeras. Sería igualmente el fundador de Geronda en Cádiz y Gerunda (Gerona) en los Pirineos. Los geriones serían más tarde derrotados por Hércules, el cual tras su victoria dejaría como rey a Hispalo, su más fiel compañero, de cuyo nombre saldría Hispania y la ciudad de Hispalis, aunque para ambos supuestos también se ofrecen otras procedencias [100] . Retornando a la historia comprobada, Hispania fue una provincia del Imperio romano formada por las siguientes regiones:

— Tarraconensis (con la que en una primera época se identificaba Hispania), con capital en Tarraco que llegaba hasta Toletum (también Jaén) y Carthago Nova.

— Lusitania, que tenía por capital a Mérida.

— Baética, con ciudades como Corduba (que era la capital), Malaca, Gades e Itálica.

— Y Mauritania Tingitana, que en algunos momentos fue considerada por Roma como parte de Hispania dado que el estrecho de Gibraltar entonces más que separar unía.

Tuvo igualmente cierta significación Gallaecia, con Bracara como ciudad más importante. En algunos periodos Hispania apareció dividida simplemente en dos: la Ulterior o Bética (de la que formaba parte Lusitania) y la Citerior o Tarraconensis, de la que formaba parte Edetania con Caesaraugusta y el río Hiberus. ¿Dónde aparecen, mis queridos ingenuos, el País Vasco (sí se hablaba de los vascones pero como un pueblo más) o Cataluña (Tarraco era otra cosa) como regiones diferenciadas? Fácil. En ninguna parte. Estos nombres entonces ni siquiera existían. Algún ingenuo recalcitrante podría sentir la tentación de insistir en que en esa época tampoco existía España como entidad política autónoma, pero sí que estaba claramente diferenciada del resto de provincias (ninguna de las cuales formaba una entidad política estable) del imperio al mismo nivel (si no superior) que ellas. En todo caso tres cosas están claras:

— Primero: Iberia era para los griegos lo mismo que Hispania para los latinos, así que los que promueven una federación ibérica como alternativa a España no saben en realidad de lo que hablan.

— Segundo: España no es cosa (sólo ni predominantemente) de castellanos; es más, Madariaga decía que España era un nombre más exacto para toda la Península que Iberia, *aunque no sea más que porque el adjetivo ibérico es vago y pertenece a la antropología más que a la literatura o a la historia* (1979, p. 144, nota 3).

— Tercero: el concepto y nombre de Hispania/España/Iberia como entidad colectiva es anterior a la existencia misma de los reinos de Aragón, de Castilla, de León, de Navarra e incluso de Portugal…, no digamos nada del principado de Cataluña.

2.4. Una unidad geográfica, política, genética y sentimental

a) Un determinismo geográfico con fronteras definidas y estables

Pocos países se encuentran en la posición territorial privilegiada en que está España, de frontera y paso entre dos continentes (tres si contamos los especiales lazos con Latinoamérica) y dos mares. Si estiramos un mapamundi en una mesa, España aparece situada en el centro, aunque esta cen-

tralidad apenas haya sido aprovechada. Sin embargo, si España «lógicamente» no podía ser nación o Estado antes que los conceptos de nación y Estado existiesen, sí fue de forma indubitada y desde tiempos bastantes remotos una entidad con sentido propio y reconocida como tal por propios y ajenos, esto es, incluso por los que no vivían en Iberia-Hispania. Así lo acreditan las fuentes griegas y romanas, y también las propias. En este sentido, decir que la Roma de hoy, capital de Italia, tiene poco que ver con la Roma capital del imperio o la Roma capital del catolicismo, es decir verdad, pero afirmar que se trata de dos ciudades distintas es pura y simplemente mentir. Igualmente los ciudadanos que vivían en el territorio conocido como Hispania puede que no todos tuvieran conciencia de «ser» hispanos, pero es obvio que muchos se sentían como tales, y eso en todos los rincones del territorio.

Un simple dato refuerza este aserto: el patronímico «español», paradójicamente, no es de origen español ni castellano. Se dice que es de origen lemosino y que surge en la Edad Media al emplearse por parte de los habitantes del sur de Francia (es decir de un tercero) en su relación con los que cruzaban los Pirineos huyendo de la invasión musulmana, procedentes de la Península, es decir en su mayoría de tierras catalanas... Así lo demostró Américo Castro en su estudio *Sobre el nombre y el quién de los españoles.* De ahí viene el nombre de «marca hispánica». ¿Todavía algún ingenuo compra la tesis de que España es una construcción artificial a manos de Castilla?

Parece que los demás siempre han creído más en nosotros que nosotros mismos. Aunque sólo fuera por las fronteras claras y estables, y sus características geográficas consolidadas, a los pueblos de la península ibérica se les ha tenido siempre en el mundo antiguo como un conjunto homogéneo con elementos comunes; tanto como las Galias, si no más. Uno podía recorrer Europa sin saber muy bien que cambiaba de país hasta que llegaba a los Pirineos. Entonces cuanto menos debía tomarse un respiro y pensar que algo importante iba a cambiar.

Las fronteras naturales españolas permiten hablar incluso de un determinismo geográfico (formado por el insondable mar y una cadena montañosa majestuosa) del que no pueden presumir otras naciones europeas. De aquellas que comparten una semejante holografía territorial (incluso islas) con nosotros, pocas (o ninguna) han corrido igual suerte: por ejemplo, el Reino Unido no fue tal hasta 1707, perdió Irlanda e incluso hoy Inglaterra aparece diferenciada del resto. Otra excepción (y península) es Italia, cuyos habitantes fueron también considerados y tratados con naturalidad por el

resto de Europa como «italianos» mucho antes de que fuera una nación propia, un hecho consolidado muy recientemente. El resto de Europa ha sido siempre un gran mosaico cuyas múltiples piezas aparecían unidas y separadas, a conveniencia de guerras e invasiones mutuas y de unas fronteras, la mayoría, artificiales y móviles e incluso algún río que siempre ha sido al fin y al cabo más una vía de comunicación que de separación [101]. Hasta pleno siglo XX han llegado las discusiones y los conflictos. Los propios españoles sabemos el queso de gruyere que es la frontera del este de Francia. Al menos en San Quintín (1557), Amiens (1596) y en Corbie (1636) demostramos mucho antes que otros lo frágil que podía ser esta línea. Y los habitantes de Alsacia y Lorena han comprobado en carne propia de lo que hablamos…, ¡en pleno siglo XX !

Ése ha sido nuestro determinismo geográfico para bien —siempre se nos consideró a los que este territorio poblamos parte de la misma entidad— y para mal pues también se ha convertido en ocasiones en un obstáculo para sentirnos más partícipes de Europa. En todo caso, un obstáculo salvable, todo hay que decirlo, por las dos partes, tanto por los que quisieron invadirnos en múltiples ocasiones, como por nuestras gentes que llegaron a dominar buena parte del continente. La única variación relevante acaecida en más de quinientos años no fue una pérdida sino una ganancia: cuando Portugal se «volvió» a unir a España. Durante la ocupación romana los lusitanos formaron parte de Hispania como lo hicieron los tarraconenses y Viriato era un héroe lusitano e hispano a la vez. La historia de Portugal separada de España no es tal sino hasta que Alfonso Henríquez en 1139 se proclamó rey de un territorio separado del resto, si bien sus fronteras no quedarán definidas hasta el 1238. Hasta entonces no se establecía una clara diferencia entre los habitantes de unos y otros reinos, de hecho la mayor parte de los reyes formaban parte de la misma familia.

Con todo, durante unos siglos la cuestión de Portugal separada de España no estuvo nada clara —tampoco internamente, con apoyos y cambios de postura de nobleza y burguesía portuguesas—, como demuestra que volvieran a compartir un mismo rey con Felipe II, y que antes fueran varios los intentos tanto de Portugal como de Castilla de unificar su rey [102]. Sólo a partir de 1373, la intervención estable y decidida de Inglaterra en Portugal inclinaría finalmente la balanza a favor de la separación [103].

b) Política, genética, poesía y filosofía

Una cosa resulta clara: el «fecho» de España es muy antiguo y siempre incluyó a todos los pueblos que habitaban la Península, no sólo a Castilla, aunque ésta asumiera, dada su centralidad, un papel de liderazgo aglutinador, como ha ocurrido en otras naciones europeas de similar tamaño. Un segundo aspecto resulta asimismo evidente: España fue desde muy pronto sujeto y objeto de fuertes emociones y pasiones. La resistencia heroica de Bergida, Sagunto y Numancia frente al «invasor» romano y cartaginés prueba que existía una conciencia colectiva que no puede ser reducida a meros localismos.

Luego, con los visigodos —un conjunto heterogéneo de pueblos que procedían originariamente de la zona de la actual Ucrania— prevaleció el nombre España como proveniente de Hispania, lo que no ocurrió con los galos o con el de Inglaterra (donde se impusieron los anglos). No fue Gótica o Visigotia, sino Spania (prácticamente el nombre en inglés hasta la actualidad), y no fuimos godos sino españoles. Como tampoco triunfó el nombre que intentaron darnos los musulmanes «Al-Ándalus» —y eso que parecía tener origen griego y legendario pues significaba «isla de los atlantes»— nombre al que los propios escritores musulmanes añadían «o» España (por ejemplo, Ar-Razi y Ben Gálib) cuando se referían a nuestro país como sinónimo de paraíso (Ben Jafaya).

Tampoco se impuso el nombre de Castilla, su parte más importante, ni se confundía la realidad de España con la de Castilla, lo que sí sucedió a menudo con Inglaterra y el Reino Unido, donde todavía hoy frecuentemente se toma el nombre de una parte por el todo. Antes al contrario, ha sido la sola obsesión de los separatistas la que ha llevado a reducir la lengua común a la lengua de Castilla, cosa que no ha sucedido en Italia, pero sí en Inglaterra, la que más ha hecho curiosamente por prohibir otras lenguas británicas. Otra cosa es cierta: el componente germánico del pueblo español ha sido (injustamente) ignorado —a pesar de la importancia añadida de los Austrias—, cosa que no ha ocurrido con otros pueblos de Europa como los anglosajones o los francos.

En el terreno político, se ha considerado a Ataúlfo (372-415) como el primer rey de España por haber sido el primero en haber planteado un reino independiente de Roma. Por cierto que esto lo hizo instalándose en Barcino (la actual Barcelona). Otros hablan de Theudis (531–548) como el primer rey godo que derrotó a los francos y fijó su sede en España como reino independiente. Otros prefieren hablar de Leovigildo (que reinó de 572-586) pues fue cuando se fija la corte en Toledo y el reino alcanza su máxima extensión,

ocupando la práctica totalidad de la Península. Después su hijo Recaredo lograría la unificación política y religiosa de España —en los términos en que era posible en esa época— a su muerte en 603. Por último, otros se refieren a don Pelayo, primer rey de Asturias (718) o a Vermudo I, coronado rey de Asturias en 789. Cualquiera de estas opciones convertirían a la monarquía española en la más antigua del mundo después de la japonesa. Podría tratarse de una exageración, pero ¿cuánto se juegan a que si habláramos así de «cualquier otra nación europea» que pudieran decir lo mismo serían numerosos (incluidos intelectuales) los que se enorgullecerían de ello?

En el terreno intelectual, pocos países tienen a un personaje de la talla de San Isidoro de Sevilla (de padre hispano-romano y madre visigoda), que ya en el año 624 se atreviera a clamar en *De Laude Spaniae* — que aparece al principio de su *De origine Regum Gothorum* , considerada por Menéndez Pidal como *la primera historia nacional de un pueblo en la Edad Media* , si bien escrita todavía en latín— lo siguiente:

Entre todas las tierras que existen desde el Occidente

hasta la India, eres tú la más hermosa sagrada España,

madre afortunada de príncipes y de pueblos. Con razón

eres la reina de las provincias: das tú luz no sólo a

Occidente sino que también al Oriente.

Tú honor y ornamento del mundo eres…

Aquí encontramos el término en latín «Spania»: *sacra semperque felix principum gentiumque mater Spania.* Isidoro ya la consideraba, por tanto, como una entidad con sentido propio e individual. Los obispos «gallegos» Paulo Orosio e Hidacio mostrarían parecido orgullo de identidad hispana incluso algo antes (siglo v d.C). Y Fernán González (910-970), primer conde de Castilla y de Álava, se expresaba en uno de sus cantares de esta guisa:

Fuertemente quiso Dios a España honrar,

cuando el santo apóstol quiso ahí enviar,

de Inglaterra e Francia quísola mejorar,

que sabet que non yace apóstol en todo aquel logar.

Aunque luego diga que *de toda España, Castilla es lo mejor* , obvio es decir que ya entonces se era consciente de que el concepto de España no se reducía a los dominios de Castilla, sino que incluía al resto de reinos de la Península, y que como tal uno podía estar orgulloso de haber nacido en ella. Si a algún ingenuo le caben todavía algunas dudas al respecto, tal vez haya que

recordarle que cuando el propio Jaime I el Conquistador hablaba en sus *Crónicas* de los *cinco regnes d'Espagna* , no se refería por ellos ni a Cataluña (incluida en Aragón) ni al País Vasco (incluido según los años en el reino de Castilla o en el de Navarra). Puestos a mirar a los derechos históricos ¿por qué no recuperar esos cinco territorios?

Pero es que además, Castilla sólo se consolidaría como reino con Fernando I (muerto en 1065) y sobre todo con su hijo Sancho II. De hecho, el liderazgo de la reconquista «nacional» lo asumieron los reyes astures y leoneses, fundamentalmente don Pelayo y Alfonso II, el Casto, que fundó la nueva capital en Oviedo como heredera de la añorada Toledo. Otros territorios, de haber puesto empeño en ello, podrían haber disputado el liderazgo castellano. Pero tal vez con la excepción de Fernando II de Aragón (y V de Castilla), nunca lo hicieron. Nada que echarles en cara por esta pereza o falta de decisión, pero que tampoco se castigue a Castilla por haber ejercido la responsabilidad a la que estaba llamada, dada la centralidad geográfica que ocupaba. En todo caso, las omisiones de unos y las acciones de otros dieron como consecuencia que, desde Alfonso VI, el título del rey de España o «emperador de las Españas» acompañaba con normalidad la corona de Castilla. Incluso Alfonso VIII llegó a ser coronado como tal en la catedral de León, y recibió el homenaje, entre otros, de su cuñado Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona. En esos tiempos, las referencias a España y a sentirse parte de la misma, eran naturales en la mayor parte de los reyes aragoneses-catalanes y así se reconocía desde el exterior. El mismo san pablo (en Romanos, 15, 24) escribe a sus hermanos su intención de viajar a «Hispania»: *Cuando vaya a España, iré a vosotros* .

Por último, en el terreno de la genética, se ha añadido a la retahíla de argumentos apócrifos de la leyenda de la España inexistente que ésta tendría grupos étnicos perfectamente diferenciados, sobre todo en el País vasco (con su famoso RH negativo y el grupo sanguíneo prevalente) y Cataluña (que tendrían más en común con centro Europa que con el resto de España). Estudios de genética de poblaciones demuestran todo lo contrario (tomo los datos que siguen de A. Gómez Moreno, 2017, pp. 145-159). Existe un hecho evidente: la característica principal de España ha sido la mezcla de poblaciones (o mestizaje) no sólo en Hispanoamérica sino dentro de la propia España. Tras la Reconquista, Castilla y parte de Andalucía se quedaron prácticamente vacías y fueron repobladas por vascones y otras poblaciones del norte. Estos movimientos migratorios internos continuaron en la práctica y posteriormente hasta nuestros días. Como resultado, en términos de ADN

la genética hermana a un 85% de los vascos con un 66 % de los manchegos. El haplogrupo diferencial del País Vasco (DF 27) está más presente en Zahara de los Atunes (Cádiz) que en Burdeos, capital de la Nueva Aquitania y no hay hermandad genética más estrecha que la que se da entre la mayoría de los gerundenses y habitantes del litoral catalán de una parte, y los manchegos de otra; o la que se da entre un vasco y un mallorquín, por ejemplo.

3. ¿SOMOS MÁS DIVERSOS QUE EL RESTO? LA LEYENDA DEL *SPAIN IS DIFFERENT*

3.1. Falsas y verdaderas singularidades

¿España diversa? Claro, de las 10.000 flores conocidas en Europa, más de la mitad se encuentran en España (S. Madariaga, 1979, p. 18). Pero aparte de esta diversidad, por lo demás somos un país de lo más normal, y no menos homogéneo que la mayoría de los países de Europa y del mundo. China contiene cincuenta y seis grupos étnicos diferentes y nadie discute su unidad nacional. E incluso otras naciones pretendidamente más unitarias presumen de ser más diversas que nadie, y en concreto más que nosotros (¡!). El historiador francés Braudel señala: *Ciertamente resulta trivial afirmar que Francia es diversa hasta lo absurdo (...), revela obstinadamente un manifiesto «carácter vecinal» un mosaico de paisajes cuya variedad... no se encuentra en ninguna otra parte (...) Cada aldea, cada valle, a fortiori, cada «terruño» (...) cada ciudad, cada región, cada provincia tiene sus netas originalidades (...) una cultura vivida (...) «Francia es diversidad» (...) Inglaterra, Alemania, Italia o España, miradas de cerca, son también ellas mismas diversas, pero no ciertamente con la misma profusión o la misma insistencia (...) Siendo así que no hay una Francia pues lo que hay son Francias, así como no hay una Bretaña, sino que hay Bretañas, una Provenza sino Provenzas (...)* (1993, pp. 33, 34, 35, 38)[104].

Una primera mirada nos llevaría a interpretar que nos encontramos con un ejemplo más del *chauvinismo* francés o su famosa *grandeur* : si los franceses son diversos «sólo» pueden ser los más diversos del mundo. Pero al mismo tiempo estas frases dejan entrever algo que no se le ha ocurrido a ningún separatista español, que «se puede ser diverso y no por ello menos español que el resto». Si no, ¿cómo Francia consiguió su famosa unidad si era tan diversa y hasta el propio Jean Paul Sartre la llegó a calificar de «inunificable»? Braudel nos da de nuevo la respuesta: *En la producción de esa unidad trabajaron millares de fuerzas oscuras, inconscientes que, por lo demás, la historia no siempre midió correctamente* (Braudel, 1993, p. 119).

En 1789 sólo las viejas provincias que rodeaban París se identificaban con Francia, por lo que no es osado decir que la Revolución francesa significó más una revolución de construcción nacional que una revolución ideológica. Y ¿cuáles fueron esas «fuerzas oscuras»? Pues entre otras (la economía, la cultura, la sociedad) el ejército con sus levas masivas, el desplazamiento de grandes masas de población, y la utilización de la lengua como instrumento del poder administrativo para reducir el caos al orden. Ya tenemos la clave, ¿qué le ha faltado a España? Fuerzas oscuras suficientemente intensas.

Sin embargo, si España resulta un caso atípico, comparada con el resto de los Estados reconocidos por la ONU, es debido a sus fronteras estables y claras, su continuidad en el tiempo, su permanente reconocimiento a lo largo de la historia como unidad política y económica y…, a su cohesión cultural y lingüística ya que aquí, a pesar de las diversas lenguas que subsisten, el castellano siempre ha sido una lengua franca en la que se entendían todos los habitantes de España (e incluso del extranjero), razón por la que ha sido conocida históricamente como «español». De hecho, cuando en la transición política se convirtió (falsamente) en un problema la denominación de la lengua común, los primeros sorprendidos fueron (y siguen siendo) todos los que hablaban, y venían hablando, el español fuera de nuestras fronteras. Tendemos a olvidar que esta lengua nos une no sólo a los españoles sino a una comunidad de más de 20 naciones y 470 millones de personas; por lo tanto no nos pertenece en exclusiva y en consecuencia no podemos cambiar su nombre a capricho de algunos (I. Buqueras y Bach, 2017).

Esta normalidad molesta al parecer a muchos, e incluso les asusta, por lo que se empeñan con ahínco en convertir a España en lo que no es: un caso singular, por ende irresoluble y digno de destrucción como única vía de solucionar «el problema», en realidad autocreado. Ya en el año 1994 el profesor Daniel J. Elazar (1994, p. 43) de la Universidad Temple de Filadelfia, estableció que existían en el mundo alrededor de 3.000 grupos humanos que presentaban una identidad colectiva, mientras que 185 estados estaban reconocidos por la ONU (hoy son 193), de los cuales el 86 % tenían una composición multiétnica. A ello se añade el hecho de que sobreviven en el mundo entre 3.000 y 5.000 lenguas, según los criterios de valoración que se utilicen. ¿Quiere decir eso que cada lengua tiene derecho a tener su Estado?

El profesor Santiago González-Varas ha escrito un libro a este respecto con el sugerente título (y lamentablemente todavía provocativo en la actualidad) *España no es diferente* (2002). La tesis que defiende es en principio muy

sencilla: España no es diferente de otros países (incluida Francia) y, por tanto, se nos ha vendido una moto averiada que han comprado engañados demasiados clientes. González-Varas no es el único. Reputados historiadores (incluso extranjeros) han reparado igualmente en la misma trampa conceptual. Así, J. Pérez ha sostenido que el mito de las dos Españas irreconciliables se encuentra de forma semejante en otras naciones europeas (2014, p. 7)[105]. Y John H. Elliot, ha mostrado en referencia a la sociedad española de los Habsburgo que, en contra de lo que se ha dicho, las supuestas especificidades españolas que entonces se daban —despilfarros de la corte, el parasitismo de la burocracia, la abundancia de licenciados universitarios sin empleo, el desprecio generalizado por el trabajo manual y la inclinación a la pereza— formaban parte de igual modo de la Francia de Luis XIII y la Inglaterra de Jacobo I. Una vez más ha faltado (o nos han quitado) el elemento comparado cuando se han (o nos hemos) dedicado a despellejarnos.

Lo de que España es diferente (*Spain is diffent*) fue curiosamente un lema franquista para vender el turismo que rápidamente ha sido (arteramente) utilizado por los nacionalistas-separatistas para sostener que España era en efecto diferente, pero no por ofrecer bellezas singulares, aventuras sin igual o un carácter más auténtico, sino porque, sin que casi nadie lo hubiera advertido hasta entonces, se trataba de la única nación de Europa occidental con siglos de historia que en realidad… no era tal ni lo había sido nunca. Por el contrario se trataba del Estado con mayor «diversidad regional» de Europa cuando no del mundo entero. La única nación falsa, llena sin embargo (y paradójicamente) de múltiples «naciones», éstas sí totalmente auténticas (aunque nunca lo hayan sido históricamente), sometidas durante siglos a un régimen cruel —sin que nadie lo hubiera denunciado internacionalmente—, que reclaman ahora con toda «naturalidad» su derecho «natural» a separarse y a comenzar una andadura independiente, sin doler costes personales o económicos que simplemente se ocultan o minimizan con una desfachatez tan persistente como ridícula.

Se trata de una falacia más de las dirigidas contra España (otra sería la diversidad genética, que ya antes hemos rebatido), como falsos son los submitos en que se fundamentan cada una de las presuntas diversidades «a la española»: que si España es más plurilingüe que otras naciones como Francia, Alemania, Italia o Gran Bretaña; que si tendría una unidad inacabada; que si carece de una identidad común; que si se trata del único caso del mundo en que se produciría la anomalía de que una región (Castilla) se habría impuesto al resto. En todas las «grandes» naciones (en las pequeñas no

haría falta) la construcción comienza siempre por un centro que se expande o sirve de núcleo: en Reino Unido fue Inglaterra, en Francia la región de París y en Alemania ese papel lo desempeñó Prusia. En todos los casos existe igualmente una lengua más extendida que acaba imponiéndose al resto con el ánimo de favorecer la comunicación y el funcionamiento adecuado de las instituciones. Todas las naciones tienen culturas, pueblos, climas y lenguas diferentes (Alemania fue en origen un mero conjunto de principados) con la particularidad de que todas ellas, o bien se han sometido al ideal de una convivencia común, o bien esa diversidad se ha encauzado a través de la lealtad a la federación, sin que se pretenda conseguir prebendas políticas por parte de ninguna región, y menos mediante el chantaje.

La supuesta falta de unidad española esconde asimismo el hecho de que todas las naciones europeas se forman después que España: Escocia se unió con Inglaterra en 1707, y Gales se incorporó a Inglaterra en 1536; Francia no adquirió una relativa unidad hasta 1610, Aquitania fue inglesa antes que francesa, Bretaña (región con lengua propia) resistió como unidad independiente hasta la Revolución francesa, y cuando Alsacia se unió a Francia en 1919 el 75 % de su población hablaba alsaciano, por no mencionar a Córcega y su singular historia propia. En cuanto a Italia, la última nación de las potencias europeas relevantes en devenir tal: Cerdeña formó parte del Imperio español hasta 1718, Venecia había sido un Estado de gran relevancia europea hasta tiempos recientes —basta una visita al Palacio Ducal de Venecia y compararlo con el de la *Generalitat* o cualquier edificio oficial vasco para salir de dudas—, los Estados Pontificios se extendían por todo el centro de Italia, y la historia propia de Nápoles y Sicilia legitimaría tanto el que pretendieran ser independientes como… defender su pertenencia a la corona española. Si acaso el único Estado-nación que podría presumir de consolidarse antes que España sería Dinamarca. Pero tanto por territorio como por población las dificultades en cuanto a su formación y mantenimiento no admiten comparación. A pesar de ello, *cada Estado conoce bien su propia diversidad interna y tiende a ver de forma homogénea y unitaria a los demás* (S. González-Varas, 2002, p. 78); incluida la propia Dinamarca que presume de las diferencias entre Copenhage y Jutland, sus dos principales regiones.

En realidad, la unidad total de un país (o de una región) nunca acaba de hacerse del todo pues periódicamente «algunos» cuestionan su identidad común. Pero es que tampoco es un ideal la homogeneidad completa, pues dicha homogeneidad sólo puede conseguirse con políticas de exclusión o eugenesia social. Y sin embargo, según un Informe del Instituto Nacional

de Estadística publicado el 22 de mayo de 2014, el apellido más frecuente en 2012 en las tres provincias vascas y en las cuatro catalanas era «García», lo mismo que en otras veintiocho provincias españolas, y los nombres más frecuentes tampoco parecían muy diferentes al resto de España [106] . Si España es un caso «singular en el mundo» es por ser tan ingenuos como para creérnoslo, por no defender nuestra unidad que es lo que nos hace más fuertes. Mientras, nuestros adversarios encantados. ¿De qué fenómeno singular estamos hablando? Del de la estupidez más extendida del mundo.

3.2. España: igual o menos diversa que otros

En las contadas ocasiones en que la frontera española (del norte) se ha movido ha sido como consecuencia del (triste) consentimiento de algunos compatriotas. Así sucedió con la breve experiencia de independencia catalana en 1640. Francia explotó económica y militarmente a Cataluña y pronto los propios promotores de la revuelta pedirían insistentemente a Felipe IV (España) que éste volviera y obligara a Luis XIII (Francia) a abandonarles, un rey menos propicio a mantener singularidades territoriales. España salvó a Cataluña de nuevo de Francia y de sí misma, no sin importantes pérdidas en vidas humanas e incluso territoriales: El Rosellón, El Conflent y la Cerdaña.

Aquí aparece otra singularidad de España: que cuando otros imponían el poder central, nosotros manteníamos privilegios. Felipe IV no toma represalias y mantiene las instituciones catalanas, a diferencia de Luis XIV en la Francia de 1652 cuando acabó con la Fronda o de Oliver Cromwell en la Inglaterra de 1653 cuando impuso por la fuerza la autoridad de su protectorado. El «problema» de Felipe V en 1715 se produjo porque su antecesor Felipe IV no había tomado las decisiones que imponía el espíritu de los tiempos, cincuenta años antes, como hicieron otros reyes. Si a España se le puede achacar algún pecado original éste sería el de haber mostrado una recurrente e increíble ingenuidad hacia los movimientos separatistas, pensando que la mano tendida e incluso la generosidad serían más eficaces para recuperar el cariño y la cohesión territorial. En este sentido, se ha venido favoreciendo económicamente (por ejemplo, subvencionando o protegiendo legalmente el desarrollo industrial y comercial) a las regiones más desleales (e incluso violentas), cual padre consentidor que cree (ingenuamente) que sus hijos díscolos y chantajistas volverán al redil y le querrán más cuanto más regalos y caprichos reciban.

Lo que ha ocurrido era lo previsible: que utilizaran el poder y el dinero recibido para destruir a España, conscientes además de que sus afrentas les

salían gratis. La historia y la experiencia demuestran que sucede al revés de cómo piensan los padres/gobiernos consentidores: que una vez enriquecidos a costa de los demás, buscan dar un portazo, «olvidando» favores o ventajas y lanzando en su lugar improperios. Bastaba simplemente mirar a nuestro vecino del norte que frente a similares problemas, se vio envuelto en la bandera de la revolución y resolvió la cuestión sin grandes miramientos. ¿Por qué Aragón se integró mejor en la idea de España que Cataluña, perteneciendo los dos al mismo reino? Porque el caso de Antonio Pérez «forzó» a Felipe II a actuar sobre los fueros de Aragón (donde aquél se había refugiado buscando protección). No se trataba directamente de construir la unidad nacional, eliminando privilegios medievales, sino de actuar con firmeza ante un problema de verdadera rebelión. Pero buscando lo uno se encontró también lo otro.

Joseph Pérez (2014) ha demostrado a este respecto que la historia de España y Francia han sido más similares y paralelas de lo que se cree o defiende, con una importante excepción o peculiaridad «real» española: *el papel que atribuye la Constitución de 1978 a las autonomías regionales* . Para más inri este modelo descentralizado no ha sido en España un sistema de organización que busque sinceramente —en un clima de lealtad y consenso, y sobre el principio de que el interés general se impone siempre al particular—, la mayor eficacia y cercanía al ciudadano, como ocurre por ejemplo en Alemania, sino que desde el principio se planteó (para escarnio de los políticos ingenuos que lo apoyaron con toda su «buena» intención) como un tiro directo en el pie del Estado o un suicidio colectivo consentido que busca dar más poder y dinero a los que pretenden utilizarlo precisamente para destruir la nación y su historia en común. Si no querían estudiar historia, podrían haber estudiado psicología. Habrían llegado a la misma conclusión.

3.3. La exagerada singularidad lingüística

a) ¿Lío de lenguas o de palabras?

En todas las naciones europeas se hablan diversas lenguas, algunas de ellas incluso anteriores al catalán o al gallego (González-Varas, 2002, pp. 84-189). Así, el bávaro, que tiene su origen en el siglo VI , durante mucho tiempo fue la lengua de las instituciones de Baviera y de parte de Austria. La diferencia entre bávaro y alto alemán (que acabó por imponerse en toda Alemania) es mayor que la que existe entre el noruego y el danés o el sueco, o entre el checo y el polaco, o… entre el español y el catalán. En Alemania existen además el frisio, el *hessich,* el *osthesich* o el *mischgebiete.* Y sin embargo la mayoría de estos países han optado por una de ellas como lengua nacio-

nal propia de las instituciones y de la enseñanza aceptando, por «interés general», que el resto pase a denominarse dialectos y queden en el ámbito privado. Es decir, la diferencia entre dialecto y lengua no es predominantemente de tipo lingüístico sino de tipo político. De hecho, en Italia, la última de las grandes naciones europeas en surgir, se optó por el toscano (la lengua de la región Toscana), pasando el resto de lenguas que sobrevivían en esa época a denominarse dialectos, por el interés común de sus ciudadanos en construir una única nación dando por sentado que les iba mejor todos juntos que cada uno por su parte.

Un caso que merece especial atención es el de la supuestamente muy homogénea Francia, donde sobreviven no sólo el catalán y el vasco, sino, al menos, el bretón, el corso, el occitano y el alsaciano. Todavía en 1968 hablaban doce millones de personas el occitano, un millón el bretón y trescientos mil el corso. ¿Pero cuál es la diferencia «real» con España? La manera en cómo hábilmente presentan esta diversidad para que no parezca tal. Primero, se simplifica el recorrido histórico del pasado lingüístico de Francia, concretándolo como una competencia entre sólo dos lenguas: la de oc y la de oïl, con victoria clara para la segunda. El resto de lenguas pasan a denominarse «dialectos», salvo que se las considere «lenguas extranjeras», entre las que se incluyen el italiano, el alemán y el «vasco». Es decir, el vasco sólo se considera lengua porque es española y no francesa [107] . F. Braudel ni menciona al «catalán», aunque sí habla del «bretón», al que no obstante califica también como lengua extranjera (F. Braudel, 1993, pp. 80-97).

De un plumazo se elimina cualquier problema de lenguas, simplemente «jugando con las palabras». Pero ya sabemos que el diablo anda en los detalles, excepto para los muy ingenuos, a los que concede el raro privilegio de colocarse ante su propio espejo. Es decir, en contra de lo que presumen algunos, el francés tarda tanto o más que el castellano en imponerse como lengua común de Francia. En 1835, más de cuarenta años después de la revolución, la lengua francesa seguía limitada a las tierras del oïl (París y alrededores), y en 1863, todavía las hablas locales eran mayoritarias entre la población (F. Braudel, 1993, p. 89).

Si la mayor parte de los países contienen varias lenguas en su interior (en el mundo existen más de 3.500 lenguas y 193 Estados reconocidos en la ONU), ¿por qué parece el caso español especialmente grave e irresoluble? Si algunas regiones europeas —con tanta o más raigambre histórico-cultural que Cataluña o el País Vasco— que tienen un idioma propio no les importa acudir a la lengua común para comunicarse con el resto, ¿porque el

idioma aquí se ha convertido en un instrumento ideológico-político para separar ciudadanos y territorios en lugar de una herramienta de comunicación como en otros lugares? [108] . Si en España han pervivido algunas lenguas regionales más tiempo y con más extensión que en otros países no ha sido debido a su mayor (y singular) arraigo social, sino a su utilización como herramienta política por las élites regionales que viven del separatismo, junto a la menor «insistencia» llevada a cabo por parte del Gobierno central. De hecho, en 1756, por ejemplo, el catalán era hablado sólo en las montañas y por la gente menos culta: toda la burguesía, la población urbana y las clases más cultas se expresaban en castellano; otro tanto ocurría en tierras vascas.

Hace siglos los españoles privilegiamos al latín como lengua común a pesar de hablarse aquí otras lenguas locales como el íbero o el celtíbero (Rafael del Moral, 2015, pp. 36 y 37). Hasta en cuestión de lenguas el catalán comparte con el castellano no sólo su origen común (el latín) sino muchas palabras y hasta la existencia separada de los verbos «ser» y «estar», cosa singular que no ocurre en otras lenguas latinas. Tras más de quinientos años en común, ¿no es más lo que nos une que lo que nos separa? ¿No nos «conviene» proteger una lengua común para comunicarnos entre todos, que además es la segunda más hablada del mundo?

b) Algunos cooperantes necesarios para mantener el equívoco

La singularidad lingüística se ha exacerbado por motivaciones políticas. De hecho, nunca ha existido «una» lengua vasca hasta que ésta ha sido artificialmente creada y políticamente impuesta desde arriba por decreto (el batua o «vasco unificado») y puestos a remitirse a los orígenes, los navarros deberían recuperar la lengua «navarro-aragonesa» que es la que fue propia del lugar como derivación del latín hablado en el valle del Ebro (Rafael del Moral, 2015, pp. 82, 132). En cuanto a la supuesta extensión del catalán a otras tierras, al menos, el valenciano dispone de gramática y vocabulario propios, y más habría sido si sus literatos hubieran querido contribuir a su desarrollo como los catalanes hicieron con la suya: por ejemplo, un Ausiàs March, poeta exponente del llamado siglo de oro valenciano (S. de Madariaga, 1979, p. 143).

Pero además de las élites catalanas y vascas que hacían el juego que entendían convenía más a sus intereses, existen otros cooperantes necesarios que han ayudado a mantener el mito de nuestra supuesta mayor diversidad «a la carta». Uno de ellos ha sido paradójicamente la Iglesia, siendo uno de los más reacios a aceptar el predominio natural del castellano precisamente

el clero, al tiempo que mantenían sin controversia la utilización de una lengua «común» muerta como el latín. En 1727, por ejemplo, los prelados catalanes dispusieron que no se permitiera explicar el Evangelio en otra lengua que no fuera la catalana. Este papel explica asimismo por qué, dado el tradicional déficit de escuelas públicas que ha sufrido nuestro país, incluso en las contadas ocasiones en que el Gobierno ha intentado imponer el castellano tampoco lo lograse del todo, incluido, por mucho que se diga lo contrario, el periodo del franquismo. Con una Iglesia nacional (como en otros países) este comportamiento del clero habría sido impensable e imposible.

Un segundo cooperante insospechado han sido los políticos... españoles. Recientemente, destaca la aplicación singular y única «a la española» de la «Carta europea de las lenguas regionales y minoritarias» del Consejo de Europa de 1992. España es no sólo la nación que cumple más apartados de la Carta (67 cuando el mínimo autorizado es 35) sino que también es el único de los grandes Estados europeos que aplica la Carta a sus lenguas internas. El resto, «hábilmente» la interpretan en el sentido que sólo se aplica a las minorías que residiendo en su Estado hablan idiomas de Estados terceros. La clave de dicha Carta es que atribuye a cada Estado la facultad de determinar internamente qué debe entenderse por lengua o por dialecto. Pues bien, pongámoslo en términos positivos. España ha sido «muy» generosa a la hora de interpretar la Carta, ¿esto le ha valido el reconocimiento al menos de sus comunidades autónomas? Nada de nada, queridos ingenuos, al contrario, a más apertura y generosidad, más deslealtad y secesionismo, continuando así la inveterada tradición histórica de la que ya hemos hablado. España es el único país del mundo que paga a traidores: otra singularidad real.

Un tercer cooperador necesario han sido los tribunales y legisladores... españoles. Las primeras decisiones del Tribunal Constitucional tuvieron un carácter vacilante y dubitativo, llegando por ejemplo a negar al Ministerio de Defensa la posibilidad de utilizar el castellano como lengua vehicular en los colegios que mantiene para hijos de militares en el territorio nacional, si se encontraban localizados en una comunidad autónoma que decidía otra cosa. ¿Se imaginan esta decisión en Estados Unidos o Alemania (dos Estados por cierto federales)? De hecho, el Consejo Constitucional francés (Decisión 99/412) ha señalado que la mencionada Carta Europea viola *los principios constitucionales de indivisibilidad de la República, de igualdad ante a la Ley y de unidad del pueblo francés* . Y en Italia, la Ley 482/1999 ha proclamado al ita-

liano como lengua de la república y aunque reconoce minorías lingüísticas y dialectales nacionales, las excluye de su ámbito de protección.

Y sin embargo aquí nos pasamos el tiempo aprobando estatutos de autonomía y leyes de normalización que reconocen cada vez más «derechos» a numerosas lenguas regionales, mientras el español/castellano los pierde. La cuestión no es proteger a los que ya hablan castellano con normalidad sino garantizar el derecho de los pobres niños vascos y catalanes a saber utilizar como propio el segundo idioma más hablado del mundo. Si sus propios padres y maestros (acomplejados o resentidos) no piensan en su futuro personal y profesional, alguien debería velar por ellos. En caso contrario, al menos debería preverse la posibilidad de pedir indemnización contra los responsables de este déficit educativo. Como ha resaltado González-Varas nuestro modelo debe ser Alemania, Francia, Italia y Reino Unido, que son los países que por historia y tradición más se parecen al nuestro. Pero para ello debemos esperar que el español: *Algún día se «normalice» al igual que el alemán se habla en Baviera, el francés en Bretaña, el inglés en Escocia, o el italiano en Piamonte o Cerdeña* (2002, p. 4). ¿Para cuándo una ley de «normalización» del español?

c) Las (nada caprichosas) razones por las que el castellano es el español

A partir del siglo XVII todas las naciones europeas optaron por privilegiar y consolidar un idioma común como único modo de construir un Estado moderno y competir económicamente. España no fue una excepción, y figuras de la talla del valenciano Gregorio Mayans y el catalán Josep Pau Ballot y Torres (que publicó una gramática catalana en 1814) así lo advirtieron (*Orígenes de la lengua* española, 1737). En nuestro caso esa estrategia aparecía reforzada por la presencia masiva del castellano en tierras americanas. Esta visión, que respondía al puro sentido común, fue compartida de hecho por Cataluña y el País Vasco, al menos hasta mediados del siglo XIX [109] ; e incluso del XX , si recuperamos el debate parlamentario que dio lugar al art. 50 de la Constitución de la Segunda República, en una enmienda defendida por Claudio Sánchez Albornoz y firmada por diputados vascos y catalanes, entre ellos el mismo Lluis Companys.

El que se optara en cada caso «como lengua común» por el inglés, el alto alemán, el francés, el toscano o el castellano no fue casual o caprichoso, sino una necesidad basada en causas objetivas. Entre otras, su mayor extensión y utilización en diversos ámbitos (desde el literario, al político o comercial) y que hubieran sido utilizadas por escritores de la mayor relevancia mundial como: Shakespeare, Lutero y Goethe, Dante y Cervantes. De

hecho, *Don Quijote* ha sido considerado la primera novela moderna que ha influido en muchos escritores tanto en lengua española como en otras, desde Dickens a Flaubert. Del mismo modo, el castellano era «por su propio peso» el idioma del comercio y de la cultura en amplios periodos de la historia de nuestro país, aunque sólo fuera por la entidad del Imperio español y sus rescoldos. A ello se añade que el habla castellana ha sido siempre más «democrática» que otras porque no permite fácilmente identificar por el acento a la clase social del que habla. Puede tenerse un vocabulario de menos palabras o utilizar algunas incorrectamente pero el acento no delata su formación, si acaso su origen regional (A. de Miguel, 2001, p. 39).

El castellano por otra parte es un directo heredero del «iberorromance» que fue dominante, tras la paulatina desaparición del latín, en la Península como muestra Menéndez Pidal. Es de sobra conocido asimismo que *El Cantar del Mío Cid* se escribe en torno a 1200 y que pasa por ser la primera obra narrativa extensa escrita en español o romance antiguo. Menos conocido es que *El Libro del Caballero Zifar* fue la primera obra de ficción escrita en castellano sobre el 1300 por Ferrán Martínez, mezcla de novela de caballería, que narra las andanzas de Zifar y su hijo Roboán, y literatura sapiencial o libros de consejos. Por su parte, la *Gramática castellana* de Nebrija (la primera de una lengua vernácula) es de 1492, y el famoso discurso de Carlos V del 17 de abril de 1536, tras su victoria ante los turcos a las puertas de Túnez, ante la corte pontificia de Paulo III y delante de los embajadores franceses, de todas las lenguas que conocía eligió el español (llamándolo así) para ello le dio carta de uso internacional en Europa, cuando hacía ya años que lo era en América (ver José del Valle, 2015). Habrá que esperar hasta 1714 para que se cree la Real Academia de la Lengua, si bien poco después se editará el Diccionario de Autoridades (1734).

Por tanto, el castellano acabó imponiéndose por la fuerza... de los hechos, sin que el Gobierno español hiciera «esfuerzos» similares a los de otros países por imponerlo. A lo más que se llegó fue tal vez a la célebre instrucción de 1716 (tras la guerra civil y dinástica de 1715), citada a menudo como ejemplo de agravio desde el mundo nacionalista, digida a los corregidores de Cataluña que señalaba lo siguiente: *Pondrá el mayor cuidado en introducir la lengua castellana, a cuyo fin dará las providencias más templadas y disimuladas para que se consiga el efecto sin que se note el cuidado* .

Pocos saben que el español se habló antes en el valle el Ebro que en el del Tajo, a pesar de que los primeros libros publicados en letra impresa en España habían sido en valenciano —en aquella época no había una gramática

catalana que claramente se impusiera a la valenciana—, simplemente porque fue en Valencia donde se instaló la primera imprenta en España en 1474. Allí se publicaron obras de Joanot Martorell (1413-1468), como el famosísimo *Tirant Lo Blanch* , o de Ausiàs March (1397-1459). Aquí tampoco se prohibió ninguna lengua, a diferencia de lo que ocurrió en países presuntamente más modernos y democráticos. En 1539, Francisco I, rey de Francia, promulgó en la ciudad de Villers-Corretêts una ordenanza que establecía el francés como la lengua única de los documentos oficiales, desterrando de la administración idiomas como el provenzal, el bretón o el occitano. Y en el Acta de Unión de Gales e Inglaterra, de 1531, se eliminó el galés y el gaélico de los tribunales de justicia. Nada de esto ocurrió en nuestro país. De hecho, las treinta universidades con que contaba España en Europa (24) y en América (6) ofrecían en pleno siglo XVI libre elección de lengua, algo insólito para la época (J.M. Marco, 2011, p. 322).

Entonces, tras todos estos datos ¿por qué lo que es bueno para Europa no puede/debe serlo para España si lo merecemos incluso más? Tal vez porque mientras los demás aprovechaban, aceptaban y favorecían el peso de su lengua nacional (porque a todos les interesaba) aquí gastábamos nuestros esfuerzos en debatir si la nuestra era galgo (español) o podenco (castellano). ¿Libertad o dictadura lingüística?

4. ¿POR QUÉ OCULTAMOS NUESTROS LOGROS Y MAGNIFICAMOS NUESTROS FRACASOS?

4.1. Un verdadero hecho diferencial: el desprecio a la propia historia

Se trata de algo ciertamente singular: los españoles no sólo desconocen sino que presumen de despreciar su propia historia. Los primeros que cayeron en esta trampa fueron los que confundieron modernidad (eliminar el peso de las leyendas y lo heroico) con el harakiri cultural: destruir todo aquello que nos hacía sentirnos orgullosos. ¿Cuántos saben que cuando Nápoles y Sicilia pertenecían a la corona española, sólo el Reino de Nápoles ocupaba desde el sur de Italia hasta Roma, haciendo frontera con los Estados Pontificios? ¿Resulta baladí? Dado que esa presencia era sentida como una amenaza por el propio papado —que entonces era también el jefe político de unos territorios importantes— ello explicaría algunas de sus decisiones y omisiones en relación con España. ¿Cómo hemos tratado a nuestros héroes? Personajes como El Cid, Colón, o Hernán Cortés, entre otros muchos otros que más adelante citaremos, merecerían figurar no sólo en todos los libros de historia de España sino en los de la historia universal da-

do que su legado trasciende lo propiamente «español». ¿O qué decir de las hazañas del rey Fernando III el Santo en la conquista de Córdoba y Sevilla, una Andalucía que era sucesora de la mítica Bética? ¿Por qué sin embargo los ignoramos o despreciamos?

El sentimiento de pertenencia a una nación es algo siempre frágil al que conviene «ayudar» y «acompañar» con mitos, leyendas, tradiciones, exageraciones (positivas) de las virtudes nacionales y minimizando (todo lo posible) los errores. Se trata de potenciar la idea de que merece la pena formar parte de esa imagen y equipo. Por ello, otros países mistifican con «normalidad» su historia para esconder o maquillar fracasos y magnificar logros (supuestos o reales) sin que esto cause ningún escándalo. Otras veces incluso exageran los errores de los demás, ocultando sus potenciales virtudes (que es lo que han hecho con nosotros).

Tucídides trató de eliminar de la narración histórica «lo fabuloso» aunque reconoció que la sustracción de la ficción quitaría interés a la propia historia. Los pueblos necesitan creer que son mejores que los vecinos, y a ello sirve la «mistificación». Los ingleses son los grandes maestros de esta técnica. Por ejemplo, en la escuela primaria se adorna la leyenda de su «gran» victoria sobre la Armada Invencible, presentando una poderosa flota española mucho más numerosa de lo que fue, vencida por un puñado de heroicos navíos tripulados por audaces patriotas. Se oculta así la realidad de que la flota inglesa era de 226 naves frente a las 137 españolas, de las cuales la mayoría eran además barcos mercantes, ocultando asimismo que incluso con esta disparidad de fuerzas, si no llega a ser por la fuerte tormenta habrían ganado seguramente los españoles (J. Eslava Galán, 2012, p. 263).

Así se ha escrito y se escribe la historia por TODAS las naciones que la cuentan en el mundo, sobre todo cuando se presume con más insistencia de que se hace lo contrario…, salvo en España. Aquí, la mistificación de la historia no se ha utilizado para construir y reforzar la idea de nación española, sino para destruirla, primero por nuestros enemigos/adversarios externos, como ya hemos visto, y después por los enemigos internos: los quintacolumnistas y grupos separatistas, apoyados, impulsados, alentados y financiados, en ocasiones, por aquéllos. Por ejemplo, todas las grandes naciones europeas han perdido sus colonias, en muchos casos de forma dramática y violenta, pero sólo en España este hecho dio lugar a un movimiento cultural y literario (1898) que se dedicó a magnificar el «desastre» de haber perdido dos islas muy lejanas —un hecho que por otra parte era connatural

con los tiempos—, abriendo así, de forma no sólo innecesaria sino injustificada, un largo periodo de pesimismo.

Esto sucede, tal vez no por casualidad, en uno de los pocos países que no tiene necesidad de inventar leyendas ni redecorar la vida de sus héroes para poder presumir de su brillante pasado. Es decir, lo más sorprendente y paradójico es que precisamente el país que cuenta con más hazañas y héroes «reales» y que por tanto no necesita falsificar su historia ni inventar historias para vender su pasado…, no lo haga. Y la terrible paradoja continúa cuando observamos que no sólo otros países tienen el permiso académico, propagandístico y metodológico que a nosotros se nos niega, sino que esta posibilidad sí está abierta a las élites regionales que quieren destruirnos, las cuales día tras día nos sorprenden con nuevas interpretaciones míticas de una historia inventada.

¿Cómo es posible que nuestros jóvenes consuman sin rechistar la serie del «Capitán América» (que representa a un país con poco menos de doscientos años de historia) y suene hasta ridículo siquiera plantear algo similar con la denominación «Capitán España» (aunque se refiriera éste a un país de más de quinientos años de historia en común? ¿Cómo es posible que conozcamos mejor a un remoto general George A. Custer —o más bien al actor Errol Flynn que lo encarnó en la pantalla— que a cualquier héroe real español? Custer murió ciertamente con las botas puestas al mando del Séptimo de Caballería, pero frente a unos indios que, aunque superiores en número, no lo eran ni mucho menos en cuanto a armas de fuego. Los norteamericanos en 1877 contaban con una superioridad mucho más notable sobre los indios, en cuanto a armamento, que los españoles en 1492. A pesar de ello, el cine encumbra a un héroe que pierde una batalla —se dice que en realidad por errores infantiles de estrategia— y del que se oculta toda su parte polémica, como su obsesión por la imagen (llevaba siempre que podía un periodista con él) o ser opresor de los indios.

¿Es que no tenemos nadie mejor al que considerar valioso y emular su ejemplo? Al contrario, son muchos, grandes personajes, grandes olvidados. Desprestigiados por un análisis histórico sesgado de sus posibles errores: Fernando el Católico, ejemplo de gobernante para Maquiavelo; Isabel, la mujer más poderosa de su época; Gonzalo de Córdoba, el mejor militar de su época; Hernán Cortés, Pizarro, Juan de Austria, Blas de Lezo, Gálvez… ¿Por qué no se estudia en las escuelas el gran rey y guerrero que fue Fernando III (1119-1252), además apodado el Santo, que reunió de nuevo los reinos de Castilla y León, para no separarse más, y dejó el imperio musul-

mán reducido a Granada, reconquistando media Andalucía en sólo veinticinco años? ¿Por qué no hablar también de Jaime I el Conquistador, rey de Aragón, que en 1238 entró en Valencia y que consiguió recuperar todo el levante hasta Murcia? ¿Por qué no recordar que entonces, antes de los Reyes Católicos, los reyes de España no competían entre ellos y defendían un interés común?

Unos falsificando su historia para vender héroes maquillados e inventados, otros (nosotros) incapaces de vender sus cientos de héroes reales. ¿Por qué permitimos sin rechistar esta doble vara de medir? ¿Por qué no hemos sido capaces de vender nuestros héroes y hazañas reales mientras «comprábamos» las falsas y exageradas de los demás? ¿No se dan cuenta de la gran paradoja? La nación probablemente con la mejor hoja de servicios del mundo moderno, y la única que la oculta y la tira al retrete ideológico. ¿Puede ser esto mera casualidad o indolencia? ¿Quieren más pruebas? Pues ahí van dos ejemplos concretos de esta estrategia falaz.

4.2. Ricardo Corazón de León: cómo maquillar la historia al servicio de la gloria nacional

Ricardo Corazón de León ha sido representado en más de quince películas y alguna que otra serie de televisión como un rey bondadoso y generoso, cuyo trono fue arteramente usurpado por su cruel hermano Juan, mientras él estaba ausente combatiendo generosa y valerosamente al infiel. Para darle más tintes románticos a esta historia, su fiel colaborador sería un guerrillero convertido hábilmente en héroe popular como Robin Hood, que robaba a los ricos para dárselo a los pobres. Todo igual de bonito que falso. Ricardo I de Inglaterra se rebeló y traicionó a su padre Enrique II, al menos dos veces. La última de ellas porque se negaba a la partición que había hecho del reino entre él y su hermano Juan, consiguiendo desplazar finalmente a éste. Si éste Juan tomó el trono fue porque una vez más Ricardo lo había traicionado nombrando sucesor a su sobrino en lugar de a su propio hermano. ¿Quién era en realidad el malo?

A Ricardo le aburría eso de reinar, nunca se ocupó del gobierno de Inglaterra ni tampoco de su mujer, no teniendo de hecho ningún hijo. Partió por tanto a las cruzadas, pero no por principios, sino para matar el aburrimiento. Allí protagonizó además uno de los actos más crueles e ignominiosos de las guerras de religión. En la ciudad de Acre mandó reunir a 2.600 musulmanes en las murallas (hombres, mujeres y niños) y los hizo ejecutar para escarmiento de Saladino. Cuando hoy cuestionamos la radicalidad de los musulmanes, nos olvidamos (¿aposta?) de estos hechos que los niños ára-

bes estudian en sus libros de historia, mientras se sigue recordando periódicamente «la importancia» que tuvo la Inquisición.

Pero ahí no quedan las perlas de este famoso rey. Traicionó a varios reyes supuestamente aliados, incluido el francés y el alemán. De hecho, a su vuelta de Jerusalén fue hecho prisionero por Leopoldo V de Austria y el emperador Enrique IV. Los ingleses debieron reunir una cantidad inmensa para pagar su rescate que pidió el emperador pensando que nadie pagaría. Tampoco es verdad que Robin Hood (si realmente existió, lo cual es dudoso) le apoyara. Ricardo murió en 1199 y la «trama» de unir las leyendas populares de Robin Hood con Ricardo I fue obra del cronista escocés John Mair en 1521, justo cuando Inglaterra necesitaba fortalecer su conciencia nacional, de cara a extender sus dominios más allá de sus fronteras. ¿Seguimos queriendo creer en casualidades?

4.3. Hernán Cortés: un héroe real injustamente vilipendiado

¿Por qué Hernán Cortés, alguien que da cien vueltas a Ricardo Corazón de León en todos los aspectos, resulta un personaje olvidado cuando no denostado por la «cultura» dominante? Y eso que probablemente nos encontremos ante *el español más grande y capaz de su siglo* (S. Madariaga, 1986, p. 555). Y siendo ese siglo el XVI , cuando España dominaba el mundo, no es exagerado afirmar que también se trata de uno de los personajes más capaces y grandes de su tiempo y de todos los tiempos. Hasta tal punto era grande que un emperador de la talla de Moteczuma lo tomó por un dios, Quetzalcoatl, «la serpiente emplumada o alada». Sólo despreciando al propio Moteczuma se puede ignorar o minusvalorar este hecho.

¿Se imaginan que Hernán Cortés hubiera sido inglés, francés o… simplemente vasco o catalán? ¡Qué loas hasta en la sopa se habrían escrito de sus hazañas, de su genio militar, de su lucha contra el poder y las intrigas de la Corte, de su ánimo reformador, de su vida trágica! ¡Si Shakespeare hubiera puesto sus ojos en él en lugar de en Hamlet! O si hubiera tenido un escribano romano amable a su lado que hubiera narrado su epopeya, que nada tuvo que envidiar a la conquista de las Galias por Julio César o a las aventuras de Alejandro Magno, ni por kilómetros recorridos (a pie y a caballo), ni por significación histórica, ni por dificultad u obstáculos a salvar; antes al contrario pues a los dos tomó por ejemplo (S. Madariaga, 1986, p. 553). Pero era extremeño… de una tierra en «extrema dura». Y se ve que eso no vende, sobre todo, en ciertas épocas. Hernán Cortés era hijo de hidalgos pobres extremeños, pero no era ningún bruto inculto, como han querido transmitir algunos. Había estudiado en la Universidad de Salamanca, entonces una de

las mejores de Europa —en esa época nuestras universidades sí figuraban entre las mejores del mundo— lo que le valió un excelente conocimiento del latín y de la técnica jurídica.

Fue sin duda un gran militar, como muestra simplemente su actuación en la batalla de Otumbra. Después de la Noche Triste en la que murieron 600 españoles y 900 tlaxcaltecas (aliados de los españoles), con 400 hombres cansados tras miles de kilómetros a pie, no más de 20 caballos, 13 armas de fuego tan primitivas como el arcabuz (algunos mojados y de difícil uso), mosquete y mosquete de borda (nada que comparar con los modernos cañones y winchester de repetición norteamericanos para doblegar a los indios del norte), Hernán Cortés venció a los casi 100.000 aztecas que le hacían frente, logrando la mayor gesta militar de la historia y superando así en mucho a muchos otros a los que la (¿caprichosa o injusta?) fama dio lo que a él le ha venido negando.

No obstante, sus virtudes no se reducían al terreno militar. Fue también un rebelde, como todos los grandes hombres, si bien nunca perdió el sentido de lealtad a la corona y su rey, como requieren los ideales del buen caballero. Como personaje de talla singular poseía un fuerte sentido de Estado y una sofisticada capacidad organizativa. Basta para comprobarlo la simple lectura de las *Cartas de relación* (1985) que dirigió al monarca Carlos I, explicándole las normas que pensaba adoptar y cómo planteaba organizar la Nueva España. En las cinco *Cartas de relación* que conocemos se muestra el genio jurídico y organizador y hasta de estadista de Cortés. Sorprende sobre todo para la época, tratando cuestiones como la transmisión de la soberanía, la política de alianzas, la estrategia comercial, el juego de la diplomacia, las disposiciones de un gobierno que fuera eficaz y justo —con una pionera división del trabajo entre los gobernadores, en las funciones de legislar, aplicar y resolver—, el sistema de impartición de la justicia donde sostenía que el mayor problema para la suerte de los indígenas era que la justicia se impartiera de forma justa y adecuada. Pero no sólo eso, puso especial interés en construir hospitales (fundó hasta cuatro en un breve tiempo) para combatir tanto las epidemias europeas como las locales, y levantó el primer puerto con constructora naval de la zona, en Acapulco, que sirvió para fabricar barcos que permitieron explorar el mar del sur, viajar a Perú y Filipinas, o que el propio Cortés llegara a California y a las costas de lo que hoy es llamado el mar de Cortés.

En cuanto al espinoso asunto de la transmisión de la soberanía, Cortés se mostró como un hombre moderno, al considerar que las tierras del Nuevo

Mundo debían gozar de una categoría semejante al de las tierras europeas que formaban parte del Imperio español. Por ello la historia mexicana otorga al dominio del rey de España un fundamento jurídico semejante al que Carlos I presentó para su candidatura al Imperio alemán. Cortés consideraba al rey de España como señor natural de esas tierras con títulos similares pero tan poderosos como sus predecesores, pues el propio Moctezuma había reconocido que una vez había sido extranjero en esas tierras. La dominación militar no excluía el consentimiento de los pobladores al nuevo rey. Este empeño (moderno) de Cortés en legitimar política, social y jurídicamente la conquista, al margen de las decisiones papales, le granjeó más problemas en casa que entre los indígenas, sobre todo con otros dirigentes españoles de allí (virrey y presidentes de las audiencias) por el peligro que representaba su liderazgo. Y fueron esas suspicacias las que le obligaron a volver a España. Ya retirado (y olvidado) en Castilleja de la Cueva, en Sevilla, organizó una tertulia literaria y humanística con gran éxito.

Sus sentimientos hacia la Nueva España no eran fingidos, hasta el punto de que S. Madariaga lo ha considerado como *el primer patriota mexicano* . Todo ello se demuestra en el testamento que dictó en Sevilla el 12 de octubre de 1547, donde daba instrucciones para que su cuerpo fuera enterrado en México (Cuyoacán). ¿Hay muchos militares extranjeros que puedan decir lo mismo en casos semejantes? Pero no se limitó a ello, en su testamento mandó también que se restituyeran a los naturales las tierras que se les hubiera podido usurpar para viñas o algodonales, y legó fondos para fundar y sostener un hospital, un convento y un colegio universitario: *Con el que espera poder dar a México una clase indígena preparada para sus altas funciones con la cultura universitaria europea* (citado por S. Madariaga, 1986, p. 558). Lo cierto es que la impronta que dejó Cortés sentó las bases de una gran expansión comercial e industrial de la Nueva España —la de la seda competía por ejemplo con cualquiera de Europa— con el centro México-Tenochtitlan como polo de comercios y negocios, y otras localidades como Tlaxcala. Prosperidad que ya no abandonará hasta… su independencia de España, que coincidirá con su enfrentamiento con el vecino del norte, los «muy civilizados» Estados Unidos.

Y sin embargo, a pesar de todo ello, recibió poco reconocimiento en la Corte, apenas un marquesado cuya descendencia supo asegurar tanto entre hijos legítimos como, a falta de ellos, con sus bastardos. Ni siquiera su tumba (actualmente en México) puede ser visitada por temor a atentados. Otro gran exiliado injustamente tratado en este caso por los propios mexicanos

(si no lo quieren, ¿por qué no se repatría de una vez a España?). En esto también fue un adelantado a su época.

4.4. Algunas burdas falsificaciones: América, Greenwich y la gripe «española»

¿Alguien duda de cómo se llama el primer hombre que pisó la luna y quién financió, dirigió y apoyó esa gesta? Y sin embargo..., ¿quién dio la primera vuelta al mundo?, ¿un inglés, un francés, un alemán? No. Magallanes era un portugués que se puso al servicio de la corona de España, y siempre actuó en su nombre y no en el del rey de Portugal. Su misión (que se limitaba a llegar a las islas Molucas) la finalizó Juan Sebastián Elcano completando la primera ruta navegable que dio la vuelta al mundo y demostrando fáctica y definitivamente que el mundo era una esfera. A pesar de esto, muchos piensan que el estrecho de Magallanes se debe a Portugal y en casi ningún colegio se estudia la hazaña de Elcano. Veamos algunos ejemplos más de cómo hemos consentido que se ninguneara a España y sus hazañas sin apenas rechistar.

a) América: un continente descubierto por España nombrado por otros

Nos encontramos probablemente ante la primera gran falsificación de la historia. Una novela de espías muy real que muestra cómo se puede crear un relato falso de éxito mundial. Imaginemos que Inglaterra descubre América (que no, que no lo hizo aunque algunas veces lo parezca) con una flota al mando de un intrépido aventurero llamado... Nelson (o incluso de un corsario llamado Drake), y que luego años después ese continente enorme fuera bautizado con el nombre de otro marinero extranjero, posterior y de dudoso prestigio, porque así lo ha decidido un cartógrafo también extranjero fundamentado además en escritos falsos: ¿hubiera triunfado esa historia? Pues eso es exactamente lo que pasó en el caso de América.

Americo Vespucio era un navegante florentino que trabajó para el rey español y por encargo de éste. Hasta aquí nada especial y no muy distinto del caso de Colón. Lo extraño comienza cuando un tal Waldseemüller en una introducción a la *Cosmografía* de Ptolomeo (1507), financiada por el duque de Lorena, afirma que junto a Europa, África y Asia existe otro territorio que ha sido descubierto y explorado por «Amerigo Vespucci», y teniendo todos los continentes nombre de mujer, propone llamarlo «América», no «Ameriga» como hubiera sido lo propio. ¿Por qué no Atlántida, como Australia posteriormente, o Colombia, Columbia o Colonia (por Colón/Columbus)? La razón que se esgrimió es que Vespucio fue «supuestamente» el primero que se había dado cuenta que había descubierto un continente nuevo

y no las Indias, pero este argumento se demostraría falso. Toda la trama se basó en unos documentos —*Los cuatro viajes* y *Mundus Novus* — que eran una perfecta falsificación, donde se narraba entre otras fantasías un viaje de Vespucio de 1497 que jamás tuvo lugar. Todo ello con la finalidad de ocultar que Colón (y la corona española a quien servía) había sido el primer descubridor y el que había reconocido públicamente que se trataba de un continente nuevo, concretamente en su tercer viaje de 1498 (ver H. Thomas, 2003, pp. 322-324).

Sin embargo (como pasaría con la obra de Bartolomé de Las Casas y con todos los libros que nos perjudican) *Mundus Novus* fue «curiosamente» un superventas: en apenas dos años se sucedieron diversas ediciones en varios idiomas (alemán, flamenco, checo) y en más de once ciudades relevantes (Florencia, Amberes, París, Colonia, Estrasburgo, Roma, Nuremberg...), con versiones incluso más populares. Es decir, un éxito desproporcionado para la época —la imprenta hacía poco que se había inventado—apoyado por los enemigos y adversarios de España.

Los viajes que relataba (presuntamente) Amérigo, y su forma de narrarlos, resultan de todo punto fantasiosos y están llenos de errores geográficos, biológicos (serpientes con pies y alas), políticos (como cuando se refiere a Fernando como rey de Castilla), o de fechas o de descripciones de los nativos (ver el detallado estudio de M. Fernández Navarrete de los *Viajes de Américo Vespucio,* 1935). El texto se escribió en italiano, aunque Amérigo escribía normalmente en portugués o español, y existen referencias extrañas para un marinero (por ejemplo a la *Divina comedia* de Dante) como si se le quisiera presentar interesadamente como un personaje de gran cultura, lo que distaba de ser cierto máxime en un marinero de la época. Pero lo más importante es que algunos de esos viajes fueron imposibles que se llevaran a cabo en la fecha que se presume, y en los que sí pudo ir Amérigo ni siquiera era él el comandante de la nave sino un mero ayudante o incluso subalterno; por ejemplo, en el primer viaje el jefe de la expedición fue Alfonso de Hojeda. Sólo al final de su vida fue nombrado «primer piloto», pero lo fue para que se dedicara a la formación de los jóvenes. Otra «sutileza» que se incluye es que los viajes en los que Amérigo habría descubierto «el continente» americano no habrían sido hechos por órdenes del rey de España sino del de Portugal.

Esos viajes y esas órdenes por tanto no habrían existido en realidad, o al menos no ha quedado constatación histórica de los mismos más allá del panfleto atribuido a Vespucio. M. Fernández Navarrete (1935, pp. 158, 159)

llevó a este respecto una investigación detallada en el año 1826, a través del vizconde de Santarén, archivero mayor del reino de Portugal, el cual llega a afirmar, entre otras cosas: *Que ni en las chancillerías originales del rey don Manuel desde 1495 hasta 1503 inclusive, ni en los 82902 documentos del cuerpo cronológico, ni en los 6095 del cuerpo de las gavetas, ni en los innumerables paquetes de las cartas misivas de los reyes y otros personajes, aparece en documento alguno el nombre de Vespucio.* Fin de la historia, ¿o aquí comienza todo?

La falsedad de estos documentos resulta hoy clara. Sobre lo único que existen dudas es sobre si el falsificador fue el propio Amérigo u otro-otros que lo utilizaron como «hombre de paja» para crear el primer caso de fabricación masiva, burda pero efectiva, de documentos presuntamente oficiales al servicio de potencias extranjeras para perjudicar a nuestro país. ¿Era Amérigo simplemente un «jeta» medieval o alguien que se aprovechó de él para urdir la estratagema? La empresa de nombrar a todo un continente parece que excedía con mucho de las capacidades e influencia de un solo hombre, además poco brillante. Por ello se ha afirmado que: *El bautizo de América escapó a la compresión y el control de Vespucio* (F. Fernández-Armesto, 2008, p. 254). Que no era trigo limpio lo prueba su biografía: la persona que dio su nombre a América fue proxeneta en su juventud y en su madurez mago, y llegó a engañar al propio Colón (F. Fernández-Armesto, 2008, pp. 19, 268). Se han propuesto análisis más benignos respecto a la (total) falsedad del personaje y sus viajes, pero curiosamente sobre la base de estudios de autores italianos, por tanto poco proclives a un enfoque objetivo que pudiera justificar el quitar el nombre de un continente a uno de sus compatriotas.

La tesis más plausible es que la falsificación fue llevada a cabo por Waldseemüller y su colega Matías Ringmann, aunque diseñada y completada por otros personajes de más poder y dinero, al servicio de las potencias de la época. Que la treta no sólo no fue inadvertida sino que respondió a una estrategia perfectamente diseñada lo prueban varios factores añadidos: la mención al nombre de América aparece varias veces destacado por Waldseemüller, sin razón alguna, tratándose de un texto de cosmografía que apenas ocupaba quince hojas; el hecho de que se elaborara y publicara fuera de España, en una época en que las comunicaciones no eran las de ahora, aseguraba que ésta no pudiera reaccionar a tiempo; se incluyen diversos calificativos despreciativos de Colón, al que se refiere simplemente como «el almirante», como si se persiguiera simplemente desacreditarle (M. Fernández Navarrete, 1935, pp. 3, 127).

Una vez redactado el libelo se trató de difundirlo y de convencer/comprar a otros expertos para que lo validaran. Dinero y esfuerzo no faltaron y ya en 1535 eran varios los folletos, libros y geógrafos que con rara unanimidad recogían el nombre de América como si nada más natural hiciera al caso. Lo más llamativo es que sus autores (Heinrich Glarean, Hans Holbein...) no fueran por supuesto ninguno portugués o español, que eran los que viajaban a las nuevas tierras, pero ¿a quién le importaba? Más tarde, España trató de reaccionar frente a tal impostura, tarea en la que le secundaron importantes hombres, intelectuales y científicos, desde el propio Bartolomé de Las Casas hasta, eso sí bastantes años después, Voltaire y Robertson, pero la artimaña había tenido éxito y no había vuelta atrás.

¿Cómo pudo ser posible que un texto de un (desconocido) marinero italiano que trabajaba presuntamente para los reyes de Portugal y España adquiriera tan rápida credibilidad cuando ya era conocida en toda Europa la gesta de Colón y sus naves? ¿Por qué ninguno de sus promotores o difusores se dirigió a la corte española o portuguesa para confirmar sus chocantes afirmaciones? ¿Cómo es que a nadie sorprendiera que no se incluyeran otros nombres que el suyo como componentes de las tripulaciones de los cuatro viajes? ¿Por qué esa falsificación siguió siendo defendida muchos años después, y hasta siglos, por reputados estudiosos de varios países europeos, cuando ya eran tangibles sus más que injustificables errores? Es más, ¿cómo analistas extranjeros (por ejemplo, Canovai) escribieron con tal aparente convencimiento sobre los viajes de un marinero al que desconocían personalmente, defendiendo además que había acompañado a Colón en sus primeros viajes, cuando por entonces Amérigo no era sino un factor de la casa de comercio Berardi?

La única respuesta posible a esas preguntas sólo puede ser ésta: porque todos nuestros enemigos (que eran todas las demás potencias europeas) estuvieron de acuerdo en la estratagema..., incluido Felipe el Hermoso, aprovechándose de la locura de la reina Juana, que él mismo había encargado de provocar para tener vía libre en el reino. Pero una vez más nuestros adversarios/enemigos no estuvieron solos. Como en toda buena trama negativa que tenga a España como objetivo, aparecen los enemigos internos. Entre 1508 y 1527 se siguió un pleito en España para dilucidar si Colón había sido realmente el primero en descubrir las Indias y la tierra firme. En los muchos años que duró el proceso (que confirmó finalmente el protagonismo de Colón), en ningún caso se mencionó a Amérigo Vespucio como potencial protagonista alternativo. Los quintacolumnistas hicieron una vez más su

papel de hispanófobos o hispanobobos. ¿Se imagina un juicio en Estados Unidos para dilucidar si Amstrong fue realmente el primer hombre en pisar la luna, por mucho que lo pidieran los rusos?

¿Qué más da, podría decirse, darle el nombre de América que de Columba, Colombia, Colonia o Cristoferia, si los dos marineros eran italianos y trabajaban a las órdenes del rey de España? Pues bien: *(...) dar nombre a algo constituye una especie de magia. Los nombres cambian las naturalezas, forjan comunidades, generan mitos, consolidan relaciones, establecen reivindicaciones, sobre todo en materia de paternidad y de propiedad, influyen en las percepciones de las cosas que se nombran* (F. Fernández-Armesto, 2008, pp. 276, 277). El mayor poder del ser humano es dar nombre a las cosas, quien domina el lenguaje, domina la historia: por ejemplo, «conquista» para Latinoamérica, «colonización» para Norteamérica. España había sido la responsable del mayor descubrimiento y gesta de la historia, pero no tendría vela en el entierro de poner el nombre a lo que había descubierto. Al principio simplemente no se dieron por enterados y siguieron denominando al continente por ellos descubierto «las Indias» o simplemente el «Nuevo Mundo». Cualquiera de esos nombres hubiera hecho más justicia a la realidad, pero es que además ningún otro continente tiene el nombre de una persona física real, y de tenerlo lo lógico hubiera sido Colonia, Colombia o Columbia (por Colón/Columbus). Habría tenido su gracia que a los habitantes del continente se les hubiera llamado para siempre «colonos».

Sorprendentemente casi nadie se ha cuestionado cómo es posible que los propios habitantes de América hayan aceptado sin rechistar esta falsificación. Si tan malo fue el descubrimiento y posterior colonización, al menos podrían haber reclamado para sí un nombre que tuviera algo que ver con su propia historia, tal vez utilizando las siglas o acrónimos de las principales civilizaciones predescubrimiento azteca, inca y maya (¿Azinma o Mazinca?), o el de los primeros pobladores de las Antillas conocidos como los arcaicos, o el de los primeros habitantes del norte de América que hablaban un idioma conocido como «algonkian». ¿Se imaginan que en Estados Unidos se dijera «Algonkian para los algonkianos» o «Mazinca para los mazincanos»? No podrían, porque ello hubiera significado pasar por lo que no eran: los habitantes originarios del continente. Tampoco habrían podido apropiarse del nombre de todo un continente, si éste se hubiera nombrado con una referencia a las principales civilizaciones que estaban en el sur, o al primer descubridor, o la potencia europea que había hecho todo posible. ¿Por qué? Porque no era la que dominaba en el norte. Por ello se optó por

una estrategia para hacerlo imposible. ¿Siguen pensando que fue una casualidad la elección del nombre?

b) La transformación del meridiano de «El Hierro» en el de Greenwich

Cuando se trata de perjudicar a España o evitar que ésta vuelva a ser grande todas las iniciativas son pocas. Seguidamente veremos a este respecto dos casos, ciertamente curiosos, que muestran cómo ni siquiera verdades científicas, aparentemente objetivas, pueden parar la estrategia antiespañola. En efecto, incluso decisiones aparentemente objetivas de tipo científico pueden estar influenciadas por intereses nacionales. Si no: ¿cómo y por qué se decide que sea Greenwich el punto que sirva de primer meridiano a partir del cual se midan todas las longitudes y el tiempo?

Para ello se convocó la conferencia internacional de Washington de 1884 donde se reunieron veinticinco países previa y cuidadosamente seleccionados por los anfitriones norteamericanos, los cuales habían acordado previamente defender los intereses británicos. Como resultado (¿ya van adivinando?), España fue expresamente excluida de la reunión, a pesar de que estaba MUY y directamente afectada por el asunto. Sólo pudieron oponerse a la propuesta de designar a Greenwich, la República Dominicana y Brasil (únicos países favorables a España que fueron invitados), mientras Francia se abstuvo pues insistía en solitario en defender el meridiano de París. Es decir, como siempre… a lo suyo.

Sin embargo, desde tiempos de Tolomeo (que así lo propuso) el meridiano más común había sido el llamado meridiano de El Hierro o de la punta de la Orchilla. Era tan evidente el robo que, por una vez, hasta algunos franceses relevantes acabaron por apoyarnos. Así, el abad Gregorio en plena Revolución francesa (1795) propuso a la Convención que lo adoptase, señalando, también ingenuamente *que no estaba lejos el momento, cuando las naciones, abjurando de su orgullo pueril, adoptarán como meridiano común, el que Tolomeo había fijado en la más occidental de las Islas canarias.* Un momento de honestidad francesa que pasó, como todos, rápidamente.

Algunos ingenuos persistentes podrían argumentar que exageramos y que el meridiano de Greenwich (es decir el de Londres) se eligió por razones prácticas o científicas. En absoluto. Antes al contrario. Su elección fue y sigue siendo fuente de problemas a la hora de colocar a un país en uno u otro uso horario, debiendo realizar para ello manipulaciones geográficas bastante chapuceras. La conjura contra España, como se ve, tiene muchas ramificaciones. De nuevo, como en el caso de América, se trataba de que España estuviera lo más ajena posible al imaginario colectivo mundial, al

tiempo que se favorecían los intereses de nuestros más directos competidores. Sí, amigos, hasta en la ciencia...

c) La única epidemia con gentilicio: la gripe «española» que no fue tal

¿Cuántas enfermedades o epidemias conocen que tengan el gentilicio de su (supuesto) país de origen? ¿Tal vez el ébola, la gripe aviar, el mosquito tigre, la peste negra...? Y ¿en cuántas es además falsa la asignación a ese país? No busquen, ya han encontrado esta rara avis: la gripe española. ¿Por qué alguien sería tan profundamente perverso como para perjudicar la imagen de todo un país atribuyéndole la causa de una enfermedad y además de forma falsa? Y sobre todo, ¿cómo es posible que ese país no haya puesto el grito en el cielo y haya reclamado indemnizaciones varias en todos los tribunales del mundo a los responsables?

Llaman la atención las razones que llevaron a denominar como «española» a una de las más mortíferas de la historia y por qué no se denominó con algún otro gentilicio que le hubiera ido mucho mejor. Las razones científicas o medianamente objetivas para tal apelación deshonrosa para nuestro país son sencillamente: ¡ninguna! El calificativo de «española» se le dio por parte de los países aliados durante la Primera Guerra Mundial, aportando unos extraños informes que aseguraban que la gripe había surgido en España e incluso que éste era el único país afectado, simplemente porque la prensa española era la única que informaba de la epidemia, mientras el resto estaba sometida a la censura previa por estar en guerra. No será la única vez que la libertad de prensa sólo opere ingenuamente contra la propia España. El gran contagio se produjo entre los combatientes, pero no había que desmoralizar a las tropas, así que venía bien echar la culpa a un país neutral en la Gran Guerra. ¿Cuál se eligió? El de siempre, el de la leyenda negra, el de la Inquisición..., así llueve sobre mojado y nadie osará replicar.

No obstante, la enfermedad se detecta por primera vez en Estados Unidos a principios de 1918, en una base militar del condado de Haskell en Kansas. Cruza el Atlántico por los excrementos de los caballos. Y se detecta en Europa por primera vez en agosto de 1918, en el puerto francés de Brest por donde desembarcaban gran parte de las tropas norteamericanas. Pero ¿»gripe norteamericana»?, ¿»gripe francesa»? ¡Ni en sueños! A estas alturas ya podemos comprender que tal posibilidad, dado cómo se comportan unos y otros gobiernos, nunca habría podido materializarse en la práctica pues se habrían financiado, llegado el caso, todo tipo de estudios para negarlo. En todo caso..., curiosamente o no, la gran pandemia por antonomasia, «la peste negra», no lleva gentilicio, aunque bien podría y hasta debería,

pero claro eso sería contaminar el buen nombre de un país que sabe vender sus logros en el mundo y ocultar sus fracasos. ¿Ya van atando cabos o todavía necesitan más?

91 Marañón (2006), sin embargo, no habla de la relación de Antonio Pérez con las razones algo sospechosas que llevaron al fracaso de la Invencible, y sólo cita como de pasada la decisiva influencia de Antonio Pérez en la creación y propagación de la leyenda negra contra España. Sí menciona el libro de Pérez *Relaciones* , y que su publicación fuera financiada por la reina de Inglaterra directamente o a través del conde de Essex (Ibíd., p. 709), así como su «sorprendente» éxito en París y Londres (Ibíd., p. 807), pero poco dice sobre su contenido y rarezas, incluida la referencia a sociedades secretas que estarían detrás de varias actuaciones que le afectaban. Antonio Pérez publicó una primera versión anónima de sus *Relaciones* en 1591, en Bearn, patrocinada por Catalina de Navarra, hermana de quien todavía no era Enrique IV de Francia, a cuya primera protección se había acogido tras huir de Aragón. La segunda versión, *Pedaços de Historia* , más completa y falsamente localizada en León, apareció bajo el seudónimo de Raphael Peregrino. Más tarde, Antonio Pérez publicaría en París, en 1598, la versión definitiva de sus *Relaciones* . En todos estos casos, sorprende la facilidad con las que las editó, el sorprendente éxito y difusión que consiguieron, así como la influencia que lograron tener en obras de otros autores que se dedicaban a cuestionar «casualmente» el papel del rey Felipe II y a través suyo el de España entera.

92 En este cúmulo de «curiosas» casualidades entra el que algunos de los documentos más importantes que se intercambiaba Felipe II y su secretario a propósito de la guerra de Flandes se encuentren en el British Museum (G. Marañón, 2006, p. 42).

93 Podría sorprender a más de uno por qué no incluye asimismo el periodo glorioso del Imperio romano, pero la tesis que sostiene Montanelli es que lo que Italia significa como nación comienza a gestarse con la decadencia del imperio y no antes. En concreto, con la llegada de los godos (Alarico y Teodomiro) y la influencia griega (sobre todo Homero). ¡Qué curioso que no se pueda afirmar lo mismo aquí sin que te insulten!

94 Braudel diferencia entre Francia, su historia y su unidad. Ésta no se conseguiría del todo ni con Juana de Arco, ni siquiera con la Revolución francesa, sino con ocasión de algo más prosaico: la extensión de la red de ferrocarriles y de la escuela primaria a todo el país (Braudel, 1993, p. 16). De hecho, no haría falta contar con una unidad completa al 100% para poder hablar de una entidad política con significado y reconocimiento internacional e histórico. En este sentido, Braudel habla de *la Francia retrospectiva* como laboratorio de experiencias, de comparaciones, de continuidades, de repeticiones que hacen de esa historia profunda una sociología retrospectiva (Ibíd., p 19).

95 El descubrimiento o al menos redescubrimiento tanto de las ruinas de Numancia como de la civilización de Tartessos se deben al arqueólogo alemán Aldol Shultten (1870-1960), que llegó a España en 1905, por tanto antes del nazismo, publicando sus principales obras antes de 1931. Especialmente célebres fueron sus cuatro volúmenes sobre *Numancia* , a la que sin duda contribuyó a poner en el mapa y dar valor en la historia del Imperio romano. Una vez más uno de fuera vino en nuestra ayuda.

96 Hoy todavía no se tiene claro el origen del pueblo vasco y su lengua, pero desde la llegada de la agobiante presencia del nacionalismo, cualquier estudio a este respecto queda viciado por interés político-propagandístico. No obstante, el prestigioso lingüista J. Utermann, recogiendo una idea expresada por Schmoll anteriormente, ha sostenido que el vasco no perteneció a las lenguas antiguas hispanas, sino que fue introducido en la Península por primera vez como consecuencia de los desplazamientos de población acaecidos en época romana o altomedieval (ver A. Moure Romanillo y J. Santos Yanguas, 2004, p. 708).

97 Ver A. García y Bellido, 1982. Hispania era conocida en aquella época por albergar las columnas de Hércules (en Gades) y el ocaso del sol (en el oeste).

98 Por ello Flavio Josefo llamará a los primeros pobladores de la península los Thobelianos, antecesores de los íberos. Estas leyendas se recogieron igualmente por Alfonso X el Sabio y Juan de Mariana (Vol. I, 1853, p. 5). Juan de Mariana también se hizo eco de la visión geográfica que se tenía de nuestro territorio como «el cuero de un buey tendido» a partir de Estrabón (Ibíd. p. 6). F. Sánchez Dragó ha recuperado la leyenda de Gárgoris, *patriarca del bosque tartésico donde los titanes se alzaron contra los dioses* , y su hijo-nieto Habis o Abido (en el libro se dice erróneamente Habidis), como la leyenda más antigua de Europa, narrada a su vez por Trogo Pompeyo y Jus-

tino (1978, pp. 119 y 120). Esta leyenda había sido reflejada anteriormente en forma poética por el escritor tudelano Jerónimo de Arbolanche en su célebre obra *Las Abidas* (1566).

99 En apoyo de esta tesis se ha encontrado en Huelva cerámica fenicia de tiempos del rey Salomón. En todo caso, los tres grandes reyes tartesos serían Gárgoris (quien inventó según Justino la extracción de la miel), Habis y Gereón o Gerión, al que mataría Hércules. El final de Tartessos llegaría alrededor de 535 a.C por razones que se desconocen.

100 Juan de Mariana (Vol. I, 1852, pp. 15 y 16) aunque recuerda la leyenda del rey Hispalo, defiende que el nombre de Hispalis se lo dieron a Sevilla los palos sobre los que se asentaban sus casas al estar en suelo cenagoso. Otras fuentes lo derivan del término *Spal* que haría referencia a tierra llana y tendría un origen tarteso. Mariana asimismo (Ibíd, pp. 15, 16) señalaba la referencia de Plutarco, según la cual el que venció en España fue Dionisio o Baco, quien dejó toda la provincia a un gobernador llamado Pan, de ahí Pania, y luego Spania.

101 El Tratado de Verdún (843) dejó Europa (desde lo que hoy es Francia a lo que hoy es Alemania) dividida en tres grandes partes. La que quedó en medio (concedida al rey Lotario) ha sido objeto a lo largo de la historia de múltiples y recurrentes discusiones sobre sus fronteras hasta bien entrado el siglo XX .

102 Un ejemplo (entre otros muchos) fue el matrimonio de Manuel I el Afortunado en 1497 con la infanta Isabel, hija mayor de los Reyes Católicos, cuyo hijo Miguel estaba llamado a heredar las coronas de Portugal, Castilla y Aragón, pero cuya muerte prematura (1500) frustró el intento.

103 ¿Portugal se separa de España porque ésa era la voluntad real de la mayoría de los portugueses? En 1340, don Pedro Alfonso, conde de Barcelos, detentador del único condado enteramente existente en Portugal en esa época, defendía todavía la necesidad de mantener *amor y amizade entre os nobres fidalgos de Espanha* . La referencia a «Espanha» en esa época incluía por tanto con toda naturalidad a Portugal. En plenos siglos XV -XVI , Gil Vicente (1465-1556), poeta portugués, predilecto de la reina Leonor que sirvió a su vez al rey Juan II, era el escritor más popular de la Península y escribía con toda normalidad tanto en castellano como en portugués: once obras en castellano, dieciséis en portugués y diecisiete en ambos idiomas. Personajes como san Juan de Dios, nacido originariamente en Portugal (1495-1550) desarrollaría su obra con toda naturalidad en (¿el resto de?) España, primero como militar al servicio de Carlos I, y luego como religio-

so, llegando a fundar en Granada la importante orden hospitalaria de san Juan de Dios: ¿orden portuguesa o española? Pero es más, el número de portugueses que trabajaban para el rey de España había sido abundante y significativo, incluyendo al mismo Magallanes. Con su independencia de España, Portugal lo que hizo fue sellar su dependencia de Inglaterra —concretada en el Tratado de 1654 con Cromwell y de 1661 con Carlos II— y el punto de apoyo que necesitaba Inglaterra para atacarnos (S. de Madariaga, 1979, pp. 199). ¿Le salió bien la aventura a Portugal de separarse de España? La renta media portuguesa quedó a partir de su independencia claramente situada por debajo de la española. Y hasta 1750 Inglaterra ostentó el monopolio del vino portugués, cuando el marqués de Pombal se atrevió a desafiarles creando la primera bodega portuguesa en Oporto. ¡120 años de monopolio extranjero de un producto clave para la economía local! ¿Algún español habría osado a tanto?

104 Como elemento diferenciador añadido de Francia, Braudel hace referencia igualmente a los hasta 37 «terruños» gascones, una reminiscencia actual de los tiempos galos (1993, p. 43)

105 El mito de las dos Españas ha hecho fortuna en parte debido a los propios españoles y sus poetas. Larra hablaba de la *media España muerta de la otra media* y Antonio Machado (*Proverbios y cantares*) proclamaba que *Una de las dos Españas ha de helarte el corazón* . Más recientemente este asunto ha sido objeto de continuos análisis, tanto desde «un lado» (J.M. García Escudero, 1976), como desde «el otro» (Santos Juliá, 2004). Pero si observamos con más detenimiento el mito en realidad es un pretexto para hablar de otra cosa: en el caso de García Escudero de la crisis del liberalismo en España, y en el de Juliá del papel del intelectual en la España contemporánea. En el mismo sentido, el ensayista y crítico literario portugués, Fidelino de Figueiredo, que escribió un libro titulado precisamente *Las dos Españas* , era él mismo un producto de los dos Portugales (estuvo en España exiliado entre 1927 y 1929 y luego en Brasil entre 1938 y 1950) de los que casi nadie habla. A pesar de lo cual, tuvo tiempo para descubrir que en todas las literaturas ibéricas latía una misma unidad espiritual (en *Pyrene* escrita en 1935).

106 http://www.ine.es/daco/daco42/nombyapel/nombyapel.htm

107 El término para referirse a los vascos originariamente era el de vascones. El de «vascos» es en realidad un galicismo derivado del francés *basques* que incorporan Humboldt y Herder en el siglo XIX (J. Álvarez Junco, 2013, p. 206).

108 Bárbara Schwarzwälder «En el laberinto nacionalista. Venturas y desventuras de una catalanoalemana», pp. 33-43, en W. Herzog, 2006, p. 39.

109 Ver Joaquín Álvarez Barrientos, «Cultura e Ilustración. Interpretaciones catalanas del siglo XVIII » en A. Morales (ed.), 2014, pp. 293-313, p. 303.

VII.
LA FALTA DE CONCIENCIA NACIONAL: CARENCIAS Y AUSENCIAS DESTACADAS

La nación más fuerte del mundo es sin duda España. Siempre ha intentado autodestruirse y nunca lo ha conseguido. El día que dejen de intentarlo, volverán a ser la vanguardia del mundo

Otto Von Bismarck

1. EL DÉFICIT DE PATRIOTISMO COMO DESVENTAJA COMPETITIVA

¿Cuándo perdimos nuestro orgullo nacional? ¿Cuándo dejó España de creer en sí misma como sueño colectivo ilusionante? ¿Acaso nunca creyó, como sostienen los independentistas? Por supuesto que sí. Cuando la Reconquista y la guerra de Independencia contra Napoleón esa conciencia nacional existía. Nos guste o no, un país se crea contra otros. Cuando España dejó de participar en conflictos de liberación (e.g., las dos guerras mundiales) y comenzó a guerrear contra sí misma (guerras sucesorias, carlistas y civiles) todo entró en crisis.

Una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, ¿cómo logró Alemania recuperarse en tiempo récord tras haber quedado destruida? Y ¿cómo pudo Francia desarrollarse del modo en que lo hizo? Y ¿por qué Japón adelantó económicamente a Estados Unidos pocos años después, por ejemplo, en cuanto a la calidad de sus productos? Existen varias razones que explican este fenómeno. Por de pronto el Plan Marshall, sin duda, influyó. Pero ese extraordinario milagro económico no se entiende sin tener en cuenta el orgullo nacional herido y el ímpetu que esos tres pueblos pusieron en no quedarse atrás, en no ser peor que el vecino. Se respiraba «algo» en el ambiente que «contaminaba» a los trabajadores, políticos, industriales, agentes de la cultura. Ese «algo» era que: «no podemos ser menos que...», o «debemos ser mejores que...», y en esas frases aparecía el gentilicio de los habitantes de otro país con el que la rivalidad por una u otra razón era muestra de orgullo herido. En Japón, por ejemplo, se planteó una verdadera «cruzada nacional» para convertirse en el número uno mundial en calidad de productos. Un objetivo que imbuyó a políticos, empresarios y trabajadores, cuyo punto de referencia y misión motivadora era el superar a los Estados Unidos (M. Harris, 2013, p. 79). Habían perdido la guerra de las bombas, pero querían vengarse ganando la guerra económica. Un maravilloso ejemplo de cómo puede transformarse una derrota en victoria.

Este tipo de orgullo a los españoles nos ha faltado. Lo hemos mostrado «entre nosotros», hacia adentro, para autodestruirnos: el orgullo se ha utilizado frente al pueblo de al lado (a ver quién tenía la primera fuente, la plaza de toros estable o la más grande), entre provincias (la calidad de las carreteras variaba entre provincias curiosamente), o ahora, cada vez más, entre regiones, pero no como país. Señala a este respecto Antonio Muñoz Molina en referencia a la transición: *Victimismo y narcisismo son los dos rasgos del nosotros intacto que las clases políticas y sus aduladores y sirvientes intelectuales han levantado en cada comunidad (autónoma), proscribiendo o dejando al margen no sólo cualquier referencia favorable al marco político común sino casi cualquier noción adulta de ciudadanía* (A. Muñoz Molina, 2013, p. 86).

En la encuesta sobre «Defensa Nacional y Fuerzas Armadas», elaborada por el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) en septiembre de 2013, se mostraba que el porcentaje de catalanes que se sentían bastante o muy orgullosos de ser español habían pasado de ser el 75% en 2005 a un 49,9% en 2013. Este fenómeno curiosamente no afectaba sólo a catalanes o vascos sino que era general: aquellos españoles que están poco o nada orgullosos de serlo habían pasado del 12% en 2005 al 22% en 2013. Alrededor de un 40% de la población española afirmaba en la misma encuesta sentir poco o nada ante la bandera y el himno. Y además, más de la mitad de los encuestados españoles (un 55,3%) no estaría dispuesto a alzarse en armas en defensa de España en caso de que el país fuera atacado (¿ni siquiera para defender a su familia?). Y todo esto cuando España ha asombrado al mundo con la transición pacífica de la dictadura a la democracia, logrando al mismo tiempo un desarrollo político, social y económico sin precedentes en tan poco tiempo.

Sin embargo, un (sano) orgullo nacional es un elemento que favorece la fortaleza psicológica y el desarrollo económico, social y cultural. España es el resultado de muchos factores, pero no puede afirmarse seriamente que sea la consecuencia de un capricho impuesto por unas élites hambrientas de poder o un edificio levantado contra los sentimientos del pueblo. Razones geográficas, históricas y culturales avalan que España haya sido y todavía sea una gran nación, una de las más antiguas del mundo. Así por de pronto nos siguen viendo desde fuera. Otra cosa son los ingenuos y enemigos internos —que continúa habiéndolos y en cuantías nada desdeñables— dedicados a despreciar a su país (en ocasiones en cuerpo y alma), ignorando tal vez que inevitablemente de esa manera se están despreciando igual-

mente a sí mismos. Lo que hemos hecho, lo hemos hecho todos juntos para bien o para mal.

Estados Unidos y Dinamarca son dos de los países más exitosos económicamente. Dinamarca además figura como el país más feliz del mundo en el informe 156 de la red de Naciones Unidas para las soluciones de desarrollo sostenible. ¿Qué tienen en común esas dos naciones? Existen varios factores, pero uno no desdeñable es que en ambos casos a sus ciudadanos no les da vergüenza plantar la bandera de su país en el jardín de su casa. Ello no quiere decir que pretendan invadir otros territorios (al menos en el caso de Dinamarca), pero sí que practican un sano orgullo nacional que les hace trabajar no sólo por su bolsillo sino también por su país. Baste citar a este respecto el caso de la empresa cervecera más importante del mundo (danesa): Carlsberg. ¿Saben qué emblema figura todavía a día de hoy en el frontispicio de su puerta principal?: «Laboremus Pro Patria». ¿Se imaginan algo así en el edificio principal del Santander, El Corte Inglés o Zara? Algo parecido sólo figura en las casas cuarteles de la Guardia Civil y cada vez menos.

Este hecho diferencial español en relación con otros países se nota por de pronto en términos de autoestima psicológica. Ya hace años que Norbert Elias (1978) demostró que las características psicológicas de los individuos son moldeadas por los procesos sociales en que participan. En otras palabras, dime el nivel de autoestima de la sociedad en la que vives y te diré cómo te ves a ti mismo/misma frente a otros. No es lo mismo levantarse cada mañana y sentirse parte de un gran país que de uno que se dice que no existe. Este sentido de pertenencia a la comunidad política se defiende incluso desde la izquierda y el comunitarismo, sólo que se le da otros nombres. Cada país a fin de cuentas es como una gran empresa y no trabajamos igual en una que en otra, según sea su prestigio y reputación pública.

Pero si España ha subsistido tanto tiempo ha sido no sólo por motivos sentimentales, culturales e históricos, sino también por dos motivos prácticos sustentados en argumentos de carácter racional: el tamaño de territorio y población eran adecuados para navegar por el mundo; y la conveniencia compartida de defendernos de nuestros enemigos/contrincantes/competidores/adversarios comunes. Aunque se llegara a negar hipócritamente las otras razones, los dos argumentos de tipo pragmático siguen siendo válidos: la alternativa (realista) a un País Vasco o Cataluña incardinados en España (con todos sus derechos y obligaciones) sería convertirlos en unos territorios, presuntamente independientes y enfrentados a España, que caerían inevitablemente bajo el «protectorado» (político y económico) respec-

tivamente de Gran Bretaña y de Francia, donde les iría bastante peor como ha demostrado la historia reciente y pasada.

En definitiva la falta de patriotismo nos sale tremendamente cara en términos psicológicos, sociales, políticos y económicos. Se traduce en poner el interés egoísta de uno (sea éste un individuo, un rey, un partido o un territorio) por encima del interés del conjunto o la obsesión por incidir en lo que separa o divide en lugar de en lo que nos une como comunidad o como nación. Esto tiene un nombre: el sectarismo, algo que viene desde antiguo. Por de pronto, en el periodo de los reyes visigodos, con el rey Egica (que gobernó del 687 al 702) quien traicionó un juramento y el pacto de familia con su antecesor, lo que determinaría que la sociedad acabara dividida en dos. La historia de este episodio es compleja, pero baste decir que la apuesta de Egica por la venganza sectaria en lugar de por la reconciliación trae como causa la debilidad del reino y que su ejemplo será repetido por otros, como Fernando VII [110] . Otra deriva de este fenómeno sería la costumbre de los reyes españoles (e.g. Alfonso X) de repartir a su muerte el territorio entre sus hijos, anteponiendo así los intereses de la familia a los del bien común.

Seguidamente veremos cómo esta carencia inexplicable ha contado con algunos cómplices en principio insospechados.

2. ¿HA EXISTIDO UNA MASONERÍA «ESPAÑOLA»? ACTORES AL SERVICIO DE UN GUION EXTRANJERO

Resulta difícil dar una fecha y lugar exactos para el nacimiento de la masonería, aunque a menudo se cita el 24 de junio de 1717, fecha en la que se constituyó la Gran Logia de Londres como consecuencia de la unión de cuatro logias menores que venían reuniéndose a su vez en cuatro tabernas de dicha ciudad, con nombres de un cierto contenido simbólico. De la masonería se ha dicho de todo, no siempre bueno y no siempre malo, depende de quien lo cuente. Por lo que respecta a España, su historia real está probablemente todavía pendiente de ser escrita pues el análisis pretendidamente histórico ha distado casi siempre de ser objetivo, *con miedo del investigador, ya ante masones, ya ante antimasones, lo que es aún peor* (J. Velarde Fuertes, 1981, p. 155). Si los masones que aparecen reflejados en algunas listas que circulan fueran tales, no cabe duda que algunos de los personajes más importantes, liberales y modernizadores de nuestra historia estarían entre ellos: basten los ejemplos de Giner de los Ríos o de Prim.

Pero una organización «discreta», formada por élites poderosas, que llegó a tener un gran influencia (sobre todo en el siglo XVIII y XIX) en las ma-

yores potencias de Occidente (Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos) es lógico presumirla a su vez responsable o, al menos, participante en varios acontecimientos relevantes, con consecuencias positivas y negativas, de nuestra historia. En este sentido, el potencial problema de España, contra lo que a veces se ha defendido, no ha sido la masonería en sí, entendida ésta como construcción intelectual y, en su caso, esotérica, sino su instrumentación en defensa de intereses foráneos por parte de sus promotores que, ¡oh, casualidad!, eran, una vez más: británicos, franceses o norteamericanos. La masonería aunque tuviera «formalmente» vocación internacional ha sido en realidad una creación de dos/tres naciones, de sus élites y de su cultura, y por tanto, lógicamente, su actuación ha obedecido en primer lugar a los intereses de esas élites y de esa cultura, y no al de otras. Los masones españoles han servido en cada época, normalmente sin ser muy conscientes de ello, a los (oscuros) intereses nacionales de Inglaterra (Gran Logia de España) y de Francia (Gran Oriente Español), so pretexto de modernizar España. Ello con independencia de que haya habido grandes personajes bienintencionados de obediencia masónica a título individual.

España (una parte de sus élites) adoptó de nuevo una religión (en esta ocasión «laica») que no le era propia, y acabó sacrificando sus intereses nacionales, tal vez con toda la buena intención e ingenuidad del mundo. Puede que la masonería (como la Revolución francesa) trajera ideas nuevas que mereciera la pena implantar, pero ello no obsta para que también sirviera para imponer y defender intereses que no eran los que convenían a España. El asesinato de Prim es un claro ejemplo de ello, donde la masonería actuó al servicios de intereses de las casas reales francesa y británica. Ya nunca sabremos si un catalán hubiera podido de verdad modernizar España, y si Amadeo de Saboya hubiera podido ser un buen rey. No les dejaron porque no convenía… a los de siempre.

Y sin embargo, paradójicamente (o ingenuamente), esto mismo no ha ocurrido con las grandes organizaciones (que también las hemos tenido) de fundación netamente española: todas de contenido religioso, que por ello mismo servían, una vez más, a los intereses de la Iglesia de Roma (cuando no a los propios), pero nunca o casi nunca a los de España. Este ha sido el caso históricamente, por ejemplo, de los jesuitas o, salvando las distancias, del OpusDei o del movimiento neocatecumenal. Se puede pensar lo que se quiera pero nadie puede negar que se trata de organizaciones todas ellas de gran éxito e influencia, pero a las que ningún Gobierno español (o sus servicios de inteligencia) les han pedido ayuda para resolver los problemas que

ha tenido España, tanto interiores como exteriores, o para apoyar su reputación exterior. ¿Se imaginan a británicos, franceses o norteamericanos desaprovechando esta oportunidad?

Una pregunta flota en el aire: ¿por qué las élites españolas se han organizado para hacer casi de todo excepto... para defender a su país? Sigamos.

3. ¿HA EXISTIDO UNA IGLESIA ESPAÑOLA?

3.1. A Dios lo que es de Dios y a Roma lo que es de España

Conviene distinguir entre la influencia del cristianismo como religión que vino a través esencialmente del Imperio romano (y a partir de Constantino, impuesta por éste) y la actitud de la Iglesia de Roma como organización con agenda propia. La religión cristiana, aunque resultara formalmente ajena a la cultura de los pobladores originarios de la Península, ha sido en líneas generales muy positiva para España, como lo ha sido para el resto de Europa. Cuando España defiende militarmente al cristianismo frente a la invasión musulmana, tiene lugar el periodo de mayor influencia científica y filosófica de España en el mundo (la Escuela de traductores de Toledo), demostrando que la defensa de la religión (ya propia) era compatible no sólo con la labor de extender el conocimiento racional y científico, sino con la tolerancia (al menos intelectual) de las otras creencias.

No hay que olvidar que entre las razones que motivaron el éxito del cristianismo (contra toda lógica cartesiana) en pleno Imperio romano figura de forma destacada su decidida apuesta por principios típicamente modernos, tales como: la defensa de los más desfavorecidos, la igualdad y la universalidad. Precisamente fue este enfoque lo que lo convirtió en tremendamente popular pues sus destinatarios principales eran mayoritarios. De esta manera, se logró un fenómeno sin precedentes: que el poderoso Imperio romano aceptara, sin imposiciones violentas de un tercero, renunciar a su propio panteón divino y sistema de creencias (que consideraba como dioses incluso a algunos de sus propios emperadores) y sustituirlo por una religión extranjera procedente además de un territorio sometido y rebelde. Y no cabe entender «la ideología» caballeresca sin la base religiosa de protección al débil, autodisciplina y búsqueda de la transformación personal. Otra cosa es que estos ideales acabaran también degenerando. Por cierto que también fue un español, Cervantes, el que denunció ese proceso.

Aunque se pretenda ocultar, todas las revoluciones posteriores han sido herederas, de una u otra manera, de esos principios, no tanto por compartir su fe, sino por aspirar a repetir su increíble (¿y milagrosa?) fórmula de éxito. Con un enfoque complementario que no niega éste, John Gray, profesor

de pensamiento europeo de la *London School of Economics* , y uno de los filósofos políticos contemporáneos más relevantes, escribió un libro en 2008 (*Misa negra: La religión apocalíptica y la muerte de la utopía*) donde analizaba que todas las utopías que han dominado el siglo XX (desde el comunismo al fascismo) se fundamentaron en la visión apocalíptica de la religión cristiana. Por tanto, considerar, como en ocasiones se ha pretendido, a la apuesta decidida por la religión cristiana como explicación en parte de nuestro retraso y decadencia no se sostiene. Todos los países más avanzados (social, económica y políticamente) del mundo tienen una base religiosa en su población que suele ser la cristiana, por no hablar del derecho de todo ser humano a profundizar en su dimensión espiritual, si ello le place.

En cuanto a la influencia de la Iglesia católica, también fue positiva, al menos al principio. En la Edad Media, la Iglesia era la única institución que formaba a sus miembros sin discriminaciones por razón de origen, y contaba con un derecho escrito formal y con un código de normas morales, frente al derecho de la estirpe, del clan o del poder del más fuerte (sea económico o material) que regía en el resto de la sociedad. Era igualmente una organización eficaz, jerarquizada —pero también estructurada por división de funciones— y de voluntad única frente a un poder real (Estado incipiente) todavía tímido, sin cultura propia, en poder de señores y líderes locales. Y por si fuera poco, integró muy pronto a la cultura romana y la filosofía griega, siendo además un revulsivo para el desarrollo de las artes (religiosas). No se trata por tanto de caer en ningún reduccionismo negativo, como en ocasiones ocurre, acusando a la Iglesia/religión de todos los males de España. Tampoco en el anticlericalismo ramplón y sin matices que domina a gentes varias (sobre todo) de este país. Eso sería sin duda una vulgar exageración. Hemos demostrado a lo largo del libro que la Iglesia ha aportado grandes hombres a las ciencias, las letras y la política española [III] .

Pero esto es una cosa, y otra dejar de hacernos varias preguntas muy simples: ¿de qué nos ha servido ser los defensores de la Iglesia católica, internamente, en Europa y en el mundo?, ¿cómo nos lo ha pagado Roma?, ¿nos ha merecido, en términos políticos, la pena hacer ese enorme esfuerzo (económico, teológico, militar y en vidas humanas)?, ¿qué hubiera pasado en España si hubiéramos creado, como hicieron otros (en realidad casi todas las naciones que cuentan en el mundo) una religión nacional?

3.2. Roma paga mejor a traidores que a sus amigos

España dio siempre la cara por la Iglesia romana en Europa y en América. Se la partieron en varias ocasiones las naciones protestantes, y nadie

vino a defendernos cuando se creaba una leyenda negra que menospreciaba el esfuerzo evangelizador. De hecho, España tuvo que asumir, casi en solitario, la defensa del catolicismo en Europa y el mundo, lo que nos situó en el medio de una batalla cruel y sutil en la que, de nuevo, todas las armas fueron bienvenidas contra nosotros. España perdió esta guerra, aunque el catolicismo sobrevivió gracias a nuestro esfuerzo. Sin España la Iglesia católica probablemente no sería mucho más que una Iglesia regional italiana. Cabe resaltar tres rasgos identificativos de la historia de España: el costosísimo proceso evangelizador de Latinoamérica, las costosísimas guerras de religión que mantuvo con los árabes/moros, turcos y protestantes; y que durante estos procesos antepuso los intereses de «Roma» a los de la construcción nacional de la propia España.

Y sin embargo Roma (casi) nunca le pagó adecuadamente tamaño esfuerzo y sacrificio. Si acaso recibió pequeñas palmaditas en la espalda. El papado ayudó a España en un principio pero pronto comenzó a plantearle problemas: Alejandro VI (de origen valenciano) se opuso en más de una ocasión a Fernando el Católico, aunque eran formalmente aliados. Más tarde el pontífice Julio II haría lo propio, torpedeando algunas iniciativas clave del rey español, como la que pasaba por unir de nuevo los reinos de Nápoles y Sicilia para hacerlos perdurables. Por ello llegó a negarse a investir a Fernando como rey de Nápoles. No lo hacía obviamente por razones religiosas, era el rey católico por excelencia, sino por motivos políticos y estratégicos. Por su parte, Sixto V mostró gran antipatía por Felipe II y apoyó en más de una ocasión a Francia contra España, por ejemplo, en relación con Navarra. Y Urbano VIII jugaría un papel altamente dudoso en el conflicto entre Luis XIII (Richelieu) y Felipe IV (conde-duque de Olivares), ayudando más al francés que al español, a pesar de que el primero se aliaba con todas las potencias anticatólicas posibles para destruirnos. Es más, Alemania era enemiga de Roma y de la Iglesia católica y sin embargo…, Carlos V era emperador «romano» no por ser rey español sino alemán.

Y así llegamos al siglo XX . En 1954, un Franco debilitado y ansioso de reconocimiento internacional, firmó un nuevo Concordato con el Vaticano. España estaba empobrecida, todavía casi con tarjeta de racionamiento, y a pesar de ello el Vaticano impuso que sus tierras y propiedades —no sólo de la Iglesia sino de las personas pertenecientes al clero— se declarasen libres de impuestos. Además, para juzgar a las personas pertenecientes al clero por crímenes comunes se debía requerir la autorización del obispo para ser sometidos al proceso judicial. De esta manera las tierras de la Iglesia reci-

bieron un estatuto similar a las bases americanas, un Estado dentro de otro Estado. Basta para cerrar este apartado hacerse una simple pregunta: ¿cuántos papas han sido españoles? Sólo tres: Dámaso I (del 366-384), el único canonizado; Calixto III, Alfonso de Borja (1455-1488); Alejandro VI, Rodrigo de Borja o Borgia, sobrino del anterior (1492- 1503), cuya leyenda negra probablemente se aumentó más de lo debido dado su origen español. A ellos cabría añadir el polémico Papa Luna (Benecito XIII), que murió retirado en Peñíscola. De 264 papas, únicamente cuatro españoles, siendo España la potencia que más defendió a Roma ¿Qué les parece, queridos ingenuos? Incluso en pleno siglo XX , Rafael Merry del Val, el que fue un sin duda excelente secretario de Estado con el papa Pío X (1903-1914), dotado de enormes capacidades, sonó para papable, pero no pudo ser por su nacionalidad...

En conclusión, al parecer, desde la caída del Imperio romano, Roma paga mejor a los traidores que a sus servidores más fieles, entusiastas y desinteresados. Si Inglaterra (luego Gran Bretaña), Francia y los Estados Unidos han sido nuestros enemigos/adversarios en el mundo, el cuarto invitado en esta obra, lamentablemente lo hemos tenido en ocasiones dentro de casa, aunque también era al mismo tiempo (y eso a veces se olvida) un poder extranjero: Roma.

3.3. Una estrategia singular e impulsora del separatismo

a) ¿Ha sido la Iglesia católica española igual que las otras «iglesias católicas»?

Decía S. de Madariaga (1979, p. 175) que el clericalismo era un mal que desconocían los países protestantes, y que de los católicos era España el único en el que se había convertido en un problema nacional. ¿Pero por qué es España uno de los países más anticlericales del mundo? Sin necesidad, ni mucho menos, de justificar los ataques exagerados que ha recibido la Iglesia (notablemente durante la Segunda República), podemos platearnos las razones que pueden haber producido ese sentimiento. En primer lugar, tal vez la Iglesia se haya permitido licencias aquí que en otros lugares no le permitirían, por ejemplo en el terreno de exenciones impositivas (e.g., Concordato de 1954) en un movimiento exactamente de sentido contrario al que determinó el extraordinario éxito del cristianismo en su origen. Cabe recordar igualmente cuando, mediando la oportuna falsificación documental, se utilizó la supuesta intervención divina del apóstol Santiago en la célebre batalla de Clavijo para exigir el «privilegio de los votos» que obligaba a los cristianos españoles a entregar a la diócesis de Santiago una medida

de trigo y otra de vino por cada yugada de tierra (cfr. J. Eslava Galán, 2012, p. 126, nota 48).

En segundo lugar, una presencia tal vez «extensiva» en la educación (que tampoco le habrían permitido en otros lugares) ha podido resultar a la postre contraproducente para la imagen de la propia Iglesia. Nadie puede negar que algunas órdenes religiosas hayan hecho grandes aportaciones en el terreno de la educación, hasta el punto de que en un país con tantas carencias en este terreno debería atribuirse un puesto permanente en el Ministerio de Educación, por ejemplo, a los jesuitas, aunque fuera como asesores. También sería injusto desconocer que la Iglesia ha cubierto necesidades en este ámbito donde el Estado no llegaba. Pero su obsesión por controlar la educación de las nuevas generaciones ha acabado convirtiéndola no sólo en una excepción llamativa en el concierto europeo, sino en una máquina productora de furibundos anticlericales…, entre sus propios antiguos alumnos. Los que han ido a colegios públicos pueden ser ateos, pero no suelen ser anticlericales. Hagan la prueba y pregunten entre sus conocidos.

En tercer lugar, la Iglesia no fue capaz de mantener el prestigio intelectual que tenía en el siglo XVI . ¿Por qué la Iglesia española, en un tiempo gloriosa y liberal con Vitoria y Suárez, y que definiera el «príncipe democrático» con el padre Mariana, llegó a convertirse en un obstáculo al progreso? Madariaga decía que el auge y decadencia de la Iglesia española acompaña el auge y decadencia de la universidad española, en la que se apoyaba (Madariaga, 1975, p. 175).

b) Aliada del nacionalismo disgregador

Pero existe un motivo todavía más sorprendente: su injustificado apoyo al separatismo. Cuando se habla del nacional-catolicismo franquista (que duró lo que duró), se olvida esta constante histórica. En demasiadas ocasiones una parte relevante del clero (y últimamente hasta monjas) se ha dedicado a justificar, comprender e impulsar los movimientos nacionalistas que pretendían romper a España. En algunos casos simplemente como una vía fácil de ganar feligreses y por alentar una imagen de estar con los «supuestos» oprimidos, tal vez porque defender a las «víctimas» reales suele ser más peligroso y difícil.

El caso vasco es conocido. Hasta 1910 existió la Iglesia vasca separada de la Iglesia española. Tuvo que ser el Gobierno de Canalejas el que pusiera fin a esta situación, dado el poder que estaban adquiriendo algunas comunidades religiosas. Pero especialmente «sangrante» ha sido la relación de la Iglesia católica con el nacimiento y mantenimiento de la organización te-

rrorista ETA, responsable de casi mil asesinatos de españoles, incluidos muchos vascos. Podríamos citar al obispo Setién y a su actitud comprensiva del terrorismo separatista, pero lamentablemente no son casos aislados ni en el tiempo ni en el territorio [112] . Según el sociólogo Robert Clark, hasta 1978 la participación de curas, religiosos y otros católicos era del 73%. Cuando ETA empezó a matar consultó a algunos sacerdotes sobre la licitud de la violencia, que dieron las suficientes palabras legitimadoras para que continuara su oleada de crímenes [113] .

El caso catalán ha pasado hasta tiempos recientes más desapercibido. Estudios históricos recientes confirman el papel esencial que ha jugado la Iglesia católica (calificado como «pilar básico») en la construcción y mantenimiento de las principales instituciones políticas catalanas, así como en la defensa y conservación del idioma catalán (sirva de ejemplo, las ocho ediciones del catecismo en catalán entre 1703 y 1800), incluso durante los periodos supuestamente más duros del franquismo (D. Fernández Cañueto 2016, pp. 43, 62, 109, 110). Baste mencionar a este respecto las figuras del sacerdote Antoni Batlle, renovador del movimiento «Escolta» en 1950; el religioso Ramón Muntanyola, creador en 1951 de la Revista catalanista y en catalán *Ressò* ; la Asociación Crist i Catalunya en 1954; la editorial Nova Terra creada en 1957 por la Juventud Obrera Cristiana o la función desempeñada por la abadía de Montserrat. De hecho, Jordi Pujol venía del movimiento católico cuando funda Banca Catalana en 1959 y su primer grupo político (1954) se llamaba Cristo y Cataluña (CC), por cierto las mismas iniciales que Convergencia de Cataluña, el partido con el que alcanzó el poder.

Incluso en la actualidad, la Iglesia «española» ha preferido permanecer más bien callada ante el desafío representado por el movimiento secesionista catalán durante los últimos años. No importaba al parecer que pretenda dividir, separar y enfrentar a unos ciudadanos contra otros —aunque el evangelio defienda la unión entre los hombres de buena voluntad—, no importa que se persiga socialmente al discrepante —aunque las bienaventuranzas bendigan al perseguido por causa de la justicia—, no importa que se vaya a separar lazos familiares unidos durante siglos, aunque la Iglesia celebre cada año el día de la familia. Y sin embargo, Juan Pablo II tanto en 1994 como en 1996 defendió públicamente la unidad de la nación italiana ante los ataques del partido separatista de la Liga Norte, condenándolo en términos tajantes, entre otras cosas por su falta de solidaridad con el sur, señalando asimismo: *Estoy convencido de que Italia como nación tiene muchísimo que ofrecer a toda Europa. Las tendencias que hoy pretenden debilitar a Italia son ne-*

gativas también para Europa, y nacen asimismo sobre el telón de fondo de la negación del cristianismo (Mensaje a los obispos italianos, 6 de enero de 1994). ¿De nuevo la doble vara de medir?

Tal vez la Iglesia española comienza su decadencia cuando olvida su misión de sostener el progreso y la mayor gloria de España y de los españoles en el mundo, dedicándose en su lugar *ad maiorem gloriam* suya, facilitada esta estrategia por el sentimiento de que debía dar prevalencia a Roma sobre lo nacional. Esto no ha ocurrido en ninguna de las grandes naciones de nuestro entorno. No estaría de más hacer algo de autocrítica.

3.4. ¿Qué habría pasado si España hubiera apostado por una religión nacional como hicieron otros?

Por de pronto, con una religión nacional nunca se habría producido el apoyo al separatismo ni tampoco se habría legitimado ninguna cruzada «nacional» por ningún cardenal Gomá (por cierto de origen catalán, nacido en Tarragona en 1919), si se trataba de matarse entre españoles. Menéndez Pelayo fue una persona conservadora y muy inteligente, combinación más que posible a pesar de lo que piensan las personas del otro bando. Su obra es impresionante y así se lo han reconocido, sobre todo fuera de España. Y sin embargo probablemente don Marcelino se excedió al clamar aquello de: *España, evangelizadora de la mitad del orbe; España martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio…; ésa es nuestra grandeza y nuestra unidad, no tenemos otra.*

Sí teníamos otras posibilidades pero renunciamos a ellas. De hecho, tal vez sea la grandeza y unidad de la Iglesia la que se deba a España. Por el contrario, al fundar la unidad de España sobre una iglesia a fin de cuentas extranjera («romana») esa unidad quedó debilitada para siempre. Hoy día, en plena época de la globalización, una Iglesia que aspire a lo universal tiene todo su sentido, pero en el siglo XVI los diversos estados tenían como principal objetivo asentarse como unidades políticas diferenciadas del resto. Por ello, dentro de este proceso (casi todos) optaron por crear sus propias versiones del cristianismo, que les independizara del control y poder (política y religión no estaban separadas) de Roma. En Reino Unido desde Enrique VIII hasta pleno siglo XXI , la cabeza de la Iglesia anglicana ha sido y sigue siendo el rey o la reina. El Imperio británico se dedicó a extender sus tres grandes religiones nacionales: el anglicanismo, el orgullo nacional y el capitalismo, aunque normalmente predominaran la segunda y la tercera sobre la primera. Mientras, el gran beneficiario del Imperio español no fue-

ron los españoles o la gloria de su gobierno, sino en su caso la expansión, poder e influencia de la Iglesia de Roma.

Alemania por su parte abrazó el luteranismo... ¿por diferencias insalvables en cuestiones de fe? Esto sólo lo pueden creer todavía los ingenuos. Sin el proceso de construcción nacional alemán no se explica el surgimiento de la Reforma y el protestantismo, así como el apoyo que recibió Lutero por parte de príncipes y reyes alemanes porque favorecía sus intereses de poder nada espirituales: lo más importante para todos era librarse del poder «extranjero» de Roma.

¿Y en Francia? Allí también crearon su propia religión nacional: la Revolución francesa. Incluso antes, ya en tiempos de Luis XIV, cuando éste planeaba destruir «la otra» potencia católica (España) con otras naciones protestantes, se celebró una asamblea del clero francés (1682) liderada por el teólogo Jacques Bénigne Bousset (1627-1704) que proclamó la doctrina del origen divino del poder, con un corolario: el predominio del rey sobre la Iglesia católica, en una doctrina conocida como el *galicanismo* . En otras palabras: la religión al servicio de la nación. Una prueba de esto fue la política de los «cardenales» Richelieu y Mazzarino a quienes no importó aliarse con cualquier potencia anticatólica con tal de destruir a la potencia católica por excelencia: España.

España ha sido desde hace siglos católica, pero bien pudiera haber sido otra cosa. No nos referimos a musulmana, no, pues esta religión nunca fue aceptada por los habitantes de la Península. Ocasiones no le faltaron a nuestros reyes para optar por alguna de las versiones del cristianismo que existían en los primeros siglos de nuestra época, algunas con representantes cualificados en nuestro país (desde Prisciliano hasta los primeros místicos). Al menos tuvimos las siguientes opciones:

— España empezó teniendo una Iglesia nacional desarrollada en torno al rito mozárabe, visigótico o hispano, consolidado en torno al siglo VI y que perduró hasta finales del XI . Sus autores intelectuales fueron, entre otros, figuras de la talla de San Isidoro de Sevilla y San Leandro, sin desconocer las aportaciones de los primeros judíos que llegaron a la Península, los cuales optaron voluntariamente entonces por convertirse al cristianismo que en esas fechas no era sino una rama más del judaísmo. Finalmente, por presiones del papado, Alfonso VI comenzó a sustituir dicho rito por el romano, en un proceso que no fue nada fácil y que duró varios años debido a la resistencia de la población.

— Antes de Alfonso X, Alfonso VII, que reinó entre 1126 y 1157, había llevado el título del *Emperador de las tres religiones* . Fue un gran rey de Castilla, al que reconocían como su soberano, al mismo tiempo, cristianos, musulmanes y judíos, aunque la religión cristiana fuera la dominante. Éste podría haber sido nuestro «hecho diferencial», pero lo perdimos o no lo supimos mantener.

— Los visigodos intentaron mantener vigente el arrianismo que profesaban hasta la conversión de Recaredo (en 587) que llevó a la celebración del III Concilio de Toledo (589) donde la nobleza goda abrazó el catolicismo. Ello se debió no a un cambio sincero de creencias, sino al cálculo de puro interés para atraerse el apoyo de los obispos católicos y sus feligresías. En concreto, fue una consecuencia del conflicto que mantenía Recaredo con su hermano Hermenegildo por la sucesión de su padre Leovigildo. Recaredo, en una jugada estratégica para imponerse a su hermano en los derechos sucesorios, decidió abrazar el catolicismo con el fin de lograr el apoyo, entre otros, del obispo Leandro, hermano de San Isidoro. Y sin embargo una de las razones por las que tantos judíos vinieron a España era por la gran tolerancia mostrada por la monarquía arriana.

— En tiempos tanto de Carlos I como de Felipe II predominó en la corte el «erasmismo». En época del primero, las personalidades más influyentes del Estado eran erasmistas: el gran canciller Gattinara, su secretario Alfonso de Valdés, el arzobispo (de Toledo) Fonseca, el arzobispo Carranza e incluso el inquisidor general Manrique. Alfonso de Valdés (Cuenca, 1490-Viena, 1532), humanista y secretario de Carlos I, pudo muy bien haber sido el Lutero (1483-1546) español, pero no le dejaron. Autor de dos obras muy notables (*Diálogo de las cosas ocurridas en Roma* y *Diálogo de Mercurio y Carón*) fue un fiel seguidor de las tesis de Erasmo de Rotterdam y ferviente denunciante de los excesos de la Iglesia, sobre todo en cuanto a la falta de ejemplo, honradez y pobreza de algunos de sus máximos dirigentes, lo que recuerda a las denuncias paralelas de Lutero en cuanto al comercio de bulas papales. Otro célebre humanista de la época fue Juan Luis Vives March (Valencia, 1492-Brujas, 1540) que igualmente era erasmista y que pudo haber ejercido un papel reformador de la Iglesia que ya entonces se echaba en falta, pero su pasado judío no ayudó a que tuviera éxito.

De hecho, hasta 1533 en España estuvo cerca de prevalecer el erasmismo. A partir de esa fecha, la muerte de la mayor parte de dichos personajes y

una radicalización de la Inquisición ante la extensión del iluminismo determinó el bloqueo del proceso. La mayoría de los ilustres erasmistas acabarían en prisión, empezando por Juan de Vergara, secretario del arzobispo de Toledo. Luego se reforzaría esta reacción represora en tiempos de Felipe II (el cual sin embargo también empezó siendo erasmista), con el procesamiento (1559) del arzobispo Carranza, confesor de Carlos I y teólogo brillante del Concilio de Trento.

¿Una iglesia hispana-mozárabe?, ¿una iglesia arriana?, ¿una iglesia erasmista? Sin duda pudo ser, tal vez debió ser, pero no lo fue. Se cerró así una oportunidad perdida de crear una Iglesia española. De hecho, J.M. García Escudero escribía en 1976 que el catolicismo erasmista era una opción que hubiera encajado sin estridencias con la modernidad, y con las tendencias que finalmente se impusieron en la Iglesia a partir del Concilio Vaticano II (p. 11). España de esta manera se hubiera adelantado a la historia, pero una vez más, no pudo ser. En su lugar, salvó al catolicismo con el impulso del Concilio de Trento, con el que se logró parar la Reforma y consolidar a una Iglesia que mostraba claros signos de fatiga. Tampoco nadie nos pagó este esfuerzo.

Mientras… este país es el único en que la religión es un obstáculo para que muchos ciudadanos (ateos, agnósticos o no creyentes) puedan sentirse patriotas excepto… en el País Vasco y Cataluña donde un nuevo sistema de creencias, el nacionalismo, ha desplazado al catolicismo como religión «nacional», con el apoyo de parte del clero católico. ¿Alguien da más para el esperpento español?

4. ¿HA EXISTIDO UNA IZQUIERDA «ESPAÑOLA»?

4.1. ¿Una izquierda más nacionalista que nacional?

a) ¿«Trabajadores del mundo unidos» o «nacionalistas de España separados»?

No se trata de realizar aquí una crítica de la izquierda con ánimo perverso, ni de ignorar las excepciones (que las hay y las ha habido) a la tendencia que aquí examinamos. Pero sí de analizar por qué la izquierda española ha sido diversa de las izquierdas de prácticamente cualquier otra parte del mundo. ¿Una izquierda al servicio de la igualdad de los ciudadanos o de la división de España? Porque ambos objetivos son incompatibles. La izquierda española es la única en Europa y en América que no defiende la igualdad entre ciudadanos y territorios. En España, a diferencia de cualquier otro país del mundo, no hay ningún problema en ser de izquierdas y nacionalista al mismo tiempo, antes al contrario resulta muy recomendable, pero con sólo una condición: que ese nacionalismo no tome como objeto a España.

Recuerda A. Muñoz Molina (2013, p. 78) que en los años de la lucha antifranquista y primeros años de la transición: *Primero se hizo compatible ser de izquierdas y ser nacionalista. Después se hizo obligatorio. A continuación declararse no nacionalista se convirtió en la prueba de que uno era de derechas. Y en el gradual abaratamiento y envilecimiento de las palabras bastó sugerir educadamente alguna objeción al nacionalismo ya hegemónico para que a uno lo llamaran facha o fascista.*

Se ha tratado de echar la culpa de este proceso a Franco (que sirve tanto para un roto como para un descosido), como si hubiera ocupado el poder la mayor parte de nuestra historia. Se sostiene que si ese terrible dictador no hubiera patrimonializado los símbolos o la idea de España, la izquierda no habría «debido» abandonarlos. Pero este razonamiento supone otorgar a Franco más poder del que en realidad tenía, y esconder los propios complejos inveterados de una izquierda (rememorando el principio de «contra Franco vivíamos mejor») que, especialmente a partir de la Segunda República, ha carecido de referentes intelectuales de peso, más allá de los «filósofos del rencor». Sería tanto como decir que puesto que Franco favoreció a la Iglesia, a partir de entonces nadie de izquierdas podría ser católico, o ser del Real Madrid, o construir ningún embalse o ganar en Eurovisión (bueno, esto último parece que sí que es cierto).

Olvidan los ingenuos de izquierda que los privilegios territoriales matan la igualdad y por tanto la democracia. Ya lo dijo el nacionalista (incluso antes de convertirse en separatista) Torres i Bages en su obra *La tradició catalana* , (aunque bien hubiera podido llamarse *La traïció catalana* : *La revolución es la antítesis del regionalismo porque aquella es la negación del derecho histórico (los fueros y el derecho de las diferentes regiones) que es el verdadero derecho humano.* El que la izquierda (¿española?) opte por apoyar a quienes prefieren discriminar por lugar de nacimiento o lengua, que por renta o por cómo haya conseguido ésta, resulta ciertamente paradójico. Federalismo asimétrico equivale a defender la igualdad asimétrica. Y como sólo los territorios ricos pueden pretender acceder a la independencia, apoyar aunque sea tímidamente el separatismo catalán y vasco supone defender y apoyar los privilegios de los ricos, y olvidarse de los pobres o menos ricos de otros territorios. Siglos después de la revuelta comunera, la izquierda propone que sólo quede la ingenua Madrid para pagar las facturas. Ver para creer.

Últimamente la izquierda más radical ha encontrado un nuevo patriotismo, el de carácter social. Se trataría de defender la soberanía nacional frente a las intromisiones «extranjeras» de la troika o del FMI que imponen políticas que benefician a los grandes poderes económicos (trasnacionales) y

perjudican a las clases populares. Esta visión ha triunfado en Portugal y Grecia. Podemos la ha trasladado a España, si bien con menos intensidad y más complejos, por la necesidad estratégica de mantener buena relación con la izquierda separatista. Pero nada es lo que parece. En realidad, este planteamiento procede del conservadurismo inglés en tiempos de Disraeli y la reina Victoria, e incluso lo rescató el propio David Cameron con ocasión de las elecciones británicas de mayo de 2015. El concepto de «nación una» o «nación única» haría referencia a que un país no puede quedar dividido en dos naciones, una privilegiada y otra débil y desprotegida. Se trata de un concepto de patriotismo que en todo caso la izquierda debería poder utilizar sin complejos, pero que se opone radicalmente al nacionalismo separatista, para el cual el enemigo del pobre catalán es más el pobre castellano que el rico catalán.

Y, sin embargo, la esencia de España es la mezcla tanto con otros pueblos foráneos que por aquí pasaron como, lógicamente, entre nosotros. Cuando hoy se dice que Navarra tiene más en común con el País Vasco que con Castilla, sería bueno recordar algo de su propia historia. Tan intercultural hacia fuera, la izquierda ha comprado internamente, sin embargo, el discurso nacionalista del monopolio cultural. El caso del PSC en Cataluña resulta paradigmático [114] . La derecha nacional ha acabado asumiendo parecido planteamiento, sólo que para ello ha debido traicionar diferentes principios.

b) Izquierda y separatismo: las trampas de una alianza contranatura [115]

Ya en diciembre de 2014, Jürgen Habermas, un reputado filósofo faro intelectual de la izquierda europea, había equiparado a los nacionalismos de Cataluña, Escocia y Flandes con el movimiento del Frente Nacional francés de Marine Le Pen. Sin embargo, el separatismo catalán (asesorado por consultores de ficha elevada) ha logrado crear un relato exitoso tanto en España como en Europa que presenta a Cataluña como una nación de larga historia (más que España), injustamente oprimida, de autogobierno muy limitado, víctima del Gobierno español dictatorial y ladrón («España nos roba»). Un discurso basado en falsedades, pero que ha logrado convencer a muchos.

Gran parte de la izquierda se ha venido mostrando muy comprensiva y complaciente con el fenómeno nacionalista, con una sola condición: que no sea español. Francisco Frutos, exsecretario general del PCE y catalán, ha denunciado que «Podemos ha sido el palanganero del independentismo en Cataluña». Y en términos más generales la izquierda no ha tenido proble-

mas para gobernar con la derecha nacionalista catalana o vasca aunque sí y mucho con la derecha que representaría el PP. Y eso que la nacionalista sería en principio doblemente reaccionaria al proteger no sólo a las élites económicas sino a los territorios más ricos, provocando así una doble desigualdad. Del mismo modo, mientras se alentaba una determinada memoria histórica, se «olvidaba» la colaboración del PNV con el nazismo y el fascismo italianos, o que el nacionalismo vasco y catalán traicionaran al Frente Popular durante la Guerra Civil a pesar de que éste había indultado a Companys y sus cómplices y restablecido la autonomía catalana en 1936.

El secreto de esta colaboración entre especies opuestas vendría de cuatro trampas conceptuales que el separatismo ha sembrado para que la izquierda pique el anzuelo, y vaya si han picado. La primera trampa es la del «derecho a decidir». Se trata de un mero truco de hábil trilero utilizado por el separatismo para esconder el concepto «autodeterminación» que causaba más rechazo. Nunca han creído en ello. Es un mero instrumento para ampliar su base social o de complicidad. Mientras se hablaba de participación y derechos, se ponían en marcha estrategias para forzar al nonacionalista a elegir entre adaptación o exilio, reduciendo así el número de discrepantes. Nunca ha habido la más mínima intención en el separatismo de aceptar un resultado democrático adverso. Llegado el caso se cuestionarían los resultados o se propondría repetirlo hasta que lo consiguieran. Hay pruebas de ello: la reacción frente al referéndum del 1 de octubre, lleno de irregularidades, cuyos resultados no han sido reconocidos por ningún observador internacional; o la reacción ante las elecciones autonómicas de 2015, planteadas por ellos mismos como plebiscitarias, que perdieron por número de votos. Pero es que además el derecho a decidir lo reclaman los territorios más ricos. Sería como si la izquierda apoyara que las empresas del IBEX 35 decidieran en referéndum sus propias reglas, cuántos impuestos van a pagar ellos y cuántos deben pagar el resto.

La segunda trampa es una visión mágica y sesgada del diálogo: el «conflicto» (que ellos mismos han creado) se resolvería negociando un nuevo pacto, y si esto no se logra es culpa exclusivamente de la derecha española. En realidad, el diálogo ya tuvo lugar durante la transición, y nadie puede acusar ni la derecha ni a la izquierda de entonces de falta de cintura política o flexibilidad. Al contrario, el resultado fue uno de los Estados más descentralizados del mundo, ampliado año a año vía negociación de presupuestos o pacto de investidura. Lo que se ha dado es una violación y una deslealtad a ese pacto constitucional por parte del nacionalismo. De llegar a un «nue-

vo» pacto permanente con el Estado (incluso admitiendo el cupo catalán), los separatistas se arriesgarían a perder lo único que en realidad les importa: el poder. El votante nacionalista empezaría a exigirles responsabilidades de su gestión (no valdría ya acudir al chivo expiatorio de «la culpa es de Madrid») e incluso podría elegir otras opciones no nacionalistas que plantearan mejores fórmulas para mejorar su calidad de vida.

La tercera trampa-ficción es asumir que apoyando el separatismo se defienden derechos humanos y sociales. Es todo lo contrario, el separatismo conculca diariamente los derechos de la gente que no piensa como ellos. Una izquierda antisistema y anticasta en el resto de España apoya al sistema y a la casta separatista, la más nepotista, corrupta (con sagas familiares del 3%) y despótica de todas, cuyo objetivo es simplemente mantenerse en el poder *ad eternum,* sin alternancia. La izquierda está apoyando un sistema xenófobo y supremacista, que opera como una verdadera religión laica, con un control férreo de la sociedad, desde la escuela hasta los medios de comunicación, con medios de manipulación social propios de las épocas más oscuras de Europa y no de un sistema democrático. Romper un país con quinientos años no es un proceso sencillo, amable y sin costes. ¿Quién lleva sonriendo en Cataluña los últimos años? Sólo una parte y no precisamente los más desfavorecidos. No los miles de ciudadanos que hacen periódicamente las maletas porque no aguantan más, no los niños a los que se prohíbe hablar castellano incluso en el patio, no los comerciantes a los que se priva de rotular en castellano, no los que reciben insultos por no ser o pensar en clave nacionalista, no los condenados al silencio para poder sobrevivir. De todas las regiones de Europa con lengua propia sólo Cataluña excluye totalmente a la lengua del Estado como lengua vehicular del sistema educativo. ¿Consecuencias? Unos resultados educativos pésimos, de acuerdo a la evaluación PISA, y el deterioro de un instrumento cultural-económico de enorme importancia: la segunda lengua más hablada del mundo. Y todo esto afecta más negativamente a los más desfavorecidos.

La cuarta trampa, asumida más recientemente, es aceptar la engañosa tesis de que España no es un régimen democrático de derecho en el que impere la separación de poderes, sino una especie de régimen postfranquista, donde el Gobierno nacional actúa con violencia y sin respeto a los derechos fundamentales. El apoyo a esta tesis es muy grave, no sólo por su radical falsedad, sino también porque sirve para blanquear la estrategia impulsada desde las instituciones separatistas que persigue desacreditar internacionalmente a España para facilitar espuriamente el acceso a la independencia

siguiendo la llamada vía Kosovo. Una estrategia organizada, sistemática y violenta —la violencia no es sólo cometer delitos de sangre— para imponer la voluntad de una minoría sobre una mayoría silenciada, causando graves daños psicológicos, morales, económicos y sociales. Acciones que, de consumarse del todo, podrían ser encuadradas sin demasiado esfuerzo entre los crímenes contra la humanidad. De hecho, la izquierda española no tiene muchas dificultades en identificar a movimientos de corte parecido en Italia (la Liga Norte), como ultraderecha xenófoba. Se ve que se asume que España sigue siendo diferente.

Y mientras la izquierda anda enredada en esas trampas y contradicciones internas, el separatismo impone su propia agenda (más privilegios para los territorios ricos y romper el país) sobre la protección de la igualdad y de los desfavorecidos o la garantía del sistema de prestaciones públicas, que pasan a un segundo plano. De esta manera se pone en peligro la supervivencia del Estado de bienestar de todos y de todas las demás políticas de solidaridad. Sólo cabe esperar que estemos todavía a tiempo de que el encantamiento se rompa y la izquierda despierte de la pócima que ha ingerido. Porque España necesita a una izquierda, pero una de verdad, que tenga el coraje y la honestidad intelectual de defender de verdad la igualdad y el equilibrio entre territorios, y a las verdaderas víctimas del proceso, en lugar de servir de felpudo a los pirómanos que han provocado el fuego.

4.2. El misterio del cambio de opinión cuando se pasan los Pirineos

Se ha hecho poco hincapié en la curiosa y radical transformación que experimentan nuestros prohombres y «promujeres» de izquierda cuando viajan a Francia, como si se contagiaran o se curaran de una rara enfermedad, un verdadero «virus francés». Entonces olvidan todos sus apoyos a las reivindicaciones nacionalistas y regionalistas, se instalan contentos a vivir en París o en la campiña y se deshacen en halagos hacia el modelo francés, pasando por alto su carácter claramente centralista; el propio Picasso podría ser un buen ejemplo de ello. Sólo cuando están en España consideran fascista o de extrema derecha defender a la nación o sentir el himno nacional. Pasan la frontera, el aire les cambia y empiezan a entonar la Marsellesa, aunque no sea su himno; un pequeño detalle… sin importancia. Entonces no les importa incluso que dictadores como Napoleón también la hubieran cantado. Antes al contrario, muestran una extraordinaria habilidad en olvidar pasados errores de éstas y otras figuras del pasado, quedándose sólo con lo que interesa a la mayor *grandeur* de Francia. Vuelven a viajar al sur de

los Pirineos y entonces se pasan los días dándose golpes de pecho sobre lo malos que son «los españolistas».

África no empieza en los Pirineos pero ciertas contradicciones tal vez sí. Aquí, aliado del nacionalismo, amante de la diferencia y de los privilegios para los territorios más ricos (impuestos por cupo=privilegios por cupo), acomplejado de sentirse español, contrario a cualquier actividad de la policía que suene mínimamente a represora aunque sea contra terroristas, muy preocupado de los derechos de los delincuentes y poco de los de las víctimas, contrario a cualquier limitación de la inmigración, amante de la multiculturalidad y de la inmersión en lenguas autonómicas para el modelo educativo… Pasa los Pirineos y de repente se siente muy francés o francesa… sin serlo. Apoya con entusiasmo uno de los sistema más centralizados del mundo, olvidándose de repente que allí también viven catalanes y vascos, bretones y corsos. Le parece estupendo que el francés sea la única lengua vehicular para la educación e instrumento clave de la «gran» cultura francesa, de la que de repente se siente heredero, deudor y hasta propagandista oficial *gratis et amore* . Aplaude igualmente que el modelo educativo sea único para toda la república como instrumento para asegurar la igualdad y el laicismo. Apoya la firmeza de la policía francesa que abate a tiros, sin preguntar mucho, a los terroristas (y a algún rehén) que habían asesinado previamente a unos periodistas y algún policía (caso *Charlie Hebdo*).

Incluso alaba que el Gobierno francés haga valer las leyes de la república sobre los guetos de inmigrantes. Más contradicciones: mientras con ocasión de los atentados en Madrid del 11 de marzo de 2004 (193 muertos, 1858 heridos) la izquierda (¿española?) hizo responsable principal al Gobierno de Aznar, cercó las sedes del Partido Popular, exigió que no se suspendieran las elecciones generales y retiró las tropas españolas de Irak al día siguiente de ganarlas; tras el atentado del 13 de noviembre de 2015 en París (129 muertos, 300 heridos), desde las páginas de los principales diarios progresistas, se aplaudía cómo el Gobierno francés (de izquierdas) declaraba el Estado de emergencia, prohibía manifestaciones, cerraba fronteras, hablaba de acto de guerra y bombardeaba la ciudad de Raqqa, bastión del yihadismo islámico… Y ¿qué pasaría si Ceuta y Melilla fueran francesas? Pues hasta tal vez se encontraba otra manera de enfocar la cosa y acabar afirmando que la valla y la actividad de la policía resultaban un monumento indispensable para la defensa de los valores del republicanismo, del laicismo, de la igualdad de género la civilización occidental y a favor de una emigración ordenada y no por avalanchas.

¿Cuál es pues la solución? Simple. Que se aplique al sur de los Pirineos lo que se defiende al norte. Algunos intentos hubo en ese sentido, sobre todo a finales de la Guerra Civil y durante el exilio. Aunque a alguien le sorprenda, Negrín llegó a proclamar frente al subsecretario de Gobernación: *No estoy haciendo la guerra contra Franco para que nos retoñe en Barcelona un separatismo estúpido y pueblerino. De ninguna manera. Estoy haciendo la guerra por España y para España. Por su grandeza y para su grandeza. Se equivocan los que otra cosa supongan. No hay más que una nación: ¡España! (...) En punto a la integridad de España soy irreductible y la defenderé de los de afuera y los de dentro* (Cfr. J. Zugazagoitia, 1968, p. 155). ¿Qué pasó entre este diagnóstico y sentimiento —compartido por ejemplo por Azaña— y la declaración del Congreso del PSOE celebrado en Suresnes en 1974? Entonces se decía: *La definitiva solución del problema de las nacionalidades que integran el Estado español parte indefectiblemente del pleno reconocimiento del derecho de autodeterminación de las mismas que comporta la facultad de que cada nacionalidad pueda determinar libremente las relaciones que va a mantener con el resto de los pueblos que integran el Estado español* .

Es cierto que esta fórmula se planteaba como la mejor manera de mantener la unión del Estado federal resultante, pero sorprende el reconocimiento del «derecho de autodeterminación», un concepto que ya en esa época sólo se aplicaba a las colonias, y que por supuesto hubieran negado a sus regiones cualquiera de los invitados extranjeros de otros partidos socialistas, en especial el que ejercía de anfitrión: el francés.

4.3. La división ideológica como obstáculo a la unidad de la nación.

a) Enemiga de la derecha española y aliada de la derecha nacionalista

Otro de los elementos que convierten a la izquierda española en singular ha sido considerar tradicionalmente a la derecha como un enemigo irreconciliable. Esto empieza con la Segunda República donde los grupos de izquierda trataron de hacer todo lo posible para quitar su legitimidad democrática a la victoria en las urnas de la CEDA. La Guerra Civil dejó ciertamente heridas abiertas muy profundas, pero la solución no debió pasar por enquistarse en hacer que la sombra de Franco se extendiera sobre todo aquello que no pudiera considerarse de izquierdas o... nacionalista, llevando a la paradoja de preferir entenderse (y gobernar) con un partido de derechas vasco o catalán que si éste es... español.

Las elecciones de febrero de 1936 se vendieron como una victoria aplastante de la izquierda, legitimada entonces para emprender de una vez la revolución, aunque esa victoria distara de ser tan clara. Lo primero porque dentro de ese «Frente Popular» había un poco de todo, incluido el partido

de Azaña (que no era de izquierdas), y lo segundo porque, argucias de la ley electoral a parte, en número total de votos la derecha (4.464.648) había ganado al frente popular (4.305.400). Es más, de juntar todos los votos de unas y otras sensibilidades, el objetivo de una posible revolución socialista habría sido derrotada por ocho contra uno (cfr. S. de Madariaga, 1979, pp. 370-381).

No obstante, a fuerza de ser honestos esta postura no ha sido siempre históricamente tal ni ha abarcado a toda la izquierda. No lo fueron ni el PSOE de Besteiro, ni el PCE de Jesús Monzón en los años en los que él lo dirigió desde Francia y España (1939-1945), mientras el resto de los principales dirigentes (Carrillo y Pasionaria) se encontraban lejos y huidos. Con una visión poco común para la época, Monzón vio claro que el PCE debía separarse de la tutela de Moscú, y en contra de la posición oficial de Stalin, organizó a los comunistas españoles para entrar en la resistencia francesa contra Hitler. Pero lo que más importa a nuestro objeto: propuso crear la Unión Nacional Española —paradójicamente hoy sólo podría ser el nombre de un partido ultraderechista— que aspiraba a integrar a todos los sectores antifranquistas, desde la izquierda hasta la derecha. Para poder aceptar unos postulados semejantes, el PCE de Santiago Carrillo (que expulsó a Monzón y se dice que incluso mandó ejecutarlo), tuvo que hacer un recorrido de más de treinta años. Algo semejante cabe decir de Jesús Hernández Tomás, autor de *El orgullo de sentirnos españoles* , donde decía cosas como ésta: *El dilema no es fascismo o comunismo; el dilema es: o la supervivencia de un país democrático y civilizado como tal o su degeneración en tierra colonizada* (1938, p. 9*)* [116].

b) ¿Han sido tan diferentes la izquierda y la derecha españolas?

Veamos la siguiente frase expresada por un político relevante de la Segunda República española: *Frente a ese Estado estéril yo levanto el concepto del Estado integrador que administre la justicia económica y que pueda decir con plena autoridad: (...) no más 'lock-outs'* [117]*, no más intereses usurarios, no más fórmulas de capitalismo abusivo, no más salarios de hambre, no más salarios políticos no ganados con un rendimiento afortunado* ¿Quién pronunció tamañas palabras? ¿La Pasionaria? ¿Carrillo? ¿Negrín? ¿Largo Caballero?... No. Fue José Calvo Sotelo (el mismo que como ministro creó, contra fuertes presiones norteamericanas, el monopolio estatal del petróleo: CAMPSA), cuyo asesinato desencadenaría la Guerra Civil. Obvio es decir que afirmaba otras cosas que la izquierda no habría necesariamente apoyado: N*o más huelgas* , *No más libertad anárquica* , *No más destrucción criminal contra la producción* ... Pero lo cierto es

que la derecha española (radical) ha compartido con la izquierda (radical o no) su aversión al capitalismo y al liberalismo, un hecho que a menudo se olvida.

Si vamos a sus orígenes, la diferencia entre derecha e izquierda (radical) no está tan clara, y por esta vez no sólo en España. Así ocurrió con el nacimiento del nazismo, del fascismo e incluso de la Falange, los tres profundamente anticapitalistas; de hecho para José Antonio la camisa azul era proletaria. Todos ellos procedían del movimiento obrero —aunque aspirasen a sustituir al comunismo en su control— y al menos en un principio estuvieron cercanos a posiciones socialistas. De ahí el nombre Partido Nacional Socialista Obrero Alemán. Ello explica asimismo el pacto a que fácilmente llegó Hitler con Stalin (pacto Ribbentrop-Mólotov), roto luego por Hitler, no por los comunistas que apoyados por la mayoría de comunistas europeos parecían encantados. Pero es más, en un principio el partido nazi (antes de que Hitler asumiera el liderazgo) y el partido comunista alemán buscaron la manera de entenderse e incluso formar una alianza electoral.

Pretende obviarse del mismo modo que el propio franquismo introdujo reformas sociales que encajaban con lo que reclamaba la izquierda: la seguridad social, las pagas extras o una legislación laboral rígida y protectora... Incluso muchas de sus decisiones económicas claves también coincidían: como la importante presencia del sector público en la economía, especialmente en sectores estratégicos y en la banca (algo a lo que ahora pretende volver Podemos). De ahí que luego el PSOE, ya en el gobierno, pudiera paradójicamente llevar a cabo un importante plan de «privatizaciones» con el fin de reducir deuda y déficit, gracias a que el sector público de la economía heredado del franquismo era muy relevante. Por tanto, en términos estrictos, socialistas y comunistas estaban más cerca del franquismo de lo que a menudo están dispuestos a reconocer. Les sobraba la «persona» de Franco (es decir, no ser ellos los que ocuparan el poder) y el peso de la Iglesia. De hecho ya habían gobernado juntos bajo la dictadura del general Primo de Rivera. Otra cosa es que estén dispuestos a reconocerlo. A partir de la muerte del dictador, se impuso una clara estrategia (que difería de lo que ocurrió en la Alemania posnazi o en la Italia posfascista): acusar a la derecha española de ser más conservadora que las otras, aludiendo a su pasado (imborrable) franquista, sin decir palabra de que la izquierda española no había hecho la (re) evolución interna que se había producido en otros países tras la Segunda Guerra Mundial al «calor» de la Guerra Fría. De hecho, el

PSOE fue el último partido socialdemócrata occidental en renunciar formalmente al marxismo.

Y sin embargo España es uno de los pocos países europeos donde no existe un partido populista-radical de derechas de cierta relevancia, lo que no es el caso en el ala izquierda. Y a pesar de la imagen de «derechona», del «bigote», del «dóberman», UCD, primero, y luego el PP, han gobernado en España y en ninguno de los dos casos se han producido retrocesos mayores que cuando ha gobernado la izquierda. Es más, en algunos casos ha sido claramente al contrario. Por ejemplo, fue el PP el que eliminó el servicio militar obligatorio que se trataba de una vieja reivindicación de los jóvenes de izquierda (y... nacionalistas) aunque fuera en realidad una de las pocas políticas del Estado que servían para integrar a los jóvenes en un proyecto común sin entender de diferencias territoriales, de clase o ideológicas.

En todo caso, vivimos un espacio-tiempo no sólo posmoderno sino también «posideológico» donde la diferencia entre izquierdas y derechas, aunque pervive, está cada vez más matizada, confusa o (como el diablo) anida en los detalles, conformando una suerte de «pantano de eslóganes». Fidelino de Figueiredo, ensayista portugués, autor del libro *Las dos Españas,* decía a este respecto que *En España, derechas e izquierdas no significan lo que en todas partes se expresa con esa terminología parlamentaria, moderación o radicalismo... sino que responden (...) a dos opuestas actitudes en la apreciación de la historia nacional y (...) del futuro* [118]. Tal vez por ello España es el único caso de un país europeo donde la derecha e izquierda, pretendidamente civilizadas, no pueden gobernar juntas..., por el qué dirán. Si las divergencias no existen o son de menor entidad de lo que parecen, han de buscarse o fabricarse a toda costa, cueste lo que cueste, pues en ello va la propia supervivencia. ¿A quién beneficia este virus español? ¿A los trabajadores y a los más pobres? ¿O a los que quieren una España débil para poder destruirla?

5. EL FRACASO DE LA SEGUNDA REPÚBLICA:
LOS IGNORADOS ENEMIGOS INTERNOS Y EXTERNOS

5.1. Del confesionario al diván: la insufrible digestión del pasado

El final de la Segunda República y la Guerra Civil han supuesto un profundo trauma en este país. Pero como todos los traumas, su curación depende de enfrentar y asumir TODAS las causas que lo motivaron, aunque algunas sean dolorosas. La historia puede ser algo más compleja de cómo interesadamente unos u otros la presentan. Y si no hemos podido pasar página del todo es porque siguen existiendo sombras inadvertidas.

Sólo haciendo un análisis riguroso de todas las causas que determinaron el fracaso de la Segunda República se podrá evitar que un nuevo intento republicano en nuestro país (o nuestro propio régimen democrático actual) fracase de nuevo. Porque dentro de las razones del fracaso de la república se encuentra también la explicación de por qué el Gobierno del Frente Popular perdió la Guerra Civil, que parecía tener ganada (o así lo pensaban ellos) en un principio. Sin asunción de errores no habrá curación. Así que dejemos sentado que los promotores del golpe de Estado eran muy malos, y vayamos a los problemas internos que sufrió la república, tras iniciarse en medio del fervor popular y con el apoyo de la mayoría de militares que luego se alzaron contra ella: Sanjurjo fue clave en el advenimiento de la república, Mola nunca ocultó que era republicano y Franco sólo se apuntó al golpe con muchas dudas y en el último momento.

¿Por qué en 1931 casi todo el mundo apoyaba la república y en 1936 casi la mitad del país se levantó contra la otra? La monarquía de Alfonso XIII había acabado en un clima de desprestigio generalizado (probablemente de forma algo injusta), al que había contribuido la dictadura de Primo de Rivera, a pesar de que ésta en un principio hubiera sido recibida con parabienes incluso… por el propio PSOE, que llegó a participar en los primeros gobiernos. Tampoco pueden ignorarse algunos éxitos indudables de la España prerrepublicana: se había convertido en una nación industrial, había alcanzado el máximo nivel de población, había resurgido la cultura, el mundo académico gozaba de gran nivel, y el país participaba activamente en la política internacional y en la reconquista «espiritual» de América, tras los enfrentamientos enconados que habían rodeado la independencia (ver. S. Madariaga, 1979, p. 104). Todo ello además existiendo por medio unas elecciones municipales (las de 1931) en las que el mandato de cambio de régimen distaba de estar claro.

Pero nada de eso importaba: la república nacía como un hijo muy deseado que hizo olvidar todos esos logros. Entonces, ¿cómo se pudo dilapidar ese capital de inicio en sólo cinco años? El problema no fue la república sino cómo se gestionó. Faltaron grandeza de miras, sentido de Estado y personajes de suficiente nivel. Bueno a decir verdad sí hubo grandes hombres pero fueron poco a poco apartados de las responsabilidades de gobierno e institucionales, hasta el punto de que algunos acabaron apoyando a los insurgentes. Los problemas se plantearon muy pronto. Cinco meses después de su proclamación uno de sus padres intelectuales, José Ortega y Gasset («Un Aldabonazo», *Crisol* , 9 de septiembre de 1931), perdía la pacien-

cia y clamaba: *Una cantidad inmensa de españoles que colaboraron con el advenimiento de la república con su acción, con su voto o con lo que es más eficaz que todo esto, con su esperanza, se dicen ahora entre desasosegados y descontentos: «¡No es esto, no es esto!». La República es una cosa. El radicalismo es otra. Si no, al tiempo .*

Otros fueron algo más pacientes. Y así justo al año de nacer todavía otro de sus padres disculpaba sus errores, achacando su desorganización a la herencia recibida y pidiendo que la república no fuera objeto de *controversias pueblerinas* (cfr. Gregorio Marañón «Un año de república», *El Sol* , 14 de abril de 1932). Más tarde hasta el mismo Marañón perdería la paciencia. ¿Por qué? ¿Nada tuvo que ver en ello los que gestionaron la mayor parte del proceso? Es cierto que entre medias la CEDA ganó las elecciones, pero también que su líder Gil Robles no pudo ser nombrado primer ministro porque el presidente de la república, Niceto Alcalá Zamora, lo vetó. ¿Por qué pudo vetar al vencedor de las elecciones? Y ¿por qué a pesar de ello se produjo la rebelión de 1934 por la que se pretendía alterar el resultado de las urnas por la violencia?

Lo cierto es que poco a poco la república como régimen se fue identificando «exclusivamente» con las fuerzas de izquierdas o radicales, o como mucho con los participantes en el Frente Popular, es decir sólo con una parte de la sociedad, pasando el resto de los partidos a ser tomados como sospechosos o potenciales traidores. En otras palabras, se dio por supuesto que «no podía/debía haber» republicanos de derechas, aunque éstos se presentaran a las elecciones y las ganasen. Acudamos de nuevo a las voces autorizadas de Ortega y Marañón: «*¡No falsifiquéis la república! ¡Guardad su originalidad! (...) ¿Cuál es la república auténtica y cuál la falsificada? ¿La de derecha, la de izquierda? (...) ¿Qué es la derecha y la izquierda en la política alemana o inglesa o rusa de la fecha actual? Para un liberal, un bolchevismo es derecha, para un conservador del siglo* XIX *—el siglo de derechas e izquierdas— el fascismo es izquierda. No sirven, no sirven, pues estos vocablos* (Ortega, «Un Aldabonazo», 1931). *En torno a la república se trata de perpetuar en España la lucha tradicional, no entre derechas e izquierdas, como ligeramente suele decirse, sino entre energúmenos y hombres sensatos, que son los que hoy se oponen entre sí cualquiera que sea su filiación* (Marañón, «Un año de república», 1932).

Pero además de la patrimonialización de la república por una parte de la sociedad (eso que se ha dado en llamar «sectarismo»), hubo otros enemigos internos (radicalidad, caos, enfrentamientos internos y la traición de los nacionalistas) y externos (la estrategia activa y pasiva de las potencias europeas) que han sido normalmente ignorados.

5.2. Radicalidad, caos y enfrentamientos

Hubo tres enemigos internos (además de los golpistas) que determinaron el fracaso de la república y…, hasta su derrota en la guerra: separarse de la sensatez inicial, los conflictos internos entre los bandos propios y el caos reinante. El principal de ellos fue separarse de la política sensata que encarnaron los «tres tenores» ideológicos: Ortega, Marañón y Pérez de Ayala. Decía Antonio Machado el 14 de febrero de 1931 (dos meses exactos antes de la proclamación de la república): *La revolución no consiste en volverse loco y lanzarse a levantar barricadas. Es algo menos violento, pero mucho más grave. Rota la continuidad evolutiva de nuestra historia, sólo cabe saltar hacia el mañana, y para ello se requiere el concurso de mentalidades creadoras, porque, sin ellas, la revolución es catástrofe. Saludemos a estos tres hombres del orden, un orden nuevo, Ortega, Marañón y Pérez de Ayala* [119]. Los tres encabezaron el movimiento republicano y regenerador en 1931, y los tres se sintieron traicionados *no es esto…, no es esto* , pasando finalmente incluso algunos a apoyar al bando nacional. ¿Alguien de una vez va a analizar por qué?

Sin negar la evidencia de la insurrección armada a manos de una parte del Ejército, lo cierto es que una parte relevante del Frente Popular había quedado ingenuamente seducido por el supuesto éxito de la Revolución soviética y comenzó a dejarse utilizar por Stalin, sin darse cuenta que para él éramos un mero peón en un tablero de ajedrez. La idea (de Stalin) era aprovechar el golpe militar para imponer por la fuerza un régimen socialista. Que este planteamiento era algo más que una hipótesis malintencionada se demuestra por ejemplo en que Largo Caballero vetara un gobierno de orden presidido por Prieto en 1936, dando así por muerta la república democrática y optando por la conquista directa del poder por el proletariado. Santiago Carrillo había declarado públicamente en 1933 que las derechas les «habían robado» las elecciones, lo que sólo les dejaba abierta la vía de la insurrección para conquistar el poder (cfr. sendos artículos publicados en *El Socialista el* 23 y 25 de noviembre de 1933). Es verdad que luego cambiaría y sería clave en el clima de concordia que presidió la transición, pero también es cierto que ese cambio no nacía de una asunción pública de los errores pasados, que sin embargo sí se le reclamaba a la derecha. Prieto, en una excepción que le honra (aunque luego otros se le unirían), en 1942 se declaró culpable de participar en el movimiento revolucionario de 1934, considerándolo un claro error y un exceso injustificable, más allá de que hoy pueda considerarse (Pío Moa) o no (S. Juliá) el verdadero inicio de la Guerra Civil.

En segundo lugar, existieron fuertes disensiones internas, enfrentamientos (en ocasiones a muerte) entre comunistas, anarquistas, socialistas, «supuestos» moderados (esencialmente Azaña) y los nacionalistas. La izquierda española vivió durante los años treinta del siglo XX una guerra soterrada entre el PSOE y el PCE, e incluso dentro del primero. La radicalidad de uno llevaba a la radicalidad del otro para que no le pisara el terreno. Sólo así se explica la conversión de Largo Caballero desde el pragmatismo de pactar y colaborar con el dictador Primo de Rivera a convertirse en el «Lenin español»: *La circunstancia que hizo inevitable la guerra civil en España fue la Guerra Civil dentro del partido socialista* (S. de Madariaga, 1979, p. 280).

Para ello podemos acudir a un testigo nada sospechoso de derechista: J. Zugazagoitia un estrecho colaborador de Negrín que lamentablemente acabaría siendo fusilado por el bando franquista. En un libro de lectura esencial (1968) describe cómo, desencadenado ya el golpe y con la guerra en su apogeo, cuando la unidad de visión y acción resultaba esencial, ésta no fue la regla sino la excepción entre los partidos del Frente Popular. Los enfrentamientos fueron constantes incluso entre las máximas autoridades de la república y del Gobierno: Largo Caballero contra Besteiro, Azaña contra Negrín. Los dos últimos discutían los últimos tiempos de la Guerra Civil por todo, incluso en torno a la necesidad de firmar la paz con los sublevados [120] . El general Rojo y el Ministro de Defensa Prieto la daban por perdida. Sólo Negrín decidió continuar y resistir hasta el final. ¿Heroísmo o locura?

Finalmente, todo degeneró en caos, ausencia de disciplina y falta de control. El propio Azaña incluía entre los enemigos de la república a *los desmanes, la indisciplina y los fines subalternos que han menoscabado la reputación de la república y la autoridad del gobierno* (1980, p. 140). Cabe citar el caso (que no fue un hecho aislado) de García Atadell —un criminal sanguinario que estaba al frente de la Milicia de Investigación Criminal— que eliminaba fascistas (reales o supuestos) en la retaguardia después de expoliarlos e intentar huir con el botín (J. Varela Ortega, 2013, pp. 326-327). El problema no eran sólo los excesos, es que éstos no eran en beneficio del Ejército republicano, sino que los beneficiarios eran los propios agentes del expolio, y en su caso las múltiples organizaciones sindicales y partidistas que pugnaban por su cuota de poder e interés propio. El propio Azaña sostenía que: *El predominio del espíritu sindical lastraba el esfuerzo de la guerra (...) Tal es ahora el fruto de la revolución: desbarajuste, despilfarro de tiempo, de energía y de recursos y un Gobierno paralítico. Para la guerra desastroso* (1980, p. 131).

En ese contexto, el coronel Casado (republicano) decidiría llevar a cabo el «otro» golpe de Estado interno, del que menos se habla, con Azaña en exilio de París y Negrín en el sur. Una vez asegurada su autoridad sobre los restos de la república, ofreció la paz con unas condiciones razonables que Franco, viéndose ya claro vencedor decidió, al parecer con algunas dudas iniciales, no aceptar (ver J. Zugazagoitia, 1968, pp. 224-292). Lo cierto es que las tropas de Franco entraron en Madrid el 28 de marzo sin disparar un solo tiro, eso sí en medio de un silencio sepulcral, nada que ver con la algarabía con que fueron recibidas en Barcelona.

5.3. La olvidada traición del nacionalismo

La historia la cuentan los que obtienen el púlpito o tribuna adecuados para hacerlo. Por eso, resulta difícil que oigan o lean de ningún historiador que proceda de tierras vascas o catalanas —o que pretenda hacer negocios con ellos, que tanto da— describir cuál fue el verdadero papel que desempeñaron los nacionalistas en el fracaso de la Segunda República y en su derrota en la Guerra Civil. ¿Creen que se trata de paranoias? En lo único en que estuvieron de acuerdo Prieto, Azaña y Negrín fue en hacer frente a la traición, que los tres reconocieron en plena guerra, del nacionalismo catalán y vasco. Negrín llegó incluso a manifestar que no dudaría en ponerse a *gritar en la plaza de Cataluña que si la guerra se pierde, se perdería principalmente por la conducta insensata y egoísta de Cataluña* (J. Zugazagoitia, 1968, p. 44). Por esto mismo decidió Negrín trasladar el Gobierno a Barcelona con el objetivo de incorporar de forma sincera a Cataluña a la guerra. El Parlamento nacional llegaría a reunirse en la abadía de Montserrat.

Pero no sólo Negrín. Acudamos una vez más a las palabras de uno de los mayores defensores del primer Estatuto de autonomía catalán de la historia: Manuel Azaña, que manifestaba por boca de su *alter ego* Garcés en *La velada de Benicarló* (1980, p. 141): *Los periódicos, e incluso los hombres de la Generalidad, hablan a diario de la revolución y de ganar la guerra. Hablan de que en ella interviene Cataluña no como provincia sino como nación. Como nación neutral, observan algunos. Hablan de la guerra en Iberia. ¿Iberia? ¿Eso qué es? Un antiguo país del Cáucaso... Estando la guerra en Iberia puede tomarse con calma. A este paso, si ganamos, el resultado será que el Estado le deba dinero a Cataluña (...) Cataluña ha sustraído una fuerza enorme a la resistencia contra los rebeldes y al empuje militar de la república.*

¿Y el nacionalismo vasco? Cabe recordar que entonces no existía todavía ETA ni nada que se pareciera a Batasuna y a sus siglas hermanas. El PNV lo copaba todo. ¿Y qué hicieron los fieros *gudaris* vascos? Pues, cómo no, trai-

cionar a la república pactando con los fascistas italianos su rendición, e incluso facilitándoles la vía por la que debían atacar a los republicanos. De los 100.000 miembros del Ejército republicano del norte, 30.000 eran nacionalistas vascos o afines. No dudaron en sabotear el contraataque republicano. Así pagaron los esfuerzos de la república para aprobar el estatuto de autonomía y tolerar múltiples desplantes y afrentas varios durante los años que duró. Lo más relevante de esta traición es que cuando el Ejército republicano se replegó sobre Santoña todavía tenía posibilidades de dar la vuelta al frente del norte y con él a toda la Guerra Civil. Franco admitió que la rendición de Santoña supuso la clave para decantarse la guerra a favor de los sublevados.

Y todo ello sin entrar en el asunto espinoso de las relaciones del nacionalismo vasco con el nazismo alemán. Sobre este aspecto me remito a la excelente película-documental *Una esvástica sobre el Bidasoa,* de Javier Barajas y Alfonso Andrés Ayarza, que se estrenó en 2013, y que no sólo no ha recibido ningún Goya a pesar de su indudable calidad y valentía (¿les sorprende?), sino que resultó enormemente difícil de ver incluso en Madrid. Es más, si su comportamiento en el campo de batalla fue poco honorable, a veces se olvida que el nacionalismo vasco y catalán trataron (una vez más y en plena Guerra Civil) pactar cada uno por su parte con Inglaterra y Francia para separarse de España. Negrín logró parar esas maniobras, que en cualquier caso, no obtuvieron gran eco. Lo que sí hubo fueron planes de Francia para intervenir directamente, aprovechando la debilidad de España. ¿Para apoyar a la república, ya moribunda? No amigos, con el ánimo de anexionarse directamente Cataluña, Baleares y Marruecos. La neutralidad de Franco en la Segunda Guerra Mundial y la rápida derrota de Francia a manos de los nazis impidieron esos planes. Con esa tropa ¿alguien en su sano juicio realmente pensaba que la República podía ganar la guerra?

Sin embargo lo más sorprendente es que con estos antecedentes la izquierda española haya considerado al nacionalismo vasco y catalán como la derecha moderna con la que se podía/debía pactar en diversos momentos de nuestra joven democracia (mucho más si se trataba de grupos separatistas… de izquierda). La derecha nacional también lo ha hecho (con PNV y CiU), pero ellos podían alegar ingenuidad o ignorancia. Tal vez todo se deba a que España, a diferencia de Roma, sí paga a traidores. O porque, aunque se sea ateo y de izquierdas, se siga interpretando de forma excesivamente literal aquello otro de *poner la otra mejilla*… cuando te han partido reiteradamente la otra, según quién sea el que ose hacerlo. Ya puestos, mejor sería

aplicar otra frase de los Evangelios que recomienda *ser mansos como palomas, pero astutos como serpientes* .

5.4. La traición de las potencias europeas

La constante de nuestra historia es que mientras otros estaban interesados en debilitarnos, dividirnos o utilizarnos, nosotros les facilitábamos el trabajo peleando entre nosotros. El culmen de esta postura ingenua, insípida y estúpida fue nuestra (¿última?) guerra civil. El propio Azaña llega a afirmar por boca una vez más de Garcés lo siguiente: *Enumerados por orden de importancia, de mayor a menor, los enemigos de la república son: la política franco-inglesa; la intervención armada de Italia y Alemania, los desmanes, la indisciplina y los fines subalternos que han menoscabado la reputación de la república y la autoridad del Gobierno; por último, las fuerzas propias de los rebeldes. ¿Dónde estarían ahora los sublevados de julio, si las otras tres causas, singularmente la primera, no hubiesen obrado a su favor?* (...) *Todos engañan y casi todos se engañan (...) La cantinela de las* ideologías *es un engañabobos. Están en litigio intereses nacionales, está en litigio la seguridad de unos, la preponderancia de otros (* M. Azaña, 1980, pp. 104, 108).

No se trata de quitar dramatismo a la Guerra Civil, sus numerosas víctimas mortales —en los que cabe incluir a los de la División Azul que murieron en la estepa rusa heroicamente, pero defendiendo no se sabía muy bien el qué— y los casi 400.000 españoles que marcharon al exilio. Se trata de profundizar en el sentido y sinsentido de este conflicto, precisamente para ver quiénes salieron ganando con él, mientras otros se quitaban la vida mutua y estúpidamente. Una vez más, cuando se analizan las causas de un conflicto hay que preguntarse: *Cui prodest.* ¿A quién benefició? A España, no ciertamente. Ni siquiera a sus vencedores.

Madariaga afirmaba que en la guerra civil peleaban dos Franciscos entre sí y otro tercero que ya había perdido antes y después de la guerra. Francisco Largo Caballero y Francisco Franco eran obviamente los que estaban en conflicto, mientras Francisco Giner de los Ríos era el que representaba a la España de la transacción razonable y el acuerdo mutuo, de la paz y la paciencia, la España real (S. de Madariaga, 1979, pp. 407, 408, 410, 458). Los dos primeros tenían más de un punto en común en lo fundamental: no estaban dispuestos a que ganaran los otros las elecciones. Uno se dejaba asesorar por Stalin (existen cartas al respecto) y el otro influir por los fascismos de la época. Uno y otro posteriormente renegaron de tales influencias extranjeras, eso sí cuando ya era tarde para darse cuenta de que los españoles habíamos dejado pasar la oportunidad, una vez más, de progresar todos juntos. Habíamos sido tan ingenuos como para ofrecernos gratis como la-

boratorio para que otras potencias extranjeras pudieran llevar a cabo ensayos de tiro (y de otro tipo) en su beneficio. Ellos ganaban, nosotros (todos) perdíamos: *La invasión extranjera es un hecho español. No lo olvidemos. Una porción de españoles ha pedido y admitido la entrada de los ejércitos extranjeros. De otra manera, no habría invasión. Con tal de reventar a los demás compatriotas, entregan la Península a un conquistador. Fuera de España el caso no tiene semejanza en la historia contemporánea (* Azaña, 1980, pp. 109, 110). Aquí sí que cabría decir eso de: «¡Nunca más!».

Se ha dicho a este respecto que la influencia de las tropas alemanas e italianas (y sus Gobiernos) fue a la postre más determinante que las soviéticas (y su Gobierno). Puede ser, aunque los carros de combate facilitados por los soviéticos a la república, los T-26, eran superiores a los que alemanes e italianos suministraron a Franco; otra cosa era ciertamente la aviación [121] . En todo caso, el comportamiento de los rusos distó de ser ejemplar, cayendo más en la traición múltiple que en el apoyo leal, como demuestra su participación en diversas conspiraciones, entre otras la del hundimiento del buque Ciscar, o su actitud con el «depósito» de las reservas de oro del Banco de España que nunca devolvieron: un hecho por cierto por el que nadie ha pedido reclamación de daños y perjuicios ¿será por falta de memoria histórica? Por no hablar del yate Vita, cuyo cargamento de oro, plata, joyas y obras de arte también desapareció en México (donde ejercía de embajador Indalecio Prieto), y que fue mal vendido a la Armada de los Estados Unidos en 1942. Jesús Hernández, miembro del PCE desde su inicio y ministro en los Gobiernos de Largo Caballero y Negrín escribiría desde el exilio *Los comunistas nos condujimos] como un ejército prusianizado a las órdenes de Moscú, sin más jefe ni más dios que Stalin* (1974, p. 10).

Lo curioso de esta situación (si no fuera también patética) es que, mientras en España se suponía que se enfrentaban el comunismo (apoyado por Stalin) y el fascismo (apoyado por Hitler), Alemania y la Unión Soviética entablaban conversaciones para celebrar un tratado de no agresión, el famoso acuerdo Ribbentrop-Mólotov firmado el 23 de agosto de 1939, donde directamente se repartieron Europa en zonas de influencia. Es decir, una vez más hicimos el ridículo con un montón de tontos útiles haciendo el juego a intereses extranjeros sobre la sangre de hermanos, vecinos y compatriotas.

Y sin embargo la España real no es la que reflejó una guerra impulsada por intereses foráneos. Tal vez bastaría con reconocer el valor esencial del principio (del mejor liberalismo político) de que no existe democracia sin la

aceptación de la necesidad del adversario y sin el objetivo permanente de que éste no se convierta en enemigo. Por encima y por debajo de la imagen de las dos Españas enfrentadas sobresalen (aunque a alguno le interese ocultarlo) las numerosas personas que fueron capaces de mantener la unión y la amistad al margen de sus diferencias ideológicas. Justo lo que significa ser compatriotas, aunque algunos no acaben de entenderlo. Incluso hasta hace poco no se pudo publicar un libro que afirmara en público lo que es un hecho probado: que García Lorca y José Antonio Primo de Rivera eran amigos; los dos asesinados curiosamente por distinto bando, pero de parecido modo y razón (Jesús Cotta, *Amistad y muerte de Federico y José Antonio,* publicado en el año 2015*)* .

Entonces, ¿de qué estamos hablando? ¿A quién beneficia, queridos ingenuos, esta diatriba sobre si son galgos o podencos? Al ladrón que nos quiere robar la bolsa mientras nos peleamos entre nosotros. Un hecho evidente es que la gente puede (tiene derecho a) cambiar de ideas para un lado y para otro, por tanto mejor respetarnos y respetar lo que nos une y lo que permite que ese cambio sea posible. Ya va siendo hora de superar esa fase maniquea de buenos (los míos) y malos (los otros) y buscar puntos de encuentro estables y consolidados para hacer más grande a este país con el concurso de todos. Cada vez que dos españoles se pelean alguien se ríe de nosotros y se frota las manos. ¡A ver si lo tenemos claro de una vez!

110 Ver Alberto G. Ibáñez «El rey Egica, el primer Fernando VII. El triunfo del sectarismo como origen de la decadencia española», *El distrito* , 4 de marzo de 2016 (http://www.eldistrito.es/rincon-de-historia/rey-egica-primer-fernando-vii). Una de las originalidades del sistema sucesorio de los reyes visigodos era que aunque, formalmente hereditario, no tenía por qué recaer en un hijo/a del rey. Cuando muere el rey Ervigio (que gobernó del 680 al 687), hereda el trono su yerno Egica (casado con la hija del primero Cixilo), que era a su vez sobrino del depuesto rey Wamba y, por tanto, enemigo potencial de Ervigio. Y todo ello en detrimento de los hijos varones mayores de Ervigio. La razón es que éste trataba así de restañar heridas y reconciliar a las diversas familias. Pero Ervigio supedita la sucesión a dos juramentos en los cuales Egica promete, en primer lugar, llevar

la justicia a la patria y gentes del reino, y en segundo respetar los bienes y las vidas de su familia política cuando llegara al trono. Lo primero que hace éste cuando reina es convocar el XV Concilio de Toledo para que le liberara del juramento. El concilio sólo cede parcialmente a los deseos del rey afirmando que deben respetarse los dos juramentos, aunque en caso de conflicto debe prevalecer el primero. Esto es utilizado hábilmente por Egica para volverse contra su familia política y sus partidarios, despojándolos de sus bienes y repudiando incluso a su propia mujer.

111 Sin ir más lejos, Henrique Florez, sacerdote agustino, doctor y catedrático de Teología en su libro sobre la España sagrada hizo interesantes aportaciones geográficas y científicas para la época (H. Florez, 1754, pp. 40-100). Recoge el hecho de que el concepto de división metropolitana (procedente del griego *Metron* (medida) y *polis* (ciudad) ya se utilizaba por las primeras sedes (o sillas) de la dignidad sacerdotal en tiempos de S. Isidoro (H. Florez, 1754, p. 129).

112 El Obispo José María Setién, que luego se convertiría en portavoz nacionalista y defensor de los separatistas, originariamente fue recomendado por el Opus Dei para convertirse en obispo, todavía en época de Franco, considerado entonces como *casi un perfecto franquista* (A. Baeza, 1996, p . 419). Nada es lo que parece… mucho tiempo.

113 El periodista Álvaro Baeza analizó en 1996, en un libro titulado *ETA nació en un seminario* , la génesis de ETA y la influencia que en ella tuvieron en un principio las Hermandades Obreras de Acción católica y Juventudes Obreras Católicas (p. 99). Primero surgió EKIN («Actuar» en vasco, en 1952) como organización juvenil, originariamente con nueve miembros, la mayoría estudiantes de la Universidad de Deusto que pertenecía a la Compañía de Jesús, hecho no baladí. Luego EKIN, en 1959, se convertiría en ETA. Su fundación tuvo lugar en el Seminario de Derio y en el convento benedictino de Lazcao, protegido por un grupo de curas vascos (pp. 105, 280). Su famosa V Asamblea se celebró en dos fases: la primera en la Casa Cural de Gaztelu, Guipúzcoa, en diciembre de 1966; y la segunda, en plena Semana Santa de 1967 en la Casa de Ejercicios Espirituales de Guetaria, de la Compañía de Jesús de Iparralde (p. 132). En 1960, de los 500 miembros y colaboradores de ETA, más de 370 eran religiosos o miembros de la Acción Católica (p. 300). Y en 1962 eran ya más de 520 religiosos los que colaboraban con ETA. Uno de los primeros líderes y de los más agresivos era «Txikia», un benedictino. Incluso algunos miembros de ETA llegaron a

pertenecer al mismo tiempo al Opus Dei, como el comando que atentó en 1970 contra el periódico *Pensamiento navarro* (pp. 447, 448).

114 Ver Ramón Marcos, «Un diagnóstico preliminar: las razones del éxito del nacionalismo disgregador en España» en Alberto G. Ibáñez y Ramón Marcos Allo (coords.), 2014, pp. 25-64. Ver también entrevista en el periódico *El Mundo* , 21 de noviembre de 2005, bajo el titular «El Estatut no beneficia a los catalanes, sólo refuerza el poder de sus políticos».

115 Este apartado responde al contenido de una tribuna publicada en *El Español* el 13 de noviembre de 2017 por Alberto G. Ibáñez y Ramón Marcos

116 Fue ministro en la República, y comisario de guerra en la zona Centro-Sur. En 1953, desde el exilio, crearía el Partico Comunista Español independiente, por discrepancias con la dirección del PCE.

117 «cierres empresariales»

118 Sin necesidad de hablar del crepúsculo de las ideologías, John Gray, en 2008 (*Misa negra: La religión apocalíptica y la muerte de la utopía*) declaró la muerte de todas las utopías que habían dominado el siglo XX . Aunque todavía se mantenga que la principal fuente de gradiente ideológico en nuestras democracias occidentales es el tratamiento político dado a cuestiones que la preservación del Estado de bienestar plantea Ccfr. Gösta Esping-Andersen y Bruno Palier, 2010), al menos en nuestro país las diferencias más sustanciales se centran en una cierta visión de la historia cercana o lejana, así como en la justificación (o no) de las pretensiones por una parte de los nacionalistas de contar con determinados privilegios o un Estado propio.

119 Cfr. mitin que tuvo lugar en el teatro Juan Bravo de Segovia el 14 de febrero de 1931, con motivo de la fundación de la «Agrupación local al servicio de la República».

120 Prieto, Azaña y Negrín no sólo discutían por la marcha de la guerra con los sublevados, sino por reparto de cuotas de poder y hasta por discusiones banales sobre miserias familiares. Por ejemplo, Azaña estaba empeñado en colocar a su cuñado Ricas Cherif, mientras las tropas nacionales iban ganando batallas.

121 Este hecho es independiente de que los nacionales consiguieran apoderarse de muchos de estos T-26, acabando al final de la guerra teniendo más que los propios republicanos. No se entiende sin embargo por qué el Ejército de la república no trató de hacerse con los aviones alemanes a pesar de que el principal campo de aviación lo tuvieran situado durante toda la guerra a pocos kilómetros de Madrid, más concretamente en Ávila.

VIII.
LA LEYENDA NEGRA AL SERVICIO DEL SEPARATISMO

Aquí no hay provincia, aquí no hay más que nación; hay diputados por (...) mas no de. Bien podemos decir que los hombres tienen más cariño a su tierra a medida que son más incultos e ignorantes

Antoni Capmany, diputado catalán en las Cortes de Cádiz

Todo reino dividido contra sí mismo queda asolado, y casa contra casa, cae (...) Cuando uno fuerte y bien armado custodia su palacio, sus bienes están en seguro; pero si llega uno más fuerte que él y lo vence, le quita las armas en las que estaba confiado y reparte sus despojos

San Lucas (cap. 11, ver. 17, 21, 22)

1. FALACIAS Y MISTIFICACIONES NACIONALISTAS: LAS LEYENDAS DORADAS CATALANA Y VASCA

El nacionalismo es consciente de la importancia de manipular la historia para crear un pasado «mítico» que sirva para legitimar sus pretensiones. Se trata de crear mitos como píldoras mágicas de autoestima extra, dirigidos a contrarrestar la inseguridad sistémica del individuo y los colectivos, asegurándoles que aunque estén en paro o enfermos, sus hijos o sus cónyuges no les quieran, o se sientan solos o fracasados..., «en realidad» pertenecen a un pueblo de pasado glorioso que es mejor, mucho mejor, que sus vecinos a los que se convierte en prototipo de todos los males. Esta mercancía propia de libros de autoayuda o de un mercadillo de libros de todo a cien resulta de fácil, atractivo y gratuito consumo, y conecta con el espíritu de la época de la cultura del «*easy-going* o del pensamiento débil.

Por ello se diseña «otra» leyenda negra, también falsa e interesada, creada primero esporádicamente, a partir del siglo XIX , y luego ya de forma constante, intensa y espuria a partir de la transición democrática de 1978. Esta leyenda «interna» trata de presentar una imagen de España —de Andalucía o de Castilla, si tocaba, o ahora más modernamente simplemente de «Madrid»—, con todos los defectos posibles: atrasados, cutres, agresividad, violencia... A la que se contrapone una leyenda propia que convierte por arte de birlibirloque a Cataluña o el País Vasco en el culmen de todas las virtudes posibles: industriosos, modernos, liberales, auténticos.... Como consecuencia, aparecen tres leyendas: una negra «interna» para España y dos áureas o doradas para País Vasco y Cataluña.

¿Cómo hacer que una mentira parezca verdad? Contándola mil veces con seguridad e insistencia. La estrategia en el fondo es la misma técnica que ya hemos visto en el caso de nuestros competidores externos, pero llevada al extremo: se magnifican los errores ajenos, se esconden o disfrazan los propios, y se falsifica la historia a conveniencia, cambiando si es menester las fuentes, seleccionando interesadamente los hechos e incluso llegando a alterar arteramente escritos y documentos.

El nacionalismo vasco ha llegado a esconder las obras más racistas (e intelectualmente lamentables) de su fundador Sabino Arana, creando con este propósito una fundación-fortín para ello. Como ha alterado, sin despeinarse, el destinatario de la composición del cantautor guipuzcoano José María Iparraguirre, quien desde su exilio en Hendaya cantaba a «España» diciendo que *no había tierra mejor en toda Europa* , sustituyéndola en su lugar arteramente por «Euskadi» (cfr. F.G. de Cortázar, 2003, p. 73). Se oculta igualmente que lo que ha existido es una comunidad lingüística que debería llamarse Vasconia, por el uso de la lengua vasca, pero que nunca ha formado históricamente ni un pueblo, ni una comunidad política separada de Francia o España. Y se esconde asimismo el hecho de que el País Vasco ha formado parte durante siglos con toda naturalidad y sin violencia no sólo de España sino del propio Reino de Castilla.

En cuanto a Cataluña, se disfraza su caída dentro del Imperio musulmán, como el resto de España, o su participación entusiasta junto a todos los demás en la Reconquista, así como los tantos y tantos años bajo la corona aragonesa y luego española. Se oculta del mismo modo que el nombre de Cataluña no aparece en realidad hasta 1114 con Ramón Berenguer III y que fue poco después, en 1150, cuando Ramón Berenguer IV (1113-1162), conde de Barcelona, Gerona, Osona, Cerdaña y Ribagorza (esos eran los condados catalanes), decidió sin dudarlo mucho cambiar su título de conde por el de *princep* de Aragón, aceptando incorporar sus condados al Reino de Aragón que regía Petronila (hija del rey Ramiro el Monje) a cambio de que su hijo Alfonso II (1157-1196) fuera rey de Aragón. Este reino, andando el tiempo, abarcaría Valencia, las Mallorcas, Barcelona, Sicilia, Cerdeña, Nápoles, el Rosellón y la Cerdaña. Se trata de borrar cualquier traza de que la unión con Aragón y con España entera ha sido lo normal en su historia.

2. EL MITO VASCO: UN INVENTO MUY MODERNO QUE PASA POR EL MÁS ANTIGUO

2.1. Cómo pasar del amor (real) al odio (artificial) en diez años

Hasta finales del siglo XIX ni existía el término «País Vasco o Euzkadi» ni se había planteado en España ningún partido ni fenómeno nacionalista vasco. Su creador Sabino Arana prefería utilizar «Euskeria» y su idea originaria era crear un nacionalismo exclusivamente en torno a Vizcaya. Así de desarrollado estaba el proyecto nacionalista. ¿Y antes? Sólo a partir (como mucho) del siglo XVI se hablaría de Euskal Herria, pero con ningún significado político, como se defiende ahora, sino meramente cultural, al fin de designar aquellos territorios donde se hablaba el vasco o, más bien, las distintas versiones y lenguas vascas que siempre ha habido. ¿Y más recientemente? Sólo algunas revueltas carlistas (no sólo limitadas por cierto a las provincias vascongadas, así llamadas con naturalidad por todos) que reclamaban un cambio en la monarquía española, la vuelta al Antiguo Régimen y la desaparición del liberalismo.

Sin embargo, la reciente historiografía separatista vasca ha llevado la exaltación legendaria de sus orígenes propios a niveles que rozan el paroxismo. Para el mundo nacionalista Túbal habría llegado en efecto a la Península…, pero hablando vasco. No contentos con ello, luego, con toda naturalidad y como quien no quiere la cosa, se le cambia de nombre porque eso de Túbal se ve que no sonaba suficientemente a vasco. Se le sustituye (no es broma) por un nuevo fundador más moderno y no menos legendario, apodado, como no podía ser de otra forma, «Aitor», que habría extendido sus dominios ¡hasta Cantabria! Podría ser un chiste, pero lamentablemente hay quien ha gastado tinta en defender tal hipótesis, concretamente el vasco francés Joseph Augustín Chacho, en su obra *Aitor, legende cantabre* , de 1843. En la misma línea: *Se ha transmitido una cierta idea del aislamiento de los territorios de Vasconia, impermeables y autárquicos… Nada más alejado de la realidad, particularmente en lo que se refiere a la época romana* (cfr. I. Bazán, 2002, p. 96).

Y ¿en qué consistían los fueros vascos? Cabe recordar a este respecto la utilización torticera de la institución tradicional de la nobleza de sangre, convertida en una herramienta política con la que contentar o pagar favores a ciertos territorios. Éste fue el caso de la llamada «nobleza universal» que durante siglos (desde el siglo XV hasta 1876 en el caso de Vizcaya) formó parte de los fueros de Guipúzcoa y Vizcaya. Los nacidos en estas regiones sin más prueba que la presunción de que sus antepasados, por tres generaciones, también procedían de ese lugar, pasaban a ser considerados automáticamente «hijosdalgo». Esta condición llevaba aparejada ciertos privilegios respecto al resto de españoles (y de vascos): la justicia ordinaria se inhibía o tenía un trato de favor con ellos; no se les aplicaba tormento para

obtener confesiones; obtenían la liberación total frente al fisco en el pecho o servicio (y otros impuestos) que el reino pagaba a la Corona; la Inquisición frenaba sus ímpetus al toparse con un noble; un miembro de la nobleza, aunque fuera un simple hijodalgo o caballero, no podía ser condenado a galeras, ni encarcelado por deudas; y finalmente su condición le abría las puertas de la burocracia. Es decir: fueros=privilegios, como correspondía a una institución de origen medieval. ¿Tiene por tanto sentido hablar de derechos históricos de territorios en pleno siglo XXI ? Y sin embargo puestos a hablar de fueros, siendo honestos, la legitimidad histórica más antigua correspondería a las ciudades (e incluso a algunos monasterios) que fueron las primeras entidades políticas que los recibieron (E. Orduña, 2005, pp. 63-98). Si se trata de mirar atrás para legitimar privilegios hoy, serían las ciudades y no ninguna región ni mucho menos ninguna presunta nación escondida.

Y ¿quién era realmente ese «genio» con tanta influencia para cambiar la historia de España? Sabino Policarpo Arana Goiri nace en Bilbao en 1865 dentro de una familia carlista adinerada. Era un intelectual de segunda o tercera fila (no llegó a terminar la carrera de Derecho) y de mente algo perturbada, necesitado de escalar posiciones sociales y obsesionado con obtener reconocimiento social. Todo ocurre por despecho al no ganar en 1883 la cátedra de vascuence del Instituto de Bilbao, donde Arana obtuvo cero votos del tribunal frente a los tres de Unamuno y los once de Azcue que fue quien ganó finalmente la cátedra. Desde entonces no podrá ver a Unamuno e irá radicalizando su discurso. En 1895 creará un partido nacionalista de base tradicionalista, teocrática, profundamente racista y separatista. Más tarde coqueteó con la idea de un protectorado británico (¿se sorprenden?). Tanta locura era todo el proceso que el propio Sabino Arana al final de sus días miró hacia atrás y se arrepintió de lo que había hecho, llegando a fundar un movimiento españolista.

Hasta ese momento no había habido un problema vasco en España. Entonces, de prisa y corriendo se diseña una bandera para la nueva patria vasca. Para ello, ¿se busca (como hubiera sido lógico) en las supuestas raíces históricas de los condados y señoríos vascos, pues nada más habían sido? No. ¿Se innova con una creación original? Tampoco. ¿Cuál es la decisión genial en esos momentos? Copiar la bandera de otro país. ¿Ya han averiguado cuál, mis queridos amigos ingenuos? Claro, no podía ser otra, la de Reino Unido. Y ¿por qué? ¿No tendrían algún interés en debilitar a España

y de paso conseguir una nueva colonia económica como hicieron con Portugal?

Y sin embargo ¿no había nadie más que un intelectual de tercera, racista, rencoroso y paranoico para que los vascos siguieran otro camino? Claro que sí y muy bueno. El maestro de maestros y muy vasco Miguel de Unamuno (y bastante más sabio que Arana o que Xavier Arzallus) decía a propósito de los nuevos estatutos de autonomía que se plantearon con la Segunda República en un artículo de 21 de julio de 1931, publicado en el diario *El Sol* con el título «Individuo y Estado», lo siguiente: *Es, pues, por individualismo, es por liberalismo, por lo que cuando se dice «Vasconia libre»* — Euskadi askatuta *(en cursiva en original) en esperanto eusquérico—, o* Catalunya lliure *(en cursiva en original), o* Andalucía libre*, me pregunto: «Libre, ¿de qué?; libre ¿para qué?» ¿Libre para someter al individuo español que en ella viva y la haga vivir, sea vasco, catalán o andaluz, o no lo sea, a modos de convivencia que rechace la integridad de su conciencia? ¡Esto no! (...) Sé que los ingenuos españoles que voten por plebiscito un Estatuto regional cualquiera tendrán que arrepentirse, los que tengan individualidad consciente, de su voto cuando la región los oprima, y tendrán que acudir a España, a la España integral, a la España más unida e indivisible, para que proteja su individualidad.*

¿Entonces? ¿Por qué existiendo dos vascos —uno muy listo, sabio y reconocido internacionalmente, y otro paranoico, bastante mediocre y sin ningún reconocimiento internacional—, la sociedad vasca fue paulatinamente escorándose hacia el más tonto? Este proceso no tiene respuesta fácil si no nos percatamos de que «curiosamente» el nacionalismo vasco surgió de manera prácticamente simultánea al apogeo que experimenta el catalán, entre finales del siglo XIX y principios del XX . Luego volveremos sobre esta cuestión.

Lo más sorprendente es que el nacionalismo vasco se cree a costa del menosprecio histórico de lo que había supuesto Navarra. Ésta no sólo antecede con mucho al concepto político de País Vasco, sino que gran parte de Vizcaya, Guipúzcoa y Álava estuvieron bajo su dominio, al menos desde el año 1050 hasta el 1200. Por tanto, si tenía que prevalecer una comunidad autónoma de las dos o una engullir a otra, ésta debería ser sin duda por historia e importancia histórica Navarra y no el «País Vasco». Es más, de todas las comunidades autónomas españolas, en términos estrictamente políticos e históricos, probablemente la que menos merecería el término de «país» sea justamente la artificialmente diseñada por Arana como «Euzkadi». ¿Se enseña la historia real del nacionalismo vasco en las *ikastolas* y en las demás escuelas públicas vascas? Por el contrario, se oculta de forma cuidadosa y

persistente, así como los escritos de contenido más racista de su «glorioso» fundador. Y mientras tanto los padres (con ocho o cero apellidos vascos) contentos y encantados de que sus hijos sean educados en la cultura del odio a lo español y en la ignorancia de su propia Historia. ¿Cómo pudo una locura semejante tener (tanto) éxito y en tan poco tiempo?

2.2. El nacimiento de ETA: un fenómeno para-anormal

a) El misterio de su extraño origen

El Estatuto de Autonomía Vasco durante la república fue rechazado por los municipios navarros y sólo obtuvo el 50% de apoyo de la población alavesa en el plebiscito celebrado al efecto. Hay que tener en cuenta que, de forma paralela y coincidiendo con los aires autonomistas, también tuvo lugar en el País Vasco una rebelión contra la república donde se incitaba a la guerra civil para defender los intereses de la religión católica, que no se consideraba adecuadamente protegida por la Constitución de 1931, un rescoldo del carlismo (S. de Madariaga, 1979, p. 331). Por todo ello, no es de extrañar que se haya defendido la tesis de que ETA nació en un seminario con una red de curas y sacerdotes que impulsaban, protegían y ofrecían una tupida red de cobertura al terrorismo etarra (A. Baeza, 1996). Hasta ese momento, durante el franquismo el nacionalismo vasco había vivido bajo un silencio reivindicativo, no explicable tan sólo en términos de miedo a la dictadura.

ETA aparece matando a un guardia civil por la espalda el 7 de junio de 1968, el mismo año en que España había conseguido el récord de ingresos por turismo y alcanzaba el noveno puesto del mundo como potencia industrial. No sólo eso. En 1968 por primera vez se produjo un saldo neto de entrada de dólares de 142 millones y el crecimiento de la renta nacional fue de 3,3%, enlazando cinco años consecutivos de subidas y alcanzando en ese año un récord de 1507 millones de pesetas (ver S. de Madariaga, 1979, pp. 547, 555). Cada uno es libre de sacar sus propias conclusiones.

Algunos señalan que en realidad su primera acción criminal fue en 1960 con una bomba, sólo que no la reivindicó porque la víctima fue un bebé. En todo caso sí se acepta que en julio de 1961 puso una bomba, que no llegó a explosionar, en un tren lleno de falangistas que iban a San Sebastián para celebrar el alzamiento del 18 de julio. Acciones las suyas —cartas bombas, tiros por la espalda, bombas lapa en coches, atentados indiscriminados en centros comerciales como Hipercor o en aeropuertos— que poco o nada tienen que ver con la valentía atribuida tradicional e históricamente a los vascos…, cuando peleaban al lado del resto de los españoles. Por el contrario el

terrorismo etarra representa a gente cada vez más inculta que hizo de la violencia una forma de vida.

Hubo al parecer intentos previos de rescatar la figura del *maquis* y hacer frente en los montes a la Guardia Civil con técnicas de guerrilla, lo que habría sido al menos algo más noble, pero no hubo lo que había que tener. Se optó por lo fácil y por lo más cobarde y cruel. Por ello, entre otras razones, la lista de casi 1000 asesinados por ETA incluye a niños y jóvenes. Otros no murieron, pero tuvieron que presenciar cómo su padre era asesinado a tiros cuando los acompañaba al colegio o quedaban inválidos para siempre. Todo muy instructivo para «crear país». En el manifiesto de la I Asamblea celebrada en mayo de 1962, conocido como *Principios,* ya se hablaba de los «elementos extraños al país», es decir los que no eran vascos de pata negra, a los que en un alarde de generosidad en la futura Arcadia feliz independiente se les toleraría, siempre que no fueran o se convirtieran en un obstáculo *para los intereses nacionales de Euskadi* (L. Bruni, 2006, p. 41). Algunos maquetos no se han enterado (o no quieren darse por enterados) de que esa estrategia sigue siendo hoy la misma.

b) El misterio de su larga duración en democracia

¿Cómo fue posible que un grupo de aficionados poco preparados pusiera en jaque al franquismo e incluso lo superviviera? Algunas pistas sorprenden. A estas alturas pocos dudan que en el atentado a Carrero Blanco ETA fue un instrumento secundario que dirigieron otros en la sombra. Se ha hablado de la CIA e incluso del Partido Comunista de Francia, en una extraña alianza [122] . Pero lo más extraño es que ETA sobreviviera tanto tiempo una vez llegada la amnistía, la Constitución de 1978 y aprobado el estatuto de Autonomía (que era el grito de guerra de entonces) más ambicioso de su (la) historia, con un sistema de cupo «extraordinariamente» generoso, que había sido ratificado además por referéndum con más del 90% de votos positivos. Es más, ETA mató más gente y más cruelmente en plena democracia que bajo el franquismo. Por tanto, ¿de qué sirvió todo eso?, ¿pecamos acaso una vez más de ingenuidad? Un ejemplo comparado: Reino Unido dio autonomía a Irlanda de Norte (mucho menor que la del País vasco) sólo una vez que el IRA abandonó las armas, y la suspendió cuando intentó volver a atentar.

La España democrática debió soportar durante demasiado tiempo cómo Francia daba cobijo a los terroristas y cómo medios de comunicación «bienintencionados» europeos ofrecían cobertura ideológica a ETA, a la que presentaban a menudo como un «movimiento de liberación nacional» que no

obstante se comportaba como un verdadero grupo mafioso que no sólo mataba, sino que vivía del secuestro, la extorsión (8100 millones de pesetas a empresarios) y el atraco (Josu Ugarte, 2018). Y ello, mientras todo el mundo decía apoyar el proceso de transición a la democracia pacífico, encabezado por el rey Juan Carlos y Adolfo Suárez, que resultaba modélico y un ejemplo para otros países, al menos para Latinoamérica y Europa del Este. ¿Por qué Francia se lo pensó tan despacio antes de cooperar leal y eficazmente en la lucha contra ETA? Primero, la excusa fue que mandaba Franco; luego, que no había elecciones; después, que no había Constitución. Pero incluso con la constitución aprobada hubo que esperar a que el terrorismo vasco apareciera también en suelo francés con el grupo Iparretarrak (y a un jugoso contrato del AVE) para que Mitterrand comenzara a dar instrucciones firmes de que se actuara contra ETA. Es decir sólo cuando egoístamente le compensó actuó. Así ha sido siempre. ¿Se imaginan que Portugal saliera de una dictadura y España continuara durante años dando cobertura a un grupo terrorista que matara portugueses? ¿Nos lo perdonarían los portugueses alguna vez en su día? Pues en España pocos lo recuerdan.

Y ¿por qué no pasó con ETA lo mismo que con las Brigadas Rojas, Iparretarrak o la Baader-Meinhof o incluso el IRA? Existió el GAL y el Batallón Vasco Español, pero España no llegó a hacer (ni siquiera en época de Franco) lo que Alemania con la peligrosa Baader-Meinhoff, los cuales «aparecieron» ahorcados en distintas cárceles alemanas. Ni tampoco lo que la democrática Francia hizo con casi 85 miembros del grupo terrorista Iparretarrak, muchos de los cuales «aparecieron» colgados igualmente en prisión, otros se cayeron desde azoteas, y otros fueron directamente asesinados por otros presos pertenecientes a la mafia corsa y marsellesa (cfr. Álvaro Baeza, 1996, pp. 354, 355). O utilizar al Ejército británico para abatir a tiros a terroristas sin preguntar (Gibraltar, en 1988) o tenerlo desplegado en las calles de Irlanda del Norte durante 38 años. Todo ello sin olvidar cómo de generosamente se comportó la Francia del general de Gaulle tras la Segunda Guerra Mundial con los bretones, a los que se acusó en bloque de haber apoyado al nazismo (¿no hizo algo similar el PNV?), siendo reprimidos duramente por ello. No hace falta defender ninguna de estas acciones para constatar sin embargo la diversa vara de medir que se aplicó en cada país, incluidos sus medios de comunicación.

En definitiva, ETA no desapareció mientras recibió tantos o más apoyos directos e indirectos que el Gobierno español. ETA muere cuando Francia y el gobierno norteamericano (éste como precio al apoyo de Aznar a G.W.

Bush, por cierto) dejan de «consentir» su existencia. Eso es lo que permite la negociación con el gobierno Zapatero, y que ésta pueda tener éxito, ingenuidades aparte. Por cierto, que en relación con las treguas trampas de ETA, de las que ha habido unas cuantas, cabe recordar aquello que decía Olivares en *El Nicandro* : *En Flandes estuvieron engañando a Felipe II diciéndole que si se iban los soldados españoles se someterían, y luego se armaban* (citado por G. Marañón, 1998, Apéndice XXX, p. 591).

c) ¿A quién sirvió y para qué sirvió ETA?

¿Sabemos de verdad qué fue en realidad ETA? No hagamos especulaciones, vayamos a los testigos directos e internos del fenómeno. Manuel Lejarza, era un joven vasco que hablaba bien el euskera y que además frecuentaba ambientes *abertzales* , lo que lo hacía idóneo para ser reclutado por los servicios secretos españoles de entonces (CESID). Fue conocido como «El Lobo». Hizo tan bien su trabajo que acabó sirviendo en bandeja la posibilidad de acabar con la dirección de la banda en plena transición a la democracia. En la película que se hizo sobre su historia (dirigida por Miguel Courtois, 2004) aparece una curiosa escena donde sus mandos deciden no aprovechar la ocasión, la excusa formal era que si acababa ETA, «ellos» ya no serían necesarios para los nuevos dirigentes que iban a mandar en el país. En una reciente novela sobre su vida (Fernando Rueda, 2014), se inserta una carta del propio Mikel Lejarza que no es ficción y que titula «Te llamaremos el Lobo», donde dice cosas como ésta: *En mi vida he visto mucho dolor, demasiado dolor innecesario. Nunca he podido entender ese odio a todo lo que significaba España, ese odio tan terrible sobre todo a la Guardia Civil, y todo para conseguir ¿qué?, como les pregunté en una ocasión a la dirección de la organización terrorista. Ni ellos sabían por qué y para qué (...) (ETA) «Sólo ha sido un monstruo creado por unos políticos que, primero desde la sombra y después desde el poder, manejaban e impulsaban a ciertos muchachos. Éstos eran una manada de borregos que no sabía ni en qué dirección tenían que continuar (...)¿Será que esto corrobora que todo lo concerniente a ETA era sólo un montaje? (...) Existen tantas preguntas a lo largo de la historia de esta organización terrorista, que posiblemente nunca acabarán de responderse.*

Y el 10 de mayo de 2015, un terrorista arrepentido, Iñaki Recarte, declaraba en una entrevista del programa *Salvados* de Jordi Évole en La Sexta (más pedigrí progresista no puede pedirse) lo siguiente: *La violencia de ETA no ha servido para nada, sólo para llenar de mierda a tres generaciones (...) Te llenas de odio, buscas gasolina en el odio, es un alimento muy fuerte que te da fuerza para andar. Estás podrido por dentro. Te iba a decir que odiabas a España, pero qué cojones, no tenías ni idea de ese país. Odiabas todo lo que no es como tú, la Guardia Civil... el enemi-*

go del victimismo ficticio (...) Ni pensabas que habías matado a personas. ¿Qué te crees, que después de matar a gente no se brindaba con champán? (...) Me da exactamente igual (la independencia) todo es una mentira. Qué hostias, si estamos todos mezclados. Me da exactamente igual .

Lo malo, lo más difícil de comprender para cualquier observador no contaminado por el rencor o la ingenuidad, es cómo a estas alturas, desaparecida formalmente ETA se pueda seguir inculcando por parte de padres, profesores y algunos políticos a hijos y alumnos el odio y la frustración permanente. Hoy afortunadamente no se mata con balas ni con bombas, pero existen otras formas, tal vez más sutiles pero no menos dañinas sobre todo a largo plazo, de asesinar la convivencia, la sensatez y la esperanza, y que siguen plenamente activas sin que muchos quieran hacerles frente. Resulta más fácil (y cobarde) mirar a otro lado cuando suceden estas cosas en la casa del vecino que en el patio de la propia. ¿Entonces?, ¿a quién o qué ha servido realmente ETA? Que cada uno/una saque sus propias conclusiones.

Y, por último, ¿cómo se permitió la insoportable presión que sufrieron todos los que no se sentían nacionalistas y especialmente las familias de las víctimas de ETA aisladas, avergonzadas y en silencio?, ¿cómo se permitió el acoso a los españoles procedentes de otras regiones, llamados despectivamente primero maquetos y más tarde «coreanos»?, ¿por qué nadie en Europa ni ninguna organización internacional vino a estudiar y denunciar este «apartheid» y el exilio vasco en plena democracia y acabando el siglo XX ?, Y lo más grave de todo, ¿cómo puede ser posible que los hijos y nietos de aquellas personas discriminadas, amenazadas y menospreciadas, sean hoy parte de los que apoyan a los sucesores de aquellos verdugos? Nada nuevo bajo el sol. La sempiterna ingenuidad española.

3. EL MITO CATALÁN: SINGULARIDAD Y VICTIMISMO EXAGERADOS

3.1. Cataluña nunca ha sido una nación

La leyenda catalana ha tratado de «vender» la idea de que Cataluña no habría formado parte de España hasta que fue «forzada militarmente» a ello en 1714. Surgiría como entidad política al separase sus «condes» (fundamentalmente Borrell II, conde de Urgell) del Imperio carolingio en 987, cuando en realidad entonces estaba muy lejos de formar ninguna entidad política. Se pasa por alto la romanización de Cataluña dentro de la provincia Hispania, con Tarraco como capital de la Hispania Citerior en el año 25 a.C, o se oculta que es en Barcino (Barcelona) donde Ataúlfo (372-415) fija la capital de España, planteado ya como un reino independiente de Roma.

Durante el Imperio romano o la España visigoda, Cataluña no existía como entidad independiente. Barcelona ejerce de capital con la Marca «Hispánica» y Luis el Piadoso. Pero incluso en el 809 con el conde Wilfredo el Velloso Cataluña no era más que un conjunto de condados, el más importante de los cuales era el de Barcelona. Su época de mayor esplendor nació en la Edad Media y murió con ella. En este sentido comparte el destino de otras entidades semejantes (incluso con más méritos para considerarse independientes) como Escocia, Borgoña, Saboya o Venecia (S. de Madariaga, 1979, pp. 168-169). ¿Y no es cierto que incluso antes de los Reyes Católicos, en 1462, los diputados del General o Generalidad de Cataluña, se sublevaron contra su rey Juan II y proclamaron a Enrique IV de Castilla como su soberano, jurando *que sia feta perpetual unió e incorporació de aquest Principat ab lo Regne de Castella* ? (cfr. J. Marías, 2010, p. 138). Nada más y nada menos que *perpetua unión e incorporación* .

¿Dónde queda pues la singularidad histórica y política específica de Cataluña? En muy poco. Como mucho cabría hablar de un corto periodo de tiempo donde una serie de condados catalanes estuvieron bajo el mismo conde y este periodo no llegó a cuarenta años. Cuando se dice que Jaime I era un rey catalán, fue porque decide formar Cataluña haciendo vasallos del condado de Barcelona a los condados de Empúries, Urgell y Pallars Sobirá. Desde entonces todos los condados de la Marca Hispánica estarían representados en Barcelona, formando parte del Reino de Aragón con un estatuto similar al de otras partes del mismo, con sus fueros e incluso con el título de principado, pero nunca como reino independiente, a diferencia por cierto de Navarra, Valencia o el mismo Aragón, todos ellos hoy paradójicamente con mucho menos pedigrí soberanista. Ahora que los nuevos nacionalistas quieren recuperar la idea de los «países catalanes» olvidan también que la Corona de Aragón se componía de dos reinos (Aragón y Valencia) y un principado. ¿Por qué será? De hecho, más allá de lo que venda la mercadotecnia independentista las barras de Wilfredo el Velloso, origen de las banderas catalana, valenciana y mallorquina, eran las armas del Reino de Aragón, utilizando las cuatro barras por primera vez en el sello real Alfonso II, rey de Aragón. Si acaso algún territorio tuvo una singularidad propia fue la ciudad (y condado) de Barcelona gobernada por instituciones propias: *Consell de Cent* y un gobierno de cinco concejales.

La leyenda aurea catalana trata asimismo de mistificar el imperio mediterráneo (supuestamente «sólo» catalán y por tanto el bueno) contra el americano (castellano, y por tanto el malo). Pero esta simplificación tampo-

co es cierta. En 1492 Castilla contaba con cuatro millones de habitantes y Aragón (incluida Cataluña) poco más de medio millón. Los trastamaras dominaban España sin hacer distingos, y de hecho fue bajo mandato de Isabel y Fernando cuando las posesiones mediterráneas se mantuvieron y extendieron gracias al gran capitán (Gonzalo Fernández de Córdoba) y a los soldados procedentes de toda España. Tampoco parecen saber los independistas de nuevo cuño que la catedral de Barcelona pudo construirse gracias a que la reina Isabel de Castilla empeñó sus joyas a tal fin (H. Thomas, 2003, p. 92). O que el Rosellón y la Cerdaña se recuperaron también en la misma época (1493) con los mismos reyes y una España unida frente a Francia. Y que luego se perdieron por culpa de Cataluña.

Se trata en definitiva de ocultar todo lo que moleste o estropee el cuadro de un pasado idílico, aunque ello suponga silenciar nada menos que al propio Dante Aliguieri, quien en el siglo XV recogía el desprecio que los italianos sentían por los catalanes: *Si mi hermano pudiera prever esto/ evitaría la pobreza avara de los catalanes, para no recibir ningún daño* (*Divina comedia* , «Paraíso», canto VIII). De hecho, la leyenda «externa» antiespañola comienza en Europa, no por los actos desalmados de los «conquistadores» castellanos, extremeños o (¡ay!) vascos, ni por las andanzas del duque de Alba en los Países Bajos. No, sino…, por los excesos cometidos por catalanes y aragoneses en el Mediterráneo y en especial en Italia. ¿Verdaderos o falsos? Generalizaciones injustas en todo caso. Pero lo curioso es que si el destinario fuera un castellano o un murciano, los separatistas no habrían dudado en adoctrinar en las escuelas y empapelar las calles con esas frases.

3.2. Algunos fracasos del nacionalismo catalán

a) El primer fracaso olvidado: la batalla de Muret

Los catalanes han formado parte de la empresa común española casi sin interrupción, al menos mientras han entendido que sus enemigos eran los mismos que los nuestros: turcos y franceses fundamentalmente, y a partir de finales del siglo XVI también ingleses. Así pasó con la expansión de Aragón-Cataluña en el Mediterráneo, donde siempre estuvimos juntos, y donde los muertos los puso toda España más que Cataluña sola. Los nacionalistas se han equivocado casi siempre de enemigo: España les ha acogido fraternalmente e incluso ha olvidado rápida y gratuitamente sus graves ofensas. Por el contrario, quien ha maltratado sus derechos, les ha quitado tierras, ha tratado de someterlos periódicamente, ha perjudicado su industria y sus productos, los ha engañado e intentado utilizar como una colonia ha sido… Francia. La fecha clave en su historia no es 1714, donde ya estaba todo

el pescado vendido, sino 1231, la batalla de Muret, donde el rey francés acabó con la expansión aragonesa.

b) La rebelión de 1640-1652: la independencia de España lleva a la dependencia de Francia

La rebelión se produjo por la resistencia catalana a la Unión de Armas, que propuso Olivares, que consistía en un reparto más justo de la aportación de los diversos territorios al Ejército de la Corona. Cataluña se negó (egoístamente) en varias ocasiones, si bien no tuvo luego reparos en pagar a Francia lo que ésta demandó para defenderla de España. Curiosa y paradójicamente los fondos que los catalanes entregaron a los franceses para financiar un ejército de 3000 hombres, fueron utilizados para conquistar el Rosellón, Vallespir, Conflent, Capcir, Cerdaña, Artois, Luxemburgo y diversas plazas en Flandes, territorios que ya nunca devolvería a españoles ni catalanes (tratado de los Pirineos de 1660). Es más, en la parte anexionada por Francia el rey Luis XIV prohibiría el uso del catalán. ¡Toma *negoci* catalán y habilidad para elegir a sus amigos!

Poco después de la rebelión, en 1645, el obispo de Vic (¡de Vic!) escribía al rey español pidiendo que interviniera de inmediato para que impusiera «la justicia como en Castilla» y acabara con los fueros y abusos arbitrarios de los grupos poderosos. Son igualmente famosas las quejas del campesinado (los segadores) frente a los abusos de la *Generalitat* y las cortes catalanas: *les corts* ; en realidad, una deriva de las primeras asambleas de Europa: las cortes de León. Curiosamente los nacionalistas modernos no han reivindicado su nombre histórico para evitar cualquier veleidad que las relacionaran con el resto de las españolas. Cuando finalmente Felipe IV decide entrar en Barcelona en 1652 y enfrentarse a la oligarquía catalana será recibido por masas empobrecidas y sangradas por sus señores al grito de «Viva la santa fe católica y el rey de España y muera el mal gobierno».

Sin embargo, la supuesta independencia de Cataluña fue más ficticia que real pues pasó de depender de la Corona española a hacerlo de la francesa, que se reveló mucho más terrible y egoísta que la ingenua monarquía patria. El «presunto» héroe nacionalista Pau Claris murió arrepentido de su acción, después de haber proclamado al centralista Luis XIII conde de Barcelona. Para este viaje no hacían falta alforjas. Resulta curioso que años después, los mismos que habían corrido a pedir la ayuda y ofrecer su vasallaje a los borbones franceses, rechazaran al borbón español Felipe V.

c) La guerra de 1808-1812: la lucha por la independencia de España, no de Cataluña

En la guerra de 1808, ¿dónde estaban los independentistas catalanes? En ninguna parte. Todos éramos independentistas… «españoles». En la famosa batalla del Tambor del Bruc, los catalanes ayudados por tropas suizas se levantaron en armas contra la invasión francesa que estaba causando estragos económicos y físicos en la población. ¿Defendían la singularidad catalana? No, defendían a España entera uniéndose a la revuelta que un mes antes había prendido en Madrid. En las discusiones que tuvieron lugar para elaborar la Constitución de Cádiz, tres de los diputados más firmemente defensores de la unidad de España fueron los catalanes Antonio Capmany, Espiga y Gadea y Ramón Lázaro de Dou y de Bassols. Este último fue además el primer presidente de las cortes de Cádiz. De los diecisiete diputados catalanes sólo Josep Rius defendió los fueros particulares y de forma bastante moderada.

De hecho, la fiesta nacional española debería ser el 2 de mayo, en conmemoración de la rebelión de 1808 que incluyó a todo un pueblo contra el invasor francés, en lugar del 12 de octubre, una fecha sin duda igualmente relevante pero con la que, debido fundamentalmente a la leyenda negra, muchos españoles no se sienten suficientemente identificados, y otros tampoco tienen por qué estarlo porque apenas participaron en esa aventura.

3.3. Hipótesis, engaños y certezas de una fecha mítica (1714): ¿España contra Cataluña o Europa contra Europa?

a) El interés (nada ingenuo) británico de conseguir el favor del ingenuo catalán

En los años previos a la muerte de Carlos II las potencias europeas hicieron todo tipo de acuerdos y componendas de cara a un reparto por trozos de España y de sus posesiones. Pues bien, una de las que casi siempre salía perdiendo en esos repartos era precisamente Cataluña, que era troceada o pasaba directamente a ser parte de Francia, un país que no se ha caracterizado históricamente por respetar las singularidades territoriales[123]. Si Felipe V pudo finalmente optar a la corona española y por tanto romper con la tradición austríaca de nuestra dinastía fue debido al testamento que otorgó, no sin muchas dudas y reservas, Carlos II al morir sin descendencia.

Legalmente Felipe V estaba excluido, como todos los sucesores borbones, de los derechos dinásticos españoles por previsión expresa de las capitulaciones matrimoniales firmadas con ocasión de los matrimonios de las hijas de los reyes españoles con reyes franceses: la de Felipe III con Luis XIII y la de Felipe IV con Luis XIV. La política matrimonial era establecer lazos de unión con los reyes de la otra gran potencia católica de Europa, pero impi-

diendo al mismo tiempo que Francia absorbiera o se apoderara de España, vía derechos dinásticos. Los franceses, aunque firmaron las capitulaciones, pronto se dedicaron a negar su validez, calificándolas de ilusorias y alegando entre otras excusas la falta del pago de la totalidad de la dote prometida por España en 1660. Sólo el cambio de voluntad de Carlos II a última hora —debido a las múltiples presiones recibidas— abrió la puerta a Felipe V. Dicho cambio fue favorecido por el cardenal Portocarrero y un grupo de asesores —que obedecían instrucciones y dineros del embajador francés Harcourt, quien había prometido al cardenal el solio pontificio—, apoyados por el Consejo de Estado español —que adoptó, en opinión de algunos, una actitud pusilánime— y gracias al oportuno alejamiento, para reprimir el «motín de los gatos», del conde de Oropesa y el almirante de Castilla[124].

En todo caso, como consecuencia, entre otros motivos, de esta decisión, en 1701 comienza lo que se ha denominado en ocasiones como la primera guerra global de Europa con un millón de muertos. En España se desencadena un año más tarde con el desembarco aliado en Cádiz. A partir de ese momento estallará la primera guerra civil que afecte a todos los españoles, azuzados éstos —continuando una tradición secular— por las potencias extranjeras: las que apoyaban al que hubiera sido Carlos III de España, y las que hacían lo propio con el que de hecho fue Felipe V. A veces se olvida que éste había tomado posesión legalmente de su cargo antes de que estallara el conflicto, y que había sido aceptado internamente por todos, incluidos por los propios catalanes. En 1707 se resolvió la guerra interna de sucesión a favor de los borbones en la famosa batalla de Almansa, aunque el conflicto continuaría unos años más, hasta la firma del tratado de Utrecht en 1713. En España finalizaría de forma definitiva con la capitulación final de Barcelona en 1714 y Mallorca en 1715.

Más que guerra de sucesión nos encontraríamos ante una guerra para deponer al rey ya reinante, por presión fundamentalmente de las potencias extranjeras que veían con preocupación el peso excesivo que Francia podría ganar con dicha operación en la política internacional y en el comercio con América. En España nadie había pedido internamente que intervinieran Austria e Inglaterra para cambiar de rey. Otra cosa es lo que ocurre, una vez iniciada la guerra, cuando unos y otros reciben promesas de futuro y hacen sus propias cábalas respecto a posibles ganancias extras.

En realidad detrás de la operación de excitar los deseos catalanes de mantener privilegios, más allá de lo que el espíritu de la época y el sentido común demandaban, aparece un agente del que pocos hablan. ¿Lo averi-

guan? La reina Ana de Inglaterra que sin embargo muere en 1713. Y ¿qué interés tenía Inglaterra en defender la causa catalana, que le pillaba tan lejos, si no era la de debilitar a España para poder ejercer así su «protectorado» sobre Cataluña? Curiosamente en el mismo año (1707) que tiene lugar la batalla de Almansa, donde pierden las tropas anglo-austriacas, los reinos de Escocia e Inglaterra se unían, a través de un acuerdo con naturaleza de tratado internacional, bajo la soberanía de un único parlamento: el británico. Por virtud de dicho «acuerdo», Escocia dejaba de ser reino, renunciaba a su parlamento y se integraba en el Reino Unido y en el Parlamento británico con sede en Londres.

Y sin embargo algunos ingenuos —incluso con el título de historiador en el bolsillo— han sostenido que el apoyo británico habría servido para mantener y mejorar «el sistema parlamentario catalán». ¿Una receta para fuera y otra para dentro? Tendría cierta gracia, si no fuera humor negro, que se apele a la supuesta protección de los ingleses para mantener las cortes catalanas cuando acababan de destruir al parlamento escocés, disolviéndolo dentro de un único parlamento británico. En realidad, fue una fusión por absorción pues el inglés les asignó 45 diputados a los escoceses, muchos menos de los que les correspondían por población. El predominio de Inglaterra era evidente y eso que Escocia disfrutaba hasta entonces de una independencia real que para sí habrían querido los nacionalistas catalanes.

Si ésa era la modernización parlamentaria de la que hablan teóricos del nacionalismo catalán que venga Dios y lo vea. Precisamente el *common law* británico es lo opuesto a privilegios y derechos sectoriales o de base territorial. De hecho, los catalanes, a pesar de Felipe V, continuaron disfrutando de un derecho propio en el ámbito civil, lo que hubiera sido imposible bajo el protectorado de Inglaterra. Pero es más, en aquella época no había democracia ni parlamentarismo digno de tal nombre en ningún país. En Cataluña, sin ir más lejos, los que estaban representados en sus Cortes eran las diversas oligarquías propietarias de la época, de forma muy similar al del bajo medievo. El parlamentarismo es lo que hoy sí existe en Cataluña y en toda España. ¿Dónde está la pérdida? Y si tan brillante era la receta británica de parlamentarismo, ¿cómo cabe entender que todavía hoy Escocia tenga menos poder que Cataluña? [125].

Aunque los nacionalistas idolatren el pasado medieval al que pretenden colgar la etiqueta de «parlamentarismo incipiente», lo cierto es que los decretos de Nueva Planta no se aplicaron a Navarra, Álava, Guipúzcoa y Vizcaya, y este hecho no ha impedido que el movimiento victimista del nacio-

nalismo arraigue también ahí, lo que excluye que tal haya sido el motivo real del movimiento separatista catalán. Habrá que buscar en otra/s parte/s.

b) ¿Qué habría pasado realmente si hubiera triunfado Carlos?

Lo que se ha vendido falazmente como una guerra entre Cataluña, apoyada por el rey austríaco, y el resto de España, apoyada por el rey francés, dista de ser cierto. Nos encontramos ante una guerra de sucesión con partidarios de ambos reyes en todo el territorio español. En 1701 Cataluña había recibido a Felipe de Anjou con grandes muestras de adhesión y en 1705 las Cortes catalanas habían prometido fidelidad a Felipe V a cambio del mantenimiento de varios privilegios. Fueron los representantes catalanes los que luego cambiaron de opinión y en mitad de la carrera pasaron a apostar por Carlos porque «supuestamente» les ofrecía más. ¿La avaricia que rompió el saco?

Estos hechos se olvidan cuando se critica que Felipe V fuera reacio a mantener fueros y privilegios. Ello no fue sólo (que también) porque considerara más eficaz y práctico para el funcionamiento del reino contar con un derecho público común —el derecho privado especial sí se respetó— sino porque se sintió traicionado por unas Cortes catalanas a las que no dudó en calificar de perjuras. Es decir, que si no hubieran cambiado, cual veletas, de opinión (y de rey) habrían salido mejor paradas con un acuerdo que ya habían aceptado y que por tanto no consideraban tan malo. ¿Por qué saltaron del tren en pleno viaje? Simplemente fue una apuesta de riesgo y les salió mal. Hay que saber perder, y no alargar la letanía victimista de lo que pudo ser y no fue… más de dos siglos. Dicho cambio de postura fue en realidad no sólo una apuesta arriesgada sino además también algo ingenua. Aparentemente Carlos les prometía más, pero ello no lo hacía por convicción sino por mero interés en conseguir más apoyos a su causa y debilitar la de su oponente. Sólo se pueden formular hipótesis sobre qué hubiera pasado en la práctica de haber reinado el austríaco. Lo único que podemos tener por cierto es que cuando en 1711 Carlos fue nombrado emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, de forma un tanto sorprendente por la muerte de su hermano, con el título de Carlos VI, perdió súbitamente todo interés en pelear por reinar en España y por tanto en mantener sus compromisos con los catalanes. Es más, en el tratado de Utrecht sacó tajada y se quedó con Sicilia y Nápoles. Para que vean los ingenuos separatistas catalanes…

Sin embargo, tenemos un antecedente claro: Carlos V de Alemania y I de España. Ya sabemos cómo se las gastó el rey-emperador con las reivindicaciones «razonables» de los comuneros de Castilla, que lo que pedían era

simplemente que todos pagaran por igual las cargas del imperio. Al menos Carlos I llegó a enamorarse de España. Con el posible Carlos III de España y VI del imperio realmente no sabemos qué hubiera pasado porque también tenía muchos seguidores en Castilla (entre los nobles más que en Cataluña) con los que igualmente habría debido mantener sus compromisos. De hecho, la victoria de Carlos no era deseada sólo por «algunos» catalanes sino también por muchos castellanos y habitantes de otras regiones de España. Paralelamente, defensores del borbón los había también dentro de Cataluña y hasta había catalanes en las tropas del duque de Berwick que tomaron finalmente Barcelona.

Y ¿dónde habría situado la Corte? ¿La habría dejado en España como su antepasado Carlos V o habría reinado desde la distancia del imperio? Nunca lo sabremos. El propio Rafael Casanovas, hoy alabado hasta la extenuación como un héroe «nacional catalán» no le vio sentido a la resistencia, se opuso a los líderes de la misma y murió totalmente desengañado (R. García Cárcel, citado por S. Muñoz Machado, 2014, p. 181). Por tanto, las elucubraciones que hacen los separatistas sobre un pasado potencialmente más feliz si hubiera ganado Carlos, son eso: meras cábalas e hipótesis. Si no me creen sigan leyendo

c) ¿A quién beneficiaron más las políticas de los borbones: a Castilla o a Cataluña?

Dejando de lado falsas ilusiones, es de justicia reconocer que Felipe V acabó siendo un (buen) rey español que quiso a España y que, tras los años iniciales de titubeos (donde se llegó a hablar francés en la corte), la acabó defendiendo incluso de su abuelo, cuando se liberó del equipo francés que lo acompañó en un principio y pasó a rodearse de españoles pragmáticos como Patiño. De hecho, el programa del gobierno con el que vino Felipe V no era otro sino el del Estado ilustrado: trabajo, economía, ordenación administrativa y secularización. Si no lo pudo poner en práctica del todo fue por resistencias varias, incluidas las que veían más importantes los fueros que los duelos.

Contra la propaganda separatista de una pretendida modernidad ¡¡¡si puede hablarse de tal en 1707!!!) robada por los borbones, en realidad, las cifras económicas se imponen a las dudas metafísicas: a Cataluña le vinieron bien los decretos de Nueva Planta. Como ha demostrado el economista e historiador Gabriel Tortella, Cataluña experimentó un crecimiento espectacular gracias precisamente a las políticas de los Borbones, llegando incluso a doblar su población de 1718 (407.000) a 1800 (900.000) [126] . En esta misma línea previamente el historiador catalán Vicens Vives había recono-

cido que las instituciones suprimidas entre 1707 y 1716 tenían un carácter arcaico por lo que el *desescombro de fueros y privilegios* benefició *insospechadamente* a Cataluña.

Destaca en primer lugar una fiscalidad equitativa, moderna y muy llevadera. El catastro que por primera vez se implantó en Cataluña supuso disponer de un sistema fiscal más moderno, justo y eficaz, que sin embargo nunca llevó a tener que pagar muchos impuestos. Muchos menos que la esquilmada Castilla, en la que sin embargo siguió de forma injusta incrementándose la presión fiscal sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XVIII , sin modernizar además el modelo. De hecho, su aportación a la Real Hacienda, que ya era entonces la mayor de España, se incrementó en un 85% del año 30 al 70, mientras que la de Cataluña, que partía de cuantías muy bajas, aumentó sólo en un 35%. Por tanto, fue Castilla la que realmente salió perdedora del proceso, al menos en términos económicos y fiscales que son los que a fin de cuentas cuentan.

Otros elementos favorables al desarrollo de Cataluña fueron: la casi total abolición de las aduanas que hasta entonces la habían separado de las tierras del sur del Ebro, la protección arancelaria de su industria, el estímulo de los intercambios de Cataluña con América (la Casa de Comercio de Barcelona se crea en 1755) y el comercio libre sobre todo a partir de 1745. En definitiva, el acceso total a los mercados del resto de España y América. Algo probablemente que no hubiera permitido la «pretendidamente muy catalanista» Inglaterra, de haber vencido en la guerra de Sucesión, ya que sus productos competían con los catalanes y aspiraba a una posición dominante en el comercio con América.

Esta política de privilegios catalanes se consolidó en los años posteriores y no sufrió grandes variaciones incluso durante el franquismo (ver J. Lainz, 2017). Su única modificación relevante es que se extendió posteriormente al País Vasco, donde se situó la industria del hierro. ¿Cuál fue el resultado? Que a principios del siglo XXI (según INE), la renta por habitante de Cataluña era un 21,8% superior a la media española y la del País Vasco, un 22,5%. ¿Y cuál fue el resultado fantástico de separarse de España y caer bajo la protección británica que siguió nuestro vecino Portugal a partir de 1640? Pues que en el mismo periodo su renta por habitante era un 24,8% inferior a la media española (según Banco Mundial). Mientras en la misma Francia, la renta de los habitantes del Languedoc-Rousillon, Provence-Alpes-Côte d'Azur y Córcega… es bastante inferior a la de los catalanes. Eso es lo que

hay detrás de la política victimista del separatismo y del *Espanya ens roba:* engaño, egoísmos y una gran dosis de ingenuidad. [127]

Por el contrario, Castilla no pudo modernizar su sistema fiscal, siguió pagando más impuestos que el resto, y sufría las normas comerciales pensadas para beneficiar a la influyente burguesía catalana. Y a pesar de ello, mucho rencor no quedó en la corte de Madrid, ya que cuando se creó la moneda nacional en torno a la peseta, no se tuvo empacho en tomar el nombre de la moneda acuñada por el archiduque en Cataluña durante la guerra de Sucesión (la *peçeta* o piececita). La guerra de Sucesión de 1715 fue de hecho mucho más negativa para España entera que para Cataluña en concreto. Mientras España perdía Gibraltar, Menorca y Flandes, y el monopolio del comercio con la América española (que ahora debía compartir oficialmente con Inglaterra), Cataluña comenzó a crecer económicamente gracias a la eliminación de barreras arancelarias y a la extensión de su derecho de comercio con las colonias. La prueba definitiva de que no les fue tan mal con la victoria borbónica es que el movimiento reivindicativo prácticamente desaparece durante casi dos siglos. Sólo resurge a finales del siglo XIX . ¿Cuál fue el problema?

4. ¿POR QUÉ Y CUÁNDO EL SEPARATISMO TRIUNFA EN ESPAÑA?

4.1. Final del siglo XIX : influencia extranjera y la exagerada crisis de 1898

El nacionalismo catalán «resurge» y el vasco «surge» a finales del siglo XIX . Ya hemos visto que el nacionalismo vasco no existió hasta que lo inventó Sabino Arana. En el siglo XVIII no se producen reivindicaciones catalanas. Es más, en la Constitución de 1812 los delegados de Cataluña, con alguna pequeña excepción, se comportan como los más fervientes patriotas españoles. En el siglo XIX las reclamaciones catalanas no pasan de defender su derecho civil propio o lamentarse del predominio de castellanos en cargos públicos. En 1859, medio millar de voluntarios catalanes participan en la guerra contra Marruecos, bajo las órdenes de un joven general Prim, en la célebre batalla de Wad-Ras, bajo la arenga de que debían hacer honores al ejército «del bravo O'Donnell, que ha resucitado a España y reverdecido los laureles patrios». En la Primera República, Cataluña no reclama para sí un trato singular o diferente al del resto de regiones españolas en la nueva federación. Por cierto, que «el café para todos» nace aquí, no en 1978. Era más bien un café a granel, puesto que casi cualquier pueblo o ciudad podía aspirar a convertirse en cantón federado. Hasta Jumilla se declaró en 1873 nación soberana que deseaba la paz con todas las naciones extranjeras *y, so-*

bre todo, con la nación murciana, su vecina . Tras el fracaso de Primera República —comandada por cierto por otro catalán Pi y Margall, tan español como el que más— la Restauración devuelve la estabilidad política y económica a España, tanto a nivel interno como externo.

Total normalidad institucional y social hasta... 1885. El propio Cambó reconocería en sus memorias que todavía en la primavera de 1883 el nacionalismo catalán era *una cosa mísera* . ¿Quién interviene en ese momento? ¿Lo adivinan los ingenuos? Cataluña venía imponiendo una política defensiva-proteccionista al resto de España para sus productos. Esa política se basaba en un arancel muy alto para los productos que venían de fuera y que podían competir interna y externamente con los producidos en Cataluña. Aunque la incidencia en su comercio era limitada, Reino Unido se quejó formal y reiteradamente ante los distintos gobiernos españoles. Fruto de esas presiones, el Gobierno español aceptó bajar los aranceles a los productos británicos y apostar por el librecambismo. Esta decisión causó la primera reacción, que podemos considerar «nacionalista», de la burguesía catalana desde hacía más de... ¡170 años!

Valentí Almirall, que durante la Primera República había defendido la vertebración de Cataluña dentro de España desde el respeto absoluto y el plano de igualdad entre aquélla y el resto de estados federados españoles, empezó a cambiar de criterio y a reclamar un trato singular para Cataluña. Aun así, todavía en 1886 publica *España tal como es,* donde dice que los catalanes son tan españoles como el resto de habitantes de las demás «regiones» de España; así las llamaba, ni naciones, ni Estados, ni comunidades autónomas... Posteriormente, este cambio radical en la tendencia de casi dos siglos se plasmaría en las Bases de Manresa de 1892 (redactadas por cierto sólo en tres días, lo que da muestra de la «seriedad» del proceso) y sobre todo en *La nacionalitat catalana* de Enric Prat de la Riba (1906). Y sin embargo ¿quién propuso *Por Cataluña en una Gran España* ?, ¿José Antonio Primo de Rivera? ¿Tal vez algún traidor a la patria catalana? Pues no, fue el mismo Prat de la Riba, en las elecciones de 1916 como alternativa al separatismo. ¿Y no había nadie más? Sí y muy buenos. Por de pronto, Josep Pla y el maestro de Prat de la Riva, un tal Eugenio D'Ors, intelectual de primer nivel (mayor en todo caso que Prat de la Riva), injustamente olvidado en España simplemente porque harto de los excesos catalanistas, acabó exiliado en Madrid, defendiendo la política cultural del régimen franquista.

Pero no cabe duda de que la fecha que lo cambió todo fue 1898. España pierde Cuba, Filipinas y Puerto Rico, y como consecuencia: a) la burguesía

catalana se lamenta pues las dos islas eran colonias comerciales suyas; y b) se produce un incomprensible y exagerado clima de pesimismo nacional, capitaneado precisamente por nuestros más brillantes intelectuales (la generación del 98). Sin embargo la crisis de 1898 fue una crisis sentimental y militar, pero no económica y política pues a finales del siglo XIX y principios del XX España gozaba de estabilidad, contaba en el mundo y seguía creciendo económicamente. Perdimos unos territorios que aunque formaban parte de España (habían tenido representantes en las Cortes de Cádiz) eran lejanos de ultramar y resultaban cada vez más costosos de mantener. La pérdida en todo caso fue debida a la intervención torticera de otra gran potencia con ventaja competitiva, dada su mayor cercanía a esos archipiélagos —los EE. UU.— que aspiraba a sustituir a España, al menos como metrópoli «económica» en esa zona, y que no tuvo reparos en añadir a esa ventaja «objetiva» la explosión interesada del crucero *Maine* y una campaña de intoxicación informativa entre la población de ambas islas, recuperando para ello ¡la leyenda negra! Nadie habló o habla del genocidio norteamericano que siguió a la expulsión de los españoles en Filipinas (James B. Goodno, 1991).

En otros países, en caso de derrota o ataque externo se cierran filas, canalizando la frustración y la rabia hacia el enemigo exterior («chivo expiatorio»). Por el contrario, aquí se produjo una gran crisis de autoestima nacional, golpes de pecho y pesimismo colectivo De hecho, en las mismas fechas, tras la guerra franco-prusiana de 1870, Francia perdía a manos de Alemania, Alsacia y Lorena, dos partes que consideraban inseparables de su territorio ¿Reacción política, social e intelectual? Gran campaña contra Alemania y reivindicación del orgullo nacional herido (la Comuna de París se rebeló en contra de la rendición, lo que supuso 10.000 muertos y la ley marcial durante cinco años) a manos de una potencia perversa extranjera culmen de todos los males y defectos. España entró en depresión psicológica colectiva y Francia no, ¿por qué? Por el distinto papel que jugaron los intelectuales, unos incitando al desánimo, a encerrarse en sí mismos y a entonar el mea culpa; y otros dedicados a demonizar al vencedor extranjero al que se hacía responsable de todos los males.

El nacionalismo vasco y el catalán se aprovecharon primero del movimiento autonomista-independentista que cobró fuerza en las colonias cubana (sobre todo) y filipina (ver Enric Ucelay, 2003, pp. 69-74), a pesar de que fueron precisamente los privilegios comerciales catalanes la causa del descontento cubano y filipino con España. Luego ese movimiento se refor-

zaría con nuestra derrota y la consiguiente debilidad. Como curiosidad, la bandera de la «futura» Cataluña independiente (la *estelada*) se crea en 1908 siguiendo el ejemplo de las banderas cubana, filipina y de Puerto Rico, reconociéndose de esta manera que la bandera tradicional (*senyera*) no representaba a ninguna nación soberana.

Luego el nacionalismo lograría su máximo apogeo con la Segunda República, aunque acabó traicionando a ésta como hemos visto. En el franquismo entra en una época de moderación (Josep Tarradellas desde el exilio es ejemplo de ello) y silencio reivindicativo, hasta la llegada de ETA. Tal vez influyó en ello que, de nuevo, cuando más centralista era (supuestamente) el gobierno de Madrid, mejor le iba especialmente a la economía de Cataluña [128] . Con la transición y la llegada de la democracia, parecía que finalmente se iba por fin a encontrar una solución equilibrada que contentara a todos. Pero mientras unos renunciaron ingenuamente al centralismo, a cambio de la concordia, los presuntos nacionalistas moderados prepararan en secreto un plan para romper España.

4.2. El pensamiento mágico-ingenuo: ¿a más concesiones, menos nacionalismo?

a) ¿Por qué en Francia triunfa el centralismo y en España el separatismo?

El País Vasco y Cataluña se extienden a ambos lados de la frontera de los Pirineos y Francia cuenta además con territorios tan singulares (y con lengua propia) como Córcega o Bretaña. Algunos ingenuos seguirán defendiendo que la Revolución francesa supuso un proyecto ilusionante de vida en común que disolvió como un azucarillo las tendencias centrífugas. Pero una explicación más cercana a la realidad sería que Francia ha sido desde hace siglos un país que ha aprovechado cualquier excusa para eliminar las peculiaridades y privilegios de sus regiones y departamentos así como de los grupos que las defienden, utilizando todas las herramientas posibles para ello, mientras España (con la posible excepción del franquismo) ha hecho todo lo contrario (ver S. Madariaga, 1979, p. 42).

Cuando Aragón se rebeló contra Felipe II por tratar de ajusticiar a Antonio Pérez (huido éste de la corte acusado de la muerte de Escobedo) al margen del sistema de justicia aragonés, el rey más poderoso del mundo se limitó a obtener de las cortes aragonesas (1572) que el justicia de Aragón no fuese en adelante un funcionario irrevocable por el rey. En todo caso, Felipe II fue mucho más osado (y de hecho Aragón no volvió a ser un problema) que lo que hizo Felipe IV cuando Cataluña fue vencida y sometida tras una

rebelión que duró doce años (1640-1652): no obtuvo más «represalia» que… la confirmación de sus fueros un año después (1653). ¿Cabe pensar en una actitud tan respetuosa parecida si tamaña resistencia le hubiera ocurrido al rey británico, francés o el káiser alemán?

La obsesión de los Austrias fue la unión religiosa más que la unión política o incluso económica. Fueron las Cortes de Castilla las que tuvieron que soportar el pago de impuestos para mantener la maquinaria imperial y la potente armada, resultando en consecuencia la región más empobrecida. Porque las cortes de otras regiones se negaban a ello. La consecuencia fue que Castilla se debilitó, mientras la periferia se enriquecía. Sólo con los Borbones (franceses) cambiaría algo la situación, pero incluso, tras la victoria de Felipe V, se dejó intocado el derecho privado catalán, mientras los privilegios comerciales aumentaban. Ahí tienen una de las razones del éxito del nacionalismo en España: a diferencia de otros lugares, aquí sus bravuconadas no han encontrado la respuesta adecuada, confundiendo perdón con olvido.

b) ¿Conflicto político o psicológico y de intereses?

La estrategia original de Adolfo Suárez era recuperar los estatutos de autonomía aprobados por la república y dejar el resto bajo un régimen común. Pero quien rechazó este plan fue Jordi Pujol, porque no incluía la educación (cfr. art. 50 Constitución de 1931) que él consideraba imprescindible para «cambiar» Cataluña, otra manera de llamar a hacer ingeniería social [129] . Su estrategia de deshilachar el cordón umbilical que unía a Cataluña con España hilo a hilo fue todo un éxito. Gracias a una ley electoral de nuevo generosa con los intereses nacionalistas, el Congreso se convirtió en cámara de representación territorial, donde PNV y Convergència (i Unió) colegislaban con los ingenuos gobiernos del PSOE y PP. A golpe de pacto de investidura y ley de presupuesto conseguían nuevas concesiones: más competencias, más dinero, retirar recursos de inconstitucionalidad, hacer la vista gorda, expulsar algún dirigente incómodo (Vidal Quadras), etc.

Sin embargo, basta estudiar nuestra propia historia para comprobar que el nacionalismo disgregador no se cura concediendo más derechos, dinero o prebendas, al contrario de esa manera sólo se alimenta su ambición ya de por sí desaforada. En los últimos cuarenta años no hemos hecho más que ampliar competencias y mejorar su financiación. ¿Ha servido para calmar las ansias separatistas o para todo lo contrario? Basta comparar los datos: el apoyo a la independencia ha subido desde el año 1996 (llevaba Franco muerto veinte años) a nuestros días más de veinte puntos. Dar más poder y

dinero a quienes muestran claramente su intención de utilizarlos contra ti, es no sólo ingenuidad sino una clara generosidad suicida.

El nacionalismo surge o se refuerza cuando percibe la debilidad del Estado o cuando intuye que puede sacar tajada de la división entre las propias fuerzas nacionales. Así ocurrió tras la crisis de 1898, durante la Segunda República (los excesos nacionalistas fueron una de las razones de su caída), y así volvió a suceder durante la Transición, y posteriormente cuando el PSOE decida apoyarse en fuerzas separatistas de izquierda. Determinadas personas entienden la mano abierta como un síntoma de debilidad y lo aprovechan para devolverte un golpe por la espalda. Así pasó con el pacto constitucional (donde los centralistas fueron los que más cedieron) y así sucedió con la lucha contra ETA que nos acostumbró al apaciguamiento con el nacionalismo, a poner la otra mejilla y a ceder nuevas competencias a ver si así se contentaban de una vez.

ETA no acabó por la complacencia sino por verse acorralada cuando se actuó con firmeza desde todas las instancias. Cuando el Estado español ha sido fuerte, ha funcionado con firmeza y las fuerzas políticas nacionales han estado unidas sin fisuras el nacionalismo ha retrocedido. El pacto antiterrorista de PP-PSOE que decidió ilegalizar los partidos que no condenaran a ETA es un claro ejemplo. Cuando los tercios españoles triunfaban en Europa y nuestra Armada dominaba los mares, no existía ningún partido separatista ni vasco ni catalán. ¿Por qué en el País Vasco francés no triunfa el separatismo y en la parte española sí? ¿Debido a que se le ha colmado de mayores competencias a la parte francesa? Al contrario, muchas familias vascas (españolas) llevan a sus hijos a estudiar a Hendaya para que reciban una educación de calidad y en francés. Enfrente existe un Estado que cree en sí mismo (y en la igualdad de sus territorios) y una ciudadanía que no admite que se la falte al respeto ni a ella ni a los símbolos que la representan.

El nacionalismo es un estado de ánimo (S. de Madariaga, 1979, p. 187) y como tal susceptible de ser creado artificialmente y también de desaparecer. Un estado emocional que se crea, crece y se exacerba en torno a un doble instrumento: el fomento del odio y la creencia en la superioridad del nacionalista frente a un tercero («el otro»). Este tercero puede ser distinto en cada caso según toque: el extranjero, el nonacionalista o los otros habitantes (o el Gobierno) del Estado en el que (aunque no lo quiera) está integrado. El nacionalismo fundamenta asimismo parte de su indudable éxito con las masas en su habilidad para ocultar (artificialmente) conflictos no resueltos. En

Cataluña o el País Vasco, como en el resto de España, existen pobres y ricos, violencia de género, divorcios traumáticos, inseguridad en las calles, robos en viviendas, asesinos múltiples, psicópatas sociales, multitud de imbéciles patológicos que hacen la vida imposible a sus vecinos, depresivos, suicidas, violencia y acoso en las escuelas… El mismo Josep Pla (2017, p. 57) definía al catalán como *un fugitivo. A veces huye de sí mismo y otras, cuando sigue dentro de sí, se refugia en otras culturas, se extranjeriza, se destruye; escapa intelectual y moralmente. A veces parece un cobarde y otras un ensimismado orgulloso. A veces parece sufrir de manía persecutoria y otras de engreimiento. Alterna constantemente la avidez con sentimientos de frustración enfermiza.* Vivimos la *edad de la ansiedad, los tranquilizantes y el estrés* (ver Andrea Tone, 2009). Y algunos dirigentes políticos (los separatistas) se dedican (engañando a la gente) precisamente a aumentar nuestra ansiedad y estrés innecesariamente y de forma colectiva, mientras ofrecen sueños mágicos.

Un último elemento del pensamiento mágico es que el diálogo lo puede todo. Aparece aquí un subgrupo cualificado de los ingenuos de siempre: *los madrileños complacientes* [130] . Se trata de cifrar la solución del «conflicto» en el diálogo como mero procedimiento, sin necesidad de establecer agenda, contenidos y límites [131] . Esta tesis (ingenua) ignora que el diálogo es imposible con el separatismo pues éste, de llegar a un acuerdo «final» con el Estado, desaparecería. Para el nacionalismo sólo caben acuerdos provisionales (como lo era el estatuto de autonomía de 2006), que no resuelven ningún conflicto sino que los agrava. Su supervivencia se fundamenta en el agravio y chantaje permanente y, por tanto, su mayor amenaza es que un día dejara de poder echar toda la culpa «a Madrid» y se debatiera sobre la mejor gestión y las mejores políticas para Cataluña. En ese momento, el votante catalán incluso se podría plantear exigir responsabilidades a la *Generalitat* y cambiar su voto.

4.3. La trampa del lenguaje ¿españoles contra catalanes y vascos?

España no se creó por interés de Castilla (que miraba a África y el Atlántico), sino más bien por interés de Aragón (que miraba al Mediterráneo). En los tiempos previos a los Reyes Católicos, como hemos visto, Castilla dudaba entre Portugal y Aragón. Fue el Reino de Aragón (donde quedaba incluida Cataluña) el más decidido a recuperar la idea de una España fuerte precisamente porque eran los que más sufrían las acometidas del vecino francés. En este sentido destacó, entre otros, el cardenal y canciller Joan

Margarit (1422-1484), principal asesor de Juan II, padre de Fernando el Católico. Dejémoslo en que España se creó porque interesaba a todos.

Es más, la historia de Cataluña no ha sido principalmente una lucha de (el resto de) españoles contra catalanes sino de catalanes entre sí. ¿Quién suprimió la *Generalitat* ? No fue el malvado Felipe V sino el propio Consejo de Ciento, enfrentados dentro de una lucha interna entre distintas oligarquías catalanas. Siempre ha habido grandes catalanes en el Ejército español, desde Requesens en el siglo XVI hasta Prim en el siglo XIX . Por no hablar, en tiempos de Felipe II, del comendador Guimerán (caballero de Malta), célebre por su participación en la batalla de San Quintín y responsable de la derrota de una escuadra de siete galeras en Sicilia (1561) ante una emboscada montada por Dragut cerca de las islas Lípari. ¿Y políticos en Madrid? Pues por de pronto, en la Primera República española (la federal), dos presidentes fueron catalanes (Figueras y Pi i Margall) y dos andaluces (Salmerón y Castelar). ¿Dónde queda la prepotencia castellana?

Esta falsa contraposición llega al siglo XX . Veamos algunos datos que en ocasiones se eliminan u olvidan. En 1934 quien aplastó la revuelta de la *Generalitat* de Cataluña encabezada por Lluis Companys contra el Gobierno democrático de la república fue el general catalán Domingo Batet Mestres. El propio Companys persiguió a los catalanes católicos y fue responsable de más de 8000 ejecuciones de catalanes, la mayoría sin juicio previo. Prohibió todo festejo relacionado con la Navidad, y fusiló al alcalde de Lérida, Joan Rovira Roure, de la Lliga Catalana, por el terrible cargo de organizar una cabalgata de reyes. Tampoco eran castellanos los que recibieron con vítores y flores a las tropas franquistas que entraron en Barcelona al final de la Guerra Civil. En este contexto, cabe recordar la figura de Joaquín Milans del Bosch y/i Carrió quien nació en Barcelona en 1854 y pertenecía a dos familias de rancio abolengo catalán. Fue Capitán General de Cataluña (1916), jefe de la Casa Real de Alfonso XIII y amigo personal de Miguel Primo de Rivera. Como gobernador civil de Barcelona lideró la represión de los movimientos nacionalistas catalanes. Su nieto Jaime Milans del Bosch participó en la defensa del alcázar de Toledo, fue miembro de la División Azul, y lideró el golpe de Estado de 1981. Un año antes (1980) Josep Tarradellas (procedente de ERC, ¡el mismo partido que Oriol Junqueras!) se manifestó contrario al nacionalismo radical y a cualquier veleidad separatista. En especial alertó contra las verdaderas intenciones de Jordi Pujol. Nadie le hizo caso.

En 1996 ganó las elecciones por primera vez en España el Partido Popular. En las duras negociaciones con CiU para conseguir su apoyo a la formación de Gobierno, la principal condición de los nacionalistas fue acabar con Alejo Vidal-Quadras, un catalán que estaba consiguiendo con notable éxito que las posiciones proEspaña estuvieran subiendo entre el electorado catalán. En 1998 otro catalán, Josep Borrell, ganó las primarias del PSOE como candidato a la presidencia del Gobierno de España. Si no llegó a presentarse, y decidió renunciar un año después, no fue debido a ningún grupo españolista anticatalán, ni mucho menos.

¿Y españoles contra vascos? Se debe a los vascos más de la mitad de las victorias y gestas militares de nuestro ejército. Incluso durante el franquismo hubo varios ministros vascos (por ejemplo, en los años sesenta rigieron el Ministerio de Justicia, Iturmendi y Oriol) y dos llegaron a presidir las Cortes franquistas: Bilbao e Iturmendi. En cuestión represora (que lógicamente aumentó a consecuencia de la aparición de ETA) el dilema tampoco fue vascos contra españoles. Cabe traer a colación el caso del asesinato de Melitón Manzanas por parte de ETA, un policía al que se acusaba de torturas, pero que era de origen vasco, más concretamente de Irún. Un asesinato por cierto que fue diseñado en los conventos de los padres sacramentinos de Villaro y Tolosa (A. Baeza, 1996, p. 398). Y mientras tanto, Franco elegía San Sebastián para veranear. Incluso el primer presidente de la democracia española pudo ser muy bien el vasco Areilza en lugar del avulense Suárez.

¿Españoles contra catalanes y vascos? Más bien catalanes contra catalanes, y vascos contra vascos. Llamemos a las cosas por su nombre. Resulta paradójico que unos territorios que fueron durante los años cincuenta y sesenta destino preferido de miles de españoles en busca de una vida mejor, hoy expulsen a miles de sus ciudadanos a vivir en otras partes de España (el ignorado exilio interior), porque el clima social se ha hecho asfixiante cuando no directamente peligroso.

4.4. El nacionalismo ¿consecuencia o causa de la decadencia española y europea?

a) Una feria de irresponsables y egoístas

¿Qué responsabilidad tienen los nacionalistas en que no hayamos sido mejores de lo que hemos sido? Otro gallo habría cantado si catalanes y vascos hubieran contribuido siempre a las cargas nacionales lo que les correspondía, y no sólo hablamos de impuestos. Tanto el País Vasco (hoy por ejemplo con el cupo) como Cataluña han recibido habitualmente más que lo que han dado, y a eso al parecer se han acostumbrado. Desde 1599, Barcelo-

na pagaba con retraso los quintos o simplemente no los pagaba, y siempre estaba en números rojos con la Corona. Y en cuanto al Ejército, se ha resistido con contumaz persistencia a aportar tropas incluso cuando las batallas se producían en terrenos cercanos a sus intereses presentes o pasados. Así, en 1637 se negó a participar en la batalla de Languedoc contra Francia. Y en 1638 cuando hubo que socorrer a Guipúzcoa y Fuenterrabía de la invasión francesa, todos los territorios de España aportaron contingentes (incluido el resto de la antigua corona de Aragón: Valencia y Aragón) salvo Cataluña. Cuando hoy se les ve caminar alegres de la mano a separatistas catalanes y vascos, uno mira a la historia y no puede dejar de experimentar un cierto sonrojo.

En el año 2012 el semanario alemán *Der Spiegel* publicó un reportaje titulado «La hora de los egoístas» donde se analizaba el caso español señalando que *la crisis impulsa a los separatistas en varios países de la UE y las regiones ricas ya no sienten la solidaridad con las regiones más pobres del país* [132]. Esta sensación de superioridad (o supremacismo) demuestra un hecho muy simple: si Cataluña y el País Vasco fueran regiones pobres, con todas las demás características de singularidad intactas, no defenderían lo que defienden. No reclamarían la autonomía fiscal ni soportarían que esta idea la proclamaran Extremadura y Andalucía, si éstas fueran las regiones más ricas. Entonces «lo suyo» sería que estas últimas les transfieran más recursos utilizando para ello las excusas que fueran necesarias. Y ¿por qué Cataluña y País Vasco son más ricas que el resto? Pues porque han sido favorecidas por inversiones y políticas «españolas» desde hace siglos: ¿dónde se situó la siderurgia?, ¿por qué se aprobaron medidas proteccionistas? Por no hablar del aporte en horas de trabajo baratas que ofrecieron precisamente andaluces y extremeños, trabajadores explotados de sol a sol, a los que ahora se pretende romper sus familias. De hecho, los nietos de aquellos esforzados trabajadores emigrantes quedan ahora «convertidos» por gracia del síndrome de Estocolmo, en traidores entusiastas a la sangre de sus antepasados.

Se promete que volviendo a un pasado irreal surgirá mágicamente un paraíso artificial nuevo en el futuro. Aquí el enemigo ya no es sólo el españolista, sino el mero pesimista y agorero: todos los que osen plantear dudas al proceso rupturista, lo que encaja con la ingenua doctrina dominante del «pensamiento positivo» (B. Ehrenreich, 2011, pp. 14, 15). Como nadie es responsable de nada todos pueden vivir felices soñando en un futuro imaginario. Nadie, por ejemplo, dice a los receptores de trasplantes que deberán renunciar al sistema más eficaz y rápido del mundo en proveerlos. Todo re-

cuerda demasiado a la novela de Aldous Huxley *Un mundo feliz* ? ¡Independencia! ¡Independencia! ¡Soma! ¡Soma! ¿Alguien se ha preguntado en serio qué ganarían con la independencia? Pues paradójicamente, cuando España ha sido políticamente centralista, Bilbao y Barcelona eran los polos económicos del país, donde se localizaban las grandes empresas industriales, incluso y notoriamente durante el franquismo. La «poderosa» Madrid era capital administrativa y de una cierta aristocracia venida a menos, pero poco más. Paradójicamente, hemos debido esperar a tener el sistema más descentralizado de nuestra historia para que Madrid haya logrado ser no sólo la capital política sino también el motor económico del país. ¡Hasta en su ingenuidad los separatistas no pueden evitar ser españoles! [133] .

b) En definitiva: ¿a quién beneficia que España se rompa? [134]

La España democrática ha sido, desde finales de los años setenta del siglo XX y a pesar de todas sus deficiencias, una historia de éxito. No hay más que mirar las cifras de crecimiento neto, de incremento de la renta per cápita, el Estado de bienestar, nuestras grandes empresas o éxitos deportivos, o el mero proceso de transición pacífica de la dictadura a la democracia para poder estar orgullosos. Existen y han existido claros y oscuros, como en la historia de cualquier otra nación, pero aspirar a que en una trayectoria histórica tan larga como la nuestra no aparezca ninguna sombra es muestra de la más exquisita ingenuidad. ¿Entonces? ¿Por qué romper este proyecto? Una vez más… ¿*cui prodest?* ¿A quién beneficia?

¿A los españoles? No ciertamente, incluidos catalanes y vascos. Hace unos años se editó un libro colectivo titulado *A favor de España: los costes de la ruptura* (A.Gil Ibáñez y Ramón Marcos, coords. 2014), donde un grupo de expertos (por cierto incluidos un buen número de vascos y catalanes) analizaban los costes de romper España desde variados enfoques y puntos de vista (económico, comercial, social, cultural, político, histórico…) llegando a una conclusión aplastante: resultaba contraproducente para todos. Este debate se encuentra sin embargo ausente (no por casualidad) en el mundo nacionalista. Resulta un tanto sorprendente que nadie reclame como parte inherente del derecho a decidir conocer de antemano todas las consecuencias de lo que se vota. Es más, no es aventurado afirmar que la mayoría de los catalanes (y no digamos nada los sobrefinanciados vascos) clamarían con toda seguridad después de la independencia: «contra España, vivíamos mejor».

¿A los europeos? Menos que a nadie, aunque se hayan parado poco a pensarlo. Los europeos (y los españoles lo somos) no parecen querer aprender de sus errores pues las dos guerras mundiales (y civiles europeas), lo mismo que nuestra Guerra Civil (también europea), se desencadenaron esencialmente por excesos nacionalistas. Cada vez que el nacionalismo prevalece en Europa reverdecen conflictos internos olvidados, con el mismo resultado de siempre: ellos (nuestros competidores) ganan, nosotros perdemos. Lo cierto es que hoy, como ayer, una España débil no le conviene a Europa, máxime siendo frontera de las dos zonas con más diferencia de renta del mundo. Es más, la destrucción de España sería probablemente la antesala de la destrucción de Europa pues tendría un peligroso efecto contagio sobre otros países que antaño pensaban, esta vez ingenuamente ellos, que estaban libres de tan tremenda y antigua enfermedad: ¿cuántos territorios en Europa (y en Estados Unidos) cumplen parecidas o similares condiciones a las de Cataluña y el País Vasco?

¿Y al resto del mundo? Les sería incluso más pernicioso aunque algunos crean que no va con ellos. En primer lugar, porque una España fuerte es también un requisito esencial para el equilibrio y estabilidad geoestratégica del mundo, por de pronto debido a su posición geográfica de centralidad (extiendan un mapamundi en una mesa y verán qué pasa), pero también por su influencia cultural e idiomática a lo largo del eje Europa-África-Asia-América. Pero es más, en 1945 cuando se crean las Naciones Unidas había 51 miembros, hoy son casi 200. España, por cierto ya existía desde hacía algunos siglos. ¿No conviene al interés general que fijemos de una vez un límite a tanta desmembración? Las Naciones Unidas deberían empezar a dar premios y ayudas económicas a las naciones que permanecen unidas, aunque sean internamente complejas desde el punto de vista étnico o cultural, pues si la tendencia que prima es la de contar con naciones cultural y étnicamente homogéneas, entonces deberíamos prepararnos para llegar al menos a 3500 miembros de las Naciones Unidas, que es el número aproximado sólo de lenguas en el mundo. Nos jugamos no sólo la estabilidad geoestratégica, sino el desarrollo sostenible y la paz duradera.

Pero es que además, si la aventura secesionista saliera mal, ¿quién estaría dispuesto a asumir la responsabilidad de tamaño fracaso frente a la (ingenua) sociedad y ante la historia? Los costes de romper España nadie querrá pagarlos y hacerse responsable de ellos; los separatistas menos que nadie. Antes encontrarán (de nuevo) un chivo expiatorio al que echarle las culpas de su altanería y errores de cálculos. Aunque el nacionalísimo se

presenta bajo la fórmula «nosotros (los separatistas) ganamos, ellos (el resto de españoles) pierden», en realidad se produce un juego del tipo: «todos nosotros (los españoles) perdemos, otros (nuestros competidores) ganan». Cuando hemos estado divididos, otros nos han conquistado o dominado, antes lo hicieron militarmente, hoy lo harán comercial, cultural y financieramente. Una España dividida perdería peso e influencia en el mundo y en Europa. Por contra, el deporte es un claro ejemplo de que existe otro modelo alternativo pues cuando actuamos unidos « todos nosotros ganamos». En definitiva, todos estos debates territoriales y la cantidad ingente de dinero en ellos invertidos ¿a quiénes han beneficiado en realidad, queridos ingenuos? ¿Qué prefieren el lema «divide y vencerás» o «la unión hace la fuerza»? Es hora de tomar partido.

122 Álvaro Baeza (1996) ha defendido que en el atentado contra Carrero Blanco participó el célebre terrorista Chacal contratado a cambio de quince millones de pesetas, los cuales habrían sido pagados por el Partido Comunista de Francia. Preparó las bombas, aunque no llegó a activarlas porque en el día previsto, en el momento que pasó el coche de Carrero transitaba un coche con una mujer y varios niños. La explosión definitiva tuvo lugar dos días después ya sin él (pp. 556-569). Todo ello le habría sido relatado a Carlos Arias Navarro por el embajador español en Francia, Pedro Cortina Mauri, en un informe que le preparó el propio servicio secreto francés.

123 Ver para un resumen de estos acuerdos, Ricardo García Cárcel «La guerra de Sucesión, una guerra poliédrica», en A. Morales Moya (dir.), 2014, pp. 45-69, p. 46.

124 Cfr. Luis Ribot, «El dictamen "más firme a la seguridad de mantener inseparables los reinos de mi corona". La sucesión de Carlos II», en A. Morales Moya (dir.), 2014, pp. 21-43, esp. nota 21. Una cosa es cierta, si con este testamento Carlos II quería buscar una alianza honesta y fructífera con Francia, no lo consiguió. Si pretendía garantizar que las posesiones de su corona no se dividieran o integraran en otro imperio, tampoco lo logró: España perdió todas las posesiones en Europa además de Menorca y Gibraltar, aunque luego Felipe V recuperaría Menorca, Nápoles y Sicilia.

125 Ver S. Muñoz Machado, 2014, pp. 17 y ss., ver también Francesc de Carreras, «El año 1714 desde la perspectiva política actual», en A. Morales (ed), 2005, p. 449-465, pp. 454, 455.

126 «La renovación económica y social de los Borbones: la política económica de España en el siglo XVIII » en A. Morales (2014), pp. 263-291; con Clara Eugenia Núñez, «Más de quinientos años juntos: síntesis de la evolución histórica de Cataluña y el País Vasco en España» en Alberto G. Ibáñez y Ramón Marcos (2014) pp. 65-92

127 Para un análisis completo de la falsedad del discurso económico nacionalista del malintencionado lema «España nos roba» y del tramposo cálculo de las balanzas fiscales, nos remitimos al libro de los catalanes Josep Borrell y Joan Llorach, *Las cuentas y los cuentos de la independencia* , 2015.

128 En las dos últimas del franquismo especialmente se produjo una elevada actividad industrial y económica en general, que hizo elevarse la renta per cápita catalana notablemente en comparación con otras partes de España, incluida la «poderosa» Madrid. Ver, Clemente Polo «Consecuencias de la independencia sobre la economía catalana» en A. Morales (ed.), 2014, pp. 419-448, p. 430.

129 Fue por tanto Pujol el primer responsable de abrir el melón de la descentralización y el café para todos. Y el mismo PSOE con su apoyo expreso al proceso que inició Andalucía para incorporarse a las comunidades del máximo techo competencial (art. 151 CE). En todo caso, no es cierto que la Segunda República sólo contara con tres estatutos. Cuando sobreviene la Guerra Civil se estaba trabajando al menos en los estatutos de Baleares, Aragón, Valencia, Andalucía, Castilla, Extremadura, Canarias y Asturias. De hecho, el propio preámbulo del estatuto de Nuria llamaba a que España se estructurara como una federación de *todos los pueblos hispánicos* , sin concretar cuáles debían ser estos y admitiendo que se pudieran establecer de forma gradual.

130 Podrían ser definidos como el español residente en cualquier ciudad de España, pero especialmente en Madrid, mayormente de mediana edad, que se considera a sí mismo muy «guay» y enrollado, y que por tanto no puede sino condescender frente al fenómeno nacionalista disgregador, bajo los comentarios, a cada cual más superficial e ingenuo, de que: «No es para tanto», «Son cosas que inventan los políticos de Madrid», «Si yo cuando voy allí no tengo ningún problema». El término no es mío (aunque la definición concreta sí) sino del catedrático de economía catalán José V. Rodríguez Mora, que se ha dedicado entre otras cosas a combatir las sin-

razones económicas que forman parte del proceso separatista. Ver «Los costes económicos de una posible ruptura» en Alberto G. Ibáñez y Ramón Marcos (coords.), 2014, pp. 113-157.

131 Cfr. mi artículo «Los límites olvidados del diálogo: magia y realismo», publicado el 1 de octubre de 2017 en http://www.elasterisco.es/los-limites-del-dialogo/

132 Citado y comentado por J. Borrell y J. Llorach, 2015, pp. 141 y ss.

133 Esto mismo sucedió por cierto en la sociedad alemana de los años treinta cuando ésta «compró» la «ilusión óptica» de un tercer reich. Ninguna sociedad está libre de embaucadores que te piden que mires a otra parte (Madrid), mientras aprovechan para meterte la mano en el bolsillo o embarcarte en una nueva guerra (absurda) con tu vecino, al que hasta hacía poco considerabas tu igual, tu amigo y hasta puede que un familiar…

134 Con este título publiqué el 8 de agosto de 2017 una Tribuna en *El Español* : https://www.elespanol.com/opinion/tribunas/20170807/237346265_12.html

PARTE TERCERA:

LA LEYENDA NEGRA EN LA ACTUALIDAD: EN BUSCA DE NUEVOS HISPANÓFILOS

IX.
¿PUEDE SER ESPAÑA UN PAÍS NORMAL? LA PERVIVENCIA DEL COMPLEJO ESPAÑOL

No se trata sólo de agua pasada: de la leyenda negra quedan aún demasiados rescoldos, en la calle y en el mundo académico; poco más o menos hay que decir respecto de la supuesta otredad de España

Ángel Gómez Moreno, 2011

1. ¿ESPAÑA EN LA INOPIA?

1.1. La doble vara de medir ataca de nuevo: que se hable bien de ellos pero no de nosotros

Hoy ya no somos el fiero enemigo a batir que podía dominar el planeta, sino más bien el segundo mayor receptor de turistas del mundo. Por tanto, el siglo XXI no sería ya el XVI ... ¿o no tanto? El 6 de febrero de 2015, en el Desayuno Nacional de Oración, Barack Obama relacionaba públicamente los horrores del Estado islámico con los de la Inquisición española..., junto a las cruzadas y la esclavitud. Ello no es raro en un país que atribuye en ocasiones la Inquisición a los ¡¡¡jesuitas!!! Pero lo importante no es eso, es que en pleno siglo XXI el presidente «estrella» de EE. UU. todavía se hiciera eco de la leyenda negra española para comparar horrores, y lo hiciera injusta y públicamente. El nada sospechoso Luis Goytisolo se atrevería en justa correspondencia a denunciar brillantemente este hecho en una columna en *El País* (03/04/2015), titulada «El Califato y la Inquisición», ante el incomprensible (y cómplice silencio) de la supuesta intelectualidad española y de sus políticos, incapaces de reclamarle al primer presidente negro de los Estados Unidos, sino una rectificación en toda regla, al menos que también hiciera autocrítica del comportamiento con indios y negros en Norteamérica o sobre cómo fueron ellos (y no otros) los que se atrevieron a lanzar «dos» bombas (es decir que repitieron) nucleares sobre población civil inocente. No es ánimo de incordiar, pero si nos atacan deberíamos responder pues quien calla otorga.

Pero Europa sería distinta. Ahora somos aliados y amigos, casi colegas de pupitre en la UE. Las cosas están cambiando... ¿o no tanto? Semana del 10 al 15 de agosto de 2015, los periódicos traen estas dos noticias: un juez británico se niega a extraditar a España al terrorista etarra Antonio Troitiño Arranz, y otro juez del mismo país desestima la petición de extradición a España del jefe de los servicios de inteligencia de Ruanda, Karenzi Karake,

reclamado por terrorismo y crímenes contra la humanidad, en concreto por el asesinato de nueve españoles, seis religiosos y tres cooperantes de Médicos del Mundo. Por no hablar del trato favorable al huido Puigdemont por parte de la justicia belga a finales de 2017 y alemana en abril de 2018. ¿Qué tal si hubiera sido corso o si España acogiera a un independentista bávaro o flamenco que hubiera tratado de derrocar al rey de los belgas? Mientras, el 11 de junio de 2015 la Asamblea Nacional francesa se prestaba a ser utilizada por la izquierda abertzale para una acción de presión del entorno de ETA contra el Gobierno español sobre la excarcelación de presos y la vuelta de etarras con causas pendientes, incluidos delitos de sangre. Una reclamación que jamás se hubiera permitido por ejemplo con Iparretarrak. ¿O acaso alguien se imagina la celebración de una Conferencia Humanitaria por la Paz del País Vasco francés en España?

Ni siquiera en pleno siglo XXI nos libramos de que la mala prensa (interesada) se cebe más con nosotros que con otros. Todavía hoy se escucha o se lee referirse a la gripe «española», esa denominación falsa e injusta como hemos visto. ¿Se imaginan esto en Reino Unido, Francia o Estados Unidos? Tras el atentado yihadista del 13 de noviembre de 2015 en París (129 muertos, 300 heridos), al día siguiente el Gobierno francés se equivocó al identificar dos españoles fallecidos que no lo estaban en realidad. ¿Se imaginan que semejante error lo hubiera cometido el Gobierno español tras el 11M? Dos simples ejemplos de cómo España tiene que hacer el doble esfuerzo para ganarse y mantener un prestigio que otros disfrutan per se. De hecho, los consabidos estereotipos hispanófobos continúan. No sólo somos el país de la siesta (aunque hayamos perdido esa sana costumbre hace tiempo y nos la copien otros), sino que hagamos lo que hagamos, se nos sigue describiendo, aunque sea bajo un tono sarcástico, como gente soez, impuntual, maleducada o desagradecida [135]. Lo más extraño es que se sientan autorizados para hablar así los representantes del país de los *hooligans* y de las borracheras y destrozos en nuestras zonas de costa.

No es simple casualidad. Todavía a principios y mediados del siglo XX, cuando se trataba de presentar la imagen de nuestro país, frecuentemente se sacaban a la luz sólo las imágenes negativas que interesaban (falsas o no) ocultando otras positivas que pudieran contrarrestar las primeras, con el objetivo preconcebido de mostrarnos como un país atrasado, cruel o pobre. En España ciertamente ha existido pobreza y atraso hasta finales del siglo XX, pero no todo era ni mucho menos así. Es decir, con igual técnica (pero más sana intención) se podría haber vendido la imagen de una España más

moderna, bastando para ello haber seleccionado imágenes de las ciudades en lugar de algunos pueblos o zonas remotas o desérticas [136]. Sería como si alguien se centrara en ver cómo vivían los esquimales de algunos pueblos de la zona polar de Dinamarca para de ahí llegar a la conclusión que los daneses eran un pueblo tribal y atrasado formado por gente que viven en iglús. O como si para mostrar la vida de la Inglaterra de finales del siglo XIX se tomaran fotos de la vida de los poblachos que se construyeron en torno a las minas de hierro y carbón, con el título «Así, viven los ingleses». A fin de cuentas Marx escribió *El Capital* en Londres, no en Madrid. En parecida época (1952) la gran niebla de Londres ocasionó en cuatro días más de 12.000 muertes y fue debida a una mala utilización del carbón (exportaban el mejor y se quedaban con el de mayor contenido en azufre) por parte de empresas y el Gobierno británicos. Pero no hubo una campaña internacional sobre ello ni ha quedado marca en el inconsciente colectivo.

1.2. La guerra cultural como elemento de la guerra híbrida

Frances Stonor Saunders (2001, *¿Quién pagó al flautista? La CIA y la guerra fría cultural)* demostró que en plena Guerra Fría la CIA (con la colaboración de los servicios secretos británicos) no sólo publicó y tradujo a autores conocidos que seguían la línea preferida por los Estados Unidos (incluida la línea socialdemócrata no comunista), para hacer frente a la oferta cultural comunista, sino que patrocinó el arte abstracto para contrarrestar el arte con algún contenido social. Lo mismo o parecido hizo el KGB. Era la Guerra Fría, algunos dirán, pero, ¿no ocurre algo parecido en la actualidad? Aunque el número de conflictos armados entre naciones pueda haber disminuido (habría que incluir el fenómeno del terrorismo), la guerra de propaganda es permanente. Si la guerra convencional comienza en la frontera de un país y acaba en la puerta de nuestras casas, la guerra de propaganda no conoce límites físicos: entra en nuestra mente y en el inconsciente de nuestros vecinos, hijos y potenciales clientes o visitantes. Cada país defiende su reputación y ataca la de sus adversarios, aunque sólo sean económicos y culturales, pues en un mundo globalizado cada nación compite en prestigio, la antesala de un buen *marketing* para sus productos y empresas.

El refrán norteamericano de que «quien paga al flautista tiene derecho a escoger la melodía» sigue en vigor en la actualidad. Hollywood, por ejemplo, continúa siendo el mejor Ministerio de Cultura de Estados Unidos y de Gran Bretaña, pues lo que defiende en multitud de películas no es sólo una forma de vida sino el modelo cultural anglosajón. Por ejemplo, si uno ve la serie *Empire* de History Channel, canal de propaganda mundial, el Imperio

español pareciera no haber existido [137] . Esta colaboración estrecha entre antigua colonia y metrópoli que surge al calor de la defensa de un interés común, no se da sin embargo en el lado «hispano» donde sucede justamente lo contrario. Basta comparar, por ejemplo, el planteamiento de películas como *Oro* (2017) o la serie de TV *La peste* , con variedad de películas y series sobre reinas, reyes y gobernantes británicos (Enrique VIII, Isabel I, Victoria, Jorge VI, Churchill, Isabel II, la famosa *The Crown*). Incluso en los casos en los que nos ponemos a promocionar nuestra épica (e,g, película *Zona hostil* (2017) y series sobre Isabel la Católica y Carlos I en España), se trata de casos aislados, sin duda muy meritorios pero que no pueden comparar enfoque, presupuesto y promoción con los anteriores [138] .

Mientras los demás utilizan todos sus medios disponibles para engrandecer su historia (mintiendo si es necesario y escondiendo sus errores y horrores), y llegado el caso denigrando la de los demás, en España no sólo tenemos muy pocas películas sobre nuestras hazañas históricas, incluyendo las derrotas dignas y valerosas, sino que cuando nos ponemos a ello las utilizamos a menudo para tirar piedras contra nuestro tejado en lugar de para defendernos de las acusaciones sin fundamento que nos lanzan otros. Sírvase comparar cómo puede transformarse una derrota en una victoria moral enfocándose en los gestos de heroísmo reales o inventados (*Durkerque* , 2017, de producción angloamericana, con presupuesto de cien millones de dólares) o hacer algo muy distinto teniendo mejores motivos (*1898. Los último de Filipinas* , 2016, con seis millones de presupuesto que describe el sitio de Baler, una hazaña que honran todavía hoy los propios filipinos). La mayor gesta militar en la defensa de Europa fue la defensa heroica de Castelnuovo en 1539 por el tercio viejo de Francisco de Sarmiento. ¿Cuántas películas y documentales si hubiesen sido ingleses o franceses?

En los países de habla inglesa es habitual por ejemplo, tanto en teatro como en cine, presentar a Catalina de Aragón, primera mujer de Enrique VIII, como una mujer morena de aspecto árabe (prototipo de la «mediterránea»), cuando ésta era pelirroja y de tez muy blanca, mientras que Ana Bolena (la supuesta inglesa de pura cepa) tenía los ojos y pelo negros (citado por S.G. Payne, 2017, p. 34). ¿Lo denunciamos? No, pero ¿por ignorancia, cobardía o ingenuidad?

Un ámbito específico y especialmente grave donde pervive la leyenda negra es el de la escuela. P.W. Powell ya destacó en 1971 cómo los libros de texto de la mayoría de los estados norteamericanos denigraban al Imperio es-

pañol mientras ensalzaban al británico sobre la base de ejemplos y argumentos falsarios. Todavía hoy, los niños holandeses aprenden lo terribles que eran los españoles y el ogro del duque de Alba, mientras ni una mala palabra contra los ingleses que robaron su imperio. Ni siquiera el paso del nazismo por este territorio ha sido capaz de borrar del todo esa imagen antiespañola. Por su parte, en la escuela primaria de Gran Bretaña se adorna la leyenda de su «gran» victoria sobre la Armada Invencible, presentando una poderosa flota española mucho más numerosa de lo que fue, vencida por un puñado de heroicos navíos tripulados por audaces patriotas. Se oculta así la realidad de que la flota inglesa era de 226 naves frente a las 137 españolas, de los cuales la mayoría eran además barcos mercantes. Mientras en nuestra escuela ¿alguien les cuenta a nuestros hijos, por ejemplo, que Blas de Lezo en 1741 con 6 barcos y 2800 españoles derrotó a la flota del almirante Vernon de 195 barcos y 23000 soldados ingleses en Cartagena de Indias? Bastaría con decir la verdad.

Ellos lo hacen con naturalidad, sin complejos, y sin que nadie en España lo denuncie nacional o internacionalmente. Nosotros ni siquiera celebramos nuestras grandes victorias «reales». Ellos tienen claro que el relato histórico dominante (propio y de los demás) es un elemento clave del *marqueting* público al servicio del interés general. Incluso son capaces de transformar sus mayores fracasos y sombras del pasado en productos comerciales de éxito: e.g., el almirante Vernon es hoy una marca prestigiosa de ron, mientras la leyenda confusa e injusta contra la asesinada católica María Estuardo se convierte en nombre del famoso cóctel bloody Mary. ¿Qué hacemos sin embargo nosotros? Poner el nombre de una de nuestras más tristes derrotas a numerosas plazas y calles (Trafalgar). Busquen en Inglaterra alguna que se llame «Cartagena de Indias». Ni una. No son tontos.

2. IMAGEN EXTERIOR VERSUS IMAGEN INTERIOR

2.1. La baja autoestima como problema estructural

Existen y han existido anglófilos, francófilos, germanófilos… pero en el caso de España hablamos de «hispanistas» y no hispanófilos como si pensar favorablemente de este país y de su historia fuera (todavía hoy) un acto sospechoso y vergonzante. Obviamente algunos hispanistas han sido al mismo tiempo hispanófilos, pero la mayoría ha preferido aplicar una doble vara de medir: una para nosotros y otra para su cultura de procedencia[139]. Y sin embargo lo que más escasea, y más nos interesa encontrar, son hispanófilos internos, gentes de España capaces de amar sanamente a su país, como ocurre en el resto del mundo. Aquí seguimos mostrando una rara ca-

rencia que nos singulariza. Es más, probablemente sea el presente donde esa falla sea la mayor de toda nuestra historia.

De hecho, la imagen de España (Barómetro del Real Instituto Elcano, febrero-marzo 2017) sigue mejorando día tras día... si preguntamos fuera. En 2017, éramos el quinto mejor valorado, sacábamos un notable (7,1) calificación similar a la de Estados Unidos [140] . En su conjunto España aparece como un país tradicional, confiable, democrático, honesto, trabajador, fuerte, pacífico, solidario, rico, religioso y tolerante. Zara se confirma como la marca española más conocida en el mundo y la mejor valorada. Las empresas españolas reciben valoraciones medias cercanas al notable, siendo sin embargo inferior en las marcas que incorporan más tecnología. En parecido periodo, el Reputation Institute en su *Country RepTrak* de junio de 2017 (https://www.reputationinstitute.com/country-reptrak), valorando la reputación de los 55 países del mundo con mayor producto interior, situaba a España en el puesto decimotercero por delante de países como Italia, Francia y Alemania entre otros (los primeros de la lista eran Canadá, Suiza, Suecia y Australia).

Estos datos podrían hacernos pensar que todo va bien y que la leyenda negra es cosa del pasado. Pero nada más lejos de la realidad. Es cierto que desde la transición y su incorporación a Europa la imagen (exterior) de España ha mejorado, pero: a) la interpretación torticera de nuestra historia sigue presente, sobre todo en los medios de comunicación y en el ámbito académico (y no sólo el que sirve ciego y obediente al discurso sectario separatista); y b) la mejora de la imagen exterior no se traslada a la imagen que los españoles tienen de sí mismos. Ya el *Pew Global Attitudes Survey* de los años 2012-2013, sobre la opinión de los nacionales de unos países sobre otros (Grecia, Italia, Alemania, Inglaterra, Francia y España), mostraba que los españoles somos los que peor consideración tenemos de nuestro propio país (-16 puntos sobre 100) —incluso Grecia incursa en pleno rescate de la UE se valoraba con 67 puntos—, mientras España era considerada por el resto como el primer o segundo mejor país extranjero con entre 69 y 27 puntos positivos [141] . En 2014 se constataba que salíamos de la crisis y algo se notaba (alcanzábamos un 6,1 en valoración exterior), pero eso contrastaba de nuevo con nuestra auto-imagen donde suspendíamos (4,8) [142] . Somos el país avanzado que se pone peor nota a sí mismo y el único del mundo donde la nota interna es mucho peor que la externa; la tendencia es que

la distancia entre imagen exterior (cada vez mejor) e interior (cada vez peor) se siga agrandando (cfr. *Reputation Institute*) [143] . ¿Por qué?

No es ciertamente un fenómeno nuevo. Se da la paradoja de que muchos extranjeros aman más profundamente a España que algunos españoles. Son personas, ciudadanos de países legalmente constituidos desde hace muchos años, separados de nosotros incluso por océanos, que sienten a España como más propia que algunos ciudadanos de apellido castellano de rancio abolengo [144] . Igual de paradójico resulta que tengan por lengua propia al español —sin problemas, suspicacias o complejos— aquéllos que viven plus ultra los mares, mientras aquéllos que conviven como españoles y entre españoles, al menos, desde hace cinco siglos parezcan avergonzarse de ello.

Recuperar la autoestima interna resulta inaplazable no sólo por una cuestión de justicia histórica, con uno de los cinco países sin los cuales no se habría podido escribir la historia del mundo, sino por razones prácticas: los países que mejor funcionan en términos económicos y de peso en el mundo suelen ser los que tienen una autoestima mayor; sirvan de mas ejemplo: Reino Unido, Alemania, Francia, Estados Unidos y Australia (éste el más nuevo y el que más autoestima colectiva tiene).

2.2. Errores españoles versus errores de los demás

¿Cómo afrontamos nosotros nuestros posibles errores y los demás los suyos? ¿Aplicamos la misma vara de medir a nuestros errores que a los de demás? ¿Y ellos? ¿Hacen lo mismo que nosotros? Veamos algunos ejemplos:

— Noviembre de 2002 caso Prestige: mar revuelto, fuel ruso, barco con armador griego, capitán de dudoso comportamiento, sociedad con domicilio en Liberia, bandera de Bahamas, tripulación asiática, buque verificado en las oficinas marítimas de América del Norte y de Francia. ¿Responsabilidad? Del Gobierno español y de la Junta de Galicia. El caso tiene relieve internacional, al final el grito «nunca más» se dirige, no contra la empresa armadora, el capitán del barco o la cultura de sus países de origen, sino exclusivamente contra el Gobierno español (lo que no quiere decir que éste no hubiera podido actuar mejor). El daño para la imagen de España y de la calidad de sus costas fue irremediable, injusto y exagerado, y para colmo continúa todavía hoy vigente.

— Diciembre 2017: un tren descarrila en Washington, dejando 3 muertos y 77 heridos. La causa del accidente fue que circulaba a 128 ki-

lómetros por hora en un tramo cuya máxima velocidad permitida era de 48 km/hora. En la mayoría de medios españoles (incluida TVE) se destaca que los vagones eran de la empresa española TALGO, dando a entender que hubieran podido tener algo que ver, lo que era totalmente falso.

En estos dos casos, nosotros mismos ofrecemos totalmente gratis portadas a los medios extranjeros para que así puedan reforzar la imagen negativa de España como un país en el que nada funciona: ¡miel sobre hojuelas para nuestros adversarios y competidores! Ahora comparemos con lo que ocurre en países extranjeros. Veremos cómo su enfoque y estrategia logra que imágenes reales negativas no afecten a su consideración pública, colectiva o empresarial, ni a la autoestima de sus ciudadanos. Preguntémonos también qué habría ocurrido si hubieran acaecido esos sucesos en España:

— Abril de 2010: la plataforma petrolífera Deepwater Horizon, perteneciente a la compañía británica BP, sufre un accidente. El mar está en calma en aguas del golfo de México y a pesar de ello casi 780.000 toneladas de crudo fueron liberadas a los ecosistemas caribeños ¡¡¡durante 87 días!!! Los efectos todavía se sienten hoy a 22 kilómetros de distancia y a 1800 metros de profundidad. Nadie acusó de ello a la típica y abúlica flema británica, ni a su indolencia cultural, ni ningún británico achacó ninguna responsabilidad a su Gobierno; es más, de este caso ya nadie se acuerda ni lo recuerda (¿casualidad?). Hubo finalmente indemnizaciones pero sólo por presión de los tribunales norteamericanos. ¿Se imaginan que la responsable hubiera sido Repsol? Y sin embargo en 2011 se iniciaron estudios sobre los efectos en quienes limpiaron los restos de la fuga en el golfo de México; para ello se tomó como referencia el innovador trabajo científico hecho en España en 2003 con los marineros que recogieron el chapapote provocado por el desastre del Prestige.

— Marzo de 2015: un avión de la compañía alemana de bajo coste Germanwings se estrella con 150 pasajeros a bordo. Aparentemente el piloto decide suicidarse con todos los demás. La compañía conocía sus antecedentes de dificultades psiquiátricas, la Comisión Europea había detectado problemas en la Autoridad Alemana de Seguridad Europea, concretamente por falta de personal adecuado para controlar a las tripulaciones, y Lufthansa, a la que pertenecía Germanwings, no cumplía la recomendación de la IATA de que hubiera siempre al menos dos personas en la cabina del piloto. Nadie se manifiesta en Alemania contra su

Gobierno por ello, nadie en ningún otro país se atreve a acusar a la sociedad alemana por errores o déficit de gestión. Es más, alguna señora alemana sale en televisión preguntándose entre sorprendida e indignada: ¡cómo estas cosas podían ocurrir en un avión alemán! Mientras Iberia en esos mismos momentos era la compañía líder del mundo en puntualidad y cumplía la recomendación (que en Estados Unidos era obligatoria) de tener siempre dos miembros en la cabina. Si hubiera sido Iberia Express la propietaria del avión siniestrado, ¿apuestan cuál habría sido la reacción de la gente... de nuestro país?

— Octubre de 2015: trabajadores de Air France irrumpen violentamente en una reunión con los directivos de la compañía, los agreden y les rompen la ropa. Las imágenes dan la vuelta al mundo. El presidente de la república François Hollande hace unas declaraciones llamando a la calma y alegando que las agresiones «dañan la imagen del país». Se abren procesos penales contra los trabajadores responsables. No hay manifestaciones. Se acaba la polémica. Ninguna referencia más en medios extranjeros. Primero Francia, luego el debate político: ¿qué habría ocurrido aquí?

— Enero 2018: se detecta salmonela en leche materna fabricada por el grupo francés Lactalis. El caso se detecta en diciembre, pero la empresa sigue vendiendo sus productos hasta mediados de enero. Ya había tenido un caso parecido en 2008. Nadie acusa al gobierno francés o a sus autoridades.

¿Les sorprende? Pues hay más. Veamos seguidamente algunos ejemplos concretos de cómo tratamos los errores de los demás incluso cuando nos perjudican directamente:

— 1998: la empresa sueca Boliden provocó una terrible contaminación, desentendiéndose además de los vertidos. Ocurrió en la zona de Aznalcóllar, lindante con el Parque Nacional de Doñana, zona de especial interés ecológico para toda Europa. A estas alturas no ha pagado ningún tipo de compensaciones. Nadie ha relacionado este desastre con el pueblo sueco, el cual sigue pasando como uno de los más ecologistas y amantes del medio ambiente del mundo. Es más, en las noticias que sobreviven en Internet sobre este asunto resulta difícil (¿casualidad?) encontrar la referencia a la nacionalidad de la empresa. ¿Se imaginan los ingenuos si la causante del desastre fuera española actuando en Suecia?

— Abril de 2015: Marruecos niega a España la posibilidad de rescatar a los espeleólogos perdidos en una sima con el resultado de la fatal muerte de dos de ellos. Nadie achaca esa reacción a la típica arrogancia heredada de la cultura francesa (como antigua metrópoli). Y ello a pesar de que los medios de los que disponían los marroquíes eran claramente obsoletos e insuficientes para llevar a cabo el rescate. ¿Qué hubiera pasado si el mismo hecho hubiera ocurrido en un país hispanoamericano con Francia de parte perjudicada? Podemos imaginar los titulares en el país vecino.

— Septiembre de 2015: la fábrica alemana de automóviles Volkswagen se ve obligada a reconocer que modificó voluntariamente el *software* con el que comercializó al menos 11 millones de vehículos, con el objetivo de falsificar las mediciones de gases contaminantes que emitían a la atmósfera; sólo en Estados Unidos se enfrenta a una multa de más de 16.000 millones de euros. ¿Se imaginan si le hubiera ocurrido lo mismo a una empresa española? Es más, la empresa farmacéutica alemana Grünenthal ha negado, con todo tipo de argucias jurídicas, a las víctimas españolas de su medicamento Talidomida las indemnizaciones, que sí ha dado a los afectados alemanes que habían sufrido las mismas terribles malformaciones; nadie ha atribuido ese comportamiento barriobajero e impresentable al carácter alemán o a su forma de actuar. Incluso los tribunales españoles han validado esta estrategia. ¿Se imagina el caso al revés?

De hecho, ¿cómo nos tratan los demás cuando los posibles errores son nuestros? Para muestra, un botón: en 2011 la llamada «crisis del pepino español» se abrió por una acusación por parte de Alemania, que consideró que el causante de un brote epidémico ocasionado por la bacteria *Escherichia coli* eran los pepinos cultivados en Granada, Almería y Málaga, dando por sentado la falta de controles adecuados por parte de las empresas y autoridades españolas. La acusación se demostró posteriormente falsa, pero el daño estaba hecho y se hizo sentir en las importaciones españolas. ¿Se habría atrevido Alemania a hacer esta acusación apresurada si el pepino en cuestión hubiera sido francés o británico?

Por último veamos un caso donde «el mismo supuesto» se valoró de manera diferente según fuera el país —España u otro—, aunque nuestra actuación hubiese sido (globalmente considerada) bastante mejor:

— Septiembre-octubre de 2014: crisis del ébola: En España se infecta

> una técnico sanitario por errores en el seguimiento de los protocolos. En EE. UU. sucede exactamente lo mismo seis días después, con lo que pueden aprender de los errores cometidos en España. La crítica en España afecta a la ministra, al consejero de la Comunidad Autónoma de Madrid, surgen fuera noticias críticas a España como país y como forma de hacer las cosas. En EE. UU. las críticas son nulas al principio, luego se refieren a los responsables directos de la maquinaria establecida. NADIE critica a EE. UU. como país, ni a su presidente, ni a la manera de hacer las cosas en esa cultura. Por contra, se da la noticia de que el Gobierno norteamericano reclama 500.000 dólares a un enfermo de ébola tratado en los EE. UU. Se trata de un cooperante repatriado por los EE. UU. En España no se cobra nada. NADIE lo resalta en los medios internacionales como aspecto positivo de nuestro sistema.

¿Conclusión? Cuando los errores los cometen «algunos» extranjeros (es decir, si pertenece a determinados países), como mucho se consideran casos aislados. Punto. Si no hay más remedio que reconocer algún error éste es sólo responsabilidad de quien lo ha cometido, pero no afecta a la imagen impoluta de todo un país o siquiera del colectivo profesional o empresarial al que puede pertenecer el responsable. Y se lo aceptamos. Mientras otros callan «sin vergüenza» sus «vergüenzas», si entienden que ello les perjudica internacionalmente, nosotros aireamos inmediatamente las nuestras, aunque no lo sean tanto. Otros tienen muy claro cuáles son sus prioridades e intereses y cómo defenderlos. ¿Por qué nosotros no? La imagen de nuestra ineficacia contumaz está tan interiorizada que los primeros que «presumimos» de ella somos nosotros, de nuevo sin ningún estudio comparado. Por ejemplo, Alemania y Francia incumplieron los objetivos de Maastricht antes que nosotros y Alemania (140.000 millones) y Reino Unido (119.000) han destinado más dinero que España para rescatar a sus entidades financieras con motivo de la crisis de 2007. Pero nada, la mala fama se la ha llevado nuestro país que debe ver cómo sus colegas lo colocan bajo el acrónimo «PIGS» (Portugal-Italia/Irlanda-Grecia-España). ¿Por qué esta doble vara de medir?

Debe realizarse autocrítica, pero siempre y en «todos» los casos con ecuanimidad, con análisis comparado (qué hacen otros en similares circunstancias), sin sectarismos interesados, y con similares criterios, independientemente de que sea el causante español o de otra nacionalidad. Y sin embargo, un ejemplo de autocrítica comparada en la que salimos mal

parados es el resultado de sendas comisiones de investigación parlamentarias ante similares atentados terroristas genocidas (11S en EE. UU. y 11M en España). Una reconoció errores internos de coordinación y motivó cambios en la organización de los servicios secretos, con un plan de actuación claro hacia el exterior para combatir a los causantes de la masacre. La otra se quedó en querellas políticas internas, dejando una sombra de dudas de todo tipo todavía por resolver. Por cierto que si la principal causa del 11M fue nuestra «participación en la guerra de Irak», nadie ha explicado por qué entonces Francia, que se opuso a ella activamente desde el principio, es la que lleva más muertes por terrorismo islamista. En efecto, falta autocrítica, pero de todos.

3. EL MAYOR ENEMIGO DE UN ESPAÑOL... SIGUE SIENDO OTRO ESPAÑOL

3.1. La propaganda del *procés* y el resurgir del odio a España

El 28 de octubre de 1990 se publicaba en *El Periódico de Catalunya* el documento «Propuestas para aumentar la conciencia nacional en Catalunya», elaborado por los *think tanks* que promovía Jordi Pujol. Allí se presentaba clara y públicamente un detallado plan para liquidar el «Estado español», que partía de la necesidad de cambiar a la sociedad catalana en veinticinco años a través de un programa de ingeniera social basado en la propaganda [145] . Los agentes de esta campaña masiva serían asociaciones creadas a favor de la autodeterminación de Catalunya, medios de comunicación controlados (entre otras vías por subvenciones finalistas) y las escuelas.

Dicha estrategia no se ha contentado sólo con exagerar las virtudes propias del pasado mítico de Cataluña, imponer la lengua catalana y vender un futuro fantasioso sustentado sobre cifras inventadas. Nada de esto era suficiente si no llevaba consigo paralelamente el alentar el odio a España y lo/el español, pues en buena lógica sólo denigrando y menospreciando a España (su historia, su presente, su lengua y sus costumbres) quedaría justificado el querer separarse de ella. Aquí confluyen dos fenómenos. Uno clásico: la leyenda negra se resucita cuando conviene debilitar la imagen de España con ocasión de un conflicto con ella (como se hizo por parte de los Estados Unidos con ocasión de la guerra en Cuba y Filipinas). Otro algo más novedoso: se refuerza la leyenda negra tradicional con nuevos contenidos, elementos y medios (e.g. escuelas, televisión y redes sociales). Se trata de volver a la leyenda negra contra España, sobre la base de eslóganes falsos y exagerados, sólo que esta vez fomentada por nuestros enemigos internos, más que externos. Veamos:

— España no existe, sólo Cataluña; da igual que la primera sea reconocida internacionalmente como tal desde hace al menos quinientos años, mientras la segunda nunca haya sido una nación independiente, ni siquiera un reino, sino un conjunto de condados o un mero principado.

— España es ladrona («España nos roba»); da igual que Josep Borrell y Joan Llorach, *Las cuentas y los cuentos de la independencia* (2015) hayan demostrado que es falso.

— Todos los males de Cataluña son culpa de Madrid; da igual que los nacionalistas lleven gobernando casi cuarenta años, que el 50% de la deuda autonómica global sea responsabilidad suya y que la *Generalitat* haya sido configurada como uno de los gobiernos regionales que peor gestiona sus recursos incluso por la Comisión Europea (cfr. «Informe sobre el coste del mal gobierno», Fundación Progreso y Democracia, 2015, pp. 36-40).

— España es corrupta, da igual que sea Cataluña la región con más imputados por corrupción y que los casos que se detectan lo sean gracias a los medios «de Madrid» y a los jueces que todavía no puede nombrar directamente el nacionalismo. Incluso no es descartable que algunos líderes políticos hayan empujado el movimiento secesionista, conscientes de que tal vez sea ésa la única manera de «robar sin penar».

— España es un país autoritario y «centralista» (o recentralizador) que no ha superado su pasado franquista. Da igual que la república perdiera la guerra fundamentalmente debido a la traición de los nacionalistas vascos y catalanes. Da igual que hayan pasado más de cuarenta años. Da igual que nuestra transición haya sido modélica y que figuremos entre los países que más respetan los derechos humanos. Da igual que seamos el segundo país más descentralizado del mundo. Da igual que sea la Unión Europea la que esté recentralizando competencias de los Estados miembros para la lucha contra la deuda y déficit excesivos.

En definitiva, España es, «debe ser», un completo desastre. Por ello, se afirma sin inmutarse que «cuanto peor le vaya a la imagen de España, mejor será para los planes de una Cataluña independiente», para lo que debe negarse el éxito español en cualquier campo. Andrea Levy, miembro del PP catalán, decidió contestar a unas manifestaciones realizadas en este sentido por el conocido economista independentista Xavier Sala i Martín en una tertulia radiofónica de mayo de 2015. En un artículo de opinión en el diario *El Mundo* el 19 de junio de 2015, bajo el título «Dígame que hace España»,

Levy, también catalana, se limitó a destacar varias empresas españolas exitosas en el mundo, lo que Sala i Martín intencionadamente negaba. Merece la pena retomar algunos de los ejemplos que daba:

> *CAF o Talgo son líderes en material rodante ferroviario (...) alrededor del 15% de los componentes de los AirBus proviene de manos españolas y 3 de cada 5 vuelos están controlados por sistemas de navegación españoles (...) Indra ganó a Siemens el control de su espacio aéreo. ¿Sabían que el 50% de los inodoros de todo el mundo son de la catalana Roca? ¿O que los chinos prefieren los pavimentos cerámicos de la firma de Vila-Real Porcelanosa? (...) El grupo navarro Viscofan es el primero en el mercado de envolturas artificiales para productos cárnicos (...) nuestros productos estrella son el vino (segundo productor mundial) y el aceite (primer exportador del mundo) (...) En las cenas de Acción de Gracias americanas se cuelan los capones segovianos de Cascajares. Hasta Obama se hace traer el foie de Extremadura (...) la española Puleva inventó la primera leche enriquecida con calcio del mercado. Marcas internacionales como Zara o Mango son referentes mundiales de nuestro sector textil (...) una de cada cuatro novias en todo el mundo elige un traje diseñado en España por marcas como Pronovias. De la tecnología valenciana de Jeanology salió el láser para desteñir vaqueros que utilizan la mayoría de marcas (...) un pequeño taller de 14 metros cuadrados de los años ochenta en Andújar es hoy una planta de 1300 metros que fabrica el 50% de los estores que vende IKEA por todo el mundo (...) Una antena de comunicaciones colocada en el Curiosity fue fabricada en España. Y qué decir del acento español de grandes compañías como Telefónica, Repsol o Santander consolidadas internacionalmente.*

Y sin embargo esa lista ni es exhaustiva ni completa. Son muchos más los posibles ejemplos. Por de pronto la empresa «pública» Navantia es líder tecnológico en el sector naviero donde construye barcos para muchos países, incluida la todopoderosa Australia. O ¿sabían que somos los segundos productores del mundo de almendras, tras los Estados Unidos, y los primeros en calidad? (para más casos, ver la página web: http://marcaespana.es/).

Para expandir esta nueva leyenda negra «interna» todo vale, desde la compra de tertulianos, catedráticos o *influencers* , dentro y fuera de nuestra fronteras, hasta la utilización de unos medios de comunicación domesticados y serviles a la causa a cambio de cuantiosas subvenciones finalistas («te pago, pero te callas») y amenazas implícitas y explícitas. Se utilizan unas imágenes (en ocasiones además falsas) y no otras (pasividad de la policía autonómica, ilegalidad de la consulta, provocaciones de los radicales...) para desprestigiar a todo un colectivo —e.g. la Guardia Civil o la Policía du-

rante su actuación el 1 de octubre—, ocultando todo lo que pudiera evitar el expandir por todo el mundo el titular de que «España es muy mala». Se dan cifras de cientos de heridos por las cargas policiales que luego quedan reducidos a tres, datos que se recogen mecánicamente por medios extranjeros para luego tener que pedir (los más honestos) disculpas (e.g. *The Guardian*) [146] . Paralelamente se silencia que los pocos casos de corrupción que se detectan allí son gracias a los jueces «de Madrid», que no los puede controlar directamente el nacionalismo. Éste es el paraíso que quieren conseguir: un oasis sin jueces «independientes» donde los gerifaltes «independentistas» puedan hacer lo que les plazca.

Lo extraño no es que los separatistas traten de «colocar» su propaganda antiespañola (nada nuevo bajo el sol, ya hemos citado los casos de Voltaire, Montesquieu y Dumas), lo raro es la facilidad con la que compraron la mercancía averiada tantos extranjeros, y tan rápidamente, los mismos que curiosamente callan si «su» policía se excede ante manifestaciones antisistema en las reuniones del G-20, por ejemplo. Entonces, simplemente cumple su deber. Curioso por ejemplo que un sujeto como Julian Assange de la noche a la mañana pase a estar interesado en la independencia catalana y en criticar a España. O que Jon Lee Anderson, cuando escribe en *The New Yorker* que la Guardia Civil es un cuerpo «paramilitar», mienta a conciencia *sin ningún escrúpulo, sabiendo que miente, con perfecta deliberación, sabiendo cuál será el efecto de su mentira* (cfr. A. Muñoz Molina, 13 de octubre de 2017, *El País* «En Francoland»). O que la autora de Harry Potter caiga en parecida trampa en su cuenta de Twitter criticando los excesos de la policía franquista española, hasta que alguien le pregunte por qué no decía nada de los 38 años que el Ejército británico ha estado patrullado las calles de Irlanda del Norte.

De manera especial, se utiliza a la escuela como campo de batalla ideológica para criticar y cuestionar la idea de España y su historia, aprovechándose de que nunca hemos tenido una escuela verdaderamente estatal ni un manual de historia unificado. Por ejemplo, se abusa de forma torticera del término «corona catalano-aragonesa», que sólo surge en 1869 cuando un estudio sesgado de Antonio de Bufarull obtiene el premio del Ateneo catalán. Como ha demostrado la Asociación de Historiadores de Cataluña «Antoni de Campany» (cfr. Nota de prensa de 23 de enero de 2018), esa expresión no sólo ignora la historia real, sino que desprecia a dos grandes reinos de la Corona (Valencia y Mallorca) además de otros que lo fueron según qué periodo (Nápoles, Cerdeña y Sicilia), por parte del único territorio que nunca fue reino y que aun así pretende ocupar el lugar preeminente. Sorprende

que los afectados no lo hayan denunciado públicamente ni emprendido acciones judiciales.

En conclusión, la estrategia separatista de denigrar lo español e incitar el odio a España no se sustenta en datos ciertos, es pura falsedad, «delito de odio». ¿Por qué entonces sobrevive? No hay que olvidar que el nacionalista catalán en cuestión de ingenuidad es tan español como el que más, por lo que a la hora de «comprar» la idea rocambolesca de «mejor solos que mal acompañados», bastará con que se la repita hasta la saciedad, sea cierta o no. En eso no hemos/han cambiado. A ello hay que añadir que no existe una estrategia de características similares, pero de signo contrario, que de manera «proactiva» (y no meramente reactiva) le dé la oportuna réplica. Pero no hay que descartar que se aproveche igualmente la ingenuidad de varios líderes políticos españoles (muchos de los cuales visten de morado, pero no sólo), así como de la tradicional torpeza española a la hora de «vender» sus logros, inventos y hazañas, los cuales sólo se reconocen en su caso en algunas jornadas o congresos especializados; se les da algún premio, y luego volvemos a casa, mascullando lo mal que lo hacemos todo y todos.

3.2. El franquismo: ¿el último capítulo de la leyenda negra?

Se ha escrito (y se sigue escribiendo) mucho de la dictadura de Franco y de nuestra guerra civil. Hay libros para todos los gustos y tendencias. Pero la mayoría tiene un punto en común: el franquismo no sólo fue terrible en el pasado sino que sería una enfermedad indeleble incapaz de borrarse de amplios sectores de la sociedad española de hoy: por supuesto la que representa el Partido Popular, pero no sólo. Tachando todo lo que ocurrió «bajo» el franquismo de terrible paradójicamente hemos convertido a Franco en una suerte de superhéroe que lo controlaba todo y que no dejaba que surgiera nada de valor en esos años, en ningún rincón de la sociedad, de las empresas o de la administración. Una especie de maldición que se extendería a todo y todos los que alcanzaron o representaron algún tipo de éxito social, salvo que hubieran logrado disfrazarse «a tiempo» como fieros antifranquistas, de los que encontramos unos cuantos. Este enfoque no sólo contrasta con lo que pasó en Centro Europa (donde Francia, Italia y Alemania se perdonaron rápidamente sus respectivos pecados internos y externos), sino que ha acabado por volverse en contra nuestra [147] . Da igual que en otros países haya gobernado el fascismo (Italia), el nazismo (Alemania) o el comunismo (toda la Europa del Este) con millones de muertos. Ellos pueden cambiar y olvidar sus pecados del pasado. Incluso darnos lecciones. Nosotros no. ¿Por qué esta nueva doble vara de medir?

Tras la Segunda Guerra Mundial todos los países europeos estaban en un principio destruidos y empobrecidos por la guerra civil (nacional o europea). Es decir, partíamos de cero. Pero Alemania, Reino Unido y Francia vivieron un auténtico milagro económico entre los años 1945 y 1975 (en el caso de Francia se los conoce como los «treinta gloriosos años»). Para ello, se beneficiaron primero del Plan Marshall y después del éxito de las Comunidades Económicas: la del carbón y el acero y luego la del mercado común y la de energía atómica. Mientras tanto, España no se pudo beneficiar de nada de eso, se dijo que porque éramos una dictadura. Pero excluirnos del Plan Marshall y de las Comunidades Europeas (aunque fuera como país asociado) fue probablemente la mejor manera de reforzar la legitimidad del mismo régimen franquista: lo que se acepta sin problemas que ocurrió con el bloqueo de EE. UU. al régimen cubano de Castro. ¿Por qué no intervinieron las potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial en España como lo hicieron en Italia? Es cierto que se alegó que Franco parecía mejor aliado contra el comunismo que un gobierno republicano como el último que habíamos tenido. Puede ser, ¿pero seguro que no influyó que nuestros adversarios tradicionales se encontraban muy cómodos con una España aislada políticamente y empobrecida económicamente? El milagro económico español finalmente se produjo en los años sesenta, pero bastante más tarde y con menos ayuda.

Sin embargo, el franquismo sigue impregnando el debate político y nuestra imagen exterior como mancha imborrable. Si conviene a alguien (ingenuo o perverso) somos de nuevo un país autoritario. No importa que la transición haya sido modélica, que España sea el único país relevante europeo sin ultraderecha, que se haya eliminado la mili obligatoria (por el PP), que estemos en la UE, la ONU y la OTAN, que nuestro Ejército sea modélico en cuantas operaciones internacionales interviene…

La sombra exagerada es alargada y sirve lo mismo para un roto que para un descosido. Así, por ejemplo, se nos presenta cuando toca como un país machista y homófobo, que maltrata a niños, animales y la naturaleza, sin analizar de forma paralela si los demás lo son más o menos, aunque deberíamos. Por ejemplo, entre 1997 y 2013 al menos 1400 menores (otros estudios lo consideran sólo la punta del iceberg) fueron esclavos sexuales en la Inglaterra rural (condado de South Yorkshire). El informe fue publicado el 26 de agosto de 2014 y elaborado por Alexis Jay. Los autores eran bandas pakistaníes. Pero si quisiéramos hacer daño a la marca «Inglaterra» civilizada y eficaz podríamos ocultar este dato, resaltando tan sólo la increíble

ineficacia de las instituciones locales, educativas, policiales y judiciales de Inglaterra a la hora de prevenir, detectar y perseguir estos delitos ya que los primeros casos se juzgaron en 2010. En enero 2018 el Gobierno de Nueva Zelanda encargó a una comisión oficial el estudio de los abusos producidos a menores en instituciones públicas entre 1950-1999. De todo ello podríamos elaborar una campaña antianglosajona, pero a nadie «sensato» se le ocurriría, ¿por qué debe ser distinto cuando se trata de España?

Da igual que España sea en la actualidad uno de los pocos países donde los homosexuales pueden casarse con iguales condiciones que los heterosexuales. En EE. UU. no fue sino hasta el 29 de junio de 1969 (la noche de los disturbios de Stonewall), cuando como consecuencia de unos altercados que duraron tres días, los derechos de los homosexuales comenzaron a tener algún tipo de reconocimiento. Sólo en 2015 el Tribunal Supremo norteamericano ha extendido esta posibilidad a todos los Estados. Da igual que España haya contado con uno de los más importante pioneros en materia de lucha por la protección ambiental, años antes de que aparecieran los movimientos ecologistas: Félix Rodríguez de la Fuente. Un gran hombre, como tantos otros, injustamente olvidado. Gracias a él (y al Congreso Internacional de Caza que se hizo eco de sus recomendaciones) España fue el primer país en prohibir la caza de todas las aves rapaces diurnas y nocturnas en 1966, prohibición que se elevó a rango legal en 1970, con la Ley de Caza. Quedó prohibida igualmente la tenencia, cría o comercialización de estas especies, así como la alteración de sus ecosistemas, contemplándose fuertes multas e incluso penas de cárcel.

Da igual también que España sea el segundo país de la Unión Europea en superficie forestal protegida con 27,7 millones de hectáreas. Es el país con más biodiversidad de Europa con 85.000 especies. Y el que más hectáreas aporta, en concreto el 30% de su territorio, a la Red Natura 2000 de la UE. Cuenta con 15 parques nacionales, 149 parques naturales, 291 reservas naturales, 328 monumentos naturales, 53 paisajes protegidos y un área marina protegida, además de otras figuras utilizadas sólo en algunas comunidades autónomas, hasta un total de 1905 espacios naturales protegidos. ¿Cuál es el parque protegido mayor en importancia ecológica del continente europeo? Doñana. ¿De qué nacionalidad era la empresa que ha causado el mayor desastre ecológico en nuestras aguas? Sueca: Boliden. Da igual, los más ecologistas son los de Boliden. Unos muy ecológicos dentro, pero fuera no tanto. Otros con el estigma a cuestas dentro y fuera. Así seguimos.

Lo que más sorprende (o no) es que parte de esta interpretación sectaria de nuestro pasado-presente se sostenga incluso desde países con una historia (reciente) no mucho mejor que la nuestra (e.g. Alemania y su tribunal en el caso de la euroorden contra Puigdemont) con un cierto e injustificado tufillo de supremacismo moral, Antonio Muñoz Molina escribía el 13 de octubre de 2017 en *El País* «En Francoland» donde señalaba entre otras cosas que *una parte grande de la opinión cultivada, en Europa y América, y más aún de las élites universitarias y periodísticas, prefiere mantener una visión sombría de España, un apego perezoso a los peores estereotipos, en especial el de la herencia de la dictadura, o el de la propensión taurina a la guerra civil y al derramamiento de sangre. El estereotipo es tan seductor que lo sostienen sin ningún reparo personas que están convencidas de sentir un gran amor por nuestro país.* ¿No hay nada que podamos hacer?

3.3. La carencia de una comunicación proactiva en defensa de España

Todo esto que acabamos de ver no sería posible sin la ausencia de una estrategia de comunicación clara, constante, rotunda y proactiva (y no meramente reactiva o apaga fuegos) en defensa de España, lo español, su historia y su presente. Seguimos sin enterarnos al parecer que la propaganda exterior antiespañola ha disminuido pero no ha desaparecido —lo que ha hecho es mutar de enfoque e intensidad— en ocasiones por pura inercia, en otras porque todavía a alguien le conviene o interesa de vez en cuando desprestigiar a un potencial competidor como España o, en su caso, lo que la «hispanidad» todavía pudiera representar. Frente a una estrategia antiespañola perfectamente estudiada y abundantemente financiada, sólo existen francotiradores y lobos solitarios —como el autor de este libro— sin apoyo público alguno e incluso a quienes se dejan solos frente a campañas injustas de desprestigio personales.

Mientras la imagen que el español medio tiene de su país sigue estando contaminada por complejos inveterados, que se apoyan en una propaganda interna renacida con sorprendente hiperactividad por parte de nuestros enemigos internos tradicionales (separatistas, pero no sólo) y la sorprendente pasividad, cuando no complicidad, de quien/quienes deberían en principio hacerles frente (los ingenuos siguen ahí), al menos en terreno político, educativo y de la comunicación. Incluso en la actualidad, el mundo académico sigue haciéndose eco de la «singularidad especialísima» de la civilización española, sobre un conjunto de recelos, prejuicios e ideas heredadas, aplicando una más que discutible doble vara de medir [148] . Por no hablar del mundo académico separatista, con un poder inaudito en nuestro

país incluso para acogotar a los pocos que se atreven a hacerles frente, dentro o fuera de Cataluña y País vasco.

Resulta todavía hoy mucho más fácil publicar libros (incluso en España) que siembran la hispanofobia (con generosas subvenciones públicas sobre todo en algunas regiones españolas) que los que intentan (o intentamos) defender una visión más favorable de nuestra historia. Estos no sólo se encuentran desprovistos de toda ayuda, sino que se enfrentan a la crítica sistemática e injusta procedentes de ámbitos mediáticos y académicos… españoles. Cuando no directamente se sepultan en el olvido o desaparecen misteriosamente de los catálogos. Un ejemplo a este respecto es el sin duda excelente libro de Antonio Regalado, *Calderón: los orígenes de la modernidad* (1995). No interesa al parecer que se hable bien de España sobre todo en algunos campos (ciencia, historia o filosofía). Como si ya estuviera decidido directamente que no podemos ser otra cosa que el balneario de Europa.

¿Se han preguntado en este sentido por qué la capital de España no cuenta con un panteón de hombres ilustres merecedor de tal nombre o ni siquiera un museo de historia nacional? Cuando uno va a París y visita Les Invalides como parada turística obligada se entera, como quien no quiere la cosa y en unas pocas horas, de la historia de Francia, al menos de la que nos quieren contar. Resulta en todo caso un buen reclamo turístico. Aquí ha sido imposible, y no por falta de intentos (algunos muy recientes). El que hace las veces de tal en Madrid es el antiguo convento de Nuestra Señora de Atocha, reducido a algunos políticos relevantes del siglo XIX y que ni siquiera gran parte de los madrileños saben dónde está. Carlos III (1716-1778) diseñó la actual basílica de San Francisco el Grande —edificio magnífico que cuenta con la tercera cúpula más grande de la cristiandad— para ser panteón nacional. Más tarde, las Cortes Generales así lo refrendaron y aprobaron en 1837, aunque no fue hasta 1869 cuando pudo llevarse dicha iniciativa a la práctica. La lista de personajes incluía desde don Pelayo y el Cid hasta Luis Vives, Juan de Herrera, Cervantes, Jovellanos o Goya. Pero finalmente quedó muy reducida y sólo pudieron ocupar una modesta capilla del majestuoso edificio los restos de unos pocos durante unos pocos años. Después fueron devueltos a sus lugares de origen. Se trata de otro de los misterios sin resolver de nuestra historia y que sólo cabe atribuir a la torpeza o a intereses algo oscuros. Y no será porque falten personajes relevantes a los que conmemorar[149].

Si existe una guerra de propaganda inevitable, España debe tener clara cuál es o debe ser su estrategia a este respecto. La mejor guerra es la que no

se produce, pero una vez iniciada sólo se ganan las batallas a las que se hace frente. Si no cambian mucho las cosas, resulta fácil adivinar quién va a ganar la batalla del relato, por mera incomparecencia del contrincante al que tocaría defender a España. Sería lamentable que, como en 1808, tuviera que ser una vez más el pueblo, bajo el formato de guerra informal o guerrillas informativas, el que debiera enfrentarse en solitario a un ejército poderoso y perfectamente entrenado en el arte de la manipulación. ¿Por qué no se denuncia bilateralmente y ante foros internacionales la hispanofobia, como se hace cotidianamente con el antisemitismo, la islamofobia o la homofobia?

135 Cfr. Chris Haslam «How to be Spanish?», publicado en *The Times* , el 31 de enero de 2018, https://www.thetimes.co.uk/article/guide-how-to-be-spanish-sgf39ttgx . Lo cual no quiere decir que no debamos hace autocrítica. Por ejemplo en España el derecho a la fiesta se ha impuesto al derecho a la siesta (o al descanso) y de hecho los españoles somos más complacientes con el ruido que la mayoría de países occidentales. Ver, Alberto G. Ibáñez, «La contaminación acústica: ¿un problema legal, económico o cultural?, *El Cronista del Estado Social y Democrático de Derecho* (junio 2017), nº 70, pp. 48-57.

136 Por ejemplo, se puso el foco de atención en las Alpujarras, las imágenes de unos habitantes salidos de otro siglo dieron la vuelta al mundo. En 1932 Albert Klemm realizó un reportaje sobre la Ávila profunda, tomando diversas fotos que mostraban la vida de los habitantes de pueblos aislados de la provincia (se pueden observar todavía hoy en el Museo de la Ciudad). Impresionan. Y sin embargo, dispongo de fotos de la misma época de Ávila capital otros pueblos importantes: pequeños comerciantes, amas de casa y funcionarios. Nada que ver.

137 Cfr. Hernán Sánchez M. de Pinillos «Cervantes y Poe en contrapunto» *Humanista* 24 (2013) pp- 571-606, p. 572, nota 1: *El tele-espectador del History Channel asiste a la recreación de los exitosos saqueos del pirata Henry Morgan, pero desconoce los fracasos estrepitosos de Francis Drake en San Juan de Ulúa (1568) y Coruña (1589), los fracasos y muertes en Panamá y en el Caribe de Drake y del esclavista sir John Hawkins; las derrotas de sir Walter Raleigh, Robert Devereux, segundo conde de Essex o sir Robert Mansell en las Azores; de Edward Cecil, primer vizconde*

de Wimbledon en Cádiz; de sir Edward Vernon en Cartagena de Indias, de Horacio Nelson en Santa Cruz de Tenerife, etc .

138 Sobre la serie *La peste* , producida por la española Movistar, ver Mª Elvira Roca Barea, «La peste y la ignorancia», publicado en *El Mundo* el 3 de febrero de 2018, donde destaca varias falsedades de la serie que nos perjudican, sosteniendo incluso que «Tendrían que hacer milagros la Marca España y el Instituto Cervantes (…) para contrarrestar el efecto nocivo que *La Peste* va a provocar». Paralelamente, el profesor de Maryland (EE. UU.) Hernán Sánchez Martínez de Pinillos ha analizado las numerosas falsedades y manipulaciones hispanófobas, y a mayor gloria del Imperio británico, que contiene la película *Elizabeth: The Golden Age* (2007), *Revista Lengua y Literatura españolas (FASPE)* , abril-junio 2008, pp. 32-37. Esta película estuvo en las carteleras de todo el mundo, nueve años después de otra película sobre Isabel I (*Before Sunset* , de 1998). Las dos contaron con el mismo director, Shekhar Kapur.

139 Aunque nos cueste encontrarlos, hispanófilos han existido siempre (fuera de España). Unos más famosos, otros menos: desde Campanella en el siglo XVI -XVII , a Philp Waine Powell, M. Grice-Hutchinson y Aubrey F.G. Bell en el XX .

140 http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano_es/observatorio -imagen-espana/barometro-imagen-espana

141 Ver: http://www.economicpolicyjournal.com/2014/12/what-countries-think-of-one-another.html

142 Ver, para un comentario sobre estos datos, Javier Noya «Imagen exterior y autoimagen de los españoles: un caso de ignorancia pluralista», *Real Instituto Elcano* , Documento de Trabajo 5/2014, 24 de abril de 2014

143 Hay otra divergencia muy interesante que se da dentro de la opinión interna entre «población en general» y «población informada». Así el reputado Edelman Trust Barometer 2018 (https://www.edelman.com/trust-barometer) revela que si bien entre la población general la confianza en España crece 3 puntos con respecto al 2017, pasando de 44 a los 47 puntos, entre la población más informada, la confianza decrece 2 puntos, cayendo de 57 a 55. Yendo al detalle, destaca que entre los públicos informados la confianza en el mundo empresarial cae 7 puntos mientras en la población general crece 3 puntos. Por contra, mientas la confianza en el gobierno para los públicos informados es de 44%, entre el público general es del 34%. En todo caso la media se sitúa curiosamente ligeramente por encima de otros países de nuestro entorno, como Italia, Francia o Estados Unidos.

144 Basta recordar a este respecto el poema «España» de J.L. Borges [del libro de poemas *El otro, el mismo* , en *Obras completas* , vol I, 2005, pp. 931,932, que era el preferido del autor (p. 857)]: *Más allá de los símbolos, / más allá de la pompa y la ceniza de los aniversarios, / más allá de la aberración del gramático (...) / Estás, España silenciosa, en nosotros* .

145 Ver sobre este documento y en general sobre el plan de propaganda secesionista el artículo del fundador de Sociedad Civil Catalana, Mon Bosch, «Propagada», publicado el 21 de enero de 2018 en https://www.elasterisco.es/la-propaganda/

146 Richard Edelman, CEO de una de las consultoras de comunicación más importantes del mundo, ha destacado que el proceso independentista de Cataluña ha contribuido decididamente a que España sea el país europeo dónde más preocupan las noticias falsas (*fake news*), sólo al nivel de México, Argentina o Indonesia (cfr, presentación del «Edelman Trust Barometer 2018», Madrid, 1 de febrero de 2018).

147 No se trata de negar que había una dictadura, pero sí de reconocer que existían artistas e intelectuales que merecían la pena. Incluso la guerra de Ifni ha pasado al olvido cuando no formó parte de la Guerra Civil, y contó con escenas de enorme heroísmo (para empezar fue la primera vez que se utilizaba en España en guerra a los paracaidistas), como la célebre batalla de Edchera, que lamentablemente resultan hoy imposibles de conmemorar como merecerían.

148 Ver en este sentido el libro de H. Kamen (2007), cuya tesis ha sido desmontada punto por punto por el profesor Hernán Sánchez M. de Pinillos en «Orgullo y prejuicios: España y los desheredados de Henry Kamen», *eHumanista* , 9 (2007), pp. 270-295.

149 En 1807, Manuel José Quintana (1772-1857), siguiendo una idea de José Cadalso y Vázquez de Andrade (1741-1782), escribió la primera parte de *Vidas de españoles célebres* , en una época en la que España y los españoles sabían todavía lo que querían ser de mayores. Esta obra incluye biografías desde el Cid a Bartolomé de las Casas. Anteriormente, en 1788, Floridablanca había impulsado la elaboración de una serie de retratos de españoles ilustres (que luego continuó Godoy): Lanuza, Carranza, Patiño, Feijoo, Jorge Juan, Ulloa y un largo etcétera.

X.
ESPAÑA EN MARCHA: UN GRAN PASADO PARA UN GRAN FUTURO

«Maiora enim post omnia anteacta saecula et sperandi et tentandi tempus»
(«Ha llegado realmente la hora tanto de esperar como de intentar algo más grande»)

J.A. Comenio en 1639

1. UN PROYECTO COMÚN PARA EL ÉXITO

1.1. Podemos ser mejores de lo que somos porque ya lo hemos sido

José Ortega y Gasset popularizó la expresión «proyecto sugestivo de vida en común». No está claro desde cuándo se echa en falta ese proyecto: unos afirman que desde finales del siglo XVI , otros lo acercan hasta el XVII . En pleno siglo XX , Azaña destacaba: *No hemos sabido encontrar ni queremos aceptar un solo principio claro, axiomático, en torno del cual se rehaga la cohesión nacional menoscabada por las discordias domésticas* (1980, p. 181). En este libro hemos intentado demostrar que ese proyecto siempre ha existido, sólo que no hemos sido capaces de verlo desde que «algunos» se dedicaron de forma pertinaz y eficaz a convencernos de que éramos peores de lo que realmente somos. ¿Por qué romper lo que ha funcionado, funciona y puede llegar a funcionar mejor? Ciertamente los últimos años han mostrado un deterioro en la confianza en las instituciones, una crisis económica galopante y un nivel de corrupción preocupante, pero todos estos elementos están presentes en el propio País Vasco o en Cataluña, incluso en ocasiones en mayor medida que en el resto de España.

Se olvida que España sigue siendo una de las grandes naciones europeas. Una de las más antiguas del mundo, con un pasado glorioso y con un presente, hasta la reciente crisis, de lo más prometedor. Es más, la España democrática ha sido, desde finales de los años setenta del siglo XX y a pesar de todas sus deficiencias, una historia de éxito. No hay más que mirar las cifras de crecimiento, el rápido incremento de la renta per cápita, el fortalecimiento del Estado de bienestar, nuestras grandes empresas o éxitos deportivos, la disminución de la violencia (la tasa de asesinatos por cada cien mil habitantes es la séptima más baja del mundo), o el mero proceso de transición política pacífica de la dictadura a la democracia para poder estar orgullosos. Existen y han existido claros y oscuros, como en la historia de cualquier otra nación. Creer que cabe una trayectoria histórica tan larga como

la nuestra sin ninguna sombra es una muestra más de una exquisita ingenuidad.

Cualquier revitalización del proyecto común, como base de un futuro prometedor, debe partir de reconquistar nuestra historia común y de recuperar una sana autoestima colectiva: *Reculer pour mieux sauter* (no todo lo que han dicho los franceses iba a ser malo). Tal vez llevara algo de razón J. Juderías cuando decía que *la mala prensa de lo español en el mundo (...) sólo se borrará de la memoria de las gentes cuando renazca en nosotros la esperanza de un porvenir mejor, esperanza fundada en el estudio de lo propio y en la conciencia de las propias fuerzas; no en libros extranjeros ni en serviles imitaciones de lo extraño, sino en nosotros mismos, en el tesoro de tradiciones y de energías que nuestros antepasados nos legaron, y cuando creyendo que fuimos, creamos que también podemos volver a ser* (J.Juderías, 2014, p. 105).

Al menos no deberíamos menospreciar algunas lecciones que la historia nos ha enseñado gratis. En primer lugar: no volver a menospreciar a nuestros enemigos internos ni ignorar al enemigo común exterior. Hoy existe una nueva amenaza: el Estado islámico ha declarado que en cinco años conquistará Portugal y España. Para sorpresa de nacionalistas trasnochados e ingenuos, dentro de ese concepto de España incluyen a Cataluña (13 muertos y más de 100 heridos en Barcelona por atentado el 17 de agosto de 2017) y el País Vasco. No lo menospreciemos.

En segundo lugar, la necesaria autocrítica no debe ser sinónimo de ingenuidad y masoquismo. Nuestras crisis y errores no pueden ser siempre más grandes y potentes que las/los de los demás. No deberíamos aceptar más críticas a España sin comprobar las fuentes y ponerlas en el contexto de lo que hacen/hacían los demás. Y como lección final: cuando nos hemos peleado entre nosotros, nuestros enemigos han aprovechado nuestra debilidad y hemos perdido todos. Se trata de la lección que nuestra historia se ha empeñado con más denodada insistencia en enseñarnos, pero que al parecer es la que más nos cuesta aprender. Es más, cuando hemos estado divididos, normalmente no ha sido Castilla quien más ha sufrido sino Cataluña (1640), mientras que cuando hemos caminado juntos hemos vencido batallas imposibles, como en Lepanto cuando las tropas eran comandadas por un castellano, Juan de Austria, y un catalán, Lluis de Requesens.

1.2. Logros individuales y colectivos

¿No somos patriotas porque no hay nada ni nadie en nuestra historia de los que merezca la pena sentirse orgullosos? Nadie puede afirmar seriamente tal cosa si ha leído las páginas que preceden. Hemos sido (muy) bue-

nos, merecemos reconocerlo y que se reconozca, en lugar de dedicar numerosos y variados esfuerzos a debilitar a España y enfrentar a unos españoles con otros. Si hubiéramos puesto un empeño semejante en remar todos juntos en la misma dirección… ¿no podríamos figurar hoy entre las primeras naciones del mundo? Por de pronto, empecemos por reconocer y valorar que España protagonizó la mayor hazaña jamás contada. Consiguió —con sus luces y sus sombras como todas las grandes aventuras— que el mundo se conociera a sí mismo y que el continente europeo se uniera con el americano.

Sin la contribución de España ni el cristianismo (especialmente el catolicismo) ni Europa serían lo mismo, e incluso puede que no existieran. No sólo la filosofía, también la medicina, la astronomía y las demás ciencias, incluida las matemáticas —toda Europa utiliza la numeración árabe-india—, se beneficiaron de las traducciones de textos árabes, que a su vez se hacían eco de fuentes antiguas griegas, que suministraba Toledo. Pero no sólo eso. España cuenta con extraordinarios personajes que han aportado mucho más a Europa y al mundo. Tantos personajes célebres, tantos hombres y mujeres notables, tantas gestas y hazañas, tantas obras y libros, tantos sucesos más que relevantes en nuestra historia… y sin embargo hoy casi nadie se atreve a decirlo en voz alta o presumir de ello. Un fenómeno singular que constituye *una de las cuestiones más absurdas de nuestro tiempo* (F. García de Cortázar, 2008, p. 8), cuando no una verdadera enfermedad psicosocial.

Basta abrir las crónicas para percatarse que contamos con los mejores marinos del mundo. Desde Álvaro de Bazán —*aquel venturoso y jamás vencido capitán don Álvaro de Bazán* , como reza El Quijote— a Bernardo de Gálvez, el héroe de Pensacola, al que Estados Unidos le debe en gran parte su independencia. Por no hablar de los vascos Blas de Lezo (tuerto, manco y cojo, ejemplo de resiliencia donde las haya), Juan Sebastián Elcano (primero en dar la vuelta al mundo) o Antonio de Oquendo (experto en organización y gran motivador de las tropas). U otros grandes militares como Gonzalo de Córdoba, «el Gran Capitán», los famosos tercios o el excelente aviador Mariano Barberán (primer vuelo Sevilla-Cuba sin escalas). Por no hablar del gran extremeño Hernán Cortés, los catalanes Requesens, Guimerán (en el XVI) y Prim (en el XIX), o nuestros grandes reyes (que los hemos tenido), como Isabel I, Fernando V, Carlos I, Felipe II o Carlos III, y gobernantes como Cisneros y Mendoza, por cierto cardenales. Si la lista parece corta basta acudir a la *Historia militar de España* , dirigida por Hugo O'Donnell (2009).

Pero también hemos tenido pensadores españoles influyentes (desde Séneca y San Isidoro de Sevilla a Francisco de Vitoria, Suárez, Ramón Lulio, Cervantes, Santa Teresa, Calderón, Gracián, Unamuno u Ortega y Gasset); científicos de renombre internacional (desde Diego de Siloé, Covarrubias a Jorge Juan y Santacilla); grandes inventores e innovadores (desde Turriano, Juan de Herrera, Ayanz o Torres Quevedo, Isaac Peral, Juan de la Cierva o el mismo Gaudí); médicos relevantes (desde Mercado, Servet a Ramón y Cajal o Severo Ochoa); fundadores/as de órdenes religiosas fundamentales (desde los dominicos con Domingo de Guzmán, los carmelitas descalzos con Santa Teresa de Jesús a los jesuitas con Ignacio de Loyola). Por no hablar de artistas plásticos y visuales excelentes (desde Berruguete, Goya, Velázquez, Murillo…, a Sorolla, Zurbarán, Picasso o Dalí); músicos y compositores (desde Tomás Luis de Victoria, Vicente Martín y Soler, Tomás Bretón, José Ventura Casas —compositor de la sardana catalana, que nació en Jaén— a Hilarión Eslava, Manuel de Falla o Vives); o grandes diplomáticos (desde Juan de Zúñiga, Luis de Requesens, Cardenal Granvela, Juan de Austria y Alejandro Farnesio, al arzobispo Carranza, Lagasca o Juan Valera).

O ¿qué decir del papel jugado por las mujeres en un país con fama de machista? Egeria fue la primera corresponsal de la historia en el siglo IV . Isabel I ha sido la gobernante más poderosa de todos los tiempos. Beatriz de Bobadilla («tan cruel como hermosa») ejerció de gobernadora de La Gomera y la esposa del Cid gobernó Valencia. Beatriz Galindo enseñaba latín a la reina, Lucía de Medrano enseñaba clásicos en Salamanca, Francisca de Lebrija desempeñaba la cátedra de retórica en la Universidad de Alcalá, mientras una monja como sor Juan Inés de la Cruz ejercía de literata y otra llamada Teresa, hija de judíos conversos y futura doctora de la Iglesia, fundaba diecisiete conventos de monjas y dos de hombres. Sin olvidar a Clara del Rey y Manuela Malasaña (en Madrid) y Agustina de Aragón y Ada de Araceli (en Zaragoza) que fueron heroínas de la guerra de la Independencia [150]
.

¿Por qué no honramos su memoria, presumimos de ellos y ellas y tratamos de imitarlos?

2. LA SALVACIÓN DE ESPAÑA (Y DE LA DEMOCRACIA) A TRAVÉS DE LA EXCELENCIA Y LA SUPERACIÓN

2.1. El virus cultural posmoderno

En el Antiguo Régimen la aristocracia representaba a los grandes hombres y mujeres. La verdadera nobleza significaba el reconocimiento de ha-

zañas y gestas muy relevantes, al menos, hasta bien entrado el siglo XIX . Pero pronto se pone en cuestión, en primer lugar porque el carácter extraordinario no se transmite necesariamente por los genes [151] . Se suponía que el ejemplo de sus mayores debería bastar para crear escuela, pero esto tampoco fue siempre así, tal vez porque no prestaron la debida atención a la adecuada formación de sus vástagos. Los casos de nepotismo, fortunas dilapidadas, superficialidad, gula, pereza y abusos se convirtieron en moneda corriente, haciendo dejación de su obligación de estar a la altura de la dignidad representada. Finalmente, la nobleza entraría en decadencia simplemente porque iba en contra de los tiempos, que respiraban aires de igualdad y lucha contra privilegios.

Sin embargo, una cosa es eso y otra negar que una sociedad que aspire a una mejora constante y a evitar su propia decadencia necesita siempre de personas ejemplares que marquen la pauta, para que el resto de los ciudadanos imitándoles puedan igualmente subir de nivel. Por ello la Revolución norteamericana planteó superar la nobleza de sangre, pero para sustituirla por la aristocracia del mérito y el talento. Aunque el talento y el mérito no tienen por qué heredarse, el que personas excelentes se ocupen de la educación de nuestros hijos resulta siempre beneficioso para la sociedad. De hecho, la democracia (para sobrevivir) requiere más que de otras formas de gobierno de dos requisitos: que sus ciudadanos reciban una educación exigente (pues como votantes «todos ellos» deben saber elegir sabiamente y decidir sobre cuestiones complejas) y que sirva para seleccionar a los mejores, a los más virtuosos y sabios para velar por los intereses colectivos (en este sentido: Aristóteles, Montesquieu, Rousseau y más recientemente Harrington, Schumpeter o Sartori).

No es sólo un problema español sino europeo [152] . La sociedad ha cambiado en todo Occidente, en torno a dos vertientes: una claramente positiva (en España, por ejemplo, hemos evolucionado hacia una democracia liberal y entrado en la UE), pero con otra dimensión más cuestionable que cabe calificar como un «virus cultural posmoderno», compuesto de elementos ambivalentes y contradictorios capaces de poner en peligro la supervivencia de nuestro Estado social y democrático de derecho, que tanto ha costado conseguir [153] . La posmodernidad, que trata de superar (o destruir) la modernidad, empieza rompiendo la ecuación democracia=excelencia, como un efecto del principio igualitario, surgido principalmente de la Revolución francesa, y reforzado posteriormente con los regímenes donde la lucha de

clases y dictadura del proletariado llevaron, tras algunos titubeos iniciales, a instaurar una homogeneidad fundamentada en la fidelidad acrítica al comité central. Todos «debemos» ser iguales, pero como cuesta mucho esfuerzo igualar hacia arriba se acaba igualando hacia abajo.

Jean-Fraçoise Lyotard (*La condición postmoderna* , 1987) es uno de los representantes más notables del nuevo movimiento, aunque luego se diera cuenta de sus propias contradicciones. Ese marco teórico continuó con la sustitución de la cultura tradicional por otra caracterizada, aparentemente, por mayor libertad, creatividad, espontaneidad y lucha contra la autoridad. Ello se plasmó en el arte (abstracto y surrealismo), la filosofía y la política. El psicoanálisis acompañó ese movimiento con su apuesta por lo inconsciente, incluido el empleo de drogas psicodélicas como el LSD. Se acaba construyendo un nuevo lenguaje, políticamente correcto, que poco a poco, casi inadvertidamente y sin que haya sido votado en ningún parlamento, impone un marco de pensamiento que dicta lo que puede afirmarse o defenderse, al menos en público. Incluso intelectuales reputados no se atreven a decir lo que piensan en público, al menos sin muchos matices y excusas, por temor a ser lapidados mediáticamente o «marcados» socialmente con alguna etiqueta («carca» y variados sinónimos) que los dejen en la marginalidad social. Se impone el «guaysmo», el ir de guay. Se discute mucho (con intercambio de descalificativos), pero se debate poco o nada. Hemos matado a Dios, pero no hemos creado a ningún «superhombre» (Nietzsche), ni hemos conseguido averiguar qué o quiénes somos. Simplemente los anteriores dogmas religiosos son sustituidos por nuevos «dogmas laicos» que tampoco admiten discusión posible.

Resulta necesario abrir debates que hoy parecen prohibidos, pues bien pudiera ser que tras haber superado otro tipo de dictaduras viviéramos hoy bajo una dictadura cultural, sin ser conscientes de ello… Que un movimiento que se presenta como símbolo de apertura a nuevas formas de cultura, en nombre de la diversidad, funcionara en realidad como un muro de contención y límite a lo que no encaja en el nuevo dogma, que nos lleva en realidad a una epopeya de la desconstrucción autodestructiva, al reino de lo absurdo y el escepticismo total (ver S. Connor, 1996, pp. 82 ss.). A la muerte de nuestra sociedad.

2.2. Excelencia, ejemplaridad e igualdad

a) Todos podemos ser gente de «rompe y rasga»

Ese «virus posmoderno» determina que resulte elitista y antidemocrática la búsqueda de la excelencia y la grandeza. Y sin embargo, no se trata de

ningún rancio clasismo. Es justo al contrario, ésta es la clave de la verdadera igualdad y del avance de cualquier sociedad moderna: hacer que TODOS los ciudadanos puedan elevar su nivel de partida, recibiendo para ello los referentes y estímulos adecuados. Ya decía don Quijote *Sábete, Sancho, que no es un hombre más que otro, si no hace más que otro* Y señalaba Javier de Burgos en una olvidada zarzuela estrenada en 1911: *¡Y es que la grandeza arraiga/lo mismo en pechos de duques / que en corazones de parias! (...) / ¡No solamente son nobles/esos que nobles se llaman! / ¡También es grande y es noble / La gente de rompe y rasga!* (1912, p. 47).

Todos estamos obligados a intentar ser gente de «rompe y rasga». Tenemos el deber moral y el interés personal de aspirar a ser mejores cada día e intentar superar (no destruir) el legado de nuestros mayores. Todos los niños y jóvenes (incluso más si les falta un brazo o una pierna) se benefician de un Nadal o un Gasol, pues éstos operan como referentes y estímulos para mejorar ellos mismos permanentemente y como metas «reales y próximas» a las que parecerse. Da igual que lleguen a ser como ellos, el mero esfuerzo de intentarlo hace que mejoren en su juego y disfruten más de su actividad deportiva, cooperando de paso a que el deporte español suba algunos peldaños, incluidos los juegos paraolímpicos.

Todo lo que merece la pena en la vida requiere esfuerzo y lucha, primero para conseguirlo y luego para mantenerlo. Esto lo hemos olvidado los europeos, y en especial los españoles. Que aquello que costó el dolor y hasta la sangre de nuestros antepasados se puede ir fácilmente por las letrinas de la historia simplemente porque nos hemos acomodado y otros nos lo pueden arrebatar. La historia demuestra que cada vez que una sociedad se duerme en los laureles, aparecen otros grupos, en ocasiones incluso más primitivos, que las derrocan, destruyendo gran parte de sus logros. Decía en 1881 Leopoldo Alas «Clarín»: *En estos pueblos europeos que conquistaron lo poco que gozan de la vida de la libertad y del derecho con gigantescos esfuerzos y supremos dolores, se viene a predicar el nirvana político; y no en nombre del pesimismo, que eso fuera más lógico, sino en nombre de un optimismo superficial, excesivo, abstracto, absurdo* [154].

Pasó con el Imperio romano, pasó con el Imperio español, y está pasando, aunque pocos estén dispuestos a tomar nota, con nuestra sociedad de bienestar y libertades. El llamado Estado Islámico es sólo un pequeño ejemplo. En realidad, solo sale a cuenta ser más iguales si al mismo tiempo la sociedad mejora. Para acabar vistiendo igual, llevando los mismos o parecidos tatuajes y comportándonos como monos de repetición no hacía falta tanta reflexión. Tampoco para ser todos igual... de pobres o ignorantes. ¿Es

casual que en la actualidad, en lugar de emular a nuestros grandes héroes, esté de moda el botellón, perforarse el cuerpo con *«piercings»* o tatuárselo con agujas? Unas prácticas que de ser impuestas por el Estado serían consideradas torturas gregarias manipuladoras e inasumibles, más propias de ciertos ganados. Por tanto, debemos preguntarnos: ¿más iguales en qué y para qué?, ¿en éxito, conocimiento y prosperidad? Pues eso requiere inevitablemente, además de una oferta justa de iguales oportunidades (y unos jueces que persigan a los corruptos), mucho esfuerzo, dedicación, constancia y responsabilidad. En lugar de eso, se prefiere hurtarnos la verdadera naturaleza, no siempre necesariamente bondadosa y cómoda, de la realidad en que vivimos, prometiéndonos un paraíso en la tierra por derecho, que si no se consigue finalmente será siempre por culpa de… otros.

b) ¿Ética de valores o de procedimientos?

La sofisticación del modelo posmoderno viene de su apuesta por los procedimientos (ética procedimental), aparcando en su lugar a los valores y principios (ética sustantiva) que daban solidez al sistema. La sociedad resultante se caracteriza por su permanente flexibilidad y liquidez (Zygmut Bauman), por ser algo melifluo y sin solidez, donde hay que dar continuamente brazadas para no ahogarse, sin saber dónde nos lleva la corriente. El «ser» se ha hecho insoportablemente leve o ligero (Milan Kundera) y el mal insufriblemente banal (Hannah Arendt).

La posmodernidad funciona hoy bajo una nueva triada: relativismo (en lo moral), multiculturalidad (en lo social) y consumismo (en lo económico). El relativismo pone en jaque las virtudes clásicas, la multiculturalidad cuestiona la existencia de valores culturales esenciales para una sociedad, mientras el consumismo alocado y la especulación financiera nos llevan a la «sociedad de mercado» que denominaba el economista José Luis Sampedro (2011), haciéndonos olvidar que otra economía de mercado es (y fue) posible. De hecho, la reciente crisis del capitalismo no se ha producido por la amenaza externa del comunismo, u otros modelos alternativos, sino por la destrucción interna de valores culturales muy importantes del propio liberalismo como eran la disciplina de la gratificación diferida, la capacidad de ahorro o el trabajo duro (N. Berggruen y N. Gardels, pp. 70-71). Tzvetan Todorov (2012) ha demostrado igualmente que la tríada tradicional de la Revolución francesa (libertad, igualdad y fraternidad) se ha quedado obsoleta o al menos no basta. Hace falta algo más, por de pronto el principio de responsabilidad y la ética del límite. La necesidad de asumir la responsabilidad de todos los ciudadanos respecto a lo que pasa en su sociedad y la

aceptación de la mesura frente al exceso [155] . El exceso de corrupción también se explica por esta quiebra de valores.

En definitiva, para hacer frente a una realidad compleja, móvil y que se comporta de forma ambivalente, necesitamos nuevos/viejos valores y principios. Por nuestra parte proponemos la siguiente receta: ilustración y sentido práctico, innovación y lo mejor de la tradición, libertad y responsabilidad, honestidad y juego limpio, y orgullo nacional y mesura. Esta nueva receta colectiva busca el equilibro y unir fuerzas como mejor vía de afrontar un futuro incierto lleno de nuevos retos. Pero ello requiere igualmente una transformación del carácter nacional, superando y abandonando para siempre la clásica contumaz, insondable y galopante ingenuidad del «españolmedio». ¡Convirtamos al ingenuo en ingenioso indignado! ¡Pero recuperemos también el trabajo duro y el esfuerzo, que siempre han presidido nuestras grandes gestas y hazañas comunes! Como señalaba Antonio Machado (en el poema «El mañana efímero»*): Hay una España de charanga y pandereta (...), de espíritu burlón y alma inquieta, pero también hay otra España del cincel y de la maza (...) de la rabia y de la idea.* Cabría añadir: ¡España: despierta, cree en ti, levántate... y lucha!.

2.3. ¿Sirve cualquiera para gobernarnos? [156]

Los políticos deben ser elegidos entre «los más aptos» tanto como candidatos como, llegado el caso, para dirigir los designios del Gobierno y sus distintas áreas de actuación. Nuestra decadencia comenzó de hecho cuando nuestros reyes dejaron de prestar la debida atención al modo de seleccionar sus máximos dirigentes, consejeros y asesores. Es decir, cuando ya no se rodearon de los mejores. No es novedosa la falta de capacidad de la política española para atraer a las cabezas «mejor amuebladas». La «ausencia de los mejores» es una carencia que ya denunció Ortega cuando creó la Liga para la Educación Política y que probablemente derive de un problema de base cultural pues los políticos salen de la misma sociedad que representan.

Ya Cicerón, Platón y Aristóteles se ocuparon de la preparación, deberes y virtudes éticas que debían ostentar los dirigentes de la república. Tampoco autores más modernos han resistido la tentación de aconsejar cómo deben regirse los asuntos públicos: baste señalar a Francis Bacon (que dedicó a su rey el libro *El avance del saber*), Pascal (*Pensamientos*) o Spinoza (*Tractatus Politicus*), aunque tal vez sea Maquiavelo el que ha quedado más unido a esta cuestión con su célebre *El Príncipe* donde describió al gobernante del Estado moderno (1887) [157] . El arte de gobernar llegó a ser considerado antigua-

mente incluso como una función que requería *el conocimiento de los arcana imperii, de los secretos del poder, en su capacidad para juzgar las fluctuaciones de los tiempos y estaciones, acontecimientos, circunstancias y deseos humanos, sólo al alcance de gobernantes excepcionales como Felipe II o Isabel I de Inglaterra, titulares de una misteriosa y cuasi divina autoridad* (G.A. Pocock, 2008, pp. 114, 115).

Han existido (y existen) políticos que han sido grandes gobernantes y dirigentes de organizaciones públicas. Ya hemos visto que esa fue la regla general al menos durante los gobiernos de los Reyes Católicos, Carlos I y Felipe II. Incluso más recientemente podríamos recordar a más de un presidente de gobierno, ministro, secretario de Estado, alcalde, etc., español y extranjero, que han marcado época tanto frente a los ciudadanos como con sus funcionarios y colaboradores más cercanos [158]. Y sin embargo un historiador tan poco sospechoso de ser enemigo de lo público como Tony Judt ha hablado de la *insoportable levedad de la política* o de que hoy (comparados con la época de Léon Blum, W. Churchill, L. Einaudi, W. Brandt o F. Roosevelt) vivimos en una *edad de pigmeos* (2010, pp. 81, 165).

¿Por qué se ha producido este cambio de percepción? Tal vez algo influya la mayor exposición de nuestros políticos al escrutinio público. Pero tampoco es desdeñable que se deba a que nunca como en nuestros días, y en particular en nuestro país, había cobrado preeminencia el argumento de que democratizar el Estado supone que «cualquiera», sin especiales requisitos más allá de la elección popular o la cercanía personal al presidente de turno, pueda llegar a gobernarlo. Se tiende así a olvidar que, dado que «la política es el arte de ejemplificar» la responsabilidad del que elige es doble (ver Javier Gomá y su teoría de la ejemplaridad pública, 2009, p. 261). El problema de elegir malos gobernantes no es sólo que se pierda una oportunidad para dirigir y gestionar mejor la «cosa pública» sino que, dado que un dirigente político funciona como símbolo del éxito social y como modelo a imitar, se extiende por toda la sociedad de forma mimética el «contramodelo» que representa: el de «oportunista», «indolente» o «imprevisor». En realidad, se trata de una de las mayores amenazas que sufre la democracia: que ésta pueda morir por «déficit de competencia».

La primera obligación del dirigente político es prevenir y resolver problemas, al tiempo que no los crea nuevos [159]. Sólo si cumple esa condición puede plantearse introducir nuevas áreas y medidas de mejora. La misión inaplazable de esta época es hacer que el Estado y todas sus instituciones aspiren a la excelencia, y que funcionen de forma lo más eficaz y eficiente

posible. En esta tarea nos jugamos la supervivencia de la propia democracia y del Estado de bienestar pues toda nueva propuesta corre el riesgo de quedar paralizada si no cuenta con dirigentes capaces de diseñarla y llevarla a cabo con éxito. Según Yehezkel Dror (1994, pp. 83-125, y 2000), profesor israelí experto en gestión de situaciones de crisis, los gobernantes actuales se enfrentan a un contexto caracterizado por los siguientes elementos: demandas públicas crecientes de un mejor desempeño gubernamental y de más y mejores actividades de gobierno (sin mucho margen sin embargo para incrementar sus recursos) [160] ; una complejidad creciente de las actividades gubernamentales que reclaman enfoques interdepartamentales e interdisciplinares; nuevos desarrollos ideológicos que imponen a los gobiernos más restricciones y requerimientos; mayores demandas de acceso a la información, democracia participativa, autonomía subestatal, etc. así como a entornos caracterizados por una creciente incertidumbre, cambio constante y complejidad.

Pues bien, precisamente cuando más difícil resulta gobernar, menos atención se presta a preparar adecuadamente a sus gobernantes para hacerlo (Dror, 1978, p. 77). También el respeto al pueblo y a su historia exige contar con gobernantes que hagan honor a nuestros antepasados. Ahora bien, un buen gobernante no se improvisa, sino que es la consecuencia del marco cultural del que procede así como de crear y mantener un ciclo virtuoso de la dirección política [161] . Qué menos que saber liderar de forma participativa e inteligente, formar equipos eficaces, tener visión estratégica, planificar el trabajo y evaluar los resultados, ser capaz de ejercer la autocrítica y de asumir responsabilidades, practicar una cultura de transparencia y «rendición de cuentas», contar con una experiencia y conocimientos mínimos, incluidos los idiomas. Podría traerse aquí a colación aquello de ¡qué fácil ser buen vasallo habiendo buen señor!». Pero para ello debemos estar dispuestos a cambiar todos (no sólo «ellos», como si se trataran de extraterrestres), aprendiendo de nuestros aciertos y errores del pasado, mientras nos abrimos a un futuro que plantea nuevos retos.

3. LA ESCASEZ DE GRANDES HOMBRES Y MUJERES

3.1. ¿Sólo en el deporte?

Una nación que ha dado tantos grandes hombres y heroínas anda hoy huérfano de ellos/ellas. Justo cuando más los necesitamos. Sólo el deporte (y en el Ejército, tal vez por ello la institución más valorada, dentro y fuera, del sector público español) al parecer mantiene los valores que en un pasa-

do nos hicieron brillar. Si preguntamos a cualquiera cuáles son las personas que destacan y sirven de ejemplo a los demás en el deporte, sin muchas dificultades surge una importante lista de nombres conocidos y respetados «por todos»: Lilí Álvarez, Manolo Santana, Arantxa Sánchez Vicario, Rafael Nadal, Pau y Marc Gasol, Fernando Alonso, Jorge Lorenzo, Ángel Nieto, Marc Márquez, Pedrosa, Severiano Ballesteros, Martín Bahamontes, Pedro Delgado, Miguel Induráin, Alberto Contador, los jugadores de la selección de fútbol campeones del mundo, de la selección de balonmano, de la selección de baloncesto, de la selección de waterpolo, Carolina Marín (campeona mundial de bádminton), Javier Fernández (campeón mundial de patinaje artístico) y Juan Vila, el único navegante del mundo que ha conseguido ganar la Copa América (2003 y 2007), la Volvo Ocean Race (en 2002) y el Trofeo Jules Verne (logrando el récord de velocidad alrededor del mundo sin escalas en 2012), que debería figurar sólo por ello entre las grandes leyendas de la historia de la navegación.

¿Y en el resto? En la transición democrática parecía que íbamos a recuperar la tradición de los grandes personajes de Estado, pero poco a poco esa esperanza se ha ido frustrando. De la transición pasamos a la transacción, del «Todo por la Patria» de los cuarteles al «Todo por la Pasta» de los conciliábulos políticos y empresariales. Y por la pasta se está dispuesto a todo, hasta a romper el país, la familia o la baraja, lo que en cada momento toque. Tenemos una tendencia histórica a tirar por la borda todo lo conseguido incluso cuando mejor nos va. Está ocurriendo ahora en esta época confusa, pero ciertamente exitosa en lo económico e incluso en lo político, sobre todo si la comparamos con otras épocas pretéritas. Ocurrió lo mismo en los años treinta, tanto al principio como al final.

Hegel decía que los grandes hombres no son sólo los grandes inventores, sino aquellos que cobraron conciencia de lo que era necesario hacer en un determinado momento de la historia. Hacen falta más servidores de lo público que se atrevan a decir a los que mandan cuáles son sus errores, es decir lo que éstos no quieren escuchar. Lo más peligroso para un gobernante (y para el país que regenta) es rodearse de una corte o cohorte de halagadores. Volvamos una vez más al pasado: un ejemplo del ejercicio del arte de la honestidad y del valor de los de abajo para con los de arriba, lo encontramos en Gaspar de Bracamonte quien ejerció esta labor con su rey Felipe IV. En una carta dirigida a Pedro Coloma, secretario de Estado del rey, decía: *si entendiese que puede importar al bien público que haya algún vasalllo que hable con es-*

ta sinceridad y franqueza, a cualquier riesgo imaginable, quiero ser yo y hablar con mi rey (cfr. C. Möller y A. Carabias, 2003, p. 610).

Y sin embargo, que escaseen no quiere decir que no existan. No son la mayoría, pero en cada ámbito de nuestro país (política, judicatura, periodismo, administración pública, empresas, banca, universidad…)podemos detectar todavía a esa rara avis. Ese tipo de personajes son los que permiten que una sociedad pueda mirar con satisfacción a sus dirigentes públicos y privados, que sirven de ejemplo, de espejo en el que mirarse, y de modelo del mejor mérito y capacidad (ver art. 103 de nuestra Constitución). Son esas personas que siguen cumpliendo con su deber a pesar de las presiones para ceder a muy diversas tentaciones (sin ser la menor la de ejercer de caballero servil al poder), a las que debemos que España no se haya convertido en un Estado fracasado o haya entrado ya en una bancarrota definitiva, no sólo económica sino moral y social. En definitiva, son los verdaderos pilares del Estado los que nos permiten sentirnos orgullosos de pertenecer a una misma comunidad política. Se trata simplemente de incentivar su crecimiento en lugar de penalizarlo.

3.2. El valor de los héroes (para la educación) [162]

Nuestra sociedad requiere un alto nivel de preparación y exigencia para enfrentarse a grandes transformaciones y retos crecientemente complejos y amenazadores. Sin embargo, se nos engaña diciendo que no nos esforcemos, que nos podemos acomodar y vivir tranquilos porque el Estado se ocupará de todo. Justamente por vivir en una democracia, donde cada ciudadano tiene el poder para decidir quién debe gobernar y con qué políticas, resulta imprescindible garantizar, e incluso exigir, que los detentadores de la soberanía (todos los ciudadanos) cuenten con capacidades suficientes para entender y valorar cuestiones complejas (Y. Dror, 1978, pp. 198-199). Ejemplos de ello son la Atenas de ayer y la Suiza de hoy, únicos supuestos eficaces de la democracia directa. En caso contrario, la democracia podría formalmente existir pero constituiría un fraude, un fracaso, una ficción. De ahí que una educación para la excelencia deba ser la política pública esencial.

La carencia de grandes personajes no se debe a la falta de medios o de oportunidades; en cualquier tiempo pasado lo tuvieron mucho más difícil. Nunca se han dedicado mayores recursos económicos a la educación en nuestro país que en la actualidad y nunca los profesores han estado mejor pagados. Y sin embargo, tenemos el dudoso honor de ser el segundo país de la OCDE en número de jóvenes (de 15 a 29 años) que ni estudian ni trabajan

(un 25,79% en 2012). ¿No será precisamente porque el esfuerzo y la excelencia ya no están de moda? Si destacas, te machacan, mejor confundirse dentro de la masa, donde no se vive tan mal instalado en una confortable mediocridad. Imitar es más fácil que innovar.

¿Cómo resulta posible que España cuente con las mejores escuelas de negocio del mundo pero no figure ninguna universidad entre las doscientas primeras o estemos a la cola en matemáticas y lectura y a la cabeza en abandono escolar? Existe más de una razón de esta paradoja pero aquí me detendré en una vertiente nada baladí: la diferencia del modelo de enseñanza. El método de las escuelas de negocio se basa (simplificando) en el estudio de casos prácticos de éxitos empresariales (y de cómo superar fracasos). Pues bien, contamos con casos de éxito que podemos aplicar al mundo de la educación en general, y en particular a secundaria y bachillerato: basta estudiar el ejemplo de nuestros héroes. Tenemos la inmensa suerte de que la historia de España está poblada de grandes hombres y mujeres, sin necesidad de falsificar su vida ni acudir a personajes de ficción como ocurre en otros lares: desde Robin Hood en Inglaterra a Guillermo Tell en Suiza por no hablar del mundo del cómic.

El psicólogo Alfred Adler ha destacado el valor del héroe para alimentar la autoestima y autovaloración (base esencial de cualquier sana inteligencia emocional, (ver también E. Becker, 2003, p. 30 y ss.). Y Fernando Savater ha reconocido su valor concreto para una ética y educación modernas: *Los ejemplos heroicos inspiran nuestra acción y la posibilitan* (1982, p. 113). De hecho, en la Antigüedad las «vidas ejemplares» de los héroes formaban parte inexcusable de la formación de los jóvenes. La *Ilíada* era de lectura obligatoria en las escuelas del mundo griego. Y el prototipo del héroe/caballero servía para demostrar que vivir no es sólo un estar, sino un buscar el verdadero ser y la dignidad. Por ello se enfrentaba a otros caballeros y al dragón —obstáculos y dificultades— para defender o salvar a la dama: su ánima o esencia. El mundo de hoy en día no es muy diferente de aquél. Hombres, mujeres, y viceversa, siguen debiendo hacer frente a sus dragones internos y externos, sin ser el menor de ellos el desánimo o la depresión, para lo cual deben aplicar similares virtudes, valores y capacidades que han permitido triunfar en la vida y superar dificultades a tantas personas a lo largo de la historia. Resulta paradójico que en su lugar prefiramos regodearnos (ingenuamente) en el papel del «antihéroe» que nos consuela y acomoda en la pasividad. El problema no es ser mediocres, todos nacemos desnudos, inermes, al principio de un camino lleno de dificultades que no sabemos dónde nos puede lle-

var. El problema es no aspirar a ser mejores de lo que somos, cada uno desde el punto de partida que le toque.

Y sin embargo, lo tenemos fácil en España: bastaría incluir el estudio de nuestros héroes y heroínas «reales» en el programa escolar para acercar a la sociedad a la excelencia que representan. Los héroes son personas cuya vida ha sido un ejemplo práctico y real de cómo lograr el éxito en distintos tipos de aventuras complejas e inciertas, superando limitaciones propias y dificultades externas (incluido el fracaso), aplicando tenacidad, coraje y capacidad de sufrimiento (eso que ahora se llama «resiliencia»), adoptando hábiles estrategias, concentrando toda su atención en el logro de su misión, organizando eficaz y eficientemente los medios disponibles, gestionando el talento, motivando al personal, sacando el máximo partido del trabajo en equipo, aprovechando y generando nuevas tecnologías... Y todo ello con las correspondientes dosis de constancia, disciplina, esfuerzo e ingenio. Cualquier profesor que se precie intentaría inculcar estas habilidades y capacidades a sus alumnos.

Nuevos héroes siguen conviviendo hoy entre nosotros: desde Ramón Campayo, campeón del mundo de memoria rápida; Lorenzo Vingut, militar condecorado por hazaña heroica en Afganistán; Amancio Ortega, empresario que ha creado un imperio comercial de la nada; hasta las víctimas del terrorismo que han hecho frente con gallardía y honor al desprecio y acoso cobardes, como nos muestra Aramburu en su novela *Patria;* sin ser el menor de ellos Ignacio Echeverría, quien armado sólo con un patín se enfrentó en Londres a los terroristas el 3 de junio de 2017. Estudiemos y aprendamos de nuestros héroes, pasados y modernos. No los escondamos. Así elevaremos el nivel de la sociedad y todos saldremos ganando. Porque para ser un país de éxito necesitamos grandes políticos, intelectuales, artistas, científicos, empresarios y ciudadanos..., y no sólo deportistas...

Por último, si queremos una educación de calidad que sirva para hacernos mejores a todos lógicamente necesitamos poner al frente de la misma a los mejores de entre nosotros. No puede ser que exijamos mucho para ser ingeniero, médico o arquitecto (atrayendo así a los mejores a esas carreras), y que no hagamos lo mismo con la profesión, tal vez la más importante y clave de una sociedad: formar y educar a las nuevas generaciones. ¿Se necesita saber enseñar y no sólo premiar el esfuerzo y los conocimientos? Pues bien, seleccionemos a los que mejor enseñan dentro de los que más saben y trabajan. Pero no más engaños: no hay éxito sin trabajo, esfuerzo y cons-

tancia. No más excusas complacientes, con el futuro de nuestra sociedad y nuestros hijos no se juega.

4. CONSTRUIR UN NUEVO «SUEÑO ESPAÑOL»

4.1. La hispanidad: ¿una oferta válida para un mundo global?

¿Podemos superar definitivamente el clima de decadencia persistente que parece presidir nuestro destino histórico desde finales del siglo XVII? Definitivamente sí. ¿España tiene todavía sentido y es un proyecto atractivo y necesario para el futuro? Lo mejor de España está por venir, si interpretamos correctamente nuestro pasado y trabajamos para cambiar nuestro presente. En nuestra historia confluyen tres troncos culturales principales: las raíces prerromanas, la cultura que nos ofreció Roma (y a su través Grecia), y el aporte germánico tanto de los visigodos como de la monarquía austríaca. Ha llegado al momento de volver a asombrar al mundo apostando por un nuevo equilibrio/fusión entre la raíz latina, el pasado germánico y lo autóctono: eso es lo que siempre ha sido España y debe recuperarse con más motivo de cara a un futuro que no se presenta nada fácil. Antonio Muñoz Molina ofrece su propia receta, en las últimas páginas de su libro *Todo lo que era sólido,* de cómo es posible y relativamente sencillo plantear un modelo cultural alternativo que pasaría por de pronto por recuperar parte de lo que ya éramos (2013, pp. 250-252).

Es tiempo de que el péndulo de la historia gire al otro lado. Buceando en nuestra historia y esencia comunes, la nueva-vieja España puede llegar a aportar un nuevo equilibrio al mundo económico, si somos capaces de hacer compatible un sano individualismo con una colectividad solidaria. Si esa combinación es posible, España es la mejor preparada para lograrlo. Así, señalaba Julián Marías: *Para España, el hombre ha sido siempre persona; su relación con el Otro (moro o judío en la Edad Media, indio americano después) ha sido personal; ha entendido que la vida es misión, y por eso la ha puesto al servicio de una empresa transpersonal; ha evitado, quizás hasta el exceso, el utilitarismo que suele llevar a una visión del hombre como cosa; ha tenido un sentido de la convivencia personal y no gregario, se ha resistido a subordinar el hombre a la maquinaria del Estado* . (Julián Marías, 2010, p. 421). Una combinación entre alegría y seriedad, entre imaginación y responsabilidad, entre espontaneidad y esfuerzo, entre innovación y trabajo bien hecho.

En realidad eso era el modelo liberal que diseñó la Escuela de Salamanca (una combinación de mercado, gobierno limitado y doctrina social cristiana), que cabe resumir bajo el término «hispanidad» en el siglo XVI , y que en su día compitió con la alternativa anglosajona basada en el protestantis-

mo y un liberalismo individualista. Venció este último que ha cumplido su papel, pero que hoy se presenta lleno de grietas e incapaz de responder a los retos que plantea la globalización. Tal vez sea hora de reivindicar que existía y existe otra opción que alcanzó en su día un gran éxito sobre todo en la América hispana que maravilló a Humboldt. Aprendamos de nuestros adversarios y competidores, pero sólo en lo que realmente han sabido hacer mejor que nosotros: venderse a sí mismos y elevar su autoestima.

Este marco nuevo-viejo cultural debería abarcar toda la sociedad. Partiría de recuperar el sentido de nuestra historia, la dignidad y confianza en nuestro país, superando los comportamientos mecánicos y gregarios y preguntarnos por qué hemos llegado a pensar colectivamente lo que pensamos y actuar como actuamos, y no de otra manera. Y se complementaría con los siguientes objetivos: volver a poner el interés público o de país por encima de la carrera, los privilegios, el corporativismo mal entendido, la impunidad o el enriquecimiento o vanidad personal; cambiar el sistema de promoción social, dentro y fuera de los partidos políticos, privilegiando el mérito, la capacidad, el esfuerzo y valía personal por encima de la fidelidad acrítica al jefe, el juego de favores o las puras relaciones sociales. En lugar de amiguismo y nepotismo: profesionalidad, talento y esfuerzo; acordar entre todos el Estado de bienestar que podemos permitirnos pagar, y luego hacerlo intocable, dejarlo fuera del debate partidista, centrando la discusión principal en cómo puede mejorarse su calidad y gestión; distinguir entre la Política (con mayúsculas) y la «politización» que todo lo contamina, lo destruye y lo paraliza, incluida la propia administración pública cada vez más «pagana» de estos excesos; seleccionar/elegir a los mejores de entre nosotros, al menos, para gobernarnos y para enseñar en las escuelas y universidades, recuperando el «valor» del ejemplo, los incentivos para innovar, el pensamiento estratégico y la capacidad de superación; y cambiar una democracia virtual por una democracia real, rediseñando los elementos de control internos (incentivos para denunciar corruptelas y cacicadas) y externos (una justicia despolitizada, un Tribunal de Cuentas profesional…).

En definitiva, hacer que España funcione como una locomotora fiable y segura que camina a toda velocidad [163] . ¿Hacia dónde? Hacia la consecución de un futuro mejor para todos, incluidas las generaciones venideras que no tienen votos pero sí derechos (Y. Dror, 1994, pp. 50-51). No hay alternativa. Si la democracia española no logra ser eficaz, eficiente, justa y decente, siempre habrá quien tenga la tentación de acabar con ella o cambiarla por otro sistema.

4.2. Cambios de enfoque: independizar a España del independentismo

La España social y política se merece la misma oportunidad que la España de los éxitos deportivos. España sigue siendo un buen barco para navegar en las aguas turbulentas de la crisis y la globalización. Lo que nos divide nos hace más débiles y favorece a nuestros competidores. Juntos somos más fuertes y podemos influir mejor en el mundo. Para garantizar nuestro futuro, se requiere, además de un nuevo marco cultural de valores y fortalecer y recomponer nuestro modelo educativo, tres cambios más de enfoque:

a) No es tiempo para divisiones sino para nuevas integraciones

La historia, según se interprete, puede servir para dividir o para unir. No es tiempo de revivir viejas rencillas que nos debilitan (reales, las menos; inventadas, las más) sino de plantear, en su caso, nuevas uniones que nos fortalezcan, por de pronto dentro de la Unión Europea. En un mundo globalizado y de aguas turbulentas y caóticas, la solución no pasa por crear unidades cada vez más pequeñas ni lanzarse desesperados a botes salvavidas, sino por navegar en barcos cada vez más sólidos y de mayor tamaño, fortaleciendo así la integración y cooperación con otros territorios. La suerte que tenemos es que el pasado y el presente de España así lo permiten, sin necesidad de caer en melancolías ilusorias, pero sin descartar de antemano nada que pueda favorecernos. Ni siquiera un sano «panhispanismo», que incluiría por de pronto recuperar los lazos con el mundo judeoespañol (sefarditas por el mundo); una tesis defendida ya a principios de silgo XX por Ángel Pulido Fernández (1852-1932).

España, sin menospreciar su papel de puente con Hispanoamérica y el mundo árabe, debe aprovechar su pertenencia a la Unión Europea, donde precisamente debido a nuestro peso económico y demográfico, podemos ejercer una influencia mayor. Una capacidad que hay que fortalecer en lugar de debilitarla como hacen los nacionalistas vascos y catalanes, a quienes parece no importar pasar a la irrelevancia. Pero tampoco debemos renunciar a otros proyectos compatibles con la integración europea que refuercen nuestro papel en el mundo y contribuyan a intensificar el desarrollo económico y social. Si el mercado ibérico de la energía ha sido un éxito, ¿por qué no ser más ambiciosos y plantear una fórmula estable de cooperación integral con Portugal en todos los terrenos, fortaleciendo el eje Lisboa-Madrid? Una profundización en la cooperación económica con nuestro vecino Portugal sin renunciar a una integración estratégica igualmente en el

terreno político e internacional. No se trata de ningún renacer del Imperialismo español, sino de ser prácticos y favorecer fórmulas que nos puedan hacer más prósperos a todos [164].

Es más, ahora que se habla de reforma del modelo territorial y del reconocimiento de nuevos derechos históricos tal vez convenga, puestos a mirar atrás, recordar que cuando Jaime I el Conquistador, rey de Aragón y «héroe catalán», en sus *Crónicas* hablaba de *los cinco reinos de España* , ninguno de ellos era Cataluña ni el País Vasco, sino: León, Castilla, Portugal, Aragón y Navarra. Es decir que apelando a los derechos históricos deberíamos tener cuatro comunidades autónomas, dejando aparte Portugal, a las que cabría añadir Madrid, como distrito capital, y Andalucía, que entonces era todavía Al-Ándalus [165]. O si prefieren más derechos históricos, todavía podemos retrotraernos más, concretamente al año 29 a.C, cuando las provincias de Hispania eran igualmente cinco: Tarraconensis, Carthaginensis, Gallaecia, Lusitania y Baetica, curiosamente sin aparecer de nuevo ni el País Vasco ni Cataluña. ¿Quieren más derechos históricos?

Los latinos decían *in medio virtus* y el propio Aristóteles apostaba por la moderación, el término medio y la recta razón como vía para alcanzar la virtud, ya que está en la naturaleza de las cosas el destruirse por exceso o por defecto (Aristóteles, 1995, pp. 160, 161, 167, 169). España ha sido en demasiadas ocasiones un país de excesos y de vaivenes bruscos. A un exceso externo (motivado o incitado por extranjeros) le han seguido normalmente varios excesos internos, últimamente protagonizados por quienes quieren vender la secesión como algo moderno. En el punto medio sigue estando la virtud. Hasta el sentido por excelencia sigue siendo el sentido «común». ¡Defendámoslo en serio!

b) Fortalecer el aprendizaje de la lengua española en lugar de despreciarla

Sencillamente se trata de un extraordinario instrumento que puede favorecer el desarrollo cultural y económico de todos, más allá de si se sienten o no españoles, y que no debemos dejar que pierda su valor. El español es el segundo idioma materno del mundo por número de hablantes, tras el chino mandarín, y también la segunda lengua en un cómputo global de hablantes (dominio nativo + competencia limitada + estudiantes de español). Según datos del Instituto Cervantes de 2015 —informe «El español: una lengua viva»— casi 470 millones de personas tienen al español como lengua materna. Y el grupo de usuarios potenciales en el mundo —cifra que combina al grupo de dominio nativo, el grupo de competencia limitada y el grupo de

aprendices de lengua extranjera— alcanza casi los 559 millones. La tendencia es además a seguir creciendo en importancia cualitativa y cuantitativamente: tanto por razones demográficas como por el «efecto Estados Unidos» [166] . Se prevé que en 30 años alcance los 700 millones de hispanohablantes.

Resulta absurdo y todo un contrasentido que aprender español y en español se convierta en un elemento de conflicto interno en nuestro país. Mientras que el Instituto Goethe y la Alianza Francesa tienen que cerrar centros y ver cómo las aulas se quedan vacías de alumnos, el Instituto Cervantes no para de contratar profesores y de abrir nuevas delegaciones en todo el mundo. De hecho, el porcentaje de población mundial que habla español como lengua nativa está aumentando, mientras la proporción de hablantes de chino e inglés desciende. Brasil ha declarado obligatorio el aprendizaje del español y sólo en los Estados Unidos cincuenta millones de personas tienen al español como primera lengua.

¿Cómo es posible que algunos se dediquen a menospreciar nuestra lengua común en lugar de aprovecharla? Es uno de nuestros mejores hechos diferenciales: seríamos no sólo totalmente ingenuos sino francamente estúpidos si renunciáramos a sacarle todo su partido. Si existe la *francophonie* , a pesar de que en Francia también viven catalanes y vascos, ¿por qué no constituir una Comunidad panhispánica que incluyera por de pronto a los Estados Unidos? Esta Comunidad con agenda estratégica y contenidos propios podría sustituir a las actuales cumbres iberoamericanas. De dicho proyecto podrían beneficiarse todos los territorios donde se habla español, incluidos los catalanes y vascos que no se sienten españoles…, salvo que sean tan «ingenuos» como para desperdiciar esta oportunidad. Si no lo hacen por ellos, al menos que lo hagan por sus manipulados hijos —ahogados en la forzada inmersión lingüística— si los quieren un poco más que a sus propios complejos personales, claro. ¿No están algunas de las mayores editoriales que publican en español en Cataluña?, ¿no quieren exportar sus empresas a Latinoamérica y Estados Unidos? Ello exige algo muy sencillo y muy simple, al menos en términos históricos: que Cataluña, País Vasco o Galicia reconozcan a la lengua española como propia, al menos al mismo nivel que el vasco, el catalán o el gallego.

La reciente ampliación del Alto Comisionado para la Marca España, a la «Promoción del Español» parece ir por el buen camino (Real Decreto 49/2018, de 1 de febrero). Sólo cabe esperar que lo que se ve claro para fuera

se tenga igual de meridiano para dentro de nuestras fronteras. Si no, habría que aplicar el refrán de «en casa de herrero cuchara de palo».

c) En época de globalización: un mundo estable y racional más necesario que nunca

Ha llegado el momento de reclamar en todos los foros nacionales e internacionales la intangibilidad de las fronteras interiores y exteriores como un bien común y necesario para un mundo que quiere ser global. Al menos todas las que hayan permanecido como tales durante un periodo mínimo de (¿cien?) años, demostrándose así que no son meras murallas artificiales. Es la mejor vía para garantizar la paz y la estabilidad en el mundo, y base a su vez del progreso. ¿No se presume hoy de defender el multiculturalismo? Pues empecemos por proteger al que viene funcionando desde hace siglos. Debería obligarse, o cuando menos incentivarse adecuadamente, a los diversos colectivos culturales o lingüísticos para que se integraran y permanecieran unidos con el que consideran diferente (lo sean o no) en lugar de optar directamente por la ruptura. Buscar o imponer la homogeneidad como objetivo político no sólo es incompatible con los tiempos que corren sino que nos retrotrae a la Edad Media.

Pero no sólo es importante asegurar la estabilidad del mapa de fronteras. Igualmente hay que ir pensando en asegurar la racionalidad del mismo. Si queremos que las Naciones Unidas funcionen eficaz y democráticamente, no pueden convivir países con más de mil millones de habitantes (China) con otros que no llegan al millón (Luxemburgo). En este sentido, debería fijarse igualmente un límite inferior y superior para los Estados: quince millones de habitantes como mínimo, por ejemplo, y doscientos millones como máximo, con la posibilidad de crear organizaciones de integración supranacional, tipo la UE. Al fin y al cabo, sólo los ingenuos no ven que detrás de la existencia de miniestados se encuentra el interés de algunos grupos de poder en contar con nuevos paraísos fiscales o «colonias económicas». Ésa es de hecho la única forma en que puede garantizarse (más allá de ingenuas proclamas) que sobrevivan económica y físicamente. De otro modo, los que ya existen habrían sido absorbidos hace mucho tiempo por algunos de sus poderosos vecinos. Tampoco es bueno tener Estados demasiado grandes (China es un ejemplo) pues su propio tamaño implica una amenaza para sus vecinos y una ruptura del equilibrio con unas reglas de juego que tienen que ser más o menos iguales para todos.

Decía a este respecto el gran pensador español Salvador de Madariaga (1979, p. 586): *La segunda Guerra Mundial tiene que abocar a una era de grandes familias de naciones. No es éste el momento para dividir una nación ya hecha, sino para*

integrarla en una nación mayor. No es el momento para multiplicar las republiquitas sino para federar los continentes . Setenta años más tarde seguimos sin enterarnos.

4.3. En definitiva: un patriotismo integrador, crítico y transversal [167]

España no es ni tiene por qué ser diferente a los demás países salvo en su caso para destacar lo mejor de nuestra aportación a la historia del mundo. Curiosamente, de los partidos con representación parlamentaria, sólo Podemos se atreve ocasionalmente a utilizar el término «patria», si bien con un sesgo únicamente social. ¿Por qué España es el único país del mundo donde el concepto de «patriotismo» huele a rancio y debe esconderse mientras el de «nacionalismo» suena a moderno, cuando es exactamente al revés? El nacionalismo es un movimiento que surge a finales del siglo XIX y que cobra su mayor auge a principios del XX . Busca la exaltación de la raza, de las emociones de las masas y de la diferencia, y se dirige directamente a la división, a la confrontación y por tanto al desastre. Este tipo de nacionalismo es de carácter expansivo, busca invadir otros países o regiones (e.g., los Països Catalans o la gran Euskadi que abarcaría Navarra, Rioja y la parte francesa) y desintegrador: pretende romper y dividir Estados preexistentes y consolidados. Ha producido resultados por todos conocidos, entre otros: la Segunda Guerra Mundial y la guerra de los Balcanes.

Por el contrario, el patriotismo crítico surge con la Ilustración y se afianza con el liberalismo, transformándose a finales del siglo XX en la figura habbermasiana del patriotismo constitucional. Se fundamenta en la razón y en la búsqueda de lo que nos une como comunidad, pero sin enfrentarse al resto con el que también busca puntos de encuentro en un movimiento que tiende a lo universal: primero dentro del liberalismo y después en el marxismo (J.P. Fusi, 2003). El ser humano es uno, pero sabedor de que resulta, por ahora, imposible un gobierno mundial, busca fórmulas «razonables» de organizarse que permitan el mejor juego e interacción de sus fuerzas. El patriotismo no viene de ningún sistema dictatorial carpetovetónico, sino que procede del liberalismo más progresista, mientras el nacionalismo lo hace del absolutismo más rancio. Rafael Altamira precisaba ya esta diferencia en 1928. Ser patriota para él no se parecía en nada a ser nacionalista: *Ni en lo agresivo de esta política, por lo que se refiere a las relaciones internacionales, ni en su inclinación retrógrada (aquí es exacta la aplicación de ese calificativo) en punto a la idealidad y tipo de vida de una nación determinada (...) Ser patriota significa amar a la patria y desear siempre su prosperidad* (1929, pp. 115-116).

Ha señalado a este respecto más recientemente Benigno Pendás: *El patriotismo —abierto, generoso, creativo— es, en el lenguaje contemporáneo, la antítesis del nacionalismo exclusivista, estrecho, reaccionario* (2010, p. 122). Y José María Marco ha precisado: *El sentimiento patriótico se expresa cuando dedicamos lo mejor de nosotros mismos a nuestros compatriotas y compartimos con ellos el mejor fruto de nuestro esfuerzo (...) Es la lealtad nacional (...) lo que nos permite disentir sin enfrentamientos, crear instituciones consensuadas que permitan una vida no politizada del todo, aceptar la alternancia política sabiendo que quienes ocupan el poder, aunque no tengan nuestras mismas ideas, no atacarán aquello que los españoles consideramos común, y por tanto respetable por todos* (2007, p. 614).

Estos dos últimos autores contemporáneos no se mueven en círculos precisamente de izquierdas, pero en tiempos tanto de la Primera como de la Segunda República un Pi i Margall, un Azaña, un Besterio o incluso comunistas como Jesús Monzón y Jesús Hernández Tomás, habrían suscrito sus mismas o parecidas palabras. Es más, hoy lo harían igualmente cualquier socialista francés, laborista británico o socialdemócrata alemán o danés. ¿Qué enfermedad aqueja «sólo» a los españoles? Ésta sí que es una «gripe española» y no la otra. De hecho, tras la Transición «*el patriotismo se convirtió en una patología vergonzosa (...) y (de significar) generosidad, voluntad de sacrificio, lealtad y agradecimiento, se convirtió en una broma, en un insulto* (J.M. Marco, 2007, p. 608).

En España existe un problema añadido, una rara avis entre las naciones viejas y modernas: la imagen (interesada) de que sólo se podría ser patriota si se es al mismo tiempo católico. Los ateos, agnósticos o creyentes en otra religión acaban de esta manera enmarcándose con pasmosa facilidad en cualquier ideología o tendencia que minusvalore a su país. Incluso pueden ser nacionalistas catalanes o vascos, pero no patriotas españoles; esto sólo para los de la cruzada nacional. ¡Cuánto daño ha hecho esta ecuación perversa! Somos el único caso del mundo en que sucede esto. Sólo desde sombras oscuras interesadas en que el patriotismo en España no sirva para unir a personas de diversas ideologías, tendencias y sentimientos cabe contribuir a mantener tal equívoco.

Como resultado de esta trampa conceptual, si se es de izquierdas o ateo no se puede hablar de patria, por lo menos sin adjetivos añadidos (e.g., «social» o «constitucional»), aunque paradójicamente sí quepa ensalzar las ideas de comunidad, comunitarismo o ciudadanía, conceptos aparentemente más modernos. Una vez más, el problema de las palabras. Si uno se considera un patriota es un fascista, pero ¡ojo, sólo si es español! Y sin em-

bargo, si apoya la idea de comunidad o de una ciudadanía cooperativa e integradora (que no rompa, divida o enfrente), tiene un pase. Pues bien, si los términos molestan utilicemos otros, pero defendamos las ideas y el contenido de lo que representan: ¡a las barricadas por una ciudadanía cooperativa e integradora! De hecho, los conservadores británicos llevan tiempo sosteniendo (y Theresa May lo recordó en su primer discurso como primera ministra británica) que el patriotismo implica que no haya ciudadanos de primera y de segunda, y que no existan privilegios porque todos somos socios del mismo club, con los mismos derechos y obligaciones.

Necesitamos un nuevo patriotismo transversal (no sectario), cívico (no violento), crítico (no complaciente) e integrador (no excluyente), donde con toda naturalidad un ateo, homosexual, federalista y comunista pueda sentirse tan patriota español como un católico, padre/madre de familia numerosa, centralista y de derechas. ¿Por qué? Porque es lo que nos une, lo que garantiza la paz y el progreso, lo que sucede en «todos» los demás países, en definitiva lo que a todos nos conviene. Defendamos pues lo esencial que siempre es común y sigamos dentro de ese marco debatiendo por los matices que puedan mejorar el conjunto. Todos saldremos ganando, sobre todo nuestra autoestima colectiva, la cohesión social y el progreso económico. La alternativa es permitir que venza el odio a España, dentro y fuera de nuestras fronteras, el nacionalismo rupturista y disgregador. Hasta el mal funcionamiento de los servicios públicos sería más difícil si todos, empleados públicos y usuarios, se sintieran orgullos de ser españoles y por tanto de lo que es de todos.

En definitiva: ¿por qué resulta más fácil odiar que amar (sanamente) a España incluso por parte de los propios españoles? Sólo respondiendo con coraje y honestidad a esta pregunta podremos enfrentarnos a la propaganda hispanófoba interna y externa que ha condicionado nuestro pasado, que pesa injustamente sobre nuestro presente y que puede limitar nuestro futuro. Frente al célebre dicho de Jorge Santayana de que *un pueblo que ignora su historia está condenado a repetirla* queremos acabar este libro clamando: ¡no ignoremos ni menospreciemos nuestra gran historia en común, para poder así repetirla y volver a asombrar al mundo! Una vez ante el miedo generalizado del non plus ultra respondimos con valor, inteligencia y osadía, yendo «más allá» (lema de nuestro escudo) de nuestros límites. Podemos y debemos reescribir nuevas páginas brillantes de nuestra historia. No es ningún capricho. La memoria de nuestros antepasados nos lo demanda, el futuro de nuestros hijos nos lo exige.

150 Para una lista más exhaustiva nos remitimos a mi libro *La Conjura silenciada contra España* , 2016, pp. 502-507.

151 Un ejemplo de este fenómeno fue Estanislao de Urquijo Landaluce, hijo de humildes campesinos alaveses. Llegó con 13 años a Madrid bajo la protección de un tío suyo. Comenzó a trabajar como dependiente en una tienda de sedas y bienes de ultramar durante cuatro años, y luego como empleado de un agente de cambio y bolsa. De ahí se labró un prestigio y una carrera que le acabó convirtiendo en el fundador del Banco Urquijo. En 1871 fue nombrado marqués por el rey Amadeo de Saboya y en 1918 su nieto obtuvo de Alfonso XIII el título de grandeza de España, por haber logrado consolidar el banco como una de las primeras instituciones financieras de España, clave en el proceso de industrialización... Pero hoy el Banco Urquijo ya no existe y todos sabemos el triste final que tuvieron los marqueses de Urquijo en 1980, un asesinato todavía por esclarecer.

152 Alberto G. Ibáñez, «Hacia un renacimiento cultural: ¿Procedimientos o valores compartidos?» en Itziar García y Xavier Peytibi (coords.), *Cómo la UE puede volver a enamorar* , Monográfico 3 *Revista Politics Magazine* (2017) (https://beersandpolitics.com/la-ue-puede-volver-enamorar/)

153 Alberto G. Ibáñez, «El virus cultural postmoderno», *ABC* , Tribuna de 8 de junio de 2017. Lo que sigue recoge en gran parte su contenido.

154 Dentro de su celebrado prólogo (escrito en 1881) al libro, también afamado, de Ihering *La lucha por el derecho* (1985, p. 38).

155 Tzvetan Todorov/Louis Valsa, «El eterno retorno de la "Hybris", *Claves de la Razón Práctica* , nº 229 (2013) pp. 98-105,

156 Ver Alberto G. Ibáñez, «¿Están preparados los políticos para gobernarnos?, 2010 II, pp. 8-15, y también Alberto G. Ibáñez y Serafín Casamayor, 2010, pp. 133-177.

157 Puede verse también, Nicolás Maquiavelo, *Breviario de un hombre de Estado: instrucciones a un embajador y algunas obras inéditas hasta el día* (2010), en especial el escrito «Los torpes efectos de un gobierno corrompido», que resulta de una sorprendente actualidad.

158 Basta rememorar con añoranza la elegancia, honestidad y humildad de un Gaspar de Jovellanos que en carta de 9 de diciembre de 1784, por la que aceptaba el puesto de director de la Sociedad Económica Matritense, llegaba a manifestar: *aunque no me reconozco con las prendas, que exige el buen desempeño de este honesto cargo, lo acepto con el mayor gusto* (ASEM, Leg. 64/núm. 8).

159 Zigmut Bauman nos ofrece algunos ejemplos donde soluciones parciales en principio acertadas acaban por generar problemas mayores al no haberse tenido en cuenta los posibles efectos secundarios en otros sectores a corto, medio y largo plazo (Bauman, 2005, pp. 35 y ss.)

160 Hoy las expectativas son cada vez más altas, como exigen los tiempos que vivimos, pero también más frágiles. Ya nadie valora que exista el subsidio por desempleo o un sistema público de pensiones. Se dan por supuesto, exigiéndose que sean lo más elevados y amplios posible. Y sin embargo se olvida que son conquistas que requieren de un enorme esfuerzo por todos el mantenerlas.

161 Ver sobre lo expuesto en este apartado, Alberto G. Ibáñez y Serafín Casamayor, 2010; Alberto G. Ibáñez, 2010 II.

162 Ver Alberto G. Ibáñez, «El valor de los héroes (para la educación)», el 7 de mayo de 2017 en https://www.elasterisco.es/el-valor-de-los-heroes/

163 Cuando Felipe González ganó por primera vez las elecciones el 28 de octubre de 1982 lo hizo con un lema «Por el cambio» que, según explicó en un artículo publicado en *El País* significaba precisamente «Que España funcione». Hoy, más de 35 años después, el reto de España sigue siendo el mismo.

164 Según un estudio publicado por la Revista *Foreign Office* en 2015 sobre cuáles son las preguntas más frecuentes que los ciudadanos chinos se hacen acerca de los países europeos, en cuanto a España éstos se cuestionan recurrentemente por qué no se une con Portugal. Teniendo en cuenta que para ellos Europa es como una nación (comparable a la suya) dividida en países-regiones, no entienden —dadas además las características geográficas de la Península, sus fronteras naturales, así como la historia y cultura comunes compartidas por España y Portugal— que estos dos países no hayan unido ya sus fuerzas para ser más eficaces económicamente y tener un mayor peso en la UE. Ellos se lo preguntan de forma natural, mientras aquí nos planteamos de forma artificial cómo podemos dividir y hacer todavía más débil a España.

165 Ver Alberto G. Ibáñez «Una reforma territorial sin líneas rojas», *El Español* , 23 de septiembre de 2016.

166 http://eldiae.es/wp-content/uploads/2015/06/espanol_lengua-viva_20151.pdf

167 Ver: Alberto G. Ibáñez, «Por un patriotismo integrador», *ABC* , tribuna de 8 de octubre de 2016.

BIBLIOGRAFÍA

Abellán, José Luis, *Los españoles vistos por sí mismos (selección de textos)* , ed. del autor, Madrid, 1977

—*Historia del pensamiento español: de Séneca a nuestros días* , ed. Espasa, Madrid, 1996

Acemoglu, Daron y Robinson, James A.; *Por qué fracasan los países. Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza* , ed. Deusto, Barcelona, 2012

Alfonso X el Sabio, *General Estoria (edición de Antonio G. Solalinde),* ed. Centro de Estudios Históricos (Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas), Madrid, 1930

—*Primera Crónica General de España. Dos tomos (editada por Ramón Menéndez Pidal)* . Ed. Gredos, Madrid 1977 (3ª reimpresión)

Altamira, Rafael. *Obras completas* , vol. XI, ed. Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, Madrid, 1929

Álvarez Junco, José (coord.). *Las historias de España. Visiones del pasado y construcciones de identidad* , [vol. 12 de la colección dirigida por Josep Fontana y Ramón Villares, *Historia de España], e* d. Crítica/Marcial Pons, Barcelona, 2013.

Andrés-Gallego, José (dir.). *New History, Nouvelle Histoire. Hacia una Nueva Historia* , ed. Actas, Madrid, 1993

Anes, Gonzalo y Garrigues, Eduardo (coord.). *La Ilustración española en la independencia de los Estados Unidos: Benjamin Franklin,* ed. Marcial Pons, Madrid, 2007

Archivo de la Casa de Alba (ACA); Archivo de la Sociedad Económica Matritense (ASEM)

Arendt, Hannah. *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal* , ed. Lumen, Barcelona, 1967.

Aristóteles, *Ética Nicomáquea. Ética Eudemia* , ed. Gredos, Madrid, 1995 (1ª edición, 1985).

Artola, Miguel. *Los orígenes de la España contemporánea* , vol. 2, ed. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1976.

Asociación española de mujeres juristas, *Derechos que no tiene la mujer* . Ed. Reus, Madrid, 1973.

Azaña, Manuel, *Mi rebelión en Barcelona* , ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1935

—*Obras completas* , Tomo I, ed. Oasis, Méjico, 1966

—*La velada en Benicarló . Diálogo de la guerra de España* (edición, introducción y notas a cargo de Manuel Aragón), ed. Castalia, Madrid, 1980

Azorín (José Martínez Ruiz), *Una hora de España (entre 1560 y 1590),* ed. Biblioteca nueva, Madrid, 2014

Baeza L, Álvaro. *ETA nació en un seminario: el gran secreto. Historia de ETA (1952-1995),* ed. ABL Press ABL, 1996

Ball, Rachel y Parker, Geoffrey (eds.). *Cómo ser rey, Instrucciones del emperador Carlos V a su hijo Felipe. Mayo de 1543* , ed. The Hispanic Society of America, Centro de Estudios Europa Hispánica, Center for Spain in America, Madrid, 2014.

Barraycoa, Javier y Acosta, Manuel. *Cataluña. La Historia,* ed. Scire, Barcelona, 2015

Bauman, Zigmut. *Modernidad y ambivalencia* , ed. Anthropos, Barcelona, 2005

Bazán, Iñaqui (dir.). *De Túbal a Aitor. Historia de Vasconia,* ed. Esfera de los Libros, Madrid, 2002

Becker, Ernest. *La negación de la muerte* , ed. Kairós, Barcelona, 2003

Bell, Aubrey F. G. *Luis de León* , *Un estudio sobre el Renacimiento español* , ed. Araluce, Barcelona, 1927

Benavides, José Ignacio de. *Las relaciones España-Inglaterra en los reinados de Felipe III y Felipe IV* , ed. Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación, Madrid, 2011

Beneyto, José María y Corti, Juan. *At the Origins of Modernity: Francisco de Vitoria and the Discovery of International Law* . Ed. Springer. Madrid, 2017

Berggruen, Nicolas y Gardels, Nathan. *Gobernanza inteligente para el siglo XXI: una vía intermedia entre occidente y oriente,* ed. Taurus, Madrid, 2012,

Borges, Jorge Luis. *Obras completas* , vol I, ed. RBA-Instituto Cervantes, Barcelona, 2005

Borrell, Josep y Llorach, Joan. *Las cuentas y los cuentos de la independencia* , ed. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2015

Braudel, Fernand, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* , vol I y II, ed. Fondo de Cultura Económica, México-Madrid-Barcelona, 1976

—*La identidad de Francia I: el espacio y la historia* , ed. Gedisa, Barcelona, 1993.

Bruni, Luigi. *ETA. Historia política de una lucha armada (1ª parte)* , ed. Txalaparta, Tafalla (Navarra), 2006 (13ªedición, 1ª de 1987).

Buqueras y Bach, Ignacio (coord.), *Homenaje Universal al Idioma Español,* ed. Fundación Independiente; Madrid, 2017 (2ª edición revisada y corregida)

Burgos, Javier de. *La gente de rompe y rasga* , ed. Sociedad de Autores españoles, Madrid, 1912.

Burque, Peter. *Historia social del conocimiento Vol. II: De la Enciclopedia a la Wikipedia* , ed. Paidós, Barcelona, 2012.

Burns Marañón, Tom. *Hispanomanía. Con un Prólogo para franceses* , ed. Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2014.

Campanella, Tomas. *La monarquía hispánica,* ed. Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1982.

Cardelús, Borja. *La huella de España y de la cultura hispana en los Estados Unidos,* ed. Centro de Cultura Iberoamericana, Madrid, 2007

Carnicer, Carlos y Marcos, Javier. *Espías de Felipe II. Los servicios secretos del Imperio español* , ed. La Esfera de los Libros, Madrid, 2005

Caro Baroja, Julio. *El mito del carácter nacional. Meditaciones a contrapelo* , ed. Seminarios y Ediciones, Madrid, 1970

Cabrera de Córdoba, Luis. *Felipe Segundo, Rey de España* , ed. Aribau y Cª, Madrid, 1876

Carr, Raymond. *España 1808-1939,* ed Ariel, Barcelona, 1970 (2ª edición, 1ª de 1969)

Cassirer, Ernst. *El mito del Estado,* ed. Fondo de Cultura Económica, México, 2013 (undécima reimpresión, 1ª edición, 1947)

Cereceda, Feliciano. *Historia del Imperio español y de la Hispanidad* , ed. Razón y Fe, Madrid, 1940

Connor, Steven. *Cultura postmoderna. Introducción a las teorías de la contemporaneidad,* ed. Akal, Madrid, 1996

Cortés, Hernán. *Cartas de Relación* (edición de Mario Hernández), ed. Historia 16, Madrid, 1985

Diamond, Jared. *Armas, gérmenes y acero. Breve historia de la humanidad en los últimos trece mil años*), ed. Debate, Barcelona, 2004.

Díaz-Plaja, Fernando. *El español y los siete pecados capitales* , ed. Alianza Editorial, Madrid, 1970 (11ª edición).

Dror, Yehezkel, *La capacidad de gobernar: informe al Club de Roma* , ed. Galaxia Guttenberg y Círculo de Lectores, Barcelona, 1994

—*Enfrentando el futuro,* ed. Fce, Mexico, 2000.

Eco, Umberto. *Los límites de la interpretación* , ed. Lumen, Barcelona, 1998.

Ehrenreich, Barbara. *Sonríe o muere. La trampa del pensamiento positivo* , ed. Turner, Madrid, 2011

Elazar, Daniel J.; *Federalism and the Way to Peace* , *Reflections Paper,* nº 13, Université Queen's, Kingston,1994

Elias, Norbert. *The Civilizing Process. Vol I: The History of Manners* , ed. Basic Blackwell, Oxford, 1978

Elliott, John H.; *Imperios del mundo atlántico. España y Gran Bretaña en América (1492-1830),* ed. Santillana, Madrid, 2006

Escudero, José Antonio, *Los Secretarios de Estado y de Despacho (1474-1724)* , vol I y II, ed. Instituto de Estudios Administrativos, Madrid, 1969

—*Los orígenes del Consejo de Ministros en España. La Junta Suprema del Estado* , Vol I, ed. Nacional, Madrid, 1979

—*Felipe II: el Rey en el Despacho* (discurso de recepción del nombramiento como Académico de la Historia), ed. Complutense, Madrid, 2002

Eslava Galán, Juan. *Historia de España contada para escépticos* , ed. Planeta, Barcelona, 2012 (13ª reimpresión, 1ª edición de 2005)

Esping-Andersen, Gösta y Palier, Bruno. *Los tres grandes retos del Estado de Bienestar, e* d. Ariel, Barcelona, 2010

Feijoo, Benito Jerónimo. *Teatro Crítico Universal o Discursos varios en todo género de materias para desengaño de errores humanos* , ed. Castalia, Madrid, 1986

Ferguson, Niall. *El imperio británico. Cómo Gran Bretaña forjó el orden mundial* , ed. Debate, Barcelona, 2005

Fernández Álvarez, Ángel. *La Escuela Española de Economía. Parte I: Influencia de Juan de Mariana en Inglaterra (John Locke) y en los Estados Unidos de América (John Adams)* , ed. Unión Editorial, Madrid, 2017.

Fernández Álvarez, Manuel. *Sombras y luces en la España imperial* , ed. Espasa Calpe, Madrid, 2004

Fernández-Armesto, Felipe, *Américo: el hombre que dio su nombre a un continente* , ed. Tusquets, Barcelona, 2008

—*1492: El nacimiento de la modernidad* , ed. Debate. Barcelona, 2010

—*Nuestra América. Una historia hispana de los Estados Unidos,* ed. Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2014

Fernández Cañueto, Daniel. *La Iglesia católica y la nacionalización de Cataluña,* ed. Universidad Pontificia de Comillas/Universitat de Lleida, Madrid/Lleida, 2016

Fernández de Navarrete, M. *Viajes de Américo Vespucio* , ed. Espasa Calpe, Madrid, 1935.

Ferrer, Melchor. *Historia del tradicionalismo español,* Tomo XII, ed. Tradicionalista, 1950 (aprox., la edición no muestra fecha)

Florez, Henrique. *España Sagrada. Theatro Geographico-Histórico de la Iglesia en España* , ed. Oficina de Antonio Marín, Madrid, 1754

Formentín Ibáñez, Justo; Carrascosa, Alfonso V.; Rodríguez Fraile, Esther. *José Ibáñez Martín y la ciencia española: el Consejo Superior de Investigaciones Científicas* , ed. CEU Ediciones, Madrid, 2015

Franco, Dolores. *España como preocupación* , ed. Alianza, Madrid, 1998

Fusi, Juan Pablo. *La patria lejana. El nacionalismo en el siglo XX ,* ed. Taurus, Madrid, 2003

García y Bellido, Antonio. *La España del siglo primero de nuestra era (según P. Mela y C. Plinio)* , ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1982 (4ª edición, 1ª de 1947).

García de Cortázar, Fernando, *Los mitos de la Historia de España,* ed. Planeta, Barcelona, 2003

—*Breve historia de la cultura en España: un viaje por la cultura a través de las ciudades* , ed. Planeta, Barcelona, 2008

García Escudero, José María. *Historia política de las dos Españas* Vol. I, ed. Editora Nacional, Madrid, 1976 (Segunda edición).

Garrigues, Eduardo. *El que tenga valor que me siga: En vida de Bernardo de Gálvez,* ed. Esfera de los Libros, Madrid, 2016

G. Ibáñez, Albertom, *The Administrative Supervision & Enforcement of EC Law: Powers, Procedures and Limits* , ed. Hart Publishing, Oxford, 1999

—y Serafín Casamayor Navarro: “Agenda de reformes per a una Administració pública del segle XXI: escenaris, paradigmas i propostes” en Savador Estapé i Triay (ed.) *Cap a una nova administració* , ed. ECSA, Barcelona, 2003 I, págs. 25-86.

—*Mal, Religión y Saber: una lucha relacional-integral frente a una realidad ambivalente* , Tesis doctoral por el Instituto Interuniversitario de Ciencias de las

Religiones de la UCM, Premio Extraordinario, 2011 (descargable en http://eprints.ucm.es/11963/)

—con Luis González, Paloma Guisán, José López Calvo, Jaime Pérez de la Cruz, Aurelio del Pino, Javier Rodriguez, Carmen Sanabria y Alberto Sereno, *Sectores de la nueva economía 20+20: Administración y competitividad,* ed. Escuela de Organización Industrial, Madrid, 2011 II

—(coord.) Con Ramón Marcos Allo, *A favor de España. El coste de la ruptura,* ed. La Esfera de los libros, Madrid, 2014

—y Alfonso Medina, *Psicoespiritualidad frente al Mal: una propuesta para creyentes y ateos* , ed. Mandala, 2014 (II), Madrid

—*La conjura silenciada contra España. La manipulación franco-anglosajona de nuestra historia y sus quintacolumnistas ingenuos,* ed. M&2, Madrid, 2016

García Tapia, Nicolás y Carrillo Castillo, Jesús. *Tecnología e Imperio. Ingenios y leyendas del Siglo de Oro. Turriano, Lastanosa, Herrera y Ayanz,* ed. Nivola, Madrid, 2002

Goodno, James B.; *The Philippines: Land of Broken Promises* , ed. Zed Books, Londres, 1991

Gomá, Javier. *Ejemplaridad pública* , ed. Taurus, Madrid, 2009

Gómez Moreno, Ángel, *España y la Italia de los humanistas. Primeros Ecos* , ed. Gredos, Madrid, 1994

—*El retraso cultural de España. Fortuna de una idea heredada. En los umbrales de España. La incorporación del Reino de Navarra a la monarquía hispana.* XVIII Semana de estudios medievales (Estella), 18-22 julio 2011, ed. Gobierno de Navarra, pp. 392-446

—con Antonio Cortizo Ocaña (eds.), *Bernardino de Mendoza. Comentarios de lo sucedido en las Guerras de los Países Bajos (propaganda, contrapropaganda y leyenda negra)* . Ed. Ministerio de Defensa, Madrid, 2008

—*La huella del león y el Indovinello veronese en La Mancha (Historia, cultura oral, etnografía y genética de poblaciones)* , ed. Universidad de Granada, 2017

González-Varas, Santiago. *España no es diferente* , ed. Tecnos, Madrid, 2002

Gracián, Baltasar. *El arte de la prudencia. Oráculo manual,* ed. Temas de Hoy, Madrid, 2007

Gray, John. *Misa negra: La religión apocalíptica y la muerte de la utopía* , ed. Paidós, Barcelona, 2008

Haas, Alois M.; *Viento de lo absoluto: ¿Existe una sabiduría mística de la postmodernidad?* , ed. Siruela, 2009

Harari, Yuval Noah. *Sapiens. De animales a dioses,* ed. Debate, Barcelona, 2016 (8ª edición)

Harris, Marvin*, Antropología cultural* , ed. Alianza, Madrid, 2005

—*¿Por qué nada funciona? Antropología de la vida cotidiana* , ed. Alianza, Madrid, 2013

Heidegger, Martin. *Early Greek Thinking. The Dawn of Western Philosophy* , ed. Harper & Pow Publishers, San Francisco, 1984.

Hernández León, Juan Miguel y Arques Soler, Francisco (comisarios de la exposición), *Diseñar América: el trazado español de los Estados Unidos* , ed. Fundación Consejo España-Estados Unidos, Madrid, 2014.

Hernández- Palacios, Martín. Álvaro de Bazán: E *l mejor marino de Felipe II,* ed. Puertollano, Ciudad Real, 2014

Hernández Tomás, Jesús, *El orgullo de sentirnos españoles,* ed. Partido Comunista de España, Barcelona, 1938

—*Yo fui un ministro de Stalin* , ed. G. del Toro, Madrid, 1974

Herzog, Werner (coord.), *Vaya País. Cómo nos ven los corresponsales de prensa extranjera,* ed. Aguilar, Madrid, 2006.

Hoare, Samuel. *Ambassador on Special Mission,* ed. Collins, Londres, 1946

Hofstede, Geert, *Cultures's Consequences: International Differences in Work-Related Values,* ed. Sage, 1984

Cultures and Organizations. Software of the Mind , ed. McGraw-Hill, Nueva York, 1991

Iglesias, Carmen, *Razón, sentimiento y utopía* , ed. Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2006

—*No siempre lo peor es cierto. Estudios sobre la Historia de España,* ed. Galaxia Círculo de Lectores, Barcelona, 2009

Ihering, Rudolf von. *La lucha por el derecho* , ed. Cívitas, Madrid, 1985

Jovellanos, *Obras Escogidas,* (edición, introducción y notas de Ángel del Río), ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1965

Juderías, Julián. *La Leyenda Negra de España (Reedición del clásico publicado en 1914),* ed. Esfera de los Libros, Madrid, 2014

Judt, Tony. *Algo va mal,* ed. Taurus, Madrid, 2010, *Il Fares the Land: A Treatise On Our Present Discontents* , ed. Penguin Books, Londres, 2010. [168]

Juliá, Santos. *Historias de las dos Españas* , ed. Taurus, Madrid, 2004

Kamen, Henry, *Los desheredados. España y al huella el exilio* , ed. Santillana, Madrid, 2007

—*La Inquisición Española: mito e historia,* ed. Crítica. Barcelona, 2014

Kuhn, Thomas. *The Structure of Scientific Revolutions,* ed. Chicago University Press, Chicago, 1970.

Lainz, Jesús. *El privilegio catalán: 300 años de negocio de la burguesía catalana,* ed. Encuentro, Madrid, 2017

Lamet, Pedro Miguel. *El Tercer Rey. Cardenal Cisneros,* ed. Esfera de los Libros, Madrid, 2017

López Ibor, Juan José. *El español y su complejo de inferioridad* . Ed. Rialp, 1951, Madrid

López Piñero, José María. *Et alt, Diccionario histórico de la ciencia moderna en España* , ed. Penísnula, Barcelona, 1983

Lope de Vega y Carpio, Félix. *La Dragontea* , ed, Museo Naval, Madrid, 1935, con prólogo de Gregorio Marañón, al que sucede el prólogo original de Francisco de Borja, entonces Comendador Mayor de Montesa.

Ludwig, Emil. *Napoleón,* ed. Juventud, Barcelona, 1958 (2ª edición)

Lyotard, Jean-François. *La condición postmoderna. Informe sobre el saber,* ed. Cátedra, Madrid, 1987.

Madariaga, Salvador de, *España. Ensayo de historia contemporánea* , ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1979 (14ª edición)

—*Hernán Cortés* , ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1986

Maquiavelo, Nicolás, *El Príncipe,* ed. Dirección y Administración (El Liberal), Madrid, 1887

—*Breviario de un hombre de Estado: instrucciones a un embajador y algunas obras inéditas hasta el día,* ed. Reus, Madrid, 2010,

Marañón, Gregorio, *Antonio Pérez* , ed. Espasa-Calpe, Madrid, 2006

—*El Conde-Duque de Olivares. La pasión de mandar* , ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1998 (27ª edición)

Maravall, José Antonio. *Las Comunidades de Castilla,* ed. Alianza Universidad, Madrid, 1979 (2ª edición)

Marco, José María. *Una historia patriótica de España,* ed. Planeta, Barcelona, 2011.

Margalit, Avishai. *La sociedad decente,* ed. Paidós, Barcelona, 2010

Marías, Julián. *España inteligible. Razón histórica de las Españas,* ed. Alianza, Madrid, 2010.

Mariana, Juan de. *Historia General de España (tres volúmenes)* , ed. Gaspar y Roig, Buenos Aires/Madrid, 1852-1853

Martin, Alfred von. *Sociología de la cultura medieval,* ed. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1970 (2ª edición, 1ª edición de 1954)

Martynkewicz, Wolfgang. *Salón Deutschland: Intelectuales, poder y nazismo en Alemania (1900-1945),* ed. Edhasa, Barcelona, 2013.

Maurois, André. *Napoleón,* ed. Salvat, Barcelona, 1987

Mead, Margaret. *Culture and Commitment* , ed. Natural History Press, Nueva York, 1970

Menéndez Pidal, Ramón. *El Padre Las Casas: su doble personalidad* , ed. Real Academia de la Historia, Madrid, 2012.

Milgram, Stanley. *Obediencia a la autoridad: un punto de vista experimental* , ed. Desclée de Brower, Bilbao, 2011

Miguel, Amando de. *La vida cotidiana de los españoles en el siglo XX,* ed. Planeta, Barcelona, 2001.

Mineiro Scatamacchia, María Cristina y Enríquez Solano, Francisco (eds.), *América: contacto e independencia* , ed. Centro Nacional de Información Geográfica, 2008, Madrid.

Moa, Pío. *Los crímenes de la guerra civil y otras polémicas,* ed. Esfera de los libros, Madrid, 2004

Möller Recondo, Claudia y Carabias Torres, Ana María. *Historia de Peñaranda de Bracamonte (1250-1836)* ed. Diputación de Salamanca-Bracamonte, Salamanca, 2003.

Montanelli, Indro y Gervaso, Roberto. *Storia d'Italia: 476-1250 (L'Itlalia dei secoli bui/L'Italia dei Comuni)* . Vol. I, ed. RCS Quotidiani, Milán, 2003

Moral, Rafael del. *Las batallas de la eñe. Lenguas condicionadas y nacionalismos exaltados* , ed. Verbum, Madrid, 2015

Morales Moya, Antonio (ed.), *1714: Cataluña en la España del siglo XVIII,* ed. Cátedra, Madrid, 2014.

Moreno Alonso, Manuel. *Las "cosas de España" en Inglaterra,* ed. Alfar, Sevilla, 2007

Moure Romanillo, Alfonso y Yanguas, Juan Santos. *Historia de España: Prehistoria, del primer hombre a las colonizaciones mediterráneas (hasta el siglo III a.C)* , ed. Espasa-Calpe, Madrid, 2004

Muñoz Machado, Santiago, *Cataluña y las demás Españas* , ed. Crítica, Barcelona, 2014

—*Hablamos la misma lengua,* ed. Planeta, Barcelona, 2017

Muñoz Molina, Antonio. *Todo lo que era sólido* , ed. Seix Barral, Barcelona, 2013

Nétanyahou, Benzion. *The Origins of the Inquisition in Fifteenth Century Spain* , ed. Random House, Nueva York, 1995

Niebuhr, Reinhold. *The Children of Light and the Children of Darkness: A vindication of Democracy and a Critique of Its Traditional Defense, e* d. Scribner's, Nueva York, 1944

Nietzsche, Friedrich. *La genealogía de la moral* , ed. Alianza Editorial, Madrid, 1979 (4ª edición)

O'Donnell, Hugo (dir.) *Historia militar de España* (seis volúmenes), ed. Ministerio de Defensa/Laberinto, Madrid, 2009 (Vol I)

Orduña Rebollo, Enrique. *Historia del municipalismo español,* ed. Iustel, Madrid, 2005

Otazu, Alfonso de. *Los Rothschild y sus socios en España [1820-1850],* ed. O. Hs, Madrid, 1987

Ortega Díaz-Ambrona, Juan Antonio. *Memorial de transiciones (1939-1978). La generación de 1978* , ed. Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2015

Ortega y Gasset, José, *Ideas y Creencias* , ed. Revista de Occidente, Madrid, 1942

—*Obras completas* , ed. Taurus/Fundación Ortega y Gasset, Madrid, 2007

Otero Novas, José Manuel; Recuero Astray, José Ramón; Uribe Otalora, Ainhoa. *Recuperar España. Una propuesta desde la Constitución,* ed. Universitas, Madrid, 2013

Parker, Geoffrey. *La Gran Estrategia de Felipe II,* ed. Alianza, Madrid, 1998

Payne Stanley, G., *¿Por qué la República perdió la guerra?* , ed. Espasa, Madrid, 2010

—*En defensa de España. Desmontando mitos y leyendas negras* , ed. Espasa, Barcelona, 2017

Pendás, Benigno. *Las paradojas de la libertad. España, desde la tercera de ABC,* ed. Tecnos, Madrid, 2010.

Pérez, Joseph, *La España del siglo XVI* , ed. Espasa Calpe (colección austral), Madrid, 2002 (2ª edición)

—*Breve Historia de al Inquisición española,* ed. Planeta, Barcelona, 2012

—*Historia de España* , ed. Crítica, Barcelona, 2014

Pla, Josep. *Hacerse todas las ilusiones posibles y otras notas dispersas,* ed. Destino, Barcelona, 2017

Pocock,J.G.A.; *El momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica,* ed. Tecnos, Madrid, 2008,

Polanco Masa, Alejandro. *Made in Spain: cuando inventábamos nosotros* , ed Glyphos publicaciones, Valladolid, 2014.

Wayne Powell, Philip. *Tree of Hate: Propaganda and Prejudices Affecting United States Relations with the Hispanic World* , ed. University of New Mexico Press, Alburquerque, 2008

Pritchet, Victor Sawdon. *The Spanish Temper* , ed. Harper Colophon Books, Nueva York y Evanston, 1965

Ramón y Cajal, Santiago. *Los tónicos de la voluntad,* ed. Espasa Calpe, Madrid, 1945

Regalado, Antonio. *Calderón: los orígenes de la modernidad en la España del Siglo de Oro,* ed. Destino, Barcelona, 1995

Rojo Pinilla, Jesús A.; *Cuando éramos invencibles,* ed. Gran Capitán, Madrid, 2015

Rueda, Fernando. *El Regreso de El Lobo,* ed. Roca Editorial, Barcelona, 2014

Sainz Rodriguez, Pedro. *Histoire de la Révolution Nationale Espagnole* (4 volúmenes), ed. Société Internationale d'éditions, París, 1939

Sampedro, José Luis y Lucas, Olga. *Cuarteto para un solista* , ed. Plaza & Janés, 2011, Barcelona

Sanabria, Carmen y Sereno, Alberto. *De Ciencia, gestión pública y otros menesteres* , ed. CSIC/INAP, Madrid, 2017

Sánchez Dragó, Fernando. *Gárgoris y Habidis. Una historia mágica de España. 1. Los orígenes* , ed. Libros Hiperión, Madrid, 1978

Sánchez Ron, José Manuel (dir.). *La ciencia y El Quijote,* ed. Crítica, Barcelona, 2005

Sarrailh, Jean. *La España Ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII,* ed. Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1979 (segunda reimpresión, 1ª edición de 1957 en México)

Savater, Fernando. *La tarea del héroe,* ed. Ariel, Barcelona, 1982

Saunders, Frances Stonor. *¿ Quién pagó al flautista? La CIA y la guerra fría cultural* , ed. Debate, Madrid, 2001

Seco Serrano, Carlos. *Época contemporánea (La Segunda República-La Guerra Civil-La España actual)* vol VI., en Luis Pericot García (dir), *Historia de España: Gran historia general de los pueblos hispanos* , ed. Instituto Gallach, Barcelona, 1968 (1ª edición, 1961)

Serna, Enrique. *Genealogía de la soberbia intelectual* , ed. Taurus, Barcelona, 2014

Silva, Lorenzo. *El nombre de los nuestros,* ed. Destino, Barcelona, 2001.

Smith, Adam, *The Theory of Moral Sentiments* , ed. Dover, Mineola, 2006

—*La riqueza de las naciones,* ed. Alianza, Madrid, 2010.

Suárez, Luis. *Lo que el mundo le debe a España* , ed. Ariel, Barcelona, 2016

Thomas, Hugh. *El Imperio español. De Colón a Magallanes,* ed. Planeta, Barcelona, 2003.

Todorov, Tzvetan, *El miedo a los bárbaros: Más allá del choque de civilizaciones* , ed. Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2008

—*Los enemigos íntimos de la democracia,* ed. Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2012

Tomás y Valiente, Francisco. *El marco político de la desamortización en España* , ed. Ariel, Barcelona, 1971

Tone, Andrea. *The Age of Anxiety. A History of America's Turbulent Affairs with Tranquilizers,* ed. Perseus Books, New York, 2009

Torres, Eugenio (dir). Los 100 Empresarios Españoles del siglo XX, ed LID Editorial, 2000. Madrid.

Treglown, Jeremy. *La cripta de Franco: viaje por la memoria y la cultura del franquismo* , ed. Ariel, Barcelona, 2014

Ucelay-Da Cal, Enric. *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España* , ed. Edhasa, Barcelona, 2003

Gastaminza, Josu Ugarte (coord.). *La bolsa y la vida. La extorsión y la violencia de ETA contra el mundo empresarial,* ed. Esfera de los Libros, Madrid, 2018

Valle, José del (ed). *Historia política del español: la creación de una lengua* , ed. Aluvión, Madrid, 2015

Varela Ortega, José. *Los señores del poder y la democracia en España: entre la exclusión y la integración* , ed. Galaxia Gutenberg/Círculos de Lectores, Barcelona, 2013.

V.V.A.A., *Historia de España. Prehistoria: del primer hombre a las colonizaciones mediterráneas (hasta el siglo III)* , ed. Espasa-Calpe, Madrid, 2004

Vilchis, Jaime y Arias, Victoria (eds.). *Ciencia y Técnica entre viejo y nuevo mundo: siglos XV-XVIII* , ed. Ministerio de Cultura y Lunwerg editores, Madrid/Barcelona, 1992

Villaverde Rico, María José y Castilla Urbano, Francisco (dir.). *La sombra de la leyenda negra* , ed. Tecnos, Madrid, 2016

Whitman, Walt. *Canto a mí mismo* , ed. Bruma S.A, Madrid, 1984.

Wolfe, Alan. *La maldad política. Qué es y cómo combatirla* , ed. Galaxia Gutenberg. Círculo de Lectores, Barcelona, 2013.

Wood, Gordon S.; *La Revolución americana* , ed. Mondadori, Barcelona, 2003

Zemmour, Eric, *Mélancolie française* , ed. Fayard/Deroë, Paris, 2010

—*Le Suicide française* , ed. Albin Michel, Paris, 2014

Zimbardo, Philip. *El efecto Lucifer: el porqué de la maldad* Paidós, Barcelona, 2008.

Zugazagoitia, Julián. *Guerra y vicisitudes de los españoles* , ed. Librería española, París, 1968

Zweig, Stefan. *Fouché. Retrato de un hombre político,* ed. Acantilado, Barcelona, 2011.

168 Dada la diferencia notable con el título en castellano se acompaña título original, cuya versión también fue utilizada.

ÍNDICE

PRÓLOGO 2

I. ESPAÑA: UN MISTERIO SIN RESOLVER 5

1. La autoestima robada: hemos sido mejores de lo que nos han hecho creer 5

2. La campaña que impidió que nos sintiéramos orgullosos de nuestra Historia 9

2.1. La estrategia externa 9

2.2. El harakiri histórico-cultural español: entre ingenuos anda el juego 10

2.3. Complejos y paradojas: de la primera historia nacional al desprecio a nuestra historia 14

3. Historia, cultura y liderazgo: la influencia del relato histórico dominante 18

3.1 ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? 19

3.2. ¿Por qué fracasan los países? ¡No es «sólo» la economía, estúpido! 22

3.3. Cómo se cambia la autoestima de un pueblo: creencias y decadencia 28

PARTE PRIMERA: LA GUERRA DE PROPAGANDA EXTERIOR: LOS HISPANÓFOBOS 37

II. LA FALSIFICACIÓN DE LA HISTORIA ESPAÑOLA: LA LEYENDA NEGRA 38
1. La primera guerra de propaganda: la obsesión antiespañola 38
1.1. ¿Por qué nosotros? La hispanidad como enemigo a batir 38
1.2. La organización de la trama: origen y agentes 41
1.3. Las armas: panfletos y propaganda masiva 43
2. La estrategia para difundir la leyenda 45
2.1. El papel de los servicios secretos profesionales 45
2.2. Los agentes en la sombra I: intelectuales que no nos conocían 46
2.3. Los agentes en la sombra II: hispanistas y ociosos ignorantes 48
2.4. Cómo hacer creíble lo increíble: exageración y doble vara de medir 51
3. El verdadero éxito de la leyenda: nos la creímos 53
3.1. La distorsión de los estereotipos nacionales 53
3.2. La implantación de falsas creencias 59
3.3. España se merece un juicio histórico justo: ni leyendas negras ni áureas 61
III. DESMONTANDO LA LEYENDA NEGRA EN EUROPA 65
1. Occidente no existiría sin España 65

1.1. El (desconocido) constructor de Europa 65
1.2. El defensor (ocultado) de la civilización occidental 68
1.3. El (ignorado) siglo xvi que cambió al mundo 70
2. El mito del déficit de pensamiento y ciencia: la trampa metodológica 75
2.1. Herederos y transmisores de la cultura griega y romana 75
2.2. Los siglos xvii al xx también cuentan 78
2.3. Cómo se creó la imagen del atraso científico 81
2.4. España, patria de inventores 86
3. El mito del déficit de buen gobierno y de desarrollo económico 91
3.1. Hemos tenido grandes gobernantes 91
3.2. Aportaciones a la democracia y a la economía: la Escuela de Salamanca 99
3.3. Algunos obstáculos (ignorados) del progreso 102
3.4. Desigualdad fiscal y proteccionismo: ¿quién ha robado más a quién? 104
4. El mito de la España integrista y retrógrada 105
4.1. Las guerras de religión ¿sólo en España? 105
4.2. El mito de la España islamófoba y antisemita 107
4.3. El proceso inquisitorial a la Inquisición 113

4.4. ¿Hemos sido más machistas que otros? 115
IV. DESMONTANDO LA LEYENDA NEGRA EN AMÉRICA 124
1. ¿Fue España peor que otras potencias? 124
2. Una leyenda para encubrir los excesos de otros 126
2.1. Objetivo: desviar la atención 126
2.2. ¿Fueron realmente los españoles más crueles? 127
2.3. ¿Eran «todos» los indígenas buenos y «todos» los españoles malos? 130
2.4. ¿Preparados para más sorpresas? 133
3. ¿Fue España causa de la decadencia de Hispanoamérica? 136
3.1. ¿Cuándo y quién comienza la decadencia de Hispanoamérica? 136
3.2. La decadencia política y económica 138
3.3. La supuesta decadencia cultural 141
3.4. Hospitales para todos 143
3.5. La sorprendente y moderna regulación laboral 144
V. EL IMPERIO CONTRAATACA: ESPAÑA FRENTE A GRAN BRETRAÑA, FRANCIA Y ESTADOS UNIDOS 147
1. Una misma vara para medirlos a todos 147
2. ¿Fue mejor el Imperio británico que el español? 147

2.1. Historia de una obsesión contra España 147
2.2. La leyenda negra británica oculta 149
2.3. La mayor campaña de marketing de la historia 156
2.4. Caballerosidad y eficacia ¿británicas o españolas? 158
3. ¿Una «gran» Francia frente a una España atrasada? 161
3.1. ¿Por qué enfrentamientos en lugar de alianzas? 161
3.2. El ingenuo halago al galo 165
3.3. ¿La gran Revolución francesa frente a la involución española? 167
3.4. Napoleón: de villano a héroe por decisión política 172
3.5. ¿Quiénes fueron mejores? Richelieu/Olivares, Rousseau/Feijoo, Robespierre/Jovellanos 175
4. Estados Unidos: ¿anglosajón o hispano? 185
4.1. El (ignorado) origen hispano de los Estados Unidos: ¿y futuro? 185
4.2. Estados Unidos le debe su independencia a España: Bernardo de Gálvez 188
4.3. Quién ha sido mejor: ¿el primer Imperio global o el último? 192
PARTE SEGUNDA: LA PROPAGANDA 201

INTERNA ANTIESPAÑOLA: LOS HISPANOBOBOS

VI. LA LEYENDA NEGRA INTERNA: HISPANOFOBIA E HISPANOBOBERÍA 202

1. Ingenuos, aprovechados, «guaystas» y separatistas: actores para un suicidio colectivo 202

1.1. Los enemigos internos: los más terribles de todos 202

1.2. Quintacolumnistas de la propaganda antiespañola: políticos e intelectuales 203

1.3. Agentes activos y pasivos: Las Casas y Antonio Pérez 206

1.4. La aceptación boba de la leyenda negra de Felipe II 214

2. ¿Es España menos nación que otras? La leyenda de la España inexistente 216

2.1. ¿Cuándo y cómo surgió España? 216

2.2. Somos una fusión de pueblos…: como todos 218

2.3. Un «hecho» que podía ser y dar sentido 220

2.4. Una unidad geográfica, política, genética y sentimental 222

3. ¿Somos más diversos que el resto? La leyenda del Spain is different 228

3.1. Falsas y verdaderas singularidades 228

3.2. España: igual o menos diversa que otros 232

3.3. La exagerada singularidad lingüística 233
4. ¿Por qué ocultamos nuestros logros y magnificamos nuestros fracasos? 239
4.1. Un verdadero hecho diferencial: el desprecio a la propia historia 239
4.2. Ricardo Corazón de León: cómo maquillar la historia al servicio de la gloria nacional 242
4.3. Hernán Cortés: un héroe real injustamente vilipendiado 243
4.4. Algunas burdas falsificaciones: América, Greenwich y la gripe «española» 246
VII. LA FALTA DE CONCIENCIA NACIONAL: CARENCIAS Y AUSENCIAS DESTACADAS 258
1. El déficit de patriotismo como desventaja competitiva 258
2. ¿Ha existido una masonería «española»? Actores al servicio de un guion extranjero 261
3. ¿Ha existido una Iglesia española? 263
3.1. A Dios lo que es de Dios y a Roma lo que es de España 263
3.2. Roma paga mejor a traidores que a sus amigos 264
3.3. Una estrategia singular e impulsora del separatismo 266
3.4. ¿Qué habría pasado si España hubiera 269

apostado por una religión nacional como hicieron otros?
4. ¿Ha existido una izquierda «española»? 272
4.1. ¿Una izquierda más nacionalista que nacional? 272
4.2. El misterio del cambio de opinión cuando se pasan los Pirineos 277
4.3. La división ideológica como obstáculo a la unidad de la nación. 279
5. El fracaso de la Segunda República: los ignorados enemigos internos y externos 282
5.1. Del confesionario al diván: la insufrible digestión del pasado 282
5.2. Radicalidad, caos y enfrentamientos 285
5.3. La olvidada traición del nacionalismo 287
5.4. La traición de las potencias europeas 289
VIII. LA LEYENDA NEGRA AL SERVICIO DEL SEPARATISMO 294
1. Falacias y mistificaciones nacionalistas: las leyendas doradas catalana y vasca 294
2. El mito vasco: un invento muy moderno que pasa por el más antiguo 295
2.1. Cómo pasar del amor (real) al odio (artificial) en diez años 295
2.2. El nacimiento de ETA: un fenómeno paranormal 299

3. El mito catalán: singularidad y victimismo exagerados 303
3.1. Cataluña nunca ha sido una nación 303
3.2. Algunos fracasos del nacionalismo catalán 305
3.3. Hipótesis, engaños y certezas de una fecha mítica (1714): ¿España contra Cataluña o Europa contra Europa? 307
4. ¿Por qué y cuándo el separatismo triunfa en España? 313
4.1. Final del siglo xix: influencia extranjera y la exagerada crisis de 1898 313
4.2. El pensamiento mágico-ingenuo: ¿a más concesiones, menos nacionalismo? 316
4.3. La trampa del lenguaje ¿españoles contra catalanes y vascos? 319
4.4. El nacionalismo ¿consecuencia o causa de la decadencia española y europea? 321
PARTE TERCERA: LA LEYENDA NEGRA EN LA ACTUALIDAD: EN BUSCA DE NUEVOS HISPANÓFILOS 328
IX. ¿PUEDE SER ESPAÑA UN PAÍS NORMAL? LA PERVIVENCIA DEL COMPLEJO ESPAÑOL 329
1. ¿España en la inopia? 329
1.1. La doble vara de medir ataca de nuevo: que se hable bien de ellos pero no de nosotros 329

1.2. La guerra cultural como elemento de la guerra híbrida 331
2. Imagen exterior versus imagen interior 333
2.1. La baja autoestima como problema estructural 333
2.2. Errores españoles versus errores de los demás 335
3. El mayor enemigo de un español… sigue siendo otro español 340
3.1. La propaganda del procés y el resurgir del odio a España 340
3.2. El franquismo: ¿el último capítulo de la leyenda negra? 344
3.3. La carencia de una comunicación proactiva en defensa de España 347
X. ESPAÑA EN MARCHA: UN GRAN PASADO PARA UN GRAN FUTURO 352
1. Un proyecto común para el éxito 352
1.1. Podemos ser mejores de lo que somos porque ya lo hemos sido 352
1.2. Logros individuales y colectivos 353
2. La salvación de España (y de la democracia) a través de la excelencia y la superación 355
2.1. El virus cultural posmoderno 355
2.2. Excelencia, ejemplaridad e igualdad 357
2.3. ¿Sirve cualquiera para gobernarnos? 360

BIBLIOGRAFÍA 378
3. La escasez de grandes hombres y mujeres 362
3.1. ¿Sólo en el deporte? 362
3.2. El valor de los héroes (para la educación) 364
4. Construir un nuevo «sueño español» 367
4.1. La hispanidad: ¿una oferta válida para un mundo global? 367
4.2. Cambios de enfoque: independizar a España del independentismo 369
4.3. En definitiva: un patriotismo integrador, crítico y transversal 373